Obras de
SANTA CATALINA DE SIENA

El Diálogo • Oraciones y Soliloquios

EDICION PREPARADA POR

JOSE SALVADOR Y CONDE

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA

El Diálogo • Oraciones y Soliloquios

INTRODUCCIONES Y TRADUCCION POR

JOSE SALVADOR Y CONDE

TERCERA EDICION

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • MCMXCVI

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57. Madrid 1996
Depósito Legal: BU-393. – 1996
ISBN: 84-7914-024-0
Impreso en España. Printed in Spain

INDICE GENERAL

Págs.

Bibliografía XXVII
Introducción general 3

EL «DIALOGO»

Introducción a «El Diálogo» 41

PROEMIO

1. El alma conoce a Dios por la oración.—El alma de que aquí se habla, hallándose en contemplación, hizo a Dios cuatro peticiones 55
2. El deseo de aquella alma creció al mostrarle Dios las necesidades del mundo 56

LA DOCTRINA DE LA PERFECCIÓN

Excelencia del deseo

3. Las obras finitas, de por sí, no son suficientes para castigar o premiar sin el afecto continuo de la caridad 58
4. El deseo, junto con la contrición del corazón, satisface por la culpa y por la pena propias, y también por la de los demás.—Algunas veces satisface por la culpa, pero no por la pena 59
5. El deseo de sufrir por El es muy grato a Dios 63
6. Toda virtud y pecado tienen realización mediando el prójimo 64
7. Las virtudes se ejercitan por medio del prójimo.—Por qué son tan diferentes en las diversas criaturas 66
8. Las virtudes se ponen a prueba y se fortalecen por sus contrarios 69
9. *(Aquí comienza el tratado de la discreción.)* No debe ponerse el afecto principalmente en la peniten-

Págs.

cia, sino en las virtudes.—La discreción recibe vida de la humildad y da a cada uno lo que le es debido 71
10. Semejanza de cómo la caridad, humildad y discreción están íntimamente unidas.—A esta semejanza debe acomodarse el alma.—*(El árbol de la virtud)* 73
11. La penitencia y demás instrumentos corporales deben tomarse como medio para llegar a la virtud y no como finalidad principal.—La luz de la discreción es manifestada por diversos modos y obras 74

Recapitulación y promesa de misericordia

12. Repetición de algunas cosas ya dichas.—Dios promete consuelo a sus servidores y la reforma de la santa Iglesia por medio de abundantes sufrimientos 78

«EL DIÁLOGO»

13. A esta alma se le aumentó y disminuyó a la vez la amargura.—Hace oración a Dios por su santa Iglesia y por su pueblo 81
14. Dios se queja del pueblo cristiano, y principalmente de sus ministros.—Algo sobre el sacramento del cuerpo de Cristo y el beneficio de la encarnación 83
15. Una vez realizada la pasión de Cristo, el pecado es más castigado que antes.—Dios promete misericordia al mundo y a la Iglesia si median la oración y el sufrimiento de sus servidores .. 87
16. Al conocer mejor esta alma la bondad divina, no se contentaba con orar sólo por el pueblo cristiano y por la santa Iglesia, sino que lo hacía por el mundo entero 89
17. Dios se lamenta de sus criaturas racionales, y del modo especial del amor propio que reina en ellas.—Anima a dicha alma a la oración y a las lágrimas 89
18. Nadie puede escapar a las manos de Dios.—Se está en ellas para misericordia o para justicia 90
19. Esta alma, creciendo en el fuego amoroso, deseaba sudar sangre.—A la vez que se reprende

Págs.

a sí misma, hace una oración por su Padre espiritual ... 91
20. Sin tribulaciones sufridas con paciencia no se puede agradar a Dios.—Dios la anima a ella y a su Padre espiritual a sufrir con verdadera paciencia ... 92
21. Estando cortado el camino para ir al cielo por la desobediencia de Adán, Dios hizo de su Hijo un puente para poder pasar ... 93
22. Dios induce al alma a contemplar la grandeza de este puente, que se tiende de la tierra al cielo ... 94
23. Todos somos trabajadores enviados por Dios a trabajar en la viña de la santa Iglesia.—Cada uno tiene la viña de sí mismo.—Nosotros, sarmientos, debemos estar unidos a la vid verdadera: el Hijo de Dios ... 95
24. Dios poda los sarmientos unidos a esa vid, o sea, sus servidores.—La viña de cada uno está de tal modo unida a la del prójimo, que nadie puede cultivarla o echarla a perder sin cultivar y echar a perder la del prójimo ... 97

Elogio del amor divino

25. Esta alma, después de algunas alabanzas a Dios, pide que le muestre quiénes pasan por el mencionado puente y quiénes no ... 99

La doctrina del puente

El puente, camino de la verdad

26. Este puente tiene tres escalones.—Indican los tres estados del alma.—Es alto, pero no separado de la tierra.—Cómo se entiende la frase de Cristo: «Cuando sea colocado en lo alto, todo lo atraeré a mí» ... 100
27. El puente está edificado con piedras, que significan las virtudes.—En el puente hay una tienda, donde se proporciona comida a los caminan-

Págs.

tes.—Quien sigue por el puente llega a la vida.—El que va por debajo de él, por el río, va a la perdición y a la muerte 102

Dos caminos: la verdad y la mentira

28. Cada uno de los caminos, el del puente y el del río, tiene sus dificultades.—Gozo del alma que camina por el puente 104

El camino de la doctrina de Cristo

29. Este puente, aunque subió al cielo el día de la Ascensión, no por eso se apartó de la tierra 105

Elogio de la misericordia

30. Esta alma, maravillándose de la misericordia de Dios, enumera los abundantes dones y gracias concedidos por ella al género humano 108

Los que van por el río

31. Indignidad de los que van por el río, bajo el puente.—Al alma que va por debajo la llama Dios árbol de muerte.—Sus raíces están principalmente en cuatro vicios 110
32. Los frutos de este árbol son tan variados como los pecados.—El pecado de la carne 112
33. El fruto de algunos es la avaricia.—Males que de ella proceden 112
34. La injusticia es el fruto de algunos que tienen mando 114
35. Por estos y otros vicios se llega al juicio falso.—Indignidad en que se cae por ello .. 114
36. Sobre las palabras de Cristo: «Enviaré al Paráclito, que acusará al mundo de injusticia y juicio falso».—Una de estas acusaciones es constante 116
37. La segunda acusación es a causa de la injusticia y del falso juicio en general y en particular 117
38. Cuatro tormentos principales de los condenados.—A éstos siguen otros, y, de modo especial, la fealdad del demonio 119
39. La tercera acusación se hará en el día del juicio 120

Págs.

40. Los condenados no pueden desear bien alguno 121
41. La gloria de los bienaventurados 122
42. Después del juicio general, la pena de los condenados será mayor 125

Elección del camino

43. Utilidad de las tentaciones.—El alma en la hora de la muerte, antes de ser separada del cuerpo, ve su destino, es decir, la pena o gloria que va a revivir 128
44. El demonio engaña siempre a las almas bajo el pretexto del bien.—Los que van por el río y no por el puente van engañados.—Queriendo huir de los sufrimientos, caen en ellos.—Visión de un árbol que una vez tuvo esta alma 130
45. El mundo produce espinas y abrojos a causa del pecado.—A quiénes no hacen daño esas espinas.—Nadie pasa esta vida sin trabajos 132
46. Males que proceden de la ceguera del entendimiento.—Las obras buenas, no hechas en estado de gracia, carecen de valor para la vida eterna 135
47. No se pueden observar los mandamientos sin seguir los consejos.—En cualquier estado en que se halle el alma, si tiene buena voluntad, es agradable a Dios 137
48. Los humanos no pueden saciarse con lo que poseen.—Penas que les proporciona la voluntad aun en esta vida 139
49. El temor servil no es suficiente para conseguir la vida eterna.—Ejercitando este temor se llega a la virtud 141

Dolor de Catalina por la ceguera humana

50. Esta alma tuvo gran amargura por la ceguera de los que se ahogaban en el río 144

Los tres escalones figuran las tres potencias del alma: la caridad común

51. Los tres escalones figurados en el puente, es decir, en el Hijo de Dios, simbolizan las tres potencias del alma 144

Págs.

52. Si las tres potencias del alma no están unidas, no se puede tener perseverancia.—Sin ella, nadie puede alcanzar su fin 147
53. Exposición de las palabras de Cristo: «Quien tenga sed, venga a mí y beba» 147
54. Modo que, en general, deben tener los hombres para salir del mal del mundo y pasar por el referido puente 148

Recapitulación sobre la caridad común

55. Resumen de las cosas ya dichas 151

Los escalones como estados del alma: Subida a la caridad perfecta

56. Queriendo Dios mostrar a esta alma devota los tres escalones del santo puente, son significados en particular por los tres estados del alma.—Dice que se eleve sobre sí misma para contemplar esta verdad 153
57. Esta alma, mirando en el espejo divino, veía a las criaturas andar de modos distintos 154
58. El temor servil, sin amor a la virtud, no es suficiente para proporcionar la vida eterna.—La ley del temor y la del amor están unidas entre sí 154
59. Ejercitándose en el temor servil, que es estado de imperfección (lo cual se entiende como primer escalón), se llega al segundo, que es estado de perfección 155
60. Imperfección de los que aman y sirven a Dios por propio provecho, por deleite y consuelo · 156
61. Modo en que se manifiesta Dios al alma que le ama 159
62. Por qué no dijo Cristo: «Yo manifestaré a mi Padre», sino: «Me manifestaré a mí mismo» 160
63. Modo de subir el alma el segundo escalón del santo puente una vez alcanzado el primero . 161
64. Amando a Dios perfectamente, imperfectamente se ama al prójimo.—Signos de este amor imperfecto 164
65. Modo que tiene el alma de llegar al amor puro y libre. *(Aquí comienza el tratado de la oración.)* 165
66. Algo sobre el sacramento del cuerpo de Cristo.—Doctrina sobre el paso de la oración

Págs.

vocal a la mental.—Visión que en una ocasión tuvo este alma ... 166
67. Engaño de los hombres mundanos.—Aman y sirven a Dios por propio consuelo y deleite . 172
68. Engaño de los servidores de Dios que lo aman con amor imperfecto ... 173
69. Los que no abandonan su paz y consuelo, no socorren al prójimo en sus necesidades 175
70. Engaño de los que han puesto su afecto en los consuelos y visiones espirituales ... 176
71. Los que se deleitan en los consuelos y visiones espirituales pueden ser engañados aceptando al demonio transfigurado en luz.—Señales para conocer cuándo una visión viene de Dios o del demonio ... 177
72. El alma que verdaderamente se conoce a sí misma evita los engaños antes dichos 179
73. Modos de apartarse del amor imperfecto y alcanzar el amor perfecto de amigo y de hijo 180
74. Señales por las que se conoce si se ha llegado al amor perfecto ... 181
75. Los imperfectos quieren seguir solamente al Padre, pero los perfectos siguen al Hijo.—Visión que tuvo esta alma.—Se habla de los bautismos diversos y de otras cosas bellas y útiles 182
76. El alma, habiendo subido al tercer escalón del puente, llegando a la boca, cumple con el oficio de ésta.—La señal de haber llegado a ella es tener muerta la voluntad propia ... 185
77. Las obras del alma después de haber alcanzado el tercer escalón ... 187
78. Sobre el cuarto estado, que no está separado del tercero.—Las obras del alma que ha llegado a él.—Dios, por la presencia constante, nunca se aparta del alma ... 190
79. Dios no se aparta de estos perfectísimos ni por perfección ni por gracia, pero sí por unión . 193
80. Los mundanos dan gloria y alabanza a Dios, lo quieran o no ... 196
81. Hasta los demonios dan gloria y alabanza a Dios ... 197
82. Después de haber pasado de esta vida, el alma ve perfectamente la gloria y alabanza del nombre de Dios en toda criatura.—Se le termina el sufrimiento, pero no el deseo ... 197

Págs.

83. Después que San Pablo fue llevado a ver la gloria de los bienaventurados, deseaba ser liberado de su cuerpo.—Esto ocurre también con los que han llegado a los mencionados tercero y cuarto grados 199
84. Razones por las que el alma deseaba ser liberada del cuerpo.—Al no poder ser así, no por eso disiente de la voluntad de Dios.—Más bien se gloría en este y en cualquier otro sufrimiento en honor a Dios 201
85. Los que han llegado al estado unitivo tienen iluminada la inteligencia por una luz sobrenatural infundida por la gracia.—Es mejor que el alma se aconseje de un humilde de santa conciencia que no de un sabio soberbio 202

Recapitulación de la doctrina del puente

86. Repetición útil de muchas cosas ya dichas.—Dios invita a esta alma devota a que le pida por todas criaturas y por la santa Iglesia 205

Petición de mayor conocimiento

87. Esta alma devota pide conocer las clases de lágrimas y sus frutos 207

LA DOCTRINA DE LAS LÁGRIMAS

88. Cinco clases de lágrimas 209
89. Diferencia de las lágrimas, refiriéndolas a dos estados del alma 210
90. Breve recapitulación de lo anterior.—El demonio huye de los que han llegado al estado de las quintas lágrimas.—Las tentaciones son un verdadero camino para llegar a tal estado 215
91. Los que se desean las lágrimas de los ojos y no pueden tenerlas, tienen las del fuego.—Razón por la que Dios priva de las lágrimas corporales 217
92. Cuatro estados de las lágrimas, de los cinco dichos, producen variedad infinita de lágrimas.—Dios quiere ser servido de manera infinita y no finita 219
93. El fruto de las lágrimas de los mundanos .. 220

Págs.

94. Los mundanos que lloran son sacudidos por los cuatro vientos 223
95. Frutos de las segundas y terceras lágrimas 225
96. Fruto de las cuartas lágrimas, que son de unión 228

Alabanza a Dios por el don del amor y petición de más luz sobre tres puntos

97. Esta alma devota, agradeciendo a Dios la explicación de los estados de las lágrimas, hace tres peticiones 232

LA DOCTRINA DE LA VERDAD

Tres luces necesarias

98. La luz de la razón es necesaria a cualquier alma que de veras quiera servir a Dios.—Primero, sobre la luz general 234
99. Los que han puesto más su deseo en mortificar el cuerpo que en matar la voluntad propia.—Esta es una luz más perfecta que la general.—Matar la voluntad propia es la segunda luz 236
100. La tercera y más perfecta luz del corazón.—Obras que hace el alma que ha llegado a ella.—Hermosa visión que una vez tuvo esta alma devota.—Modo de conseguir la perfecta pureza.—No se deben emitir juicios 238
101. Los que han llegado a la tercera y perfectísima luz reciben las primicias de la vida eterna .. 242

Tres cosas para no caer en engaño

102. Modo de corregir al prójimo sin caer en falsos juicios 244
103. Aunque Dios manifestase a quien ora por otro que éste tiene su espíritu en tinieblas, no por ello debe juzgar que se halla en pecado 245
104. El afecto y el amor a la virtud deben ser tomados como finalidad principal; no la penitencia 247

Recapitulación sobre las tres cosas

105. Resumen de las tres cosas precedentes.—Anexo sobre la corrección del prójimo 248

Págs.

Cómo distinguir las visiones

106. Señales para conocer cuándo las visitas y visiones espirituales son de Dios o del demonio . 250

Invitación a pedir

107. Dios cumple los deseos de sus servidores.—Le agrada mucho que pidan y llamen a la puerta de su Verdad con perseverancia 252

Alabanza a Dios por la verdad manifestada.—De la fidelidad a la verdad y del conocimiento de los defectos de los ministros

108. Esta alma devota se humilla y da gracias a Dios.—Ora por todo el mundo, y especialmente por el cuerpo místico de la Iglesia.—También por sus hijos espirituales y por sus dos Padres espirituales.—Pide oír hablar a Dios de los defectos de los ministros de la santa Iglesia .. 253

Promesa de respuesta y amonestación

109. Dios anima a esta alma a la oración.—Respuesta a alguna de sus peticiones 255

EL CUERPO MÍSTICO DE LA IGLESIA

Excelencia del ministerio sacerdotal

110. Dignidad de los sacerdotes y del sacramento del cuerpo de Cristo.—Los que comulgan digna e indignamente 257
111. Los sentidos corporales se engañan en el sacramento, no los del alma.—Con qué sentidos hay que mirar, gustar y tocar.—Hermosa visión de esta alma sobre este tema 261
112. Excelencia en que se encuentra el alma que recibe en gracia este sacramento 263
113. Se ha hablado de la excelencia del sacramento para que se conozca mejor la dignidad de los sacerdotes.—Dios exige mayor pureza en ellos que en los demás 264
114. Los sacramentos no se deben vender ni com-

Págs.

prar.—Los que los reciben deben ayudar a los ministros en lo temporal.—Reparto de los bienes materiales de los sacerdotes 266
115. Dignidad de los sacerdotes.—La eficacia de los sacramentos no disminuye por culpa de los que los administran o de los que los reciben.—Dios no quiere que los seglares se metan a corregirles 267
116. Dios estima hecha contra El la persecución contra la Iglesia o contra sus ministros.—Es un pecado de más gravedad que cualquier otro .. 268
117. Se habla de los perseguidores de la santa Iglesia y de sus ministros 272
118. Resumen de lo dicho sobre la Iglesia y sus ministros 274

LOS BUENOS MINISTROS

119. Excelencia de las virtudes y obras de los buenos y virtuosos ministros.—Tienen las propiedades del sol.—Corrección de sus súbditos 274
120. Resumen del capítulo anterior.—Reverencia que se debe prestar a los sacerdotes, buenos o malos 283

Los malos ministros

121. Defectos y mala vida de los sacerdotes y ministros 285
122. En los malos ministros reina la injusticia, especialmente por la falta de corrección de sus súbditos 288
123. Muchos otros defectos de esos ministros.—Las tabernas, el juego y las concubinas 289
124. En los ministros reina el pecado «contra natura».—Visión que tuvo el alma sobre esta materia 291
125. Los defectos de los súbditos no son corregidos.—Defectos de los religiosos.—A esos males suceden muchos otros por falta de corrección 295
126. En los malos ministros reina el pecado de la lujuria 299
127. En los malos ministros reina la avaricia.—Prestan con usura.—Venden y compran los benefi-

Págs.

cios y prelacías.—Males que se siguen a la santa Iglesia 302
128. En dichos ministros reina la soberbia.—Esta ciega a la inteligencia.—Los que simulan consagrar y con consagran 307

Invitación al llanto, que atrae la misericordia

129. Otros muchos defectos que se cometen a causa de la soberbia y del amor propio 311
130. Otros defectos que cometen los malos ministros 317
131. Diferencia entre la muerte de los justos y de los pecadores.—Sus penas en la hora de la muerte 319
132. La muerte de los pecadores.—Sus penas en la hora de la muerte 323

Recapitulación y nueva invitación al llanto

133. Resumen de lo anterior.—Dios prohíbe en absoluto que los seglares pongan las manos en los sacerdotes.—Invitación a llorar por esos infelices sacerdotes 329

Alabanza a Dios: Luz y Fuego.—Caridad suprema. Cumplidor de los deseos.—Petición por el mundo y por la Iglesia

134. Esta alma devota, alabando y bendiciendo a Dios, ora por la santa Iglesia 330

LA PROVIDENCIA DIVINA

Providencia general

135. *(Aquí comienza el tratado de la providencia de Dios.)*—La providencia en general y la creación del hombre a su imagen y semejanza.—Dios provee con la encarnación de su Hijo.—Puerta del paraíso cerrada por el pecado de Adán.—Providencia dándose en comida continuamente en el sacramento del altar 335
136. Dios proveyó dando la esperanza a las criaturas.—Quien tiene esperanza mayor, gusta más perfectamente de su providencia 338

Págs.

137. Dios proveyó en el Antiguo Testamento por la ley y los profetas.—Después, enviando a su Verbo; después con los apóstoles, mártires y otros santos.—Nada ocurre a las criaturas que no sea por providencia de Dios 341

Providencia particular

138. Lo que Dios permite es sólo para nuestro bien y salvación.—Ciegos y equivocados los que piensan lo contrario 342
139. Dios proveyó muy particularmente a la salvación del alma en un caso que ocurrió 345
140. Dios se lamenta de los diversos modos de infidelidad de las criaturas.—Una alegoría del Antiguo Testamento explica una enseñanza muy útil 346
141. Providencia divina a través de las tribulaciones.—Desgracia de los que confían en sí y no en la Providencia.—Excelencia de los que confían en ella 349
142. Dios proveyó a las almas con los sacramentos.—A sus servidores hambrientos socorre con el cuerpo de Cristo.—Más de una vez socorrió a un alma hambrienta de este sacramento 353
143. Providencia de Dios con los que están en pecado mortal 357
144. Providencia de Dios con los que aún se encuentran en el amor imperfecto 360
145. Providencia de Dios con los que se hallan en la caridad perfecta 364
146. Resumen de lo dicho.—Interpretación de las palabras de Cristo a San Pedro: «Echa la red a la derecha de la nave» 369
147. El que echa la red con más perfección, coge más peces.—Excelencia de estos perfectos 371
148. Providencia que usa Dios en general con las criaturas en esta vida y en la otra 373
149. Providencia de Dios con sus servidores pobres, socorriéndoles en las cosas temporales 376
150. Males que proceden de poseer y desear desordenadamente las riquezas temporales 379

Págs.

Elogio de la pobreza

151. Excelencia de los pobres intencionadamente pobres en el espíritu.—Cristo nos enseñó la pobreza no sólo de palabra, sino con el ejemplo.—Providencia de Dios con los que abrazan la pobreza voluntaria 381

Recapitulación sobre la Providencia

152. Resumen sobre la Providencia 388

Alabanza de la caridad divina.—Petición de saber sobre la obediencia

153. Esta alma, mientras alaba y da gracias a Dios, le pide que le hable de la virtud de la obediencia 389

LA OBEDIENCIA

154. *(Aquí se comienza el tratado de la obediencia.)*—Dónde se encuentra la obediencia.—Qué nos la quita.—Señal de si la tiene el hombre o no.—Su compañera.—Quién la fomenta 391

La obediencia en general

155. La obediencia es llave que abre el cielo.—Debe tenerse en la cintura, atada a un cordelito.—Su excelencia 394
156. Miseria de los desobedientes y excelencia de los obedientes 397

La obediencia en particular

157. Los que tienen tanto amor a la obediencia que no se contentan con la general de los mandamientos, sino que abrazan la particular 399
158. Paso de la obediencia general a la particular.—Excelencia de las órdenes religiosas 400
159. Excelencia de los obedientes e infidelidad de los desobedientes que viven en religión 406
160. Perversidad, miserias y trabajos de los desobedientes.—Malas consecuencias de la desobediencia 412

Págs.

161. Excelencia de los pobres de espíritu.—Jesucristo nos enseñó la pobreza con la palabra y con el ejemplo.—Providencia de Dios con los que abrazan la pobreza 414
162. Imperfección de los que viven tibios en la religión aunque eviten el pecado mortal. Remedio para salir de la tibieza. 418

Elogio de la obediencia y del obediente

163. Excelencia de la obediencia y bienes que proporciona a quienes la abrazan de verdad 420
164. Distinción entre dos obediencias: la del religioso y la que se presta a alguna persona fuera de la religión 422
165. Dios no premia según el trabajo ni el espacio, sino en conformidad con la grandeza de su caridad.—Prontitud de los verdaderos obedientes.—Milagro de Dios en razón de esta virtud.—La discreción en la obediencia.—Obras y premio al verdadero obediente 424

CONCLUSIÓN

Recapitulación de todo el libro

166. Resumen de casi todo el presente libro 429

Agradecimiento.—Alabanza a la Trinidad.—Alabanza a la fe.—Oración última: la verdad en la fe

167. Esta alma devotísima, agradeciendo y alabando a Dios, ruega por todo el mundo y por la santa Iglesia.—Recomendando la fe, da fin a esta obra 431

ORACIONES Y SOLILOQUIOS

Págs.

Introducción		437
1.	El envío del Verbo	445
2.	Por los ministros de la Iglesia	448
(1-2).	Resumen de las dos primeras oraciones	449
3.	Cristo, nuestra salvación	452
4.	El amor que vence todo obstáculo	455
5.	Las plantas jóvenes	458
6.	En la Cátedra de San Pedro	460
7.	Fortaleza de la voluntad	461
8.	La luz que salva	465
9.	Fragilidad y fortaleza	470
10.	El injerto	472
11.	En el día de la Anunciación	475
12.	Valor de la pasión	479
13.	Cristo, nuestra resurrección	484
14.	En la Circuncisión del Señor	486
15.	El don de la verdad	489
16.	La vida que vence a la muerte	490
17.	La imagen divina	491
18.	Luz y tinieblas	492
19.	Los caminos de la misericordia divina	494
20.	Por la santificación de la Iglesia	497
21.	Los dos vestidos	500
22.	El fuego divino en el alma humana	504
23.	En la Conversión de San Pablo	507
24.	Invocación a la Trinidad	509
25.	Al Espíritu Santo	510
26.	El alfarero y la arcilla	511
27.	Al hacer el voto de virginidad	512
28.	Para vencer una tentación	512
29.	Después de una tentación	512
30.	Sufrir y morir por Jesús	513
31.	Deseos de muerte	513
32.	La pureza	513
33.	Por los pecadores y por sus discípulos	514
34.	«Me haces enloquecer»	516
35.	Cómo responder a la gracia	517
36.	A la belleza eterna	518

Págs.

37. «No sólo de pan...» 520
38. Por su padre moribundo 521
39. Por «suor Palmerina», enemiga suya 521
40. Con ocasión de una grave calumnia 522
41. «No he venido a discutir...» 523
42. Por dos condenados a muerte 524
43. Por su madre, en peligro de perdición 525
44. Para hacer cesar el milagro del vino 525
45. Quiero vilipendios y oprobios 526
46. «¡Oh Amor! ¡Te he vencido...!» 526
47. «Me tratas como vacilante e incrédula» 527
48. Ultima oración de Catalina 528

INDICE LITERARIO 531
INDICE DE MATERIAS 533

BIBLIOGRAFIA

Manuscritos

«El Diálogo»

Códices Casanatense (Roma), Estense, Senense, Felele, Corsiniano, Riscioniniano, Magliabechiano, Graidente, Vaticano, Ricardiano, Vienense.

Cartas

Códices de las Bibliotecas Comunale (Siena), Casanatense (Roma), Vaticana, Vittorio Emmanuele, Palatina (Florencia), Ricardiana, British Museum (Londres), Palatina (Viena).

Incunables

Libro della divina Providentia, ed. Baldasare Azzoguidi (Bolonia 1472 y 1475).

El libro della doctrina revellata a quella gloriosa et sanctissima vergine Sancta Caterina de Siena, ed. Kartl Bonebach (Nápoles 1478).

«Dialogo» della seraphica..., ed. Mateo Capcasa (Venecia 1494).

«Dialogus» seraphice dive Catharine..., ed. Bernardinus de Misentis (Brescia 1496).

Epistole utili e divote de la beata e seraphica Sancta Catheina..., ed. Giovanni Jacomo Fontanisi (Bolonia 1492).

Epistole devotissime de la Santa Catherina da Siena, ed. Aldo Manuzio (1500).

En español

Obras, epístolas y oraciones sa la bienaventurada virgen Santa Catalina de Sena, de la Orden de Predicadores, trad. del P. Peña, O. P. (Alcalá 1512).

Diálogos que tratan de la divina Providencia, ed. P. L. Loarte, O. P. (Madrid 1668).

«Diálogos» de Santa Catalina de Sena, trad. Dominicos del convento de Atocha (Madrid 1797).

«El Diálogo, de Santa Catalina de Sena», ed. P. J. Masip (reproducción de la traducción de Atocha) (Avila 1925).

«El Diálogo», ed. Rialp (reproducción de la trad. Atocha) (Madrid 1955).

Obras de Santa Catalina de Siena: «El Diálogo», trad. e int. de Angel Morta (contiene en apéndice las *Oraciones y elevaciones)*, ed. BAC (Madrid 1955).

Obras de Santa Catalina de Siena (El Diálogo-Oraciones y Soliloquios). Trad. e Introducciones, notas e índice temático por P. J. Salvador y Conde, O. P. Ed. BAC (Madrid 1980, págs. 539).

Epistolario de Santa Catalina de Siena, Espíritu y Doctrina. Trad. Introducción, notas e Indices analíticos por el P. J. Salvador y Conde, O. P. (Ed. San Esteban, Salamanca 1982, págs. 1332, en dos vols.).

Enseñanzas de Vida Espiritual. Cartas de Santa Catalina. (Selección de las 75 más notables y algunos trozos de otras variadas). Precede una biografía cronológica de la Santa Doctora y concluye con un Indice Temático. Por el P. J. Salvador y Conde, O. P. (Ed. OPE. Caleruega 1983, págs. 328).

Temas catalinianos

ALVAREZ, Paulino, O. P., *Santa Catalina de Sena* (Vergara 1926).

ASTURATO, A., *Caterina da Siena. Osservazioni psicopatologiche* (Nápoles 1881).

BATTISTI A., *La parlata senense e S. Caterina:* Archivium Romanicum II (1935).

BERNARDOT, V., O. P., *Au service de l'Eglise. S. Catherine de Sienne:* La Vie Spirituelle XVIII (1928) p.129-60.

BEZINE, S., O. P., *Mystique de Sainte Catherine de Sienne. Extraits de ses lettres.* Ed. Sapience (París 1947).

La divine misericorde. Présentation du «Dialogue» (París 1954).

Bula de Gregorio XI a Catalina: Bullarium O. FF. Praedicatorum (Roma 1730).

BERTONI, Giulio, *Il linguaggio mistico de Santa Catarina da Siena:* Studi Cateriniani IV (1927) p.51-69.

BITELLI, *La Santa degli italiani* (Turín 1938).

BONELLI, Luigi, *Il linguaggio cateriniano:* Studi Cateriniani IX (1932 p.1-16).

BUONCOMPAGNI, *Il Papato a l'Italina in S. Caterina da Siena* (Roma 1925).

CAFFARINI, (Fr. Thomas Antonii de Senis), *Libellus de Suplemento Legende prolixe virginis beatae Catherine de Senis,* ed. G. Cavallini (Roma 1974).

Vita di S. C. da Siena, scritta da un divoto della medesima, con il «suplemento» alla vulgata leggenda di detta Santa, scritto in lingua latina dal B. Tommaso Nacci Caffarini, e ridotto nell'italiano del P. M. Ansano Tantucci, senese, dell'Ordine dei Pred. Ed. Bindi (Siena 1765).

CAPECELATRO, Alfonso, *Storia di S. Caterina da Siena e del Papato del suo tempo.* Ed. Barbera Bianchi (Firenze 1858).

CAPUA, Beato Raimundo de, O. P., *Legenda maior* (Colonia 1553).

Vita di S. Caterina da Siena, trad. G. Tinagli (Siena 1934).

CARTIER, O., O. P., *Lettres de Sainte Catherine de Sienne,* 2.ª ed. (4 vols.) (París 1886).

CARTOTTI ODDASSO, Adriana, *Caterina da Siena, Dottore della Chiesa.* Ed. San Sisto Vechio (Roma 1970).

CASTAGNESI, E., *Studio sulla psiche di S. Caterina da Siena* (Torino 1903).

CENCETTO, G., *La «Leggenda maggiore» di S. Caterina da Siena e il suo volarizzamento.* (Piacenza 1939).

CHIRAT, A. H., *Sainte Catherine de Sienne* (Lyón 1888).

CHUZEVILLE, Juan. *Les mistiques allemands du XIIIe au XIXe siècles.* (París 1935).

Lés mystiques italiens (París 1942).

CULMONT, Carlos, *Le Verger, le Temple et la Cellule* (París 1912).

DENIS-BOULET, Noële M., *La carrière politique de Sainte Catherine de Sienne. Etude historique,* Ed. Desclée (París 1939).

DRANE, A. T., *The History of S. Catherine of Siena* (Londres 1887).

DUPRÉ-THESEIDER, Eugène, *La cronologia delle lettere politiche di Caterina e la critica moderna:* Studi Cateriniani I (1923) p.113-136.

Un codice inédito del «Epistolario di S. Catalina da Siena»: Bulletino *dell'Instituto storico italiano* XLVII (1931).

DUPRÉ-THESEIDER, Eugène, *Sono autentiche le lettere di S. Caterina da Siena?:* Annali della Instruzione Media VII (1931) p.212-48.

Epistolario cateriniano vol. 1 (88 cartas) (Roma 1940).

Sulla composizione del «Dialogo» della divina Providenza: Giornale Storico della Letteratura italiana CXVII (1941) p.161-202.

D'URSO, Giacinto, O. P., *In valore autografico nell linguaggio cateriniano:* S. Caterina da Siena (abril-septiembre 1951) p.56-77.

La via della verità, ed. Domenicane Italiane (Napoli 1970).

Il genio di Santa Caterina. Studi sulla sua dottrina e personalita (Roma 1971).

FAWTIER, Roberto, *Sainte Catherine de Sienne. Essai de critique des sources I: Sources hagiographiques.* Ed. Boccard (París 1921) *Il Les oeuvres de Sainte Catherine de Sienne.* Ed. Boccard (París 1930).

Leggenda minore (ed. latina de R. Rawtier): Mélanges d'Archéologie et d'Histoire (París 1913).

La double expérience de Catherine Benincasa (París 1948).

FESTA, N., *Lo stile nelle epistole caterianiane:* Studi Cateriniani: (1939) p.6-37.

FOLGHERA, J. D., O. P., *Chefs d'oeuvre ascétiques et mystiques. Sainte Catherine de Sienne. Pensées extraites de ses Lettres, de son «Dialogue» de sa «Vie»* (Saint-Maximin [Var] 1923).

FRANCESCHINI, E., *Leggenda minore di S. Caterina* (Milano 1942).

GARDEIL, O. P., *Les dons du Saint-Esprit dans le saints dominicains.* (París 1903).

GARRIGOU-LAGRANGE, Réginald, O. P., *La prima conversione secondo S. Caterina da Siena:* Vita Cristiana (1933) p.257-71.

La unione mistica in S. Caterina da Siena (Firenze 1938).

GEBHART, Emile, *Moines et papes. Essais de psychologie historique.* (París 1909).

GETTO, Giovanni, *Saggio letterario su S. Caterina da Siena,* 4 vols. (Roma 1946)

GIGLI, Girolamo, *Vocabolario cateriniano* (Roma 1717).

Opera della serafica vergine Santa Caterina da Siena, 4 vols. (Roma 1723).

GILLET, Martín E., O. P., *La missione di S. Caterina de Siena.* (Firenze 1946).

GIORDANI, Iginio, *Caterina da Siena* (Torino 1954).

GISBERT, O. P., *Vida portentosa de santa Catalina de Sena.*

BRION, Alvaro, O. P., *Santa Caterina da Siena: dottrina e fonti.* (Brescia 1953).

HURTAUD, J., O. P., *«Le Dialogue» de S. C.,* trad. et préface du.... Ed. Lethielleux (París 1913).

JORDAN, E., O. P., *La date de naissance de S. Catherine de Sienne et la critique historique:* L'Année Dominicaine (enero-febrero 1923).

JETTE, Henri, Catherine de Sienne. Ed. France-Empire (París 1961).

JOERGENSEN, J. *Sainte Catherine de Sienne* (París 1919).

LAURENT, O. P., S. *Caterina da Siena e il B. Raimondo da Capua, ambasciatore della S. Sede presso Carlo V:* Studi Cateriniani XII (1936) p.1-51.

S. Catherinae Senensis: Legenda minor. Ed. Serguis-Moncho. *Fontes Vitae S. Catharinae Senensis historici:*

I. *Documenti* (1936), por Laurent-Valli.

IV. *Il miracolo di Caterina da Jacopo da Siena di Anonimo Fiorentino* (1942), por Laurent-Valli.

IX. *Il Processo castellano* (1942).

X. *S. Catharine Senensis: Legenda minor* (1942).

XV. *Leggenda abreviata di S. Caterina da Siena di Fra Antonio della Rocca,* por Bataglia-Laurent (1939).

XX. *I necrologi di S. Domenico in Corregio* (1937).

XXI. *Tractatus de Ordine Fratrum Praedicatorum de Penitentia S. Domenici, di Siena* (1938).

LAZZARESDHI, E., *Santa Caterina in Val d'Orcia* (Firenze 1915).

LECLERQ, Jacques, *Santa Catalina de Siena.* Trad. de Ed. Patmos (Madrid 1955).

LEMONYER, A., O. P., *Notre vie spirituellè à l'école de Sainte Catherine de Sienne* (París 1934).
LEVASTI, A., *Spiritualità cateriana:* Vita Cristiana XII (1940) p.p. 154-83.
La vie de Sainte Catherine de Sienne. Trad. de la ed. de Turín de 1947 (París 1953).
MANDONNET, O. P., *Sainte Catherine de Sienne et la critique historique:* L'Année Dominicaine (enero-febrero 1923).
MARTIN, Felipe, O. P., *Santa Teresa de Jesús y la Orden de Predicadores* (Avila 1909).
MARTINEZ DE PRADO, J., O. P., *Opusculum de stygmatibus S. Catharinae Senensis* (Alcalá 1652).
MAUX, Juan, *Sainte Catherine de Sienne, Reformadrice et Diplomate* (Gante 1921).
MEEREMAN, G. G., *Gli amici spirituali di S. Caterina a Roma nell 1378 alla luce del primo manifesto urbanista:* Bulletino senese di storia patria LXIX (1962) p.83-123.
MISCIATELLI, Piero, *Caterina Benincasa: l'attività mistica:* Mistici senensi (Siena 1913) p.162-81.
La regola del Terzo Ordine de S. Domenico e il ruolo delle Mantellate nel Trecento: Studi Cateriniani III p.35-65.
MONLEÓN, Alfonso, O. P. *Un alma de Acción Católica: Santa Catalina de Sena* (Montevideo 1939).
MORTIER, A., O. P., *Histoire des Maîtres Generaux de l'Ordre des Frères Précheurs* (París 1907).
MOTZO, B. R., *Per una edizione critica della opera di S. Caterina da Siena:* Annali della Facoltà di Filosofia e Lettere della Università di Cagliari (1930-1931).
ORSINI, *S. Caterina e la poesia* (Bérgamo 1939).
PAPINI, Giovanni, *Storia della letteratura italiana* (Firenze 1937).
PERRIN, J. M., O. P., *Catherine de Sienne, Comtemplative dans l'action* (Marsella 1961).
Sous l'égide de S. Catherine de Sienne (Marsella 1961).
PETITOT, H., O. P., *La formation spirituelle: La vie spirituelle* (abril 1923) p.7-65.
PUCETTI, A., O. P., *La dottrina della fede in S. Caterina:* Vita Cristiana XII (1940) p.130-53.
RICHE, Marie-Louise, *Audacieuse Catherine de Sienne.* Ed. La Colombe (París 1960).
SALVADOR y CONDE, O. P.: *Doctrina Espiritual de Catalina de Siena, Doctora de la Iglesia* (Estudio teológico con un índice temático). Salamanca 1984, p.310.
TAURISANO, Inocencio, O. P., S. *Caterina da Siena* (Roma 1948).
TERESA DE JESUS, Santa, *Obras completas.* Ed. BAC. (Madrid 1951).
TOMMASEO, Misciatelli, *Le «Lettere» di S. Caterina da Siena,* 6 vols. (Florencia 1970).

TOMMASEO, Niccolò, *Lo spirito, il cuore, la parola di S. Caterina da Siena,* Misciatelli (Siena 1922).

UNDSET, Sigrid, *Catherine de Sienne,* Ed. Stock (París 1952).

VALLI, F., *L'infanzia e la puerizia di S. Caterina da Siena. Esame critico delle fonti* (Siena 1931).

Il sangue di Cristo nell'opera di Caterina da Siena: Studi Cateriniani IX (1932) p. 17-38.

L'adolescenza di S. Caterina da Siena. Esame critico delle fonti (Siena 1921).

VALOIS, N., *La France et le grand schisme.*

WALZ, Angelus, O. P., *Il segreto del cuore di Cristo nella spiritualitá cateriniana:* Studi Dominicani (Roma 1939).

WEBER, F., S. I., *Santa Caterina da Siena vista dalle sue lettere:* La Civiltà Cattolica (1947) p.236-47.

WILBOIS, Joseph, *S. Catherine de Sienne: L'actualité de son message* (Tournai-París 1948).

OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA

Estampa del siglo XVII, tomada del libro alemán *Hae sunt Feriae Domini sanctae*, compuesto sólo de grabados de Santos de la Orden de Predicadores.

INTRODUCCION GENERAL

Esquema de la vida de Santa Catalina de Siena

1347: Nacimiento en Siena el 25 de marzo, hija de Jacobo Benincasa y Lapa, su mujer. Hermanos nacidos antes que ella, 23. La gemela de Catalina vive solamente unos días. Posteriormente le nace un hermano, Esteban, que hace el número 25 de la familia.

1350: Se instala en Roma Santa Brígida de Suecia, famosa por sus célebres revelaciones.

1353: Con cinco o seis años tiene la primera visión, y a consecuencia de ella hace el voto de virginidad.

1354-1362: Dedica sus años de niña a la vida espiritual, entre dificultades provenientes de la familia; principalmente, de su madre, que la quiere para casada.

1363: Ingreso en la Orden dominicana como terciaria o «mantellata». Influencia de las terciarias en su vida, y de ella en el grupo de terciarias.

1367-1370: Traslado del papa Urbano V de Aviñón a Italia.

1368: Muerte de su padre. Comienza a formarse en torno a ella un grupo de espirituales. Irradiación de su vida espiritual, consecuencia de su vida ejemplar y de algunas conversiones que se efectúan por su intervención.

1371-1372: Influencia en la sociedad y vida política. Primeras cartas a personajes de relevancia en su tiempo. Incita a una cruzada.

1373: Muerte de Santa Brígida en Roma.

1374: Gregorio XI expide en su favor una bula concediéndole indulgencias. Es portador

de la bula el amigo y confesor de Santa Brígida.

Comparece ante el capítulo general de la Orden dominicana en Florencia. Se aprueba a su grupo de espirituales y se nombra como responsable de él a Fr. Raimundo de Capua (beatificado), que pasa a ser su principal Padre espiritual y discípulo. Después será nombrado general de la Orden de la fracción urbanista, su primer biógrafo y gran promotor de su canonización.

Peste en Siena, en la que pierde varios sobrinos. Dedicación a los enfermos.

1375: Viajes a Pisa y Lucca en favor de la paz y predicación de la cruzada.

1376: Entredicho papal contra Florencia. Contactos con el gobierno de Florencia para el restablecimiento de la concordia entre el papa y aquella república. Cartas a Gregorio XI. Viaje a Aviñón e intervención en el traslado del papa a Roma.

1377: Misión de paz y apostolado en Val d'Orcia. Intervención con el papa para que otorgue perdón a Siena.

¿Comienza a componer su «libro», o *El Diálogo?*

1378: Por disposición de Gregorio XI pasa a Florencia para promover la paz.

Muere el papa y es elegido Urbano VI. Florencia hace el 18 de julio la paz con Roma.

Elección del antipapa Clemente VII el 20 de septiembre.

Termina de escribir su «libro».

1379: A petición de Urbano VI, se traslada a Roma, y comienza allí la campaña en favor de la legitimidad del papa Urbano.

1380: Muere en Roma el 29 de abril, domingo anterior a la fiesta de la Ascensión.

Formación doctrinal

Es natural que este tema haya preocupado y preocupe a los que estudian la personalidad de una santa declarada Doctora de la Iglesia en atención al valor de su doctrina espiritual. De ahí la necesidad de estudiar detenidamente el tema.

Todos somos, en buena parte, hijos y herederos del siglo en que vivimos. En nosotros se manifiestan las ideas de nuestros coetáneos y de los que nos han precedido en el tiempo. Nadie es tan superdotado que no deba la mayor parte de ellas al ambiente espiritual, social y científico en que ha crecido, sea por asentimiento a ellas o por una reacción y repulsa.

En estos principios generales debemos enmarcar, en primer lugar, la formación doctrinal de la Doctora de la Iglesia Santa Catalina de Siena. Recordemos, además, que esto vale especialmente para ella, que no tuvó apenas otra formación cultural que la de su ambiente familiar y social. Para ella no existieron las universidades, ni siquiera las escuelas de primeras letras. Aprendió a leer cuando ya era terciaria. Su finalidad al hacerlo fue la de poder asociarse a la recitación de las horas y funciones litúrgicas.

No era en su siglo una necesidad imperiosa el saber leer, y menos aún el escribir. Esto ocurría, en mucha mayor proporción, con las mujeres. Catalina aprendió a leer, pero no muy expeditamente. No sabía separar bien las sílabas, lo que en aquellos tiempos, sin imprenta y con la costumbre de ahorrar papel a costa de numerosas abreviaturas, a veces demasiado arbitrarias y caprichosas, revestía una dificultad especial.

En cuanto a escribir, hay dudas bien fundadas de que supiera hacerlo. Algunos de sus discípulos aseguran que aprendió milagrosamente, y citan una breve oración compuesta y escrita por ella y algunas cartas. Pero la crítica niega esta realidad. De hecho, ella se valía de amanuenses o secretarios, tarea en la que empleaba a algunos de sus discípulos o seguidores más constantes. Caffarini fue quien puso mayor empeño en demostrar que Catalina llegó a saber escribir; pero, generalmente, es desautorizado su testimonio.

La formación de una persona comienza con el nacimiento. Va percibiendo con los sentidos lo que le rodea. Naturalmente, es la familia la que deja sus primeras y principales huellas en ella. La familia de Catalina era muy numerosa aun para su siglo; para el nuestro resulta inimaginable. Si ella hacía el número 24, quiere esto decir que, cuando nació, algunos de sus hermanos sobrepasaban los veinte años, independizados por el matrimonio y por necesidades de la vida. Los tenía de todas las edades. Esteban, el último de la familia Benincasa, era el más pequeño, y no pudo, por su edad, comprender bien lo que le había pasado a su hermana a los cinco o seis años de edad cuando la vio absorta en la primera visión.

En una familia numerosa, siempre hay mucho que hacer y cada uno ayuda en conformidad con su edad y facultades. Catalina se vio obligada a trabajar en la casa desde muy niña. Después hubo de hacerlo más duramente por imposición de su madre, Lapa, que la amaba con cariño singular y llevaba muy a mal que su hija se entregara a las prácticas religiosas, en el afán por alcanzar una mayor perfección espiritual.

La familia Benincasa era muy cristiana. En ella era natural hablar de temas religiosos, de vidas de santos. Como lectura familiar se señalan las vidas de los santos anacoretas y la *Legenda aurea,* del dominico Jacobo da Varazze, el Vorágine castellanizado.

La casa se hallaba cercana a la iglesia de Santo Domingo, y a ella acudía Catalina diariamente desde su infancia. Los dominicos eran visita frecuente de la familia.

La asistencia a los oficios litúrgicos y frecuentes predicaciones proporcionaron a la niña y a la joven una amplia cultura religiosa. En la iglesia dominicana, día tras día y año tras año, en ciclos y en circunstancias diversas, oía la historia de la redención, anécdotas de los santos propuestas para ejemplo de los fieles, principios morales y orientación cristiana. Muchos textos que ella repetiría y dictaría después, sin precisar su ubicación en la Sagrada Escritura, los había oído repetidas veces en la iglesia, en las conversaciones con los religiosos y otras personas, a sus confesores, y, ya terciaria, en las reuniones que

mensualmente tenían las terciarias, a las que asistía con tanto placer.

El influjo de todos estos elementos y del ambiente la llevaron, siendo niña, a la idea de hacerse ella misma anacoreta [1]. Por eso salió una mañana buscando no sabía qué, y no regresó hasta la noche, cuando no sabía qué hacer para llevar a efecto su propósito. No veamos en esto más singularidad que la que encontramos cuando en nuestros días un niño sale de casa solo o con un amigo en busca de aventuras incitado por lo que ha visto en la televisión. La vida de los santos tenía, en aquella sociedad profundamente cristiana, la misma atracción que hoy las películas del Oeste. Sus padres nada supieron, y creyeron que había pasado el día en casa de su hermana Buenaventura, ya casada, a la que visitaba con frecuencia.

Siena, Italia y Europa entera eran una pura contradicción. Por una parte, la fe cristiana era un elemento indiscutible en la vida del pueblo, y, por otra, desde los países del Norte a los más meridionales, luchaban en un enredo difícil de explicar, una serie de facciones y partidos que se discutían el poder y dominio temporal. La manifestación externa se advertía en revoluciones, crímenes, matanzas, sublevaciones, guerras y venganzas. Entre los miembros de una familia se encontraban partidarios de los bandos más irreconciliables, como ocurría en la misma familia Benincasa.

Catalina, por reacción a ese estado permanente de sobresaltos, se constituyó en pregonera de la paz. Por ella trabajó denodadamente toda la vida. Como mensajera entre diversos bandos, recorrió diversas ciudades: Pisa, Lucca, Florencia, Aviñón y Roma, como más principales. En misión de paz se internó en Val d'Orcia. Una cantidad respetable de cartas tienen esa mira de instauración de la paz. Rechaza la guerra como medio para obtenerla, aunque signifique un bien inmediatamente directo para el papa, a quien defiende siempre. A las compañías de guerreros mercenarios, que hacían de la

[1] RAIMUNDO DE CAPUA, Beato, *Vida de Santa Catalina de Siena* p.1.ª c.2 (se hacen las citas de esta obra por partes y capítulos para hacer más fácil su verificación en cualquier edición española o extranjera).

guerra su medio de subsistencia corporal, a disposición de quien más pagara, les pide que abandonen su actuación en las ciudades europeas y les propone «il santo passagio», la cruzada en Tierra Santa en defensa de la cristiandad. La paz en ella era una de las razones que alegaba en sus predicaciones y cartas cuando recomendaba la cruzada, sueño que nunca vería realizado.

La vieja lucha de güelfos y gibelinos (partidarios del poder temporal del papa y contradictores de él) seguía en su siglo, manifestándose de los más variados modos. No era otra la razón de las sublevaciones de las repúblicas italianas contra el poder papal. Sin titubeos, ella estuvo siempre de parte de los papas, pero a ellos les pedía clemencia y comprensión con los sublevados y contrarios. Esta rivalidad había llevado a los papas a abandonar Italia y establecerse en Aviñón, terreno oficialmente neutral, pues primeramente perteneció al reino de Nápoles. Después los papas lo compraron y establecieron en él su señorío. Pero, el ser Aviñón un enclave en tierra francesa, les tenía esclavizados y sometidos a los caprichos y política de los reyes de Francia. De él quiso salir Urbano V, regresando a Italia, pero el regreso fue un fracaso, y los papas hubieron de establecerse de nuevo en Aviñón; en parte, por los disturbios en Italia y, en parte, por la influencia de los cardenales, en su inmensa mayoría franceses.

La jerarquía eclesiástica, de la más alta a la más inferior, se hallaba también dividida. No hablamos de los partidos políticos, que también los había, sino de las aspiraciones espirituales de unas y otras tendencias. Una deseaba y se esforzaba en conseguir la prosecución en la vida relajada a que el clero había llegado por diversos caminos a lo largo de decenios, mientras que otra propugnaba la reformación de la jerarquía, en la que se incluía tanto al clero secular como al regular. Léase en *El Diálogo* la parte dedicada al cuerpo místico de la Iglesia, y se comprenderá la relajación a que se había llegado. Se suele culpar de ella casi exclusivamente a la gran peste, «la peste negra» de 1348, cuando Catalina tenía un año de edad. Sin negar el influjo que tuvo en la relajación del clero y en los religiosos, hemos de tomar las cosas de mucho más atrás. Cualquier manual de historia

eclesiástica nos pondrá en la pista de ella ya durante la segunda mitad del siglo XIII cuando menos.

Junto a los relajados vivían almas conscientes de sus deberes religiosos, fuera del clero y dentro de él. Pero también en esto se llegó a la exageración, formándose grupos de partidarios de la reforma a ultranza, que terminaron en grupos heréticos, como el de los «fratricelli».

A ellos nos vemos obligados a dedicar unas líneas por ser contemporáneos de Catalina.

Los «fratricelli» o «hermanos de la vida pobre» fueron producto esencialmente italiano nacido de la Orden franciscana en la Marca de Ancona. Después de varias peripecias, persecuciones y destierro, fueron reconocidos como familia franciscana autóctona en 1294 por Celestino V, que quiso volverlos al buen camino. Eran ultraconservadores, en reacción contra la relajación franciscana. No admitían las interpretaciones de los capítulos generales de la Orden ni las del mismo papa, terminando en visionarios y seudoprofetas que anunciaban la destrucción de la Iglesia, la gran Babilonia, y la del mundo entero, a la que seguiría el triunfo del monaquismo en el gobierno de la Iglesia y del mundo por medio de la pobreza evangélica. La confusión originada con el cisma de Occidente les favoreció mucho, pareciéndoles que llegaba la hora del cumplimiento de sus profecías. Condenaban cualquier injerencia de la Iglesia en asuntos temporales. Gozaron de la simpatía de Guillermo de Occam y de Miguel de Cesena, general de los franciscanos, que entabló la lucha con el papa Juan XXII, al que destituyó Luis IV de Baviera. Una fracción que apoyaba a Luis de Baviera y a los «fratricelli» logró se eligiera al franciscano Pedro de Corbara como papa con el nombre de Nicolás V, que se sometió dos años después. Todo esto ocurría en el pontificado del papa Juan XXII (1316-1334).

Paralelos a estos movimientos espiritualistas surgieron los de los «flagelantes», que brotaban por doquier, fenómeno anónimo, social y colectivo, y los de Juan Wyclif, profesor en Oxford (1324-1384), y un poco después, su seguidor Juan Huss, en Bohemia (1369-1415).

Otros grupos lucharon con armas muy distintas que

las de la desobediencia en pro de la reforma de la Iglesia. Uno de ellos fue el formado en torno a Catalina de Siena. En todo caso, la Orden dominicana, pues pertenecía a ella como terciaria, quiso asegurarse de que iba y seguiría por el buen camino. Esa fue la razón de ser citada a dar cuenta de sí y de su grupo ante el capítulo general de la Orden que se reunió en Florencia en 1374. Allí se dirigió Catalina con un grupo de discípulos, y dio pruebas de su buena orientación, por lo que se le dio paso, nombrándose como responsable del grupo a Fr. Raimundo de Capua, que era lector de teología y de virtud bien probada, a la vez experimentado director espiritual por haberlo sido antes del monasterio dominicano de Montepulciano, fundado no hacía mucho tiempo por Santa Inés de Montepulciano.

A Fr. Raimundo de Capua, que sucedía a Fr. Tomás della Fonte, debió mucho la formación doctrinal de Catalina, si bien él, a su vez, recibió mucho del espíritu de Catalina, de la que no fue sólo Padre espiritual, sino discípulo e hijo muy querido.

Fray Raimundo se hizo cargo de la dirección de Catalina y de su grupo, así como de una serie de manuscritos redactados por Fr. Tomás della Fonte. En ellos había anotado su primer confesor los dones y gracias que iba recibiendo Catalina. Fray Raimundo nos dice [2] que recibió toda esta serie de informes con una cierta reticencia.

Los investigadores, intentando llegar a las fuentes escritas de donde pudo recibir Catalina su formación espiritual, se han fijado en que cita ella misma la *Vida de los Padres* (*El Diálogo* c.141 y 145). Esta obra había sido traducida por el dominico Fr. Domingo Cavalca. Era autor también de una obrita titulada *Specchio di Croce,* que leyó u oyó leer, sin duda, muchas veces, pues en las *Cartas* y en *El Diálogo* hay vestigios de ello. Lo mismo podemos asegurar de *Legenda aurea,* de Jacobo da Varazze, de la que cita algunos pasajes, si bien pudo oír su narración muchas veces en las predicaciones. Rebuscando más —acaso excesivamente—, podríamos señalar la influencia de las *Collationes,* de Casiano; de la *Escala espiritual,*

[2] Ibid., I c.8.

de San Juan Clímaco, y de San Gregorio. En todo caso, debemos ser parcos en atribuciones de una influencia directa y creer más en la certeza de una influencia indirecta a través de las funciones litúrgicas, de las predicaciones, de las orientaciones de los confesores y de otros religiosos, así como del trato con otras personas devotas.

Puede parecer demasiado pequeño este influjo cultural religioso para una Catalina que es admirada por sus obras más que por su intensa actividad. Pero debemos reconocer que no todos los que oyen una explicación o lección la retienen del mismo modo; unas veces, por el poco interés que se presta, y otras, por falta de capacidad natural. En el interés va incluida la reflexión o meditación sobre lo que se lee u oye. Por los discípulos de Catalina sabemos que leía poco y que lo hacía despacio, rumiando las frases, repensando las palabras, y que, cuando encontraba algo que llamaba su atención, se detenía en ello largo tiempo. Su misma oración no tenía nada de la mecánica de pronunciar palabras, sino que era meditada. ¡Cuántas personas iletradas saben más de las verdades cristianas que otras con diplomas académicos que leen por alto, superficialmente!

Aquí llegamos a la plena comprensión de lo que dijo Catalina en una ocasión a Fr. Raimundo de Capua: «Tened la seguridad, Padre, que nada de lo que sé concerniente a los caminos de la salvación me ha sido enseñado por un mero hombre. Fue mi Señor y Maestro, el esposo de mi alma, nuestro Señor Jesucristo, quien me lo reveló mediante sus inspiraciones y apariciones. El me ha hablado lo mismo que yo os hablo ahora» [3].

En esta declaración encontramos dos elementos, dos fuentes donde ella bebió la ciencia de la salvación: inspiraciones y apariciones.

Inspiraciones de Dios las recibe cualquier persona que intente de veras seguirle; sobre todo en la reflexión y meditación de las verdades cristianas. Serán tanto más abundantes, profundas y eficaces cuanto más intensa y duradera sea esa reflexión. Y con toda razón se las puede calificar de inspiraciones de Dios.

La segunda fuente de que nos habla son las aparicio-

[3] Ibid., I c.1.

nes, la enseñanza más directa de Dios. Ellas pueden ser sensibles o meramente intelectuales. Dios puede hablar y enseñar en ellas.

La frontera entre las inspiraciones, producto de la reflexión y meditación, y las apariciones o visiones es frecuentemente difícil de delimitar, sobre todo cuando se trata de visiones intelectuales, como el paso de un color a otro en la gama de colores.

Pero Catalina asegura más, según el testimonio de Fr. Raimundo: «El [Jesucristo] me ha hablado lo mismo que yo os hablo ahora»; es decir, de modo que lo pueden percibir los sentidos.

La conclusión de este apartado es que la formación doctrinal humana, procedente de un ambiente religioso de amplio espectro y de las lecturas que pudo hacer u oír, se perfeccionó con gracias, en forma de apariciones y visiones, provenientes de Dios; es decir, que a la formación meramente humana debemos añadir la formación sobrenatural.

Arrobamientos y éxtasis

Hablando de la producción literaria de Catalina de Siena, es necesario tocar este punto, puesto que, según su biógrafo y confesor Beato Raimundo de Capua, buena parte fue dictada fuera de los sentidos, es decir, estando ella en arrobamientos o en éxtasis, bajo una influencia divina. La cita que hemos visto en el apartado anterior a propósito de su doctrina recibida en apariciones y visiones viene a significar lo mismo.

La palabra *éxtasis* tiene dos acepciones que conviene señalar. La más estricta y ceñida nos indica un estado del alma caracterizado interiormente por una unión con Dios tan íntima y fuerte mediante la contemplación y el amor, que causa la suspensión más o menos acusada de la actividad fisiológica y percepción por parte de los sentidos. En una definición o explicación más amplia, es un estado del alma dominada por el intenso y grato sentimiento de admiración; en este sentido, decimos que una persona se halla extasiada contemplando un paisaje o la profundidad de una verdad.

En conformidad con estas dos acepciones, podemos distinguir dos clases de éxtasis: el natural, al que aquí llamaremos arrobamiento, y el sobrenatural, para el que reservaremos la palabra *éxtasis*.

La elevación del espíritu hace a una persona prescindir de todo lo externo, y puede tener tal fuerza, que los sentidos en realidad no perciban en virtud de ella. De estas elevaciones hablan los discípulos de Catalina. Tenía estos arrobamientos con muchísima frecuencia, producidos por la contemplación de una flor, de un atardecer, de una conversación y de la mayor parte de sus oraciones, en las que se abstraía totalmente de todo lo que la rodeaba. En este sentido lato de éxtasis o arrobamiento podemos entender muchas de las manifestaciones en las que aparecía Catalina abstraída de los sentidos. Es un principio de teología no acudir a lo sobrenatural cuando puede encontrarse una explicación natural.

Angel Morta, en su introducción a la traducción de *El Diálogo,* señala algo muy cierto: «No es fácil determinar, por la aplicación de estos criterios, cuántos y cuáles son los pasajes dictados con probabilidad en estado extático». Se refiere a la intervención directa de Dios en la enseñanza de las verdades divinas a Catalina. Y un poco después añade: «El testimonio de sus biógrafos obliga a creer que su dictado se verificaba 'en abstracción de los sentidos'; en cierta abstracción añadiríamos, para interpretarla con una cierta amplitud de sentido, sin coincidir con el éxtasis propiamente dicho» [4].

El caso de Catalina no es único. Las biografías de muchos santos nos aseguran que Dios les hablaba y descubría ciertos hechos y doctrinas en los éxtasis y visiones. Un ejemplo lo encontramos en Santa Brígida de Suecia, notable por sus visiones y revelaciones sobre temas religiosos. Nadie ignora que muchos de sus éxtasis y visiones han sido muy discutidos y hasta negados por investigadores y estudiosos de gran solvencia.

Hay en la vida de Catalina numerosos testimonios sobre los éxtasis en que frecuentemente caía, con manifestación externa de la pérdida de toda sensibilidad. De

[4] MORTA, Angel, *Obras de Santa Catalina de Siena: el «Diálogo»*, ed. BAC (Madrid 1955); *Introducción* 89-91.

ellos nos habla la biografía escrita por su confesor y biógrafo, Fr. Raimundo de Capua, cuando nos dice que «durante estos éxtasis, frecuentemente se elevaba del suelo, como si el cuerpo fuese persiguiendo al alma, y demostrando el poder del espiritu sobre la materia al ser arrastrada ella por aquél» [5]. De la frecuencia con que caía en ellos nos da testimonio la siguiente frase: «Millares de veces hemos sido testigos de ello; hemos visto y tocado sus brazos y manos tan fuertemente contraídos que era más fácil romperlos que hacerles cambiar de posición. Tenía los ojos completamente cerrados, sus oídos no percibían los sonidos, por grandes que fuesen, y todos sus demás sentidos corporales cesaban en su función natural» [6].

Muchos de sus éxtasis duraron dos y más horas, llegando en alguna ocasión a tenerla por muerta. En el mismo capítulo dice Fr. Raimundo: «Si fuese a dar cuenta de todos los éxtasis de Catalina, el tiempo me faltaría antes que los materiales».

La abstracción de los sentidos y la falta de sensibilidad no era igual en todos los casos. De un caso de absoluta insensibilidad tenemos noticia, y ocurrió en Aviñón después de la comunión. Fue llamada para que lo presenciara una hermana del papa Gregorio XI, y fue acompañada, entre otras personas, por una señora casada con un sobrino del papa. «La hermana se condujo devotamente; pero la otra miserable, al fin de la misa, simulando que besaba los pies de la Santa, los punzó varias veces cruelmente con una aguja. Nada sintió entonces la sierva de Dios, ni hizo movimiento alguno; mas después que todos se fueron y ella volvió a sus sentidos sintió tan grandes dolores en el pie, que no podía andar, y sus compañeras vieron las punzadas y la sangre que tenía, con que reconocieron la malicia de aquella mujer» [7].

En la misma *Carta-declaración* de Maconi asegura éste que él fue testigo de sus éxtasis cuando se elevaba sobre el suelo. «En qué manera puede ser esto, se escribe en *el libro* que la virgen compuso, parte del cual escribí yo,

[5] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* II c.2.

[6] Ibid., II c.5.

[7] MACONI, Esteban de Corrado, en *Santa Catalina de Siena*, ed. P. Paulino Alvarez, O.P. (Vergara 1926); Carta-declaración 465-66.

dictándolo ella por su boca virginal». El pasaje a que se refiere Maconi puede verlo el lector en el capítulo 79 de *El Diálogo,* donde se dice que los sentidos en esos éxtasis se hallan impedidos; pero, por dispensación divina, la lengua queda expedita. Por eso en Catalina se podía dar el fenómeno de hallarse en éxtasis y dictar durante ellos.

Al fin de la oración que señalamos con el número 1-2 se lee cómo se realizó el éxtasis en que esta oración fue dictada. Según la anotación, permaneció Catalina en la misma postura, con las manos extendidas, pero con los brazos en forma de cruz, durante una hora poco más o menos. «Después, rociada su cara con agua bendita, invocado Jesús varias veces y fuertemente sacudida, poco a poco comenzó a palpitar su espiritu, diciendo en voz baja varias veces: 'Alabado sea Dios ahora y siempre'. Y después, reconfortado su espíritu, comenzó a hablar con más claridad, y se levantó alabando y bendiciendo a Dios, sin saber qué hora era». Termina la anotación con los nombres de nueve testigos varones, indicando que había presentes más, entre los cuales se hallaban «tres compañeras de la misma señora [Catalina]».

Tanto Fr. Raimundo como muchos otros discípulos de Catalina aseguran que durante estos éxtasis recibía las enseñanzas divinas y ella dictaba. En concreto, se habla del dictado en éxtasis, de *El Diálogo,* y de las *Oraciones* y *Soliloquios,* indicando que a veces ocurría también con las cartas.

Dónde terminaba lo natural y comenzaba lo sobrenatural en estos éxtasis y dictados, es prácticamente imposible precisarlo a más de seiscientos años de distancia.

La crítica y las obras de Santa Catalina

Las obras de Catalina comenzaron a circular manuscritas —no existía aún la imprenta— con rapidez por todas partes. Durante su vida sabemos que un libro suyo, no especificado, estuvo en manos de una condesa y de Giuseppe di Pipino, sastre y hospedero de la Santa en Florencia en 1378. La condesa tuvo el manuscrito para su lectura y edificación espiritual; Pipino, acaso porque

se le olvidara a la Santa en su marcha a Siena —cosa improbable, pues se trataba de su «libro», con que tan encariñada estaba— o, más probablemente, para que él lo siguiera leyendo.

Las copias de sus obras se multiplicaron bien pronto. Para que se difundieran con mayor facilidad fueron traducidas —en concreto, *El Diálogo* y las *Oraciones*— a la lengua internacional de entonces, al latín. Conocemos el nombre de uno de los traductores: Cristóbal Chiani. Bien pronto fue traducida también la biografía o *Legenda,* escrita por Fr. Raimundo de Capua. Al procurar la difusión de sus obras y de la historia de su vida, se daba a conocer la doctrina y la personalidad de Catalina.

La declaración de Fr. Tomás de Siena o Tomás Nacci, conocido por el nombre de Caffarini, nos dice a este respecto: «Esteban Maconi mandó al rey de Inglaterra su *Vida,* que se la había pedido; y al rey de Hungría, a quien además envió el libro de los *Diálogos.* Otras varias copias fueron enviadas al rey de Nápoles; a Praga, en Bohemia; a Tréveris, en Alemania; a Prusia, en los confines de Polonia, y a la cartuja de Roma. En todas las piezas relativas a la Santa se dan los nombres, que muestran muy bien cuán digna la creen [los que las escriben] de ser canonizada» [8].

Traduciendo el párrafo anterior al lenguaje de hoy, podemos asegurar que existían uno o varios centros de propaganda que promovían la devoción a Catalina, algo así como las oficinas que por todas partes se extienden para mover la devoción a una persona a la que se juzga santa, fundando uno o varios centros «pro canonización de...».

Que nadie se extrañe, porque tiene aún que enterarse de más. «Su vida y sus obras circulan por todos los países, menos por España [tampoco cita a Francia], a causa del cisma. *Sus imágenes* se han multiplicado aún más, y la representan como a los beatos que aún no están canonizados. Hállanse en Polonia, en Hungría, en Dalmacia, en Toscana, en Lombardía, en Venecia sobre todo, en Roma y en el reino de Nápoles. *Está pintada* en tela, en

[8] CAFFARINI (Fr. Tomás de San Antonio Nacci o Fr. Tomás de Siena), en *Santa Catalina de Siena* (Vergara 1926); *Declaraciones* 440-42.

libros, en paredes; *grabada* en madera, y anda en manos de fieles, que han mandado muchas de Venecia a Alexandría. Una persona que tiene gran devoción a la sierva de Dios ha hecho *pintar en láminas de papel* sus hechos principales [*cuadros*], de suerte que en el *día de su fiesta pueden proveerse los devotos de sus imágenes. Son colocadas en las iglesias* y adornadas de ramos y guirnaldas de flores, como *también en las casas,* para consuelo y devoción de sus moradores. Se han hecho y se hacen cada día *millares de estampas,* las cuales son repartidas en Venecia y por los mencionados países. *De aquí tuvo origen la costumbre de divulgar en papel las imágenes de otros santos,* con que se aumenta la devoción de los fieles a ellos». Por lo citado se ve que los «encatalinados» seguían fieles a su Madre espiritual y pretendían «encatalinar» al mundo cristiano.

Por si fueran pocos los datos aportados, sigue la *Declaración:* «Dieciséis años hace que la bienaventurada Catalina *es celebrada* en el convento de San Juan y San Pablo [de Venecia]. *En su día* [se celebraba el domingo después de la fecha de su muerte], *desde la mañana* hay alegría grande y mucha música; adórnase el altar con las más ricas alhajas y toda la iglesia es engalanada con guirnaldas y macetas de flores. Asiste la Escuela de la Misericordia y *se canta misa solemme; por la tarde* también hay vísperas solemnes, sermón, *y después una gran comida pública,* en que reina la más dulce alegría... *Los hermanos y hermanas de la Tercera Orden* sirven a la mesa con su prior [de la Orden Tercera], Superancio de Venecia. Allí se lee algo de la historia de Catalina, se cantan sus alabanzas y se conversa de sus prodigios y virtudes... Una joven casada... al morir dejó *en testamento una suma de dinero para la comida del día de Catalina...* Añadióse a esto *la costumbre de hacer regalos* a la iglesia o al convento *en dicho día,* según las facultades y gustos de cada uno, como son flores, guirnaldas, *imágenes de Catalina, medallas de plata y de cobre,* pan, vino, frutas, etc. *Otras ofrecen sus servicios personales* para adornar la iglesia o servir a dicho convite, entre los cuales se distingue Antonio Superancio y su mujer, Marina Contarinis, terciaria dominica, y otros muchos más de la misma Tercera Orden».

Con razón se alarmó el obispo de Venecia, Francisco Bembo, con el título de obispo de Castello, e hizo que

ante él comparecieran Fr. Bartolomé de Ferrara, inquisidor de la fe, y Fr. Tomás de Siena, Caffarini, prior del convento de dominicos de Venecia. Ellos justificaron su conducta, asegurando que ni la misa ni el oficio se dedicaban a Catalina, aunque a esas funciones litúrgicas se les diera mayor solemnidad, y que en el sermón no se la proponía como santa, sino como a persona digna de ser imitada, proclamando sus virtudes. Creían que era digna de ser canonizada y estaban dispuestos a probarlo con testimonios de personas que aún vivían y de otras que habían fallecido ya.

Todo esto ocurría en 1411, y como resultado de las acusaciones llegadas ante el obispo de Castello comenzaron a recoger documentos y declaraciones, iniciándose de este modo el *Proceso castellano,* o de la diócesis de Castello, que fue cerrado el 5 de enero de 1413.

El fogoso Caffarini había conocido a Catalina, siendo ya religioso, muy joven. En una ocasión le regaló una cruz hecha con flores recogidas por ella. En su *Declaración* —también propagandista— especifica dónde se encuentran los manuscritos y reliquias de la sierva de Dios, quiénes fueron sus amanuenses, su confesores fijos y algunos de los eventuales, las gracias recibidas de los papas Gregorio XI y Urbano VI, la devoción que se le tiene en diversas ciudades italianas, los intentos de canonización en los pontificados de Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII, así como las fiestas que en honor a Catalina se celebraban en Venecia, Génova, Pisa, Orvieto, Siena «y otros lugares de Italia». Todo ello constituye un buen alegato y defensa de la veneración a Catalina.

No era sólo Caffarini quien por todas partes predicaba sus virtudes y prodigios, sino que lo hacían muchos otros discípulos de la sierva de Dios, como se deduce del análisis del *Proceso castellano.* Mención especial merece Fr. Raimundo de Capua, cuya *Vida* recomiendan y difunden «los encatalinados», y a la que criticaron, porque se quedaba corto en alabanzas.

La biografía escrita por Fr. Raimundo tenía como finalidad primordial defender el nombre de Catalina contra los ataques que se hacían, o imaginaba que se hacían, a su memoria, y demostrar que era digna de ser canonizada.

Esta primera biografía de la Santa termina así: «Todo lo escrito demuestra que Catalina, virgen y mártir, [en el deseo] es digna de ser inscrita por la Iglesia militante en el catálogo de los santos. Que la felicidad de la vida eterna me sea concedida a mí y a sus demás hijos espirituales» [9].

En la biografía de Raimundo se repite con frecuencia y pone por testigo de su veracidad a Dios y a muchos discípulos de Catalina, unos muertos y otros viviendo aún cuando él escribía. Es más, alega su propia posición respecto a la Santa cuando tomó él las riendas de su dirección espiritual: «En el principio de mi relación con ella había oído tantas cosas maravillosas referentes a su vida, que vacilé bastante antes de creerlas. Dios permitió que así fuese para mayor bien. Intenté de todas las maneras posibles descubrir los medios de asegurarme de si los fenómenos extraordinarios que se operaban en ella provenían de Dios o de cualquier otra causa; es decir, si eran verdaderos o falsos. He encontrado, especialmente entre las mujeres, muchas personas de fantasía desbordada, cabezas que se trastornan con facilidad...» [9]. La pauta que siguió Fr. Raimundo fue la de crítico experimentado en el trato con personas espirituales y con falsos espirituales.

La fecha de su biografía la señala él mismo cuando dice: «Hace diecisiete años, es decir, por los años de 1373 ó 1374, la obediencia religiosa me llamó a Siena, donde desempeñé el puesto de lector en el convento de mi Orden» [10]; luego Fr. Raimundo escribía ese capítulo en 1390 ó 1391. En el capítulo 10 de la segunda parte refiere la fiesta de la traslación de la cabeza de la sierva de Dios al convento de Santo Domingo de Siena y un milagro de que fueron testigos todos los religiosos dominicos que entonces se encontraban en él. «Yo había ido a pasar algunos días a este convento hace cinco años para que me llevaran a tomar baños de aguas minerales, que los médicos habían aconsejado, y, a instancia de los hijos espirituales de Catalina, había comenzado la redacción de esta historia de su vida» [11]. Por este texto deducimos que la biografía de Catalina no fue escrita de un tirón, sino que Fr. Raimundo la fue haciendo poco a

[9] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* III c.6.
[10] Ibid., *Vida* II c.7. [11] Ibid., *Vida* II c.11.

poco, durando bastante más de cinco años. Esto se advierte también por el análisis de su escrito. Se ve también que él fue uno de los principales propagandistas de la devoción a Catalina, como se demuestra por lo que narra a continuación.

Hay una cuestión que no he visto tratada en ninguno de los trabajos publicados sobre la Santa. Me refiero a la importancia e influencia que los escritos de Catalina tuvieron en la redacción de la biografía escrita por Fr. Raimundo. El nos habla de testigos vivos y difuntos, pero no de la producción literaria, como testigo de la vida de su protagonista. Sabemos que Fr. Raimundo conocía muy bien tanto las obras de Catalina como los volúmenes de anotaciones tomados por Fr. Tomás della Fonte. Aunque estos datos nos faltaran, habríamos de presuponerlos, ya que en la biografía encontramos frecuentes detalles, frases, imágenes y razonamientos que podemos leer en *El Diálogo* y en su epistolario. Si nosotros podemos señalar, a seiscientos años de distancia, las numerosas alusiones autobiográficas, ¡cuán más no le serían conocidas a él! Sin duda que esos escritos le decían mucho más que lo que nosotros podemos deducir de un análisis por minucioso que sea, puesto que los escritos de Catalina son el reflejo de su vida en lo más íntimo, así como del ambiente en que se desenvolvió.

Por eso, negar la autoridad documental de Fr. Raimundo es peligroso desde el punto de vista histórico. Es más, nos vemos obligados a creer que esa biografía se hizo teniendo en cuenta y tomando datos de sus escritos. Hay, sin embargo, que tener en cuenta que nos hallamos ante una biografía escrita con fines propagandísticos, y por eso en ella se subrayan puntos a los que un historiador moderno no daría importancia alguna.

Raimundo de Capua es, ante todo, un hagiógrafo, escritor de vidas de santos. Anteriormente había escrito la vida de Santa Inés de Montepulciano. Lo que a un hagiógrafo de la baja Edad Media interesaba era la santidad, manifestada en ayunos, penitencias, virtudes, milagros y profecías. Lo que él omite, acaso por eso mismo, suscita en nosotros una mayor curiosidad. Quisiéramos una buena noticia, bien detallada, de la cronología de la vida de Catalina, de la que se nota la falta en toda la

obra. Hay algunas exageraciones fáciles de comprobar. Podemos dudar si algunas intervenciones de Catalina en la vida pública tuvieron tanta relevancia como él les da. Por estas y otras razones, un «encatalinado» moderno se ha visto obligado a escribir: «Ninguna vida de santo choca más con las ideas admitidas en nuestros días que la de Catalina de Siena» [12].

Las obras aparecidas sobre Santa Catalina de Siena hasta los primeros años del presente siglo adolecían, salvo raras excepciones, de falta de crítica histórica. Se seguían repitiendo las mismas afirmaciones sobre las excelencias de la Santa, su gran valor en la política por sus actuaciones en algunas repúblicas italianas y en la corte papal de Aviñón, y apenas se atendía a la fuente y valoración de las fuentes y testimonios tradicionalmente aducidos.

En 1921 apareció en París un estudio que intentó ser crítico y objetivo. Su autor era el francés Robert Fawtier [13]. En él se negaban muchas cosas tradicionalmente admitidas. También la autenticidad de las cartas. En la segunda parte de su trabajo publicado en 1930, claramente admitió que las cartas no podía menos de reconocerlas como de Catalina.

Fawtier acusa a Fr. Tomás de Siena, Caffarini, de haber hecho el *Suplemento* a la biografía de Fr. Raimundo de Capua a base de los manuscritos del confesor de la Santa, Fr. Tomás della Fonte, y no haberlos presentado al proceso iniciado en la diócesis de Castello. En la segunda parte asegura: «De las *Cartas,* de *El Diálogo* y de las *Oraciones* se desprende una imagen diferente de la que nos presentan sus hagiógrafos, y esa diferencia habría sido, sin duda, aún más considerable si esas obras hubieran podido escapar a la acción de los artífices de la canonización de la terciaria de Siena» [14].

Ambas obras cayeron mal a los «encatalinados» modernos, y bien pronto pusieron a su autor la etiqueta de

[12] LECLERQ, Jacques, *Santa Catalina de Siena,* trad. y ed. Patmos (Madrid 1955) p.233.

[13] FAWTIER, Robert, *Sainte Catharine de Sienne. Essai de critique de sources.* I: *Sources hagiographiques,* ed. Boccard (París 1921); II: *Les Oeuvres de Sainte Catharine de Sienne,* Ed. Boccard (París 1930).

[14] Ibid., *Les Oeuvres...* p.361.

«hipercrítico», palabra con la que se pretende desautorizar en historia a quienes abren una brecha en conclusiones estereotipadas, hasta el momento generalmente admitidas.

Según mi manera de ver, esos olímpicamente despreciados «hipercríticos» hacen un bien inmenso si en ellos hay honestidad histórica. Fawtier la demostró varias veces, reconociendo en 1930 los errores en que había incurrido en la publicación de 1921 y después en 1948 al revalorizar la autoridad histórica de Fr. Raimundo de Capua, que había quedado malparada en las obras anteriores. Dice así: «La *Legenda maior* debe considerarse como texto importante para la historia de Santa Catalina; no es un documento al que se pueda dar de lado» [15].

Las reacciones a la obra de Fawtier no tardaron en aparecer, a partir ya de su primera obra. Se han multiplicado los estudios serios sobre Catalina de Siena, y su figura ha salido más real, beneficiada a los ojos de los buenos historiadores. Se publican constantemente trabajos más científicos sobre su figura, menos panegiristas. Con ello no ha mermado su importancia, apartando de ella mitificaciones que la hacían inaccesible e incomprensible, cuando ella fue siempre un corazón abierto, cualidad que encatalinaba a quienes se le acercaban.

Aún quedan temas imperfectamente tratados, como son una cronología más perfecta para su vida íntima y para su acción exterior, el influjo real con los papas Gregorio XI y Urbano VI, sus enfermedades, etc. Esperamos que con el tiempo se vayan abriendo nuevos horizontes. Los temas mejor tratados son los que se refieren a su grupo o familia espiritual, estudiados a través de sus escritos y comparativamente con otras producciones literarias y espirituales de la época.

Doctrina espiritual

La proclamación de Santa Catalina de Siena como Doctora de la Iglesia el 4 de octubre de 1970 por el

[15] Ibid., *La double expérience de Catharine Benincasa* (París 1948) p.34-35.

papa Pablo VI ha venido a dar mayor importancia a su doctrina. Tengamos en cuenta, sin embargo, que la proclamación de una santa como Doctora de la Iglesia no implica la obligación de seguir su doctrina, sino sólo la proposición de esa doctrina a la consideración del pueblo cristiano, y al Doctor, como digno de ser tenido como maestro; en el caso de Catalina de Siena, como maestra de la vida espiritual. Es más, y llegando al límite, puede ser que en un Doctor de la Iglesia se encuentren doctrinas no conformes con algunas de las aceptadas hoy comúnmente por la Iglesia.

A Pablo VI le precedieron en condecoraciones a la Santa de Siena varios romanos pontífices, como, por ejemplo, Pío IX, declarándola Copatrona de Roma el 13 de abril de 1866, y Pío XII, nombrándola Patrona primaria de Italia el 15 de mayo de 1940 y Patrona de las enfermeras italianas el 15 de septiembre de 1943.

En los grabados y pinturas muy poco posteriores a su muerte se la representa con un libro en la mano, signo del magisterio, y después, con la figura del Padre Eterno inspirándole su doctrina.

Un papa ya renacentista, Pío II, Eneas Silvio Piccolomini, la elevó a los altares por bula, que comienza con las palabras *Misericordias Domini,* firmada el 28 de junio de 1461. En ella se expresa del siguiente modo: «Nadie se le acercó nunca sin volver más instruido o mejor. Su doctrina fue infusa, no adquirida. Ella apareció como un maestro, sin haber sido discípulo. Los doctores en ciencias sagradas, los obispos de las grandes iglesias, le proponían las cuestiones más difíciles sobre la divinidad; sobre ellas recibían las respuestas más sabias, marchándose como corderos después de haber venido como orgullosos leones y lobos amenazadores».

El entusiasmo del gran papa renacentista aludía a los exámenes de su espíritu en el capítulo general de la Orden dominicana (1374): doctores y cardenales de la corte papal de Aviñón, el franciscano P. Maestro Lazarini, etc., a que hacen referencia Fr. Raimundo de Capua y las declaraciones de varios testigos. Todos, según ellos, habían quedado maravillados de la ciencia espiritual de aquella joven terciaria dominica y de sus acertadas respuestas, libres siempre de orgullo o presunción.

En este apartado no se intenta hacer siquiera un bosquejo de la doctrina de esta nueva Doctora de la Iglesia. No es tema de una introducción. Queremos, sin embargo, señalar algunas de sus características, sin pretender agotar el tema.

Lo que destaca primeramente, una vez leídas sus obras, principalmente *El Diálogo,* es la solidez de su doctrina, su claridad y la conexión de ideas. Si alguna vez desaparece esa conexión, si se repiten temas y conceptos, se debe a que el libro es una recopilación de escritos de Catalina. Es fenómeno del que se libran pocas refundiciones.

Característica suya es también su espontaneidad y aparente facilidad en los temas que aborda. Esta proviene de que sus escritos, su producción literaria, son una reproducción de las verdades que ella tan ardorosamente vivía; habla de cuestiones y verdades muchas veces meditadas. Fray Bartolomé Dominici, en su declaración para el *Proceso castellano,* asegura que «no se preocupaba tanto de leer o de orar [vocalmente] como de rumiar cada una de las palabras. Cuando hallaba una que de modo especial le agradaba, se paraba en ella hasta que el entendimiento se nutría de ella con gozo» [16]. Es decir, que su doctrina no era meramente especulativa, sino fruto de su reflexión y meditación.

Por mujer, por italiana y por tener —como ella decía— un corazón de fuego, Catalina era intuitiva, abarcando con la mirada de su espíritu horizontes que la mayoría no podían alcanzar. Su temperamento de fuego la llevaba a exigirse mucho, todo, en su vida cristiana. También lo exigía a sus discípulos; pero con tan persuasiva dulzura, que se veían obligados a hacer lo que ella deseaba. Su característico «yo quiero» se lo decía a sí misma, a los que enviaba sus cartas, al papa y al mismo Dios. El «yo quiero», que tanto nos choca, no es reflejo de una voluntad suya, voluntad propia, sino consecuencia de la voluntad de Dios, que ella quería cumplir y quería que se cumpliese en cada momento. Luego el razonamiento era claro: debéis hacer tal o cual cosa porque «yo lo quiero», y yo lo quiero porque es la voluntad

[16] *Processo castellano,* en *Fontes Sanctae Catharinae Senensis historici;* IX: *Processo...* p.303, ed. P. Laurent (Milano 1942).

de Dios. Al mismo Dios le argüía en su peticiones: «Tú eres el que pone este deseo en mi corazón; luego debes satisfacer ese deseo mío, que no es otra cosa que el cumplimiento de lo que tú me pides que yo quiera».

Su libro, *El Diálogo,* no pretende ser una autobiografía espiritual, pero en realidad lo es. Es su vida espiritual, su experiencia mística vivida, la historia de sus deseos y relaciones con Dios y con su prójimo, con el mundo. Es el compendio de lo que ha meditado, anhelado y escrito muchas veces también en sus cartas.

Entre la doctrina de *El Diálogo* y la de las *Cartas* y *Oraciones* hay correspondencia perfecta. Podemos leer primeramente una buena porción de sus cartas de diversas épocas, leer después las oraciones, y a continuación su libro, o invertir el orden, y siempre hallaremos unidad de pensamiento, de frases, de expresiones, de imágenes y metáforas. Esto quiere decir que Catalina «tenía esas ideas» muy en lo íntimo de su espíritu, que vivían en ella y que ella las servía.

Se ha querido encontrar en las obras de Santa Catalina, y más en concreto en *El Diálogo,* una idea-eje sobre la que giren todas las demás. Los que lo intentan no acaban de comprender que no nos hallamos ante tratados sistemáticos de teología, sino que podríamos calificar a su obra de enciclopedia de la divina doctrina, y que por ello no podemos pensar en un esquema geométrico, cerrado.

Buscando la idea-eje, unos piensan que es la divina misericordia; otros, el amor; otros, la verdad; otros, Cristo Redentor, la oración, el amor a la Iglesia en el más amplio sentido de la palabra, el cuerpo místico. Aceptemos la realidad como es y veamos que la doctrina de Catalina es como una fuente de varios caños, procedentes todos del mismo manantial, que es Dios en su relación con el hombre, y del hombre en sus relaciones con Dios. El estudioso tomará el agua de un caño o de otro, se inclinará más por un tema que por otro; pero esta decisión procede de sí mismo, no de la escritora.

La doctrina de Catalina se halla enmarcada en la mejor teología de su tiempo, cuando tantos errores pululaban, sin las sutilezas de cátedra ni los esquemas de los tratados de especialistas. No pretende demostrar nada

con argumentos. Apenas hay un silogismo más o menos expreso. Lo único que hace es exponer para que el entendimiento comprenda, el corazón ame y la voluntad manifieste ese amor en su conducta y relaciones con Dios. Este es el único razonamiento que repite una y otra vez.

Catalina muestra tener una visión global de la doctrina espiritual desde el misterio de la Trinidad hasta las últimas derivaciones en los dones de Dios y en las virtudes cristianas. Podemos hablar de la concepción vertical descendente y ascendente, ambas paralelas. En vertical descendente vendrían las gracias y dones de Dios al hombre y en la vertical ascendente irían los frutos de esas gracias y dones, que son fruto de la respuesta del hombre.

Para exponer sus ideas, la Santa se vale de las imágenes y metáforas que considera más apropiadas e inteligibles de su tiempo, no siempre coincidentes con nuestro modo actual de expresión. Por eso, algunas veces nos resultan difíciles y hasta poco apropiadas. La dificultad inicial suele quedar resuelta por sí misma cuando nos hemos adentrado en sus escritos; por ejemplo, en *El Diálogo,* por ser su obra más extensa, y por ello la que mejor se presta al desarrollo de las ideas.

Encontramos, principalmente en *El Diálogo,* algunas imprecisiones teológicas hoy inadmisibles. No se trata de imprecisiones propiamente suyas, sino de la teología de su tiempo. Merece la pena señalar algunas con que tropezará el lector.

Para Catalina, el cuerpo místico de la Iglesia se identifica con la jerarquía eclesiástica, desde el vicario de Jesucristo hasta el clérigo de categoría más inferior. El cuerpo místico de la santa Iglesia lo constituyen los administradores de los sacramentos. Los demás fieles forman el cuerpo general de la religión cristiana o universal (c.7 y 14, entre otros).

En cuanto al pecado, hace la distinción entre pecado grave, que viene a identificarse con el venial deliberado, y el pecado mortal, cuya definición coincide con la de pecado mortal adoptada por el concilio de Trento. A los pecados mortales les llama también pecados capitales.

Hablando de los grados de la perfección, no hace la clásica distinción de incipientes, progredientes y perfec-

tos, sino que los llama imperfectos, más perfectos y perfectísimos. Es obvio que esta denominación importa poco para la debida comprensión de su doctrina.

Tampoco tiene importancia la distinción que hace entre criaturas y cosas creadas por Dios. Para ella, la criatura es el hombre, el ser racional, y las cosas creadas se identifican con todo lo que no es racional, lo que no es el hombre.

De mayor importancia hoy es su doctrina sobre el pecado original en su relación con María, la Madre de Jesús. Ella sostiene, en la oración número 16, la tesis, común a muchos teólogos de su tiempo y anteriores, como Santo Tomás de Aquino, de que la Virgen contrajo pecado original como toda criatura y que en cuanto el alma le fue infundida (hacia los tres meses de la concepción) fue liberada de él. Sólo unos quinientos años después se encontró la fórmula «ex praevisis meritis», que ponía de acuerdo a maculistas e inmaculistas. El barnabita P. Hipólito Marracci publicó en 1663 un opúsculo [17] en que pretende demostrar que el largo párrafo final de la citada oración fue una adición posterior para contradecir las *Revelaciones* de Santa Brígida de Suecia, que era inmaculista. Pero esta oración se encuentra, tal como la damos por primera vez en castellano, en los más antiguos manuscritos y sólo se comenzó a suprimir a partir de la edición de Gigli.

Nadie tiene que admirarse de que en las obras de Santa Catalina se encuentren tales imprecisiones que hoy nos chocan. Podemos hallarlas semejantes y de mayor importancia en Santos Padres y Doctores de la Iglesia.

Antes de concluir este apartado, debemos tocar un punto interesante: la originalidad de Santa Catalina como autora de literatura espiritual, las ideas propias, exclusivas, que aportó a la teología de la vida espiritual.

Un poco lo ha podido deducir el lector de las páginas anteriores, sobre todo de las dedicadas a su formación doctrinal.

Catalina recibe de su ambiente espiritual, lee poco, re-

[17] MARRACCI, Ippolito, *Vindicatio S. Catharinae Senensis a Commentitia Revelatione eidem S. Catharinae adscripta contra immaculatam Conceptionem Beatissimae Virginis Mariae* (Puteoli 1663).

flexiona y medita mucho. Después comunica por escrito y de palabra a sus discípulos lo que sabe y percibe. Es original en el modo de la exposición; ése es su mérito principal. Su doctrina es de la Sagrada Escritura, especialmente del Evangelio, y la común a los mejores teólogos. Destaca las ideas que le parecen más importantes, y lo hace con singular acierto. Como escritora, adopta tres géneros literarios bien diferenciados: el epistolar, el diálogo y el soliloquio. Los tres tienen un denominador común, que podemos formular de la siguiente manera: Dios es el autor de su doctrina; ella la expone, no la inventa, sino que es mera transmisora. En su obra principal, *El Diálogo,* en que se presenta al Padre Eterno, éste cita a los evangelios, a San Pablo, la *Vida de los Padres* y hasta las mismas experiencias místicas de Catalina. La verdad divina es probada por el Padre con el testimonio de autoridades humanas. A la inversa, podríamos decir que Catalina demuestra la doctrina que expone por los testimonios de la Sagrada Escritura y de los autores que cita. Su doctrina es, por tanto, doctrina divina y humana.

Concluimos con unas líneas del P. Bézine: «Donde interviene lo sobrenatural es al dar valor a la ciencia adquirida. Nunca la Santa habría podido sacar tan gran provecho por sí misma, y, sobre todo, para los demás, sin una gracia muy particular» [18].

La escritora

Catalina tenía un excelente don de palabra y de conversación. Era particularmente atrayente por su ingenuidad y por el ardor de su corazón, que ponía colorido en sus expresiones. Buena prueba de ello es el grupo de incondicionales, de encatalinados, que relativamente pronto se formó a su alrededor.

Recordemos sus pocos años cuando comienza a hacer sentir su presencia entre sus hermanas terciarias. No todas, sin embargo, se dejaron encatalinar, y surgió una oposición tenaz y prolongada en algunas de ellas, así

[18] BÉZINE, P., *La divine miséricorde* (París 1954) p.6.

como en los religiosos del convento de Santo Domingo y de otras órdenes religiosas. Pero su humilde personalidad se fue abriendo camino, logrando cautivar para su movimiento espiritual primeramente a personas fácilmente impresionables, y después, a muchos de los que la criticaban, y a quienes resultaba sospechosa ella o su movimiento.

Los exámenes de espíritu que sufrió en el capítulo general de los dominicos en Florencia, ante los curiales de Gregorio XI y por parte del franciscano Maestro Lazarini, así como la conversión de muchos pecadores, son una muestra de su espíritu persuasivo, y extendieron su fama. Tantos eran los que se arrepentían como consecuencia de sus conversaciones, que el papa le concedió que la acompañaran tres confesores que pudieran absolver de los pecados reservados.

Fray Raimundo de Capua escribe en su biografía: «Necesitaría muchos volúmenes para referir todo lo que el Señor realizó por intercesión de su fiel esposa para la conversión de los pecadores, adelantamiento espiritual, consuelo de los afligidos, etc.» [19].

Su palabra ardiente los dejaba maravillados, «encatalinados», como se comenzó a decir en tono despectivo, y después con un cierto orgullo. Comenzaron a llamarla «la Madre», «la Mamma», por serlo de un nutrido grupo espiritual de incondicionales. Buena parte de su nueva familia espiritual la seguía constantemente, y así, los encontramos en Florencia, Aviñón y Roma, entre otros lugares. Hablando de su estancia en Roma desde 1379 hasta la muerte, dice Fr. Raimundo: «Al principio de su llegada *sólo* tenía con ella unas veinticuatro compañeras, pero el número fue aumentando considerablemente. En casa donde se hospedó con todo su séquito, estableció un orden admirable: una de sus asociadas era designada semanalmente»... [20]

Este texto puede inducirnos a creer que a su grupo pertenecían únicamente mujeres. La documentación y los mismos escritos de la Santa nos dicen claramente que en el grupo figuraban varones; no sólo como secre-

[19] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* II c.6.
[20] Ibid., c.10.

tarios o amanuenses, sino como asistentes a las reuniones del grupo. En sus *Oraciones* y *Soliloquios* los tiene presentes para pedir por ellos, lo mismo en muchas páginas de su libro. Ella se consideraba su «madre espiritual» y ellos eran los hijos singularmente amados por voluntad del Señor.

Uno de esos discípulos, Esteban de Corrado Maconi, cartujo después de la muerte de Catalina por mandato suyo, confirma en su declaración la fluidez e incansable palabra de aquella directora de grupo. También nos lo asegura Fr. Raimundo por estas palabras: «Algunas veces me hablaba de los profundos misterios de Dios, y como ella no se cansaba nunca, yo, que no poseía la sublime elevación de su espíritu, me dormía. Ella, absorta en Dios, no se daba cuenta y seguía hablando. Cuando se percataba de que yo me había dormido, me despertaba elevando la voz, recordándome que estaba perdiendo preciosas verdades y consideraciones al dejarla que hablase a las paredes» [21].

De esta facilidad de palabra sobre las cosas de Dios al dictado no hay gran distancia. Desconocemos cuáles han sido sus primeras cartas. Sin duda, algunas se han extraviado, a pesar de que las que se conservan forman un rico epistolario, que hoy consta de 385.

Fray Raimundo, habiendo emprendido la tarea de recoger datos para exaltar la figura de su dirigida, en el primero de los dos prólogos de su biografía nos dice: «Yo la vi muchas veces dictar, a dos escribientes a la vez, diversas cartas a personas distintas y de distintas materias... De lo cual, como yo quedase grandemente maravillado, me dijeron muchos... que algunas veces dictaba a tres y cuatro escribientes... y con la misma rapidez y fijeza de memoria»...

Para ella, tener amanuenses era una necesidad y no una comodidad, pues no sabía escribir. Se valía de los discípulos más aptos y de mayor confianza. Tres fueron los principales y más constantes: Barduccio Canigiani, Esteban Maconi y Neri Pagliaresi. Hubo, sin duda, otras personas que eventualmente le hicieron de secretarios. Entre otros destacan Fr. Bartolomé Dominici y Cristó-

[21] Ibid., c.5.

bal Ghiani, que tradujo al latín su libro *El Diálogo*, reunió muchas de sus cartas y compuso un poema en su honor [22].

La producción literaria que nos ha llegado de Catalina data casi exclusivamente de los años 1370 a 1380, año de su muerte, siendo los años 1376 a 1379 los de mayor actividad literaria. Estas fechas son confirmadas por la fecha y contexto de sus cartas, la datación de las *Oraciones* y *Soliloquios* y la composición de su libro. También en esto es preciso Fr. Raimundo: «Dos años antes de su muerte, Dios derramó tanta luz sobre su alma, que se vio obligada a irradiarla exteriormente, y, en consecuencia, *ordenó* a sus secretarios que pusiesen por escrito cuanto ella dijese durante sus éxtasis» [23].

Si era incansable hablando de Dios, no lo fue menos en sus dictados. En su epistolario encontramos pocas cartas que ocupen menos de una página impresa con las características de este volumen. Su contenido es, naturalmente, muy variado, en conformidad con las personas y circunstancias que le movían a escribirlas. Hay en ellas una temática constante, que constituye el núcleo de casi todas ellas: hablar de las cosas de Dios.

Las *Cartas* tienen mayor espontaneidad que *El Diálogo*, como es natural. En ellas se encuentran alusiones, más o menos explícitas, a sus experiencias místicas. Las *Oraciones* y *Soliloquios* tienen también gran naturalidad: son una conversación o interpelación a Dios hecha en presencia de sus discípulos con la finalidad de instruirlos. *El Diálogo* participa de estas dos características. En los tres grupos de su producción literaria hay abundantes alusiones a las intimidades de su alma; menos, en las *Oraciones*.

En la carta 272, dirigida a Fr. Raimundo, encontramos esta frase: «Perdonadme que escriba demasiado, pero es que las manos y la lengua andan de acuerdo» [23].

La demasiada extensión de algunas cartas ha hecho suscitar en algunos historiadores la sospecha de si las dirigidas a personas tan poco interesadas en la vida de

[22] CAFFARINI, en *Santa Catalina de Siena* (Vergara 1926); *Declaraciones* p.434.
[23] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* c.9.

piedad como la reina de Nápoles interesarían a sus destinatarios, sobre todo al observar que en ellas apenas se hacía referencia a noticias y asuntos humanos y que eran una serie de consejos y avisos doctrinales apropiados casi sólo para personas muy de Dios. Supongamos que, efectivamente, esas personas las dejaran a un lado, cansados por no entender ni interesarse en tales temas. Para nuestro caso, poco nos importa el hecho. Esas cartas ahí están, con todo su valor doctrinal.

Se nos ocurre una ligera observación a propósito de las *Cartas.* Las que conservamos, ¿son las auténticas enviadas o son copias o borradores de las mismas? Porque podemos dar por cierto que *El Diálogo* se compuso con sus escritos y teniéndolos en cuenta, y existe la posibilidad de que ocurriera lo mismo con la biografía del Beato Raimundo de Capua. No parece creíble que sus discípulos pudieran rescatarlas tan pronto de sus destinatarios, ya en vida de la misma Catalina.

Supuesto lo anterior sobre la producción literaria de la Santa, veamos ahora cómo la valoran los historiadores de la literatura italiana. No intentemos averiguar lo que pensaban de ella sus coetáneos a propósito de su valor literario. Aunque ya se hubiera iniciado el renacimiento y admiración por el buen decir y escribir, los lectores de obras semejantes atendían menos al ropaje y adorno literario que a las ideas que se exponían en los escritos. Hasta el siglo XVIII, salvo alguna rara excepción, las alabanzas a Catalina recaen sobre el valor de su doctrina espiritual.

El sienés Jerónimo Gigli dedicó buena parte de su vida al estudio de las obras de su paisana. La conclusión a que llegó y quiso llevar a sus lectores fue que el lenguaje usado por Catalina, el dialecto toscano, es más puro, de mejor factura, más italiano que el florentino usado por Dante, Petrarca y Boccaccio.

Una de las finalidades de Gigli al publicar las obras de Catalina fue, ciertamente, ésa. Bajo su dirección aparecieron cuatro volúmenes en folio: el primero, dedicado a la *Legenda,* de Fr. Raimundo de Capua; los segundo y tercero, al epistolario, y el cuarto, a *El Diálogo* y a las *Oraciones.* Aún añadió otro volumen, titulado *Vocabolario cateriniano,* en el que justifica las palabras empleadas por

la virgen de Siena; según él, más correctas que las usadas en el dialecto florentino.

Así comienza a considerarse a Catalina como una gloria de la literatura italiana. Los editores posteriores y los que estudiaron su personalidad y doctrina no pudieron ya prescindir del estudio de nuestra escritora desde el punto de vista de su valor literario. Por el mismo tiempo nació una rama de la historia, que ahora llamamos historia de la literatura. Tampoco en ella se ha podido dejar de tomarla en cuenta, aunque no todos los autores coinciden en la valoración literaria. De ahí la publicación del *Indice literario* al final de este volumen.

Francisco de Sanctis, en su *Storia della letteratura italiana* [24], obra clásica, aún en vigencia en gran parte de sus afirmaciones, dedicó unas cuantas páginas a Catalina de Siena como escritora. De ella espigamos algunas frases que pueden interesar al lector. En ella leemos hablando de los escritores del siglo XIV: «Pero he aquí, entre tantas vidas de santos, el santo en persona y pintor de sí mismo: Catalina de Siena... Tiene la visión de lo abstracto, y lo hace corporal, hace de lo corpóreo la luz. Después, un lenguaje figurado y metafórico; muchas veces, tedioso; otras, llevado a lo absurdo. Participa del estilo bíblico y del mal gusto de los tiempos; pero, con todo, es la forma natural de su mente... La claridad de intuición, acompañada con exquisita sensibilidad, y la perfecta sinceridad de la fe, la hacen encontrar delicadas y peregrinas formas dignas de un artista. Pero las frecuentes repeticiones, la exposición didáctica, esa urgencia de consejos, de exhortaciones, de preceptos sin tregua ni reposo, hacen al libro tedioso y monótono». El conocido crítico prescinde, como tantos otros, del valor intrínseco y expositivo de una doctrina que muy probablemente transcendiera a sus conocimientos, fijándose únicamente en la forma, lo que es valorar a medias. De todos modos, por las frases transcritas vemos que el balance es, en general, positivo, si bien destaca el tedio que le producían tantos consejos y avisos espirituales.

I. Blasi ha escrito: «Grandes escritoras en Italia no

[24] SANCTIS, Francisco, *Storia della letteratura italiana*, ed. Sansoni (Florencia 1965), c.5 p.107.

hay más que una: Catalina de Siena» [25], y tanto G. Papini (1937) como G. Petrochi (1965) le han prodigado alabanzas en sus respectivas historias de la literatura [26].

El Diálogo es la obra que más se presta a juzgar del valor literario de los escritos de la Santa, por ser una exposición más sistemática y completa de sus ideas y sentimientos. En él se advierte la concatenación de elementos, que se van completando unos a otros hasta poner ante nuestra vista una visión global de las relaciones de Dios con el hombre y la correspondencia que éste debe tener con Dios. No se encuentra la lógica de las grandes escuelas filosóficas y teológicas, pero sí la lógica interna de sentires místicos muy personales. No siempre se encuentra formado el historiador de la literatura para comprender estas materias, y por eso no se fija más que en la corteza, en el ropaje que cubre esas ideas.

Sin embargo, acaso abuse Catalina de las bellas expresiones. Es notable la sobresaturación de imágenes y metáforas. Estas son, en ella, un elemento literario de difícil compresión por tratarse de modos y modas en los escritores de hace seis siglos. La mayoría de las veces, esas imágenes o metáforas son explicadas por sí mismas al ser empleadas nuevamente unas páginas después.

Las frecuentes repeticiones se deben, en parte, al sistema de dictado y a que la escritora intenta recalcar ideas ya propuestas. Este sistema de subrayar ciertos puntos era común en la mayor parte de los escritores de los siglos pasados. Queremos destacar una repetición frecuente: la dificultad de expresar con palabras las ideas y sentimientos del corazón, así como las experiencias místicas. Fray Raimundo se hace eco de ella cuando pone en labios de Catalina: «Pero aquí me falta la memoria, y la pobreza del lenguaje me impide una descripción adecuada de esas cosas. Sin embargo, le daré lo que pueda» [27].

Ella utilizaba todos los medios a su alcance. Recuerda los desafíos y torneos, tan en boga en su tiempo, para hablarnos de la lucha sostenida por Cristo con el demo-

[25] BLASI, I., *Le crittici italiane dalle origini al 1800* (Florencia) p.32.

[26] PAPINI, Giovanni, *Storia della letteratura italiana* (Florencia 1937); PETROCHI, *Historia della letteratura.*

[27] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* II c.5.

nio: «Ha venido como capitán nuestro, y con la mano sin armas, sujeto y clavado en la cruz, ha derrotado a nuestros enemigos; y la sangre ha quedado en el campo para darnos ánimo a nosotros, caballeros, a combatir virilmente, sin temor alguno» [28].

Lo visto y meditado forma en ella un todo para nuestra vida espiritual. Como buena meridional, habla a ráfagas de intuición e imaginación. Su estilo literario puede calificarse de fosforescente, luminoso. Compara la compenetración entre Dios y el alma con la del pez en el agua del mar [29]; el alma se parece a un recipiente, que, cuando se llena, no desea más, no puede recibir más, cosa que ocurre en los bienaventurados en el cielo [30]; las órdenes religiosas son como navecillas donde encuentran cobijo las almas contra el oleaje del mundo [31]; la conciencia es el perro que advierte al alma de la presencia del enemigo; los religiosos son movidos por las velas al viento de las embarcaciones, sin necesitar apenas trabajar remando con sus brazos en el momento de la tentación; Cristo es el yunque sobre el que golpea la justicia divina a causa de nuestros pecados; El obra y corre como un enamorado hacia la amada, que es el alma; es como un borracho, ebrio de amor, movido sólo por la fuerza del amor; se manifiesta como enloquecido de amor; el hombre debe tener hambre de almas, comer almas. Podríamos extendernos mucho más en el recuento de imágenes y alegorías, que envidiarían muchos reconocidos literatos.

Debemos añadir a esto las peculiaridades de la lengua italiana-toscana, que son menos perceptibles en una traducción. Son frecuentes en Catalina los cariñosos diminutivos, el «babbo mio», que podemos traducir por «padrecito mío»; la aplicación del calificativo «dulce» a todo lo que ama o le merece respeto, por lo que aplica la palabra «dulce» al tan poco dulce Urbano VI; el de «viejecito», aplicado a San Pedro, etc.

Tiene también expresiones modelo de precisión lite-

[28] Carta a Fr. Raimundo, ed. Tommaseo-Misciatelli, y *Diálogo* c.20 y 100.

[29] Carta 373, a Fr. Raimundo, y *Diálogo*.

[30] Cartas 49, 52 y 55 y *Diálogo* c.12.

[31] Carta 35 y *Diálogo*.

raria y doctrinal: al papa le llama «cristo en la tierra»; a los ministros de la Iglesia, «ángeles en la tierra:»; a los condenados, «mártires del demonio».

Son frecuentes en ella las contraposiciones en frases y capítulos para que la idea quede mejor subrayada. Así, por ejemplo: las primicias o arras del cielo las contrapone a las arras o primicias del infierno; contra la negligencia propone el trabajo, porque el tiempo no espera; el agua viva es lo contrario del agua muerta del pecado; el temor servil lo contrapone al temor santo de ofender al Padre; hay una puerta que lleva a Cristo y una puerta que es la del demonio; un árbol que da frutos de vida y otro que da frutos de muerte; los bienaventurados son gustadores del cielo, y los condenados, gustadores del infierno, etc.

La naturaleza la transportaba a la contemplación de las cosas del cielo. Las flores le encantaban, pues, como escribe Fr. Raimundo, «era muy aficionada a esta poesía de la naturaleza» [32]. En la declaración de Fr. Bartolomé Dominici se nos completa esta noticia: «En los momentos desocupados lavaba cuanta ropa encontraba en casa, o bien recogía azucenas, rosas, violetas y otras flores, y con ellas hacía cruces y preciosos ramilletes. Acompañábanla jóvenes piadosas que llevaban el mismo hábito [terciarias] y tenían los mismos deseos, y juntas cantaban devotos cánticos» [33].

Esteban Maconi escribió en su *Carta-declaración* que el contacto con la naturaleza la llevaba a alabar a Dios: «Me acuerdo de que cuando veía flores en un prado, en las que recibía mucho placer, luego nos convidaba con santa alegría, diciendo: "¿No veis cómo todas las cosas alaban y pregonan a Dios? Estas flores rojas nos muestran las llagas de Jesucristo"; y cuando veía una multitud de hormigas...» [34]

Las mismas obras de los hombres la llevaban a la meditación y a sacar provecho para su alma. Su imaginación trabajaba, y procuraba sacar de la contemplación

[32] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* II c.10.

[33] DOMINICI, Fr. Bartolomé, en *Santa Catalina de Siena* (Vergara 1926) p.491.

[34] MACONI, Esteban, en *Santa Catalina de Siena* (Vergara 1926) p.468.

de ellas algún fruto para su espíritu. Hace símiles con faenas de la agricultura, y, sobre todo, de la albañilería y del puente. Creo que la doctrina del «puente», aplicada a Cristo, mediador entre Dios y los hombres, ha sido redondeada con la contemplación del «ponte Vecchio», de Florencia, o de algún otro de las mismas características existentes en Siena o en alguna otra ciudad italiana de su tiempo. El «ponte Vecchio» de Florencia conserva aún su forma medieval: unión del campo (hoy barrios) con la ciudad amurallada, enlosado, tiendas en las aceras. Comunicaba con la ciudad por medio de una puerta de muralla, que tenía, como era costumbre y de necesidad, una puertecita o postigo. Muy probablemente, existía a la entrada del puente un crucero o crucifijo grande de piedra sobre una peana con tres escalones, como pueden verse aún muchos por todas partes. De la contemplación de este puente u otro semejante sacó ella toda una aplicación a Cristo mediador, paso obligado de los viandantes que deseaban llegar a la ciudad, símbolo en este caso de la felicidad y la gloria del cielo. No es preciso, como hace el P. Bézine, acudir al famoso puente de Aviñón, pues los tenía en Italia.

Resumiendo: encontramos en los escritos de Catalina todos los elementos que se pueden exigir a una buena escritora, autora de una obra literaria de primer orden, tanto más digna de ser ensalzada cuanto que en la antigüedad eran muy escasas las mujeres que tuvieran y manifestaran sus cualidades literarias.

Nuestra edición

Contiene como base la traducción del libro de Catalina, su libro, como ella se complacía en llamarlo: *El Diálogo*. Le siguen sus *Oraciones* y *Soliloquios*. La traducción de ambas obras se ha hecho sobre las respectivas ediciones (1968 y 1978), a cargo de Giuliana Cavallini. Son las mejores publicadas hasta el momento.

Hemos querido ser fieles al texto en todo lo posible, pero es una necesidad ponerlos en buen castellano, apto para una lectura fácil, sacrificando sólo alguna vez el estilo a la claridad de las ideas. Ha sido preciso para ello

suprimir frases que nada añaden al sentido, que vienen a ser algunas veces no otra cosa que muletillas o referencias innecesarias, como, por ejemplo, la frase «como queda dicho», que se repite decenas y decenas de veces.

Hemos procurado ser parcos en las notas, no omitiéndolas nunca cuando las hemos creído necesarias para que el texto aparezca más claro. Hemos omitido también las citas de las cartas que se pudieran aducir para comparar las ideas de *El Diálogo* y de las *Oraciones* y demostrar que lo que Catalina asegura en cualquiera de estas dos obras se halla también en las cartas de la Santa.

El *Indice de materias* al final del volumen será de mucha utilidad para los estudiosos que deseen conocer el pensamiento de Catalina sobre un punto determinado. Cuando se publique el *Epistolario* y el *Indice analítico* que le seguirá, permitirá ver la doctrina espiritual de la santa Doctora de modo global. No conocemos ninguna edición que haya hecho este esfuerzo tan necesario. Las cartas sobre las que se trabaja ordinariamente en el estudio de la doctrina espiritual de Catalina son muy limitadas, sin poder asegurarse nunca que se haya llegado a abarcarlas en su totalidad.

Hemos considerado, para mejor comprensión de la casuística sobre los escritos de la Santa de Siena, redactar tres introducciones. Primeramente, una introducción general a todas las obras y una especial para cada obra. Esto permite evitar repeticiones y dar una idea más clara de cada obra, sin olvidar el aspecto general. Por eso aparecen en este volumen las introducciones a *El Diálogo* y a las *Oraciones* inmediatamente antes de cada una de estas obras.

En cuanto a la bibliografía, citamos la que parece más importante, omitiendo en ella numerosos artículos aparecidos en diversas revistas y publicaciones, prefiriendo las obras de mayor extensión, a no ser que algún artículo, aunque relativamente breve, sea de una importancia especial y no se encuentre recogido en publicaciones posteriores del mismo autor.

¡Quiera Dios que hayamos acertado en todo!

Madrid, 29 de abril de 1980.

EL DIALOGO

Santa Catalina de Siena entrega sus escritos a sus discípulas. (Tomado de *Il Dialogo,* editado por M. de Codeca en Venecia en 1494.)

INTRODUCCION A «EL DIALOGO»

El título

Catalina puso toda su dedicación y cariño en lo que ella llamaba «mi libro». Nunca le llamó de otro modo. Para sus discípulos era el libro de su «madre espiritual», que, movida por el Espíritu Santo, había expuesto el camino para una más alta perfección.

En el segundo prólogo que Fr. Raimundo de Capua escribió para la biografía que compuso de su dirigida, después de proponer el plan general de su obra y testificar, en nombre de «la inefable Verdad», que cuanto en esta biografía se halla era conforme a la verdad, sin ficción ni mentira, escribe: «Añadiré luego el libro admirable de su doctrina, que contiene sus diálogos y veintiuna oraciones» [1].

De aquí parten los títulos con que después se le conocería: *El libro de los Diálogos* o *El Diálogo*, así como también «El libro de la divina doctrina». El biógrafo de la Santa no pretendió darle título, sino explicar el modo literario en que se nos presenta (el diálogo) y su contenido. Son, por tanto, estos títulos solamente un calificativo de su forma y contenido.

En el transcurso del tiempo se le fueron dando otros títulos, como *Tratado de la Providencia, Libro de la Misericordia,* etc. Más que ningún otro, se ha generalizado y admitido comúnmente el título de *El Diálogo de Santa Catalina de Siena,* que es el que mantengo aquí, aunque crea más apropiado «Los Diálogos» por ser muchos y diversos en el tiempo.

Fecha de composición

En el epistolario de Catalina encontramos imágenes, metáforas y frases enteras que se hallan repetidas en *El Diálogo.*

[1] RAIMUNDO DE CAPUA, Beato, *Vida de Santa Catalina de Siena* pról. 2 (se hacen las citas de esta obra por partes y capítulos para que resulte más fácil la verificación en cualquier edición española o extranjera).

La carta número 272 [2] sorprende por encontrarse en ella un boceto de la doctrina de Cristo-Puente. Fue escrito después del 10 de octubre de 1377. Hay una relación íntima entre ella y el libro; luego es como un esquema que después se desarrollará. Anterior no puede ser, puesto que todos los documentos nos llevan a asegurar que fue escrito entre 1377 y 1378, en que se concluyó. Por lo tanto, el libro se comenzó a escribir después de haberse escrito esa carta. La terminación del libro aparece concretada en el colofón del códice de Siena con estas palabras: «Aquí termina el libro hecho y compilado por la venerandísima virgen, fidelísima sierva y esposa de Jesucristo crucificado, Catalina de Siena, del hábito de Santo Domingo, en el año del Señor 1378, en el mes de octubre».

Precisada la fecha de la conclusión de la obra, se han dedicado los investigadores a fijar la de su comienzo. Nuevamente hay que acudir a la biografía de Fr. Raimundo. En ella leemos: «A pesar de todas estas amenazas y persecuciones, ella nunca quiso abandonar el territorio de esta república [de Florencia] hasta que Urbano VI, sucesor de Gregorio XI, hubo hecho la paz con los florentinos. Después de la publicación de esta paz, Catalina volvió a Siena y se ocupó *más diligentemente* de la composición de un libro que dictó en lengua vulgar bajo la inspiración del Espíritu Santo. Ella tenía amanuenses para escribir las cartas que enviaba a diversos países. Les rogó que estuvieran atentos, observándola durante los éxtasis que tenía con frecuencia, y de los que hemos hablado, y que después escribiesen con cuidado en este momento lo que ella les había de dictar. Ellos desempeñaron escrupulosamente esta tarea, y compusieron así un libro lleno de muy grandes y muy útiles pensamientos que el Señor revelaba a Catalina, y que la voz de la Santa dictaba en lengua vulgar. Lo que aquí hay de singular y maravilloso es que ella hizo este dictado cuando su espíritu arrobado no dejaba a los sentidos actividad alguna que les fuera propia» [3].

[2] CARTAS. Se citan por la edición de Niccolo Tommaseo-Piero Misciatelli (Florencia 1970).

[3] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* III c.1.

De este largo párrafo se deduce que buena parte del libro fue escrito después del acuerdo de paz entre el papa y Florencia. Sabemos que ésta tuvo dos partes: por parte de Florencia, de sus embajadores, se concluyó el 18 de julio, y por parte del papa fue ratificado el 1.º de octubre de 1378. ¿Después de cuál de estas dos fechas regresó Catalina a Siena?

Una carta escrita a su hospedero Francisco de Pipino, sastre en Florencia, nos asegura que ella se había marchado ya, pues en ella le pide el libro y los originales de los privilegios que el papa había concedido a la Santa. Luego en esa fecha, que es de la primera mitad de agosto, no se hallaba ella en Florencia, y además debió de salir de la ciudad un poco precipitadamente, pues dejó no sólo el libro, sino los privilegios. El texto de esta carta, descubierto en 1914 por Robert Fawtier y estudiado después por Dupré-Theseider [4], dice así: «Dad a Francisco el libro..., porque quiero escribir alguna cosa». Luego se deduce también que el libro existía ya, aunque no terminado. Por lo cual no resulta aventurado afirmar que Raimundo al escribir dijo verdad asegurando que en Siena «se ocupó más diligentemente de la composición de un libro». El «más diligentemente» es un comparativo que tiene que hacer relación a un época anterior; luego se ocupó más diligentemente que antes; luego antes se había ocupado ya de escribir su libro.

Retrocediendo en el tiempo, después de conocer que el libro estaba ya escrito, en parte, a primeros de agosto de 1378, descubrimos, asimismo, su existencia antes del 23 de junio del mismo año, puesto que se hallaba en manos de una condesa, sin duda para que se aprovechara de él espiritualmente, y debió de tenerlo en su poder más tiempo del calculado por Catalina, que se impacienta por ello. Esta es la razón del siguiente encargo de la Santa a Esteban Maconi, a quien en la carta 365 dice: «Mandad a pedir a la condesa mi libro; lo he esperado algunos días y no viene. Y por eso, si vas allá, dile que lo

[4] FAWTIER, Robert, *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, año 1914; DUPRÉ-THESEIDER, Eugène, *Bulletino dell'Istituto Storico Italiano*, año 1941, n.47.

mande pronto; y manda a quien vaya para que se lo diga y que lo deje» [5].

Con esta documentación se demuestra que el libro existía, aunque incompleto, en la primavera. Por otra parte, un códice existente en la Biblioteca Vaticana nos dice que el libro se compuso en tiempos de Gregorio XI; luego antes de abril de 1378, pues murió el 21 de marzo, noticia que le llegó a Catalina cuando se hallaba ya en Florencia enviada por el papa difunto. Urbano VI fue elegido el 12 de abril.

Sabemos que Catalina marchó de Siena a Florencia, enviada por Gregorio XI, entre enero y marzo del mismo año. También que, cuando escribió la carta 272, se hallaba en Val d'Orcia en misión de pacificación y apostolado, en otoño de 1377. Según Dupré-Theseider, podría darse como fecha del comienzo del libro, más o menos, el mes de diciembre de ese año; que lo siguió escribiendo en los meses posteriores, para encontrarse en buena parte hecho en la primavera de 1378, fecha en que es ya llamado libro en manos de la condesa. Sin embargo, no lo daba Catalina por concluido en el mes de agosto, puesto que lo reclama de Francisco de Pipino para escribir más en él.

Un indicio de que se desarrolló así su composición es que en su texto no se hace la más mínima alusión al cisma producido por la elección del anti-papa Clemente VII, hecho que le hubiera venido muy bien para insertarlo como una prueba más de la relajación del clero y necesidad de reforma cuando trata el tema de la necesidad de la reforma en la jerarquía eclesiástica. La elección de Clemente VII tuvo lugar en 20 de septiembre. La noticia se extendió rápidamente por toda la cristiandad, y, antes que en otro lugar, por Italia. Es inconcebible que ella no la conociera el día 9 de octubre, fecha en que algunos dicen que comenzaron los éxtasis de Catalina en los que habría comenzado a dictar el libro.

Se ha pensado, para concordar documentos, pero sólo como una posibilidad, en dos redacciones distintas del libro. Nosotros conoceríamos la segunda. Esta suposición es válida para mí. La no inclusión de alusiones al cisma se debería al propósito de no tocar nuevos temas y

[5] Carta 365.

a una más fácil remodelación del material que se tenía a mano.

La actividad de Catalina en Val d'Orcia, su traslado a Florencia, sus días azarosos en esta ciudad, no son óbice para que ella dictara su libro. Sabemos que se hallaba dotada de un gran poder de abstracción, afirmación que se corrobora repasando la cantidad de cartas dictadas en la misma época.

Fray Tomás de Siena, Caffarini, dice en su declaración: «En cuanto a la composición de su libro, entre otras cosas, había esto de admirable en esta virgen: aunque hubiesen *pasado algunos días* sin dictar por alguna circunstancia especial, al reemprender el dictado tan pronto como le era posible, recogía el hilo del punto en que lo había dejado, como si no hubiera habido interrupción. Además, como aparece patente en el libro, aun después de haber dictado varias hojas, resume las ideas principales como si las cosas dichas o por decir hubieran estado igualmente presentes en su mente, como realmente lo estaban» [6].

Redacción del libro

De la documentación anterior, con no ser muy abundante, se deduce que es insostenible la antigua teoría de que *El Diálogo* fue dictado y redactado en cinco días. El texto de Fr. Raimundo en que se apoyaron para afirmarlo nos dice que, después de la paz de Florencia con el papa, Catalina regresó a Siena, y allí «se ocupó más diligentemente de la composición del libro». Como la paz por parte de Florencia se hizo el 18 de julio de 1378 y Catalina se había ausentado ya en agosto, se sigue que todo el tiempo que transcurre desde esas fechas hasta el 13 de octubre se dedicó la Santa más diligentemente a su obra.

Caffarini nos habla de interrupciones en el dictado que duraban días, lo que reafirma la irrealidad de haber sido dictado en cinco días.

Los elementos constitutivos del contenido del libro no son otros que la doctrina espiritual dispersa en sus *Cartas*

[6] *Processo castellano*, en *Fontes vitae S. Catharinae Senensis historici;* IX: *Processo...*, ed. P. Laurent en 1942, p.51.

y *Oraciones* y *Soliloquios*. La doctrina de Cristo-Puente aparece bien especificada en la carta 272, con un precedente lejano y vago en Fr. Domingo Cavalca, que pudo tomarla de algún escritor anterior, pues él era, más bien, compilador. Catalina elaboró sobre esa idea una hermosa doctrina, que constituye una de sus más hermosas características.

En cuanto a la inspiración del texto, hemos dicho lo suficiente en la *Introducción general* bajo el epígrafe «Formación doctrinal».

Me sería fácil anotar aquí muchas frases, párrafos y capítulos que rechazan o hacen innecesaria la inspiración. Pero sería alargar demasiado esta introducción. Confío que pronto saldrá a luz un trabajo mío en que se aborde esta cuestión. Se trata fundamentalmente de aquellos elementos introducidos en el momento de hacerse la recopilación, como son los resúmenes, cierre de temas y planteamiento de nuevas cuestiones. Catalina dirigió la refundición; pero debieron llevarla a cabo los amanuenses o secretarios durante los famosos cinco días (9 al 13 de octubre de 1378) en que dicen se compuso *El Diálogo,* que yo traduciría por «se dio forma al libro».

Estos fueron principalmente tres: Barduccio Canigiani, Esteban de Corrado Maconi y Neri Pagliaresi, los tres seglares y discípulos de la Santa. Maconi escribe de sus relaciones con Catalina: «... después de Dios y de la Virgen María, nuestra Señora, estoy más obligado a la santa virgen [Catalina] que a otra criatura alguna del mundo; y si alguna cosa de virtud hay en mí, todo lo atribuyo a ella después de Dios. De todo lo cual se sigue haber tenido yo por algunos años particular conversación con ella más familiarmente que otros muchos, escribiendo sus cartas y parte de su libro, y sabiendo sus secretos, porque siempre me amó con caridad de madre» [7].

No hay que excluir la intervención de los escribientes en la redacción, pues ella no sabía escribir. Ellos repasaron los escritos y revisaron las cartas que tenían a mano, originales o en borrador. Anteriores a la composición de *El Diálogo* encontramos, por ejemplo, la carta 141, en que

[7] MACONI, Esteban de Corrado, *Carta-declaración,* en *Santa Catalina de Siena,* ed. P. Paulino Alvarez, O.P. (Vergara 1926) p.464.

se trata de la doctrina de la discreción, tema que se aborda también en las números 67 y 213; la carta 21 contiene la doctrina que corresponde a los capítulos 31 al 33; las 93 y 94 son fáciles de reconocer también en el libro.

Siguiendo la búsqueda de posibles influencias de los amanuenses y secretarios en la redacción de *El Diálogo,* no podemos menos de citar la carta [8] escrita a Fr. Raimundo el 15 de febrero de 1380, en que le hace una serie de encargos y recomendaciones. Una de ellas es la siguiente: «También os ruego que el libro y todo escrito mío, vos, y Fr. Bartolomé [Dominici], y Fr. Tomás [della Fonte], y el Maestro [Tantucci] lo toméis en vuestras manos y haced de él lo que veáis que sirva más para el honor de Dios, juntamente con micer Tomás [Buonconti]; en el cual [libro] yo he encontrado algún placer». Catalina presentía que no viviría mucho tiempo.

Esta recomendación de su libro era dejar prácticamente las manos libres a Fr. Raimundo para retocarlo si había de servir «para el honor de Dios», palabras que parecen indicar una profesión de fe, es decir, que podía corregir en él aquello que pudiera estar ambigua o erróneamente escrito. Lo que ella pretendía, en su humildad, era que su libro sirviera para el honor de Dios y provecho de las almas.

No consta en documento alguno que en él se hiciera cambio o corrección alguna, y no comprendemos las razones en que se funda (ninguna alega) el autor de la traducción francesa, Louis-Paul Guigues, para asegurar en el Prefacio: «Los capítulos 115 a 118 me parecen particularmente retocados con mala fortuna y una ausencia total de gusto» [9]. Son capítulos dedicados a poner de relieve la vida de los malos ministros de la Iglesia. Si ésa es la razón, no tiene fundamento, pues Catalina conocía muy bien el estado de la sociedad eclesiástica y seglar de su tiempo, y en sus *Cartas* y *Oraciones* se encuentran vestigios claros de que los fustigaba hasta donde podía.

En el códice Casanatense advierte G. Cavallini la supresión de las palabras «a mí» cuando habla el Padre

[8] Carta 373.

[9] *Le livre des Dialogues, suivi de Lettres,* Éd. Seuil, Préface par Louis-Paul Guigues (París 1953) p.19 nt.6.

eterno refiriéndose al misterio eucarístico, lo que sería una impropiedad puestas en boca de Dios-Padre. Es una de las razones por las que Cavallini piensa que este códice es el de mayor antigüedad, ya que el original desapareció.

Su división y contenido

En los escritores anteriores a la invención de la imprenta, y aun por espacio de muchos años más, era corriente la presentación de los códices y libros sin división alguna. Seguía el texto sin interrupción folios y folios, algunas veces desde la cabecera al colofón de la obra. Ahora esto nos parece inexplicable. La mejor presentación y la comodidad para el lector obligaron a la división en capítulos y párrafos. La puntuación solía ser insuficiente, prestándose la lectura a diversas y aun contrarias interpretaciones. Añádase la proliferación abusiva de las abreviaturas, algunas veces muy caprichosas y personales, y tendremos el cuadro completo de la presentación externa de un códice o de un incunable.

El libro de Catalina de Siena y sus copias siguió con estas características descritas. Pero muy poco después de la muerte de la escritora se hizo la primera división, que fue en capítulos. Estos no siempre coinciden en las diversas copias que se comenzaron a difundir. No tardó, sin embargo, en adoptarse la hecha en 167 capítulos. Esta división ha sido muy criticada por artificiosa y porque algunos capítulos llevan una titulación de poca relación con su contenido.

A la división en capítulos sucedió la división en «tratados» ya en las primeras ediciones impresas. Influyeron en ella las referencias que aparecen en *El Diálogo* a los tratados de la resurrección (c.62), de la oración (c.72), de las lágrimas (c.154), etc. Hacen notar los críticos que también esta división carece de fundamento real en la obra y que la palabra «tratado» que en ella se emplea debe ser traducida por «lo tratado». Creo, sin embargo, que recupera su verdadero sentido al reconocer que el libro es una recopilación de tratados.

Ninguna división en tratados ha tenido fortuna, pero

sí la hecha en capítulos. Las primeras ediciones impresas constaban de una introducción y seis tratados. Muchos franceses dividieron la obra en cuatro tratados. Los dominicos de Atocha abandonaron la palabra «tratado» y la sustituyeron por «diálogo», poniendo el número de once. Otros franceses más modernos se fijaron en las cuatro preguntas que aparecen en el párrafo final del capítulo primero, que viene a ser una especie de boceto de lo que serían las respuestas que daría el Señor a ellas.

Catalina debió hacer su esquema, acaso rudimentario, de cada escrito suyo. Al reunirlos y ordenarlos se siguió un plan. Tras de él andan los investigadores. Creemos, sin embargo, que ninguno lo ha encontrado satisfactoriamente, porque éste fue un libro que se fue escribiendo poco a poco, al que se le fue añadiendo nuevo material. El manuscrito estaba en manos de una condesa, no tal como aparece a nuestra vista, en la primavera de 1378, y Catalina lo reclamó, sin duda para completarlo. Después se lo volvió a reclamar a Francisco de Pipino, pues lo había dejado en Florencia, y dio la razón de seguir escribiendo en él. Desde el mes de agosto hasta la conclusión definitiva en el mes de octubre se aplicó la escritora a redactarle y darle forma definitiva «más diligentemente», como asegura Fr. Raimundo. El esquema inicial se debió ir ampliando y complicando de agosto a octubre y acaso modificando, ya en Siena, con mayor tranquilidad. Hay una frase en la biografía escrita por Fr. Raimundo que parece asegurarnos que Catalina no escribió al azar, según le venía en gana o era inspirada por el espíritu, sino que llevaba intencionalidad, su plan. Es ésta: «También en el libro que escribió *no olvidó* consagrar a este tema un largo tratado y varios capítulos bien conocidos de los que leen esta obra» [10]. Se refiere al tema de la providencia.

Creo que hay que aceptar que en *El Diálogo* hay zonas de interferencia entre sus diversas partes y que la conexión y paso de unas a otras es a veces artificiosa, una prueba más de hallarse reunidos temas diversos ya redactados, unas veces utilizando las recapitulaciones, y

[10] RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida* I c.10.

otras por las preguntas que se hacen en las acciones de gracias por las enseñanzas recibidas.

La división que aceptamos en la presentación de esta edición española es la que nos da Giuliana Cavallini en su edición de Roma de 1968. La que ella propone es totalmente nueva, fundamentada en la estructura de la obra. Nos parece la mejor, y hasta posiblemente la presidió la reorganización de materiales para la redacción definitiva del libro, si bien no siempre es coincidente con los tres elementos que han llevado a Cavallini a esta conclusión. Ella explica así su teoría:

«Debo confesar que el "descubrimiento" del esquema de *El Diálogo* lo he hecho, por decirlo así, casualmente. Repasaba el índice de los capítulos, cuando me llamó la atención la sucesión de tres elementos: petición, respuesta, agradecimiento. Fue como un rayo de luz repentino: vi que aquélla era la clave del auténtico esquema de *El Diálogo.* Y así era lógico: ¿cómo debería articularse una obra en forma dialogada a no ser alternando los interlocutores, proponiendo el argumento, exponiéndolo y agradeciendo la respuesta y, a la vez, empezar una nueva cuestión? Esto parecía tan evidente, que se hacía casi imposible pensar que a nadie se le hubiera ocurrido antes» [11].

Cavallini se dio cuenta de que cada cuestión de importancia se concluye con una recapitulación o resumen. Advirtió también que el códice Casanatense contiene, dibujadas en negro, unas grandes iniciales, que se hallan al principio de cada parte: indicativo de su división.

El esquema de Cavallini la ha llevado a la división de la obra en diez grandes apartados, que van del proemio a la conclusión. No la reproducimos aquí por hallarse bien claros, con sus títulos generales y subdivisiones en el índice que precede a esta edición. Encuentra ella que esta división se adapta perfectamente a la carta 272, esbozo de *El Diálogo*, y que se halla conforme con los estudios del gran especialista Dupré-Theseider. Según mi parecer, éste es en general el esquema que presidió la recopilación de los escritos de la Santa.

[11] CAVALLINI, Giuliana, *Il Dialogo* (Roma 1968); *Introduzione* p.XIV.

La división adoptada nos ahorra de hablar del contenido del libro. Hablar de él sería poco más que repetir el indice.

Hemos indicado en la *Introducción general* que los investigadores desearían hallar la idea sobre la que giran todas las demás como consecuencias lógicas, como planetas alrededor del sol. Pero ésta no la encontrarán, pues son muchas las luces que alumbran a Catalina interiormente, y por eso pasa de una a otra con gran facilidad, sabiendo que en cualquier caso nunca se puede salir del círculo de la eterna Verdad, por seguir una alegoría usada por la Santa. Dios lo es todo en ella, como la gran circunferencia que la rodea, y lo mismo le da volver a una parte o a otra: siempre se encontrará con El, la suprema Verdad. Lo demás son resabios academicistas, en modo alguno aplicables a quien no supo de academias, de universidades, ni otra lógica que la del corazón movido por el amor.

La presente traducción

Para la traducción de *El Diálogo* hemos elegido la edición preparada por Giuliana Cavallini, que reproduce fielmente el texto del códice 292 de la Biblioteca Casanatense, de Roma. Es un copia del original perdido. Está escrito en papel del siglo XIV, a página entera, de 14 × 21 centímetros, en letra minúscula gótica italiana de fácil lectura, con iniciales a pluma, en tinta negra.

Es interesante la fijación de la fecha de esta copia, que está acompañada de una colección de cartas escritas por Catalina. Por las cartas de esta colección se puede deducir la fecha en que fue escrito el códice. Entre ellas hay dos: una a Piero Canigliani, en Florencia, con la apostilla, «mío padre según la carne»; la segunda va dirigida a micer Ristoro Canigiani, «hermano mío según la carne». De esta referencia se infiere que la transcripción de estas cartas está hecha por uno de los secretarios de la Santa, Barduccio Canigiani, a quien hemos hecho referencia como uno de los tres amanuenses de *El Diálogo*. Barduccio sobrevivió a Catalina unos dos años. La fecha del códice, por tanto, data de esa fecha. Luego el códice

fue escrito entre el otoño de 1378 (conclusión de *El Diálogo)* y el 8 de diciembre de 1382, fecha de la muerte de Barduccio. Es probable, por tanto, que el códice fuera escrito entre 1379 y 1382, lo que hace posible que la escritora tuviera en sus manos esta copia, sin que se pueda decir nada más sobre el particular.

El códice fue escrito por varias manos, pero todas contemporáneas de Barduccio. En la misma colección de cartas se encuentran otras tres más a Ristoro, que no llevan la referencia de ser hermano suyo, sino la de «doctor en decretales»; son las 8, 18 y 20 [12], lo que indica que fueron transcritas por otro amanuense.

Estas conclusiones históricas han inducido a Cavallini a creer que ésta es la copia más antigua. Ella ha hecho la transcripción italiana con toda minuciosidad y la publica con una serie de notas comparativas con los otros tres códices más autorizados que se conservan de *El Diálogo:* Senense, Estense y Fedele. Las notas le ponen un sello de garantía, de modo que podemos pensar que nos hallamos frente a un texto muy próximo al original perdido.

* * *

No soy yo quien debe valorar mi trabajo. Lo que sí puedo asegurar es que lo he realizado con cariño y no poco esfuerzo, intentando una versión clara y fiel.

He procurado ser parco en notas; pero no tanto que dejen de señalarse las alusiones autobiográficas, citas de la Sagrada Escritura y otros detalles que pueden ser de utilidad al lector o al investigador.

Tengo gran respeto a los que han trabajado antes que yo sobre esta obra. Por ello he conservado no sólo la división en capítulos, sino los títulos, que de otro modo habría que colocar en apéndice. Por otra parte, juzgo que esos mismos títulos, por lo general, responden al contenido, aunque haya algunos que carezcan de esta cualidad. Con ello he pretendido que el lector se vea más proximo al texto de *El Diálogo* como se presentó

[12] Ibid., p.XXXVI-XXXVII.

bien pocos años después de la muerte de su autora. No he querido hacer con *El Diálogo* lo que tanto se ha hecho con los cuerpos de los santos, despedazarlos por devoción para distribuir sus reliquias. El lector se encontrará menos desorientado que si se le pusieran divisiones y subdivisiones que no esclarecen demasiado. Para ello vale mejor el índice analítico, que he procurado hacer lo más completo posible.

Creo que la división aceptada de Cavallini no estorba nuestro propósito, sino que lo perfecciona.

La disposición tipográfica señala, como lo hace Cavallini, el cambio de interlocutor en el diálogo por medio de una línea gruesa al principio y fin de cada parlamento.

Madrid, 29 de abril de 1980.

Según testimonio de sus discípulos, Catalina de Siena dictaba sin dificultad a tres amanuenses a la vez; en ocasiones, sobre temas diferentes.

PROEMIO

1 [El alma conoce a Dios por la oración.—Esta alma de que aquí se habla, hallándose en contemplación, hizo a Dios cuatro peticiones.]

Cuando un alma se eleva a Dios con ansias de ardentísimo deseo de honor a El y de la salvación de las almas, se ejercita por algún tiempo en la virtud. Se aposenta en la celda del conocimiento de sí misma y se habitúa a ella para mejor entender la bondad de Dios; porque al conocimiento sigue el amor, y, amando, procura ir en pos de la verdad y revestirse de ella.

Y porque de ningún otro modo gusta y es iluminada tanto de esa verdad como por la oración humilde y continuada, fundándose en el conocimiento de sí y de Dios, al ejercitarse en ella del modo dicho, ese alma se une a Dios siguiendo las huellas de Cristo crucificado. De esta manera, por el deseo perfecto y la unión de amor, hace de El un «otro yo». Esto parece que significaba Cristo cuando dijo: «A quien me ame y atienda mis palabras, a ése me manifestaré yo mismo, y será una cosa conmigo, y yo con él» [1]. En otros lugares encontramos palabras semejantes. Por ellas podemos ver que es cierto que, por el afecto del amor, el alma se convierte en otro El. Para verlo con más claridad, recuerdo haber oído de una sierva de Dios [2], hallándose en altísima oración, con gran elevación de su espíritu, que Dios no ocultaba a los ojos de su inteligencia el amor que tiene a sus servidores, sino, más bien, se lo manifestaba. Le decía entre otras cosas:

—Abre los ojos de la inteligencia y mira adentro de mí, y verás la dignidad y belleza de mi criatura, la racional. Entre la belleza que he dado al alma al crearla a imagen y semejanza mía, observa que se halla vestida con la vestidura nupcial de la caridad, adornada de muchas y verdaderas virtudes: está unida conmigo por el

[1] Jn 14,23.
[2] Modo discreto de referirse a sí misma.

amor. Y, sin embargo, te digo que, si me preguntases quiénes son, contestaría —decía el dulce y amoroso Verbo— que son «otro yo», ya que han perdido y ahogado su propia voluntad y la han vestido, unido y acomodado a la mía.—

Es cierto, por tanto, que el alma se une a Dios por afecto de amor. Como ella quería conocer y seguir la verdad más resueltamente, dio ella misma impulso a su primer deseo, considerando que no puede ser útil al prójimo en la doctrina, el ejemplo y oración si primero no es útil a sí misma, es decir, sin primero tener y adquirir la virtud dentro de sí; e hizo al sumo y eterno Padre *cuatro peticiones*.

La primera era por sí misma.

La segunda, por la reforma de la santa Iglesia.

La tercera, por todo el mundo en general, y particularmente por la pacificación de los cristianos rebeldes, con gran falta de reverencia y persecución de la santa Iglesia [3].

En la cuarta pedía a la divina Providencia que socorriese de modo general a todos, y en particular en cierto caso que había sucedido.

2 [El deseo de aquella alma creció al mostrarle Dios las necesidades del mundo.]

Grande y continuo era el deseo, pero creció más cuando la Verdad primera [1] le mostró las necesidades del mundo y la confusión y ofensas a Dios en que el mundo incurría. También lo había comprendido por una carta del Padre de su alma [2] en la que le manifestaba pena y dolor insufribles por las ofensas a Dios, dueño de las almas, y la persecución a la santa Iglesia. Todo esto le encendía el fuego del santo deseo, con dolor por

[3] Se refiere a las turbulencias y matanzas de los seguidores y contradictores de Urbano VI. En el cisma hubo mucha parte de política mundana.

[1] «Verdad primera» es sinónimo de Dios en el lenguaje de Catalina.

[2] «Padre del alma» significa aquí confesor habitual. Posteriormente se le llamaría «director espiritual».

las ofensas y con esperanzada alegría, por la que confiaba que Dios había de socorrer tantos males.

Y como parece que en la comunión se une más dulcemente a Dios y conoce mejor su verdad —ya que entonces el alma está en Dios y Dios en el alma al modo que el pez está en el mar y el mar está en el pez [3]—, le vino por ello el deseo de que llegase la mañana para ir a la santa misa. Aquél era el día de María [4].

Llegada la mañana y la hora de la misa, le invadió una gran ansia y un gran reconocimiento de lo que era, avergonzándose de su imperfección. Le parecía ser ella la causa de todo el mal que se hacía por todo el mundo, concibiendo odio y disgusto de sí misma, junto con deseos de que se hiciera justicia. Por aquel reconocimiento, odio y justicia deseados purificaba las manchas y culpas que le parecían existir. Ciertamente que ese reconocimiento le invadía el alma cuando decía.

——¡Oh Padre eterno!, yo me vuelvo a ti para que castigues las ofensas en este tiempo perecedero. Y, puesto que soy la causa de las penas que mi prójimo debe sufrir en razón de mis pecados, te suplico benignamente que las castigues en mí.——

[3] Símil bien logrado para indicar la presencia de Dios en el alma y la morada del alma en Dios por la caridad.

[4] «Día de María», es decir, sábado dedicado a la Virgen.

Nacimiento de Catalina y de su hermana gemela.

LA DOCTRINA DE LA PERFECCION

EXCELENCIA DEL DESEO

[*El prójimo.—El pecado.—Las virtudes.—El árbol de la virtud.—La discreción.*]

3 [Las obras finitas, de por sí, no son suficientes para castigar o premiar sin el afecto continuo de la caridad.]

Entonces la Verdad eterna arrebató y atrajó hacia sí con más fuerza los anhelos del alma, obrando como en el Antiguo Testamento [1], porque entonces cuando se ofrecían sacrificios a Dios, bajaba fuego y atraía hacia sí la ofrenda que le era agradable. La dulce Verdad hizo lo mismo con aquel alma, de modo que envió el fuego clemente del Espíritu Santo y recogió el sacrificio de los deseos que ella tenía y le dijo:

—¿No sabes, hija mía, que todas las penas que puede sufrir el alma en esta vida no son suficientes para poder ser castigo de una pequeña culpa? Porque la ofensa que se hace a mí, Bien infinito, requiere una satisfacción infinita. Por eso quiero que sepas que no todos los sufrimientos sobrevienen en esta vida por vía de castigo, sino para facilitar la enmienda y avisar al hijo que peca. La verdad es ésta: que se satisface con el deseo del alma, esto es, con la verdadera contrición y aborrecimiento del pecado. La contrición verdadera satisface por la culpa y por la pena; no por el dolor finito que se sufre, sino por el deseo infinito. Dios, que es infinito, quiere amor y dolor infinitos.

Por dos motivos quiere el dolor infinito: uno, por la propia ofensa cometida contra su creador; el otro, por la ofensa que se hace al prójimo. En cuanto a los que tienen deseo infinito, es decir, que se hallan unidos a mí por afecto de amor —por eso se duelen cuando pecan o ven pecar—, la pena que sufren, espiritual o corporal,

[1] 1 Crón 18,28.

venga de donde venga, tiene mérito infinito y satisface por la culpa, que merecía pena infinita, aun presuponiendo que sus obras sean finitas, hechas en tiempo finito. Pero por ser practicada la virtud y sufrida la pena con gusto y con aborrecimiento infinito del pecado, por eso tiene tanto valor.

Esto lo demostró Pablo cuando dijo: «Si tuviese lengua de ángeles, conociese las cosas futuras, diese lo mío a los pobres y mi cuerpo a la hoguera, si no tuviere caridad, de nada me valdría» [2]. Enseña el glorioso Apóstol que las obras finitas, sin el condimento del afecto de la caridad no son suficientes ni para expiar ni para recompensar.

4 [El deseo, junto con la contrición del corazón, satisface por la culpa y por la pena propias, y también por la de los demás.—Algunas veces satisface por la culpa, pero no por la pena.]

Te he mostrado, carísima hija, cómo la culpa no se expía en este tiempo finito por ninguna pena que se sufra, por ser pena. Se expía con la pena que se sufre junto con el deseo, amor y contrición del corazón, no en razón de la pena, sino del deseo del alma; lo mismo que el deseo y toda virtud tienen valor y vida en sí por medio de Cristo, mi Hijo unigénito, en cuanto que el alma se ha ganado su amor y por medio de la virtud sigue sus huellas. De este modo tienen valor, y no de otro. Por la misma razón, las penas satisfacen por la culpa a causa del amor dulce y unitivo, adquirido en el dulce conocimiento de mi bondad y en la amargura y contrición de mi corazón, conociéndose uno a sí mismo y conociendo sus propias culpas. Este conocimiento engendra odio y aborrecimiento del pecado y de los propios sentidos, por lo que se juzga digno de las penas e indigno de la recompensa. Por consiguiente —decía la dulce Verdad—, mira cómo por la contrición del corazón, con amor a la verdadera paciencia y con la verdadera humildad, juzgándose por ella dignos de la pena e indignos de la recompensa, sufren con paciencia. Así comprendes el modo de satisfacer.

[2] 1 Cor 13,1-3.

Me pides sufrimientos para satisfacer las ofensas que me hacen las criaturas y que te conceda el deseo de conocer que soy la suprema Verdad, y el deseo de amarme. El camino para desear la consecución del verdadero conocimiento y de amarme a mí, Vida eterna, es éste: que no te apartes nunca del conocimiento de ti misma; que bajes al valle de la humildad y me reconozcas a mí en ti. De este conocimiento deducirás lo que te es preciso y necesario.

Ninguna virtud puede tener vida en sí si no procede de la caridad. La humildad es su ama y nodriza. Por el conocimiento de ti misma te humillarás al ver que «de por ti» no eres, y conocerás que tu ser viene de mí, que os he amado antes de que existieseis. Por el inexplicable amor que os tuve, queriendo crearos de nuevo por la gracia, os he lavado y vuelto a crear en la sangre de mi Hijo unigénito, derramada con tanto fuego de amor.

Esta sangre hace conocer la verdad a quien se le haya quitado la nube del amor propio por el conocimiento de sí mismo, pues de otro modo no la podría alcanzar. Entonces el alma se encenderá en un amor inefable a causa de este conocimiento sobre mí. Por él se halla en continuo sufrimiento; no aflictivo, que atormente o le produzca aridez, sino el que hace progresar. Pero como ha conocido mi Verdad, su propia culpa y la ingratitud y ceguera del prójimo, padece torturas intolerables, y, consiguientemente, sufre, porque ama, pues, si no amase, no sentiría dolor.

En cuanto tú y los otros servidores míos hayáis conocido mi verdad por este medio, para gloria y alabanza de mi nombre, tendréis que sufrir hasta la muerte muchas tribulaciones, injurias, improperios de palabra y de obra. Por tanto, sufrirás y padecerás penalidades.

Sufrid, pues, tú y los demás servidores míos, con verdadera paciencia, dolor de la culpa y amor a la virtud, por la gloria y alabanza de mi nombre. Obrando así quedarán satisfechas tus culpas y las de los demás servidores míos, de modo que las penas que habéis de soportar serán suficientes, por medio de la virtud de la caridad, para satisfacer y merecer el premio *para vosotros y para otros. Para vosotros:* una vez borradas las manchas originadas por vuestras ignorancias, recibiréis, por los

sufrimientos, el premio de la vida y ya no me acordaré más de que me habéis ofendido; *para otros:* por los mismos sufrimientos daré lo que se ha satisfecho por vuestra caridad y vuestro afecto, y lo daré en conformidad con la disposición con que lo reciban.

En concreto: a quienes se dispongan humildemente y con reverencia a recibir la doctrina de mis servidores, les perdonaré la culpa y la pena. ¿Cómo? Por la aceptación llegarán al verdadero conocimiento y contrición de sus pecados, de modo que a través del instrumento de la oración y deseo de mis servidores recibirán los frutos de gracia al aceptarlos con humildad; más o menos según quieran utilizar la gracia para la virtud. Cuida no sea tanta su obstinación que quieran ser reprobados por mí a causa de la desesperación, menospreciando la sangre, por la que con tanta dulzura han sido nuevamente comprados.

¿Qué recompensa recibirán? La recompensa es que yo espero por ellos, obligado por la oración de mis servidores, y les doy luz; hago que despierte el perro de su conciencia, les hago percibir el perfume de la virtud y encontrar placer en el trato con mis servidores. También algunas veces permito que se les presente el mundo tal cual es, sintiendo diversas y variadas aficiones para que conozcan la poca firmeza del mundo y se levanten a buscar su patria, la vida eterna. Por estos y muchos otros modos que a la mirada humana resulta difícil comprender y ni lengua puede narrar ni corazón pensar [1], conocen cuántos son los caminos y modos que, por puro amor, utilizo para llevarles a la gracia a fin de que mi verdad tenga en ellos plenitud.

Me encuentro obligado a hacerlo por la inestimable caridad con que los creé y por la oración de mis servidores, pues no menosprecio las lágrimas, sudores y oración humilde, sino que las acepto, porque soy yo mismo quien les hago amar y dolerse del daño de las almas. A estos tales no se les concede satisfacción de la pena en general; pero sí de la culpa, por no hallarse, por su parte, preparados para acomodarse con amor perfecto al amor mío y de mis servidores y por no llevar su dolor

[1] 1 Cor 2,9.

con amargura y contrición perfecta por el pecado cometido, sino de una manera imperfecta. Por eso no obtienen ni reciben la satisfacción de la pena como los otros, aunque sí de la culpa, puesto que se requiere preparación de una y otra parte, es decir, de quien da y de quien recibe. Como son imperfectos, reciben de modo imperfecto la perfección del deseo de los que presentan sus sufrimientos por ellos ante mi presencia.

¿Por qué dije que recibían satisfacción y hasta que se les había concedido? Así es en efecto, pues del modo que te he dicho y por los medios ya enumerados de la luz de la conciencia y por otras cosas, queda satisfecha la culpa; es decir, cuando comienzan a conocerse, vomitan la podredumbre de sus pecados, y así reciben el don de la gracia.

Estos son los que se hallan en la *caridad común*. Si han aceptado para su enmienda lo que se le ha dado y no han hecho resistencia a la clemencia del Espíritu Santo, adquieren por ello la vida de la gracia y salen de la culpa.

Pero si, como ignorantes, son desagradecidos y olvidadizos para conmigo y con los sufrimientos de mis servidores, se les convierte bien pronto en ruina y motivo de juicio aquello mismo que imploraba misericordia para el ingrato; solamente a causa de su miseria y dureza. Esos tales, con la mano de su libertad, ponen en su corazón la piedra diamante, que, si no se rompe con la sangre, no se puede romper de otro modo [2].

Te digo más: que, a pesar de su dureza, mientras tengan tiempo y puedan usar de su libre albedrío, si toman con esa misma mano la sangre de mi Hijo y la ponen sobre la dureza de su corazón, lo quebrantarán y recibirán el premio de la sangre pagada por ellos. Pero, si se abandonan, una vez pasado el tiempo, no hay ya remedio alguno, pues no han devuelto el patrimonio otorgado por mí al darles *la memoria,* para que recordasen mis beneficios; *el entendimiento,* para que viesen y conociesen la verdad, y *la voluntad,* para que me amasen a mí, Verdad eterna, conocida por el entendimiento.

[2] En la Edad Media, comúnmente se atribuía un especial poder espiritual a la sangre (cf. VICENTE DE BEAUVAIS, *Speculum naturale* L 8).

Este es el patrimonio que os di, que debe volver a mi Padre. Habiéndolo vendido y dado de barato al demonio, a éste no le importa que a la muerte lleven lo que en esta vida adquirieron cuando llenaban la memoria de delicias y recuerdos de deshonestidad, soberbia, avaricia, amor a sí mismos, odio y menosprecio del prójimo y la persecución a mis servidores. Ofuscado el entendimiento por la voluntad desordenada, reciben en estas miserias, con el tufo del infierno, su pena eterna, infinita, por no haber satisfecho la culpa con la contrición y aborrecimiento del pecado.

Y así tienes cómo se satisface la culpa por medio de la contrición del corazón, no por las penas temporales; y no sólo la culpa, sino la pena que le sigue se satisface en los que llegan a esta perfección. En general, como se ha dicho, se satisface la culpa; esto es, los que no tienen pecado mortal reciben la gracia; pero, si no tienen contrición y amor suficientes para satisfacer por la pena, van a los sufrimientos del purgatorio una vez pasada la segunda y última mitad de su vida.

Así ves que por el deseo del alma unida a mí, que soy bien infinito, se satisface en proporción a la perfección del amor del que presenta la oración y el deseo, y también en conformidad con la de aquel por quien se ofrece. La medida en que uno me da y el otro acepta, ésa será la medida de mi bondad [3]. De modo que acrecienta el fuego de tu deseo y no dejes pasar un momento sin que por ellos clamen con voz humilde y continuada tus oraciones ante mí. Así, os digo, a ti y al Padre de tu alma que te he dado en la tierra, que sufráis varonilmente y que muráis a vuestros propios sentidos.

5 [El deseo de sufrir por El es muy grato a Dios.]

Me es muy grata la voluntad de querer sufrir hasta la muerte cualquier pena o fatiga por la salud de las almas. Cuanto más sufre el hombre, más muestra que me ama; al amarme, conoce más de mi verdad, y cuanto más conoce, más siente pena y dolor insoportables a causa de las ofensas que me hacen.

[3] Lc 6,38.

Me pediste sufrir y que castigase en ti los defectos de los demás, y no entendías que lo que pedías era amor, luz y conocimiento de la verdad. Porque ya te dije que cuanto mayor es el amor, tanto más crece el dolor y el sufrimiento: a quien le crece el amor, le aumenta el dolor. A lo que pediste, respondo que pidáis, y os será dado [1]. Yo no negaré a quien me pida de veras. Piensa que el amor de la divina caridad está tan unido a la paciencia perfecta, que una y otra no se pueden separar. Por eso, cuando el alma se decide a amarme, debe decidirse también a sufrir por mí penas de toda clase y del modo que yo quiera proporcionárselas. La paciencia no se manifiesta sino en los sufrimientos y se halla unida a la caridad, como queda dicho. Así, pues, sufrid esforzadamente; de otro modo, ni demostraréis ni seréis esposos fieles e hijos de mi Verdad, ni que tuvisteis gusto en mi honor y en la salvación de las almas.

6 [Toda virtud y pecado tienen realización mediando el prójimo.]

Te hago saber que toda virtud y todo defecto se ejercen por medio del prójimo. Quien me menosprecia hace daño al prójimo y a sí mismo, que es el *prójimo principal.* Le causa daño *en general* y *en particular.*

En general, porque estáis obligados a amar al prójimo como a vosotros mismos. Si le amáis, debéis socorrerlo espiritualmente con la oración, ayudarle espiritual y temporalmente, según sea preciso en razón de sus necesidades; al menos, con la voluntad, a no poder hacerlo de otro modo. Si no se me ama, no se le ama a él; si no se le ama, no se le socorre. Más bien se daña uno a sí mismo, porque se priva de la gracia, y se causa perjuicio al prójimo, pues se le quita la ayuda que está uno obligado a prestarle: no se la da la oración y deseo que se debe presentar en mi presencia en su favor. Todo lo que se le dé ha de provenir del amor que se le debe por amor a mí.

De la misma manera, todo mal se lleva a cabo por medio del prójimo, es decir, que no amándome, tampoco

[1] Mc 11,24.

se le ama, todo mal procede de que el alma se halla privada de la caridad para conmigo y para con su prójimo. Si no se obra el bien, se sigue que se obra mal, y en este caso, ¿contra quién se obra? En primer lugar, contra sí mismo y contra el prójimo. No contra mí, a quien nadie puede hacer daño, a no ser en cuanto que juzgo que se me hace a mí lo que se hace al prójimo. Peca uno contra sí, y ese pecado le priva de la gracia; peor no se puede obrar. Al prójimo se le perjudica al no darle lo que se debe por la caridad y el amor con que hay que socorrérsele por medio de la oración y santo deseo ofrecidos por él ante mi presencia. Esta es una ayuda general que se debe prestar a toda criatura racional.

La utilidad *particular* es la que se refiere a los que se hallan más cerca de nuestros ojos. Debéis ayudaros unos a otros con la palabra, doctrina y ejemplo de buenas obras y en las demás cosas en que se advierte tienen necesidad, aconsejando a los demás como a vosotros mismos, con sinceridad y sin interés de amor propio. Quien así no lo hace es que se halla privado del amor al prójimo, pues al no actuar hace un daño concreto, y no sólo causa perjuicio al no realizar el bien que se puede con perfección, sino que obra mal y ocasiona un daño continuo. ¿Cómo? Del modo siguiente.

El pecado puede ser de obra y de pensamiento. El de pensamiento se ha cometido en cuanto que se ha sentido placer en el pecado y menosprecio de la virtud; es decir, es un efecto del amor propio. Este le ha privado del afecto de la caridad que me debe tener a mí y a su prójimo. De aquí que consentir el pecado es hacer un pecado en pos de otro contra su prójimo de diversos modos, según la mal inclinada voluntad sensitiva. Vemos que algunas veces engendra crueldades en general o en particular. En general, pues se ve a sí y a las criaturas en peligro de condenación y de muerte por hallarse privados de la gracia. Es un pecado tan cruel, que no se socorre a sí mismo ni socorre a los demás con el amor a la virtud y abominación del vicio, antes bien, como cruel, se extiende más con obras de crueldad, o sea, no sólo no da ejemplo de virtud, sino que, como malvado, toma el oficio de demonio, apartando, en cuanto puede, a las criaturas de la virtud y llevándolas al vicio.

Esta es crueldad para con el alma, pues se ha llevado a cabo con intención de quitarle la vida y darle la muerte.

Ejerce la crueldad corporal por su codicia, pues no sólo no socorre al prójimo, sino que quita lo ajeno robando a los pobres; unas veces, por abuso de dominio, y otras, con engaño y fraude, comerciando con las cosas del prójimo y muchas veces con las personas.

¡Oh miserable crueldad, que serás privada de mi misericordia si no cambias en piedad y benevolencia con el prójimo! Algunas veces da origen a palabras injuriosas, a las que no rara vez sucede el homicidio. Otras hace nacer deshonestidades en la persona del prójimo, con lo que se convierte en un animal abominable, maloliente; contamina no sólo a uno o a dos, sino que quien se le acerca por el amor y trato queda inficionado.

¿Contra quién va la soberbia? Unicamente contra el prójimo, originada por la reputación que tiene de sí mismo. De donde se sigue el desprecio al prójimo, creyéndose más que él, y de este modo le injuria. Si tiene autoridad, hace que siga la injusticia y la crueldad, y se convierte en revendedor de la carne de los hombres.

¡Oh hija queridísima!, duélete de las ofensas que me hacen y llora sobre estos muertos para que por la oración sea destruida su muerte. Advierte que ves cómo por todas partes y por toda clase de gentes se traman pecados contra el prójimo o los cometen por su mediación. De otro modo no habría pecado alguno, ni oculto ni descubierto. Es oculto cuando no se da al prójimo lo que le es debido, y descubierto cuando origina otros vicios, como te he dicho.

Es verdad patente que toda ofensa hecha a mí se hace a través del prójimo.

7 [Las virtudes se ejercitan por medio del prójimo.—Por qué son tan diferentes en las diversas criaturas.]

Te he mostrado cómo todos los pecados se cometen por medio del prójimo, según el principio enunciado, que es el hallarse privados de la caridad, la cual da vida a toda virtud. Por ello el amor propio, que destruye la

caridad y el amor al prójimo, es el fundamento de todo mal. Todo escándalo, odio, crueldad y cualquier dificultad tienen raíz en el amor propio. Todo lo ha envenenado en el mundo y ha puesto enfermo el cuerpo místico de la santa Iglesia y el cuerpo universal de la religión cristiana [1], pues ya te dije, y es la realidad, que en el prójimo, o sea, en su caridad, se basan todas las virtudes. Te dije también que la caridad da vida a toda virtud, y así es, pues no se puede tener ninguna sin la caridad; es decir, que la caridad se adquiere sólo por el amor a mí. Después que el alma se ha conocido a sí misma, ha encontrado la humildad y el menosprecio a la pasión sensitiva, por conocer la perversa inclinación que se halla pegada a sus miembros. Ella lucha siempre contra el espíritu [2]. Por esta razón, el alma se ha rebelado con odio y desprecio a la parte sensitiva, sometiéndola a la razón con gran cuidado, y ha encontrado dentro de sí la grandeza de mi bondad en los muchos beneficios que de mí ha recibido. Todos los vuelve a contemplar el alma dentro de sí misma.

El conocimiento de sí ha logrado que me lo atribuya por humildad, pues comprende que por benevolencia la he sacado de las tinieblas y llamado al verdadero conocimiento. Una vez que ha conocido mi bondad, la ama con o sin intermediario. Digo sin intermediario, o sea, directamente, sin pensar en la propia utilidad. La ama por intermediario porque, una vez concebida la virtud en relación a mí, entiende que no me sería grata ni acepta si no concibiese aborrecimiento al pecado y amor a la virtud. Después, concebido el intermediario en la virtud por afecto de amor, inmediatamente hace que nazca en su prójimo, ya que de otro modo no sería verdad que la hubiese tenido en sí misma. Pero como me ama de veras, de aquí que sea de utilidad para el prójimo. No puede ser de otra manera, porque yo y el prójimo somos una sola cosa, y en la medida en que me ama,

[1] Catalina distingue en *El Diálogo* entre «cuerpo místico de la santa Iglesia» y «cuerpo general de la religión cristiana». El primero se refiere a lo que hoy llamamos «jerarquía eclesiástica»; el segundo abarca a todos los fieles cristianos. Téngase bien en cuenta esta nomenclatura para evitar inexactitudes.

[2] Gál 5,17.

así ama al prójimo, ya que el amor a él procede del amor a mí.

Este es el intermediario que os he puesto para que ejercitéis y deis prueba de la virtud en vosotros; puesto que ya que no podéis hacerme el bien a mí, debéis hacérselo al prójimo. Que vosotros me tenéis en el alma por la gracia, se manifiesta en que le dais el fruto de vuestras santas y frecuentes oraciones, buscando mi honor y la salvación de las almas.

Enamorada el alma de mi verdad, no se contenta con ser de provecho a todo el mundo en general y en particular, en el poco y en el mucho, contando con la disposición de quien recibe esa ayuda y con lo ardiente que sea el deseo de quien la da, como queda demostrado arriba al declararte que la mera pena, sin el deseo, no es suficiente para expiar la culpa.

Después de haber obrado el bien por el amor unitivo que me tiene —razón por la que ama al prójimo— y de haber extendido el afecto a la salvación del mundo entero por la ayuda en las necesidades, después de haberse hecho bien a sí por el nacimiento de la virtud en él —de ella procede la vida de la gracia—, después de haber mostrado que, en general, tiene amor a toda criatura racional a causa del afecto de la caridad, se dedica a fijar su atención en las necesidades del prójimo en particular. Por eso socorre a quienes se hallan más cercanos, de acuerdo con las gracias que le he concedido administrar [3]: unos, con la palabra cargada de doctrina, aconsejando con sinceridad, sin miramiento alguno; otros, con el ejemplo de vida. Esto deben hacerlo todos, edificando al prójimo con buena, santa y honesta vida.

Estas y muchas otras virtudes que no podría enumerar son las que nacen en el amor al prójimo. Las he repartido tan diversamente, que las he dado no todas a la misma persona: a uno doy una y a otro otra particular, si bien nadie puede tener una sola, sino todas en general, porque entre todas forman un todo. Las doy, pues, de muchos modos para que se constituyan en principio de las demás; es decir, a uno le daré con principalidad la caridad; a otro, la justicia; a uno, la humildad; a otro,

[3] 1 Cor 12,4-6.

la fe viva; a unos, la prudencia o la paciencia, y a otros, la fortaleza.

Estas y muchas otras las doy de modo diferente a criaturas distintas, si bien una de ellas sea dada como fin principal, y por ello el alma se entrega más a su práctica que a las otras. El afecto a esta virtud atrae hacia sí a las demás, que, como se ha dicho, se hallan íntimamente unidas en un todo por el afecto de la caridad.

Y así, muchos dones y gracias de virtud y otras cosas espirituales y corporales —digo corporales refiriéndome a las cosas necesarias a la vida del hombre—, todo lo he dado tan diversificadamente, que no lo he concedido todo a uno, para que por fuerza os veáis obligados a ejercitar la caridad unos con otros. Bien pude dotar al hombre de todo lo que necesitaba para el alma y para el cuerpo, pero quise que unos tuvieran necesidad de los otros y fueran mis administradores en el reparto de las gracias y dones que han recibido de mí. De modo que, quiera o no, no puede menos el hombre de ejercitar la caridad. Y ciertamente que, si no se la ejercita, y se hace y se otorga por amor a mí, esa obra no tiene valor en cuanto a la gracia.

Así ves que para que ejercite la virtud de la caridad he instituido mis ministros y establecido una diversa gradación. Eso muestra que mi casa tiene muchas mansiones [4] y que no quiero otra cosa que amor. Porque, por el amor a mí, se pone en marcha el amor al prójimo; practicándolo, se ha observado la ley; es decir, si lo hace así, puede hacer el bien en favor de quien se le halla unido por este amor, en conformidad con las circunstancias.

8 [Las virtudes se ponen a prueba y se fortalecen por sus contrarios.]

Te he enseñado cómo el hombre es útil al prójimo y cómo sus obras son manifestación del amor que me tiene.

Ahora te digo que la virtud de la paciencia se prueba en el hombre en el tiempo de la injuria que se recibe del

[4] Jn 14,2.

prójimo, como la humildad por medio del soberbio; la fe, por el que no la tiene; la verdadera esperanza, por el que no espera; la justicia, por el injusto; la piedad, por el cruel, y la mansedumbre y benignidad, por medio del iracundo.

Todas las virtudes se prueban y cobran vida en relación con el prójimo, lo mismo que los malvados dan el ser a todos los vicios en relación con el prójimo. Si lo analizas bien, la humildad es probada por la soberbia, esto es, que el humilde mata la soberbia, razón por la cual el soberbio no le puede hacer daño espiritual; tampoco la infidelidad del inicuo, que ni me ama ni espera en mí, al que es fiel le disminuye la fe; ni la esperanza, que ha nacido en él por amor a mí, sino que, más bien, las fortalece y deja todas comprobadas por la dilección del amor al prójimo. Y, aunque se le vea sin fe y sin esperanza ni en mí ni en sí mismo —pues el que no ama no puede tener esperanza en mí, sino que la pone en los propios sentidos, a los que ama—, siempre queda la esperanza de que busque en mí la salvación. Así ves que en su infidelidad y falta de esperanza se prueba la virtud de la fe. En esto y no en otras cosas da pruebas de la fe, las da por sus obras y las que hace por el prójimo.

La justicia no se empequeñece con la injusticia, sino, más bien, intenta dar pruebas de ella, es decir, desenmascara al injusto por la virtud de la paciencia; lo mismo que la benignidad y mansedumbre se manifiestan en el tiempo de la ira por medio de la dulce paciencia; y en la envidia, el desprecio y el odio muestran la dilección de la caridad en cuanto al hambre y deseo de la salvación de las almas.

Además te digo que no sólo se prueba la virtud en los que devuelven bien por mal, sino que frecuentemente pondrá carbones encendidos en el fuego de la caridad. Ese fuego reduce a la nada el odio y rencor del corazón y del espíritu del iracundo, y, en consecuencia, el odio se convierte, a veces, en benevolencia. Esto ocurre en razón de la virtud de la caridad y perfecta paciencia que hay en el que sufre la ira del malvado, por sufrir y soportar sus defectos [1].

[1] Rom 12,17-20.

Si contemplas las virtudes de la fortaleza y perseverancia, verás que éstas quedan patentes en el mucho sufrir las injurias y detracciones de los hombres, que a menudo con injurias y lisonjas le quieren apartar del camino y de la doctrina de la verdad. El es fuerte y perseverante en todo si la virtud de la fortaleza ha nacido en él. En ese caso, la manifiesta al exterior, en el prójimo.

9 [*Aquí comienza el tratado de la discreción.* No debe ponerse el afecto principalmente en la penitencia, sino en las virtudes. La discreción recibe vida de la humildad y da a cada uno lo que le es debido [1].]

Estas son las santas y dulces obras que pido a mis servidores, esto es, que den pruebas de estas virtudes interiores del alma; no sólo de las que se ejercitan con el cuerpo como instrumento, o sea, con actos externos o diversas y variadas penitencias, sino con actos virtuosos internos, puesto que, si sólo fuesen exteriores, me agradarían poco. En más, muchas veces, si el alma no hiciese la penitencia con discreción, esto es, si pusiese su afecto principalmente en la penitencia comenzada, impediría su perfección. Debe ponerlo en el afecto del amor, en las demás virtudes interiores del alma, con hambre y deseo de mi honor y de la salvación de las almas, con santo odio hacia sí y con verdadera humildad y perfecta paciencia. Las virtudes demuestran que la voluntad propia está muerta, y continuamente dan muerte a la parte sensitiva como consecuencia del amor a ellas.

Con esta discreción debe hacer su penitencia, es decir, poniendo el afecto principal más en la virtud que en la penitencia. Esta debe servir de instrumento para acrecentar la virtud según se precise y se vea que se puede llevar a cabo, en conformidad con sus posibilidades.

De otro modo, o sea, estableciendo el fundamento en la penitencia, se impediría su perfección, porque no sería hecha con discreción, a la luz del conocimiento de sí

[1] Como se ve, la división que posteriormente se ha hecho de la obra en tratados tiene su raíz en los manuscritos más antiguos, aunque se la pueda discutir y haya sido la menos respetada. «Discreción» aquí se identifica con discernimiento, valoración o clasificación de valores en la vida espiritual.

misma y de mi bondad, y no se acomodaría a mi verdad, sino que se haría sin descreción, sin amar lo que yo amo, sin odiar lo que yo odio. Pues *discreción no es otra cosa que el verdadero conocimiento que el alma debe tener de sí y de mí;* en este conocimiento tiene sus raíces. Es un hijo injertado y unido por la caridad.

Cierto que tiene muchos hijos, como el árbol tiene muchas ramas; pero lo que da vida al árbol y a las ramas es la raíz, si se halla plantada en la tierra de la humildad, que es el alma y nodriza de la caridad, en donde se halla injertado este hijo y árbol de la discreción. Pues de otro modo, si no estuviese plantado en la humildad, no sería virtud de discreción ni produciría frutos de vida, ya que la humildad procede del conocimiento que tiene el alma de sí, y ya te dije que la discreción es un verdadero conocimiento de sí y de mi bondad, por lo cual en seguida se atribuye a cada cual lo que le es debido.

Principalmente me lo atribuye a mí, dando gloria y alabanza a mi nombre, y me devuelve las gracias y dones que ve y reconoce haber recibido de mí. A sí misma da lo que ve que tiene merecido, reconociendo que por sí misma no existe y que el ser que tiene lo ha recibido gratuitamente de mí y no de sí misma. Le parece ser ingrata a tantos beneficios, y negligente, por no haber usado el tiempo y las gracias recibidas. Le parece que por ello es digna de las penas.

Entonces se entrega al aborrecimiento y desprecio de su culpas. Esto lo realiza la virtud de la discreción, fundada en el conocimiento de sí a través de la verdadera humildad.

Si ésta no se hallase en el alma, se hallaría ésta sin discreción, fundada en la soberbia, mientras que la discreción verdadera se basa en la humildad. Sin discreción, por tanto, me robaría el honor y se lo atribuiría a sí misma para su propia reputación; y lo suyo me lo atribuiría a mí, quejándose y murmurando de los misterios que se obran en ella y en las otras criaturas mías. Se escandalizaría de mí y del prójimo en todo; lo contrario de lo que hacen los que poseen la virtud de la discreción, que, después de haber rendido el referido honor a mí y a sí mismos, pagan al prójimo la importantísima deuda del afecto de la caridad y de la humilde y perseverante ora-

ción, lo que deben hacer unos para con otros. Al prójimo le dan la debida doctrina y la ejemplaridad de su santa y honesta vida, aconsejándole y ayudándole a la salvación de su alma, conforme a su necesidad.

En cualquier situación en que el hombre se halle, sea señor, prelado o súbdito, si posee esta virtud, todo lo hace y da a su prójimo con discreción y afecto de caridad, porque se hallan unidos e injertados juntos y plantados en la tierra de la verdadera humildad, que tiene su origen en el conocimiento de sí mismos.

10 [Semejanza de cómo la caridad, humildad y discreción están íntimamente unidas.—A esta semejanza debe acomodarse el alma.—*El árbol de la virtud.*]

¿Sabes cuál es la posición que ocupan estas virtudes? Imagina un círculo rodeando la tierra y que de la mitad de él sale un árbol con un retoño lateral unido a él. El árbol se nutre de la tierra contenida en la anchura del círculo. Si el árbol se hallase fuera de la tierra de ese círculo, se moriría y no daría fruto hasta que no fuese plantado en él. De modo semejante, piensa que el árbol de la virtud ha nacido en el círculo del amor, y por ello no puede vivir sino del amor.

Es, pues, cierto que, si el alma no tiene amor divino de verdadera y perfecta caridad, no produce frutos de vida, sino de muerte. Es de necesidad que la raíz de este árbol, es decir, el afecto del alma, esté y brote del círculo del verdadero conocimiento de sí. Este conocimiento, de por sí, está unido a mí, que no tengo principio ni fin, como el círculo, pues cuando tú vas dando vueltas dentro de él, no encuentras ni fin ni principio y te hallas siempre en su interior. El conocimiento de sí mismo y de mí en él se encuentra y reposa sobre la tierra de la verdadera humildad, la cual es tan grande cuanto lo es la amplitud del círculo, esto es, del conocimiento que ha tenido de sí por la unión conmigo. De otra manera no sería círculo sin principio, sino que lo tendría al haber comenzado a conocerse a sí mismo, y terminaría en la confusión si este conocimiento no se hallase unido a mí.

Por tanto, el árbol de la caridad se alimenta de la humildad, haciendo brotar de su interior el retoño, como

te he dicho. La médula de ese árbol, o sea, el afecto de la caridad que se halla en el alma, es la paciencia. Esta es una señal que manifiesta que se halla en el alma y que ésta se halla unida a mí.

Este árbol tan dulcemente plantado echa flores perfumadas de virtud con muchos y variados colores. Da frutos de gracia al alma y de utilidad para el prójimo, según la disposición con que quiera recibir los frutos de mis servidores. A mí me da el perfume de la gloria y alabanza de mi nombre, y así cumple la finalidad para que lo creé y consigue su objetivo, llegar a mí, que soy vida perdurable, y no puedo ser apartado de él si él no quiere.

Todos los frutos producidos por el árbol se hallan sazonados con la discreción, porque todos se hallan unidos entre sí, como te he dicho.

11 [La penitencia y demás instrumentos corporales deben tomarse como medio para llegar a la virtud y no como finalidad principal.—La luz de la discreción es manifestada por diversos modos y obras.]

Estos son los frutos y obras que exijo del alma: la comprobación de las virtudes en el momento en que se precise. Si te acuerdas bien, hace bastante tiempo, cuando deseabas hacer grandes penitencias por mí, diciendo: «¿Qué podría yo hacer para sufrir penas por ti?», respondí a tu espíritu: «Yo soy quien me deleito en pocas palabras y muchas obras», para mostrarte que no quiero que sólo me llamen con el sonido de las palabras: «Señor, Señor, quisiera hacer por ti» [1]; ni que deseen y quieran mortificar su cuerpo con muchas penitencias, sin matar la propia voluntad. Quiero muchas obras, sufriendo animosamente y con paciencia, y quiero las otras virtudes que te he enumerado, las interiores del alma, todas las cuales obran y producen frutos de gracia.

Cualquier otra obra basada en principio distinto de éste, la juzgo ser únicamente clamor de palabras, porque se trata sólo de obras finitas, y yo, que soy infinito, pido obras infinitas, es decir, de afecto infinito de amor.

[1] Mt 7,21.

Quiero que las obras de penitencia y demás ejercicios, por ser corporales, sean utilizados como instrumento y no como principal objetivo. Pues, si fuesen tomados como objetivo principal, se me ofrecería una cosa finita y obrarían sólo las palabras, que tienen influencia sobre los que se hallan fuera de la boca y no más, si es que esas palabras no salen del afecto del alma. Este afecto concibe y hace nacer la virtud de verdad, o sea, que las obras finitas, que he denominado «palabras», han de estar unidas al efecto de la caridad. Entonces me será grata y placentera el alma, porque no se hallará sola, sino acompañada de la verdadera discreción, usando las obras corporales como instrumento y no como objetivo fundamental.

No es preciso que el principio y fundamento se basen sólo en la penitencia o en cualquier acto corporal exterior, pues son obras finitas. Lo son tanto por ser realizadas en el tiempo como porque algunas veces es de necesidad que la criatura las abandone o que ellas mismas exijan ser abandonadas, como cuando se dejan por la imposibilidad de proseguir lo comenzado por circunstancias diversas que le sobrevienen o por obediencia que proviene del prelado; porque haciéndolas, no sólo no merecería, sino que pecaría. Ves, por tanto, que son finitas. Hay que tomar esas obras corporales como instrumento y no como algo fundamental. Si se las tomara de este modo, por necesidad llegará un tiempo en que haya que dejarlas, y en ese caso el alma quedará vacía.

Esto lo mostró el glorioso San Pablo cuando dijo en su carta que mortificaseis el cuerpo y dieseis muerte a la propia voluntad, es decir, sepáis tener a raya al cuerpo, macerando la carne cuando ésta quisiere asaltar al espíritu [2]; pero quiere que la voluntad sea matada en todo, ahogada y sometida a mi voluntad. A esta voluntad se la hace morir por la deuda que te dije que la virtud de la discreción salda con el alma, o sea, por el aborrecimiento y desprecio del pecado y de la parte sensitiva propia. El aborrecimiento lo adquirió por el conocimiento de sí mismo. Este es el cuchillo que mata y aparta todo amor propio fundado en la voluntad propia.

[2] Gál 8,12.

Los que así actúan no me dan únicamente palabras, sino obras, y de esto me alegro. Por eso te dije que yo quería pocas palabras y muchas obras. Diciendo «muchas» no te señalo número, porque el afecto del alma fundado en la caridad, que da vida a toda virtud, debe progresar hasta el infinito. Sin embargo, no desprecio las palabras; pero dije que deseaba pocas para mostrarte que toda obra efectuada en el tiempo es finita, y por eso dije «pocas». Me complacen, sin embargo, cuando son instrumento de la virtud y no consideradas virtud principal.

Por esto, al extremado penitente, que se dedica a matar su cuerpo, ninguno lo debe creer de mayor perfección que el que hace menos penitencias, porque, como te he dicho, no consiste en ellas ni la virtud ni su mérito. Consiguientemente, no obraría mal quien por legítimas razones no pueda hacer obras y penitencias corporales y sólo se entrega a la virtud de la caridad sazonada con la luz de la verdadera discreción, ya que de otro modo no tendrían valor. Este amor me lo da la discreción sin límite ni medida. Como soy suma y eterna Verdad, no pongo ley ni límites al amor con que me tiene que amar, pero sí en cuanto al modo y a la caridad orientada al prójimo.

La luz de la discreción, que, como te he dicho, procede de la caridad, da al prójimo el amor ordenado, esto es, la caridad ordenada, que no comete un pecado por hacer bien al prójimo. Porque si, para salvar al mundo entero del infierno o para ejercitar una gran virtud, cometiese uno, no sería caridad ordenada por la discreción, sino caridad indiscreta, pues no es lícito realizar una gran virtud o ayudar al prójimo valiéndose del pecado. La santa discreción está de tal modo ordenada, que el alma orienta todas sus potencias a servirme con todo cuidado, y ama al prójimo con afecto de amor, y mil veces expondría la vida del cuerpo por la salvación de las almas, sufriendo penas y tormentos para que tengan la vida de la gracia, y expone su existencia temporal por socorrer el cuerpo del prójimo.

Esto es lo que hace la luz de la discreción derivada de la caridad. Y así, ves que toda alma que desea la gracia me da y debe darme amor ilimitado, sin medida. Al

prójimo debe amarle con medida y caridad ordenada por el amor ilimitado que me debe tener, no haciéndose daño a sí mismo por hacer el bien a otro. Esto nos lo aconseja San Pablo al decir que la caridad debe comenzar en uno mismo; de otro modo, tampoco sería útil a los demás con utilidad perfecta.

No sería conveniente que por salvar a las criaturas, que son finitas y creadas por mí, fuese ofendido yo, que soy Bien infinito. Este pecado sería más grave y mayor. El único provecho sería cometerlo, y por nada se debe cometer un pecado; la verdadera caridad lo sabe, porque ella lleva consigo la luz de la santa discreción.

Esta es la luz que disipa toda oscuridad, quita toda ignorancia; es el condimento de toda virtud, y todo instrumento es sazonado por ella. Ella posee una prudencia que no puede ser engañada, una fortaleza que no puede ser vencida, un perseverancia hasta el fin que llega del cielo a la tierra, es decir, del conocimiento de sí, de la caridad para conmigo, hasta la caridad con el prójimo a traves de la verdadera humildad. Esquiva y se libra de todos los lazos del demonio y de las criaturas con su prudencia, sin armas en la mano, o sea, que por el sufrimiento ha vencido al demonio y la carne. Con esta dulce y gloriosa luz conoce su fragilidad, y conociéndola la aborrece. Ha conculcado el mundo y lo ha puesto bajo los pies de su afecto, despreciándolo y teniéndolo por vil; se ha hecho señor de él y de él se burla.

Por eso, los hombres del mundo son incapaces de privar al alma de la virtud, y todas las persecuciones sirven para acrecentarla y manifestarla, pues se halla engendrada por el afecto de amor; y se muestra y nace de él el amor al prójimo. Te he enseñado que, si la discreción no se manifestase y brillara ante los hombres en el tiempo de la prueba, no sería cierto que la virtud es una realidad. Por eso te dije que no puede existir virtud perfecta, que dé frutos, sino mediante el prójimo. Es como la mujer que ha concebido un hijo, si no lo da a luz y lo pone ante los ojos de los demás, al esposo le parece que no tiene hijo. Así yo, que soy el esposo del alma. Si ésta no da a luz al hijo de la virtud por medio de la caridad con el prójimo, mostrándola como es menester, en general y en particular, aseguro que en verdad no ha

engendrado la virtud en sí. Lo mismo digo de las faltas, pues todas se cometen mediando el prójimo.

RECAPITULACION Y PROMESA DE MISERICORDIA

12 [Repetición de algunas cosas ya dichas.—Dios promete consuelo a sus servidores y la reforma de la santa Iglesia por medio de abundantes sufrimientos.]

Has visto que yo, la Verdad, te he enseñado la doctrina para adquirir y conservar la gran perfección, y hasta te he explicado en qué modo se satisface por la culpa y la pena, en ti y en el prójimo, al hablarte de los sufrimientos que la criatura soporta mientras se halla en cuerpo mortal; que no son suficientes por sí solos para satisfacer por la culpa y por la pena si es que el alma no se halla unida con el afecto de la caridad y con aborrecimiento del pecado.

Sin embargo, el sufrimiento la satisface cuando está unida con la caridad; no en virtud de sufrimiento temporal alguno, sino en virtud de la caridad y dolor del pecado cometido. Esta caridad es adquirida con la luz de la inteligencia, con corazón puro y generoso, en atención a mí, que soy la caridad misma.

Todo esto te lo he dicho porque me pedías sufrimientos. También a fin de que tú y mis servidores sepáis en qué medida y cómo me debéis hacer el sacrificio de vosotros mismos a mí. Hablo del sacrificio temporal y espiritual a la vez, como el vaso con el agua que se ofrece al señor; porque el agua no se podría ofrecer sola, y no le agradaría el vaso si no iba con el agua. Por eso os digo que debéis ofrecerme el vaso de los muchos padecimientos temporales tal como yo los envíe, sin elegir vosotros ni el lugar ni el tiempo; ni sufrir a vuestro modo, sino al mío. El vaso debe estar lleno, es decir, soportándolos todos con afecto de amor y verdadera paciencia, sufriendo y aguantando los defectos de vuestro prójimo, pero con odio y aborrecimiento del pecado.

Entonces, las penalidades que tenéis puestas en el vaso se encontrarán llenas del agua de mi gracia, la cual

da vida al alma. Recibiré el presente de mis dulces esposas, o sea, de toda alma que me sirva; recibiré, digo, sus angustiados deseos de lágrimas y suspiros, sus humildes y continuadas oraciones, cosas que, por el amor que tengo a esas esposas, son instrumento para aplacar mi ira contra mis enemigos, los malvados hombres del mundo, que tanto me ofenden.

Sufrid, pues, esforzadamente hasta la muerte, y esto será la señal de que me amáis de veras. No debéis volver la mirada atrás ni por temor a criatura ni por las tribulaciones, antes bien alegraos en ellas. El mundo se alegra injuriándome, y vosotros os entristecéis al ver las injurias que me hacen; ofendiéndome, os ofenden, y cuando os ofenden a vosotros, me ofenden a mí, porque me he hecho uno con vosotros.

Bien ves que, habiéndoos dado mi imagen y semejanza y habiendo vosotros perdido la gracia por el pecado, para devolveros la vida de la gracia uní a vosotros mi naturaleza, cubriéndola con el velo de vuestra humanidad. Siendo vosotros mi imagen, tomé la vuestra al tomar forma humana. De modo que soy uno con vosotros si el alma no se aparta de mí por la culpa del pecado mortal, pues quien me ama está en mí, y yo en él [1]. El mundo os persigue porque no tiene semejanza conmigo, y por eso persiguió a mi Hijo unigénito hasta la afrentosa muerte de la cruz; y lo mismo hace con vosotros. Os persigue y perseguirá hasta la muerte, porque no me ama. Si el mundo me amara, os amaría a vosotros [2]. Pero alegraos, porque vuestra alegría será completa en el cielo.

Más te digo: que cuanto más abunden ahora las tribulaciones en el cuerpo místico de la santa Iglesia, tanto más abundará en ella la dulzura y el consuelo. La dulzura consistirá en esto: en la reforma de los santos y buenos pastores, que son flores de gloria, es decir, que dan gloria y alaban mi nombre ofreciéndome los perfumes de la virtud fundada en la verdad. Esta es la reforma de las perfumadas flores de mis ministros y pastores. No es que haya necesidad de reformar los frutos de esta Espo-

[1] Jn 16,20.
[2] Jn 17,14.

sa, ya que nunca disminuyen ni se echan a perder por los defectos de los ministros. Por eso, dentro de la amargura, alegraos tú, el Padre de tu alma [3] y los demás servidores míos, pues yo, Verdad eterna, he prometido daros alivio; después de la amargura y de muchos sufrimientos, os daré consuelo en la reforma de la Iglesia.——

[3] «Padre del alma»: valga, de una vez para siempre, la equivalencia con confesor habitual o director espiritual.

Catalina recibe el hábito de Terciaria Dominica.

«EL DIALOGO»

[1. Misericordia para el pueblo de Dios y para el cuerpo místico de la Iglesia.—La sangre redentora de Cristo y la responsabilidad del hombre.—2. Misericordia para el mundo.—El amor propio, veneno del mundo.—Dominio de Dios sobre buenos y malos.—Agradecimiento.—3. Seguir la verdad.—El camino de la verdad - el puente - la viña y los trabajadores.]

13 [A esta alma se le aumentó y disminuyó a la vez la amargura.—Hace oración a Dios por su santa Iglesia y por su pueblo.]

Como consecuencia de esto, el alma se angustiaba y sofocaba en ardentísimo deseo, nacido del amor de la inmensa bondad al conocer y ver la grandeza de la caridad divina, que con tanta dulzura se había dignado acceder a su petición dándole esperanza. A la amargura nacida de las ofensas a Dios, de los males de la santa Iglesia y de su propia miseria —fruto del conocimiento de sí misma—, la veía ella disminuir y crecer—. Porque, al enseñarle el sumo y eterno Padre el camino de la perfección, nuevamente le manifestaba las ofensas que le hacían, así como el daño a las almas, como más abajo se dirá por extenso.

Por el conocimiento que el alma adquiera de sí, conoce mejor a Dios. Reconociendo la bondad de Dios dentro de ella misma y en el espejo de Dios, en la criatura, conoce también la dignidad y la indignidad propias, es decir, la dignidad de la criatura al ver que es imagen de Dios, y que esto lo es por gracia, no porque se le debiera, y la indignidad a que ha llegado por la culpa la conoce mirando al espejo de Dios.

Como en el espejo se ven mejor las manchas que en la cara del hombre que se refleja en él, así el alma que con verdadero conocimiento de sí eleva por el deseo los ojos del entendimiento para mirar en el espejo dulce de Dios. Por la limpieza que ve en él conoce mejor las manchas de su cara.

Como la luz y el conocimiento son mayores en ella, la

amargura le crece dulcemente y a la vez se disminuye. Disminuye por la esperanza que le da la Verdad primera, y aumenta como el fuego cuando se le echa leña; de modo semejante crece el fuego en el alma, hasta el punto de que no es posible al cuerpo humano poder impedir que el alma se separe de él. De donde, si no estuviese rodeada de quien es la suma fortaleza, no le sería posible ponerse más en pie.

Purificada el alma por el fuego de la caridad divina que encontró en el conocimiento de sí y de Dios y aumentándosele el hambre con la esperanza de la salvación del mundo entero y de la reforma de la santa Iglesia, se elevó con firmeza al eterno Padre mostrándole la lepra de la santa Iglesia, diciendo casi con las palabras de Moisés [1]:

—Señor mío, vuelve los ojos de la misericordia hacia tu pueblo y hacia el cuerpo místico de la santa Iglesia, pues serás más glorificado si perdonas a tantas criaturas y les das la luz del conocimiento; y no lo hagas sólo conmigo, miserable, que tanto te he ofendido y soy causa e instrumento de todo mal. Ellas te tributarán alabanzas al ver que por tu infinita bondad se levantan de las tinieblas del pecado mortal y de la eterna condenación. Por eso, te ruego, caridad eterna, que tomes venganza en mí y hagas misericordia al pueblo [2]; no me apartaré de tu presencia hasta que vea yo que haces misericordia.

¿Qué me aprovecharía que viese que yo tenía vida eterna y tu pueblo la muerte, y que, principalmente por mis defectos y los de otras criaturas, vinieran las tinieblas a tu Esposa, la Iglesia, que es luz? Quiero, pues, y te pido como gracia que tengas misericordia de tu pueblo por la increada caridad que te movió a crear al hombre a tu imagen y semejanza, diciendo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» [3]. Y porque tú lo quisiste, Trinidad eterna y altísima, hiciste que el hombre participara plenamente de ti. Razón por la que le diste el entendimiento, para que, viendo tu voluntad,

[1] Ex 32,11.
[2] Ex 22,31-32.
[3] Gén 1,26.

conociese y participase de la sabiduría de tu Hijo; y le diste la voluntad, para que pudiese entender lo que el entendimiento ve y conoce de tu verdad, participando de la clemencia del Espíritu Santo.

¿Cuál fue la razón de que colocases al hombre en tanta dignidad? El amor inestimable con que contemplaste dentro de ti a tu criatura. Y te enamoraste de ella. Luego la creaste y le diste el ser por amor, a fin de que paladease tu sumo y eterno bien.

Veo que por el pecado cometido perdió la dignidad en que la pusiste. A causa de la rebelión que llevó a cabo, se puso en guerra con tu clemencia, es decir, nos convertimos en enemigos tuyos.

Tú, movido por el mismo ardor con que nos creaste, quisiste establecer el remedio para reconciliar al género humano llegado a esta enorme guerra, para que a ella siguiese la gran paz; por ello nos diste el Verbo de tu Hijo unigénito, que fue intermediario entre nosotros y tú.

El fue nuestra justicia, que castigó en sí mismo nuestras injusticias, y cumplió con tu obediencia, Padre eterno, la que le impusiste al vestirle de nuestra humanidad, cuando tomó nuestra imagen y naturaleza humana.

¡Oh insondable caridad! ¿Qué corazón puede ser tan fuerte que no se quiebre al ver lo Alto caído tan abajo como lo está nuestra humanidad? Nosotros somos tu imagen, y tú la imagen nuestra por la unión que has hecho con el hombre, ocultando la eterna divinidad con la nube miserable y la corrompida masa de Adán.

¿Cuál fue la causa? Tú, Dios, te has hecho hombre, y el hombre ha sido hecho Dios. Por este amor inefable, te apremio y te ruego que tengas misericordia de tus criaturas.—

14 [Dios se queja del pueblo cristiano, y principalmente de sus ministros.—Algo sobre el sacramento del cuerpo de Cristo y el beneficio de la encarnación.]

Volviendo Dios entonces los ojos de su misericordia hacia ellos y dejándose presionar por las lágrimas y ciñéndose el cíngulo del santo deseo, dijo lamentándose:

—Hija dulcísima, las lágrimas me fuerzan, porque están unidas a mi caridad y son derramadas por amor a mí. Vuestros dolorosos deseos me atan. Pero mira y considera lo sucia que mi Esposa tiene su cara, cómo es leprosa a causa de las inmundicias y del amor propio, inflada por la soberbia y codicia que se alimentan a sus pechos, es decir, la religión cristiana, cuerpo universal, y hasta el cuerpo místico de la santa Iglesia [1]. Digo esto de mis ministros, que son quienes se alimentan y están a sus pechos. Y no sólo se alimentan, sino que tienen que alimentar y mantener a esos pechos el cuerpo universal de la religión cristiana y a cualquier otro que quisiera salir de las tinieblas de la infidelidad y unirse a mi Iglesia como miembro suyo.

Mira con cuánta ignorancia, cuántas tinieblas y cuánta ingratitud es repartida por manos inmundas la leche y la sangre de esta Esposa y con cuánta presunción e irreverencia son recibidas por los fieles. Por eso, lo que da vida, frecuentemente les da la muerte por defecto suyo. La preciosa sangre de mi Hijo es lo que hizo desaparecer la muerte y las tinieblas, lo que dio la luz y la verdad, y dejó confundida a la mentira.

Esta sangre dio y realizó todo lo referente a la perfección del hombre que se dispone a recibirla. Igual que da vida y dota al alma de toda gracia, así da la muerte al que vive en la maldad, poco o mucho conforme a la disposición y afecto de quien las recibe. De modo que por parte de quien las acepta, si las recibe indignamente en las tinieblas del pecado mortal, a éste se le da la muerte y no la vida. No ocurre esto por defecto del ministro, aunque se hallase en pecado igual o mayor, ya que su pecado no echa a perder ni ensucia la sangre, ni disminuye su gracia y virtud. Por ello no hace mal a quien le da la sangre, sino a sí mismo por el pecado, al que seguirá la pena si no se corrige con verdadera contrición y aborrecimiento de la culpa.

Digo, pues, que esta sangre perjudica al que la recibe indignamente; no por defecto de la sangre ni del ministro, sino por la mala preparación y por defecto suyo, ya que tiene su espíritu y su cuerpo sucios de tanta miseria

[1] Para Catalina, cuerpo místico significa jerarquía eclesiástica.

e inmundicia, y por la grandísima crueldad que ha tenido para consigo y con su prójimo. La tuvo consigo privándose de la gracia, poniendo bajo los pies de sus inclinaciones el fruto de la sangre que adquirió en el bautismo, cuando le fue borrada la mancha original en virtud de la sangre, mancha que se adquiere al ser concebido por su padre y por su madre.

Por esta razón os di al Verbo de mi Hijo unigénito, pues la masa del género humano estaba corrompida por el pecado del primer hombre, Adán. Y así, todos vosotros, hechos de la misma masa, estabais corrompidos y no aptos para obtener la vida eterna. Yo, lo Alto, me uní a la bajeza de vuestra humanidad para poner remedio a la corrupción y muerte del género humano al devolverle la gracia que perdió por el pecado [1].

Al no poder sufrir yo la pena —mi divina justicia exigía que a la culpa siguiese la pena—, aunque el hombre hubiese satisfecho por algo, no satisfaría por otro, sino por sí mismo, y no por las criaturas. Además, esta culpa no podía satisfacerse ni en favor suyo ni de otros, porque se había cometido contra mí, que soy infinita Bondad. Queriendo yo, sin embargo, restituir por el hombre, que se hallaba en deuda y no podía pagar por la razón dicha y por hallarse muy debilitado, envié al Verbo de mi Hijo revestido con la misma naturaleza que vosotros, masa corrompida de Adán, para que sufriese el castigo en aquella misma naturaleza que había pecado: sufriendo en su cuerpo hasta la afrentosa muerte de la cruz, aplacaría mi ira.

De este modo cumplí con mi justicia y sacié mi divina misericordia, que quiso satisfacer por el hombre y prepararlo para el bien para el que lo había creado. Así, la naturaleza humana, unida a la divina, fue suficiente para satisfacer por todo el género humano; no por la pena que sufre en la naturaleza finita, es decir, en la masa de Adán, sino por razón de la divinidad eterna, de la naturaleza divina infinita. Unidas una y otra naturaleza, recibí y acepté el sacrificio de la sangre de mi Hijo unigénito, entremezclada y hecha una masa con la naturaleza divina a través del fuego de mi caridad, que fue

[1] Gál 4,4-5 y 1 Jn 4,9.

el lazo de unión que le tiene sujeto y clavado en cruz.

Sólo en virtud de la naturaleza divina fue de este modo capaz de satisfacer por la culpa de la naturaleza humana. Así quedó limpia la mancha del pecado de Adán, permaneciendo únicamente la cicatriz, esto es, la inclinación al pecado, a todo afecto corporal; al modo que queda la cicatriz después de haber curado el hombre de una llaga.

Después del pecado de Adán, que produjo la mortal mancha, llegado el gran médico, mi Hijo unigénito, curó al enfermo bebiendo El la amarga medicina que no podía beber el hombre por hallarse muy debilitado. Obró como la nodriza, que toma la medicina, en vez del niño, porque es mayor y fuerte, y el niño no tiene fortaleza poder soportar tanta amargura. El hizo de nodriza, sufriendo con la grandeza y fortaleza de la divinidad, unida a vuestra naturaleza, la amarga medicina de la dolorosa muerte de cruz para sanaros y daros vida a vosotros, niños debilitados.

Quedó únicamente la cicatriz del pecado original, heredado del padre y de la madre cuando sois concebidos. Esta cicatriz se quita del alma, aunque no del todo. Eso se hace por el santo bautismo, que tiene eficacia y da la vida de la gracia en virtud de esta gloriosa y preciosa sangre.

En cuanto el alma ha recibido el santo bautismo, se le quita el pecado original y se le infunde la gracia. También la inclinación al pecado, que es la cicatriz que queda del pecado original y que debilita, puede el alma atenuarla si quiere, como queda dicho.

Así queda dispuesto el vaso del alma para recibir y aumentar la gracia dentro de sí mucho o poco, según quiera prepararse a sí misma para amarme y servirme con afecto y deseo. Puede prepararse para el mal y para el bien aunque haya recibido la gracia del santo bautismo; por lo que, llegado el uso de la razón, por la libertad puede obrar el bien o el mal, según plazca a su voluntad.

Es tan grande la libertad de que goza el hombre y se ha hecho tan fuerte por la eficacia de esta gloriosa sangre, que ni el demonio ni criatura alguna pueden forzarle al más pequeño pecado más allá de lo que él quie-

ra. Fue liberado de la esclavitud y convertido en hombre libre para que dominase sus propios sentidos y alcanzase el fin para el que había sido creado.

¡Oh hombre miserable, que encuentra placer en el lodo, como le ocurre al animal, y que no reconoce tantos beneficios como ha recibido de mí! Más no podía recibir la miserable criatura, llena de tanta ignorancia.

15 [Una vez realizada la pasión de Cristo, el pecado es más castigado que antes.—Dios promete misericordia al mundo y a la Iglesia si median la oración y el sufrimiento de sus servidores.]

Quiero que sepas, hija mía, que, habiendo creado de nuevo al hombre por la sangre de mi Hijo unigénito y habiendo devuelto a la gracia al género humano, si el hombre no lo agradece, va de mal en peor, de pecado en pecado, pues considera despreciable la gracia que le he hecho y le hago. Y no sólo no lo considera gracia, sino que algunas veces le parece que recibe de mí injurias, ni más ni menos que si yo quisiese otra cosa que su santificación. Aseguro que para estos tales será más duro el juicio y serán dignos de mayor castigo. Una vez recibida la redención por medio de la sangre de mi Hijo, serán más castigados que antes de que fuese borrada la mancha del pecado de Adán [1].

Es razonable que quien reciba más, devuelva, y se sienta más obligado el que más recibe. El hombre me estaba muy obligado, por el ser que yo le había dado al crearlo a mi imagen y semejanza. Estaba obligado a darme gloria, y él me la quitó y volvió a dársela a sí mismo. Por ello quebrantó la obediencia que le había puesto y se convirtió en enemigo mío. Yo, con humildad, destruí su soberbia, humillándome y tomando vuestra humanidad, sacándoos de la esclavitud del demonio, y os hice libres. No sólo os di la libertad, sino que —si lo piensas bien— el hombre ha sido hecho Dios, y Dios se ha hecho hombre por la unión de la naturaleza divina con la humana.

Esta es la deuda que el hombre ha contraído, es decir, por el tesoro de la sangre, en él ha vuelto a ser creado

[1] Jn 15,22.

para la gracia. Ves, pues, cómo están más obligados a darme gloria después de la redención que antes de ella. Están obligados a darme gloria y alabanza siguiendo las huellas de la Palabra hecha carne, y de este modo, con virtudes verdaderas y reales, debe pagar la deuda de amor a mí y al prójimo.

El no hacerlo, puesto que debe amarme mucho, es causa de mayor ofensa, y, por ello, yo, conforme a la justicia divina, le castigo con sufrimientos mayores, dándole la condenación eterna. Por eso, en justicia divina, un falso cristiano tendrá mayores penas que un pagano y le consumirá más el fuego que no se apaga, o sea, le afligirá, y con ello se sentirá consumir por el gusano de la conciencia, que, a pesar de todo, no lo termina de consumir [2], porque los condenados no pierden el ser por mucho tormento que reciban. Por eso, te aseguro que pedirán la muerte, y no la tendrán, al no poder perder el ser. Por el pecado perdieron el ser de la gracia, pero no su existencia.

Así, pues, el pecado es mucho más castigado después de la redención que antes, por haber recibido más. Pero parece que no se dan cuenta de ello ni advierten su desgracia. Se han hecho enemigos míos, habiéndolos yo reconciliado por medio de la sangre de mi Hijo.

Hay un remedio con el que aplacaré mi ira, y es que mis servidores sean solícitos en hacerme presión con las lágrimas y atarme con las ligaduras de su deseo. Tú ves que me tienes sujeto con estos lazos; los que yo mismo te di, porque quería hacer misericordia al mundo. Por eso doy a mis servidores hambre y deseo de honrarme y de la salvación de las almas, a fin de que, forzado por sus lágrimas, mitigue yo el furor de mi divina justicia.

Toma, pues, tus lágrimas, tu sudor; sacadlos de la fuente de mi divina caridad tú y los otros servidores míos; lavad con ellos la cara de mi Esposa. Yo te prometo que por este medio le será devuelta su belleza. No recobrará su hermosura con cuchillos, ni con guerras, ni con crueldades [3], sino con la paz, la humilde y continua-

[2] Mc 9,43.

[3] Con cuchillos, guerras y crueldades se intentaba poner final al cisma, olvidando frecuentemente los remedios espirituales que proclama Catalina.

da oración; con los sudores y las lágrimas derramadas y con el angustiado deseo de mis servidores.

Cumpliré tu deseo de sufrir mucho, derramando la luz de vuestra paciencia por entre las tinieblas de los hombres malvados del mundo. No temáis que el mundo os persiga, que yo estaré con vosotros y en nada os faltará mi providencia.—

16 [Al conocer mejor esta alma la bondad divina, no se contentaba con orar sólo por el pueblo cristiano y por la santa Iglesia, sino que lo hacía por el mundo entero.]

Entonces aquel alma, con mayor conocimiento y grandísima alegría y consuelo, se levantó y se puso ante la divina Majestad, tanto por medio de la confianza en la divina misericordia como por el inefable amor que sentía al ver el amor y deseo que Dios tenía de practicar su misericordia con los hombres, aunque fuesen enemigos suyos. Había indicado el modo y camino a sus servidores para que pudieran forzar a su bondad a aplacar su ira. Se alegraba y perdía todo temor a las persecuciones del mundo viendo a Dios en su favor. Crecía el fuego del santo deseo. No satisfecha aún, a pesar de todo, pedía por el mundo entero con santa confianza.

Aunque la segunda petición contenía el bien y la utilidad de los cristianos y de los infieles, es decir, la reforma de la santa Iglesia, sin embargo, como El mismo se lo había pedido, como hambrienta, hacía extensiva al mundo entero su oración, clamando:

—Dios eterno, ¡misericordia para tus ovejuelas, como pastor bueno que eres! No dudes en otorgar misericordia al mundo, puesto que ya parece que casi no aguanta más, porque parece privado totalmente de la unión en la caridad para contigo, Verdad eterna. Misericordia para con ellos, pues no se aman unos a otros con amor fundado en ti.—

17 [Dios se lamenta de sus criaturas racionales, y de modo especial del amor propio que reina en ellas.—Anima a dicha alma a la oración y a las lágrimas.]

Dios, ebrio de amor por nuestra salvación, encontraba modo de encender mayor amor y dolor en aquella alma

de esta manera: mostrándole con cuánto amor había creado al hombre. Le dijo:

—¿No ves que todos me maltratan, habiéndoles yo creado con ardoroso amor y dotado de la gracia y de otros dones casi infinitos, y habiéndoselos concedido por gracia y no por obligación? Considera ahora, hija mía, cómo esos mismos me golpean con tantos y tan diversos pecados, y especialmente con el miserable y abominable amor a sí mismos, de donde nace todo mal.

Con el amor propio han envenenado al mundo entero. Porque así como el amor a mí contiene en sí toda virtud nacida para ayudar al prójimo, así el amor propio sensitivo contiene en sí todo mal, por proceder de la soberanía, como el mío procede de la caridad.

Este mal lo cometen por medio de la criatura, separados y alejados del prójimo, porque ni me han amado a mí ni al prójimo, que uno y otro amor se hallan estrechamente unidos entre sí. Por eso te dije que todo bien y todo mal son hechos por medio del prójimo, como te expliqué arriba.

Mucho me puedo quejar del hombre, que, no habiendo recibido de mí sino bien, me devuelve odio, obrando toda clase de mal. Te dije que con las lágrimas de mis servidores suavizaréis mi ira, y te lo vuelvo a decir: vosotros, mis servidores, preparaos y poneos ante mí con muchas oraciones, anhelantes deseos y con dolor por las ofensas que se me hacen, y por la condenación de ellos. Así mitigaréis mi ira en el juicio divino.

18 [Nadie puede escapar a las manos de Dios.—Se está en ellas para misericordia o para justicia.]

Sabe que ninguno puede escapar a mis manos, porque yo soy el que soy [1], y vosotros no tenéis existencia por vosotros mismos, sino que habéis sido creados por mí, que soy el Creador de todo lo que tiene ser, excepto del pecado, pues éste no tiene propiamente existencia [2] al no haber sido creado por mí. El pecado no existe den-

[1] Ex 3,14.

[2] Sobre el pecado como negación, como la nada, insiste la Santa en todos sus escritos de las más diversas maneras.

tro de mí, y por eso no es digno de ser amado. La criatura me ofende, porque ama lo que no se debe amar, esto es, al pecado; me odia, estando obligada a amarme a mí, que soy sumamente bueno y le he dado el ser con tan ardiente amor. No puede, sin embargo, apartarse de mí. Se halla en poder mío, para justicia por sus culpas o para mi misericordia.

Abre, pues, los ojos del entendimiento y mira a mi mano, y verás que es cierto lo que te he dicho.—

Levantando ella la vista por obedecer al gran Padre, vio en su mano cerrada a todo el universo. Dios dijo:

—Ahora ves y sabes que ninguno de ellos me puede ser quitado, porque todos se hallan aquí, sea para justicia o para su misericordia. Y, puesto que son míos y creados por mí, los amo de modo indecible. Por ello, a pesar de su maldad, les haré misericordia por medio de mis servidores y cumpliré la petición que con tanto amor y dolor me has presentado.—

19 [Esta alma, creciendo en el fuego amoroso, deseaba sudar sangre.—A la vez que se reprende a sí misma, hace una oración por su Padre espiritual.]

Entonces, aquel alma, como ebria y casi fuera de sí, creciéndole el ardor, se sintió feliz por la unión que tenía con Dios, saboreando su grandeza y bondad, toda sumergida en su misericordia y llena de dolor al ver ofender a tanta bondad. Dio gracias a la divina Majestad, como dándose cuenta de que El le había manifestado los defectos de las criaturas para verse obligada a levantarse con más esmero y mayor deseo.

Advirtiendo que se le renovaba el sentimiento en la eterna divinidad, creció tanto el santo y amoroso fuego, que sudaba a causa de la fuerza que el alma hacía sobre el cuerpo. Sudaba por la fuerza y ardor del amor, pues era más completa la unión efectuada entre ella y Dios que la existente entre el alma y el cuerpo. Pero ella tenía en nada aquel sudor por el gran deseo que tenía de ver salir de su cuerpo sudor de sangre. Se decía a sí misma:

—¡Oh alma mía! Oyeme: has perdido el tiempo de tu vida, y por eso han sobrevenido tantos males y daños al mundo y a la santa Iglesia; muchos en general y en

particular. Por eso quiero que ahora los remedies con sudor de sangre.—

Ciertamente que esta alma había retenido en la memoria la doctrina que le había comunicado la Verdad de conocerse a sí misma y a la bondad de Dios en El mismo, y el remedio para el mundo entero para aplacar la ira y el juicio divino, es decir, las humildes, continuadas y santas oraciones.

En consecuencia, aguijoneada por el santo deseo, se elevaba mucho, especialmente abriendo los ojos de la inteligencia y meditando sobre la divina caridad. Veía y saboreaba la doctrina de que estamos obligados a amar y buscar la gloria y alabanza del nombre de Dios en la salvación de las almas. A esto creía llamados a los servidores de Dios. Singularmente la Verdad eterna había llamado y elegido al Padre de su alma, a quien ella presentaba ante la bondad divina, pidiendo infundiese en él luz de gracia para que realmente siguiera a esta Verdad.

20 [Sin tribulaciones sufridas con paciencia no se puede agradar a Dios.—Dios la anima a ella y a su Padre espiritual a sufrir con verdadera paciencia.]

Respondiendo a la tercera petición, es decir, al hambre de la salvación, dijo:

—Hija, esto quiero: que busques agradarme a mí, la Verdad, por medio del hambre de la salvación de las almas. Pero ni él ni otro alguno la podrá poseer sin muchas persecuciones, en la medida en que yo se las concediere.

Porque deseáis ver mi honor en la santa Iglesia, por eso debéis concebir amor al deseo de sufrir con verdadera paciencia. De este modo entenderé que él, tú y los otros servidores míos buscáis mi honor de verdad. Entonces será él un hijo mío muy querido, y él y los otros reposarán sobre el pecho de mi Hijo unigénito, del que he hecho puente para que todos podáis alcanzar vuestro fin y recibir el fruto de cada uno de los trabajos sufridos por mi amor. Por tanto, sufrid varonilmente.

21 [Estando cortado el camino para ir al cielo por la desobediencia de Adán, Dios hizo de su Hijo un puente para poder pasar.]

Y puesto que te dije que mi unigénito Hijo había sido hecho puente, como efectivamente lo es, quiero que sepáis, hijos míos, que el camino quedó cortado por el pecado y desobediencia de Adán; de modo que ninguno podía alcanzar la vida verdadera. Ninguno me daba gloria del modo que debía, pues no participaba del bien para el que lo había creado, y así no se cumplía mi verdad.

La verdad es que había creado a los hombres a mi imagen y semejanza para que gozasen vida eterna y tuviesen parte conmigo y para que gustasen de mi eterna dulzura y bondad. Por razón del pecado, el hombre no alcanzaba este fin y no se cumplía mi verdad. Esto sucedía porque el pecado había cerrado el cielo y la puerta de mi misericordia.

El pecado hizo que brotasen espinas y tribulaciones, junto con muchas molestias. La criatura se encontró con la rebelión en sí misma, pues en cuanto el hombre se rebeló contra mí, se halló en rebelión contra sí mismo.

La carne se soliviantó inmediatamente contra el espíritu, perdiendo el estado de inocencia. El hombre se convirtió en animal inmundo, y todas las criaturas le fueron rebeldes, cuando, más bien, le habrían estado sometidas si él se hubiera mantenido en el estado en que lo puse. Al no permanecer en él y transgredir mi obediencia, mereció muerte eterna en el alma y en el cuerpo.

En cuanto hubo pecado, surgió un río tempestuoso, que continuamente lo zarandeaba con sus olas, sufriendo fatigas y molestias, que provienen de sí mismo, del demonio o del mundo. Todos os hundíais, porque ninguno, a pesar de sus buenas obras, podía alcanzar la vida eterna.

Por eso, yo, deseando poner remedio a tantos males, os he dado el puente de mi Hijo, para que al atravesar el río no os ahoguéis. El río es el mar tempestuoso de la vida presente.

Mira hasta qué punto me está obligada la criatura y

qué ignorante es, pues aunque se vuelva a hundir, no se aprovecha del remedio que le he dado.

22 [Dios induce al alma a contemplar la grandeza de este puente, que se tiende de la tierra al cielo.]

Abre los ojos de tu entendimiento y verás los ciegos e ignorantes; verás a los imperfectos y los perfectos que de veras me siguen, para que te duelas de la condenación de los ignorantes y te alegres de la perfección de mis amados hijos. Verás también cómo andan los que caminan en la luz y los que van por las tinieblas.

Pero antes quiero que contemples el puente de mi Hijo unigénito y te fijes en su dimensión: se tiende del cielo a la tierra, es decir, mira cómo la grandeza de la divinidad se halla unida con la tierra de vuestra humanidad. Por eso digo que va del cielo a la tierra: por la unión que yo he hecho con el hombre.

Para que alcanzaseis la vida y superaseis las amarguras del mundo, fue necesario rehacer el camino que estaba cortado. Un puente tan largo, capaz de salvar el río y daros la vida eterna, no se podía conseguir solamente con la tierra de la naturaleza del hombre, que no era suficiente para satisfacer por la culpa y raer la mancha del pecado de Adán, que corrompió a todo el género humano y trajo la pestilencia, como arriba te dije. Fue preciso unirla con la grandeza de mi naturaleza, eterna Divinidad, para que pudiese satisfacer por todo el género humano, y así la naturaleza humana sufriese la pena, y la naturaleza divina, unida con la humana, aceptase el sacrificio de mi Hijo, ofrecido por vosotros para libraros de la muerte y daros la vida.

Así, lo Alto bajó a la tierra de vuestra humanidad, y, unidas una y otra, se hizo puente con ambas y quedó restablecido el camino. ¿Para qué se hizo este camino? Para que verdaderamente vinieseis a gozar con los ángeles. Pero para obtener la vida eterna no os basta que mi Hijo sea puente, sino que lo utilicéis.—

23 [Todos somos trabajadores enviados por Dios a trabajar en la viña de la santa Iglesia.—Cada uno tiene la viña de sí mismo.—Nosotros, sarmientos, debemos estar unidos a la vid verdadera, el Hijo de Dios.]

Con esta palabras manifestó la Verdad eterna que El nos ha creado sin nosotros, pero no nos salvará sin nosotros [1]. Quiere que nosotros pongamos en ello la libre voluntad, empleando el tiempo en las verdaderas virtudes. Por eso añadió:

—A todos es necesario serviros de este puente buscando la gloria y alabanza de mi nombre en la salvación de las almas, sufriendo muchas penalidades, siguiendo las huellas de este dulce y amoroso Verbo. De otro modo no podréis venir a mí.

Vosotros sois trabajadores míos, a quienes he puesto a trabajar en la viña de la santa Iglesia [2]. Trabajad en el campo universal de la religión cristiana, encargados por la gracia cuando os di la luz del santo bautismo, que recibisteis en el cuerpo místico de la santa Iglesia por mano de los ministros que designé para trabajar con vosotros.

Pertenecéis al cuerpo universal, y ellos al cuerpo místico, colocados para alimentar vuestras almas, dándoos la sangre que recibís en los sacramentos administrados por ellos, sacando de vosotros las espinas del pecado mortal y plantándoos la gracia. Ellos son los trabajadores en la viña de vuestras almas, unidos a la viña de la santa Iglesia.

Toda criatura racional tiene su propia viña, la de su alma, de la que cada uno es viñador con su voluntad y libre albedrío en el tiempo, esto es, mientras se vive. Mas después de pasado este tiempo no se puede hacer trabajo alguno, ni bueno ni malo; pero, mientras se vive, se puede trabajar la viña a la que le he enviado. El trabajador del alma ha recibido tanta fortaleza, que ni el demonio ni criatura alguna puede arrebatársela, si él no quiere; porque, al recibir el santo bautismo, se fortaleció y dio el cuchillo del amor a la virtud y aborrecimiento

[1] SAN AGUSTÍN, *Serm.* 169 n.3.
[2] Mt 20,1-16.

del pecado. El amor a la virtud y aborrecimiento del pecado los encuentra en la sangre, pues por amor a vosotros y odio al pecado murió mi Hijo unigénito, dándoos la sangre; por ella recibís la vida en el santo bautismo.

Tenéis, pues, el cuchillo, que debéis usar con libertad para arrancar las espinas de los pecados mortales y plantar las virtudes mientras tenéis tiempo. De otro modo no recibiréis el fruto de la sangre por medio de los trabajadores que he enviado a la santa Iglesia, de los que te dije que quitan el pecado mortal de la vida del alma y os dan la gracia al administraros la sangre de los sacramentos.

Tenéis, por tanto, que levantaros, en primer lugar, con la contrición del corazón, aborreciendo el pecado y amando la virtud; entonces recibiréis el fruto de esa sangre. De otro modo no podréis recibirla, por falta de preparación en lo que de vosotros dependa, al modo que la reciben los sarmientos unidos a la vid de mi Hijo unigénito, que dijo: «Yo soy la verdadera vid, y vosotros sois los sarmientos, y mi Padre el viñador» [3].

Así, es en verdad que yo soy el labrador, puesto que todo lo que tiene ser ha procedido y procede de mí. Mi poder es incomprensible, y con él y la virtud gobierno el mundo entero: ninguna cosa ha sido creada sin mí. Soy el labrador que plantó la verdadera vid de mi Hijo en la tierra de vuestra humanidad a fin de que vosotros, los sarmientos, unidos a la vid, dieseis fruto.

Por ello, el que no dé fruto de santas y buenas obras será separado de esta vid y se secará. Separado de esa vid, pierde la vida de la gracia y es enviado al fuego eterno, como el sarmiento que no da fruto es separado de la vid y enviado al fuego, por no valer para otra cosa [4]. Lo mismo a los separados por sus pecados, si mueren en la culpa de pecado mortal, la divina justicia los envía al fuego que dura eternamente, por no ser buenos para otra cosa.

Los que no han cultivado su viña han echado a perder la suya y la de los demás. No sólo no han plantado la buena planta de la virtud, sino que han arrancado la

[3] Jn 15,1.
[4] Jn 15,6.

semilla de la gracia, recibida por la luz del santo bautismo al participar de la sangre de mi Hijo, que fue el vino que produjo esta vid verdadera. Han arrancado esta semilla y la han dado a comer a los animales, es decir, a los muchos y diversos pecados, y la han puesto bajo los pies del afecto desordenado. Con este afecto me han ofendido y hecho daño al prójimo.

Mis servidores, sin embargo, no obran de este modo. Lo mismo debéis hacer vosotros, esto es, permanecer unidos e injertados a esta vid. Entonces daréis mucho fruto, pues participaréis del amor de esta vid: estando unidos al Verbo de mi Hijo, lo estáis a mí, porque yo soy uno con El, y El conmigo [5]. Permaneciendo en El, seguiréis su doctrina, y siguiéndola participáis de la sustancia del Verbo, es decir, de la divinidad eterna unida a la humanidad, sacando de ello amor divino que embriaga el alma. Por eso te mandé participar de la savia de la vid.

24 [Dios poda los sarmientos unidos a esa vid, o sea, a sus servidores.—La viña de cada uno está de tal modo unida a la del prójimo, que nadie puede cultivarla o echarla a perder sin cultivar y echar a perder la del prójimo.]

¿Sabes lo que hago después que mis servidores se hallan unidos en el seguimiento del dulce y amoroso Verbo? Los podo para que den mucho fruto y sea más exquisito y las plantas no se vuelvan salvajes. Lo mismo ocurre con el sarmiento unido a la vid, al que el labrador poda para que dé mejor y mayor cantidad de vino; y al que no da fruto lo corta y lo echa al fuego. Así lo hago también yo, buen Labrador. A los servidores míos los podo con muchas tribulaciones para que den más y mejor fruto y quede en ellos purificada la virtud. Los que no dan fruto son cortados y enviados al fuego.

Son buenos trabajadores los que trabajan bien su alma, apartando de ella todo amor propio, echando sobre mí la tierra de su afecto. Alimentan y hacen crecer la semilla de la gracia que recibieron en el santo bautismo. Al trabajar la suya, trabajan también la del prójimo:

[5] Jn 10,30.

no pueden cultivar la una sin la otra. Ya sabes que te dije que todo mal y todo bien se hacen mediando el prójimo. Vosotros sois mis trabajadores, salidos de mí, sumo y eterno Trabajador, que os ha unido e injertado en la vid por la unión que he establecido con vosotros.

Recuerda que todas las criaturas racionales tienen su propia viña, por estar unidas al prójimo sin intermediario alguno. Tan íntimamente unidos están, que ninguno puede hacer bien a sí sin hacerlo a su prójimo, y lo mismo ocurre con el mal que se hace uno a sí mismo.

De todos vosotros, es decir, de toda la congregación cristiana, se ha hecho una viña universal. Estáis unidos en la viña del cuerpo místico de la santa Iglesia, de la que recibís la vida. En esta viña se halla plantada la vid de mi Hijo unigénito, en quien debéis estar injertados [1]. Si no lo estáis en El, pronto os volveréis rebeldes contra la santa Iglesia, y seréis como miembros separados del cuerpo, que pronto se pudren.

Mientras tenéis tiempo, podéis levantaros de la pestilencia del pecado por el aborrecimiento a él, recurriendo a sus ministros, que son los trabajadores que tienen la llave del vino, es decir, de la sangre que ha salido de esta vid. Ella es un vino tan logrado y de tal perfección su eficacia, que no puede ser estropeado por ningún defecto del ministro.

El lazo de la caridad adquirida en el conocimiento de sí y de mí es lo que os une a través de la verdadera humildad. Ves que a todos os he hecho trabajadores. Os invito de nuevo ahora, cuando el mundo declina, a ser trabajadores, pues son tantas las espinas que han ahogado la semilla cuando no quieren los hombres hacer obras de gracia [2].

Quiero, pues, que seáis trabajadores de veras; que ayudéis con gran solicitud a labrar el alma en el cuerpo místico de la Iglesia. Os elijo para ello, porque quiero hacer misericordia al mundo, por el que tanto suplicas.—

[1] Rom 11,17-24.
[2] Mt 13,7; Lc 8,7; Mc 4,7.

ELOGIO DEL AMOR DIVINO

25 [Esta alma, después de algunas alabanzas a Dios, pide que le muestre quiénes pasan por el mencionado puente y quiénes no.]

Entonces el alma respondió con amor angustiado:

—¡Oh inestimable, dulcísima caridad! ¿Quién no se enardece con tanto amor? ¿Qué corazón puede resistir sin desfallecer? Tú, abismo de caridad, parece que enloqueces por tus criaturas, como si no pudieses vivir sin ellas, aunque seas un Dios que no precisa de nosotros. Por nuestras buenas obras no crece tu grandeza, porque no puede sufrir mutación; de nuestro mal no se te sigue daño, porque eres el sumo y eterno Bien. ¿Quién te mueve a tanta misericordia? El amor no forzado ni necesario que nos tienes, ya que somos culpables y malvados deudores.

Si yo lo entiendo bien, suma y eterna Verdad, yo soy un ladrón y tú eres el colgado por mí, pues veo al Verbo, a tu Hijo, cosido y clavado a la cruz, de la que has hecho puente, según has manifestado a tu miserable esclava.

Recuerdo que deseabas mostrarme quiénes son los que caminan y los que no caminan por ese puente. Por ello, si place a tu bondad manifestármelo, lo veré y escucharé de ti de buen grado.—

Catalina pide y consigue la curación de su madre.

LA DOCTRINA DEL PUENTE

EL PUENTE, CAMINO DE LA VERDAD [1]

[*Los escalones - la altura - piedras - llave - tienda - la puerta.*]

26 [Este puente tiene tres escalones.—Indican los tres estados del alma.—Es alto, pero no separado de la tierra.—Cómo se entiende la frase de Cristo: «Cuando sea colocado en alto, todo lo atraeré a mí».]

El Dios eterno, para más enamorar a aquella alma de la salvación de las almas, le respondió:

—Antes de que te manifieste lo que te deseo enseñar y de que me preguntes, quiero decirte cómo está hecho este puente. Te manifesté que va del cielo a la tierra, es decir, por la unión que Dios ha realizado con el hombre, a quien formé del barro de la tierra.

Este puente, mi Hijo unigénito, tiene tres escalones, de los cuales dos fueron hechos sobre el madero de la cruz. En el tercero sentí la gran amargura al darme a beber hiel y vinagre.

En estos tres peldaños reconocerás los tres estados del alma de que te hablaré después.

El primer escalón son los pies, que significan el afecto. Como los pies soportan el cuerpo, así el afecto soporta al alma. Los pies sujetos constituyen el peldaño para llegar al costado, donde se manifiesta el secreto del corazón. Porque, subido uno a los pies del afecto, comienza el alma a saborear el afecto del corazón, poniendo los ojos de la inteligencia en el corazón de mi Hijo, donde halla consumado e indecible amor.

Digo consumado porque no nos ama por utilidad suya,

[1] Esta doctrina del «puente» es característica de Catalina, que la trata no sólo en esta parte, sino en sus elevaciones, oraciones y cartas. La imagen material la vivió ella, sin duda, al contemplar algunos antiguos puentes italianos de su época; por ejemplo, el «ponte Vecchio» de Florencia. El puente da acceso a la ciudad. Un extremo se une con una puerta de la muralla, con puente levadizo, hoy desaparecido, y tiendas en las aceras del puente.

ya que de vosotros ninguna le puede venir, puesto que son una cosa conmigo. El alma se llena de amor viéndose tan amada. Aquí se encuentra ya en el segundo escalón. Subido el segundo peldaño, se pasa al tercero, es decir, a la boca, donde halla la paz en medio de aquella gran guerra que antes había sostenido por sus pecados.

Por el primer escalón, levantando los pies del afecto terreno, se despoja del vicio; por el segundo se viste del amor a la virtud y en el tercero goza la paz.

Como el puente tiene tres escalones, subiendo el primero y el segundo, podéis alcanzar el tercero. Como se halla tan elevado el puente, el agua no le molesta, porque en Cristo no se da el veneno del pecado [2].

Este puente está elevado, y, sin embargo, no carece de contacto con la tierra. ¿Sabes cuándo se elevó tanto? Cuando fue levantado en el madero de la cruz santísima, sin apartarse por ello la naturaleza divina de la bajeza de la tierra de vuestra humanidad. Por eso te dije que, siendo elevado, no había perdido contacto con la tierra, por hallarse unido y hecho una masa con ella. Nadie hubiera podido caminar por el puente mientras no fuera edificado, y por ello dijo Cristo: «Cuando sea elevado, todo lo atraeré a mí» [3].

Viendo mi Bondad que los hombres no podían ser atraídos de otro modo, le mandé que se elevase sobre el madero de la cruz, haciendo de El yunque en que tomase forma el hijo del género humano para quitarle la muerte y restituir el hombre a la vida. Así, todas las cosas las atrajo a sí, para manifestar el indecible amor que os tenía, pues el corazón humano es siempre atraído por el amor, si es que, como ignorante, no hace resistencia a dejarse atraer.

Dijo, pues, que, cuando fuera puesto en alto, todo lo atraería a sí, y es verdad. Esto se entiende de dos maneras.

Una es que, habiendo atraído el corazón del hombre por el afecto del amor, como te he dicho, es atraído con todas las potencias de su alma, esto es, con la memoria, el entendimiento y la voluntad. De acuerdo estas tres

[2] Jn 3,5.
[3] Jn 12,32.

potencias y unidas en mi nombre, son atraídas con placer y unidas a mí por el afecto del amor las tres operaciones del hombre: temporales y espirituales, pues el hombre se ha elevado al amor crucificado. Por eso dijo con justeza mi Verdad: «Cuando sea puesto en lo alto, atraeré a mí todas las cosas»; es decir, que, arrastrando el corazón y las potencias del alma, lo serán también sus obras.

La segunda manera es porque todo ha sido creado para servicio del hombre. Las cosas creadas están hechas para que sirvan y ayuden a las necesidades de las criaturas racionales y no para que las sirvan a ellas, y para que las criaturas racionales, a su vez, me sirvan con todo su corazón y todo su afecto. Y así, ves que, siendo atraído el hombre a mí, lo son las cosas creadas para él.

Fue, pues, necesario que fuese levantado este puente y que tenga escalones para que se pueda subir con facilidad a él.

27 [El puente está edificado con piedras, que significan las virtudes.—En el puente hay una tienda, donde se proporciona comida a los caminantes.—Quien sigue por el puente llega a la vida.—El que va por debajo de él, por el río, va a la perdición y a la muerte.]

Este puente está construido con piedras, para que, cuando llegue la lluvia, el viandante no encuentre impedimento. ¿Sabes qué piedras son ésas? Son las virtudes reales y verdaderas. Estas piedras no se habían cortado antes de la pasión de este Hijo mío, y por eso había impedimento para que se pudiera llegar al final aunque se anduviese por el camino de la virtud. Aún no se había abierto el cielo con la llave de la sangre y la lluvia de la justicia no dejaba pasar.

Pero las piedras fueron cortadas y colocadas sobre el cuerpo del Verbo de mi dulce Hijo [1], a quien te he presentado como puente. Para ensamblarlas utiliza la cal de su sangre; esto es, la sangre está metida en la cal de la divinidad, mezclada con la fuerza y fuego de la caridad.

Con mi poder se hallan trabadas estas piedras de las

[1] Sal 128,3 y 1 Cor 3,11.

virtudes sobre el mismo Cristo, y de El reciben vida todas las demás. Por eso ninguno posee virtudes que den vida de gracia si éstas no proceden de El y de su doctrina, es decir, sin seguir sus huellas. Las ha puesto en orden, como a las piedras en un muro. Las ha colocado como piedras vivas, para que todos los fieles puedan andar con facilidad y sin temor servil alguno a la lluvia de la justicia divina, por hallarse el puente recubierto por la misericordia. Esta vino del cielo por la encarnación de mi Hijo.

¿Con qué fue abierto el cielo? Con su sangre. Así ves que el puente se halla construido y cubierto por la misericordia. En él se encuentra la tienda del jardín de la santa Iglesia. Ella tiene y administra el pan de vida y la bebida de la sangre, para que mis criaturas, cansadas, viandantes y peregrinos, no desfallezcan en el camino. Por ello ha ordenado que por mi caridad os sea administrada la sangre y el cuerpo de mi unigénito Hijo, a la vez Dios en todo y hombre en todo.

Pasado el puente, se llega a la puerta, que es, a la vez, puerta y puente. Por eso dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; quien pasa por mí no va a las tinieblas, sino a la luz». Y en otro lugar dijo mi Verdad que nadie puede venir a mí si no es por El [2]; y así es.

Si recuerdas bien, te lo dije y demostré al quererte enseñar el camino. Por lo que, si dice que es el camino, dice también que es la Verdad, y te he demostrado que es el camino en forma prudente. Dice que es la Verdad, y lo es, porque se halla unido a mí. Quien le sigue recibe la vida de la gracia y no puede perecer de hambre, porque la Verdad se ha hecho comida para él. Tampoco puede caer en las tinieblas, porque El es la Luz, sin mentira alguna; antes bien, la Verdad puso confusión y destruyó la mentira, que el demonio enseñó a Eva. Esta mentira cortó el camino del cielo, y la Verdad lo ha restaurado y rehecho con la sangre.

Los que siguen este camino son hijos de la verdad, porque la siguen y pasan por la puerta y camino de mi Hijo, Verdad eterna, Mar en tranquilidad.

Quien no mantiene este camino tiene debajo de él al

[2] Jn 14,6.

río, que no es camino sólido, hecho de piedra, sino de agua, y como el agua no sostiene a nadie, nadie puede andar por ella sin ahogarse.

Lo mismo ocurre con las obras, afectos y situaciones humanas, porque no las fundó sobre la piedra, sino con el amor desordenado a las criaturas y cosas creadas, amándolas y apegándose a ellas sin pensar en mí. Por eso siguen el camino de ellas, que son como el agua, que continuamente corre y desaparece. Si bien el hombre sabe que las cosas creadas desaparecen, las ama, aunque corran sin parar hacia el fin, que es la muerte. Quisiera él que se detuvieran y que las cosas que ama no corrieran ni le faltaran, bien por la muerte —le dejan solo— o por disposición mía, que les priva de ellas; pero no puede conseguirlo.

Esos van por el camino en pos de lo engañoso y son hijos del demonio, padre de la mentira. Al pasar por la puerta, como no pueden tomar la puerta de lo engañoso, reciben la eterna condenación eterna.

Ya ves que te he mostrado la verdad y la mentira, es decir, un camino que es la verdad, y el del demonio, que es la mentira.

DOS CAMINOS: LA VERDAD Y LA MENTIRA

28 [Cada uno de los caminos, el del puente y el del río, tiene sus dificultades.—Gozo del alma que camina por el puente.]

Estos son dos caminos, y en cada uno de ellos se encuentran dificultades.

Mira cuánta es la ignorancia y ceguera del hombre, que, teniendo un camino firme, quiere ir por el agua. El camino verdadero es tan agradable a los que van por él, que cualquier amargura les parece dulce, y cualquier peso, ligero. En la oscuridad del cuerpo encuentran luz, y, siendo mortales, encuentran la vida inmortal, saboreando, por el afecto del amor, con la luz de la fe, la Verdad eterna, que promete refrigerio a quien se fatiga por mí, que soy agradecido, compasivo y justo; que doy

a cada uno lo que en justicia merece: que todo lo bueno es premiado y castigado todo pecado.

Tu lengua no será capaz de poder explicar, ni tu oído de percibir, ni tu entendimiento de comprender [1] el gozo del que va por este camino, ya que, además, gusta y participa en esta vida del bien que le está preparado para la vida eterna.

Por consiguiente, está loco quien se cansa de tanto bien y prefiere probar en esta vida lo que son arras para el infierno, adonde llega con fatigas, sin consuelo alguno y sin nada bueno, puesto que se ha privado de mí, que soy el sumo y eterno Bien.

Tienes razón, y quiero que tú y los otros servidores míos permanezcáis en continua amargura por las ofensas que me hacen, con compasión por la ignorancia con que me ofenden para su daño y perjuicio.

Has visto y oído cómo está el puente. Lo he explicado para esclarecer lo que te dije: que el puente es mi Hijo unigénito. Advierte que realmente está construido como te he dicho, es decir, en la unión de lo Alto y lo bajo.

EL CAMINO DE LA DOCTRINA DE CRISTO

29 [Este puente, aunque subió al cielo el día de la Ascensión, no por eso se apartó de la tierra.]

Cuando mi Hijo unigénito volvió a mí cuarenta días después de la resurrección, este puente se levantó de la tierra, esto es, del trato con los hombres, y subió al cielo por la virtud de mi naturaleza divina y se halla sentado a la derecha de mí, el eterno Padre. Así lo dijo el ángel a los discípulos, que estaban como muertos el día de la ascensión, porque su corazón se había elevado a lo alto y subido al cielo con la Sabiduría de mi Hijo. Dijo: «No permanezcáis más aquí, pues El está sentado a la derecha del Padre» [1].

Levantado a lo alto y vuelto al Padre, yo envié al

[1] 1 Cor 2,9.

[1] Act 1,11.

Maestro, es decir, al Espíritu Santo, que llegó con mi poder, y con la sabiduría de mi Hijo, y con su propia clemencia, la del Espíritu Santo. El forma un todo conmigo, el Padre, y con el Hijo. De esta manera consolidó el camino de la doctrina que dejó mi Verdad en el mundo, y con ello, cesando la presencia del Hijo, no desapareció la verdad ni la virtud, verdaderas piedras fundadas sobre esta doctrina, que es el camino que nos ha preparado este dulce y glorioso puente. Antes de nada, El se puso a obrar, y con sus acciones hizo el camino, dándoos la doctrina más con el ejemplo que con las palabras, pues actuó más que habló.

Esa doctrina la confirmó el Espíritu Santo, robusteciendo el espíritu de los discípulos para que confesaran la verdad y anunciaran este camino, reprochando, por medio de ellos, las injusticias y falsos juicios [2], injusticias y juicios, de que hablaré después más por extenso.

Te he dicho esto para que nadie pueda caer en las tinieblas que oscurecen la mente cuando lo oigan, es decir, cuando alguien intentase decir que este cuerpo de Cristo no hizo de puente por la naturaleza divina unida a la humana —que entiendo que esto es la verdad— y que este puente se nos fue cuando subió al cielo. El era un camino que enseñaba la verdad a quien viera sus ejemplos y costumbres. ¿Y qué ha quedado ahora? Te lo diré, mejor, se lo diré a quien sufriere esta ignorancia.

El camino de la doctrina que te he enseñado se halla confirmado por los apóstoles, manifestado con la sangre de los mártires, iluminado por la luz de los doctores, reconocido por los confesores y de él tratan los escritos de los evangelistas. Todos están de acuerdo en afirmar la verdad del cuerpo místico de la santa Iglesia. Ellos son como la luz colocada sobre el candelero para mostrar el camino de la verdad, el cual lleva a la vida por medio de una iluminación perfecta.

¿Y cómo te la explican? Por la experiencia, puesto que han probado esa iluminación en sí mismos. De modo que cada persona es iluminada para que conozca la verdad, si lo quiere; esto es, a no ser que quiera alejar la luz de la razón con el amor propio desordenado. De

[2] Jn 16,8.

modo que, ciertamente, su doctrina es verdadera y ha permanecido como navecilla para sacar las almas del mar tempestuoso y llevarlas a la salvación.

Primeramente os edifiqué el puente de mi Hijo, y en la actualidad lo hago tratando con los hombres. Desaparecido el puente temporal, permaneció el puente y camino de la doctrina, por estar la doctrina unida con mi poder a la sabiduría del Hijo y con la clemencia del Espíritu Santo.

El poder da la virtud de la fortaleza a quien sigue este camino, la sabiduría da luz para conocer el camino de la verdad y el Espíritu Santo da un amor que cierra y aparta al alma de todo amor sensitivo, quedando sólo el amor a la virtud. Así, de todos modos, por presencia actual o por doctrina, Cristo es camino, verdad y vida: el puente que nos lleva a las alturas del cielo.

Esto quiso significar cuando dijo: «Yo vine del Padre y vuelvo al Padre»; y: «Volveré a vosotros» [3]. Es decir, mi Padre me envió a vosotros y me ha hecho vuestro puente para que salgáis del río y podáis alcanzar la vida eterna. A continuación dijo: «Y volveré a vosotros; no os dejaré huérfanos, sino que os enviaré el Paráclito» [4]. Como si mi Verdad dijera: «Iré al Padre y volveré; y como envío el Espíritu Santo, llamado Paráclito, El os lo manifestará con más claridad y os hará firmes en mí, camino de la verdad, o sea, en la doctrina que os he dado».

Dijo que volvería y volvió, porque el Espíritu Santo no vino solo, sino con su poder, el del Padre; con la sabiduría del Hijo y con la clemencia del Espíritu Santo. Mira, pues, que volvió no en presencia material, sino con la virtud, fortaleciendo el camino de la doctrina. Este ancho camino no puede ser empequeñecido ni impedido a quien desee seguirlo, porque es firme y estable y procede de mí, que soy inmutable.

Debéis, por tanto, seguir el camino con intrepidez, sin oscuridad alguna; con la luz de la fe, que se os ha dado como la vestidura de más importancia en el santo bautismo.

[3] Jn 16,28 y 14,8.
[4] Jn 14,18 y 26.

Te he declarado y manifestado plenamente este puente y esta doctrina, que forma un todo con él; y he mostrado al ignorante que él es la verdad, y quiénes son, y dónde se encuentran los que la enseñan. Dije que eran los apóstoles y evangelistas, los mártires, los confesores, los santos doctores, como faros colocados en la santa Iglesia.

Te he manifestado y dicho cómo, viniendo a mí, volvió a vosotros, no con su presencia material, sino por la virtud, es decir, al venir el Espíritu Santo sobre los apóstoles. No volverá en presencia material hasta el día del juicio final, cuando llegue con mi majestad y potencia divinas a juzgar al mundo, y a hacer el bien a los buenos y a premiarles por sus trabajos —al alma y al cuerpo juntamente—, y a dar el mal de pena eterna a los que han obrado en el mundo con iniquidad.

Ahora quiero cumplirte lo que yo, la Verdad, te prometí, es decir, mostrarte a los que caminan imperfectamente, a los que lo hacen perfectamente y a otros que lo hacen con una perfección especialísima. Te enseñaré la manera como caminan. Finalmente, a los malos, los que se ahogan en el río de su maldad y llegan a horrorosos tormentos.

A vosotros, hijos queridísimos míos, os amonesto a que os mantengáis sobre este puente y no debajo de él. El de abajo no es camino de verdad, sino de engaño, adonde van los pecadores malvados. Por eso os ruego que oréis. Para ellos os pido de nuevo lágrimas y sudores, a fin de que reciban misericordia de mí.—

ELOGIO DE LA MISERICORDIA

30 [Esta alma, maravillándose de la misericordia de Dios, enumera los abundantes dones y gracias concedidos por ella al género humano.]

Entonces aquel alma, como si estuviera ebria, no podía tenerse en pie; pero, estando en la presencia de Dios, dijo:

—¡Oh misericordia eterna, que ocultas los defectos de tus criaturas! No me maravillo que digas a los que se

apartan del pecado y vuelven a ti: «No me acordaré de que alguna vez me has ofendido» [1]. ¡Oh misericordia inefable! No me maravillo que digas esto a los que salen del pecado, cuando dices de los que te persiguen: «Quiero que oréis por ellos, para que yo les otorgue misericordia».

¡Oh misericordia, que procede de tu divinidad, Padre eterno, y que gobierna con tu poder el mundo entero!

En tu misericordia fuimos creados, en tu misericordia fuimos creados de nuevo por la sangre de tu Hijo; tu misericordia nos conserva; tu misericordia hizo que tu Hijo usara sus brazos en el madero de la cruz para la lucha de la muerte con la vida y de la vida con la muerte [2]. Entonces la vida se liberó de la muerte de nuestra culpa y de la muerte, secuela de la culpa. Quitó la vida corporal al Cordero inmaculado. ¿Quién quedó vencido? La muerte. ¿Cuál fue la causa de ello? Tu misericordia da vida, da luz para conocer tu clemencia para con toda criatura: con los justos y con los pecadores. En las alturas del cielo brilla tu misericordia, esto es, en tus santos. Si fijo mi mirada en la tierra, la veo rebosar de tu misericordia. En las tinieblas del infierno brilla tu misericordia al no imponer a los condenados tantas penas como se merecen.

Con tu misericordia mitigas la justicia; por ella nos has purificado en la sangre; por misericordia quisiste trato con las criaturas. ¡Oh loco de amor! ¿No te contentaste con tomar la carne humana, que hasta quisiste morir? ¿No fue suficiente la muerte, que hasta bajaste al infierno, liberando a los santos padres para cumplir la verdad y misericordia con ellos? Como tu bondad prometió el bien a todos los que te sirven, por eso bajaste al limbo para liberar de las penas a quienes te habían servido y para darles el fruto de sus trabajos.

Veo que la misericordia te obliga a dar aún más al hombre, o sea, quedándote como comida, para que nosotros, débiles, tuviéramos alimento, y para que los ignorantes, desmemoriados, no perdieran el recuerdo de tus beneficios. Por esto se lo das al hombre todos los

[1] Ez 18,21-22.
[2] Catalina habla en una carta de un gran torneo o lucha.

días, haciéndote presente en el sacramento del altar, dentro del cuerpo místico de la santa Iglesia. ¿Quién ha sido la causa de esto? Tu misericordia.

¡Oh misericordia! El corazón se sofoca pensando en ti, pues dondequiera que intente fijar mi pensamiento no encuentro más que misericordia. ¡Oh Padre eterno!, perdona mi ignorancia, pero el amor a tu misericordia me excusa ante tu benevolencia.—

LOS QUE VAN POR EL RIO

[Arboles de muerte con frutos de muerte: lujuria - avaricia - injusticia - juicios falsos - ceguera del que no se cuida de la propia dignidad - tormentos de los condenados - quiénes han ido por el río y quiénes por el puente - la resurrección.]

31 [Indignidad de los que van por el río, bajo el puente.—Al alma que va por debajo la llama Dios árbol de muerte. Sus raíces están principalmente en cuatro vicios.]

Después de haber expansionado aquel alma un poco su corazón con las palabras sobre la misericordia [1], esperaba humildemente que le fuera cumplida la promesa.

Dios tomó nuevamente la palabra y dijo:

—Hija queridísima, has apelado a mi misericordia ante mi presencia, porque te la di a probar y entender por mis palabras al decirte: «Estos son aquellos por los que os pido que oréis»; pero ten por cierto que, sin comparación, es mayor mi misericordia para con vosotros de lo que puedes comprender. Como tu comprensión es imperfecta y finita, y mi misericordia es perfecta e infinita, la comparación que se puede establecer no es sino entre lo finito y lo infinito.

He querido que saboreases esta misericordia y la dignidad del hombre para que conozcas mejor la crueldad y la indignidad de los pecadores, que van por el camino de abajo. Abre los ojos de tu inteligencia y mira a los que voluntariamente se ahogan y con cuánta indignidad han caído por sus pecados.

[1] Is 60,5 y Sal 118,32.

Primeramente cayeron enfermos. Sucedió que, cuando concibieron el pecado mortal en sus mentes, lo llevaron después a la práctica y perdieron la vida de la gracia.

Como el muerto, que no puede emprender movimiento alguno ni por sí mismo se mueve, sino por otro, así éstos, ahogados en el río del amor desordenado del mundo, se encontraron muertos a la gracia. Por estar muertos, la memoria no ha conservado el recuerdo de mi misericordia, los ojos del entendimiento no vieron ni conocieron la verdad, es decir, su entendimiento no tuvo ante sí más que a sí mismos y el amor a sus propios sentidos. Por esto, su voluntad se encontró muerta a mi voluntad y no amó más que cosas muertas.

Al hallarse muertas las tres potencias, todas sus obras, temporales y espirituales, están muertas en cuanto a la gracia, y ya no se pueden defender de sus enemigos ni socorrerse a sí mismos sino en cuanto son ayudados por mí. Es cierto que cada vez que uno se halla muerto y me pide ayuda, puede obtenerla; pero nunca por sí mismo mientras está en el cuerpo, en el cual no ha quedado más que la libertad.

Se ha hecho insoportable a sí mismo, y, queriendo dominar al mundo, es dominado por lo que es negativo, es decir, por el pecado. El pecado es la nada, y ellos se hacen sus esclavos.

Yo les hice árboles de amor por la vida de la gracia que recibieron en el santo bautismo, y ellos se han convertido en árboles de muerte, porque se hallan muertos.

¿Sabes dónde tiene sus raíces este árbol? En el engreimiento de la soberbia, a la que alimenta el mismo amor propio sensitivo. Su médula es la impaciencia, y su hija, la indiscreción. Estos son los cuatro vicios principales que del todo matan al alma de aquellos que dije que eran árbol de muerte, porque han quitado de él la vida de la gracia.

Dentro de este árbol se alimenta el gusano de la conciencia, el cual, mientras el hombre vive en pecado mortal, está cegado por el amor propio, y, por tanto, no se le siente mucho. Los frutos de este árbol son mortales, porque su jugo ha salido de la raíz de la soberbia. La miserable alma se encuentra llena de ingratitud, de

donde procede todo mal. Si fuese agradecida a los beneficios recibidos, me conocería, y, al conocerme, se conocería a sí misma y permanecería en mi amor. Pero ella, como ciega, se va apegando más al río y no ve que el agua no espera por ella.

32 [Los frutos de este árbol son tan variados como los pecados.—El pecado de la carne.]

Los frutos de este árbol son tan variados como lo son los pecados. Algunas personas no ven que son frutos propios para animales: son los que viven en la inmundicia, haciendo con su carne y con su espíritu lo que el puerco, que se revuelca en el lodo de la carnalidad. Es tal su miseria, que ni los soporto yo, suma Pureza, ni los demonios, de quienes se han hecho tan amigos y esclavos, que no pueden ver cometer tanta inmundicia. ¡Oh alma embrutecida! ¿Dónde has dejado tu dignidad? ¡Eras hermana de los ángeles, y te has convertido en una bestia!

No hay pecado tan abominable y que prive al hombre tanto de la luz del entendimiento como éste. Esto lo comprendieron los filósofos no por la luz de la gracia, que no tenían, sino que la naturaleza les iluminó, es decir, les decía que este pecado vuelve ciego al entendimiento. Por eso guardaban continencia, para dedicarse mejor al estudio, y hasta echaban de sí las riquezas, para que la preocupación por ellas no les llenase el corazón. No obra así el falso cristiano, ignorante, que ha perdido la gracia por su culpa.

33 [El fruto de algunos es la avaricia.—Males que de ella proceden.]

Hay otros cuyo fruto es terreno. Son los codiciosos y avaros, que hacen como el topo, que se alimenta de tierra hasta la muerte, y, llegada ésta, ya no tienen remedio. Por la avaricia desprecian mi generosidad, vendiendo su tiempo al prójimo. Así son los usureros, que se convierten en crueles y ladrones del prójimo, y que, cuando deben tener misericordia, no se acuerdan de mi

misericordia. Si la tuviesen consigo mismos, no serían crueles ni consigo ni con el prójimo, antes bien usarían de piedad y misericordia en su provecho, practicando la virtud en su vida, y en el prójimo, atendiéndole caritativamente.

¡Cuántos males vienen por este maldito pecado! ¡Cuántos homicidios, hurtos, rapiñas, junto con ganancias ilícitas y crueldad de corazón e injusticia con el prójimo! La avaricia mata al alma y la hace convertirse en esclava de las riquezas, por lo que no se preocupa de guardar los mandamientos de Dios. No aman a nadie, sino a su propia utilidad.

Este vicio procede de la soberbia y la alimenta. Lo uno procede de lo otro, porque lleva siempre consigo la propia reputación, de modo que bien pronto se pasa al otro vicio, y así va de mal en peor, a causa de la miserable soberbia, que está llena de apariencias. Es un fuego que siempre produce humo de vanagloria y vanidad de corazón, presumiendo de lo que no es suyo. Es raíz de la que salen muchas ramas. La principal es la propia reputación, de donde se sigue el querer ser más que el prójimo. Hace engañoso el corazón; no sincero ni liberal, sino con doblez, pues manifiesta una cosa con la lengua y otra tiene en el corazón. Oculta la verdad y dice mentiras por utilidad propia. Engendra la envidia, que es un gusano que roe sin cesar y no le deja gozar su bien ni el de los demás. ¿Cómo estos malvados, que se hallan en tanta miseria, van a dar sus bienes a los pobres, si ellos mismos se los quitan a otros? ¿Cómo sacarán su alma asquerosa de la inmundicia en que ellos la han metido? Algunas veces son tan animales, que no miran por sus hijos y parientes, sino que son causa de que se encuentren en mucha infelicidad. A pesar de todo, mi misericordia los sufre, y no mando a la tierra que los trague para que se conviertan de sus pecados.

¿Cómo darán la vida por la salvación de las almas, si no dan sus bienes? ¿Cómo darán amor, si se comen de envidia?

¡Oh miserables vicios, que convierten en tierra el cielo del alma! La llamo «cielo»; es cielo donde yo habito por la gracia, ocultándome dentro de ella y haciéndola mi mansión por afecto de amor. Pero se ha marchado de

mí como una adúltera, amándose a sí misma, a las criaturas y a las cosas creadas más que a mí. Hasta se ha hecho «dios», y me persigue con muchos y diversos pecados. Todo esto porque no piensa en el beneficio de la sangre derramada con tanto fuego de amor.

34 [La injusticia es el fruto de algunos que tienen mando.]

Hay otros que llevan su cabeza muy erguida porque tienen mando. En ella llevan la bandera de la injusticia; injusticia que cometen al obrar contra Dios y contra el prójimo, a la vez que contra sí mismos.

Contra sí, porque no pagan la deuda de la virtud, y contra mí, porque no me pagan la de darme honor, dando gloria y honor a mi nombre, como están obligados. Al contrario, como ladrones, roban lo que es mío y se lo dan a la esclava de sus propios sentidos. De modo que éstos cometen injusticia contra mí y contra ellos mismos, como ciegos e ignorantes, no conociéndome a mí ni a sí mismos.

Esto lo hacen por amor propio, como los judíos y ministros de la ley, que se cegaron por la envidia y el amor propio, y por ello no reconocieron la verdad de mi Hijo unigénito, ni cumplieron el deber de reconocer la Vida eterna que se hallaba entre ellos, como lo expresó mi Verdad al decir: «El reino de Dios está entre vosotros» [1]. Pero ellos no lo conocieron. ¿Por qué? Porque, por el modo dicho, habían perdido la luz de la razón y no me pagan la deuda de honor y gloria, ni a mí ni a mi Hijo, que es una cosa conmigo. Por eso, como ciegos, cometieron la injusticia, persiguiéndolo con muchos oprobios, hasta la muerte en la cruz.

Estos cometen injusticia contra mí, contra sí y contra el prójimo. Revenden injustamente la carne de sus súbditos y a cualquier otra persona que les venga a mano.

35 [Por estos y otros vicios se llega al juicio falso.—Indignidad en que se cae por ello.]

Por este y otros defectos caen en falsa interpretación, como luego te explicaré extensamente. Se escandalizan

[1] Lc 17,21.

siempre de mis obras, que son todas justas y en realidad están hechas todas por amor y misericordia.

Con esta falsa interpretación, con el veneno de la envidia y la soberbia, fueron injustamente calumniadas las acciones de mi Hijo con mentiras al decir: «Las hace en virtud de Belzebú» [1]. Así, aquellos malvados, basados en el amor propio, en la inmundicia, en la soberbia, la avaricia y la envidia, fundados en perversa discreción, por la impaciencia y otros muchos pecados que cometen, se escandalizan siempre de mí y de mis servidores, juzgando que éstos practican la virtud por hipocresía. Porque su corazón está podrido y tienen estragado el paladar, ya que las cosas buenas les parecen malas, mientras que les parece bien un vivir desordenado.

¡Oh humana ceguera! Tú no consideras tu propia dignidad. De grande, te has hecho pequeño; de señor, convertido en esclavo del peor señor que se puede tener, pues te has convertido en siervo y esclavo del pecado, y te conviertes en aquello a que sirves, el pecado. Este es la nada, y por ello te conviertes en nada. Así, quitada la vida, se os da la muerte.

La vida y señorío os fue dada por el Verbo de mi Hijo unigénito, glorioso puente; siendo siervos del demonio, os arrancó de su servidumbre. Hice al Hijo esclavo para libraros de la esclavitud y le puse bajo obediencia para terminar con la desobediencia de Adán, humillándose hasta la afrentosa muerte en la cruz para confundir la soberbia. Destruyó los vicios con su muerte para que nadie pudiese decir: «Tal pecado quedó sin ser castigado, machacado por el sufrimiento», como te dije al explicar que del cuerpo de Cristo había hecho yunque. Se han puesto todos los medios para salvar a los hombres de la muerte eterna, y ellos desprecian la sangre y la han pisoteado con los pies de sus desordenados afectos.

Esta es la injusticia y falsa interpretación de la que es acusado el mundo, y lo será también en el último día del juicio. Esto quiso significar mi Verdad cuando dijo: «Enviaré al Paráclito, que acusará al mundo por la injusticia y el falso juicio» [2]. Fue acusado cuando envié el Espíritu Santo sobre los apóstoles.

[1] Mt 12,24.
[2] Jn 16,8.

36 [Sobre la palabra de Cristo: «Enviaré al Paráclito, que acusará al mundo de injusticia y juicio falso».—Una de estas acusaciones es constante.]

Existen tres reproches o admoniciones. Una tuvo efecto cuando vino el Espíritu Santo sobre los discípulos. Ellos, fortalecidos con mi poder, fueron iluminados con la sabiduría de mi amado Hijo. Todo lo recibieron con plenitud del Espíritu Santo. Entonces, El, que es uno conmigo y con mi Hijo, reprochó al mundo por boca de los discípulos con la doctrina de mi Verdad. Ellos, y todos los que han seguido en la verdad y la han anunciado, reprendieron al mundo.

Esta es la continua admonición que hago al mundo por boca de la Sagrada Escritura y de mis servidores, poniéndose el Espíritu Santo en sus lenguas para que anuncien la verdad; como el demonio se pone en la boca de sus servidores, es decir, de los que pasan el río en su maldad.

Esta es la dulce reprensión incesante, hecha con grandísimo afecto de amor por la salvación de las almas. Luego no pueden decir: «No tuve quién me lo advirtiese», porque se les ha presentado ya la verdad al mostrarles el vicio, y la virtud, al hacerles ver el fruto de la virtud y el daño del pecado, a fin de procurarles amor y santo temor, con aborrecimiento del pecado y amor a la virtud. Ya no se les enseña esta doctrina y verdad por medio de un ángel, para que no puedan decir: «El ángel es espíritu bienaventurado, y no siente las tentaciones de la carne ni el peso del cuerpo como nosotros». Se ha eliminado esta excusa y no la pueden alegar, porque esta doctrina les ha sido comunicada por mi Verdad, el Verbo hecho carne en vuestra carne mortal.

¿Quiénes son los que han seguido al Verbo? Criaturas mortales y pasibles como vosotros, en lucha de la carne contra el espíritu, como la tuvo mi glorioso pregonero Pablo y otros muchos santos, que fueron afligidos de una u otra manera. Las pasiones las permití y las permito en las almas para el aumento de la gracia y de la virtud. También ellos nacieron en pecado como vosotros, y se alimentaron de los mismos manjares, y tan Dios soy yo ahora como entonces, y mi poder no ha disminuido

ni puede disminuirse. Por eso puedo, quiero y sé socorrer a los que desean ser ayudados por mí. Desean ser socorridos por mí los que, siguiendo la doctrina de mi Verdad, salen del río y caminan por el puente.

Por tanto, no tienen excusa, pues son avisados y se les muestra la verdad continuamente. Por lo que, si mientras tienen tiempo no se enmiendan, serán condenados en la segunda admonición, que tendrá lugar en el momento de la muerte, cuando mi justicia gritará: «Surgite, mortui, venite ad iudicium!», o sea, tú que te hallas muerto a la gracia y llegas muerto a la muerte corporal, ponte en pie y ven ante el juez supremo con tu falsa justicia, con tu falsa interpretación y con la luz de la fe apagada, la que sacaste encendida del santo bautismo y apagaste con el viento de la soberbia - y de la vanidad del corazón, al que pusiste velas de vientos contrarios a tu salvación; el viento de la propia estimación se alimentó con el velamen del amor propio. Con él corriste por el río de las delicias, honores del mundo; con la voluntad propia, siguiendo la carne perecedera y las incitaciones y tentaciones del demonio. El amor propio, con las velas de tu propia voluntad, te ha llevado por el camino de abajo, que es río torrentoso, y en su compañía has sido conducido a la condenación eterna.

37 [La segunda acusación es causa de la injusticia y del falso juicio en general y en particular.]

La segunda acusación, carísima hija, es decisiva, hecha en el último momento, cuando no puede haber remedio, porque ha llegado el fin de la muerte. El gusano de la conciencia de que te hablé había sido hecho ciego por el amor propio, y comienza entonces a ver, y por ello roe, culpándose a sí mismo al considerar que por culpa suya ha llegado a tanta desgracia y que no puede escapar de mis manos.

Esta alma hallaría aún misericordia si tuviese la luz que reconociese y lamentase su culpa no por la pena del infierno que se le sigue, sino porque me ha ofendido a mí, suprema y eterna Bondad.

Pero, si pasa el momento de la muerte sin esa luz, sólo

con el gusano de la conciencia y sin la confianza en la sangre, o con sola compasión de sí misma, doliéndose de su mal más que de la ofensa a mí, irá a la condenación eterna, y entonces es cruelmente acusada por mi justicia a causa de su injusticia y de sus falsas interpretaciones. Se le reprochará no sólo la injusticia y modo de juzgar que ordinariamente ha usado con el mundo en todas sus acciones, sino aún más por las injusticias y modos de juzgar en casos particulares, especialmente en la misma muerte, es decir, por haber creído que es mayor su miseria que mi misericordia [1].

Este es el pecado que no se perdona ni aquí ni allá, pues por menosprecio no ha deseado mi misericordia [2], ya que para mí éste es más grave que todos los demás pecados que haya cometido. Por lo que la desesperación de Judas me desagradó más y fue más grave para mi Hijo que la traición que le hizo. Y así, son recriminados de falso juzgar, por haber considerado mayor su pecado que mi misericordia. Por ello son castigados con los demonios y con ellos eternamente atormentados.

También son acusados de injusticia por dolerse más de su mal que de mi ofensa. Cometen en este caso injusticia, porque no me dan lo que es mío y ellos se atribuyen lo que es suyo. A mí deben darme amor y amargura con contrición de corazón y ofrecérmela por la ofensa cometida. Ellos hacen lo contrario, pues se dan a sí mismos el amor compasivo por el castigo que esperan a causa de sus pecados.

Ves que en esto cometen injusticia, y por eso son castigados a la vez por una y otra causa. Al menospreciar mi misericordia, yo, con toda justicia, les mando con la esclava cruel —la sensualidad— y con el cruel tirano —el demonio—, de quien se hicieron siervos por medio de sus propios sentidos. Son, pues, juntamente castigados, ya que me han ofendido juntos. Digo que serán atormentados por mis agentes los demonios. Mi justicia les han encargado de dar tormento a quienes han obrado mal.

[1] Gén 4,13.
[2] Mt 12,31-32.

38 [Cuatro tormentos principales de los condenados.— A éstos siguen otros, y, de modo especial, la fealdad del demonio.]

Hija, la lengua no es capaz de hablar sobre estas infelices almas y sus penas.

Lo mismo que hay tres pecados principales, esto es, el amor propio de donde procede el segundo, que es la vanagloria, y de ésta el tercero, que es la soberbia con falsa injusticia, crueldad y otras maldades y pecados inmundos que le siguen. Por eso te digo que en el infierno los condenados sufren cuatro tormentos principales, a los que siguen todos los demás.

El primero es verse privados de mí, lo cual les es tan doloroso, que, si les fuera posible, antes que estar libres de las penas y de no verme, elegirían el fuego y atroces tormentos con tal de verme.

Este dolor reaviva uno segundo, que es el dolor producido por el gusano de la conciencia, que constantemente roe, pues por su propia culpa se ven privados de mí y del trato con los ángeles y se hicieron dignos del trato con los demonios y de su visión.

La visión del demonio, que es el tercer tormento, les redobla todos sus sufrimientos. Porque como mis santos se alegran constantemente viéndome, y su alegría se reaviva por el fruto de los trabajos, que han soportado por mí con tanta abundancia de amor y desprecio de sí mismos, así, por el contrario, en estos desgraciados se renuevan los tormentos con la visión de los demonios, pues viéndolos se conocen más a sí mismos, esto es, conocen que por culpa suya son dignos de ellos. Y de este modo el gusano roe más, y nunca cesa de arder el fuego de su conciencia.

Tienen más pena aún, porque ven su propia figura tan horrible, que no la puede imaginar corazón humano. Si te acuerdas bien [1], sabes que, cuando te mostré al demonio en su figura por un breve espacio de tiempo —que apenas fue un momento—, al volver en ti preferías caminar por un camino de fuego que hubiera de

[1] Alusión autobiográfica.

durar hasta el día del juicio antes que verlo de nuevo. A pesar de lo que viste, aún no sabes lo horroroso que es, porque, por justicia divina, al alma que se halla privada de mí le aparece más horrible en conformidad con la gravedad de sus culpas.

El cuarto tormento es el fuego, que arde y nunca se acaba. El alma, por su propio ser, no se puede consumir, por no ser algo material, sino incorpórea. Pero yo, por justicia divina, he permitido que la queme sufriendo, que la aflija y no la consuma. La quema y hace sufrir con penas grandísimas, de modos diversos según la diversidad de los pecados, a unos más y a otros menos en conformidad con la gravedad de la culpa.

De estas cuatro clases de tormentos proceden los demás, con frío, calor, rechinar de dientes. Así reciben la muerte eterna, tan miserablemente, después de las admoniciones que les he hecho en razón de su modo de juzgar y de las injusticias de su vida, por no enmendarse en la primera admonición ni tampoco en la segunda, o sea, la de la muerte, y por no haberse arrepentido de la ofensa hecha a mí, sino sólo de las penas.

39 [La tercera acusación se hará en el día del juicio.]

Me queda por hablarte de la tercera acusación, es decir, la del último día del juicio. Te he hablado de las dos: Ahora, para que veas cómo se engaña el hombre, te hablaré de la tercera, de la del juicio universal. Entonces será reavivada y aumentada la pena en aquella desgraciada alma por causa de la unión del alma con el cuerpo. Tan intolerable acusación le causará confusión y vergüenza.

Sabe que, en el último día del juicio, el Verbo, mi Hijo, cuando llegue, no vendrá como un pobrecillo, como cuando nació, saliendo del vientre de la Virgen, naciendo en un establo entre los animales y muriendo después entre dos ladrones.

Entonces oculté en El mi poder, dejándole sufrir penas y tormentos, como hombre. No es que mi naturaleza divina estuviese separada de la humana, sino que le

dejé padecer como hombre para satisfacer por todos vuestros pecados.

No vendrá así ahora, en este último momento, sino con autoridad, para reprender El mismo en persona; y no habrá criatura alguna que no tiemble. Dará a cada uno su merecido [1].

En los infelices condenados, su presencia producirá tanto tormento y terror, que ninguna lengua será capaz de contarlo. En los justos producirá temor reverencial, junto con gran alegría. No es que se le cambie la cara, pues es inmutable, por ser uno conmigo. Es también inmutable desde que tiene la gloria de la resurrección, según la naturaleza divina e igualmente según la naturaleza humana. A los ojos del condenado, sin embargo, le aparecerá con aquella mirada terrible y tenebrosa, la que tiene el mismo condenado en sí mismo. Así llegará.

Como el ojo enfermo, que de por sí ve bien, no percibe más que tinieblas, y el ojo sano ve la luz —esto no porque la luz sea distinta para el ciego que para el sano, sino por defecto del ojo que está enfermo [2], así los condenados le ven en tinieblas, en confusión y en odio; no por defecto de mi divina Majestad, con la que vendré a juzgar al mundo, sino por defecto de ellos.

40 [Los condenados no pueden desear bien alguno.]

Es tanto el odio que tienen, que no pueden desear bien alguno, y continuamente blasfeman de mí. ¿Sabes por qué no pueden desear el bien? Acabada la vida del hombre queda presa su libertad, por lo que no pueden merecer una vez que se les ha pasado el tiempo.

Si mueren en odio, con culpa de pecado mortal, en razón de la justicia divina, permanece el alma atada para siempre con el lazo del odio, obstinada para siempre en el mal en que se halla, recomiéndose a sí misma. Se le acrecientan las penas continuamente por algún pecado particular que ha sido la causa de su condenación. Así os lo enseñó aquel rico condenado cuando pedía la

[1] Mt 24,30.
[2] Oficio de la fiesta de San Agustín.

gracia de que Lázaro fuese a sus hermanos, que habían quedado en el mundo, para que les anunciara lo que él sufría. Esto no lo hacía por caridad, pues estaba privado de ella y no podía desear el bien; ni por honrarme ni por su salvación, puesto que, como te he dicho, no pueden hacer bien al prójimo y me maldicen y él había terminado su vida odiándome a mí y a la virtud.

Entonces, ¿por qué lo hacía? Porque había sido el mayor de los hermanos y les había alimentado en las miserias en que él mismo había vivido, de modo que sería él la causa de la condenación de ellos. Veía que por ello se le aumentaría la pena cuando ellos se le unieran en los tormentos, y en ella se roerían con odio, pues en ella terminarían sus vidas.

41 [La gloria de los bienaventurados.]

De modo semejante, el alma justa, que termina la vida en afecto de caridad y unida al amor, tampoco puede crecer en virtud terminada su vida. Puede, sin embargo, amar siempre con la misma dilección con que camina hacia mí, y será premiada en proporción a ella. Siempre me desea y siempre me posee, por lo que su deseo no es inútil, sino que, teniendo hambre, es saciada. Esta hartura le produce más hambre, y está lejos del tedio que produce la saciedad, y también del sufrimiento que causa el hambre.

Gozan, en amor, eternamente de mi presencia. Del bien que yo poseo les hago partícipes, a cada uno según proporción; es decir, que con la medida del amor con que ellos han llegado a mí, con la misma reparto yo. Por haber permanecido en mi caridad y en la del prójimo, unidos juntamente por la caridad general y la particular, se gozan y alegran, participando uno del otro por el afecto de la caridad, además de la felicidad universal que todos disfrutan en común. Gozan y se alegran con los ángeles, entre los que se encuentran los santos, según las diversas y variadas virtudes que practicaron de modo especial en el mundo. Estando unidos todos por el lazo de la caridad, tienen una participación especial con aquellos que se amaron en el mundo con singular

amor, y por cuyo amor crecían en gracia con aumento de la virtud. Lo uno era causa de lo otro, además de manifestar la gloria y alabanza de mi nombre en ellos y el prójimo. De modo que luego, en la vida que siempre dura, no pierden el amor, sino que, por el contrario, participan de él más íntimamente y con mayor abundancia unos de otros, añadiéndoles a esto el bien de la felicidad general.

No quisiera, sin embargo, que creyeras que la felicidad particular que te he dicho que poseen la tienen únicamente por ellos. No es así, sino que es participada por todos los bienaventurados ciudadanos del cielo, por mis amados hijos y por los ángeles. Así, cuando el alma alcanza la vida eterna, todos participan de ella, y ella del bien de los demás. No es que la capacidad receptiva de esa alma y de las demás pueda acrecentar ni que tenga precisión de llenarse, sino que se halla llena, y por eso no puede aumentar. Goza de satisfacción, júbilo y alegría, que reavivan al saber ellos que se han encontrado con aquella alma. Ven que por mi misericordia ha sido elevada a la plenitud de la gracia, y se alegran conmigo por el bien que ella ha recibido de mi bondad.

Esa alma goza en mí, en las almas y en los espíritus bienaventurados al ver y experimentar en ellos la dulzura de mi caridad, y sus deseos claman a mí por la salvación del mundo entero. Su vida, que terminó en la caridad con el prójimo, no la ha perdido, sino que con la caridad pasó por la puerta de mi Hijo unigénito [1], como después te diré. Ves, por tanto, que por toda la eternidad permanecen con el mismo lazo de amor con que terminó su existencia en la tierra.

Se hallan tan identificados con mi voluntad, que no pueden querer sino lo que yo quiero, porque su libertad está tan atada por el lazo de la caridad, que, llegándole el fin, si muere en estado de gracia, no puede pecar más. Tan unidas están su voluntad y la mía, que, si ve al padre, a la madre o a su hijo en el infierno, o su hijo a la madre, no les da cuidado, y hasta están contentos de verles castigados por ser enemigos míos. Sin discrepar de mí, sus deseos se hallan cumplidos.

[1] Jn 10,7-9.

El deseo de los bienaventurados es ver mi honor en vosotros, caminantes, peregrinos, que sin cesar os acercáis a la muerte. Al desear el honor, desean vuestra salvación, y por eso ruegan por vosotros. Por mi parte, este deseo se halla cumplido si vosotros no resistís, como ignorantes, a mi misericordia.

Las almas tienden a volver a poseer su cuerpo [2], pero no sufren al no tenerlo en aquel momento. Gozan saboreando la certeza de que su deseo les será plenamente satisfecho. No sufren, porque el no tenerlo no les priva de la felicidad, y por eso no tienen pena.

No pienses que la bienaventuranza del cuerpo, después de la resurrección, ha de proporcionar mayor felicidad al alma. Si así fuese, se seguiría que la bienaventuranza sería imperfecta hasta que el alma se hallase unida a él. Esto no puede darse, pues a los bienaventurados no les falta perfección alguna. No es el cuerpo el que da la felicidad al alma, sino que ésta se la dará al cuerpo. Ella le dará de su abundancia cuando en el último día del juicio vuelva a vestir la vestidura de la misma carne que abandonó.

Como el alma ha sido creada inmortal, firme y asentada en mí, así el cuerpo, por la nueva unión, se hará inmortal, y, perdida la gravedad, se hará sutil y ligero.

Ten en cuenta que el cuerpo glorificado puede atravesar una pared y que ni el fuego ni el agua le pueden molestar, no por sí mismo, sino por su unión con el alma. Esta facultad proviene de mí, dada gratuitamente por el inenarrable amor con que lo he creado a imagen y semejanza mías.

Ni tu entendimiento puede comprender, ni tu oído oír, ni tu lengua narrar, ni tu corazón pensar esa felicidad.

¡Cuánto gozo experimentan viéndome a mí, que soy la felicidad completa! ¡Qué dicha sentirán cuando tengan el cuerpo glorioso! No sufren porque no pueden poseer este bien hasta el juicio universal, pues no les falta la bienaventuranza, ya que el alma se halla llena en sí misma. De esta plenitud, como te he dicho, participará el cuerpo.

[2] Mt 25,14-30.

Te he hablado del bien que tendrá el cuerpo glorificado en la humanidad glorificada de mi Hijo unigénito. El os da la seguridad de vuestra resurrección. En ella rebosan de alegría sus llagas frescas, conservadas aún las cicatrices en su cuerpo, que por vosotros imploran sin cesar misericordia a mí, supremo y eterno Padre. Todo se hallará de acuerdo con El en gozo y alegría: el ojo con el ojo, la mano con la mano; todos os asemejaréis en todo al cuerpo del dulce Verbo, mi Hijo. Permaneciendo en mí, permaneceréis en El, porque es uno conmigo. Los ojos de vuestro cuerpo, como te he dicho, se alegrarán en la humanidad glorificada del Verbo, mi Hijo unigénito.

¿Por qué esto? Porque su vida termina en honor de mi caridad; por eso dura eternamente. No es que puedan realizar buenas obras, pero se gozan en lo que han sufrido; es decir, no pueden realizar un acto meritorio, ya que sólo en esta vida se merece y se peca, según place a la propia voluntad por el libre albedrío.

Estos no esperan el juicio divino con temor, sino con alegría; la cara de Dios no les parecerá llena de ira, porque han muerto en mi caridad y dilección y con benevolencia para con el prójimo.

Ves, por tanto, que la mutación en el semblante no se efectuará en El cuando venga a juzgar con mi Majestad, sino en los que han de ser juzgados. A los condenados les aparecerá con odio y justicia; a los salvados, con amor y misericordia.

42 [Después del juicio general, la pena de los condenados será mayor.]

Te he hablado de la gloria de los justos para que conozcas mejor la miseria de los condenados. Este es otro de los suplicios: ver la felicidad de los justos. Esta visión les sirve para acrecentar sus penas, como a los justos la condenación de los pecadores les sirve para alegrarse a causa de mi bondad, porque mejor se conoce la luz contrastándola con la oscuridad, y ésta comparándola con la luz. De modo que la visión de los bienaventurados les causará tormento. Esperan con dolor el último día del juicio, previendo que a él se seguirá aumento de penas.

Así sucederá, pues, cuando se les diga aquella frase terrible: «Surgite, mortui, venite ad iudicium!», y vuelva el alma al cuerpo. Este será glorificado en los justos, y en los condenados, eternamente atormentado. Recibirán éstos gran vergüenza y afrenta en presencia de mi Verdad y de todos los bienaventurados. El gusano de la conciencia roerá entonces la médula del árbol, o sea, del alma, y también su corteza, es decir, el cuerpo.

Les será reprochada la sangre que les sirvió de pago, así como los actos de misericordia que tuve con ellos por mediación de mi Hijo: los espirituales y los temporales, y lo que ellos debieron hacer por el prójimo, tal como se contiene en el santo Evangelio. Serán reprendidos por la crueldad que han tenido con el prójimo por soberbia y amor propio, cuando vean la misericordia que de mí han recibido. La inmundicia y la avaricia harán más viva la reprensión.

En el momento de la muerte es sólo el alma quien recibe la reprensión; mas en el juicio final la recibirá juntamente con el cuerpo, pues él ha sido compañero e instrumento para obrar el bien y el mal, según haya complacido a la propia voluntad.

Toda obra buena o mala se hace mediante el cuerpo; por eso, con toda justicia, hija mía, se da a mis elegidos la gloria y felicidad infinitas, y, juntamente, al cuerpo glorificado, remunerándole por los trabajos que soportó conjuntamente con el alma. Igualmente, a los malvados se les dará la pena eterna en el cuerpo, que les sirvió como instrumento del mal.

Se les renovarán y acrecentarán las penas al tener nuevamente el cuerpo en presencia de mi Hijo. Los sentidos, con su inmundicia, recibirán reprensión al ver su naturaleza, es decir, la humanidad de Cristo unida a la pureza de mi divinidad. Ven ensalzada la masa de Adán, vuestra naturaleza, sobre todos los coros de los ángeles, mientras que ellos, por sus defectos, se encuentran hundidos en lo profundo del infierno.

Ven resplandecer también la generosidad y misericordia en mis bienaventurados, que reciben el fruto de la sangre del Cordero. Ven las penas que han sufrido y cómo todas sirven para ornamento de sus cuerpos, a modo de bordados sobre un paño; esto no por atención

al cuerpo, sino sólo por la plenitud del alma. La plenitud refleja en el exterior, en el cuerpo, el fruto de sus trabajos, como compañero suyo en la práctica de la virtud. Como el espejo refleja la cara del hombre, así en el cuerpo el fruto de las fatigas.

Viendo los que moran en las tinieblas tanta prestancia de que ellos se hallan privados, se les aumentan las penas y confusión, pues en sus cuerpos aparecen las señales de las penas y tormentos como muestras de la maldad que cometieron. De donde, al oír aquella voz terrible: «¡Marchad, malditos, al fuego eterno!» [1], su alma y su cuerpo irán a vivir con los demonios, sin género alguno de consuelo fundado en la esperanza. Se verán envueltos en toda pestilencia de la tierra, cada uno por sí y a su modo, según las diversas maneras con que han realizado sus malas obras: el avaro, con la inmundicia de la avaricia, se verá envuelto, ardiendo en el fuego, con los bienes del mundo que amó desordenadamente; el cruel, envuelto en la crueldad; el inmundo, con la inmundicia y miserable concupiscencia; el injusto, con sus injusticias; el envidioso, con la envidia; el que tuvo odio y rencor al prójimo, con el odio; el que fue desordenado en el amor propio, por ser compañero de la soberbia y principio de todo mal. Todos serán castigados de una manera diferente en el cuerpo y en el alma conjuntamente.

Así, pues, llegan a su fin los que van por el camino de abajo, por el río, sin retroceder para reconocer sus culpas ni para suplicar misericordia. Se acercan a la puerta de la mentira, porque siguieron la doctrina del demonio, que es el padre de la mentira; ésta es su puerta, y por ella llegan a la condenación.

Mis elegidos e hijos míos, que se mantienen en el camino de arriba, o sea, en el puente, siguen y van por el camino de la verdad. Por eso dijo mi Verdad: «Ninguno puede ir al Padre si no es por medio de mí» [2]. El es la puerta y el camino por donde llegan a mí, mar de tranquilidad.

Lo contrario ocurre a los que han ido por el camino

[1] Mt 25,41.
[2] Jn 14,6.

de la mentira, que les proporciona agua putrefacta. A éstos llama el demonio —ciegos y locos, que no advierten, porque han perdido la luz de la fe— con palabras muy semejantes: «Quien tenga sed de agua putrefacta, que venga a mí, que yo se la daré».

ELECCION DEL CAMINO

[*Valor de la prueba - el engaño del placer - el árbol entre espinas - necesidad de los trabajos - fe y falta de fe - las obras - estados de la vida - el temor como primer impulso para una vida buena.*]

43 [Utilidad de las tentaciones.—El alma en la hora de la muerte, antes de ser separada del cuerpo, ve su destino, es decir, la pena o gloria que va a recibir.]

El demonio ha sido designado verdugo de mi justicia para atormentar a las almas que miserablemente me han ofendido. En esta vida lo he puesto para tentar, causando molestias a mis criaturas; no para que sean vencidas, sino para que triunfen y reciban de mí la gloria de la victoria por la manifestación de sus virtudes. Nadie debe temer combate alguno, ni las tentaciones que les vengan del demonio, pues yo os he dado fortaleza con la sangre de mi Hijo. Ni el demonio ni criatura alguna puede cambiar vuestra voluntad, por ser vuestra y dada por mí con el libre albedrío.

Por lo tanto, la podéis seguir y abandonar según os plazca. Es el arma que ponéis en manos del demonio; concretamente, un cuchillo con que os hiere y mata. Pero, si el hombre no pone el cuchillo de su voluntad en manos del demonio, o sea, no consiente sus tentaciones y sugerencias, jamás será herido por la culpa del pecado en tentación alguna, antes bien lo fortalecerán cuando abra los ojos de la inteligencia para contemplar la caridad, la cual permite que seáis tentados sólo para llegar a la virtud y manifestarla [1].

La virtud no se consigue sino por el conocimiento de sí mismo y de mí. Este conocimiento se adquiere con

[1] Tob 12,13.

más perfección en el tiempo de la tentación, porque entonces vemos que el hombre, de por sí, nada es, ya que no puede evitar los trabajos y sugerencias de que desearía escapar. Me conoce por la voluntad, que se halla fortalecida con mi bondad, que no consiente tales pensamientos, y porque ha visto que mi caridad le ayuda, porque el demonio es débil, y por sí mismo no puede sino lo que yo le permito. Yo se las permito por amor o por odio, para que venzáis y no seáis vencidos y para que lleguéis al conocimiento perfecto de mí y de vosotros, a fin de que la virtud quede patente, ya que un contrario puede conocerse mejor por su contrario.

Ves, pues, que los demonios son ministros míos para atormentar en el infierno y para probar y ejercitar la virtud del alma en esta vida.

No es que la intención de ellos sea poner de manifiesto la virtud, pues no poseen la caridad, sino para arrebataros la virtud, lo que no pueden hacer si no queréis.

Ahora comprendes cuánta es la imbecilidad del hombre que se muestra débil en aquello en que yo le he hecho fuerte. El mismo se pone en manos de los demonios. Por eso quiero se sepas que en el momento de la muerte, habiendo puesto los pecadores su vida bajo el señorío del demonio —no forzados, porque no pueden ser obligados, sino voluntariamente—, si llegan a la muerte bajo este perverso dominio, no esperan otro juicio, sino que ellos mismos son los jueces por su conciencia, y, como desesperados, se van a la condenación eterna, con odio se apegan más al infierno, y antes del juicio se condenan ellos mismos y van con sus señores los demonios.

Los justos, que han vivido y mueren en caridad, cuando les llega la muerte, si han vivido en perfección de virtud, iluminados entonces por la luz de la fe, con esperanza completa en la sangre del Cordero, ven el bien que yo les he preparado y lo estrechan con los brazos del amor. Se unen a mí, sumo y eterno Bien, más ardorosamente aún en el momento de la muerte. Y así saborean la vida eterna antes de haber abandonado el cuerpo mortal, o sea, antes de que se hayan separado del cuerpo.

Los que han pasado su vida en caridad común y en

ella llegaron al fin, los que no tuvieron tan gran perfección, abrazan mi misericordia con la misma luz de la fe y esperanza con que tuvieron la perfección; pero es imperfecta. Aunque sean imperfectos, se unen a la misericordia, teniendo por mayor mi misericordia que sus culpas.

Los pecadores hacen lo contrario. Viendo que su lugar es el infierno, se apegan a él, como te he dicho. De modo que ni unos ni otros esperan a ser juzgados, sino que cada uno, al partirse de esta vida, acepta el lugar que le es propio. Lo experimentan y poseen antes de salir del cuerpo en el momento de la muerte: los condenados, con odio y desesperación, y los perfectos, con amor, luz de la fe y esperanza en la sangre; los imperfectos, con la misericordia y con la misma fe, van al lugar del purgatorio.

44 [El demonio engaña siempre a las almas bajo el pretexto del bien.—Los que van por el río, y no por el puente, van engañados.—Queriendo huir de los sufrimientos, caen en ellos. Visión de un árbol que una vez tuvo esta alma.]

Te he dicho que el demonio brinda a los hombres el agua pútrida, a la que él posee por sí mismo, cegándoles con las delicias y honores del mundo. Con el anzuelo del placer los pesca bajo la apariencia de felicidad, pues de otro modo no los podría atrapar, pues no se dejarían si no hallaran algún bien o gozo particular, ya que el alma, por su propia naturaleza, apetece siempre el bien.

Ella, cegada por el amor propio, no concede ni distingue el verdadero bien que es de provecho para el cuerpo y el alma. Por ello, el demonio, como malvado, viéndola cegada por el amor propio sensitivo, le propone diversos y variados pecados. Lo hace con el pretexto de algún provecho y bien. A cada uno lo hace según su estado y según los vicios a que cree que está más inclinado: uno propone al seglar y otro al religioso, uno a los prelados y otro a los señores; a cada uno según los diversos estados en que se encuentran.

Te he dicho esto porque te voy a hablar ahora de los que se ahogan en el río, de los que no tienen considera-

ción alguna con los demás, sino consigo mismos, es decir, se aman a sí mismos con ofensa a mí. De su fin ya te he hablado. Quiero mostrarte cómo se engañan, ya que, queriendo huir de los sufrimientos, caen en ellos. Les parece que seguir, llevar el camino del puente del Verbo de mi Hijo, es un gran trabajo. Por ello se echan atrás, temiendo el sufrimiento. Les ocurre esto porque están ciegos, y no ven ni conocen la verdad al modo que sabes que te mostré al principio de tu vida[1], cuando me rogabas que tuviese misericordia con el mundo sacándolo de las tinieblas del pecado mortal.

Recuerda que entonces me presenté a ti en figura de árbol [1], del que no se veía ni el principio ni el fin, pero sí la raíz, hundida en la tierra de vuestra humanidad. Al pie del árbol, si te acuerdas bien, había algunos espinos. De ese árbol se alejaban todos los que amaban los sentidos. Corrían a un campo de trigo sin grano, en el que se figuran todos los placeres y goces del mundo. Aquel trigal parecía tener grano, pero no era así. Por eso, como viste, muchas almas perecían de hambre. Muchos, al conocer el engaño del mundo, volvían al árbol y pisaban los espinos, es decir, la voluntad propia. Esta voluntad propia es un espino que se encuentra en el camino de la verdad. La conciencia, de un lado, y los sentidos, de otro, se hallan siempre en lucha. Pero en cuanto la voluntad delibera con energía, diciendo con odio y desprecio del pecado: «Quiero seguir a Cristo crucificado», súbitamente se rompe el espino, y se halla una dulzura inestimable, como entonces te mostré; quién más, quién menos, según su arranque y solicitud.

Sabes que entonces te dije: «Yo soy vuestro Dios inmutable, que no cambio; no esquivo a ninguna criatura que quiera venir a mí.

»Les he manifestado la verdad haciéndome visible a ellos, siendo yo invisible; le he enseñado qué es amar algo que no sea yo. Pero ellos, cegados por la nube del amor desordenado, ni me conocen a mí ni a sí mismos. Mira lo equivocados que están, que prefieren el hambre antes que pisar unas espinas.

»No pueden escapar de tener trabajos, pues nadie pasa

[1] Alusión autobiográfica.

esta vida sin cruz, a excepción de los que van por el camino de arriba. No es que ellos vayan sin trabajos, sino que se les convierten en consuelo. Y como por el pecado produjo el mundo espinas y abrojos y surgió este río, mar tempestuoso, por eso os di el puente, para que no os ahogaseis».

Te he manifestado cómo se equivocan con un temor desordenado y cómo soy vuestro Dios, que ni cambio ni hago distinción de personas, si no es teniendo en cuenta su santo deseo. Esto es lo que te he explicado con la alegoría del árbol.

45 [El mundo produce espinas y abrojos a causa del pecado.—A quiénes no hacen daño esas espinas.—Nadie pasa esta vida sin trabajos.]

Ahora quiero enseñarte a quién hacen daño estas espinas que la tierra produjo por el pecado y a quién no. Hasta ahora te he hablado de la condenación, a la vez que de mi bondad, y te he dicho cómo se hallan engañados los hombres por sus propios sentidos. Ahora quiero explicarte cómo únicamente son éstos los que serán heridos por las espinas.

Nadie pasa esta vida sin trabajos corporales o espirituales. Mis servidores soportan los corporales, pero su espíritu está libre, o sea, no se cansan con los trabajos, porque han puesto en consonancia su voluntad con la mía. Es la voluntad la que hace sufrir al hombre. Sufrimientos de espíritu y de cuerpo los tienen esos de que te hablé, los cuales en esta vida gozan las primicias del infierno, mientras que mis servidores saborean las arras de la vida eterna.

¿Sabes cuál es la felicidad específica de los bienaventurados? El tener su voluntad totalmente llena de aquello que desean. Me desean a mí, y con ello me tienen sin obstáculo alguno, pues han alejado de sí la pesantez del cuerpo, que era una ley que luchaba contra el espíritu. El cuerpo era un intermediario que no les permitía conocer perfectamente la verdad ni verme cara a cara.

Después de que el alma se ha liberado de la pesantez del cuerpo, tiene libre su voluntad, y, deseándolo, ella me ve. En esta visión consiste vuestra felicidad. Al ver,

conoce, y, conociendo y amando, disfruta de mí, sumo y eterno Bien; disfrutando sacia y llena su voluntad, es decir, el deseo que tiene de verme y conocerme; deseando y teniendo, desea. Como te dije, la pena se halla lejos del deseo y el hastío, producto de la hartura [1].

Ves, por tanto, que mis servidores encuentran la felicidad especialmente en verme y conocerme. Esta visión y conocimiento satisface su voluntad de tener lo que desean, y así quedan saciados. Por eso te dije que, en concreto, gustar la vida eterna es poseer lo que la voluntad desea. Ten en cuenta que el alma se sacia viéndome y conociéndome. En esta vida experimenta las arras de la vida eterna cuando gusta lo que te he dicho que la sacia.

¿Cómo posee esas primicias de la vida eterna? Te lo voy a decir: viendo mi bondad en sí misma y conociendo mi verdad. Este conocimiento lo tiene el entendimiento al estar iluminado por la fe, que es el ojo del alma. Este ojo posee la pupila de la santísima fe, y le permite distinguir, conocer y seguir el camino y la doctrina de mi Verdad, del Verbo hecho carne. Sin esta pupila de la fe no verá sino como el hombre que tiene la figura de un ojo, pero que lo tiene tapado con un paño, que impide que el ojo vea. Lo mismo ocurre con el ojo del entendimiento. Su pupila es la fe, y no ve cuando delante de sí tiene colocado el paño de la infidelidad, que procede del amor a sí mismo; tiene forma de ojo, pero no da luz, porque el paño se la ha quitado.

Comprendes, pues, que, viendo, conocen, y, amando, ahogan y pierden la voluntad propia.

Una vez perdida su voluntad, se visten de la mía, que no quiere otra cosa que vuestra santificación. Inmediatamente se dedican a apartar su mirada del camino de abajo, comienzan a subir por el puente y pasan sobre las espinas. Como tienen los pies descalzos de su afecto respecto de mi voluntad, las espinas no les hacen daño. Por ello te dije que sufrían corporal y no espiritualmente, pues está muerta su voluntad sensitiva, la que produce pena y aflige el espíritu de las criaturas. Quitada esta voluntad, está quitada la pena. Todo lo soportan con reve-

[1] Ap 7,16-17.

rencia, teniendo como una gracia el ser atribulados por mi causa, y no desean sino lo que yo deseo.

Si les doy aflicciones por medio de los demonios, permitiéndoles muchas tentaciones, es para probarlos en la virtud. Ellos resisten con la voluntad, que es fortalecida por mí; se humillan y juzgan indignos de la paz y quietud del espíritu, y así quedan con alegría y conocimiento de sí mismos, sin pena que los aflija.

Si les vienen las tribulaciones de los hombres o de enfermedad, pobreza, reveses de fortuna, privación de hijos o de otras criaturas muy amadas —que son espinas que produce la tierra por el pecado—, las soportan con la luz de la razón y de la santa fe, con la mirada puesta en mí, que soy suprema Bondad y no quiero sino el bien. Para bien suyo se las concedo; por amor y no por odio.

En cuanto han conocido el amor en mí y se miran a sí mismos, comprenden sus defectos y ven con la luz de la fe que el bien debe ser remunerado y el pecado castigado. Entienden que el pecado más pequeño merecería pena infinita, porque se ha cometido contra el infinito bien, y se acogen a la gracia de que yo los castigue en esta vida, en este tiempo finito. Así, y juntamente con la contrición de corazón, borran el pecado y merecen con perfecta paciencia, y sus trabajos son premiados con un bien infinito.

Conocen seguidamente que todo trabajo, por la brevedad de esta vida, es pequeño: el tiempo no es mayor que la punta de una aguja, y, terminado y pasado el sufrimiento, se ve lo pequeño que es. Sufren, pues, con paciencia y pasan por las espinas presentes sin afectarles al espíritu, porque se hallan lejos en cuanto a amor sensitivo y están en mí por afecto de amor.

Por esto es cierto que gustan la vida eterna, recibiendo las primicias de ella en esta vida. Si están en el agua, no se mojan, y, si pisan las espinas, no se punzan, porque me han conocido a mí, Bien supremo. Han buscado el bien allí donde se encuentra, es decir, en el Verbo de mi Hijo unigénito.

46 [Males que proceden de la ceguera del entendimiento. Las obras buenas, no hechas en estado de gracia, carecen de valor para la vida eterna.]

Te he dicho esto para que entiendas mejor cómo gustan las primicias del infierno aquellos de cuyo engaño te hablé.

Ahora te voy a explicar de dónde procede el embaucamiento y por qué han cegado los ojos del entendimiento con la falta, que tiene su origen en el amor propio.

Lo mismo que toda verdad se adquiere por la luz de la fe, así se incurre en la mentira y engaño por carencia de fe. Hablo de carencia de ella en los que la han recibido en el santo bautismo, en el cual se dio la pupila de la fe a la inteligencia. Llegado el uso de la razón, si se ejercitan en la virtud, conservan la luz de la fe, y nacen en ellos las virtudes vivas haciendo bien al prójimo; como la mujer que da a luz al hijo vivo y vivo se lo entrega a su esposo, así éstos me ofrecen virtudes vivas a mí, Esposo del alma.

Lo contrario hacen esos miserables que, llegado el tiempo de la discreción, cuando deben ejercitar la luz de la fe y dar a luz las virtudes con la vida de la gracia, las dan a luz muertas. Están muertas, como hechas en pecado mortal, al encontrarse privados de la fe. Ciertamente mantienen la forma del santo bautismo, pero no la luz, al hallarse privados de ella a causa de la nube del pecado cometido por amor propio, que tapa la pupila con que veían.

De los que tienen fe sin obras se dice que tienen muerta su fe. Igual que el muerto no ve, así tampoco el ojo, por estar tapada la pupila. No ven ni reconocen que por sí mismos no existen; tampoco las faltas que han cometido, ni mi bondad, de la que recibió el ser y cualquier gracia recibida con la existencia.

Al no conocerme a mí ni a sí mismos, no odian a sus sentidos, sino que los aman, buscando satisfacer su apetito. Dan a luz hijos que proceden de sus muchos pecados mortales. No me aman, y por ello no aman lo que yo amo, es decir, a su prójimo. No se deleitan haciendo lo que me agrada, esto es, las reales y verdaderas virtu-

des que me agrada ver en vosotros; no para mi provecho, pues no me pueden beneficiar, por ser yo el que soy [1], y nada se hace sin mí, a no ser el pecado, que es la negación. Este priva al alma de todo bien al arrebatarle la gracia. Si me agradan, es por su provecho, para que tenga motivos para recompensaros conmigo mismo, que soy Vida perdurable.

Ya ves que la fe de éstos está muerta, por ser fe sin obras. Sus acciones no les valen para la vida eterna, por no tener la vida de la gracia. Las obras buenas, sin embargo, no deben por ello abandonarse, estén con gracia o sin ella, porque toda obra buena es premiada y toda la que es mala es castigada. Lo bueno que realiza en gracia, sin pecado mortal, tiene valor para la vida eterna; pero lo que se hace en pecado mortal, nada vale para ella, si bien es recompensado de diversas maneras. Por eso algunas veces doy tiempo a los pecadores y pongo en el corazón de mis servidores oraciones constantes, por las que aquéllos salen del pecado y de sus miserias.

Otras veces, al no aceptar ni el tiempo ni las oraciones para prepararlos a la gracia, los he premiado en lo temporal, haciendo con ellos lo que con los animales, a los que se ceba para llevarlos al matadero. Ellos han recalcitrado siempre ante mi bondad, aunque ejecutan algunas obras buenas, si bien no estando en gracia, sino en pecado. En ellas no han querido aceptar ni el tiempo, ni las oraciones, ni otras maneras diversas con que les he llamado. Por eso, al ser reprobados por mí a causa de sus pecados, les pago en bienes temporales, y así se ceban, ya que mi bondad quiere premiar cualquier pequeño servicio que me hayan prestado; pero, si no se corrigen, irán al fuego eterno.

Ves, pues, cómo se hallan equivocados. ¿Quién les ha embaucado? Ellos mismos, porque se han privado de la luz de la fe viva. Van como ciegos, agarrándose a aquello que palpan. Como no ven sino con los ojos ciegos, poniendo su afecto en las cosas transitorias, por eso se engañan y obran como tontos, que ven sólo el oro y no el veneno. Por esta razón entienden que las cosas de este mundo, sus deleites y placeres, se consiguen sin mí

[1] Gén 2,26.

y con el amor propio y desordenado. Tienen la misma figura del escorpión que te mostré al principio, después de la alegoría del árbol, cuando te dije que por delante mostraban el oro y que el veneno lo tenían en la cola, y que no se daba el oro sin el veneno, ni el veneno sin el oro; pero que lo que primero aparecía era el oro [2]. Y ninguno se defendía del veneno, a no ser los que se hallaban iluminados por la luz de la fe.

47 [No se pueden observar los mandamientos sin seguir los consejos.—En cualquier estado en que se halle el alma, si tiene buena voluntad, es agradable a Dios.]

Te hablé de los que con el cuchillo de dos filos, esto es, el odio al vicio y el amor a la virtud, cortaban el veneno de los propios sentidos por mi amor y mantenían y adquirían el oro de las cosas mundanas que deseaban poseer usando la luz de la razón. Pero los que querían llegar a la gran perfección las despreciaban temporal y espiritualmente. Te dije cómo éstos observaban los consejos temporales y espirituales que les ha dado y dejado mi Verdad. Los que poseen son los que guardan mis mandamientos y consejos en su espíritu, pero no en aquel momento.

Como los consejos están unidos a los mandamientos, nadie puede observar éstos sin seguir los consejos; ni de obra ni de pensamiento. Al poseer las riquezas del mundo, deben hacerlo con humildad y no con soberbia, como dadas por mi bondad para vuestro uso, como algo prestado y no propio. Luego tanto tenéis cuanto yo os doy, y tanto poseéis cuanto yo permito, y permito tanto cuanto veo que os ayuda a vuestra salvación. Este es el modo de usarlas.

Si el hombre las usa así, observa el mandamiento de amarme sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo; vive con el corazón desnudo; que las eche de sí por afecto a mí, que no posea sino según mi voluntad. Aunque posea riquezas, practique el consejo por medio del deseo, y así quita el veneno del amor desordenado.

[2] Una clase de escorpiones que tiene su cola de color de oro. Alude aquí a algo escrito en este libro, o en otro lugar, pero que no aparece.

Los que obran de este modo permanecen en la caridad común. Los que guardan los mandamientos y consejos en obra y en espíritu, se hallan en caridad perfecta. Con sencillez verdadera guardan el consejo que mi Verdad, el Verbo hecho carne, dio al joven que le preguntó: «¿Qué podré hacer, Maestro, para tener la vida eterna?» El le contestó: «Guarda los mandamientos de la ley»; y él, respondiendo, dijo: «Los observo»; y El contestó nuevamente: «Bien, si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres» [1].

Entonces, el joven se entristeció por las riquezas, que poseía con demasiado amor. Los perfectos, por el contrario, observan el consejo, abandonando el mundo con todas sus delicias, macerando su cuerpo con la penitencia y vigilias y con humilde oración.

Los que viven en la caridad común, al no elevarse sobre lo temporal, no por ello pierden la vida eterna, porque no están obligados a la renuncia. Pueden poseer las riquezas, si así lo quieren, del modo que te he dicho. No pecan por poseerlas, porque todas las cosas son buenas, perfectas y creadas por mí, que soy Bondad suprema. Han sido creadas para que sirvan a mis criaturas racionales y no para que éstas se hagan siervas y esclavas de las delicias del mundo. Si no aspiran a tan grande perfección, pueden poseerlas; pero no como señores, sino como criados administradores. Deben darme el deseo de amarme y amar y poseer las cosas no como suyas, sino como prestadas.

Yo no hago distinción de personas y de posesiones en el mundo, pero sí tengo en cuenta los santos deseos. En cada estado en que la persona se halle, tenga buena y santa voluntad, y me será grata.

¿Quién ha poseído las riquezas de este modo? Los que han roto violentamente con el veneno de una desordenada afición y las han puesto en orden con amor y temor a mí. Ellos pueden elegir y poseer el estado que quieran y cada uno es apto para alcanzar la vida eterna. Dejemos sentado, sin embargo, que me es más grata la perfección mayor, que consiste en elevarse mental y espiritualmente sobre las cosas del mundo. Quien no se

[1] Mt 19,16-22.

sienta capacitado para alcanzar tal perfección, pues su fragilidad no lo permite, puede permanecer en este estado común de caridad, cada cual según su estado. Esto lo ha dispuesto mi bondad para que ninguno tenga excusa en el pecado, en cualquier estado que sea.

Verdaderamente no tienen disculpa, porque he tolerado excusas y debilidades, hasta el punto de que, si quieren permanecer en el mundo, lo pueden, y también poseer riquezas, y mantener su posición como gobernantes, contraer matrimonio, tener hijos y afanarse por ellos. Pueden permanecer en cualquier estado que deseen, si de veras apartan el veneno de los propios sentidos, que causan la muerte eterna.

Los sentidos son verdaderamente un veneno. Como éste daña al cuerpo, y al fin causa la muerte si el hombre no se ingenia para vomitarlo y tomar una medicina; lo mismo que ocurre con el alacrán de los deleites del mundo. Hablo del veneno de la voluntad pervertida del hombre, no de las cosas temporales, pues ya te he dicho que son buenas y creadas por mí, que soy suma Bondad, y por ello pueden usar de ellas como les plazca, dentro del santo amor y del verdadero temor. Repito que la voluntad pervertida envenena al alma y le causa la muerte si no vomita por medio de la santa confesión, alejando de ella el corazón y el afecto. La confesión es medicina que cura de este veneno, aunque parezca amarga a los sentidos.

¡Mira, pues, qué engañados están! Porque pueden poseer lo terreno y a la vez tenerme a mí; pueden huir de la tristeza y tener alegría y consuelo, y, sin embargo, prefieren el mal bajo la apariencia de bien y se entregan a coger el oro con amor desordenado. Pero como están ciegos, con mucha falta de fe, no reconocen el veneno; se ven emponzoñados y no toman el remedio.

Estos llevan la cruz del demonio, gustando en esta vida las arras del infierno.

48 [Los mundanos no pueden saciarse con lo que poseen. Penas que les proporciona la voluntad aun en esta vida.]

Te dije arriba que sólo la voluntad causa sufrimientos en el hombre, y pues mis servidores están privados de

ella y revestidos de la mía, no sienten trabajos que les aflijan, sino que están saciados al sentirme en sus almas por la gracia. Si no poseyeran, no podrían sentirse saciados aunque fueran dueños de todas las riquezas del mundo, ya que éstas han sido creadas para el hombre y no éste para ellas. Por eso no pueden ser saciados por ellas. Sólo yo los puedo llenar. Pero los miserables, caídos en tanta ceguera, andan siempre hambrientos, nunca se hartan, y desean lo que no pueden conseguir, porque no me aman a mí, que soy quien les puede llenar.

¿Quieres que te diga cómo sufren? Sabes que el amor comporta siempre sufrimiento cuando se pierde aquello con que la criatura se halla identificada. Por amor, éstos se hallan identificados con la tierra de diversos modos; por eso se han convertido en tierra.

Algunos se identifican con las riquezas; otros, con su posición social; otros, con los hijos; unos me pierden por servir a las criaturas, otros hacen de su cuerpo un animal bruto, lleno de inmundicias. Así, de distintas maneras, apetecen la tierra y se alimentan de ella. Quisieran que esos bienes fueran duraderos, y no lo son: pasan como el viento y desaparecen con la muerte, o se ven privados, por disposición mía, de aquello que aman. Entonces sufren una pena horrorosa y con dolor pierden cuanto han poseído con desordenado amor. Si lo hubieran tenido como algo prestado, lo dejarían sin pena. La sufren porque no tienen lo que desean, pues, como te dije, el mundo no les puede llenar; de ahí su sufrimiento.

¡Cuán grandes son las aflicciones a causa del remordimiento de la conciencia! ¡Qué grandes las penas de los que apetecen la venganza! Se recomen sin cesar y se matan al matar a su enemigo; el primer muerto es el que mata con el cuchillo del odio.

¡Qué sufrimiento tan grande tiene el avaro, que aun en lo necesario lleva la avaricia a sus últimas consecuencias! ¡Qué tormento el del envidioso, que se roe el corazón! El gozo del prójimo no le deja gozar a él. De todo lo que ama con los sentidos le vienen sufrimientos, acompañados de numerosos temores. Ha tomado la cruz del demonio, gustando en esta vida las primicias del infierno. Vive alejado de diversos modos; de aquí le viene la muerte eterna.

Estos son los atormentados por abundantes tribulaciones, torturándose a sí mismos con su desordenada voluntad propia. Llevan la cruz en el corazón y en su cuerpo, es decir, que el alma y el cuerpo sufren sin mérito alguno, por no llevar las tribulaciones con paciencia, sino con impaciencia; por haber poseído y adquirido el oro y las delicias del mundo con amor desordenado. Privados de la vida de la gracia y del afecto de la caridad, se han hecho árboles de muerte; por eso todas sus obras son muertas. Entre sufrimientos se van ahogando por el río y se llegan a las aguas pútridas, pasando con odio por la puerta del demonio para recibir la condenación.

Has visto cómo se engañan y con cuántos sufrimientos van al infierno, haciéndose mártires del demonio. Lo que les produce la ceguera es la nube del amor propio, colocada sobre la pupila de la luz de la fe. Has visto también cómo y de dónde vienen las tribulaciones del mundo. Estas hacen daño corporal a mis servidores, que son perseguidos por el mundo, pero no les hacen daño espiritual, por hallarse identificados con mi voluntad. Por eso están contentos en sufrir por mí.

Los servidores del mundo son torturados interior y exteriormente. De modo especial en su interior, por el temor que tienen de perder lo que poseen, y por el amor, al desear lo que no pueden obtener. Los otros sufrimientos que siguen a estos dos, que son los principales, no sería tu lengua capaz de contarlos. Considera, pues, que en esta misma vida tienen los justos mejor partido que los pecadores.

Has visto, por tanto, su camino y su fin.

49 [El temor servil no es suficiente para conseguir la vida eterna.—Ejercitando este temor, se llega a la virtud.]

Ahora te digo que algunos se sienten estimulados por las tribulaciones del mundo. Las doy para que el alma conozca que su fin no está en esta vida y que estas cosas son imperfectas y transitorias y para que me deseen a mí, que soy el fin que deben alcanzar. Algunos comienzan a apartar esa nube que tienen ante los ojos con los

sufrimientos propios actuales y porque prevén los que seguirán como consecuencia del pecado.

Por temor servil empiezan a salir del río y a vomitar el veneno inyectado por el escorpión en forma de oro, que les había mordido desmesuradamente, por lo que se hallaban emponzoñados. Al darse cuenta de ello, comienzan a elevarse y dirigirse a la orilla para agarrarse al puente.

Como caminan sólo movidos por el temor servil, esto no les es suficiente para limpiar la casa de estorbos, para barrer el pecado mortal. Hay que llenar esa casa de virtudes, que se hallan fundadas en el amor y no sólo en el temor. Ellas dan la vida eterna cuando se ponen ambos pies en el primer escalón del puente, o sea, en el afecto del deseo. Esos pies mantienen al alma en el afecto de mi Verdad, de la que he hecho puente.

Este es el primer escalón que hay que subir como te dije al explicarte cómo Cristo había hecho escalera de su propio cuerpo. Bien es verdad que este modo de levantarse los servidores del mundo es casi común, haciéndolo primeramente por temor a las penas. Algunas veces, las tribulaciones del mundo los llevan al cansancio de sí mismos; por eso, el mundo les comienza a desagradar, y si ejercitan ese temor, con la luz de la fe pasarán al amor de las virtudes.

Hay algunos, sin embargo, que caminan con tanta tibieza, que con frecuencia quieren dar la vuelta, después de haber llegado a la orilla, cuando les soplan vientos contrarios, que los sacuden con las olas del mar tempestuoso de esta vida tenebrosa.

Y, si les sopla el viento de la prosperidad sin haber subido al primer escalón por negligencia, es decir, sin llegar al efecto y amor de la virtud, vuelven la mirada atrás, a las delicias, con deleite desordenado.

Si llega el viento de la adversidad, miran también atrás con impaciencia. No han odiado su pecado por la ofensa hecha a mí, sino por el temor a las penas que se han de seguir, motivo por el que se habían levantado de él, votamitándolo. Toda obra virtuosa requiere perseverancia, y, si no existe, no lleva a cabo lo deseado, es decir, alcanzar el fin para el que se comenzó. Sin perseve-

rancia, nunca lo alcanzará. Por ello es precisa la perseverancia.

Te he dicho que se vuelven atrás en conformidad con los diversos impulsos que experimentan en sí mismos a causa de la lucha de los sentidos contra el espíritu; por las criaturas a las que vuelven; por sí mismos, como consecuencia de un amor desordenado, sin tenerme en cuenta a mí; por la impaciencia en las injurias que reciben o por los muchos y variados combates con los demonios, y algunas veces por el desprecio, apartándolos de la confesión, diciendo: «Esto bueno que has comenzado no te vale a causa de tus pecados y faltas». Esto lo hace el demonio, intentando que vuelvan atrás y haciéndoles dejar poco a poco lo emprendido. Otras veces lo hace con deleites, en la confianza de que obtendrán misericordia, diciendo: «¿Para qué quieres fatigarte? Goza esta vida, y al final de ella, arrepintiéndote, recibirás misericordia». De este modo, el demonio les hace perder el temor con que habían comenzado.

Por estas y otras muchas causas, vuelven la vista atrás y no son constantes ni perseverantes. Ocurre así porque la raíz del amor propio no está desarraigada en ellos, y por eso no son perseverantes, sino que reciben la misericordia con presunción y sin ilusión; recibiéndola no como deben, sino ignorantemente. Y, como son presuntuosos, confían en mi misericordia, la cual es constantemente ofendida por ellos.

A ésos les he concedido o les concedo misericordia no para que pequen con ella, sino para que con ella se defiendan de la malicia del demonio y de la desordenada confusión de espíritu. Pero ellos hacen todo lo contrario, pues pecan utilizando la misma misericordia. Esto les ocurre porque no han proseguido la primera conversión, que iniciaron al levantarse por el temor a las penas y al ser combatidos por las espinas de numerosas tribulaciones y por la miseria del pecado mortal. Por lo que la conversión no llega al amor de las virtudes, y por ello no han perseverado.

El alma no puede permanecer inmutable, y por eso, si no avanza, retrasa. Si ellos no progresan en la virtud elevándose sobre la imperfección del temor y uniéndose al amor, es de necesidad que retrocedan.—

DOLOR DE CATALINA POR LA CEGUERA HUMANA

50 [Esta alma tuvo gran amargura por la ceguera de los que se ahogaban en el río.]

Se angustió entonces el alma en su deseo al ver a los hombres ir a la condenación eterna y considerar su imperfección y la de los demás. Se dolía al oír y ver tan gran ceguera en las criaturas, por haber comprendido cuán grande es la bondad de Dios, pues El nada había puesto en el mundo que fuese impedimento para la salvación del hombre en cualquier estado que fuese, sino que todo valía para ejercitar y dar pruebas de virtud, y que, sin embargo, por amor propio y desordenado afecto, a pesar de ello, aún caminaban por el río sin enmendarse.

Muchos de los que se hallaban en el río e iniciaban la subida, se volvían atrás por las razones que había oído de la dulce bondad de Dios, que se había dignado manifestarle. Por eso se hallaba en amargura. Fijando el entendimiento en el eterno Padre, dijo:

—¡Oh amor inestimable!: grande es el engaño de las criaturas. Quisiera que, cuando plazca a tu bondad, me explicases más detalladamente los tres escalones, representados en el cuerpo de tu Hijo unigénito, y el modo que deben emplear esas almas para salir de una vez del abismo y andar por el camino de la verdad y quiénes son los que suben los peldaños.—

LOS TRES ESCALONES FIGURAN LAS TRES POTENCIAS DEL ALMA: LA CARIDAD COMUN

[*Exigencias del amor: unidad de las tres potencias - sentidos, razón y libre albedrío - la perseverancia - Cristo, fuente viva de gracia y perseverancia - en la unión de las tres potencias - la caridad.*]

51 [Los tres escalones figurados en el puente, es decir, en el Hijo de Dios, simbolizan las tres potencias del alma.]

Entonces, mirando la bondad infinita de su misericordia el deseo y el hambre de aquella alma, dijo:

—Queridísima hija, yo no desprecio los santos deseos, sino que los satisfago, y por eso te quiero explicar y manifestar lo que me pides.

Me pides que te explique la alegoría de los tres escalones y que te enseñe el modo de poder salir del río y subir al puente. Supuesto lo dicho arriba, al hablarte del engaño y ceguera de los hombres y cómo en esta vida gustan las primicias del infierno y, como mártires del demonio, reciben la condenación eterna, te hablé del fruto de sus obras y te dije las cosas y modos que debían cumplir. Ahora te las explicaré ampliamente, satisfaciendo tus deseos.

Sabes que todo mal está fundamentado en el amor propio y que este amor tiene una nube que priva de la luz a la razón. Esta tiene en sí la luz de la fe, y no se pierde la luz si no se pierde la fe.

Yo creé el alma a mi imagen y semejanza, dándole memoria, entendimiento y voluntad. El entendimiento es la parte más noble del alma; es movido por el afecto, y el entendimiento, a su vez, alimenta el afecto. La mano del amor, esto es, el afecto, llena la memoria del recuerdo de mí y de los beneficios recibidos. Este recuerdo la hace solícita y no negligente, la hace agradecida y no olvidadiza. De este modo, una potencia acerca a la otra, y así se alimenta el alma en la vida de la gracia.

El alma no puede vivir sin amor. Siempre tiende a amar algo, porque está hecha del amor, pues por amor la creé. Por eso te dije que el afecto mueve la inteligencia, como expresando: «Quiero amar, porque la comida de que me alimento es el amor». La inteligencia entonces, sintiéndose despertar por el afecto, se levanta como diciendo: «Si quieres amar, yo te daré un bien que puedas amar». Y seguidamente se eleva por la consideración de la dignidad del alma y de la indignidad a que por su culpa ha llegado. En la dignidad de su existencia aprecia mi inestimable bondad y caridad eternas por las que crece, y, al ver su miseria, encuentra y experimenta mi misericordia, pues por ella le ha dado tiempo para conocerlas y la he sacado de las tinieblas.

El afecto, pues, se alimenta del amor, abriendo la boca del santo deseo, con la que come el odio y desprecio de los propios sentidos. Condimentada esta comida

con la perfecta paciencia y verdadera humildad, produce un odio santo Engendradas las virtudes, ellas se multiplican perfecta e imperfectamente en la medida en que cada alma ejercita la perfección, como diré más abajo.

Si el afecto sensitivo, por el contrario, se inclina a querer más las cosas sensibles, hacia ese afecto se inclina el ojo del entendimiento y se propone como meta sólo las cosas sensibles, con amor propio, desagrado de la virtud y amor al vicio. A esto sigue la soberbia y la impaciencia. La memoria, en ese caso, no se llena sino con aquello a que la lleva el afecto.

Este amor ha cegado el ojo de tal modo, que no distingue ni ve sino algunos clarores sensibles. Su iluminación es la siguiente: que el entendimiento ve deleite donde no existe y el afecto ama lo que tiene aparencia de bien.

Ya te dije que los deleites del mundo son todos espinas llenas de veneno. Que el entendimiento es engañado al ver; la voluntad, al amar lo que no debe, y la memoria, al recordarlo. El entendimiento hace como el ladrón, que roba lo que no es suyo, y la memoria mantiene el recuerdo continuo de las cosas que se hallan fuera de mí, y de este modo queda el alma privada de la gracia.

Tal es la unión de estas tres potencias del alma, que no puedo ser ofendido por una sin que las otras me ofendan, porque una lleva a la otra al bien o al mal, según place al libre albedrío. Este se halla unido al afecto, y por eso lo inclina, según le place con la luz de la razón o sin ella. Vosotros tenéis la razón unida a mí siempre que la libertad no os separa de mí y os sostenéis durante la lucha que la inclinación perversa mantiene siempre contra el espíritu [1].

Hay, pues, dos partes en vosotros: los sentidos y la razón. Los sentidos son siervos y han sido establecidos para que sirvan al alma, para que con el instrumento del cuerpo manifestéis y ejercitéis las virtudes [2]. El alma es libre, liberada del pecado por la sangre de mi Hijo, y no puede estar bajo dominio alguno si ella no lo quiere

[1] Rom 7,23.
[2] Gál 4,22-23.

consentir con la voluntad, la cual se halla unida al libre albedrío, y éste se hace uno con la voluntad poniéndose de acuerdo con ella. El libre albedrío se halla colocado en medio, entre los sentidos y la razón; puede inclinarse a quien quiera.

Es cierto que si quiere congregar sus potencias en mi nombre con la mano libre del albedrío, entonces todas las acciones se hallan unidas entre sí en la criatura: las espirituales y las temporales. Si el libre albedrío se desliga de los propios sentidos y se une a la razón, entonces yo me coloco en medio de ellos por la gracia. Esta es la realidad. Ya te dije que nadie podía venir a mí sino por mi Hijo, y que por ello había hecho de El un puente con tres escalones. Los tres simbolizan los tres estados del alma, como más abajo te explicaré.

52 [Si las tres potencias del alma no están unidas, no se puede tener perseverancia.—Sin ella, nadie puede alcanzar su fin.]

Te he explicado la alegoría de los tres escalones, en general, por medio de las tres potencias del alma. Son como tres gradas. No se puede subir a una sin la otra para andar por la doctrina y puente de mi Verdad, ni puede el alma tener perseverancia si las tres potencias no se hallan unidas entre sí.

De la perseverancia te hablé arriba, cuando me preguntaste cómo deberían actuar los que quieran salir del río y me pediste te explicase mejor los tres escalones. Te contesté que, sin la perseverancia, ninguno alcanzaba su meta.

Dos son las metas, y ambas requieren perseverancia, es decir, el vicio y la virtud. Si quieres unirte a la vida, te es necesario perseverar en la virtud, y el que quiera conseguir la muerte eterna ha de perseverar en el vicio. De modo que con la perseverancia se llega a mí, que soy Vida, o al demonio, para gustar el agua putrefacta.

53 [Exposición de las palabras de Cristo: «Quien tenga sed, venga a mí y beba».]

Todos, en general y en particular, fuisteis invitados por mi Verdad cuando clamaba en el templo con angus-

tiado deseo: «Quien tenga sed, venga a mí y beba, porque soy fuente de agua viva» [1]. No dijo: «Vaya al Padre», sino «Venga a mí». ¿Por qué? Porque en mí, el Padre, no puede darse el sufrimiento, pero sí en el Hijo. Y vosotros, mientras sois peregrinos y caminantes en esta vida mortal, no podéis caminar sin sufrimientos, porque la tierra produjo espinas por el pecado.

¿Y por qué dijo: «Venga a mí y beba»? Porque, siguiendo su doctrina por el camino de sus mandatos y consejos espirituales o por el de los mandatos y consejos temporales, es decir, al caminar por la caridad perfecta o por la común, por cualquier modo que os determinéis ir a El, al seguir su doctrina hallaréis qué beber, encontrando y gustando el fruto de la sangre por la unión de la naturaleza divina y de la humana. Encontrándoos en El, os encontráis en mí, que soy Mar de paz, por ser uno con El, y El conmigo. Así, pues, estáis invitados a la fuente del agua viva de la gracia.

Hay que seguir con perseverancia por El, que se os ha hecho puente, sin que ni espinas, ni vientos, ni prosperidad, ni adversidad, ni cualquier otra pena que tengáis que soportar, os obligue a volver la vista atrás. Debéis perseverar hasta que me encontréis a mí, que soy agua viva por la unión de la naturaleza divina con la humana. ¿Por qué dije: «Venga a mí y beba»? Porque no podéis pasar sin trabajos y en mí no cabe sufrimiento, pero sí en El, y como lo he hecho puente, ninguno puede venir a mí sino por El; y así dijo: «Ninguno puede ir al Padre sino por mí» [2]. De este modo, mi Verdad expresó la verdad.

Has visto el camino que debéis llevar y el modo, es decir, con perseverancia. Si no es así, no beberéis, porque ésta es la virtud que recibe la gloria y la corona en mí, vida perdurable.

54 [Modo que, en general, deben tener los hombres para salir del mal del mundo y pasar por el referido puente.]

Ahora volvemos a los tres escalones por los que hay que pasar al salir del río sin ahogarse, para alcanzar el

[1] Jn 4,7 y 7,37. [2] Jn 14,6.

agua viva a que estáis invitados y para que yo esté en medio de vosotros; porque, caminando así, yo estoy en medio de vosotros, viviendo por gracia en vuestras almas.

Para querer andar es necesario tener sed, porque sólo los que la tengan son invitados al decir: «Quien tenga sed, venga a mí y beba». Quien no tiene sed no persevera en el camino, porque se detiene por la fatiga o por el deleite y no se preocupa ni de llevar un vaso para alcanzar el agua ni tener compañía, y solo no puede andar. Por eso vuelve la cabeza atrás cuando nota que llega alguna punzada de las persecuciones, que se le han convertido en enemigo. Teme porque se halla solo; si fuese acompañado, no temería. Si hubiese subido los tres peldaños estaría seguro, pues no se hallaría solo.

Es necesario, pues, tener sed y, como dije, que os reunáis dos, tres o más. ¿Por qué dijo dos o tres? Porque no hay dos sin tres. Si es uno solo, está excluido que yo esté en medio de él, porque no lleva consigo compañero para que yo pueda estar en medio. El solo sería la nada, porque quien se halla en el amor a sí mismo está solo, pues se halla separado de mi gracia y de la caridad para con el prójimo; y, estando privado de mí, se convierte en nada por culpa suya, ni es tenido en cuenta por mi Verdad ni me es grato. Dijo, por tanto: «Si están dos, o tres, o más congregados en mi nombre, yo estaré en medio de ellos» [1]. Te dije que no había dos sin tres, y así es. Sabes que los mandamientos de la ley se resumen en dos, y sin estos dos no se observa ninguno; es decir, amarme sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti misma. He aquí el principio, el medio y el fin de los mandamientos de la ley.

Estos dos no pueden estar congregados en mi nombre sin ser tres, esto es, sin la unión de las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. La memoria retiene mis beneficios y mi bondad; el entendimiento escudriña en el amor inefable que os he mostrado por medio de mi Hijo unigénito, a quien puse como objeto de la mirada del entendimiento para que en él veáis el fuego de mi caridad; y la voluntad se une a la memoria

[1] Mt 18,20.

y al entendimiento amándome y deseándome como a su fin que soy.

Cuando estas tres potencias del alma se hallan juntas, yo estoy en medio de ellas por la gracia, y, al hallarse el hombre lleno de caridad para conmigo y con el prójimo, inmediatamente se encuentra acompañado de muchas y verdaderas virtudes.

El apetito del alma se dispone entonces a tener sed; digo sed de la virtud, de mi honor y de la salvación de las almas. Con él desaparece cualquier otra sed y camina con seguridad, sin temor servil alguno, una vez subido el primer peldaño del afecto. Porque, desprendido del amor propio, se levanta por encima de sí mismo y de las cosas transitorias, amándolas y poseyéndolas, si es que desea por mí y no sin mí, o sea, con santo y verdadero temor y amor a la virtud.

Se encuentra entonces ya subido al segundo escalón, es decir, al de la luz del entendimiento, que contempla mi cordial amor en Cristo crucificado, que me ha servido de instrumento para manifestároslo. En ese momento encuentra el alma la paz y quietud, porque la memoria está llena de mi caridad, no vacía. Sabes que un recipiente vacío suena al golpearlo y no cuando está lleno. Lo mismo, cuando la memoria se halla llena de la luz del entendimiento y del afecto del amor, al golpearla las tribulaciones y delicias del mundo, no suena con desordenada alegría, ni con la impaciencia, por hallarse llena de mí, que soy el bien completo.

Cuando ha subido el alma al tercer peldaño, no se ve sola, pues ha unido en mi nombre la razón y las tres potencias del alma. Unidos ambos, es decir, el amor a mí y al prójimo, lo están también la memoria para recordar, el entendimiento para comprender y la voluntad para amar. El alma se ve acompañada por mí, que soy su fortaleza y seguridad, y encuentra la compañía de las virtudes. Así camina segura, porque yo estoy en medio de ellas.

Anda entonces el alma con angustiado deseo por tener que seguir el camino de la Verdad. En ese camino encuentra la fuente de agua viva. A causa de la sed que tiene del amor de mi nombre, de su salvación y del prójimo, emprende con gusto el camino, pues fuera de él no

podría conseguir lo deseado. En consecuencia, lleva vacío de todo afecto y amor desordenado del mundo el vaso del corazón. En seguida se llena lo vacío, porque nada puede estar completamente vacío, por lo que arrastra hacia él las cosas perecederas con amor desordenado, lo llena de aire. El corazón, pues, es como una vasija, que no puede estar vacía. En cuanto de él se han sacado las cosas perecederas de amor propio desordenado, se llena de aire, o sea, del celestial y dulce amor divino, por el que alcanza el agua de la gracia. Una vez lograda ésta, pasa por la puerta de Cristo crucificado y saborea el agua viva, encontrándose en mí, que soy océano de paz.

RECAPITULACION SOBRE LA CARIDAD COMUN

55 [Resumen de algunas cosas ya dichas.]

Te he mostrado el modo que, en general, ha de observar toda criatura racional para poder salir del piélago del mundo y no ahogarse ni llegar a la condenación. También te he enseñado los tres escalones comunes, que son las tres potencias del alma, y cómo no se puede subir uno si no se suben los tres. Antes te recordé la frase pronunciada por mi Verdad: «Cuando dos, o tres, o más están congregados en mi nombre». He aquí la conexión de los tres escalones, es decir, de las tres potencias del alma. Ellas se relacionan con los dos mandamientos principales de la ley, mi caridad y la del prójimo, esto es, amarme sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti misma.

Subidos los peldaños, o sea, unidos en mi nombre, pronto se siente el deseo del agua viva. Luego se pone en movimiento, y pasa por el puente siguiendo la doctrina de mi Verdad, que es el mismo puente. Entonces corréis tras la voz que os llama. Clamando en el templo, os invitaba a decir: «Quien tenga sed, venga a mí y beba, pues soy la fuente de agua viva» [1].

[1] Jn 7,37.

Te he explicado lo que quería decir y cómo se debe entender para que conozcas mejor la abundancia de mi caridad y la confusión de los que parece que corren por el camino del demonio, que les invitaba al agua putrefacta.

Has visto y oído lo que me preguntabas, o sea, el modo que se debe tener para no ahogarse, y te he dicho que esto es subiendo al puente. En esta subida se han congregado y unido por la permanencia en el amor al prójimo, atrayéndome el corazón y el afecto como una vasija. Yo doy a beber a quien me lo pide, si va por el camino de Cristo crucificado con perseverancia hasta la muerte.

Este es el modo que debéis tener todos en cualquier estado en que os halléis. Por ello, en ningún estado se puede uno excusar de que no le puede guardar, ni del deber de obrar. A esto está obligada toda criatura racional. Nadie se puede echar atrás, diciendo: «Yo tengo obligaciones, tengo hijos y otros impedimentos del mundo, y por ello me retraigo en seguir este camino»; ni tampoco por las dificultades con que tropiece. No lo pueden alegar, pues ya te dije que todo estado era grato y acepto a mí mientras se le mantenga con santa y buena voluntad, porque todo es perfecto y bueno por ser creado por mí, que soy la suma Bondad. No han sido creadas ni dadas las cosas por mí para que vayáis a la muerte, sino para que por ellas tengáis vida.

Esto es fácil, ya que nada es tan factible y de tanto deleite como el amor. Lo que os pido no es más que amor y dilección a mí y al prójimo. Esto se puede hacer en todo momento, en todo lugar y en todo estado, amándolo y poseyéndolo todo para alabanza y gloria de mi nombre.

Sabes que te dije que, por equivocación, los hombres no andan con la luz, sino vistiéndose del amor propio, amando y poseyendo las criaturas y cosas creadas, sin pensar en mí. Pasan la vida torturados, haciéndose insoportables a sí mismos. Y, si no se levantan del modo que te he dicho, llegan a la eterna condenación. Así te he explicado el modo de actuar que debe tener el hombre en general.

LOS ESCALONES COMO ESTADOS DEL ALMA. SUBIDA A LA CARIDAD PERFECTA

[Primer escalón: *imperfección en el temor - imperfección en el amor.—Medios para la subida: la conciencia - el prójimo - la oración. —impedimentos en la subida: el engaño en las consolaciones predilectas - en el puro servicio de Dios - en el servicio del prójimo - en la acción de Dios en el alma - el engaño del demonio.*—Segundo escalón: *la perfección en la caridad - el secreto del corazón - los tres bautismos.*—Tercer escalón: *el amor a Dios y a las almas - el oficio de la boca.*—Cuarto estado: *alegría de sufrir - unión y descanso en Dios - la iluminación del entendimiento - deseo de la vida eterna - gloria de las penas - testimonios de la doctrina - excelencia del cuarto estado.*]

56 [Queriendo Dios mostrar a esta alma devota los tres escalones del santo puente, son significados en particular por los tres estados del alma.—Dice que se eleve sobre sí misma para contemplar esta verdad.]

Una vez explicado cómo deben caminar y caminan los que se hallan en la caridad común, esto es, los que observan los mandamientos y consejos con su intención, quiero hablarte de los que han comenzado a subir la escalera y desean andar por el camino perfecto, es decir, por la observancia de los mandamientos en la realidad, en los tres estados que te mostraré. Ahora te explicaré en particular los tres grados y estados del alma y los tres escalones que te expuse de modo general por la comparación con las tres potencias del alma. De ellos, uno es imperfecto; el otro, más perfecto, y el tercero, perfectísimo. Uno me es siervo mercenario; el otro, siervo fiel, y el tercero es de hijo mío, es decir, del que me ama sin interés alguno.

Estos son los tres estados en que pueden hallarse y se hallan muchas criaturas. Se dan y pueden darse en una misma criatura cuando con perfecta solicitud corre por la vida aprovechando su tiempo, pues del estado de siervo pasa al de libre, y de libre, al estado de hijo.

Elévate sobre ti misma y abre los ojos de tu inteligencia. Mira a esos peregrinos viandantes cómo caminan: unos, imperfectamente; otros, con perfección, por el camino de los mandamientos, y algunos pocos, con toda

perfección, manteniendo y ejercitando la vida de los consejos. Verás el origen de que procede la perfección y la imperfección y cuán grande es el engaño que el alma recibe en sí misma por no haber arrancado el amor propio de raíz. En cualquier estado en que se halle el hombre, tiene necesidad de matar su amor propio.—

57 [Esta alma, mirando en el espejo divino, veía a las criaturas andar de modos distintos.]

El alma, con las angustias de un ardiente deseo, mirándose en el dulce espejo divino, veía a las criaturas seguir distintos modos y con diversos sentimientos en el deseo de conseguir su fin.

Veía a muchos que comenzaban a subir estimulados por el temor servil, es decir, por temor al castigo. Algunos, siguiendo la primera llamada, alcanzaban el segundo peldaño; pero veía que pocos conseguían la perfección extremada.

58 [El temor servil, sin amor a la virtud, no es suficiente para proporcionar la vida eterna.—La ley del temor y la del amor están unidas entre sí.]

La bondad de Dios, queriendo satisfacer el deseo de aquel alma, le decía:

—Ves que éstos se han levantado con temor servil del vómito del pecado mortal; pero, si no se elevan por amor a la virtud, no es suficiente para darles la vida perdurable. El amor, junto con el santo temor, no es suficiente, porque la ley está fundada en el amor y santo temor.

La ley del temor, que era la ley antigua, dada por Moisés, estaba fundada en el temor, pues sufrían el castigo, cometida la ofensa.

La ley del amor es la única dada por el Verbo de mi Hijo unigénito. Está fundada en el amor. No se anuló por ella la ley antigua, antes bien se cumplió, y así dijo mi Verdad: «Yo no vine a anular la ley, sino a cumplirla» [1], y unió la del temor con la del amor. Por éste le fue

[1] Mt 5,17.

quitada la imperfección del temor y permaneció la perfección del santo temor, es decir, sólo temor de ofender; no por el daño propio, sino por ofenderme a mí, que soy la suma Bondad. De modo que la ley imperfecta se convirtió en perfecta por la ley del amor.

Después que vino el carro de fuego de mi Hijo unigénito, que trajo el fuego de la caridad a vuestra humanidad con la abundancia de la misericordia, fue suprimido el método de castigar en esta vida los pecados que se cometen, como antiguamente se hallaba establecido en la ley de Moisés, donde había que castigar el pecado en cuanto era cometido. Ahora no es así; por tanto, no es preciso el temor servil. No es que las culpas dejen de ser castigadas. Si la persona no las castiga con la perfecta contrición, lo serán en la otra vida, una vez separada el alma del cuerpo. Mientras vive, tiene tiempo para la misericordia, pero con la muerte llegará el tiempo de la justicia.

Debe, pues, elevarse sobre el temor servil y alcanzar el amor y santo temor a mí. Es el único medio para no volver a caer en el río, donde la encontrarán las tribulaciones y las espinas de los placeres, que todo son espinas que punzan el alma que ama y posee desordenadamente.

59 [Ejercitándose en el temor servil, que es estado de imperfección (lo cual se entiende como primer escalón), se llega al segundo, que es estado de perfección.]

Ya te dije que nadie podía caminar por el puente y salir del río a no ser subiendo los tres peldaños. En efecto es así, pues unos suben imperfectamente; otros, perfectamente, y otros, con gran perfección.

Los movidos por el temor servil han subido y han hecho en las potencias del alma una unión imperfecta. Es que el alma, habiendo visto la pena que seguía a la culpa, sube y congrega juntamente la memoria para traerle el recuerdo del pecado; el entendimiento, para ver el castigo que por esa culpa espera, y por ello la voluntad se mueve a odiarlo.

Aunque ésta sea la primera ascensión y unión, conviene ejercitarla con la luz del entendimiento en la pupila

de la fe santísima; no mirando solamente la pena, sino el fruto de la virtud y el amor que yo le traigo, a fin de que suban con amor, con los pies despojados del temor servil. Obrando así, se convierten en servidores fieles y no infieles, pues sirven por amor y no por temor. Lo consiguen si con aborrecimiento logran arrancar las raíces de amor propio. Si son prudentes, lo alcanzan.

Pero son muchos lo que emprenden la subida tan despacio, y con tanta mezquindad, negligencia e ignorancia me dan lo que me es debido, que en seguida se desaniman. El más pequeño viento los arrastra y les hace volver la vista atrás, porque han alcanzado el primer peldaño de Cristo crucificado de modo imperfecto; pero no llegan al segundo, que es el del corazón.

60 [Imperfección de los que aman y sirven a Dios por provecho propio, por deleite y consuelo.]

Hay algunos que se han hecho mis servidores fieles sin temor servil —no sólo sin temor servil—, sino con amor. El amor de servir por propio interés y gusto, o por el placer que en mí encuentran, es imperfecto. ¿Conoces la prueba de que es imperfecto? La privación del consuelo que encuentran en mí. Con el mismo amor imperfecto aman a su prójimo, y por ello ese amor ni es suficiente ni duradero. Se hace remiso y muchas veces termina en nada. Se hace remiso conmigo cuando algunas veces yo, para ejercitarlos en la virtud y elevarles de la imperfección, les retiro los consuelos del espíritu y permito los combates y trabajos.

Esto lo hago para que con más perfecto conocimiento de sí mismos lleguen y conozcan su «no ser» y que de ellos no procede gracia alguna. En el tiempo de los combates vienen a mí, buscándome y reconociéndome como a su bienhechor, buscándome sólo a mí con verdadera humildad. Y por eso lo hago y les retiro la consolación, pero no la gracia.

Ellos se desalientan, retrocediendo con impaciencia de espíritu. Algunas veces, al sentirse privados del consuelo de su espíritu, abandonan de muchas maneras sus prácticas; con frecuencia, bajo pretexto de virtud, diciéndose a sí mismos: «Esta obra no te vale».

Obran como imperfectos, que todavía no han quitado bien la venda del amor propio éspiritual del ojo de su santísima fe; porque, si de verdad la hubiesen quitado, verían que todo procede de mí y que ni una hoja de árbol cae sin mi providencia, y que lo que doy y permito, lo doy para su santificación, para que alcancen el bien y el fin para que los he creado.

Deben ver y reconocer que no quiero sino su bien en la sangre de mi Hijo unigénito, por la que son purificados de su maldad. En esta sangre pueden reconocer mi verdad: que para darles la vida eterna los he creado a imagen y semejanza mía y que de nuevo los he creado para la gracia por la sangre del propio Hijo, para ser hijos adoptivos. Pero, al ser imperfectos, me sirven por su propia utilidad y se entibian en el amor al prójimo.

Los primeros desmayaban por el temor a sufrir trabajos; éstos, que son los segundos, languidecen por privarse del bien que hacían al prójimo. Se retardan en su caridad si se consideran perjudicados en el propio provecho o en algún consuelo que habían encontrado en sí mismos. Esto sucede porque su amor no era pleno, sino como la imperfección con que me aman, esto es, por amarme por propia utilidad, por el amor con que se aman a sí mismos.

Si no reconocen su imperfección con un deseo de verdadera perfección, será imposible que no vuelvan la vista atrás. Es de necesidad que quieran la vida eterna, que me amen sin condicionamientos. No basta huir del pecado por temor al castigo, que abracen la virtud por la propia utilidad, pues esto no es suficiente para obtener la vida eterna, sino que hay que elevarse sobre el pecado, porque éste me desagrada; han de amar la virtud por amor a mí.

Es cierto que casi la primera y general respuesta de todas las personas es ésta, por ser primeramente el alma imperfecta y después perfecta. De la imperfección hay que pasar a la perfección mientras se vive, obrando virtuosamente, con corazón sincero y libre para amar sin condiciones, o en la muerte llegar a reconocer su imperfección, con el propósito de que, si tuviese tiempo, me servirían sin tenerse en cuenta a sí mismos.

Con este amor imperfecto amaba San Pedro al dulce

y buen Jesús, mi Hijo unigénito, por la gran dulzura que sentía en el trato con El. Pero, llegado el tiempo de la tribulación, desfalleció. A tanto llegó, que, aun no habiendo sufrido, cayó ante el temor al peligro y le negó, diciendo que nunca le había conocido.

El alma que ha subido este escalón sólo con el temor servil y amor mercenario, se encuentra ante muchos peligros. Deben, pues, elevarse, ser hijos y servirme, sin tenerse en cuenta a sí mismos, si bien yo, que soy remunerador de todo trabajo, doy a cada uno según su estado y según sus obras.

Si no abandonan el ejercicio de la oración y demás buenas obras, sino que con perseverancia van acrecentando la virtud, llegarán al amor de hijos. Les amaré entonces con amor paternal, pues corresponderé al amor con que soy amado [1]; es decir, que, amándome como el siervo, yo, como Señor, te doy lo que te corresponde y según lo que hayas merecido; pero no me manifiesto a ti, porque las cosas secretas se manifiestan al amigo que se ha hecho una cosa con su amigo [2].

Por tanto, es cierto que el siervo puede crecer por medio de la virtud y del amor que ofrece al Señor, y así se convertirá en amigo queridísimo. Es lo que ocurre con éstos: mientras permanecen en el amor mercenario, yo no me manifiesto a ellos; pero si, por el desagrado de sus imperfecciones y por el amor de las virtudes, con aborrecimiento y arrancando las raíces del amor propio espiritual de sí mismos, cuidan que a su corazón no pasen los movimientos del amor servil y del amor mercenario para no apartarse de la luz de la fe, entonces me serán tan gratos, que llegarán al amor de amigo.

Me manifestaré entonces a ellos, como significó mi Verdad cuando dijo: «Quien me ame será una cosa conmigo, y yo con él, y tendremos morada común» [3]. La condición de amigo querido es ésta: que son dos cuerpos, pero por el afecto del amor son una sola alma, porque el amor hace de él la cosa amada. Si ambos se han hecho un alma, ninguna cosa puede serles secreta, y por

[1] Prov 8,17.
[2] Jn 15,15.
[3] Jn 14,21-23.

ello dijo mi Verdad: «Vendré y moraremos juntos»; y, efectivamente, así es.

61 [Modo en que se manifiesta Dios al alma que le ama.]

¿Sabes cómo me manifiesto al alma que me ama de veras, siguiendo la doctrina de este dulce y amoroso Verbo? Lo hago de muchas maneras, en conformidad con los deseos que ella tenga.

Mis principales manifestaciones son tres. La primera es por mi afecto y mi caridad, mediante el Verbo de mi Hijo unigénito. Este afecto y esta caridad se manifiestan en la sangre derramada con tan ardiente amor. La caridad se manifiesta de dos maneras. Una es general, común para todos, es decir, para los que se hallan en la caridad común; se les manifiesta al verla y reconocerla en los muchos y diversos beneficios que de mí reciben. La otra manera es particular, para con los que se han hecho amigos. Además de la manifestación común, ellos gustan, reconocen, experimentan y sienten esta caridad en las almas.

La segunda prueba de la caridad tiene igualmente lugar en sí mismos cuando me manifiesto por afecto de amor. Yo no hago distinción de personas, sino en cuanto a sus santos deseos, haciéndome presente en el alma con la misma perfección con que ellos me buscan. Algunas veces lo hago, y ésta es la misma segunda manifestación, mostrándoles las cosas venideras. Esto ocurre de muchos y diversos modos, según la necesidad que veo en ellos y en las demás criaturas.

Algunas veces, y ésta es la tercera, formo en su espíritu la presencia de mi Verdad, de mi Hijo unigénito, de muchos modos, según apetece o quiere. Otras me buscan en la oración queriendo conocer mi poder, y yo les satisfago el deseo poniéndole por objeto ante la mirada de su entendimiento. Otras me buscan en la clemencia del Espíritu Santo, y entonces mi bondad les hace gustar el fuego de mi divina caridad, engendrando verdaderas y reales virtudes, fundadas en la pura caridad con el prójimo.

62 [Por qué no dijo Cristo: «Yo manifestaré a mi Padre», sino: «Me manifestaré a mí mismo».]

Ves, pues, que es cierto lo que dijo mi Verdad: «Quien me ame será uno conmigo». Siguiendo su doctrina, estaréis unidos a El por el afecto de amor. Al estar unidos a El, lo estáis a Mí, porque somos uno; y así me manifiesto a vosotros, porque vosotros y yo también somos uno. Por lo que, al decir mi Verdad: «Me manifestaré a vosotros», declaró una realidad, pues me manifestaba a mí cuando se manifestaba a sí mismo.

¿Pero por qué no dijo: «Yo os mostraré a mi Padre»? Por tres razones especiales.

Una, porque quiso significar que no estoy separado de El, ni El de mí. Así, a San Felipe, cuando le pidió: «Muéstranos al Padre y nos es suficiente», le respondió: «Quien me ve a mí, ve al Padre, y quien ve al Padre, me ve a mí» [1]. Dijo esto porque era uno conmigo, y lo que tenía lo había recibido de mí, y no yo de El. Por lo mismo dijo a los judíos: «Mi doctrina no es mía, sino de mi Padre, que me ha enviado» [2], porque mi Hijo procede de mí y no yo de El. Como soy una cosa con El, y El conmigo, por eso no dijo: «Yo mostraré al Padre», sino: «Yo me mostraré», es decir, «porque soy una cosa con el Padre» [3].

La segunda fue porque, manifestándose a vosotros, no ofrecía otra cosa sino lo que había recibido de mí, el Padre. Como si quisiera decir: «El Padre se ha manifestado a mí porque yo soy uno con El, y yo me manifestaré a vosotros, y, por medio de mí, le manifestaré a El».

La tercera, porque yo, invisible, no puedo ser visto por vosotros, que sois visibles, sino cuando estéis separados de vuestros cuerpos. Entonces me veréis cara a cara a mí, Dios, y al Verbo de mi Hijo unigénito, espiritualmente. De aquí que, en el momento de la resurrección general, vuestra humanidad se conformará y gozará en la humanidad del Verbo, como te he explicado arriba al tratar de la resurrección [4].

[1] Jn 14,8-9. [2] Jn 7,17. [3] Jn 10,30 y 14,21.

[4] Esta y otras expresiones originaron, sin duda, la posterior división en tratados.

Vosotros no me podéis ver tal como soy; por eso encubrí la naturaleza divina con el velo de vuestra humanidad, a fin de que me pudieseis ver. Yo, invisible, me hice casi visible, dándoos el Verbo de mi Hijo unigénito cubierto con el velo de vuestra humanidad. El me manifiesta a vosotros, y por ello no dijo: «Yo os mostraré al Padre», sino: «Me manifestaré a vosotros»; como si dijera: «Según lo que el Padre me ha dicho, me manifestaré a vosotros».

Mira, pues, cómo esta manifestación de sí me manifestaba a mí. Has oído que no dijo: «Os manifestaré al Padre», porque a vosotros no os es posible verme y porque El es una cosa conmigo.

63 [Modo de subir el alma el segundo escalón del santo puente una vez alcanzado el primero.]

Acabas de ver en qué excelencia se halla el que ha llegado al amor de amigo. Este se ha levantado sobre los pies de la voluntad y alcanzado el secreto del corazón, esto es, subido al segundo de los tres escalones, que se hallan prefigurados en el cuerpo de mi Hijo. Te he explicado el significado de las tres potencias, y ahora me voy a servir de ellas para explicar los tres estados del alma.

Pero, antes de hablarte del tercero, te quiero enseñar el modo de llegar a ser amigo, lo que hacen los amigos, en qué se advierte la amistad y cómo de ser amigo se pasa a ser hijo, consiguiendo el amor debido al hijo.

Te explicaré primero cómo se ha llegado a la amistad. Al principio, el alma es imperfecta por hallarse con el temor servil. Por la práctica y la perseverancia llega a amar el deleite y propio provecho, encontrando en mí ambas cosas. Este es el camino que anda el que desea llegar al amor perfecto, es decir, al amor de amigo y de hijo.

Digo que el amor de hijo es perfecto porque en él recibe la criatura la herencia de mí, Padre eterno. Como el amor de hijo no se da sin amor de amigo, por eso te

dije que de amigo había pasado a ser hijo. Pero ¿cómo podéis alcanzarlo? Te lo voy a decir.

Toda perfección y toda virtud procede de la caridad. Esta es alimentada por la humildad, que, a su vez, tiene su origen en el conocimiento y desprecio de sí mismo, esto es, de los propios sentidos. Quien esto alcanza ha debido ser perseverante y estar en la celda de conocimiento de sí. Por él reconocerá mi misericordia en la sangre de mi Hijo, obteniendo mi caridad en beneficio suyo, ejercitándose en extirpar todo afecto malo, temporal o espiritual, por la reclusión en su intimidad. Así lo hicieron Pedro y los otros discípulos. Pedro, después de negar a mi Hijo, lloró [1]. Su llanto era todavía imperfecto, y siguió tal por cuarenta días, es decir, hasta después de la ascensión.

Después que mi Verdad volvió a mí como hombre, Pedro y los otros lo reconocieron y se escondieron en la casa, esperando la venida del Espíritu Santo, tal como mi Verdad se lo había prometido. Se hallaban encerrados por miedo, pues siempre lo tiene el alma hasta que ha alcanzado el amor verdadero. Perseveraron en vigilia, en humilde y continuada oración hasta que tuvieron la abundancia del Espíritu Santo. Entonces, perdido el temor, predicaron a Cristo crucificado [2].

Igualmente, el alma que ha querido y quiere alcanzar la perfección, después de la culpa que sigue al pecado mortal, se eleva, se reconoce a sí misma, y comienza a llorar por temor al castigo. Después se levanta a la consideración de mi misericordia, en la que encuentra deleite y provecho. Esto es aún imperfecto, y por ello, yo, para hacerla llegar a la perfección, después de cuarenta días —es decir, después de estos dos estados—, poco a poco me retiro del alma, no en cuanto a la gracia, sino en cuanto a lo sensible.

Esto os manifestó mi Verdad cuando dijo a los discípulos: «Marcharé y volveré a vosotros» [3]. Lo dijo en concreto a los discípulos, y de modo general y común, a todos los presentes y venideros. Dijo: «Marcharé y volveré

[1] Mt 26,75 y Lc 22,62.
[2] 1 Jn 4,18.
[3] Jn 14,28.

a vosotros», y lo hizo así, pues volvió a ellos al venir el Espíritu Santo sobre los discípulos. Porque éste no vino solo, sino con mi poder y la sabiduría de mi Hijo, que es uno conmigo, y con la clemencia del Espíritu Santo, que procede de mí, del Padre, y del Hijo. Te digo, pues, que, para levantar el alma de la imperfección, la aparto de lo sensible, privándola primeramente del consuelo.

Cuando ella se hallaba en la culpa de pecado, se apartó de mí, y yo le quité el sol de la gracia a causa de su pecado, por haber cerrado ella la puerta del deseo. La gracia salió de allí no por defecto del sol, sino por defecto de la criatura, que cerró la puerta del deseo.

Al conocerse a sí misma y ver que se halla en oscuridad, abre la ventana, vomita la podredumbre por medio de la santa confesión. Entonces vuelvo al alma por la gracia, y no me aparto de ella con la gracia, sino en lo sensible. Hago esto para obligarla a humillarse y a que intente buscarme de veras y para probarla con la luz de la fe, a fin de que adquiera la prudencia. Entonces, si ama sin tenerse en cuenta a sí misma, goza con fe viva y tiene aborrecimiento de sí en el tiempo de los trabajos, considerándose indigna de la paz y quietud del espíritu. Esta es la segunda de las tres cosas que te hablaba, o sea, del modo de conseguir la perfección y qué es lo que hace cuando se llega a ella.

Obra de esta manera: no vuelve la vista atrás porque crea que me aparto de ella, sino que con humildad persevera en sus prácticas y mantiene cerrada la morada del conocimiento de sí misma. Allí espera con fe viva el advenimiento del Espíritu Santo, es decir, a mí, que soy fuego de caridad. ¿Cómo espera? No ociosa, sino en vigilia y continuada y santa oración. Vela no sólo en lo corporal, sino en lo espiritual; esto es, que no se cierran los ojos de su entendimiento, sino que ven con la luz de la fe, extirpando con empeño los pensamientos del corazón, mirando al afecto de mi caridad, reconociendo que no quiero otra cosa que su santificación. Esto os lo ha probado la sangre de mi Hijo [4].

Después que la mirada del entendimiento se fija en el conocimiento de mí y de sí, ora continuadamente, esto

[4] Rom 5,8.

es, con oración de santa y buena voluntad. Es más, medita durante la oración temporal, la que se hace en tiempos establecidos por disposición de la santa Iglesia.

Esto es lo que hace el alma que ha abandonado la imperfección y conseguido la perfección. Me alejé para que ella la alcanzase; no en cuanto a la gracia, sino en cuanto a los sentidos. Lo hice, por tanto, para que viese y conociese sus defectos; para que, al sentirse privada de consuelo, experimente dolor aflictivo y se sienta débil y no firme ni perseverante. Entonces encuentra la raíz del amor a sí misma, y por eso encuentra razón para reconocerlo y elevarse sobre sí misma, subiendo al tribunal de su conciencia. No da cabida a sentimientos que no se hallen corregidos por el reproche, arrancando la raíz del amor propio con el cuchillo del odio a semejante amor y por amor a la virtud.

64 [Amando a Dios imperfectamente se ama al prójimo. Signos de este amor imperfecto.]

Quiero que sepas que toda perfección y toda imperfección se ponen de manifiesto y se adquieren en mí. Esto se advierte por medio del prójimo. Bien lo conoce la gente sencilla, que muchas veces ama a las criaturas con amor espiritual. Si han recibido el amor genuino sin cortapisas, beben con pureza el amor del prójimo. Al modo que la vasija se llena en la fuente y, si no se saca y se bebe de ella, nunca queda vacía, lo mismo, si se bebe en mí, no queda el alma vacía, sino siempre llena. De igual modo, el amor espiritual y temporal al prójimo debe ser bebido en mí sin interés personal.

Repito que me améis con el amor que yo os amo. Esto no podréis lograrlo completamente, porque yo os amo sin ser amado. El amor que me dais es un amor de obligación, no un favor; porque es deber hacerlo, mientras que yo os amo por mera gracia, no por obligación. De modo que no me podéis amar como os pido. Por este motivo os he puesto como medio al prójimo, para que hagáis con él lo que conmigo no podéis, esto es, amarlo sin contar con su agradecimiento y sin esperar provecho alguno. Lo que a él hagáis lo consideraré como hecho a mí.

Esto significó mi Verdad cuando dijo a Pablo, que me perseguía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» [1], considerando que Pablo me perseguía cuando perseguía a mis fieles. El amor al prójimo debe, pues, ser puro. Con el amor con que me amáis, debéis amarle a él. ¿Sabes en qué se conoce que no es perfecto el que me ama con amor espiritual? En que se aflige cuando cree que una criatura que ama no le corresponde con tanto amor como a él le parece que la ama, o que la ve apartarse de su trato, o que le priva de consuelo, o que ama a otro más que a él.

En esto y en otras muchas cosas se podrá advertir que el amor a mí y al prójimo es aún imperfecto y bebido en el vaso fuera de la fuente, aun suponiendo que sea un amor que procede de mí.

Como me ama imperfectamente, por eso tiene amor imperfecto el que ama con amor propio espiritual.

Todo viene de que la raíz del amor propio espiritual no ha sido arrancada. Por ello, muchas veces permito que tenga tal amor, para que se conozca a sí y su imperfección.

Vuelvo después a él con la luz y conocimiento de mi verdad, de modo que considere una gracia poder matar la propia voluntad por mi causa. Consiguientemente, no cesa de podar la viña de su alma, de arrancar las espinas de los pensamientos y de colocar las piedras de las virtudes en la sangre de Cristo. Estas las han encontrado al caminar por el puente de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito. Como te dije, si lo recuerdas bien, sobre el puente, o sea, en la doctrina de mi Verdad, estaban las piedras de las virtudes, fundadas en la eficacia de su sangre, porque por ellas os he dado la vida por la fuerza de esta sangre.

65 [Modo que tiene el alma de llegar al amor puro y libre. *(Aquí comienza el tratado de la oración.)*]

Cuando el alma ha penetrado en su interior caminando por la doctrina de Cristo, vivificada con verdadero

[1] Act 9,4.

amor a la virtud, odio al pecado y verdadera perseverancia, llega a la casa del conocimiento de sí, permaneciendo encerrada en vigilia y continua oración, separada totalmente del trato con el mundo.

¿Por qué se encierra? Por temor, al reconocer su imperfección, y por el deseo que tiene de conseguir el amor puro y libre, pues bien ve y conoce que de otro modo no podría llegar a él. Por eso espera con fe viva mi llegada, para el acrecentamiento de la gracia en ella.

¿En qué se conoce la fe viva? En la perseverancia en la virtud, sin volver la vista atrás por motivo alguno, sin abandonar la oración, a no ser por la obediencia o por la caridad. De otro modo no debe dejar la oración. Porque muchas veces llega el demonio con asaltos y trabajos en el tiempo destinado a la oración, precisamente en el tiempo establecido para la oración más que cuando la persona no se encuentra en ella. Esto la lleva a caer en el tedio de la santa oración, diciéndole muchas veces: «Esta oración no te vale, porque no puedes atender a otra cosa que a lo que pronuncias». Esto se lo pone el domonio delante para que, caída en el tedio y confusión de espíritu, deje el ejercicio de la oración. Esta es el arma defensiva con que el alma lucha contra cualquier adversario, si la empuña con la mano del amor y el brazo de la libre voluntad, defendiéndose con ella mediante la luz de la santísima fe.

66 [Algo sobre el sacramento del cuerpo de Cristo.—Doctrina sobre el paso de la oración vocal a la mental.—Visión que en una ocasión tuvo esta alma.]

Sabe, queridísima hija, que en la oración humilde, continua y fiel adquiere el alma toda virtud por la verdadera perseverancia. Por eso debe perseverar y nunca dejarla por ilusiones del demonio; ni por propia fragilidad, es decir, por pensamientos o movimientos que vengan de la propia carne; ni por lo que otros digan, pues muchas veces se pone el demonio sobre la lengua, haciéndoles decir cosas para impedir su oración. Todo lo debe sufrir con la virtud de la perseverancia.

¡Qué dulce es al alma y grato a mí la santa oración en la morada del reconocimiento de lo que ella es y lo que

yo soy, abriendo los ojos del entendimiento con la luz de la fe y el afecto en la abundancia de mi caridad! Esta se os ha hecho visible por lo visible de mi Hijo unigénito, puesto que la ha manifestado con su sangre. Ella embriaga al alma, la viste con el fuego de la divina caridad y le da el alimento del sacramento que os ha puesto en la tienda del cuerpo místico de la santa Iglesia, es decir, el cuerpo y la sangre, para quedar a disposición de todos los hombres. La da por las manos de mi vicario, que tiene la llave de esta sangre.

Esta es la tienda que dije que estaba en el puente para repartir un alimento que confortase a los caminantes y peregrinos que pasan por la doctrina de mi Verdad, a fin de que no desfallezcan por debilidad [1].

Este alimento, escaso o suficiente, robustece de cualquier manera que se tenga, sea sacramental o espiritualmente, según el deseo del que lo come. Sacramental es cuando se comulga, y espiritual cuando se toma con el santo deseo, ya por deseo de comulgar, ya por la meditación en la sangre de Cristo crucificado; es decir, cuando se comulga sacramentalmente por el afecto de la caridad que ha encontrado y gustado en la sangre, pues conoce que fue derramada por amor. Por esto se embriaga, enciende y sacia por el santo deseo, encontrándose llena de mi caridad y de la del prójimo.

¿Dónde ha adquirido el alma este amor? En la morada del conocimiento de sí misma por la santa oración, en la se ha despojado de la imperfección, al modo que los discípulos y Pedro perdieron la suya permaneciendo en vela y oración y adquirieron la perfección. ¿Con qué la adquirieron? Con la perseverancia condimentada por la santísima fe.

Pero no pienses que se recibe tan gran ardor y alimento sólo con la oración vocal, como piensan muchas almas, cuya oración es de palabras más que de afecto, de modo que no parece que atiendan a otra cosa que a recitar muchos salmos y padrenuestros. Satisfecho el número que se han determinado rezar, parece que no piensan en otra cosa; como si la finalidad de la oración

[1] Recuérdese la existencia de tiendas en los puentes medievales italianos.

fuera sólo la recitación vocal. No debe ser así, pues no haciendo más que esto, sacan poco fruto, y esto me agrada poco.

Si me preguntas: «¿Se debe abandonar ésta, puesto que parece que todos están llamados a la oración mental?» No, sino que debe andar con cuidado, pues bien sé yo que el alma es primeramente imperfecta y después perfecta; y así es su oración. Debe, pues, no caer en la pereza cuando aún es imperfecta; debe usar la oración vocal, pero no debe hacerla sin la mental, es decir, que mientras recita las oraciones debe ingeniarse para levantar y dirigir su mente a mi afecto en general, con la consideración de sus defectos y de la sangre de mi Hijo unigénito, para que el conocimiento de sí y la consideración de sus defectos la hagan reconocer mi bondad tal como es y continuar su ejercicio con verdadera humildad.

No quiero que los pecados sean considerados al detalle, para que el espíritu no se contamine con el recuerdo de ellos, concretos y sucios; ni que te sientas en la obligación de considerar los pecados en común o en particular sin la meditación y memoria de la sangre y de la generosidad de la misericordia, para que no incurras en turbación. Pues si el conocimiento de sí y la consideración del pecado no estuviesen animados con la memoria de la sangre y la esperanza de la misericordia, caerías en turbación, y por ella irías a la condenación con el demonio, que la ha procurado bajo la apariencia de contrición, dolor y repulsa del pecado. Y no sólo por esto, sino porque te vendría la desesperación, y caerías en ella al no apoyarte en el brazo de mi misericordia.

Este es uno de los sutiles engaños a que induce el demonio a mis servidores. Por ello conviene, para utilidad vuestra, para vencer las argucias del demonio y para agradarme, que siempre, con verdadera humildad, ajustéis el corazón y el afecto a la medida de mi misericordia. Ya sabes que la soberbia del demonio no puede sufrir al espíritu humilde, ni la turbación puede sufrir la generosidad de mi bondad y misericordia, en lo que de veras tiene esperanza el alma.

Por lo que, si te acuerdas bien, cuando el demonio quería atemorizarte por medio de la turbación, cuando te quería demostrar que tu vida se hallaba en un engaño

y que no había seguido mi voluntad, tu hiciste entonces lo que debías y mi bondad te concedió llevar a cabo —esta bondad no se esconde a quien la quiere recibir—, y por eso te dirigiste con humildad a mi misericordia, diciendo: «Yo confieso ante mi Creador que mi vida estuvo siempre en oscuridad; pero me esconderé en las llagas de Cristo crucificado y me bañaré en su sangre, y así habré terminado con mi maldad y me alegraré deseando a mi Creador» [2].

Recuerda cómo el demonio entonces huyó. Y, volviendo con otro combate, te quiso llevar al monte de la soberbia, diciendo: «Eres perfecta y agradable a Dios; no necesitas satisfacer más ni que llores tus pecados». Entonces yo te di luz, y viste el camino que te convenía seguir, esto es, humillarte; y, respondiendo al demonio, le dijiste: «¡Miserable de mí! Juan Bautista no cometió pecado, y fue santificado en el seno de su madre, y, con todo, hizo grandes penitencias; y yo he cometido tantos pecados, y nunca he comenzado a reconocerlo con llanto y verdadera contrición viendo a Dios que está ofendido por mí y yo soy quien le ofendo!»

Entonces, el demonio, no pudiendo tolerar la humildad ni la esperanza en mi bondad, respondió: «¡Maldita seas!, que no encuentro manera de vencerte. Si te humillo por la turbación, tú te elevas a la misericordia, y si te ensalzo, te humillas, llegando hasta el infierno, y en él me persigues. De modo que no volveré más a ti, porque me castigas con la vara de la caridad».

Debe, pues, el alma condimentar el conocimiento de mi bondad con el conocimiento de sí misma y con el conocimiento de mí. Así será provechosa la oración vocal a quien la haga y a mí será agradable; y de la oración vocal imperfecta pasará a la mental perfecta si persevera en su práctica.

Pero si únicamente atiende a cumplir con el número de oraciones o si por la vocal abandonase la mental, nunca alcanzará la perfección. Algunas veces será el alma tan ignorante, que, habiéndose propuesto recitar cierto número de oraciones si yo visito su espíritu de cualquier modo que sea, ella, por recitarlas todas, no

[2] Col 3,17.—Alusión autobiográfica.

hace caso de mi visita ni la siente en su espíritu, y le parecerá cuestión de conciencia abandonar las oraciones comenzadas. Mi visita al alma es de diversos modos: unas veces con una luz especial para el conocimiento de sí misma; otras, por la generosidad de mi bondad, hasta con contrición de sus pecados; otras, poniéndole dentro de su espíritu la presencia de mi Verdad, de modos diversos según me place y el deseo que han tenido.

No debe el alma hacer caso omiso de mi visita, porque es engaño del demonio. En cuanto que el espíritu se halla preparado para recibirla del modo que sea, debe abandonar la oración vocal. Después, pasado el tiempo de la mental, si tiene tiempo, puede reemprender lo que se había propuesto rezar. Si no tiene tiempo, no debe preocuparse ni admitir el tedio o la turbación en su espíritu. Ten en cuenta que no ocurra esto con el oficio divino, que los clérigos están obligados a rezar, y pecan si no lo rezan. Estos deben rezarlo hasta que mueran. Si este fenómeno se sintiese en la hora señalada para el oficio, el espíritu, atraído y elevado por el deseo, debe preverlo y recitarlo antes o después, de modo que no quede el oficio divino, obligatorio, sin ser satisfecho.

Cualquier otra oración que el alma comience que no sea el oficio, debe comenzar vocalmente, para terminar en la oración mental. Y, en cuanto el espíritu se halle preparado, debe abandonar la vocal por la mental, por la razón expuesta.

La oración hecha de este modo lleva a la perfección. Por ello, la vocal, de cualquier modo que se haga, no debe ser descuidada, sino perfeccionada, según se ha dicho. Así, con la práctica y la perseverancia, gustará de veras el alma de la oración y del alimento de la sangre de mi Hijo unigénito. Por eso te dije que algunos comulgaban en su vida con el cuerpo y la sangre de Cristo, aunque no sacramentalmente; es decir, haciéndolo por el afecto de la caridad, la cual se experimenta por medio de la oración, poco o mucho según el afecto del que ora.

Quien anda con poca prudencia y sin mesura, encuentra poco; quien con mucha, encuentra mucho. Porque cuanto más se afana el alma en dar libertad a su afecto y unirlo a mí por la luz del deseo, tanto más co-

noce. Quien más conoce, más ama, y amando más, saborea más.

Ves, por tanto, que la oración perfecta no se adquiere con las muchas palabras, sino con afecto de deseo, elevándose a mí por el conocimiento de sí misma, condimentado lo uno con lo otro. Así poseerá, a la vez, la oración vocal y la mental, porque ambas se hallan unidas, lo mismo que la vida activa y la contemplativa, aunque se intente la oración vocal o se quiera la mental de muchos y diversos modos. Porque el santo deseo, la buena y santa voluntad, es oración. La voluntad y el deseo se elevan a mí en el lugar y tiempo ordenados y se unen en la oración continua del santo deseo. Así, permaneciendo el alma en ese deseo y voluntad, se mantiene en continua oración, y hará la vocal en el tiempo prescrito, y algunas veces fuera de él, según lo exija la caridad, en bien del prójimo, en conformidad con las necesidades y según el estado en que la he colocado.

Cada uno, según su estado, debe trabajar por la salvación de las almas, conforme al principio de la santa voluntad. Lo que se hace, de palabra o por obra, por la salud del prójimo es una verdadera oración [3], suponiendo que la haga en el tiempo prescrito. Excepto a la oración a que está obligado, lo que hace por caridad al prójimo o por sí mismo, sea lo que sea, todo es oración. Como dijo el glorioso heraldo Pablo, quien no deja de orar, no deja de hacer el bien. Por esta razón dije que la oración vocal se hace de muchos modos unida a la mental, puesto que la vocal, hecha del modo dicho, se hace con el afecto de la caridad y consecuencia de la caridad es la continua oración [4].

Te he explicado cómo se llega a la oración mental, es decir, por la práctica de la perseverancia, y cómo se ha de dejar la oración vocal por la mental cuando yo visito al alma. Te he dicho también cuál es la oración común y la vocal común fuera de los tiempos prescritos y cómo es la oración de la buena y santa voluntad y su práctica por sí y por el prójimo.

Debe, pues, el alma esforzarse varonilmente a sí misma con esta oración, que es como una madre. Esto es lo

[3] Rom 8,26. [4] Ibid.

que hace el alma recluida en la casa del conocimiento de sí misma, llegada ya al amor de amigo y de hijo. Si esa alma no guarda las normas descritas, permanecerá siempre en su tibieza e imperfección y amará lo que encuentre de provecho en mí o en el prójimo.

67 [Engaño de los hombres mundanos.—Aman y sirven a Dios por propio consuelo y deleite.]

De este amor imperfecto te quiero hablar, y no pasar por alto un engaño en que pueden incurrir por amarme en razón del consuelo que sienten. Por eso quiero que sepas que el servidor mío que me ama imperfectamente busca más el consuelo que amarme.

Esto se puede comprobar porque, faltando el consuelo espiritual, es decir, el de la mente o el temporal, abandona lo poco bueno que hacía en cuanto sobreviene la tribulación que les envío para su bien. Esto sucede con los que viven un tanto virtuosamente mientras tienen prosperidad. Quien les preguntase: «¿Por qué te turbas?», recibiría esta respuesta: «Porque he tenido una tribulación, y me parece que son en vano las pocas obras que hago, pues no las hago con el gusto de antes, cuando me parecía hacer más y con más paz en el corazón que ahora». Estos tales son engañados por su propio gusto.

No es verdad que la causa de ello sea la tribulación, como tampoco de que aflojen ni que hagan menos; es decir, que las obras hechas en tiempo de la tribulación tienen tanto valor como antes, en tiempo de consuelo, y hasta podrían valer más si las llevaran con paciencia. Esto les ocurre porque se deleitaban en la prosperidad. En ella me amaban con un pequeño acto de virtud. En ella encontraban paz para su espíritu con lo poco que hacían, y, al ser privados de aquello en que se apoyaban, les parece que se les ha ido la paz en sus acciones; pero no es así.

Les ocurre lo que al hombre que se halla en un jardín en que encuentra placer y paz trabajando en él. Le parece descansar mientras trabaja, y es que siente paz en el placer que le viene del jardín. Se advierte que es así en que se deleita más en el jardín que en el trabajo, pues

que privado del jardín, se siente privado del placer. Pero si su deleite principal estuviese basado en el trabajo, no lo habría perdido, sino que lo conservaría, porque la práctica de las buenas obras no se pierde si no se quiere, aunque le sea quitado el agrado, como a este del jardín.

Se equivocan, por tanto, al obrar por el propio gusto. Acostumbran a decir: «Yo lo hacía mejor y con más consuelo antes de tener la tribulación que ahora y me alegraba de hacer el bien; ahora, sin embargo, ni me alegro ni encuentro el menor placer». Su modo de ver y de hablar es falso, porque, si se hubieran deleitado en lo bueno por amor a la virtud, no lo habrían perdido ni les hubiera faltado, sino que se les habría aumentado. Pero como sus buenas obras se apoyaban en su propio bien sensible, por ello les falta y decrece.

68 [Engaño de los servidores de Dios que le aman con amor imperfecto.]

A los servidores míos que se encuentran aún en amor imperfecto y me buscan y aman por apego al consuelo y deleites que encuentran en mí, por ser yo remunerador de toda obra buena, poco o mucho según la medida del amor del que los recibe, les doy por esa razón consuelos espirituales, de un modo o de otro, durante el tiempo de la oración. No lo hago para que el alma reciba consuelo engañoso, es decir, para que se fijen más en lo que les doy que en mí mismo, sino para que miren más al afecto de la caridad con que les regalo y a la indignidad de quienes reciben que no al consuelo mismo. Si ellos, en cambio, como ignorantes, toman sólo el deleite, sin fijarse en mi afecto hacia ellos, se perjudican con ese consuelo y con otros males de que hablaré.

Lo uno, porque, engañados con la propia consolación, la buscan y se deleitan en ella. Más de una vez, advirtiendo en algún modo mi consuelo y mi visita, irán para atrás por el camino por el que lo hallaron para buscarlo de nuevo. Pero yo no lo doy siempre de la misma manera, pues podría parecer que estoy obligado a ello. Lo hago de diversos modos, según place a mi voluntad y según la necesidad. Por ser ignorantes, buscarán, pues, el

mismo modo, como si quisiesen poner leyes al Espíritu Santo.

No deben obrar así, sino seguir con valor por el puente de la doctrina de Cristo crucificado y aceptar el modo, el momento y el lugar en que place a mi bondad el darlo. Y, si nada les doy, no es por falta de amor o por odio, sino para que me busquen de veras y no me amen sólo por el deleite, para que reciban con humildad más mi caridad que el deleite que encuentran. Si no lo hacen así y van sólo por el deleite, a su modo y no al mío, recibirán pena y confusión intolerables cuando se les prive de ese que se les presenta ante los ojos de su inteligencia.

Los que eligen los consuelos a su modo, es decir, encontrando en mí deleite espiritual en alguna medida, querrán seguir con él. Algunas veces son tan ignorantes que, cuando yo los visito de otra manera, me harán resistencia y no me aceptarán, prefiriendo lo que se han imaginado.

Este fallo procede de la propia inclinación y del deleite que hallaron en mí. Están equivocados, pues sería imposible permanecer continuamente en el mismo estado, porque el alma no puede estar sin movimiento, ya que ha de adelantar en las virtudes o retroceder. Por ello no pueden quedar anclados en un deleite; porque mi bondad no se lo sigue dando. Les doy muchos y variados: unas veces, el de la alegría de espíritu; otras, la contrición y aborrecimiento del pecado; cuándo parecerá que se hallan interiormente turbados en su espíritu; otras estaré dentro de su misma alma y no me sentirán; otras pondré mi Verdad, el Verbo encarnado, de modos distintos ante los ojos de su entendimiento, y, sin embargo, no lo percibirán, pues no lo sienten con el ardor y placer que deberían; otras veces no tendrán ni experimentarán deleite de significación.

Esto lo hago por amor y para conservarlos y hacerlos crecer en la virtud de la humildad y perseverancia y para enseñarles a que no quieran imponerme sus leyes ni decirme cuándo ha de terminar el consuelo, sino que quieran sólo la virtud basada en mí. Reciban con humildad, con afecto de amor, el afecto mío en un tiempo o en otro y crean con viva fe que yo doy según la necesi-

dad de su salvación o según la necesidad para hacerlos llegar a la gran perfección.

Deben, pues, permanecer humildes, poniendo el principio y el fin en el afecto de mi caridad, y con ella el deleite o no, en conformidad con mi voluntad y no con la suya. Este es el modo de no dejarse engañar: recibirlo todo por amor a mí, que soy vuestro fin, basados en mi dulce voluntad.

69 [Los que no abandonan su paz y consuelo, no socorren al prójimo en sus necesidades.]

Te he hablado del engaño en que incurren los que quieren gustar y recibir bienes en el espiritu según su modo de pensar.

Ahora te voy a explicar el segundo engaño, el de los que han puesto todo su deleite en el consuelo del espíritu.

Verán con frecuencia al prójimo en necesidad espiritual o temporal y no le socorrerán bajo el pretexto de virtud, diciendo: «Con eso pierdo la paz y tranquilidad de mi espíritu y no recito mis horas a su debido tiempo».

Al verse privados de consuelo les parece que me ofenden y ellos son engañados por el placer espiritual propio. Más me ofenden al no acudir a la necesidad del prójimo abandonando sus consuelos [1]. Porque toda práctica vocal y mental se halla ordenada por mí a que el alma sea una caridad perfecta a mí y al prójimo, y a permanecer en ella.

De modo que me ofenden más omitiendo la caridad con el prójimo por la práctica y quietud en lo espiritual que dejándolos por el prójimo. En la caridad con él me encuentran a mí, mientras que al buscarme en su deleite son privados de él. Por no socorrer al prójimo disminuyen en la caridad para con él, y, disminuida ésta, se aminora mi afecto hacia él, y, en consecuencia, queda disminuido el consuelo. Así, queriendo ganar, pierden, y ganan cuando se hallan dispuestos a perder; esto es, consintiendo perder el consuelo propio por la salvación

[1] Mt 25,45.

del prójimo, el alma me recibe, y como ganancia me tiene a mí y al prójimo, por socorrerlo y servirle caritativamente [2].

Siguiendo esta práctica, gustarán en todo momento de mi caridad; de lo contrario permanecerán en pecado, ya que algunas veces será necesario acudir al prójimo por obligación, por amor o por enfermedad corporal o espiritual en que se halle. Si le ayudan con desgana, con tedio espiritual o remordimiento de conciencia, se hacen insoportables a sí mismos y a los demás. Si alguien les preguntase: «¿Por qué sientes pena?», responderían: «Porque me parece haber perdido la paz y quietud del espíritu y he dejado las cosas que acostumbraba a hacer, y en ello creo ofender a Dios». Y no es ésa la razón, sino que su opinión se funda en el deleite propio, por lo que no saben distinguir ni reconocer de verdad en qué consiste su pecado. Si lo conocieran entenderían que la ofensa no se halla en no tener consuelo espiritual ni en dejar el ejercicio de la oración en momentos de la necesidad de prójimo; más bien consiste en verse sin caridad con el prójimo, a quien hay que amar y servir por amor a mí.

Así, ves cómo se equivocan sólo por causa del amor propio espiritual para consigo mismos.

70 [Engaño de los que han puesto su afecto en los consuelos y visiones espirituales.]

Algunas veces, a causa de un amor de esta clase, reciben un daño mayor. Que si su afecto sólo se pone y busca en los consuelos y visiones que algunas veces otorgo a mis servidores, cuando se ven sin ellos caen en amargura y tedio espiritual, por parecerles que se hallan privados de la gracia cuando algunas veces me aparto del alma. Como te dije, yo voy y vengo a ella, apartándome no en cuanto a la gracia, sino en cuanto a la percepción, a fin de hacerla más perfecta. Y así caen en la tristeza, y les parece hallarse en el infierno por sentir que se les ha quitado el gusto y por la pena en los trabajos y molestias de las abundantes tentaciones.

[2] Mt 16,26; Mc 8,35; Lc 9,24.

No debe el alma ser ignorante, ni dejarse equivocar por el amor propio espiritual de tal modo que no reconozca que realmente soy yo, el sumo Bien, quien está con ella y la conservo en la buena disposición durante el tiempo de la lucha a fin de que no corra tras el gusto. Debe humillarse, juzgándose indigna de la paz y quietud espiritual. Por esta razón, pues, me aparto de ella: para que se humille y reconozca mi caridad en sí misma, encontrándola en la firmeza de la benevolencia, que le conservo en el tiempo de las dificultades. Me aparto de ella para que no reciba solamente la leche de la dulzura extendida por su cara, sino para que se una al pecho de mi Verdad y reciba la leche juntamente con la carne; es decir, para llevar hacia sí la leche de mi caridad por medio de la carne de Cristo crucificado, o sea, de su doctrina, de la que he hecho puente que la una a mí.

Caminando con prudencia y no con ignorancia, recibiendo no sólo la leche, vuelvo a ella con más deleite y fortaleza, con luz y ardor de caridad. Pero, si reciben con hastío, tristeza y turbación de espíritu la privación de la dulzura espiritual, poco ganan y siguen en su tibieza.

71 [Los que se deleitan en los consuelos y visiones espirituales pueden ser engañados aceptando al demonio transfigurado en luz.—Señales para conocer cuándo una visión es de Dios o del demonio.]

Además de esto, experimentan muchas veces otro engaño del demonio, es decir, la transformación del mismo en luz. Porque en cuanto advierte el demonio que el espíritu está codicioso de recibir, cae sobre él y se transforma aquel espíritu en forma de luz. Tienta a las almas con aquello en que ve a las almas dispuestas a desear y aceptar, pues ve al espíritu engolosinado, y su deseo fijo únicamente en las consolaciones y visiones espirituales. No debería apegarse a ellas, sino sólo a las virtudes, y, por humildad, considerarse indigna de ellas y buscar sólo consuelos en mi amor. Como no es así, se les presenta el demonio en forma de luz de diversas maneras; unas veces, bajo las apariencias de ángel, y otras, como si fuera mi Verdad o alguno de mis santos. Esto lo hace

para atraparlas con el anzuelo del gusto espiritual que tiene puesto en las visiones y deleites del espíritu. Y, si esas almas no se elevan con humildad verdadera por el desprecio a cualquier deleite, quedan presas en este anzuelo, en manos del demonio. Pero, si desprecian el deleite con humildad y me abrazan con amor a mí y no al don, pues soy yo el que da, el demonio no puede sufrir, por su soberbia, ese espíritu humilde.

Si me preguntas: «¿En qué se puede conocer que la visita es, más bien, del demonio que tuya?», yo te contesto que la señal es ésta, que si es el demonio el que ha venido al espíritu para visitarlo en forma de luz, el alma, de inmediato, recibe alegría con su visita; pero cuanto más tiempo permanece, más pierde esa alegría, y llega el tedio, la oscuridad, el desasosiego de espíritu y la ofuscación interior. En cambio, si verdaderamente es visitada por mí, Vida eterna, recibe el alma, en el primer momento, santo temor, y con él alegría y seguridad, junto con una dulce prudencia; de modo que, dudando, no duda, sino que, reconociéndose indigna de sí misma, dirá: «No soy digna de recibir tu visita, y, no siendo digna, ¿cómo puede ocurrir esto?» Entonces se vuelve a la generosidad de mi caridad, reconoce y ve que soy yo el que puede dar y que no me fijo en la indignidad, pues yo mismo la hago digna de recibir la gracia y de advertir mi presencia, pues no desoigo el deseo con que ella llama. Por eso me recibe humildemente, diciendo: «Ecce ancilla tua»: tu voluntad sea hecha en mí. Entonces sale del camino de la oración y de mi visita con alegría y gozo del espíritu, con humildad, juzgándose indigna, y con caridad, reconociéndola como venida de mí.

Esta es la señal de que el alma es visitada por mí o por el demonio: si la visito yo, en el primer momento, al medio y al fin siente temor, alegría y hambre de virtud; si es el demonio, la primera apariencia es la alegría, y después queda turbada y en oscuridad de espíritu. Así lo he dispuesto para que os sirva de signo y para que el alma, si quiere andar humilde y prudente, no pueda ser engañada. Sufre engaño la que prefiere navegar sólo con el amor imperfecto de las propias consolaciones antes que con mi afecto.

72 [El alma que verdaderamente se conoce a sí misma evita los engaños antes dichos.]

No quiero ocultar el engaño que en el bien obrar reciben la generalidad de las personas en el amor sensible, o sea, los de poca virtud, mis servidores que actúan sólo en el tiempo de la consolación, los que siguen el amor propio de los consuelos espirituales. Se equivocan, porque el amor propio no les deja reconocer la realidad de mi afecto, ni apreciar el pecado en que se hallan. Tampoco quiero olvidar la artimaña que el demonio usa, por culpa de sí mismos, cuando no guardan el modo antes dicho.

Te lo he enseñado para que tú y los otros servidores míos vayáis tras la virtud por amor a mí y no por otra razón. En todos estos engaños pueden caer, y caen con frecuencia, quienes se hallan en el amor imperfecto, esto es, cuando aman en atención al don y no a mí, que soy el que lo hago. Sin embargo, el alma que ha entrado de veras en la casa de conocimiento de sí, ejercitándose en la perfecta oración y superando la imperfecta, al modo que te expliqué en el tratado de la oración, me recibe con amor perfecto, buscando apartar de sí la leche de mi dulzura y el apetito de la doctrina de Cristo crucificado.

Llegada el alma al tercer estado, el del amor de amigo y de hijo, ya no tiene el amor mercenario, sino el de amigo muy querido. Actuará como un amigo con otro al recibir un obsequio. Su mirada no se fija sólo en el presente, sino en el corazón y el afecto de quien lo da, y ama el regalo sólo por el afecto del amigo. Así, el alma, llegada al tercer estado del amor perfecto, al recibir mis dones y gracias, no atiende a ellas únicamente, sino que con el ojo del entendimiento mira al afecto de mi caridad, al que las da.

A fin de que el alma no pueda tener disculpa para actuar de esta manera, es decir, para fijarse en mi afecto, he determinado unir al don y al donante por la unión de la naturaleza divina con la humana cuando os di a mi Verbo, mi Hijo unigénito, que es una cosa conmigo, y yo con El. Por esta unión no podéis fijaros en el don sin que veáis al donante.

Mira, pues, con qué afecto debéis amar y desear al don y al donante. Obrando así, os hallaréis en el amor puro y auténtico y no en el mercenario, al modo que lo hacen los que se hallan en la morada de su propio conocimiento.

73 [Modos de apartarse del amor imperfecto y alcanzar el perfecto de amigo y de hijo.]

De muchas maneras te he mostrado hasta ahora cómo el alma supera la imperfección y alcanza el amor perfecto y lo que hace después de haber alcanzado el de amistad y el filial.

Te dije, y lo repito, que lo alcanza por la perseverancia, encerrándose en la casa del conocimiento de sí. El por sí mismo debe estar fundado en el conocimiento de mí para no caer en confusión. Por él adquirirá el odio a la tendencia de los sentidos al goce de las propias consolaciones. Del odio, basado en la humildad, sacará la paciencia. En ella se hará más fuerte contra los embates del demonio, contra las persecuciones de los hombres y contra mí cuando por su bien retiro el deleite de su espíritu. Esta virtud hará llevaderas a las demás.

Si sus sentidos, por su mala inclinación, quisieren levantar la cabeza contra la razón, el juez de la conciencia debe levantarse sobre sí mismo y atenerse a la razón con energía y no dar paso a movimientos que no sean correctos, si bien el alma que tiene esa energía corrige y reprende en todo momento no sólo los que van contra la razón, sino muchas veces aquellos de que soy yo la causa.

Esto quiso decir mi servidor Gregorio cuando enseñó que la santa y pura conciencia encuentra pecado donde no lo hay, o sea, que, por la pureza de la conciencia, ve culpa donde no existe.

Así debe obrar y obra el alma que quiere superar la imperfección esperando en la casa del conocimiento de sí, con la luz de la fe, mi determinación al modo que lo hicieron los discípulos, que permanecieron en casa y no se movieron, sino que perseveraron, hasta la llegada del

Espíritu Santo [1], en vela humilde y en continuada oración.

Lo mismo hace el alma que se ha levantado de la imperfección y se encierra para alcanzar la perfección. Sigue en vela, mirando con los ojos del entendimiento a la doctrina de mi Verdad con humildad, porque se ha conocido en la continua oración, es decir, en el santo y verdadero deseo, porque en sí reconoció el afecto de mi caridad.

74 [Señales por las que conoce el alma si ha llegado al amor perfecto.]

Me queda ahora por decirte en qué se nota que el alma ha alcanzado el amor perfecto. Es la misma señal aparecida en los discípulos después de haber recibido el Espíritu Santo, pues salieron de casa y, perdido todo temor, anunciaban mi palabra, predicando la doctrina del Verbo, de mi Hijo unigénito; no temían los castigos; más bien se gloriaban en ellos [1]; no sufrían preocupación por hallarse ante los tiranos del mundo ni por enseñarles la verdad para gloria y alabanza de mi nombre.

Así ocurre con el alma que ha tenido la confianza que proviene del conocimiento de sí, porque yo he vuelto a ella con el fuego de mi caridad. En ésta, mientras permanecéis en casa, nacen las virtudes con la perseverancia por afecto del amor. Con él y la virtud vence la inclinación de los propios sentidos.

Con igual caridad participáis de la sabiduría de mi Hijo. Por ella veis y conocéis con los ojos del entendimiento tanto mi Verdad como las argucias del amor espiritual sensitivo, es decir, el amor imperfecto del consuelo propio; conocéis la malicia y falsía que el demonio pone en el alma apegada al amor imperfecto, y por ello se ha levantado con odio a la imperfección y con amor a la perfección.

Por esta caridad, que es el Espíritu Santo, hace partícipe al alma de su voluntad, dándole fuerza para sufrir

[1] Act 1,13-14.

[1] Act 2,4 y 5,41.

los trabajos y salir de casa en mi nombre para ejercitar la virtud en favor del prójimo. No es que salga de la casa del conocimiento de sí, sino que de la casa del alma salen engendradas las virtudes por el afecto del amor y las hace brotar de muchos y variados modos cuando el prójimo lo necesita. Como ha perdido el temor a verse privada de sus consuelos, como arriba te dije, cuando ha llegado al amor perfecto y libre, sale olvidándose de sí misma.

Esto los une con el cuarto estado, esto es, que en el tercero, que es un estado perfecto, en que gusta y da a luz la caridad con el prójimo, recibe el último grado de perfecta unión conmigo. Ambos estados se hallan unidos, y no se da uno sin el otro, igual que mi caridad y la que se tiene con el prójimo, que no puede hallarse separada de la mía.

Estos dos estados no se dan uno sin el otro, como te iré explicando y mostrando al hablar del tercer grado.

75 [Los imperfectos quieren seguir solamente al Padre, pero los perfectos siguen al Hijo.—Visión que tuvo esta alma. Se habla de bautismos diversos y de otras cosas bellas y útiles.]

Te he dicho que el alma ha salido de la casa, lo que es signo de haberse levantado de la imperfección y unido a la perfección.

Abre los ojos del entendimiento y mira cómo corren por el puente de la doctrina de Cristo, que para vosotros fue regla y camino. El que se halla en amor imperfecto, no quiere sufrir trabajos, y como en mí no puede haberlos, me sigue a mí; pero no a mí, sino al deleite que en mí encuentran. No lo hacen así los que quieren la perfección, los cuales no ponen los ojos de su entendimiento en mí, sino que, como ebrios y ardiendo en amor, suben los tres escalones comunes que puse como alegoría de las tres potencias del alma, y que prefiguran aquí los tres peldaños del cuerpo de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito. Subidos a los pies por el afecto del alma, alcanzan el costado, en que encuentran los secretos del corazón y conocen el bautismo del agua, que tiene valor de sangre. En ella encontró el alma la gracia del santo

bautismo una vez que ella tiene preparado su receptáculo para recibir la gracia, empapada de la sangre.

¿Dónde conoció el alma la dignidad de verse unida y empapada en la sangre del Cordero cuando recibe el santo bautismo en virtud de la sangre? En el costado conoció el fuego de la caridad divina. Así te lo mostró mi Verdad, si te acuerdas bien, cuando le preguntaste: «Dulce e inmaculado Cordero, tú estabas muerto cuando te abrieron el costado; ¿por qué quisiste que fuese herido y partido tu corazón?» [1]

Si lo recuerdas bien, El respondió que había muchas razones para ello. Te diré la principal: porque mi amor al género humano era infinito, y el acto de sufrir penas y tormentos era finito, y por lo finito podía manifestar todo el amor con que amaba, que era infinito. Por eso quise que vieseis el secreto de mi corazón mostrándotelo abierto, para que vieses que yo amaba más que lo que podían demostraros mis sufrimientos finitos. Derramando sangre y agua, os mostré el santo bautismo del agua, el cual recibís en virtud de la sangre.

«También os mostré el bautismo de la sangre de dos modos: uno es aquel en que son bautizados en la sangre derramada por mí. Cuando no pueden recibir otro bautismo, ése tiene valor en virtud de mi sangre. Otros se bautizan con el fuego, deseando el bautismo con afecto de amor, y no lo pueden recibir. No hay bautismo de fuego sin sangre, puesto que ésta se halla entremezclada y empapada con el fuego de la divina caridad, ya que fue derramada por amor.

»Hablando figuradamente, recibe el alma de otro modo el bautismo de la sangre. De éste provee la caridad, porque conoce la enfermedad y la fragilidad del hombre, pues por ellas pierde la gracia, que recibió en el bautismo en virtud de la sangre. (No es que el hombre se vea forzado, por su fragilidad o por otra causa, a cometer pecado en contra de su voluntad, sino que, como frágil, cae en la culpa de pecado mortal.) Por eso fue necesario que la caridad divina determinara dejarles

[1] Alusión autobiográfica. Respetamos el entrecomillado hasta el fin del capítulo no por ser palabras exactas del Hijo, sino en atención al original.

un perenne bautismo de sangre, que se recibe con la contrición de corazón y con la santa confesión, declarando, cuando se puede, los pecados a mis ministros, que tienen la llave de la sangre. Con ella rocía el sacerdote la cara del alma por la absolución.

»Si uno no se puede confesar, basta la contrición de corazón. Entonces, la mano de mi clemencia os da el fruto de esta preciosa sangre; pero, pudiendo confesaros, quiero que lo hagáis. Quien lo pueda hacer y no quiera, será privado del fruto de la sangre. Cierto que en el último momento de la muerte, si quiere el hombre confesarse y no puede, también recibirá la sangre. Pero ninguno sea tan insensato que por esta razón se deje llevar de la confianza para poner en orden sus acciones en el último extremo de la muerte, porque no es seguro, en razón de su obstinación, que yo, en mi divina justicia, no diga: «Tú no te acordaste de mí en la vida, cuando te fue posible; yo no me acuerdo de ti en la muerte». Por ello, nadie se abandone, y, si alguno lo ha hecho, no debe dejar para el último momento el confesarse pretextando la confianza en la sangre.

»Ves, por tanto, que este bautismo es perenne, por lo que el alma debe bautizarse en él continuamente. Por él conoce que mi obra, esto es, el sufrimiento en la cruz, fue finita, pero el fruto que de él habéis recibido por medio de mí es infinito. Esto ocurre en virtud de la naturaleza divina, infinita, unida a la humana, finita, que sufre en mí, el Verbo, que me hallo vestido de vuestra humanidad. Pero, porque se hallan entremezcladas y fundidas una en otra, no porque sea infinito el sufrimiento del cuerpo ni del deseo que tenía de terminar vuestra redención, la eterna divinidad atrajo hacia sí la pena que sufrí yo con tan ardoroso amor.

»Por eso puede llamarse infinita a esta operación; no porque lo sea el sufrimiento del cuerpo ni la pena de deseo que debía satisfacer por vuestra redención, sino porque ella terminó en la cruz cuando el alma se apartó del cuerpo. Pero el fruto que produjo el sufrimiento y el deseo de vuestra salvación es infinito, y por ello lo recibís de modo infinito. Si no hubiese sido infinito, el género humano no hubiera sido restaurado, es decir, el presente y el porvenir. Tampoco el pecador podría le-

vantarse de su culpa si este bautismo de la sangre no se hubiera dado de modo infinito, o sea, si no fuera infinito su fruto.

»Esto es lo que os mostré con la abertura de mi costado, donde halláis los secretos del corazón al mostraros que os amo más de lo que puedo manifestar con los sufrimientos finitos. Te lo mostré infinito. ¿Cómo? Por el bautismo de la sangre unida al bautismo común dado a los cristianos que lo quieran recibir: el agua unida con la sangre y el fuego, en que el alma se empapa de mi sangre. Y para certificároslo, quise que del costado saliese agua y sangre.

»Con esto te he respondido a lo que me preguntaste».

76 [El alma, habiendo subido al tercer escalón del santo puente, llegando a la boca, cumple con el oficio de ésta.—La señal de haber llegado a ella es tener muerta la voluntad propia.]

Te he repetido a la letra lo que te contestó mi Verdad para que conozcas la excelencia en que se halla el alma que ha subido el segundo escalón. En él se conoce y adquiere tan ardiente amor, que en seguida se sube al tercero, o sea, a la boca, con lo que manifiesta haber llegado al estado perfecto.

¿Por dónde pasó? Por el corazón, es decir, por el recuerdo de la sangre en que se rebautizó, abandonando el amor imperfecto en razón del conocimiento que sacó del amor del corazón cuando gustó y manifestó el fuego de mi caridad. Que éstos llegaron a la boca, lo demuestran poniéndola en acción. La boca habla y gusta con la lengua que está en ella, toma los alimentos y los empuja al estómago. Los dientes los trituran, ya que de otro modo no podrían tragarse.

Así ocurre con el alma. Primeramente me habla con la lengua, que está en la boca del santo deseo, es decir, con la lengua santa y continua oración. Habla corporal y espiritualmente: espiritualmente, cuando me ofrece dulces y amorosos deseos en bien de las almas, y corporalmente, anunciando la doctrina de mi Verdad, amonestando, aconsejando y confesándola sin temor alguno al sufrimiento que el mundo le quiera procurar. Lo hace

con audacia, ante todos, de modos distintos y a cada uno según su estado.

Digo que come tomando el alimento del alma, por amor a mí, en la mesa de la santísima cruz [1]. De otra manera o en otra mesa no podría comer tan perfectamente. Tritura el alimento, pues, si no, no lo podría deglutir. Lo hace con los dientes, esto es, con el odio y con el amor, con dos hileras de dientes en la boca del santo deseo, que retiene la comida, triturándola con el odio de sí y con el amor a la virtud en sí mismo y en su prójimo. Por amor a las almas desmenuza toda injuria, villanía, escarnio y los improperios de las muchas persecuciones, sufriendo hambre, sed, calor y frío, con penosas ganas de llorar y con sudores. Todo lo machaca por mi honor, soportando y sufriendo al prójimo. Después de haberlo desmenuzado, el paladar lo gusta, saboreando el fruto del sufrimiento y el deleite de las almas por medio de la caridad para conmigo y para con su prójimo. Así llega este manjar al estómago que se halla dispuesto a recibirlo con amor cordial, deleite y dilección de la caridad con su prójimo, por el deseo y hambre de las almas, rumiando de modo que pierde la blandura de la vida corporal para tomar el manjar de la doctrina de Cristo crucificado en la mesa de la cruz.

Entonces crece el alma en las verdaderas virtudes; y tanto se llena por la abundancia de la comida, que el vestido de los propios sentidos, o sea, el cuerpo que recubre al alma, revienta en cuanto a la inclinación de los sentidos. Quien revienta muere, así la voluntad sensitiva queda muerta. Esto sucede porque la ordenada voluntad del alma se halla viva en mí, vestida de mi eterna voluntad, y por eso la sensitiva encuentra la muerte.

Esto lo experimenta el alma que de veras ha llegado al tercer escalón. La señal de haberlo subido es que ha matado la propia voluntad al probar el afecto de mi caridad, y por eso encontró paz y quietud en la boca. Sabe que en la boca se da la paz [2]. Así, en el tercer estado encuentra la paz en tal grado, que nada la puede turbar

[1] Jn 4,34.

[2] El beso de paz se daba en la misa antes de la recepción de la eucaristía, simbolizando el perdón y paz fraterna.

por haber perdido y ahogado su voluntad, que, cuando ha muerto, le produce paz y quietud.

Estos dan a luz la virtud sin que sufra su prójimo. No es que los sufrimientos dejen en sí de serlo, sino que ya no son sufrimiento para la voluntad muerta, ya que todo lo soportan de buen grado por mi nombre.

Corren sin negligencia por la doctrina de Cristo crucificado y no aflojan la marcha por injuria que se les haga, ni por persecución alguna, ni por placer que encuentren, es decir, placer que el mundo les quiera proporcionar. Todo esto lo sufren con verdadera fortaleza y perseverancia, revestido su afecto con el de mi caridad, gustando el alimento de la salvación de las almas con verdadera y perfecta paciencia. Este es un signo demostrativo de que aman con perfección y sin consideración alguna, ya que, si por propio provecho me amasen, andarían impacientes y con menos prontitud.

Pero porque me aman a mí por mí, en cuanto que soy suma Bondad y digno de ser amado, y por mi causa aman al prójimo para dar gloria y alabanza a mi nombre, por eso son pacientes y perseverantes.

77 [Las obras del alma después de haber alcanzado el tercer escalón.]

Estas son las tres gloriosas virtudes, basadas en la verdadera caridad, que se hallan en la cima del árbol de la misma caridad: la paciencia, la fortaleza y la perseverancia, que se halla nimbada con la santísima luz de la fe. Con ella caminan sin oscuridad por el camino de la verdad. La caridad está colocada en lo más alto por el santo deseo, y por eso nadie la puede perjudicar: ni el demonio con sus tentaciones, porque teme al alma que arde en el horno de la caridad; ni las difamaciones e injurias de los hombres. A pesar de lo que el mundo las persigue, el mundo teme estas virtudes.

Ellas permiten a mi bondad hacerlos fuertes y grandes ante mí y ante el mundo por haberse empequeñecido con la verdadera humildad. Bien lo adviertes tú en mis santos, que por mí se anonadaron. Los hice grandes ante mí, Vida perdurable, y ante el cuerpo místico de la santa Iglesia, en que se les recuerda siempre por estar

sus nombres escritos en mí, que soy el libro de la vida. De modo que el mundo los reverencia por haber despreciado al mundo.

Ellos no ocultan la virtud por temor, sino por humildad, y, si es necesario para servir al prójimo, no la dan de lado por temor a los trabajos ni a perder el propio consuelo, sino que varonilmente la sirven en perjuicio propio, sin preocuparse de sí mismos. Emplean su vida y tiempo en mi honor por todos los modos, y se alegran y encuentran la paz y quietud de espíritu.

¿Por qué? Porque no eligen servirme a su modo, sino según el mío. Por ello tiene para ellos tanto peso el tiempo de la tribulación como el del consuelo, tanto la prosperidad como la adversidad. Les es de tanta importancia una cosa como la otra, porque en todo ven mi voluntad, y no piensan más que en conformarse con ella donde quiera que la encuentren.

Han comprendido que nada se hace sin mí, ni sin misterio y providencia divina, a excepción del pecado, que es la nada, y por eso odian el pecado y reverencian todo lo demás. Esta es la razón de ser tan firmes y perseverantes en su camino hacia la verdad y de que no se desanimen, sino que sirvan fielmente a su prójimo, sin tener en cuenta su ignorancia e ingratitud, ni que unas veces el pecador le injurie y reproche sus buenas obras. A pesar de todo suplican ante mí en la oración, doliéndose más de la ofensa que me hace y del perjuicio para su alma que de la injuria que reciben.

Estos dicen con el apóstol San Pablo, mi abanderado: «El mundo nos maldice, y nosotros bendecimos; nos persigue, y damos gracias; somos arrojados como inmundicia y basura del mundo, y lo soportamos pacientemente» [1].

Ves, queridísima hija, las dulces señales, y especialmente la de la paciencia. Por ella muestra el alma que se ha elevado de verdad del amor imperfecto y ha conseguido el perfecto, siguiendo al dulce e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito. Estando El colgado en la cruz, sostenido por los clavos del amor, no se volvió atrás por la frase de los judíos, que gritaban: «¡Baja de

[1] 1 Cor 4,13.

la cruz y te creeremos!» [2], como tampoco se volvió atrás, de modo que no perseverase en la obediencia que yo le había impuesto, sino que lo hizo con tanta paciencia, que sus quejas no significaron recriminación alguna.

Los queridísimos y fidelísimos hijos míos siguen la doctrina y ejemplo de mi Verdad. Aunque con halagos quiera el mundo volverlos de su camino, no vuelven su vista para mirar al arado, sino únicamente a lo íntimo del objeto de mi Verdad. No quieren abandonar el campo de lucha para regresar a las faldas propias [signo de feminidad] que dejaron, y con ello agradar y temer más a las criaturas que a mí, su Creador; antes bien, se mantienen en la batalla contra el deleite llenos y embriagados por la sangre de Cristo crucificado. Os he colocado delante esta sangre, en la tienda de la caridad del cuerpo místico de la santa Iglesia, para dar ánimos a los que de verdad quieren ser caballeros y guerreros contra sus propios sentidos y la frágil carne, contra el mundo y contra el demonio. Deben combatir contra esos enemigos con el cuchillo del odio y con el amor a la virtud. Este amor es un arma que los protege de los golpes que puedan llegar a su carne si no llevan las armas encima y el cuchillo en la mano. Las entregan si las ponen en manos de los enemigos, o sea, si dan las armas con la mano del libre albedrío, rindiéndose voluntariamente a ellos. No actúan así los que se hallan embriagados con la sangre, sino que perseveran hasta la muerte, en la que quedan vencidos todos sus enemigos.

¡Oh virtud gloriosa, cuán grata me eres y cómo brillas en el mundo ante los ojos entenebrecidos de los ignorantes, que no pueden tomar parte en la luz de mis servidores! En su odio resplandece la clemencia que mis servidores tienen respecto de su salvación; en la envidia refulge la amplitud de la caridad; en la crueldad, la piedad, pues el mundo es cruel para con ellos, y, por el contrario, ellos son piadosos; en la injuria brilla la paciencia, reina que tiene el señorío y gobierna toda virtud, por ser la esencia de la caridad. Ella manifiesta las virtudes del alma: demuestra si son virtudes fundadas en mí, Bondad eterna, o no. Vence y nunca es vencida;

[2] Mt 27,40-42 y Mc 15,32.

se halla acompañada de la fortaleza y de la perseverancia; vuelve a casa con la victoria; habiendo ido al campo de batalla, vuelve a mí, el Padre eterno, que premio sus trabajos, y de mí reciben la corona de la gloria.

78 [Sobre el cuarto estado, que no está separado del tercero.—Las obras del alma que ha llegado a él.—Dios, por la presencia constante, nunca se aparta del alma.]

No quiero dejar ahora de expresarte cuán gratos me son estos servidores míos, ya cuando se hallan en cuerpo mortal, por haber llegado al tercer estado; en ese mismo adquieren el cuarto. Este no se encuentra separado del tercero, sino unido con él, de modo que no puede darse el uno sin el otro, igual que mi caridad y la del prójimo, pues es un fruto del estado tercero, que consiste en la unión conmigo. En él recibe fortaleza sobre fortaleza; no porque sufra con paciencia, sino por el ardiente deseo con que quiere sufrir por la gloria y alabanza de mi nombre.

Ellos se glorían en los oprobios de mi Hijo unigénito como el glorioso San Pablo, mi heraldo: «Me glorío en las tribulaciones de Cristo crucificado» [1]. En otro lugar dice: «Llevo las señales de Cristo crucificado en mi cuerpo» [2]. Como enamorados de mi amor y hambrientos del alimento que son las almas, corren a la mesa de la cruz santísima, queriendo ser útiles al prójimo y conservar y adquirir las virtudes llevando las señales de Cristo en sus cuerpos con penas y mucho sufrir. Esto indica que en su cuerpo brilla el amor ardiente, manifestándolo con el desprecio de sí mismos y con el placer en los oprobios, sufriendo las penas y trabajos que les envío por todas partes y de todas las maneras.

A estos hijos míos queridísimos, las penas les resultan deleites, y la fatiga todo consuelo y placer que a veces el mundo les puede proporcionar. Porque no sólo los da el mundo por dispensación mía, sino que hasta reciben consuelo de mí, el Padre. En su espíritu menosprecian las ayudas que a veces les otorgan los servidores del

[1] 2 Cor 12,19-20.
[2] Gál 6,17.

mundo, lo mismo que la reverencia que les guardan impelidos por mi divina bondad. No menosprecian el consuelo, el don y mi gracia, sino el deleite que halla el alma y el deseo de tal consolación.

Esto ocurre en razón de la verdadera humildad adquirida en el santo aborrecimiento. Ella, ama y nodriza de la caridad, es adquirida por el verdadero conocimiento de mí y de sí. Ves, pues, que la virtud resplandece en sus cuerpos y en su espíritu con los signos de Cristo crucificado.

A éstos les es dado no sentirse separados de mí, como te dije de los otros, de los que me aparto y vuelvo; haciéndolo no en cuanto a la gracia, sino en cuanto a las percepciones sensibles. No hago lo mismo con los perfectísimos, los que han alcanzado la perfección máxima, muertos totalmente a su voluntad, sino que continuamente reposo en sus almas por la gracia y me dejo sentir en ellos. Es decir, que cada vez que por amor desean unirse en espíritu conmigo, lo pueden hacer, pues su deseo ha conseguido tal unión por afecto de amor, que nada les puede apartar, sino que todo lugar es apto para hacerlo y todo tiempo es para ellos tiempo de oración. Su trato está por encima de la tierra y puesto en el cielo, o sea, que su afecto terreno y amor sensible les ha sido erradicado. Una vez subidos los tres escalones que te mostré como alegoría en el cuerpo de mi Hijo unigénito, se han elevado a las alturas celestiales por la escala de la virtud.

En el primero descalzaron los pies del afecto del amor al vicio; en el segundo probaron los secretos y afectos del corazón, donde concibieron la virtud; en el tercero experimentaron la virtud en sí mismos y, elevándose del amor imperfecto, adquirieron la máxima perfección. Así han encontrado el descanso en la doctrina de mi Verdad, y también la comida y el camarero. El manjar lo saborean mediante la doctrina de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito.

Yo soy para ellos lecho y mesa. El dulce y amoroso Verbo es su manjar, tanto porque los reciben de este glorioso Verbo como porque El es la comida que se os da. Su carne y su sangre, Dios y hombre verdadero, las recibís en el sacramento del altar, preparado y dado por

mi bondad, mientras sois peregrinos y caminantes, para que no desfallezcáis por la debilidad y para que no perdáis la memoria de beneficio de la sangre derramada por vosotros con tan ardiente amor, y para que siempre os halléis fuertes y contentos durante vuestro caminar. El Espíritu Santo, esto es, el afecto de mi caridad, es el camarero que reparte los dones y las gracias.

Este dulce camarero trae y lleva: trae y me ofrece sus dulces y amorosos deseos y lleva al alma el fruto de la caridad divina y de sus trabajos, gustando y alimentándose de la dulzura de mi caridad. Por eso, yo soy la mesa; mi Hijo, la comida, y el Espíritu Santo, que procede de mí y del Hijo, el servidor.

Advierte, pues, cómo me sienten continuamente en su espíritu. Cuanto más han despreciado el deleite y amado el sufrimiento, más carecen de él, y por ello encuentran gozo. ¿Por qué? Porque se hallan encendidos y ardiendo en mi caridad, en la que su voluntad es reducida a cenizas. Por eso, el demonio teme el báculo de la caridad, y lanza las flechas de lejos y no se atreve a acercárseles. El mundo golpea la corteza de su cuerpo creyendo hacerles daño, y se lo hace a sí mismo; porque la flecha que no encuentra dónde penetrar, se vuelve contra el que la arroja. Esto sucede al mundo con las saetas de sus injurias, persecuciones y murmuraciones: cuando las lanza contra mis perfectísimos servidores, no encuentra lugar alguno por donde hacerlas entrar, porque está cerrado el huerto de su alma, y las saetas, envenenadas con la ponzoña del pecado, rebotan contra el que las ha arrojado.

Mira cómo por ninguna parte se les puede herir, porque, hiriendo al cuerpo, no se hiere al alma. Por el contrario, ésta se encuentra feliz y a la vez afligida: afligida, por el pecado del prójimo, y feliz, por la unión y afecto de la caridad que ha recibido.

Estos imitan al Cordero inmaculado, mi Hijo unigénito, que, estando en la cruz, se hallaba feliz y afligido: afligido, al soportar la cruz, sufriendo en el cuerpo los trabajos y el deseo de satisfacer por el pecado del género humano, y feliz porque la naturaleza divina, unida a la humana, no podía sufrir, y constantemente hacía feliz a aquella naturaleza humana al mostrársele sin velo al-

guno. Y por esto se hallaba feliz y afligido, pues la carne sufría, mientras que la divinidad no podía padecer. Lo mismo ocurre al alma en cuanto a la parte superior del entendimiento.

De la misma manera, estos hijos queridos, los que han llegado al tercero y cuarto grados, se encuentran afligidos por llevar la cruz temporal y espiritual, esto es, sufriendo temporalmente las penas en su cuerpo en la medida en que yo lo permito; también la cruz del deseo, es decir, el torturante dolor por el pecado contra mí y en perjuicio del prójimo. Repito que son felices por el deleite de la caridad, que les hace bienaventurados y no les puede ser arrebatada, por lo que reciben alegría y felicidad. Por esta razón no se llama a este dolor «dolor aflictivo», que empobrece al alma, sino «dolor aumentativo», porque la hace crecer en el afecto de la caridad, pues las penas aumentan, fortifican, acrecientan y ponen de manifiesto la virtud.

Así que la pena es aumentativa y no aflictiva, ya que ningún dolor ni pena la pueden apartar del fuego. Como el tizón, cuando se halla hecho brasa en el horno, no hay quien lo pueda coger para apagarlo, porque todo él es fuego, así las almas, puestas en el horno de mi caridad, no quedan fuera de mí; ninguna queda con su voluntad propia, sino hecha completamente fuego en mí. Nadie las puede agarrar y apartarlas de mi gracia, porque se han hecho una cosa conmigo y yo con ellas. Nunca me aparto de su presencia, su espíritu me siente dentro de sí, mientras, como te dije, de los otros me aparto y vuelvo, desapareciendo a su percepción, aunque no en cuanto a la gracia. Esto lo hago para que consigan la perfección. Llegados a ella, abandono el juego del amor, ese marchar y volver que se llama «juego de amor», porque por amor desaparezco y por amor vuelvo. No soy yo precisamente quien desaparece, pues soy inmutable, sino la percepción que pone mi caridad en el alma; ella es la que va y vuelve.

79 [Dios no se aparta de estos perfectísimos ni por perfección ni por gracia, pero sí por unión.]

Decía que los privados por mí de la percepción nunca pierden mi presencia. En algún modo, sin embargo, me

aparto de ellos, porque el alma que se halla unida al cuerpo no es capaz de recibir de modo permanente la unión que verifico en ella, y, por no ser apta, me retiro; no por causa de la percepción o de la gracia, sino por la unión. Se elevan las almas con anhelante deseo, corren con brío por el puente de la doctrina de Cristo crucificado, alcanzan la puerta por la elevación de su espíritu hacia mí. Empapadas y embriagadas de sangre, arden con fuego de amor y saborean en mí la eterna divinidad, que en ellas es mar de paz, donde han logrado tan perfecta unión que el espíritu no tiene movimiento alguno que se halle fuera de mí. A pesar de ser mortales, experimentan los bienes inmortales, y, soportando la pesadez del cuerpo, reciben la agilidad del espíritu. Por eso, muchas veces el cuerpo es elevado de la tierra, a causa de la unión efectuada conmigo; algo así como si un cuerpo pesado se hiciese volátil.

No por ello pierde su gravedad, sino que la unión que el alma ha hecho conmigo es más completa que la existente entre el alma y el cuerpo, y por eso la fuerza del espíritu unido a mí levanta de la tierra el peso del cuerpo, y éste queda inmóvil, completamente desprendido por el afecto del alma, a la vez que, como recordarás haber oído de algunas personas, le sería imposible vivir si mi bondad no lo rodeara de fortaleza.

Por eso quiero que sepas que es mayor milagro ver que el alma no se separa del cuerpo durante esta unión, que ver muchos cuerpos resucitados. Y así, yo, por algún tiempo, la privo de la unión, haciendo volver al alma al vaso de su cuerpo; es decir, que el cuerpo, totalmente enajenado por el afecto del alma, recobra su sensibilidad. No es que el alma se aparte del cuerpo, lo que no hace sino por la muerte, sino que sus potencias la abandonan, y también el afecto, por el amor unido a mí. Por lo que la memoria no se encuentra llena sino de mí; el entendimiento es sublimado al contemplar mi Verdad; la voluntad, que sigue al entendimiento, ama y se une a lo que el entendimiento ve.

Juntas y unidas estas potencias, sumergidas y anegadas en mí, pierde el cuerpo su sensibilidad, de modo que el ojo, viendo, no ve; la lengua, hablando, no habla; la mano, palpando, no toca, y los pies, caminando, no

avanzan. Algunas veces, a causa de la abundancia del corazón, se permitirá que la lengua hable, para que se desahogue el corazón y para alabanza y gloria de mi nombre. Todos los miembros se hallan entorpecidos y ocupados por el sentimiento del amor. Por estos lazos están sometidos a la razón y unidos por el afecto del alma, y casi contra su naturaleza, una vez que me piden a mí, el Padre eterno, ser separados del alma, y ésta del cuerpo. Claman ante mí con el glorioso San Pablo: «¡Desventurado de mí!; ¿quién me desligará del cuerpo? Porque tengo una ley perversa que lucha contra el espíritu» [1].

San Pablo no habla sólo de la lucha de lo sensible contra el espíritu, pues por mis palabras se lo había asegurado cuando le dije: «Pablo, bástete mi gracia» [2]. ¿Por qué lo decía? Porque se sentía ligado al vaso del cuerpo, que le impedía verme por un espacio de tiempo, es decir, hasta la hora de la muerte. La vista le impedía verme a mí, Trinidad eterna, con la visión de los inmortales bienaventurados, que continuamente dan gloria y alabanza a mi nombre, y se encontraba entre los mortales, que de continuo me ofenden; privado de mi visión, es decir, de verme en mi esencia.

No es que él y los demás servidores míos no me vean y gusten, no en la esencia, sino de modos diversos, con el afecto de la caridad, según place a mi bondad presentarme a vosotros, sino que todo lo que ve el alma mientras está en el cuerpo es oscuridad en comparación con lo que ve cuando está separada de él. Por esto parecía a San Pablo que su vista, como sentido, le impedía el ver del espíritu, es decir, que la experiencia humana de la pesadez del cuerpo obstaculizaba tanto al entendimiento, que no le dejaba verme cara a cara. Le parecía que la voluntad humana se hallaba impedida para poder amar tanto como deseaba, puesto que todo amor en esta vida es imperfecto hasta que consigue la perfección.

El amor de Pablo y de los demás servidores míos no era imperfecto en gracia y caridad, sino perfecto. Era imperfecto en cuanto que no se saciaba en su amor, por

[1] Rom 7,24 y alusión autobiográfica.
[2] 2 Cor 12,9.

lo cual sufría. Si hubiese estado saturado del deseo de lo que amaba, no habría tenido pena; pero como el amor, mientras se está en el cuerpo, no es completo en quien ama, de ahí la pena.

Una vez separada el alma del cuerpo, su deseo se encuentra satisfecho, y por ello ama sin sufrir. Se encuentra saciada, y no sufre el hastío de la saciedad. Aun saciada, tiene hambre, pero no la sufre, porque su capacidad receptiva se halla de verdad desbordada y tan firme y estable, que no puede ya desear cosa que no tenga: si desea verme, me ve cara a cara; si quisiere ver la gloria y alabanza de mi nombre, la ve en mis santos, en los ángeles y en los hombres.

80 [Los mundanos dan gloria y alabanza a Dios, lo quieran o no.]

La visión del alma perfecta es tan completa, que ve la gloria y alabanza de mi nombre no sólo en los ciudadanos que están en la vida eterna, sino también en las criaturas mortales. Lo quiera el mundo o no, ellos me dan gloria.

Ciertamente que no me la dan grande como deberían, amándome sobre todas las cosas; pero, por mi parte, yo recibo de su gloria y alabanza lo que en ellos brilla de mi misericordia y de la abundancia de mi caridad, pues les concedo tiempo y no mando a la tierra que los trague, sino que espero y ordeno que la tierra les dé sus frutos; el sol, que les caliente, la luz y el calor, y que el cielo se siga moviendo. En todas las cosas creadas, hechas para vosotros, ejercito mi misericordia y caridad, no privándoles de ellas por sus pecados, sino que tanto doy al pecador como al justo. Muchas veces doy más al pecador, porque los justos se hallan más dispuestos a sufrir, y les quito los bienes de la tierra para darles con más abundancia los del cielo.

De este modo brillan en ellos mi misericordia y mi caridad; unas veces, en las persecuciones que los servidores del mundo les procurarán, dándoles ocasión para ejercitar en ellos las virtudes de la paciencia y de la caridad. Cuando un servidor mío sufre, ofrece oraciones humildes y continuas, y con ello me da gloria y alaba mi

nombre. Por eso, lo quiera o no el malvado, aunque su móvil sea más bien injuriarme, me da gloria, por el modo de reaccionar mis servidores.

81 [Hasta los demonios dan gloria y alabanza a Dios.]

Los malos se hallan en esta vida para aumentar la virtud de mis servidores, al modo que los demonios están en el infierno como verdugos e instrumentos míos, o sea, ejerciendo la justicia con los condenados y como estímulo para todas las criaturas que andan y peregrinan por esta vida, que están hechas para unirse a mí, su fin. Ellos hacen crecer a mis servidores ejercitándolos en la virtud con muchos trabajos y tentaciones de diversos modos: haciendo que se injurien unos a otros, se roben unos a otros; y no sólo por medio de las cosas e injurias, sino privándolos de la caridad. Creyendo perjudicarles con ello, los hacen fuertes y que en ellos se manifiesten las virtudes de la paciencia, fortaleza y perseverancia.

De este modo dan gloria y alabanza a mi nombre y se cumple mi verdad en los que creé para gloria y alabanza de mí, Padre eterno, y para que participen de mi hermosura. Al rebelarse los demonios contra mí por la soberbia, cayeron y fueron privados de mi visión. No me dan gloria en dilección de amor; pero yo, Verdad eterna, los he destinado a ser instrumento para ejercitar a mis servidores en la virtud y como verdugos de los que por sus pecados van a la eterna condenación, lo mismo que de los que van al purgatorio. Ves, pues, que mi verdad se realiza en ellos, es decir, que me dan gloria no como ciudadanos de la vida eterna, pues se hallan privados de ella por sus pecados, sino como ejecutores de la justicia, que se manifiesta con los condenados y con los del purgatorio.

82 [Después de haber pasado de esta vida, el alma ve perfectamente la gloria y alabanza del nombre de Dios en toda criatura.—Se le termina el sufrimiento, pero no el deseo.]

¿Quién ve y percibe que en todo lo creado, en los demonios y en las criaturas racionales, se pueda contem-

plar la gloria y alabanza de mi nombre? El alma despojada del cuerpo y unida a mí, su fin, lo ve con precisión, y con su mirada conoce la verdad. Viéndome a mí, Padre eterno, ama; amando, queda saciada; ya saciada, conoce la verdad; conociendo la verdad, su voluntad se hace firme en la mía. Así queda asegurada y estable de tal forma, que en ninguna manera puede sufrir, porque tiene lo que deseaba tener antes de verme y de ver la gloria y honra de mi nombre.

Esto lo ve con plenitud en mis santos, en los espíritus bienaventurados, en las demás criaturas y en los demonios, como te he dicho. Y, aunque ven ellos las ofensas que me hacen, por las que antes sufrían, ahora no pueden tener dolor, sino compasión sin dolor, amando a los pecadores y suplicándome con afecto de caridad que haga misericordia al mundo.

Ha concluido su sufrimiento, pero no su caridad, como sucedió con el Verbo de mi Hijo unigénito en lo alto de la cruz. En la dolorosa muerte terminó la pena de su torturado deseo de la cruz, pues había sufrido por vuestra salvación desde el principio, en que le envié al mundo, hasta el último momento de la muerte. Con ella no terminó el deseo de vuestra salvación, pero sí los sufrimientos; porque, si hubiese cesado el afecto de mi caridad que os mostré por El, entonces ya no existiríais. Pero mi amor os creó y os conserva. Y como yo soy uno con mi Verdad, el Verbo encarnado, y El conmigo, di fin al sufrimiento del deseo, pero no al amor del deseo.

Observa cómo todos los santos y almas que se hallan en la vida eterna tienen el deseo de la salvación de las almas, sin sufrimiento. Este concluyó con su muerte, pero no el afecto de la caridad; más bien, como embriagados en la sangre del Cordero inmaculado, vestidos con la caridad para con el prójimo, atravesaron la puerta estrecha. Están bañados en la sangre de Cristo crucificado y en mí, Mar de paz; se vieron elevados de la imperfección y de la insatisfacción a la perfección y saciados de todo bien.

83 [Después que San Pablo fue llevado a ver la gloria de los bienaventurados, deseaba ser liberado de su cuerpo.—Esto ocurre también con los que han llegado a los mencionados tercero y cuarto grados.]

San Pablo había visto y experimentado este bien cuando lo elevé al tercer cielo [1], es decir, a las alturas de la Trinidad. Entonces gustó y conoció mi Verdad. Allí recibió el Espíritu Santo con plenitud y aprendió la doctrina de mi Verdad, el Verbo encarnado, y se revistió su alma de la percepción y unión a mí, Padre eterno —como los bienaventurados de la vida perdurable—, con la excepción de que el alma no salió del cuerpo. Ocurrió esto porque fue del agrado de mi bondad hacerlo vaso de elección en el abismo de mí, Trinidad eterna. Lo despojé de mí, porque en mí no cabe sufrimiento, y yo quería que sufriese a causa de mi nombre. Como finalidad puse ante los ojos de su entendimiento a su Cristo crucificado, revistiéndole de su doctrina, atado y encadenado con la clemencia del Espíritu Santo, fuego de caridad. Como a vaso elegido, reformado por mi bondad por no hacer resistencia, fue herido por mí, y me dijo: «Señor mío, ¿qué quieres que haga? Dime lo que tengo que hacer y lo haré» [2]. Cuando le puse ante los ojos a Cristo crucificado, le instruí, otorgándole la doctrina de mi Verdad. Iluminado perfectísimamente por la luz de la verdadera contrición, fundada en mi caridad, con la que lo rescaté de su pecado, se vistió de la doctrina de Cristo crucificado. El la estrechó contra sí, de modo que, como manifestó, jamás le fue arrebatada ni por tentación de los demonios ni por el aguijón de la carne, que muchas veces lo combatía. Ni las tribulaciones ni por causa alguna que le ocurriese abandonaba la vestidura de Cristo crucificado [3], es decir, la perseverancia en su doctrina, sino, más bien, la hacía carne suya. Mi bondad lo abandonó a sí mismo para acrecentarlo en gracia y en mérito por la humillación, pues él había gustado las alturas de la Trinidad. Abrazó esta doctrina de

[1] 2 Cor 12,2-4.
[2] Act 22,10.
[3] 2 Cor 12,7.

tal manera, que por ella dio la vida, y con esa vestidura volvió a mí, Dios eterno.

Así aprendió San Pablo qué es gustar a Dios libre de la pesadez del cuerpo, haciéndoselo experimentar yo por la percepción de la unión y no por la separación.

Después, vuelto en sí, vestido de Cristo crucificado, su amor le parecía imperfecto comparado con la perfección que había visto en mí y en los santos separados del cuerpo. Por eso juzgaba que la pesantez del cuerpo se le oponía, esto es, le impedía la gran perfección y saturación que adquiere el alma después de la muerte. Creía que la memoria, tal como es, era imperfecta, por lo cual se le impedía el recordar y el ser apto para recibirme y gustarme de veras con la perfección con que me reciben los santos. Por eso juzgaba que todas las cosas, mientras permanecieran en su cuerpo, eran una inclinación perversa que luchaba y se rebelaba contra el espíritu. No tuvo lucha con el pecado, pues ya te dije cómo se lo aseguré: «Pablo, te basta mi gracia» [4], sino la lucha con lo que le impedía la perfección total de su espíritu, es decir, de verme en mi esencia. Esta visión le era estorbada por la inclinación y pesantez del cuerpo, y por ello clamaba: «¡Hombre desventurado!; ¿quién me desligará de mi cuerpo?; pues tengo una inclinación perversa pegada a mis miembros que lucha contra el espíritu» [5]. Y era la realidad, pues la memoria era contradicha por la imperfección corporal; el entendimiento, obstaculizado y atado por la pesadez del cuerpo para que no viera cómo soy en mi esencia, y la voluntad, amarrada, pues por el peso del cuerpo podía con dificultad llegar a agradarme a mí, Dios eterno. Pablo decía verdad: tenía atada al cuerpo una ley que luchaba contra su espíritu.

Igualmente, los servidores míos, de los que te dije que habían alcanzado el tercero y cuarto estados de la perfecta unión conmigo, claman con él, queriendo ser desligados y separados del cuerpo.

[4] 2 Cor 12,19.
[5] Rom 7,24.

84 [Razones por las que el alma deseaba ser liberada del cuerpo.—Al no poder ser así, no por eso disiente de la voluntad de Dios.—Más bien se gloría en este y en cualquier otro sufrimiento en honor a Dios.]

Estos tales no consideran mala a la muerte, porque tienen deseos de ella. Han combatido a su cuerpo con aborrecimiento perfecto, por lo que han perdido la suavidad existente entre él y el alma. Han dado un ataque decisivo al amor natural, con aborrecimiento de la vida corporal y con amor a mí. Desean la muerte, y por ello dicen: «¿Quién me desligará de mi cuerpo? Deseo ser desligado del cuerpo y estar con Cristo» [1]. Y con el mismo Pablo añaden: «Tengo la muerte en el deseo y llevo la vida con paciencia»; porque, elevada el alma a la perfecta unión, desea contemplarme y ver que se me da gloria y alabanza. Por eso, al volver a la nube de su cuerpo, al tener conciencia de él, yo me separo del alma; pero sin retirarle mi gracia ni la sensación de mi presencia, como te dije en el segundo y tercer estados. La percepción en el cuerpo atraído hacia mí se debe al afecto del amor, pues todas las sensaciones del cuerpo proceden de la fuerza del afecto del alma, unida a mí más perfectamente que lo están él y el alma. Ya te dije que el cuerpo no es capaz de soportar de continuo la unión de Dios y el alma, razón por la que la interrumpo. Pero siempre vuelvo con más abundancia de gracia y más perfecta unión, más profundidad en la verdad y más conocimiento en el alma manifestándome a ellos. Cuando me retiro de la manera dicha, vuelve el cuerpo a sentirse a sí mismo. El alma se cansa de vivir al ver desaparecida su unión conmigo, y como cesa el trato con los inmortales que me dan gloria, se encuentra con los mortales, a quienes ve ofenderme tan miserablemente.

Este es el atormentado deseo que sufren: el verme ofendido por mis criaturas. Por esto y por el ansia de verme se ha hecho una cosa conmigo por el afecto de amor, no pueden querer ni desear sino lo que yo quiero. Ansían venir a mí; pero, si quiero que permanezcan con sus trabajos para mayor gloria y alabanza de mi

[1] Flp 1,13.

nombre y salvación del alma, están contentos de permanecer en el mundo.

En nada discuerdan de mi voluntad, sino que corren con anhelante deseo, vestidos de Cristo crucificado, por el puente de su doctrina, gloriándose en los oprobios y penas. Se alegran tanto como ven que sufren; es más, sufrir muchas tribulaciones les es un alivio en el deseo de la muerte, ya que muchas veces, por ansia y voluntad de sufrir, se mitiga la pena que tienen de verse libres del cuerpo.

No sólo obran con paciencia, como en el tercer estado, sino que se glorían de padecer por mi nombre muchas tribulaciones. En padecer encuentran gozo, y pena en no tenerlas, por temor a que no quiera yo galardonar las buenas de esta vida y que no me sea agradable el sacrificio de sus deseos. Sufriendo, se alegran de que yo permita sus tribulaciones, por verse revestidas de las penas y oprobios de Cristo crucificado. Por lo que, si les fuese posible la virtud sin trabajos, no la querían, pues desean más alegrarse en la cruz de Cristo y adquirir las virtudes con sufrimiento que obtener la vida eterna de otro modo.

¿Y por qué? Porque se hallan inmersos y anegados en la sangre, donde encuentran mi ardiente caridad. Esta es fuego que procede de mí, que arroba su corazón y su muerte, aceptando el sacrificio de sus deseos. Así se eleva el entendimiento, mirándose en mi divinidad, en la que se alimenta y une el afecto, dejando atrás el entendimiento. Esta visión se efectúa por medio de la gracia infusa que doy al alma que de veras me ama y me sirve.

85 [Los que han llegado al estado unitivo tienen iluminada la inteligencia por una luz sobrenatural infundida por la gracia.—Es mejor que el alma se aconseje de un humilde de santa conciencia que de un sabio soberbio.]

Con esta luz en el entendimiento me vio Tomás de Aquino; con ella, San Agustín adquirió la claridad de su ciencia. Agustín, Jerónimo y otros santos doctores, iluminados por mi Verdad, entendieron y conocieron mi verdad en la oscuridad, es decir, en la santa Escritura. Les parecía oscura por no ser comprensible de modo

natural; no por defecto de la Escritura, sino del que la intentaba comprender. Por eso envié yo estas lumbreras que iluminaran a las ciegas y torpes inteligencias. Esos doctores elevaban el entendimiento para conocer la verdad en las tinieblas, y yo, fuego, aceptando su sacrificio, les arrobaba, dándoles luz no natural, sino sobrenatural, y recibían en la oscuridad la luz, y así conocían la verdad.

Por eso, lo que parecía oscuro, aparece ahora con luz clarísima, ya a los torpes, ya a los inteligentes. Cada uno recibe esa luz según su capacidad y según se quiera cada uno preparar para conocerme, porque yo no menosprecio su disposición. Ves, pues, que el entendimiento ha recibido la luz infusa por medio de la gracia, luz sobrenatural por la que los doctores y demás santos vieron la luz en las tinieblas, y de éstas se hizo luz, pues la inteligencia existió antes que la Escritura, y de la inteligencia viene la ciencia, el ver y el discernir.

De este modo distinguieron y vieron con precisión los santos padres y los profetas que predijeron la venida y muerte de mi Hijo. La misma precisión poseyeron los apóstoles después de la venida del Espíritu Santo, que añadió esta luz a su luz natural. La tuvieron los evangelistas, los doctores, los que confesaron la fe, las vírgenes y los mártires. Todos fueron iluminados por esta luz perfecta. Cada uno la tuvo de modo distinto, según fuera necesaria para su salvación y para las criaturas. En cuanto a la explicación de la santa Escritura, la hicieron los doctores por la ciencia, explanando la doctrina de mi Verdad por la predicación de los apóstoles y las exposiciones existentes sobre los evangelios. Los mártires lo hicieron dando testimonio con su sangre de la luz santísima de la fe y del fruto y tesoro de la sangre del Cordero. Las vírgenes, con el afecto de la caridad, la pureza y obediencia. Los obedientes dan testimonio de la obediencia del Verbo, es decir, de la perfección de la obediencia que brilla en mi Verdad, ya que por la obediencia que le impuse corrió a la afrentosa muerte de cruz.

Toda esta luz que aparece en el Antiguo y Nuevo Testamento —en el Antiguo por las profecías de los santos profetas— fue vista y reconocida por el entendi-

miento por medio de la luz infundida por gracia, añadida a la luz natural, como te he dicho.

¿Cómo es explicada a los fieles cristianos en el Nuevo Testamento, el de la vida evangélica? Por la misma luz. Y como tenían el mismo origen ambos Testamentos, la nueva ley no quebrantó la antigua, sino que se unió a ella; le quitó, sin embargo, la imperfección, pues la antigua se fundaba sólo en el temor.

Al llegar el Verbo de mi Hijo unigénito con la ley del amor, quitado el temor de la pena, la perfeccionó dándole el amor y dejándole el temor santo. Mi Verdad, para demostrar que no era transgresor de la ley, dijo a los discípulos: «Yo no he venido a anular la ley, sino a darle cumplimiento» [1]; como si mi Verdad les dijese: «La ley, ahora imperfecta, la haré perfecta con mi sangre, y así daré cumplimiento a lo que le falta, echando fuera el temor de la pena y fundándola en el amor y santo temor».

¿Quién declaró que ella era la verdad? La luz, que, dada por la gracia, se añade a la luz natural de los que la quieren recibir; de modo que toda la luz de la santa Escritura procede y ha salido de esta luz. Por ello, los ignorantes y soberbios científicos se ciegan ante esta luz, porque la soberbia y la nube del amor propio ha tapado e impedido toda esta luz. Así entienden la Escritura más literalmente que con la verdadera inteligencia, y, revolviendo libros, se complacen sólo en la letra y no en la médula de la Escritura, pues prescinden de la luz con que fue declarada y formada. Estos se maravillan y murmuran al ver que muchos torpes, desconocedores de la ciencia escriturística, están, sin embargo, tan iluminados en el conocimiento de la verdad como si hubieran estudiado largo tiempo. No es de admirar, porque tienen como razón más importante la luz de que proviene la ciencia. Los soberbios han perdido esta luz; no ven ni conocen mi bondad, ni la luz de la gracia infundida en mis servidores.

Te aseguro que es más fácil a un humilde ignorante, con santa y recta conciencia, caminar siguiendo el consejo de la salvación del alma, que a un letrado soberbio,

[1] Mt 5,17.

estudiante en mucha ciencia; porque éste no da sino lo que lleva en sí —vida de oscuridad—, y muchas veces la luz de la Sagrada Escritura le empujará a las tinieblas. Lo contrario se verá en mis servidores, pues la luz que poseen la comunican a las criaturas con hambre y deseo de su salvación.

Te he dicho esto, dulcísima hija mía, para hacerte conocer la perfección de este estado unitivo, donde el entendimiento es arrebatado por el fuego de mi caridad, de la que reciben la luz sobrenatural. Con ella me aman, porque el amor sigue al conocimiento, y cuanto más se conoce, más se ama, y más se conoce; así, uno ayuda a lo otro. Con esta luz llegan a mi eterna visión, en la que me contemplan y gustan de veras cuando el alma está separada del cuerpo, como te dije al hablarte de la bienaventuranza que el alma recibe de mí.

Este es aquel estado excelentísimo en que, siendo aún mortal, se goza entre los inmortales. Por lo que a veces se llega a tan gran unión, que apenas se sabe si está en el cuerpo o fuera de él, y en ese estado gozan las primicias de la vida eterna tanto por la unión conmigo como porque la voluntad ha muerto a sí misma. Por esta muerte hizo la unión conmigo, pues de otro modo no la podría lograr.

Por tanto, gozan una vida eterna privados del infierno de la voluntad propia, que otorga las primicias del infierno al hombre que vive en la voluntad sensitiva.

RECAPITULACION DE LA DOCTRINA DEL PUENTE

86 [Repetición útil de muchas cosas ya dichas.—Dios invita a esta alma devota a que le pida por todas las criaturas y por la santa Iglesia.]

Con los ojos del entendimiento has visto y oído de mí, Verdad eterna, cómo debes aplicarte a ser de provecho para ti misma y para tu prójimo por el conocimiento de mi doctrina y de mi verdad, como te dije al principio: que al conocimiento de la verdad se llega por el de sí misma; no por mero conocimiento de sí, sino sazonado

y unido por el conocimiento de mí dentro de ti. En él has encontrado la humildad, el aborrecimiento y desagrado de ti misma y el fuego de mi caridad. En razón del conocimiento que tuviste de mí dentro de ti, llegaste al amor y dilección del prójimo, siéndole de utilidad con la doctrina y con el ejemplo de una vida santa y honesta.

Te he mostrado también el puente tal como es y los tres escalones comunes colocados por las tres potencias del alma, y cómo nadie puede tener la vida de la gracia si no sube los tres, es decir, que los tres, las tres potencias del alma, han de estar juntos. Te los mostré, además, en particular por medio de los tres estados del alma, figurados en el cuerpo de mi Hijo unigénito. Te dije que de su cuerpo había hecho escalera, mostrándolo en los pies traspasados, en la abertura del costado y en la boca, donde el alma saborea la paz y quietud del modo que te he explicado.

Te he mostrado la imperfección del temor servil y la del amor cuando se ama buscando sólo la dulzura; igualmente, la perfección del tercer estado, la de los que han alcanzado la paz en la boca, habiendo corrido con anheloso deseo por el puente de Cristo crucificado y subido los tres peldaños comunes, es decir, después de haber puesto las tres potencias del alma juntas, en las que se unen sus operaciones en mi nombre, como arriba te expliqué más claramente. Te mostré también los tres peldaños comunes, que, una vez subidos, hacen pasar del estado imperfecto al perfecto. Así has visto correr de veras, y te he hecho gustar la perfección del alma con el ornato de las virtudes, y has entendido los engaños que sufre antes de alcanzar su perfección si no ocupa su tiempo en el conocimiento de sí y de mí.

Asimismo, te he declarado la miseria de los que van a hundirse por el río por no tomar el puente de la doctrina de mi verdad, el que puse para que no os ahogarais. Pero ellos, como locos, han querido hundirse en las miserias y pestilencias del mundo.

Todo esto te lo he declarado para hacer crecer en ti el ardor de santo deseo y la compasión y dolor por la condenación de las almas, para que el dolor y el temor te obliguen a abrazarme entre lágrimas y sudores. Me refiero a las lágrimas de la humilde y perseverante ora-

ción ofrecidas a mí con ardentísimo fuego de deseo. No sólo lo he hecho por ti, sino por muchas otras personas y servidores míos, que al oírlo se verán obligadas por mi caridad a orar y presionar sobre mí para que conceda misericordia al mundo y al cuerpo místico de la santa Iglesia, por la que tanto intercedes.

Porque ya te dije, si bien lo recuerdas, que satisfaría vuestros deseos dándoos alivio en los trabajos, es decir, cumpliendo vuestros dolorosos deseos, concediendo la reforma de la santa Iglesia y buenos y santos pastores; no con la guerra ni con el cuchillo y crueldad, sino con paz y quietud, con las lágrimas y sudores de mis servidores. A vosotros os he puesto como trabajadores de vuestras almas y de las de vuestro prójimo en el cuerpo místico de la santa Iglesia. Cultivad la virtud en vosotros, en el prójimo y en la santa Iglesia con el ejemplo de la doctrina y continuada oración dirigida a mí por ella y por toda criatura, haciendo que la virtud nazca en el prójimo, pues ya te dije que toda virtud y todo defecto se aumentan por medio de él, y por eso quiero que le seáis útiles, y así daréis de los frutos de vuestra viña.

No dejéis de ofrecerme el lloroso incienso de las oraciones por la salvación de las almas, pues quiero otorgar misericordia al mundo y lavar la cara de mi esposa, esto es, la santa Iglesia, con las oraciones, sudores y lágrimas. Ya te la mostré en forma de doncella, con su cara sucia y casi leprosa. Esto sucede por los pecados de los ministros y de toda la comunidad cristiana, los cuales todos se alimentan a los pechos de mi esposa.—

PETICION DE MAYOR CONOCIMIENTO

87 [Esta alma devota pide conocer las clases de lágrimas y sus frutos.]

Entonces, aquel alma, angustiada por un grandísimo deseo, se elevó como embriagada tanto por la unión que había hecho con Dios como por lo que había oído y experimentado de la primera y dulce Verdad, transida de dolor por ignorancia de las criaturas, que no reconocen a su bienhechor, y por el afecto de la caridad de Dios.

Levantó los ojos del entendimiento hacia la dulce Verdad a que se hallaba unida y quiso saber algo acerca de los sobredichos estados del alma de que Dios le había hablado. Al ver que el alma llega a esos estados con lágrimas, quiso saber de la Verdad la diferencia que existe entre ellas, cómo se consiguen y cuáles son sus causas. Sentía alegría, confiando en la promesa que la Verdad de Dios le había hecho de enseñarle el modo que ella y los otros servidores míos debían usar para conseguir que El hiciese misericordia. Porque el conocimiento de la verdad no se puede obtener sino de la misma Verdad. Nada se conoce en la verdad que no se vea en los ojos del entendimiento. Sin embargo, es de necesidad a quien la quiere alcanzar que se eleve con el deseo de conocer por la luz de la fe, abriendo los ojos del entendimiento con la pupila de la fe, poniéndolo en el objeto de la verdad.

Esto le había venido sólo del espíritu de la doctrina que le enseñó la Verdad, es decir, de Dios, pues por otro medio no podría saber lo que deseaba acerca de los estados y de los frutos de las lágrimas. Después de haberlo conocido, se elevó sobre sí misma con ardentísimo deseo, y con la luz de la fe viva orientó su entendimiento a la Verdad eterna. En ella conoció y vio la verdad que de El dimanaba por la manifestación del mismo Dios, es decir, que, por su benignidad y condescendencia con el anhelante deseo de aquel alma, le satisfacía su petición.

Catalina atormentada por los demonios.

LA DOCTRINA DE LAS LAGRIMAS

[División de las lágrimas.—Su origen.—Lágrimas de vida.—Su valor.—Lágrimas de fuego.—El santo deseo: fuente vital de las lágrimas.—Sus frutos de vida.]

88 [Cinco clases de lágrimas.]

Entonces dijo la dulce y primera Verdad de Dios:

—¡Oh dilectísima y queridísima hija! Me pides saber las causas de las lágrimas, y yo no menosprecio tu deseo. Abre los ojos del entendimiento, y te mostraré, por medio de los estados del alma que te he referido, las lágrimas imperfectas, fundadas en el temor.

Primeramente, las lágrimas de los hombres malvados del mundo son lágrimas de condenación.

Las segundas son las del temor, las de los que se levantan del pecado por temor a la pena, y por temor lloran.

Las terceras son las de aquellos que, levantados del pecado, comienzan a tener gusto en mí, y lloran con dulzura y comienzan a servirme; pero como el amor es imperfecto, por eso lo es el llanto, como te diré.

El cuarto estado es el de quienes han alcanzado la perfección en la caridad con el prójimo, amándome sin ningún interés propio; éstos lloran, y su llanto es perfecto.

El quinto, que se halla unido al cuarto, es el de las lágrimas de dulzura, derramadas con gran suavidad, tal como abajo te diré por extenso.

Te hablaré también de las lágrimas de fuego, sin lágrimas de los ojos, para consolar a los que muchas veces desean las lágrimas y no las pueden tener.

Quiero que sepas que todas estas diversas situaciones pueden darse en el alma, elevándose del temor y del amor imperfecto para alcanzar la caridad perfecta y el estado unitivo.

Ahora te comienzo a hablar de estas lágrimas.

89 [Diferencia de las lágrimas, refiriéndolas a dos estados del alma.]

Quiero que sepas que toda lágrima procede del corazón, pues no hay miembro en el cuerpo que tanto quiera dar gusto al corazón como los ojos. Si tiene dolor, los ojos lo manifiestan. Si el dolor tiene origen en los sentidos, derraman lágrimas que engendran la muerte, por proceder de un corazón que ama desordenadamente, sin tener relación conmigo. Por ser desordenado, con ofensa a mí, recibe el dolor y las lágrimas de muerte. La gravedad de la culpa y del llanto es mayor en relación con lo desordenado del amor. Ellos son aquellos primeros que tienen lágrimas de muerte, de que te hablé y te hablaré [1].

Fíjate *ahora en las lágrimas que comienzan a dar vida,* es decir, de los que, reconociendo sus culpas, comienzan a llorar por temor a la pena. Son las del corazón y de los sentidos, es decir, que no siendo aún perfectísimo el aborrecimiento de la culpa cometida por la ofensa a mí, proceden del dolor del corazón por la pena que sigue al pecado cometido, y por eso los ojos lloran, pues quieren dar satisfacción a ese dolor del corazón.

Si el alma se ejercita en la virtud, comienza a perder el temor, porque conoce que el solo temor no es suficiente para darle vida eterna, tal como sucede en el segundo estado del alma, de que te hablé. Por eso se levanta con amor a conocerse a sí misma y a mi bondad manifestada en ella. El corazón siente alegría en esa consideración, mezclándose el dolor de la culpa con la esperanza de mi divina misericordia.

Comienzan entonces los ojos a llorar, saliendo las lágrimas de la fuente del corazón, porque aún no ha alcanzado la gran perfección, ya que derrama muchas veces lágrimas según los sentidos. Si me preguntas por qué, te respondo: por causa de la raíz del amor a sí mismo, no por causa de su amor sensitivo, del que se ha

[1] Primeramente habla de las *lágrimas de vida;* después, de las *lágrimas de muerte.* Si se prescinde del capítulo 88, evitará el lector la confusión y alteración de números que se advierten en el texto. Este capítulo 88 no es del estilo de Catalina, sino de una personas letrada.

apartado, como se ha dicho. Se trata de un amor espiritual. Por él apetece el alma los consuelos espirituales en sí, de los que te hablé por extenso, o de los espirituales en relación con alguna criatura amada con amor espiritual. Cuando el alma es privada de lo que ama, es decir, de los consuelos interiores o exteriores —interiores para el consuelo que tenía por medio de aquella criatura—, si le sobreviniesen tentaciones o persecuciones de los hombres, el corazón se dolerá. Bien pronto los ojos, que sienten la pena del corazón y el dolor, comienzan a llorar con tierno y compasivo llanto para consigo misma, con compasión de amor propio espiritual, porque la voluntad propia aún no se halla pisoteada y completamente ahogada. Por esta razón derrama lágrimas sensitivas, esto es, de pasión espiritual.

Pero, si crece y se ejercita en ella la luz del conocimiento de sí, concibe aborrecimiento de sí misma, de donde obtiene el conocimiento de mi bondad con ardiente amor y comienza a unirse y acoplar su voluntad a la mía. Así empieza a sentir alegría y compasión: alegría en sí misma, por medio del afecto del amor, y compasión hacia el prójimo, tal como te conté en el tercer estado. Pronto los ojos que quieren dar gusto al corazón, gimen por amor a mí y al prójimo. No lo hacen por la pena o daño sufridos en sí misma, sino sólo por dar gloria y alabanza a mi nombre. Con anhelante deseo se goza en tomar el alimento de la mesa de la santísima cruz, o sea, conformándose al humilde, paciente e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito, del que hice puente.

Después de que el alma ha caminado tan dulcemente por el puente siguiendo la doctrina de mi dulce Verdad y cuando ha pasado por este Verbo sufriendo con verdadera y dulce paciencia toda clase de penas y trabajos, puesto que lo he prometido para su salvación, ella las ha recibido con entereza, no eligiendo a su gusto, sino al mío. Y no solamente las lleva con paciencia, sino que las sufre con alegría, y se le convierte en gloria la persecución por causa de mi nombre, aunque tenga que padecer. Entonces llega el alma a tal deleite y tranquilidad de espíritu, que no hay lengua capaz de poderlo contar.

Cumplida esta condición, es decir, de la doctrina de

mi Hijo unigénito, fijo el entendimiento en mí, dulce y primera Verdad, la contempla, y, contemplándola, la ama. Arrastrado el afecto al entendimiento, gusta de mi divinidad, en la que conoce y ve la naturaleza divina unida a vuestra humanidad. Descansa entonces en mí, Mar de tranquilidad. El corazón se halla unido a mí por el afecto del amor, igual que en el cuarto estado unitivo que te dije [2]. Al sentirme a mí, eterna Deidad, comienza a derramar lágrimas de dulzura, que ciertamente son leche que alimenta al alma en la verdadera paciencia. Estas son el ungüento oloroso que derrama un perfume de gran suavidad.

¡Oh queridísima hija! ¡Qué gloriosa se encuentra el alma que de verdad ha sabido pasar conmigo del mar tempestuoso al mar de tranquilidad llegado a mí, y de mí, suma y eterna bondad, ha llenado el vaso de su corazón! Por ello, los ojos que están bien orientados se ingenian para satisfacer lo que procede del corazón, y así derraman lágrimas.

Este es el último estado. En él se encuentra feliz y afligida: feliz, por la unión que ha realizado conmigo, mediante la percepción, al gustar del amor divino; afligida, por las ofensas que ve que se hacen a mi bondad y grandeza, ambas contempladas y gozadas en el conocimiento de sí, por cuyo conocimiento de sí y de mí alcanza el último estado. El estado unitivo, que da las lágrimas de dulzura, no es estorbado por el conocimiento de sí en la caridad con el prójimo. En la caridad encontró el llanto por amor a mi divina misericordia y por el dolor de las ofensas del prójimo, llorando con los que lloran y gozando con los que gozan [3]. Estos son los que viven en caridad, cuya alma goza al ver que mis servidores me dan gloria y alabanza.

De modo que el llanto segundo (es decir, el tercero) no impide al último (es decir, al cuarto), sino que, más bien, se favorecen uno al otro. Porque si el último llanto, donde el alma ha encontrado tan grande unión, no hubiese procedido del segundo, es decir, del tercer estado de la caridad para con el prójimo, no sería perfecto.

[2] Cf. c.74.
[3] Rom 12,15.

Así que es necesario que se ayuden uno al otro; de otro modo se llegaría a la presunción, en la que entraría el viento sutil de la propia estimación, y caería de las alturas a lo bajo del primer vómito.

Por eso es preciso sufrir y mantener continuamente la caridad con el prójimo por medio del conocimiento de sí mismo. Así alimentará el fuego de mi caridad en ella misma, porque la caridad con el prójimo procede de la mía, es decir, del conocimiento que el alma tiene conociéndose a sí y a mi bondad actuando en ella, pues ve que es amada por mí de modo inefable. Por eso, en la medida en que ve que es amada, ama ella a toda criatura racional, y en la medida en que me conoce, se dispone a amar al prójimo. De donde, porque conoce esto, ama al prójimo inefablemente: lo ama más cuanto más ve que yo lo amo.

Como aprendió que a mí no se me puede hacer bien alguno ni darme el amor puro con que se siente amada por mí, se dedica a darme amor del modo que os he enseñado, es decir, por medio de vuestro prójimo, que es el intermediario, a quien debéis ayudar al modo que te dije, esto es, practicando cualquier virtud valiéndoos del prójimo. También debéis hacerlo a toda criatura en general y en particular, en conformidad con las diversas gracias de mí recibidas, pues os las he dado para que las administréis. Debéis amar con el amor puro con que yo os amo, y esto porque os amé sin ser amado y sin interés alguno. Como os he amado antes de que existieseis, sin ser amado por vosotros —el amor me movió a crearos a mi imagen y semejanza—, y como un amor de este género no me lo podéis tener, por eso debéis otorgárselo a las criaturas racionales, amándolas sin ser amados por ellas, y hacerlo sin el interés del propio provecho espiritual o temporal, sólo por la gloria y alabanza de mi nombre, puesto que son amadas por mí. Así cumpliréis el mandamiento de la ley de amarme más que a todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos.

Bien es verdad que esas alturas no se pueden alcanzar sin este segundo estado, que viene a ser el tercero y el segundo en la unión; ni después de haberlo alcanzado se puede conservar si se abandonase el afecto, por el

que se llegó a las segundas lágrimas descritas [4]; lo mismo que no puede cumplirse la ley respecto a mí, Dios eterno, sin cumplirla con vuestro prójimo, porque éstos son los dos pies del afecto con los que se observan los mandamientos y consejos que os dio mi Verdad, Cristo crucificado.

Así, estos dos estados, de los que he hecho uno, aseguran al alma en las virtudes y en el estado unitivo. No es que cambien a otro estado una vez alcanzado éste, sino que a este mismo lo acrecienta la riqueza de la gracia con nuevos dones y elevaciones del espíritu, con un conocimiento de la verdad que, siendo mortal, parece inmortal, porque la percepción de los sentidos se encuentra dominada y la voluntad está muerta por la unión realizada conmigo.

¡Oh, cuán dulce es esta unión al alma que la experimenta! Porque, al experimentarla, ve mis secretos, por lo cual muchas veces recibe el espíritu de profecía para que conozca las cosas venideras. Esto lo hace mi bondad; pero el alma debe tenerlo en poco; no al afecto de la caridad de doy, sino al apetito de las propias consolaciones, juzgándose indigna de la paz y quietud de espíritu para fortalecer la virtud interior de su alma. Y no permanece ya de fijo en el segundo estado [5], sino que vuelve al valle del conocimiento de sí misma.

Esta iluminación la doy gratuitamente a fin de que siempre aumente, porque el alma no es tan perfecta en esta vida que no pueda crecer en perfección, es decir, en perfección de amor. Sólo mi amadísimo Hijo, vuestra Cabeza, no podía aumentar en perfección, porque El estaba conmigo y yo con El: su alma era bienaventurada por la unión con mi naturaleza divina. Pero vosotros sus miembros, peregrinos, sois siempre capaces de mayor

[4] Según el P. J. Hurtaud, estas lágrimas no se refieren al segundo estado (las procedentes del temor servil), sino al cuarto y al quinto, que son lágrimas de perfección. Estas lágrimas de perfección son de dulzura (provenientes de la alegría causada por la unión con Dios) y lágrimas por los pecados de los demás. Esta segunda clase, la que se refiere a los pecados del prójimo, es la que la Santa llama aquí «segundas lágrimas» (J. HURTAUD, *Le Dialogue* I p.311 nt.1).

[5] «Segundo estado»: nuevamente se refiere aquí a la segunda clase de lágrimas perfectas en que se divide el cuarto estado, como observamos en la nota anterior.

perfección. Una vez llegados al último estado, no por ello pasáis a otro, pero podéis crecer en él con aquella perfección que más os plazca por medio de mi gracia.

90 [Breve recapitulación de lo anterior.—El demonio huye de los que han llegado al estado de las quintas lágrimas.—Las tentaciones son un verdadero camino para alcanzar tal estado.]

Acabas de conocer los estados de las lágrimas y su distinción, tal como mi Verdad ha tenido a bien satisfacer tus deseos.

Las primeras son las de aquellos que se encuentran en pecado mortal. Ordinariamente proceden del corazón. Como la raíz del afecto de donde vienen las lágrimas estaba corrompida, por eso el llanto sale corrompido y miserable, como todas sus obras.

Las sengundas son las de los que comienzan a conocer sus males por medio de la propia pena que sigue a la culpa. Es éste un buen principio dado por mí a los fragiles que, como ignorantes, ya se hunden en el río desdeñando la doctrina de mi Verdad; pero son muchísimos los que se conocen a sí mismos sin tener temor servil. Esto es, sin temor al castigo, se apartan de los pecados, y bien pronto, algunos con sencillez bien intencionada, se entregan a servirme a mí, su Creador. Se duelen de las ofensas que me han hecho, con gran aborrecimiento de sí mismos por juzgarse dignos del castigo. Ciertamente, los que andan con ese gran aborrecimiento son más aptos para alcanzar el estado de perfección que los otros, aunque, si ambos se ejercitan en el llanto, unos y otros lo alcanzan. Deben los primeros procurar no quedarse en el temor servil, y los otros, no proseguir en su tibieza, es decir, ejercitar la perfección con sencillez a fin de no entibiarse interiormente. Esta es advertencia válida para todos.

Las terceras y cuartas lágrimas son las de aquellos que han superado el temor, han alcanzado el amor y la esperanza, gustando la divina misericordia, recibiendo de mí muchos dones y consuelos, por los que lloran los ojos, satisfaciendo el sentimiento del corazón. Pero como aún son imperfectos, mezclados con lo sensitivo espiritual,

ejercitándose en la virtud, consiguen llegar al cuarto estado. En él, aumentando sus deseos, se une y configura el alma con mi voluntad. No puede desear si no lo que yo quiero, por estar revestido ese estado de la caridad con el prójimo. De aquí procede el llanto de amor por sí mismo a causa del dolor de mi ofensa y del perjuicio para su prójimo.

Esta perfección se halla unida con las quintas y últimas lágrimas, en las que se une la verdad y en las que ha crecido en fuego del santo deseo. De esta perfección huye el demonio, que no puede herir al alma por injurias que le haga, ni por medio de consuelos espirituales, puesto que se ha hecho paciente en las injurias y desdeña y aborrece los consuelos con verdadera humildad.

Cierto es que el demonio, por su parte, nunca duerme, sino que a vosotros, negligentes, os instiga a que en tiempo de favor os detengáis y durmáis. Pero sus astucias no les pueden hacer daño, porque no puede arrebatarles el ardor de su caridad, y, en verdad, huye como las moscas de la olla hirviendo, por el miedo que tiene al fuego. Tampoco puede soportar el olor de la unión que el alma ha efectuado conmigo, Mar de paz, donde el alma no puede ser engañada mientras esté unida a mí. Si fuese tibia, el demonio no temería, sino que entraría en ella, aunque muchas veces perece allí por encontrar más calor del que imaginaba. Así sucede en el alma, ya que, antes de que llegue al estado perfecto, el demonio entra en ella con variadas tentaciones, porque le parece que es tibia; pero como ella ha adquirido gran conocimiento, calor y desagrado de la culpa, por medio de los lazos del odio al pecado y con amor a la virtud, obliga a la voluntad a no consentir.

Alégrese toda alma que sienta dificultades grandes, porque ellas son el camino para llegar a este dulce y glorioso estado. Porque ya te dije que por el conocimiento y odio a vosotros mismos y por el de mi bondad llegaréis a la perfección. En ningún tiempo advierte tan perfectamente el alma que estoy en ella como en el de los muchos combates. ¿De qué modo? Te lo diré.

Viéndose en los cambates, conoce perfectamente que no puede librarse de tenerlos. Ella puede resistirse a consentirlos, lo que no podrá hacer en caso de no tener-

los. Por ellos puede conocer que por sí misma no es nada, ya que, si valiese algo por sí misma, se liberaría de esos combates que no desea. De este modo se humilla por el verdadero conocimiento de sí y viene corriendo a mí, Dios eterno, con la luz de su santísima fe. Por esa buena disposición se da cuenta de que conserva la buena y santa voluntad, que no consiente ir tras las tentaciones de que se siente molestada en el tiempo de los combates.

Tenéis, por tanto, motivo, y lo tiene el alma, para hacernos fuertes con la doctrina del dulce y amoroso Verbo de mi Hijo unigénito en el tiempo de los sufrimientos y aflicciones, adversidades y tentaciones de los hombres y del demonio, pues ellos aumentan las ocasiones de hacernos alcanzar la perfección.

91 [Los que desean las lágrimas de los ojos, y no pueden tenerlas, tienen las del fuego.—Razón por la que Dios priva de las lágrimas corporales.]

Te he hablado de las lágrimas perfectas e imperfectas y de cómo todas proceden del corazón. De esta vasija sale toda lágrima, de cualquier clase que sea, y por eso a todas se las puede llamar «lagrimas de corazón». La única diferencia consiste en el amor ordenado o desordenado y en el perfecto e imperfecto.

Para satisfacer el deseo que me manifestaste, me queda por decirte que algunos quisieran la perfección de las lágrimas, y parece que no la pueden obtener. ¿Hay otra clase que las de los ojos? Sí. Hay unas llamadas lágrimas de fuego, esto es, de verdadero y santo deseo, el cual se realiza por medio del afecto del amor. Quisieran derretir su vida en llanto por medio del aborrecimiento a sí y a la salvación de las almas, y les parece que no pueden.

Digo que éstos tienen lágrimas de fuego, en las que el Espíritu Santo llora en mi presencia por ellos y por su prójimo, es decir, mi divina caridad enciende al alma con su llama para que ofrezca anhelantes deseos en mi presencia, sin lágrimas en los ojos. Las llamo lágrimas de fuego, y por eso dije que el Espíritu Santo llora. No pudiendo hacerlo con las lágrimas, ofrece los deseos del

llanto que su voluntad tiene por amor a mí. Aunque, si abren los ojos del entendimiento, verán que el Espíritu Santo llora por medio de todo servidor mío que derrama el perfume del santo deseo y de humilde y continuada oración ante mí. A esta clase parece referirse el glorioso San Pablo cuando dijo que el Espíritu Santo llora por vosotros ante mí, el Padre, «con llanto inenarrable» [1].

Ves, pues, que no es menor el fruto de las lágrimas de fuego que las de agua, sino que muchas veces es mayor, en conformidad con la medida del amor. Por eso, tales almas no deben llegar a la turbación de espíritu ni les debe parecer estar privadas de mí, ya que quieren las lágrimas, y no las pueden tener de la clase que desean. Deben desearlas con su voluntad concordada con la mía, dispuesta al sí y al no, según plazca a mi voluntad. Algunas veces permito que no tengan las lágrimas corporales para obligarlas a estar de continuo humilladas ante mí, saboreándome con perseverante oración y deseo. Porque, si obtuvieran lo que piden, no sacarían el provecho que creen, sino que se hallarían alegres de tener lo deseado y disminuiría el afecto y deseo con que me lo pedían. Así que yo, para que aumenten y no para que decrezcan, me niego a darles las lágrimas corporales y les doy las espirituales, es decir, sólo las de corazón, llenas de fuego de mi divina caridad; de modo que en cualquier situación y momento serán gratas a mí, a fin de que el entendimiento, por el afecto y amor al objeto de mi Verdad eterna, no se cierre a la luz de la fe. Por eso soy yo el médico, y vosotros los enfermos, y doy a todos lo que es de necesidad e imprescindible para vuestra salvación y para aumentar la perfección en vuestra alma [2].

Esta es la verdad y declaración de los cinco estados de las lágrimas, hija mía. Sumérgete, pues, en la sangre de Cristo crucificado, humilde, torturado e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito, creciendo en virtud perseverante para que en ti se fortalezca el fuego de mi divina caridad.

[1] Rom 8,26.

[2] Sobre la Providencia divina y la perfección cristiana habla detenidamente en los capítulos 142-144.

92 [Cuatro estados de las lágrimas, de los cinco dichos, producen variedad infinita de lágrimas.—Dios quiere ser servido de manera infinita y no finita.]

Estos cinco estados referidos son como cinco canales principales, de los que cuatro dan infinita abundancia y variedad de lágrimas. Todas dan vida si son derramadas en la virtud. ¿Por qué infinitas? No digo que en esta vida seáis infinitos en lágrimas; las llamo infinitas por el infinito deseo del alma.

Te he dicho que todas proceden del corazón; éste las presenta a los ojos, habiéndolas recogido del ardiente deseo. Como la madera verde que está en el fuego llora agua a causa del calor, porque está verde —si estuviera seca, no lloraría—, así el corazón, reverdecido por la renovación que procede de la gracia, arranca de sí la sequedad del amor propio, que hace árida al alma. El fuego, o ardoroso deseo, y las lágrimas se hallan unidos. Y como el deseo nunca termina ni se sacia en esta vida, sino que cuanto más ama, menos le parece que ama, así obra el santo deseo fundado en la caridad; a causa de él lloran los ojos.

Separada el alma del cuerpo y unida a mí, su fin, no por eso deja el deseo de ansiarme, e igualmente a la caridad con el prójimo, aunque ésta ha entrado en el alma como señora, llevando consigo el fruto de las demás virtudes. Cierto que el sufrimiento termina; sin embargo, si el alma me desea, me tendrá de verdad, sin temor alguno a perder lo que tanto tiempo ha deseado. De este modo se fomenta el hambre y queda el hastío alejado de la saciedad y de sufrimiento por el hambre, porque allí no falta perfección alguna.

Vuestro deseo es infinito, pues de otro modo no tendría valor, y ninguna virtud tendría vida si yo fuese servido únicamente por una causa finita, ya que yo, Dios infinito, quiero ser servido por vosotros con algo infinito y no tener vosotros nada que yo no posea, a excepción del afecto y deseo del alma. Por eso decía yo que la clase de lágrimas es infinita, y esto es cierto por el deseo infinito unido a las lágrimas.

Las que salen del alma y del corazón quedan fuera, pero el afecto de la caridad ha tomado para sí el fruto

de ellas y las consume como el agua en el horno. No es que el agua se halle fuera del horno, sino que el calor del fuego la consume y la trae hacia sí. Así sucede al alma cuando está unida. Gusta el fuego de mi divina caridad cuando ha salido de esta vida con el afecto de la caridad a mí y a su prójimo y con el amor unitivo con que derrama las lágrimas. Mis servidores nunca dejan de ofrecer continuamente sus santos deseos y sus lágrimas sin sufrimiento. Ofrecen no lágrimas de los ojos, sino lágrimas del fuego del Espíritu Santo.

Has visto, pues, cómo son infinitas, aunque en esta vida no hay lengua que pueda narrar la variedad de llantos que se dan en este estado. Pero te he explicado la diferencia entre los cuatro estados de las lágrimas.

93 [El fruto de las lágrimas de los mundanos.]

Me queda por hablarte del fruto que producen las lágrimas unidas con el deseo y de su efecto en el alma.

Comenzaré primero por las quintas lágrimas, de las que te hice mención, es decir, de los que viven miserablemente en el mundo, haciendo un dios de las criaturas, de las cosas creadas y de sus propios sentidos, de donde viene todo el mal al alma y al cuerpo.

Te dije que las lágrimas proceden del corazón, y es la verdad, porque el corazón se duele tanto cuanto ama. Los hombres del mundo lloran cuando el corazón siente dolor, es decir, cuando están privados de lo que aman; pero son muchos y muy distintos sus llantos. ¿Sabes cuántos? Tantos cuanto son diferentes las clases de amor. Y como la raíz está corrompida por el amor propio sensitivo, por eso todo lo que de ella sale está corrompido.

El amor propio es un árbol que no da más que frutos de muerte, flores podridas, hojas manchadas y ramas inclinadas hacia la tierra, sacudidas por todos los vientos: así es también el árbol del alma. Todos sois árboles de amor, y sin él no podéis vivir, porque sois hechos por mí, movido por el amor.

El alma que vive virtuosamente pone la raíz de su árbol en el valle de la verdadera humildad, y los que viven

miserablemente la han plantado en el monte de la soberbia. Y como está mal plantado, de ahí que produzca no frutos de vida, sino de muerte. Los frutos son sus obras, que se hallan emponzoñadas con muchos y diversos pecados, y, si dan algún fruto de buenas obras, como la raíz se halla corrompida, se echan a perder, esto es, que el alma en pecado no efectúa obra buena que le valga para la vida eterna, por no hacerlas en gracia.

Nadie, sin embargo, debe dejar de hacer obras buenas, porque todo bien es remunerado, y toda culpa castigada. El bien que hace sin la gracia no es suficiente ni vale para la vida eterna; pero mi bondad y la justicia divina les concede remuneración imperfecta. Algunas veces les es premiado con cosas temporales, otras veces les doy tiempo, como te dije en otro lugar sobre esta materia, dándoles espacio para que se puedan enmendar. Otras veces hasta les daré la vida de la gracia por medio de mis servidores, que me son gratos, tal como hice con el glorioso apóstol San Pablo, quien por las oraciones de San Esteban salió de la incredulidad y persecuciones que hacía contra los cristianos. Así ves claro que el hombre, cualquiera que sea su estado, no debe dejar de hacer el bien.

Te dije igualmente que las flores están podridas, y es la verdad. Las flores son los pestilentes pensamientos del corazón, que me son desagradables, como también el odio y desagrado con el prójimo. Como ladrón, me han robado mi honor a mí, su Creador, y hasta se lo han atribuido a sí mismos.

Estas flores de mal olor, de los falsos y miserables juicios, son de dos clases: una para conmigo, interpretando mis ocultos juicios y todo misterio con malevolencia y odio, y todo lo que yo he hecho lo tienen como no realizado por amor; lo que he hecho por verdad lo interpretan como mentira, y como muerte lo que doy para que sea vida. Condenan y enjuician todas las cosas según su enfermo parecer, porque el amor propio de los sentidos ha cegado los ojos de su entendimiento y tapado la pupila de la santísima fe, por lo que no les deja ver ni conocer la verdad.

La otra clase se basa en la interpretación de la con-

ducta del prójimo. De ella nace con frecuencia mucho mal, porque el hombre miserable, que no se conoce a sí mismo, quiere conocer el corazón y el afecto de la criatura racional, y por algo que ven u oyen querrán juzgar el afecto del corazón. Mis servidores, sin embargo, siempre piensan bien, porque se fundan en mí, sumo Bien. Los otros juzgan mal, como fundados en el miserable mal. De tales juicios nacen con frecuencia odio, homicidios y enemistades con el prójimo, y abandono de la virtud.

El mismo camino siguen las hojas, es decir, las palabras que salen de la boca con vituperio para mí y mi Hijo unigénito y para el prójimo. Sólo se ocupan de decir mal de mis obras, de condenarlas, de blasfemar y hablar mal de toda criatura racional como se les ocurre, según su parecer. No se fijan —¡desventurados de ellos!— en que la lengua ha sido creada para darme honor, reconocer sus pecados y trabajar por amor de la virtud y por la salvación del prójimo. Estas son las hojas manchadas por la miserable culpa, pues el corazón de donde han salido no era puro, sino contaminado de doblez y mucha miseria.

¡Cuán grande es el peligro en daños temporales, además del daño espiritual, por la privación de la gracia concedida al alma! Pues habéis visto y oído que por las palabras vienen los cambios en situaciones, ruina de ciudades, homicidios y otros muchos males, ya que la palabra entró en lo íntimo del corazón, adonde no hubiera llegado el cuchillo.

Este árbol tiene siete ramas, que se inclinan hacia la tierra. De ellas nacen las flores y hojas de la manera referida. Son los siete pecados mortales, que se hallan repletos de otros diversos y muy numerosos pecados, unidos a la raíz y al tronco del amor propio y de la soberbia, la cual primeramente ha producido las ramas y las flores de los pensamientos. Después sale la hoja de las palabras y el fruto de las malas obras. Están inclinadas hacia la tierra, es decir, que las ramas de los pecados mortales no se dirigen más que a la tierra de la fragilidad y desordenada sustancia del mundo. Además, como no pueden alimentarse de la tierra, nunca se sacian, y de ahí su insatisfacción. Son insaciables e insoportables

a sí mismas. Siempre se han de hallar inquietas, inclinadas a desear, a querer las cosas que causan insatisfacción.

Esta es la razón por la que no se pueden saciar: porque siempre apetecen las cosas finitas, y ellas son infinitas en cuanto al ser, pues no concluye por la culpa del pecado mortal aunque termine la gracia. Y como el hombre está sobre todas las cosas y todas las criaturas, y no las cosas creadas sobre él, por eso no puede saciarse ni hallar quietud sino en cosas superiores a él. Mayores que él no hay más que yo, Dios eterno, y por eso sólo yo los puedo saciar. Como están privados de mí por la culpa cometida, por eso se encuentran en tormento y sufrimiento continuos. A las penas sigue el llanto. Cuando los vientos le alcanzan, sacuden el árbol del amor de sus sentidos, sobre los que lo han fundado todo.

94 [Los mundanos que lloran son sacudidos por los cuatro vientos.]

Estos vientos son cuatro: prosperidad, adversidad, temor y conciencia.

El viento de la prosperidad alimenta la soberbia con mucha presunción, con engrandecimiento de sí mismo y envilecimiento de su prójimo. Si de un señor se trata, domina con enorme injusticia y vanidad de corazón, con inmundicia de cuerpo y espíritu, con interés por la reputación propia.

¿Se halla corrompido en sí mismo el viento de la prosperidad? No; ni él ni ninguno... La corrompida es la raíz del árbol, por lo que se corrompe la prosperidad. Porque yo, que envío y doy todas las cosas, soy sumamente bueno, y por ello el viento es bueno. A la prosperidad sigue el llanto por no poder saciar el corazón, que quisiera obtener lo que no puede. Esto le proporciona dolor, y en él llora, pues, como te dije, los ojos no quieren sino seguir al corazón.

Sigue después el viento del temor servil, por el que se tiene miedo a la propia sombra, por temer la pérdida de lo que se ama. Se teme perder la vida misma, la de los hijos o las demás criaturas; se teme perder la posición social u otras cosas. Este temor procede del amor a sí, al

honor o a las riquezas. El le impide tener su gozo en paz, porque ordinariamente no lo posee de conformidad con mi voluntad, y de ahí el temor servil y el miedo, convirtiéndolo en miserable esclavo del pecado, que como a tal se le puede calificar a causa de aquello que sirve. El pecado es la nada, y él ha terminado en la nada.

Mientras los sacude el viento del temor, les llega el de la tribulación y adversidad, que les priva de lo que tenían; muchas veces, de todo, y otras, de una parte. De todo, cuando es privado de la vida, pues la muerte se lo arrebata todo. De parte, quitándole unas veces una cosa y otras veces otra: la salud, los hijos, las riquezas, la posición social, los honores; según yo, dulce Médico, veo que es necesario para vuestra salvación. Para ella os he dado todas esas cosas. Pero como vuestra frágil naturaleza se halla corrompida y sin conocimiento alguno, perdéis la paciencia, y surge la impaciencia, el escándalo, la murmuración, el odio, el cansancio de mí y del prójimo. Lo que le he dado para vida, lo ha recibido como si fuera para muerte. Se halla en pena, llanto y amargura continuos, como te he dicho.

Ahora llegan las lágrimas aflictivas de impaciencia, que resecan el alma y la matan por quitarle la vida de la gracia. Espiritual y corporalmente resecan y consumen el cuerpo, lo ciegan, lo privan de todo deleite, y por eso lloran. De tales lágrimas vienen no sólo estos males, sino el afecto desordenado y el dolor de corazón que las producen, pues las lágrimas de los ojos no causan de por sí la muerte y los sufrimientos, sino la raíz de donde proceden, o sea, del desordenado amor propio del corazón. Porque, si éste se hallara en orden y tuviera la vida de la gracia, las lágrimas serían ordenadas, y me obligarían a mí, Dios eterno, a otorgarles misericordia. ¿Por qué las llamé lágrimas de muerte? Porque son un medio para mostraros la muerte o la vida que hubiere en el corazón.

Si no se corrigen mientras tienen tiempo para usar del libre albedrío, pasan de este llanto, producido en tiempo finito, al llanto infinito; y así, lo finito se convierte en infinito, porque las lágrimas fueron derramadas con aborrecimiento infinito de la virtud, o sea, con el de-

seo del alma, basado en el aborrecimiento, que es finito.

La verdad es que, si hubiesen querido, habrían salido de ese temor servil mediante la gracia concedida en el tiempo en que eran libres, aunque yo dijese que era infinito; infinito en cuanto al afecto y ser del alma, pero no en cuanto al aborrecimiento y al amor que hubiera en ella, ya que mientras estáis en esta vida podéis aborrecer y amar, según os plazca.

Si concluye la vida en el amor de la virtud, reciben un bien infinito, y, si termina odiando la virtud, permanecerá en el odio, recibiendo la condenación eterna, como te dije al hablarte de los que se ahogaban en el río, puesto que ya no pueden desear el bien por hallarse privados de mi misericordia y de la caridad fraterna. Ésta la disfrutan mis santos unos con otros, así como la caridad de vosotros, peregrinos y caminantes de esta vida, colocados por mí para alcanzar vuestro fin en mí, Vida eterna.

No les valen ni las oraciones, ni las limosnas, ni ninguna otra obra. Son miembros separados del cuerpo de mi divina caridad, porque mientras vivieron no quisieron estar unidos en la obediencia de mis santos mandamientos, en el cuerpo místico de la santa Iglesia y en la dulce obediencia, de donde sacáis la sangre del inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito. Por eso reciben el fruto de la condenación eterna con llanto y rechinar de dientes.

Estos son los mártires del demonio de que te hablé, de modo que el demonio les da los frutos que tiene reservados para sí. Ves, pues, que estas lágrimas dan frutos de sufrimientos en este tiempo perecedero, y en el último tiempo les da un trato sin término con los demonios.

95 [Frutos de las segundas y terceras lágrimas.]

Me queda por hablarte de los frutos que obtienen los que comienzan a levantarse de la culpa por temor a las penas y para adquirir la gracia. Hay algunos que salen de la muerte del pecado mortal por temor a las penas. Esto es lo que ocurre de modo ordinario.

¿Qué frutos reciben éstos? Comienzan a vaciar la casa de su alma de la inmundicia utilizando el libre albedrío como mensajero del temor al castigo. Después de haber purificado el alma de la culpa, reciben la paz de la conciencia, comienzan a preparar el afecto y a abrir los ojos del entendimiento para ver su espacio, pues antes de estar libres de inmundicia no veían otra cosa que la pestilencia de muchos y diversos pecados. Comienzan a recibir consuelos, porque el gusano de la conciencia se halla en paz, como esperando la comida de la virtud.

Así obra el hombre que, después de haber curado el estómago y sacado de él los malos humores, orienta el apetito a tomar alimento. Del mismo modo, éstos esperan que la mano de libre albedrío les prepare con el amor la comida de la virtud, porque después de la preparación espera comer.

Y ocurre así porque el alma, ejercitando primeramente el temor, vacía ya de su afecto a los pecados, recibe por ello el segundo fruto, esto es, el segundo estado de las lágrimas [1], en el que el alma, por el afecto del amor, comienza a amueblar la casa con virtudes. Aunque sea aún imperfecta, supongamos que se ha levantado por el temor, recibe consuelos y deleites por haber recibido el amor de su alma, el deleite de mi Verdad, que soy el amor mismo. Porque encuentra deleites y consuelos, y comienza a amarme muy tiernamente, experimentando la dulzura de ellos y de mis criaturas a causa de mí.

Ejercitando el amor en la casa de su alma, por haberla purificado el temor, empieza a recibir los frutos de mi divina bondad, donde encontró morada para su alma. Cuando el amor ha tomado posesión, comienza a recibir y experimentar los distintos modos de consuelo. Si persevera, recibe el fruto de preparar la mesa; es decir, cuando el alma ha pasado del temor al amor de la virtud es cuando se prepara la mesa.

Alcanzadas las terceras lágrimas, pone la mesa de la santísima cruz en el corazón y en su alma. Una vez preparada, encuentra en ella el manjar del dulce y amoroso Verbo, y empieza a comer en honor a mí y la salvación

[1] «Segundo estado»: indica nuevamente la segunda clase de lágrimas en que se divide el cuarto estado del alma (véanse notas del c.89).

de las almas, con aborrecimiento y disgusto del pecado. Ese alimento muestra el amor a mí, el Padre, y a la salvación de vuestras almas, por las cuales fue abierto el cuerpo de mi Hijo, dándoseos en comida.

¿Qué provecho recibe el alma en este tercer estado de lágrimas? Te lo diré. Recibe la fortaleza, basada en el aborrecimiento de los propios sentidos, con el fruto agradable de la verdadera humildad, con la paciencia, que quita todo escándalo y priva de todo sufrimiento, porque el cuchillo del aborrecimiento dio muerte a la voluntad propia, donde reside todo sufrimiento. Sólo la voluntad sensitiva se extraña de las injurias y persecuciones y de la privación de consuelos espirituales y corporales, y así llega a la impaciencia. Pero, una vez muerta la voluntad, comienza con lloroso y dulce deseo a experimentar el fruto de las lágrimas de la dulce paciencia.

¡Oh fruto suavísimo! ¡Qué dulce eres a quien te gusta, qué grato a mí, ya que, permaneciendo en la amargura, experimentas la dulzura! En el tiempo de las injurias recibes la paz. Cuando están en el mar tempestuoso, cuando vientos peligrosos sacuden con grandes olas la navecilla del alma, tú permaneces pacífica y tranquila, sin daño alguno, protegida la navecilla con la dulce voluntad de Dios. Por esta voluntad has recibido el vestido de la verdadera y ardentísima caridad para que el agua no pueda penetrar.

¡Oh queridísima hija! Esta paciencia es la reina colocada sobre la roca de la fortaleza; vence y nunca es vencida; no está sola, sino acompañada de la perseverancia; es la médula de la caridad; es la que descubre si el vestido de esa caridad es nupcial o no; si se halla roto por la imperfección, ella lo descubre, sintiendo en seguida lo contrario, es decir, la impaciencia.

Todas las virtudes pueden disfrazarse alguna vez de perfectas, siendo imperfectas; pero a ti no te pueden engañar. Si esta dulce paciencia reside en el alma, eso demuestra que todas las virtudes son vivas y perfectas, y, de lo contrario, manifiesta que son imperfectas y que no ha llegado aún a la mesa de la santísima cruz, donde esa paciencia fue engendrada por el conocimiento de sí y el de mi bondad en ella y donde ha nacido el santo

aborrecimiento y ha sido ungida por la verdadera humildad.

A esta paciencia no se le niega el manjar del honor a mí y de la salvación de las almas, sino que lo recibe de continuo. Contémplala, queridísima hija, en los dulces y gloriosos mártires, que con sus sufrimientos comían el manjar de las almas. Su muerte les daba vida: resucitaban los muertos y arrojaban las tinieblas de los pecados mortales. El mundo, con todas sus grandezas, y los señores, con su poderío, no se podían deshacer de ellos en razón de esta reina, la dulce paciencia. Esta virtud se halla colocada como luz en el candelero.

Este es el glorioso fruto que produjeron las lágrimas de la caridad con el prójimo, comiendo el inmaculado Cordero degollado, mi Hijo unigénito, con torturado y anhelante deseo y con dolor por las ofensas a mí, su Creador. No era pena aflictiva, pues el amor, por la verdadera paciencia, dio muerte a todo temor y amor propio, que son los que producen el dolor. Es pena consoladora, sólo debida a la ofensa que me hacían y al daño al prójimo, fundado en la caridad. Se goza en sí misma, porque es una señal manifiesta de que estoy en el alma por la gracia.

96 [Fruto de las cuartas lágrimas, que son de unión.]

Te he hablado del fruto de las terceras lágrimas. Sigue el cuarto y el último estado: el de las lágrimas unitivas [1]. No se halla separado del tercero, sino que están unidos entre sí, como mi caridad está unida con la del prójimo, pues una ayuda a la otra. Pero llegada el alma a este cuarto estado ha crecido tanto, que no sólo sufre con paciencia, sino que desea el sufrimiento con alegría, a la vez que menosprecia todo lo creado, venga de donde venga, y busca conformarse con mi verdad, Cristo crucificado.

El alma recibe el fruto de la quietud de espíritu, la unión lograda por la percepción de mi dulce naturaleza divina. En ella gusta la leche, como el niño reposa tran-

[1] Según el análisis del P. Hurtaud, estas lágrimas equivalen a las quintas.

quilo en los pechos de la madre, y, teniendo en su boca la teta, extrae la leche a través de la carne. Así, el alma, llegada a este último estado, descansa en los pechos de mi divina caridad, de Cristo crucificado, es decir, siguiendo su doctrina y sus ejemplos. En el tercer estado conoció perfectamente que no le convenía caminar por mí, el Padre eterno, ya que en mí no puede darse sufrimiento, pero sí en mi amado Hijo, el dulce y amoroso Verbo. Vosotros no podéis andar sin sufrimientos, pero con mucho esfuerzo podéis llegar a las virtudes reales; por eso, el alma se pone a los pechos de Cristo, que es la caridad, y saca de él la leche de la virtud, en la que halla la vida de la gracia, gustando en mi naturaleza divina la dulzura de todas las virtudes. Por eso es verdad que las virtudes, no siendo dulces en sí, han llegado a serlo por estar unidas a mí, Amor divino; es decir, que el alma no presta interés a su propio provecho ni a otra cosa que a mi honor y a la salvación de las almas.

Considera ahora, hija mía, cuán dulce y glorioso es el estado del alma que por tan gran unión ha llegado a los pechos de la divina caridad. Su boca no se siente a gusto sin el pecho, ni el pecho sin la leche. Así, esta alma no se halla sin Cristo crucificado ni sin mí, Padre eterno, a quien encuentra al gustar la suma y eterna divinidad. ¡Oh, quién viese cómo se sacian las potencias de aquel alma! La memoria se llena del conjunto recuerdo de mí, arrastrada por los beneficios recibidos de mi amor —no sólo por la realidad de los beneficios, sino por el afecto con que mi caridad se los ha otorgado—, y singularmente por el de la creación, cuando ve que ha sido creada a mi imagen y semejanza. Por este beneficio, en el primer estado mencionado, conoció el castigo que seguiría a la ingratitud, y por eso, gracias a la sangre de Cristo, se levantó de las miserias, razón por la que volví a crearos por medio de la gracia, limpiando la cara de vuestras almas de la lepra del pecado. Aquí se encontró el alma, en el segundo estado, la dulzura, cuando gustó la dulzura de mi amor, y concibió desagrado del pecado al conocer cuánto me enoja, puesto que lo había castigado en el cuerpo de mi Hijo unigénito. Después ha recordado la venida del Espíritu Santo, que le explicó y le explica la verdad.

¿Cuándo recibe el alma esta iluminación? Después de haber conocido mis beneficios en ella misma por el primero y segundo estados. Entonces recibe la luz perfecta, conociendo la verdad sobre mí, Padre eterno; es decir, que por amor la había creado para darle la vida eterna. Ésta es la verdad que demostré con la sangre de Cristo crucificado. Después de haberla conocido, la ama, y, amándola, la manifiesta amando en concreto lo que yo amo y aborreciendo lo que aborrezco. Así se encuentra en medio de la caridad para con el prójimo.

La memoria se sacia a estos pechos una vez superada toda imperfección, porque ha recordado y tenido presentes mis beneficios. El entendimiento ha recibido la luz, mirando dentro de la memoria. Conoció la verdad y perdió la ceguera del amor propio, permaneciendo en el sol del objeto de Cristo crucificado, en el que reconoció a Dios y al hombre.

Además de este conocimiento, por la unión realizada se eleva a una luz adquirida, no conseguida por la naturaleza ni por la propia virtud, sino por la gracia otorgada por mí, dulce Verdad, que no menosprecia los deseos ni los trabajos que han ofrecido ante mí. Entonces el afecto, que sigue al entendimiento, se une con perfectísimo y ardentísimo amor; y a quien me preguntase quién es esta alma, le diría: «Un "otro yo"», realizado por la unión con mi amor.

¿Qué lengua podría narrar la excelencia de este último estado unitivo y cuáles los diversos y variados frutos que recibe cuando las potencias del alma se hallan en plenitud? Esta es aquella dulce unión a que te hice referencia en los escalones comunes, explicada por las palabras de mi Verdad. No es capaz lengua alguna de narrarla, pero bien la muestran los doctores iluminados por esta gloriosa luz, con la que explicaron la santa Escritura.

De donde tenéis que el glorioso Tomás de Aquino adquirió su ciencia más por la dedicación a la oración, elevación de la mente y luz del entendimiento que por el estudio humano. Él fue una lumbrera que puse en el cuerpo místico de la Iglesia, extinguiendo las tinieblas del error. Y si te vuelves al glorioso San Juan Evangelista, ¡cuánta luz adquirió en el precioso pecho de Cristo,

mi Verdad! Con esa luz adquirida evangelizó desde aquel momento por tiempo tan largo.

Y, prosiguiendo así, verás que todos los santos os la han mostrado; quién de un modo, quién de otro. Pero la percepción interior, la inefable dulzura y perfecta unión no la podrás explicar con tu lengua, por ser la lengua algo finito. Esto parece que quiso significar San Pablo cuando dijo: «Ni el ojo puede ver, ni el oído puede oír, ni el corazón puede pensar cuánta dulzura y bien reciben y está preparado a las almas que me sirven de verdad» [2]. ¡Qué dulce —dulce más que toda dulzura— la permanencia lograda por la perfecta unión que el alma ha realizado conmigo! Porque ya no está entre los dos la voluntad propia del alma, puesto que se ha hecho una cosa conmigo. Esta unión derrama perfume por todo el mundo: el fruto de las continuas y humildes oraciones. La fragancia del deseo clamó por la salvación de las almas con una voz que no es humana, gritando ante la presencia de mi divina majestad.

Estos son los frutos de la unión, que come con muchas lágrimas y sudores en el último estado. Así, pasa con verdadera perseverancia de esta unión, aún imperfecta, a la perfecta por la gracia. Pero mientras está unida al cuerpo, porque en esta vida no se puede saciar de lo que desea, es llamada «unión imperfecta»; también ligada a la inclinación perversa, que se halla adormecida por el afecto de la virtud. No está muerta, y por eso puede despertarse si desapareciese la influencia de la virtud imperfecta, que la hace dormir. La unión imperfecta lleva a recibir la perfección duradera, la cual no puede ser quitada por nada, como te dije hablando de los bienaventurados. Por ella gusta en mí, Vida eterna, el sumo y eterno bien, que nunca termina en los verdaderos gustadores [los bienaventurados]. Estos han recibido la vida eterna; lo contrario de los que recibieron la muerte eterna, fruto de su llanto. Pasan del llanto a la alegría; al recibir vida sempiterna con el fruto de las lágrimas y con la ardiente caridad, me la dan a mí por medio de vosotros.

He terminado de hablarte de los grados de las lágri-

[2] 1 Cor 2,9.

mas, de su perfección y del fruto que el alma recibe por ellas: que los perfectos reciben vida eterna, y los malos, condenación eterna.—

ALABANZA A DIOS POR EL DON DEL AMOR Y PETICION DE MAS LUZ SOBRE TRES PUNTOS

97 [Esta alma devota, agradeciendo a Dios la explicación de los estados de las lágrimas, hace tres peticiones.]

Entonces, aquel alma, angustiada por grandísimo deseo a causa de la explicación y porque la Verdad había satisfecho su pregunta acerca de los estados de las lágrimas, dijo como enamorada:

—Gracias, gracias a ti, sumo y eterno Padre, cumplidor de los santos deseos y amador de nuestra salvación por medio de tu Hijo unigénito, que por amor nos has dado el amor en el tiempo en que nos hallábamos en guerra contigo. Por la profundidad de tu ardorosa caridad, te pido la gracia y misericordia de que, Padre eterno, antes de terminar estos tres estados, me los expliques, a fin de que pueda ir a ti con pureza y camine por la luz, y no en tinieblas, por medio de la doctrina de tu Verdad, que me has mostrado con claridad para que pueda ver los dos engaños en que podemos estar o nos puedan sobrevenir.

El primero es que, si ocurriese alguna vez que alguien que quisiese servirte viniese a mí o a otro servidor tuyo, desearía yo saber qué debo enseñarle [1]. Bien sé, dulce Dios eterno, que antes me aclaraste aquella frase: «Yo soy el que se deleita en pocas palabras y muchas obras». Sin embargo, me servirá de gran consuelo, si place a tu voluntad, que me digas algo sobre esto.

Y también que, si alguna vez, cuando hago oración por tus criaturas, y especialmente por tus servidores, en esa oración encontrase en alguno el espíritu dispuesto o creyera que esto te agrada y que otro tiene el espíritu turbado, ¿debo o puedo, Padre eterno, pensar que uno se halla con la luz y el otro en tinieblas? O si viese que

[1] Alusión autobiográfica.

uno camina con gran penitencia y el otro no, ¿debo creer que tiene mayor perfección el que hace mayores penitencias que el otro? Te ruego que detalladamente me aclares lo que me has dicho en general, para que no sea engañada en mi corto entender.

Lo segundo que te pido es que especifiques mejor la señal que me dijiste recibe el alma cuando es visitada en el espíritu: si es dada por ti, Padre eterno, o no.

Si lo recuerdo bien, Padre eterno, me dijiste que el espíritu permanece con alegría y con ánimo para la virtud. Quisiera saber si esta alegría puede ser engañosa a causa de la pasión espiritual propia. Estas son las preguntas que te hago a fin de que pueda servirte a ti y a mi prójimo de veras y no caer en una falsa apreciación de las criaturas y de tus servidores, porque me parece que la apreciación, es decir, enjuiciar aleja al alma de ti, y por ello no quisiera caer en tal inconveniente.——

Catalina libera del demonio a una posesa.

LA DOCTRINA DE LA VERDAD

TRES LUCES NECESARIAS

[a) *Luz general sobre las cosas del mundo.* b) *Luz perfecta sobre el abandono del mundo.* c) *Luz perfectísima sobre la presencia de Dios en el mundo.—La doctrina de la pureza.*]

98 [La luz de la razón es necesaria a cualquier alma que de veras quiera servir a Dios.—Primero, sobre la luz general.]

Entonces, el Dios se alegró de la sed y hambre de aquel alma y de la rectitud de corazon, y queriendo atender al favor que le pedía, volvió sus ojos de piedad y misericordia hacia ella, diciendo:

—¡Oh amadísima y queridísima hija y esposa mía! Levántate sobre ti misma y abre los ojos del entendimiento para verme a mí, Bondad infinita, y el amor inefable que te tengo a ti y a los demás servidores míos. Abre el oído de tu deseo, porque de otro modo, si no vieses, no podrías oír, o sea, que el alma que no mira con su entendimiento en el objeto de mi verdad, no puede oír ni conocer mi verdad. Por eso, para que la conozcas mejor, quiero que te levantes sobre todo lo sensible, y yo, que me deleito en tu petición y deseo, te complaceré. No es que el deleite pueda crecer en mí por vuestra intervención, puesto que yo soy quien lo hace crecer en vosotros, sino que me gozo en el mismo gozo que doy a las criaturas.—

Entonces aquel alma obedeció, y, elevándose sobre sí misma para conocer la verdad de lo que le preguntaba, Dios eterno le dijo:

—Para que mejor puedas entender lo que voy a decir, volveré al principio de lo que preguntas: a las tres luces que salen de mí, verdadera Luz.

La primera es una luz común que se halla en los que están en caridad común. Aunque te he dicho que tienes de una y otra luz [natural y sobrenatural], te repetiré muchas cosas ya dichas para que tu pobre entendimiento entienda mejor lo que quisiere saber. Las otras dos corresponden a aquellos que se han elevado sobre el

mundo y quieren la perfección. Además de esto, te explicaré lo que me has preguntado, respondiéndote en concreto a lo que te interesa sobre la iluminación general.

Sabes que te dije que sin luz nadie puede andar por el camino de la verdad, es decir, sin la luz de la razón. Esta la recibís de mí, verdadera Luz, por el entendimiento y por la luz de la fe que os he dado en el santo bautismo, si no la quitáis por vuestros pecados. En el bautismo, mediante y en virtud de la sangre de mi Hijo unigénito, recibisteis la forma de esta fe. Ella, ejercitada en la virtud por la luz de la razón —la cual se halla iluminada por la luz de la fe—, os da vida y os hace andar por el camino de la verdad. Con ella me conseguís a mí, verdadera Luz, y sin ella conseguiréis las tinieblas.

Os son necesarias dos luces procedentes de esta luz, y aun a esas dos luces añadiré una tercera.

La primera es para que seáis iluminados en el conocimiento de las cosas transitorias del mundo, que pasan como el viento. Pero no las podéis conocer bien si antes no conocéis vuestra propia fragilidad y lo inclinada que se halla a rebelarse contra mí, vuestro Creador, debido a un tendencia perversa que está unida a vuestros miembros. No es que por esta inclinación se vea uno obligado a cometer el menor pecado si no lo quiere, pero ella lucha contra el espíritu. No puse yo esta inclinación para que mi criatura racional fuese vencida, sino para que aumentase y manifestase la virtud del alma, porque la virtud no se puede manifestar si no hay algo que la contradiga. Los sentidos son contrarios al espíritu, y por ellos prueba el alma el amor que me tiene a mí, su creador. ¿Cuándo lo prueba? Cuando se levanta contra los sentidos con aborrecimiento y desagrado.

También le di esta inclinación para conservarla en la verdadera humildad. Por donde ves que, al crear al alma a mi imagen y semejanza, colocándola en tanta dignidad y belleza, le di por compañero lo más vil que existe, pues le di la mala inclinación, esto es, pegándosela al cuerpo, formado de lo más vil de la tierra, para que, cuando viera su belleza, no levantase la cabeza de la soberbia contra mí. Por lo cual, el frágil cuerpo, en el que reside esta luz, es razón que se humille, y no tiene

de qué ensoberbecerse, sino de qué humillarse verdadera y perfectamente. De modo que esta inclinación no fuerza al pecado por causa de la lucha, sino que es causa de haceros conocer a vosotros mismos y la poca consistencia del mundo.

Esto debe verlo el entendimiento con la luz de la santísima fe, a la que califiqué como pupila de los ojos del entendimiento; es la luz necesaria que toda criatura racional precisa, por lo general, para participar de la vida de la gracia en cualquier estado en que se halle, si quiere favorecerse del fruto de la sangre del Cordero inmaculado; es la luz común, o sea, la que comúnmente debe tener toda criatura, de modo que quien no la tuviera se hallaría en estado de condenación. Por no hallarse en estado de gracia, pues entonces no tienen esta luz, y quien no la tiene no conoce el mal de la culpa y cuál es su raíz, no puede amarme ni desearme a mí, que soy el Bien; ni a la virtud, que le he dado como instrumento para otorgarse la gracia.

Ves, por tanto, lo necesaria que os es esta luz, porque de otro modo con vuestros pecados amáis lo que yo odio y odiáis lo que yo amo. Yo amo la virtud y odio el vicio, y quien ama el vicio y no ama la virtud me ofende y es privado de mi gracia. Es como un ciego, sin conocer la causa del pecado, es decir, el amor propio sensitivo. No se odia a sí mismo ni conoce el pecado, ni el mal que se le sigue en razón del pecado. No conoce ni a la virtud ni a mí, que soy el origen de la virtud que le da la gracia, ni la dignidad en que se encuentra, ni cómo se llega a la gracia por medio de la virtud.

Ves, pues, que la falta de conocimiento es la causa de su mal; luego tenéis necesidad de esta luz.

99 [Los que han puesto más su deseo en mortificar el cuerpo que en matar la voluntad propia.—Esta es una luz más perfecta que la general.—Matar la voluntad propia es la segunda luz.]

Después que el alma ha llegado a la luz común y la ha adquirido, no debe darse por satisfecha, porque mientras sois peregrinos en esta vida sois capaces de crecer, y debéis hacerlo. Debéis crecer en la luz común que ha-

béis adquirido mediante la gracia e intentar con solicitud caminar por la segunda luz, y de lo imperfecto pasar a lo perfecto, porque sólo con la luz se llega a la perfección.

En esta segunda luz perfecta se dan dos clases de perfectos. Perfectos son los que se han levantado sobre el común vivir del mundo. En esta perfección hay dos grados. Unos se dedican intensamente a castigar su cuerpo haciendo áspera y grandísima penitencia para que sus sentidos no se rebelen contra la razón. Han puesto su empeño más en la mortificación del cuerpo que en dar muerte a la voluntad propia. Se alimentan en la mesa de la penitencia, y son buenos y perfectos si su penitencia está basada en mí con la luz de la discreción, es decir, con un verdadero conocimiento de sí y de mí, con gran humildad, completamente de acuerdo en ser jueces según mi voluntad y no según la de los hombres.

Si no fueran así, esto es, con verdadera humildad, vestidos de mi voluntad, obrarían frecuentemente contra su perfección, erigiéndose en jueces de los que no van por el camino que ellos, pues han puesto más cuidado y deseo en mortificar el cuerpo que su propia voluntad. Quieren elegir siempre los tiempos, los lugares, los consuelos y hasta las tribulaciones del mundo y los combates del demonio a su modo, tal como te he dicho del segundo estado imperfecto. Engañándose a sí mismos y engañados por la propia voluntad, que te califiqué de «voluntad espiritual», dicen: «Yo quisiera este consuelo y no este combate ni molestias del demonio, y no lo digo por mí, sino por agradar más a Dios y tenerlo en mi alma más por la gracia, porque me parece mejor poseerlo y servirle de este modo que no del otro».

Por esta razón, muchas veces caen en tristeza y hastío, haciéndose insoportables a sí mismos y ofendiendo su estado perfecto. No se dan cuenta de que yacen en la pestilencia de la soberbia, ya que, si no estuvieran en ella, sino que fuesen verdaderamente humildes y no presuntuosos, verían con la luz que doy yo, primera y dulce Verdad; doy también grado, tiempo y lugar, consuelos y tribulaciones, según sea necesario para vuestra salud y para concluir en el alma la perfección a que les he elegido. Verían que todo lo doy por amor, y por eso

todo lo recibirían con amor y reverencia. Así hacen los segundos, es decir, los que van acercándose al tercer grado, de quienes te hablaré, pues estos dos grados se hallan en esta luz perfectísima.

100 [La tercera y más perfecta luz del corazón.—Obras que hace el alma que ha llegado a ella.—Hermosa visión que una vez tuvo esta alma devota.—Modo de conseguir la perfecta pureza.—No se deben emitir juicios.]

Los terceros, llegados a esta gloriosa luz, son perfectos en cualquier situación en que se hallen. Todo lo que permito respecto de ellos, lo tienen en la debida reverencia, igual que en el tercer estado del alma, el unitivo, de que te hablé. Se juzgan dignos de los sufrimientos, de que el mundo se escandalice de ellos y de ser privados de sus consuelos, de cualquier clase que sean. Como se creen merecedores de sufrimientos, se juzgan también indignos del fruto que les siguen. En esa luz han conocido mi eterna voluntad, que no quiere otra cosa que vuestro bien y lo doy y permito para que seáis santificados en mí.

Cuando el alma ha conocido mi voluntad, se ha revestido de ella, y no atiende más que al modo de conservar y aumentar la perfección de su estado para gloria y alabanza de mi nombre, dirigiendo mi entendimiento con la luz de Cristo crucificado, mi Hijo único, amando y siguiendo su doctrina, que es la regla y camino para los perfectos y para los imperfectos. Viendo que el enamorado Cordero, mi Verdad, les da la doctrina de la perfección, al contemplarla se enamora de ella. Esta es la perfección que conoció al contemplar a este y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito, que se alimenta a la mesa del santo deseo, buscando mi honor, el del Padre eterno, y vuestra salvación. Con este deseo corrió con gran solicitud a la oprobiosa muerte que le había sido impuesta por mí, el Padre, no esquivando trabajos ni ultrajes. No fue remiso en reconocer tan grandes beneficios, otorgados a pesar de la ingratitud, de la ignorancia y persecuciones de los judíos; por los escarnios, villanías o murmuraciones y por los gritos hostiles del pueblo. Todo lo superó, como verdadero capitán y caballero, el que yo

había puesto en el campo de batalla a combatir para arrancaros de las manos de los demonios, y para que os enseñase su camino, su doctrina y su regla, y para que vosotros pudierais alcanzar mi puerta, Vida eterna, con la llave de la preciosa sangre, derramada con tan ardoroso amor y con aborrecimiento de vuestros pecados.

Como si os dijera este dulce y amoroso Verbo: «He aquí que os he preparado el camino y abierto la puerta con mi sangre: por tanto, no seáis perezosos en seguirlo sentándoos sobre el amor a vosotros mismos, y con la ignorancia de no reconocer el camino y con la presunción y el deseo de elegir el servicio de Dios a vuestro modo y no según el mío; porque os he trazado un camino derecho por medio de mi eterna Verdad, el que ha sido abierto a golpes con la sangre de mi Verbo encarnado.»

»Levantaos, pues, y seguidlo, pues nadie puede venir a mí, el Padre, sino por El. El es el camino y la puerta por donde tenéis que venir a mí, Mar de paz.»

Cuando el alma ha logrado experimentar esta luz —porque dulcemente la ha visto y conocido, y por eso la ha gustado—, corre, como enamorada y angustiada de amor, a la mesa del santo deseo, y no se ve a través de sí misma ni busca el propio consuelo, sea espiritual o corporal. Como quien todo lo confía en esta luz y conocimiento, tiene ahogada la voluntad propia. No desdeña los sufrimientos, de cualquier parte que vengan, sino que, sufriendo con trabajo el oprobio, las molestias del demonio y las murmuraciones de los hombres, come en la mesa de la santísima cruz el alimento en honor a mí, Dios eterno, y de la salvación de las almas.

No busca la remuneración en mí o en las criaturas, porque se ha despojado del amor mercenario, es decir, del amor por interés propio, y está vestida de la luz perfecta, amándome con pureza y sin interés alguno que no sea la gloria y alabanza de mi nombre; no sirviéndome por el deleite propio, ni al prójimo por utilidad, sino sólo por amor.

Estos se han perdido a sí mismos, se han despojado del hombre viejo, es decir, de los propios sentidos, y se han vestido del hombre nuevo, Cristo, el dulce Jesús, mi Verdad, siguiéndolo esforzadamente. Se ponen a la mesa del santo deseo. Han cifrado más su cuidado en

matar la voluntad que en matar y mortificar el cuerpo; pero no por efecto principal, sino como instrumento para ayudar a matar la propia voluntad, tal como te dije al explicar aquella frase de que yo quería pocas palabras y muchas obras. Y así debéis obrar, porque la intención principal debe ser dar muerte a la voluntad y no buscar ni querer sino mi dulce Verdad, Cristo crucificado, por el honor y gloria de mi nombre y la salvación de las almas.

Los que se hallan en esta dulce luz obran así, y por ello se encuentran siempre en paz y quietud, y no hay quien los escandalice, porque han suprimido lo que produce escándalo, es decir, la voluntad propia. Todas las persecuciones que el mundo y el demonio pueden promover se hallan a sus pies. Están en el agua de muchas tribulaciones y tentaciones; pero no les hacen daño, por estar asidos a la rama del ardoroso deseo [1].

Gozan de todo y no se erigen en jueces de mis servidores ni de ninguna criatura racional, sino que se alegran de todo lo que ven, diciendo: «Gracias a ti, Padre, porque en tu casa hay muchas mansiones» [2]. Tanto más gozan cuantos más modos ven de servirme; más que si encontrasen que iban todos por el mismo camino, pues ven que así se manifiesta la grandeza de su bondad. De todo sacan la fragancia de la rosa; no sólo del bien, sino que no juzgan de los que ven que ciertamente han pecado, antes bien tienen santa compasión, rogando por ellos, y dicen con perfecta humildad: «Hoy te toca a ti, mañana me tocaría a mí, si no fuera por la gracia, que me preserva».

¡Oh hija queridísima! Enamórate de este dulce y excelente estado y contempla a los que corren con esta luz y su excelencia, pues tienen santos pensamientos, comen a la mesa de los santos deseos y han logrado alimentarse de las almas con ardorosa caridad por honor a mí, Padre eterno, vestidos del dulce Cordero, mi Hijo unigénito, o sea, de su doctrina.

No pierden el tiempo en falsos juicios acerca del mundo ni de mis servidores y no escandalizan por murmuración alguna acerca de sí mismos ni de otros. En

[1] Cant 8,7 y Jn 15,5. [2] Jn 14,2.

cuanto a ellos, están contentos de sufrir algo por mí. Cuando la murmuración se refiere a otros, la sufren por compasión al prójimo y no con crítica de los que la hacen, porque su amor no se halla mal dirigido, sino orientado a mí, Dios eterno, y al prójimo. Como en ellos ese amor está bien orientado, no reciben escándalo nunca, carísima hija. No se extrañan de lo que aquéllos aman ni de criatura alguna racional, pues su parecer se halla muerto y no vivo, y por eso no pretenden juzgar la intención de los hombres, sino la de mi clemencia.

Observan la doctrina que sabes que te fue dada por mi Verdad al comenzar tu vida, cuando pediste con gran deseo llegar a la perfecta pureza de espíritu. Si piensas en el modo en que podéis conseguirla, sabes lo que te dije sobre este deseo cuando estabas arrobada. No sólo en el espíritu, sino en la voz que sonó a tus oídos cuando volviste a los sentidos, si bien te acuerdas [3], cuando mi Verdad te dijo: «¿Quieres llegar a la perfecta pureza de espíritu y verte libre de los escándalos y que tu espíritu no se escandalice por nada? Entonces haz que siempre te unas a mí por afecto de amor, porque yo soy suma y eterna pureza y fuego que purifica al alma. Por esto, cuanto el alma más se acerca a mí, más pura se hace, y cuanto más se aparta, se hace más inmunda. Los hombres caen en tantas maldades por hallarse separados de mí, pero el alma que se une a mí, sin cortapisas, participa de mi pureza

»Otra cosa te conviene hacer para llegar a esta unión y pureza: que nunca juzgues del hombre, sino de mi intención para con él y para contigo en lo que vieras hacer o decir, sea por quien sea, contra ti o contra los demás.

»Y si vieses pecado o defecto manifiesto, saca de aquella espina la rosa, es decir, ofrécemela con santa compasión. En las injurias que te hagan, piensa en que mi voluntad lo permite para probar tu virtud y la de mis siervos, pensando que lo hacen como instrumentos de que me sirvo, juzgando que muchas veces tendrán buena intención. Nadie hay que pueda juzgar el corazón escondido de los hombres.

[3] Alusión autobiográfica.

»Lo que veas que no es expresa y claramente pecado, no lo debes interpretar sino como manifestación de mi voluntad en ellos; y si tienes seguridad de que es pecado, tampoco debes juzgar, sino tener compasión. De este modo llegarás a la perfecta pureza, porque, haciéndolo así, tu espíritu no se escandalizará de mí ni de tu prójimo. El desdén hacia el prójimo proviene de juzgar en él mala intención y no ver la mía. Este desdén y escándalo aparta al alma de mí e impide la perfección, y en algunos casos quita la gracia, más o menos según la gravedad del desdén y el aborrecimiento concebido hacia el prójimo por su juicio.

»Lo contrario ocurre al alma que considera mi intención. Como está siempre en el amor al prójimo, permanece siempre en mi amor, y por eso el alma sigue unida a mí. Mi voluntad no quiere sino vuestro bien: lo que doy o permito, lo doy para que tengáis ante vosotros el fin para que os creé.

»Para llegar a la pureza que me pides, te es preciso, por consiguiente, hacer estas tres cosas principales: unirte a mí por afecto de amor, guardando en la memoria los beneficios que de mí has recibido; querer ver con el entendimiento el afecto de mi caridad, que os ama inestimablemente; y, en cuanto a la voluntad del hombre, ver en ella la mía y no su mala voluntad, porque en esto soy yo el juez; yo y no vosotros. De esto se te seguirá la perfección». Si te acuerdas, ésta fue la doctrina que le dio mi Verdad.

Te digo ahora, hija queridísima, que los que te dije que parecía que habían aprendido esta doctrina, gustan las arras de la vida eterna en esta vida. Si la tienes en cuenta, no caerás en las argucias del demonio, porque las descubrirás; ni tampoco en el juzgar al prójimo. Sin embargo, para satisfacer más concretamente tus deseos, te diré y mostraré cómo no podéis emitir juicio alguno para condenar, sino para compadecer.

101 [Los que han llegado a la tercera y perfectísima luz reciben las primicias de la vida eterna.]

¿Por qué te dije que recibían las arras de la vida eterna? Respondo que no las reciben como pago. Este espe-

ran recibirlo en mí en la vida perdurable, en una vida sin muerte, en saciedad sin hastío y en hambre sin sufrimiento, puesto que éste se halla lejos del hombre, pues tiene lo que desea, y se halla alejado el hastío de la saciedad, porque yo soy comida sin defecto alguno.

Reciben las primicias y las experimentan de esta manera: el alma comienza a tener hambre del honor a mí, Dios eterno y manjar de la salvación de las almas, porque el alma se alimenta y nutre de la caridad del prójimo, de que tiene hambre y deseo. Es éste un manjar del que, nutriéndose, nunca se sacia, por ser incapaz de saciar; por eso le queda siempre hambre. Aunque las arras son el principio de una seguridad que se da al hombre a cuenta de lo que espera recibir, con todo, el alma enamorada y vestida de la doctrina de mi Verdad, habiendo recibido ya las arras de mi caridad y del prójimo en sí misma en esta vida, no es aún perfecta en sí, sino que espera la perfección de la vida inmortal, pues ellas no son perfectas en sí, sino que la fe da la seguridad de alcanzar la plenitud recibiendo la remuneración.

Repito que no son perfectas —lo que el alma experimenta no es aún perfección—, de modo que no tenga sufrimiento en sí y en los demás. No lo son en sí por las ofensas que me hacen a causa de la perversa inclinación que se halla ligada a sus miembros cuando ésta quiere luchar contra el espíritu; en los otros, por las ofensas del prójimo. Ciertamente es perfecta en cuanto a la gracia, pero no con la perfección con que mis santos se hallan unidos a mí, Vida perdurable. Los deseos de éstos los tienen sin sufrimientos, y los vuestros sí los tienen. Te dije en otro lugar que se alimentan a la mesa de este deseo. Se hallan felices y dolientes, como lo estaba mi Hijo único en el madero de la cruz. Su carne estaba sufriendo tormentos, y el alma, sin embargo, era feliz por la unión con la naturaleza divina. Los perfectos son felices por la unión de su deseo en mí; vestidos de mi dulce voluntad y dolientes por la compasión para con el prójimo y porque apartan de sí las delicias y consuelos de lo sensible afligiendo sus propios sentidos.

TRES COSAS PARA NO CAER EN ENGAÑO

[1. *No juzgar los defectos* - 2. *No juzgar del grado de virtud* - 3. *No querer que todos sigan el mismo camino.*]

102 [Modo de corregir al prójimo sin caer en falsos juicios.]

Te he hablado de la luz común, que todos podéis poseer en cualquier estado en que os halléis, es decir, los que tenéis la caridad común. Te he hablado de los que tienen la luz perfecta, que te distinguí en dos: la de los que estaban levantados sobre el mundo y procuraban mortificar su cuerpo y la de los que en todo daban muerte a su voluntad propia. Estos eran los perfectos, que se nutrían en la mesa del deseo.

Ahora te hablaré a ti en particular, y, al hacerlo a ti, hablo a los demás y satisfago tus deseos.

Quiero que hagas tres cosas para que la ignorancia no impida la perfección a que te llamo; para que el demonio, con la capa de la virtud de la caridad con el prójimo, no fomente dentro del alma la raíz de la presunción. Con ella caerías en falsas interpretaciones, que te he prohibido. Creyendo que juzgas rectamente, lo haces mal. Cuando, a tu modo de ver, vas para atrás, muchas veces te hará ver muchas cosas como verdades para inducirte al error. Esto lo conseguiría haciéndote en tu mente y en tus intenciones ser juez de las criaturas racionales, a las que, como te he dicho, sólo yo tengo que juzgar.

Esta es una de las cosas que tú y mis siervos unidos a ti debéis tener en cuenta, es decir, que tu juicio no se haga sin mesura. La mesura consiste en lo siguiente: si concretamente ves, no una o dos veces, sino más, que ante tu espíritu aparece el defecto del prójimo, no le debes reprender en particular, sino que, en general, debes recriminar los vicios de quienes te vienen a visitar [1], sembrando la virtud caritativamente y con benignidad. Con esa benignidad debes mezclar la aspereza cuando lo creas preciso. Si te parece que yo te he mostrado muchas veces los defectos de los demás, si no ves que sea por revelación expresa, como te he dicho, no se lo digas en

[1] Alusión autobiográfica.

particular, sino atente a los más seguro, lo cual hace huir la estratagema y malicia del demonio. Pues con el anzuelo de tu buena intención te atraparía, haciéndote juzgar muchas veces en el prójimo lo que no se debería, y muchas veces lo escandalizaréis.

Por tanto, guarde silencio tu boca o haga una santa exhortación en repulsa del pecado. Lo que te parece mal en los demás, atribúyetelo a ti y a él en conjunto, ejercitando la verdadera humildad. Y si, en verdad, aquel pecado se encuentra en aquella persona, se corregirá mejor viéndose dulcemente presionada, y se verá obligada a enmendarse con aquella suave reprensión. Yo te diré lo que tú quieras decirle, y te hallarás segura de no haber incurrido en un mal juicio y habrás cortado el camino al demonio, que no te podrá engañar ni impedir la perfección de tu alma.

Quiero que sepas que no debes fiarte de lo que ves. Debes echártelo a la espalda y mirar. Sólo debes permanecer firme en verte a ti misma, conocerte y reconocer mi generosidad y bondad. Así obran los que han alcanzado el estado de que te hablé, pues siempre volvían al valle del conocimiento de sí mismos, y por ello no se les impedía la subida y la unión que habían hecho conmigo. Esta es una de las tres cosas que te dije quería que hicieras para servirme de veras.

103 [Aunque Dios manifestase a quien ora por otro que éste tiene su espíritu en tinieblas, no por ello debe juzgar que se halla en pecado.]

Ahora te hablaré de la segunda, que consiste en lo siguiente: si alguna vez te ocurriese orar por alguien en particular —de esto me pediste explicación— y en tu oración vieses en aquel por el que oras alguna luz de gracia y en otro no, y los dos son servidores míos, pero te pareciere ver a uno con espíritu entorpecido y oscuro, no debes ni puedes juzgarle en pecado, porque muchas veces tu interpretación sería falsa. Quiero que sepas que algunas veces, en la oración por una misma persona, unas la verás con luz y con santo deseo ante mí, de modo que parecerá que su alma progresa en el bien (como pide el afecto de la caridad el que participéis uno

del bien del otro), y otras parecerá que su espíritu se halla alejado de mí y lleno de tinieblas y tentaciones; tanto que a ti misma te parecerá que te fatiga rogar ante mí por ella.

Sucede esto, sin duda alguna, acaso por defecto de aquel por quien has orado; pero la mayoría de las veces no hay defecto, sino que yo, Dios eterno, me habré apartado de aquel alma. Lo hago muchas veces para hacerla llegar a la perfección, tal como te expliqué al hablar de los estados del alma [1]. Mi alejamiento será en cuanto a lo sensible, en cuanto a la percepción de la dulzura y consuelos, pero no en cuanto a la gracia; por eso permanece el espíritu como estéril, seco y dolorido. Esto lo hago por benevolencia y por el amor que tengo a esa alma por la que se ora, para que quien ora, juntamente con la oración, la ayude a disipar la nube que hay en su espíritu.

Ves, por tanto, carísima y dulcísima hija, lo ignorante y digna de reprensión que sería tal interpretación si tú u otro lo atribuyese a pecado sólo por esa manera de enjuiciar cuando te mostré a esa alma en oscuridad. Has visto, pues, por ello que no la he privado de la gracia, sino de la dulzura que le concedía sentir.

Quiero, por tanto, y lo debes querer tú y los servidores míos, que os entreguéis al conocimiento perfecto de vosotros mismos para que reconozcáis más perfectamente mi bondad con vosotros. Lo demás dejádmelo a mí, porque el juicio es mío y no vuestro [2]. Dejad el juicio, que es mío, y ateneos a la compasión, con hambre de mi honor y de la salvación de las almas. Anunciad la virtud con anheloso deseo y reprended el vicio en vosotros y en ellos del modo que te he dicho antes.

Así llegarás a mi verdad y te mostraré que te has mantenido y conservado dentro del espíritu de la doctrina que te ha dado mi Verdad, es decir, interpretando mi voluntad y no la de los hombres. Así debes obrar si quieres tener pura la virtud y permanecer en la última, perfectísima y gloriosa luz, alimentándote en la mesa del santo deseo del manjar de las almas para honor y alabanza de mi nombre.

[1] Cf. c.60.70 y 78. [2] Mt 7,1 y Rom 12,19.

104 [El afecto y el amor a la virtud deben ser tomados como finalidad principal; no la penitencia.]

Dicho esto, queridísima hija, sobre las dos normas, te hablaré ahora de la tercera, a la que debes prestar atención. Repréndete a ti misma si alguna vez el demonio y tu ignorancia te tentaren a obligar y querer que todos mis servidores lleven el camino que tú has seguido, porque esto sería en contra de la doctrina que te ha enseñado mi Verdad. Porque muchas veces ocurre que, viendo caminar a muchas criaturas por el camino de las grandes penitencias, quisieran que todos llevaran el mismo camino, y, si ven que no lo llevan, se disgustan y escandalizan, pareciéndoles que no obran bien. Mira qué engañados se hallan, ya que con frecuencia ocurrirá que para ellos será mejor el que parece malo, porque hace menos penitencia, y será más virtuoso —suponiendo que no hagan tanta penitencia— el que no murmure por ello.

Por eso te dije antes que los que se alimentan en la mesa de la penitencia, si no lo hacen con verdadera humildad y no toman su penitencia como instrumento de la virtud, sino como fin primordial, ofenden con frecuencia a su propia perfección con esa murmuración. Por tanto, no deben ser ignorantes, sino ver que la perfección no consiste en mortificar y matar el cuerpo, sino en dar muerte a la perversa voluntad propia. Por este camino de la voluntad, anegada y sometida a mi dulce voluntad, es por el que debéis desear y querer que vayan todos.

Esta es la doctrina sobre la gloriosa iluminación, en la que el alma corre enamorada y vestida de mi Verdad. No desdeño la penitencia, que es buena para mortificar el cuerpo, que quiere combatir al espíritu; pero, con todo, hija queridísima, no quiero que se la impongas a todos [1], porque no todos los cuerpos son iguales ni tienen la misma fortaleza en su complexión, ya que en unos la naturaleza es más fuerte que en otros, y también porque muchas veces, como te dije, ocurre que por muchas razones hay que abandonar una penitencia ya comenzada. Si tú o los demás hubieseis tomado por finalidad princi-

[1] Alusión autobiográfica.

pal el hacer penitencia, vendríais a menos, seríais imperfectos, y os faltaría el consuelo y la virtud en el alma.

Al sentiros privados de lo que amabais y de lo que había hecho vuestra finalidad, os parecería estar privados de mí, y al creeros privados de mi Bondad llegaríais al tedio, grandísima tristeza, amargura y confusión. De este modo perderíais la práctica de la ferviente oración que solíais hacer con la penitencia. Abandonada ésta por muchas circunstancias, ya no os sabrá la oración con aquel sabor que antes sentíais.

Esto ocurriría porque el fin se hallaba cifrado en el afecto a la penitencia y no en el anhelante deseo; deseo, digo, de las verdaderas y reales virtudes.

Ves, por tanto, cuánto mal se seguiría de poner la penitencia como fundamento. Seríais ignorantes y caeríais en la murmuración acerca de mis servidores. Con ello llegaríais al tedio y gran amargura y procuraríais hacer sólo obras finitas por mí, que soy Bien infinito; por eso os pido un deseo infinito.

Es preciso, pues, tener como objetivo matar y ahogar la voluntad propia, y con ella, sometida a la mía, me ofreceréis el dulce, insaciable e infinito deseo, buscando mi honor y la salvación de las almas.

No obran así los desdichados que no siguen esta doctrina, el camino dulce y sin rodeos enseñado por mi Verdad, sino todo lo contrario. Piensan con un entendimiento ciego y enfermo, y por eso caminan como locos, y se privan de los bienes de la tierra y de los del cielo. Como te dije en otro lugar, gustan en esta vida las primicias del infierno.

RECAPITULACION SOBRE LAS TRES COSAS

105 [Resumen de las tres cosas precedentes.—Anexo sobre la corrección del prójimo.]

Te acabo de enseñar, hija queridísima, para satisfacer tus deseos y explicarte lo que me preguntaste, el modo de reprender al prójimo, a fin de que no seas engañada por el demonio ni por tu pobre inteligencia. Debes,

pues, corregir en general y no en particular, a no ser que por expresa revelación te lo mandara yo; y siempre con humildad, reprendiéndote a ti junto con los demás.

Te he dicho además, y te repito, que por ninguna razón del mundo te es lícito juzgar a nadie ni en común ni en particular, ni tampoco las intenciones de mis servidores, te parezcan buenas o malas.

Te di la razón por la que no puedes juzgar, y, si juzgaras, te engañarías en tus juicios. Por el contrario, debes tener compasión tú y los demás y dejar que juzgue yo.

También te he enseñado la doctrina y la razón principal que debes dar a quienes se llegan a ti pidiendo consejo y que quisieran salir de las tinieblas del pecado mortal y seguir el camino de las virtudes. Debes proponerles como finalidad principal el afecto y amor a la virtud en el conocimiento de sí mismos y de mi bondad en ellos y que maten y ahoguen su propia voluntad para que nada se rebele contra mí [1]. Dales la penitencia como instrumento y no como afecto principal; no a todos de igual modo, sino según sus posibilidades y estado para soportarla: a unos poco y a otros mucho, según puedan tolerar este instrumento del furor divino.

Y porque te dije que la reprensión no era lícita sino en general, no quisiera que creyeses que, si ves un pecado manifiesto, no puedas hacer la corrección entre ti y el que lo comete. La puedes hacer y hasta, si fuese obstinado en corregirse, lo puedes decir a dos o a tres, y, si esto no ayuda, hacerlo manifiesto al cuerpo místico de la Iglesia [2]. Te he dicho que, sin embargo, no es lícito porque a ti te parezca así o lo percibas dentro de tu espíritu. Tampoco, si lo ves por ti misma, debes cambiar de opinión. Si no vieres claramente la verdad o tu espíritu no lo conociese por expresa revelación mía, no debes usar la reprensión sino del modo que te he dicho. Esto es más seguro para ti y no te podrá engañar el demonio con el pretexto de caridad para con el prójimo.

He acabado con esto, carísima hija, de explicarte esta parte necesaria para conservar y acrecentar la perfección de tu alma.

[1] Alusión autobiográfica. [2] Mt 15,17.

COMO DISTINGUIR LAS VISIONES

106 [Señales para conocer cuándo las visitas y visiones espirituales son de Dios o del demonio.]

Ahora te explicaré lo que me preguntaste sobre la señal que te dije que daba yo al alma para reconocer la visita que recibe o por visiones o por otros consuelos que le parezca recibir. Preguntaste por la señal por la que el alma puede reconocer cuándo procede de mí y cuando no. La señal de proceder de mí es la alegría que persiste en ella después de la visita, el hambre por la virtud, ungida especialmente por la verdadera humildad y el arder en el fuego de la verdadera caridad.

Pero como no me preguntas si en la alegría puede haber algún engaño, te diré el que se puede tener y en qué se puede descubrir si la alegría es o no verdadera.

El engaño puede darse del siguiente modo. Quiero que sepas que lo que la criatura racional ama y desea tener, le produce alegría poseerlo. Cuanto más ama lo que posee, prudentemente tanto menos mira e investiga de dónde viene, por causa del deleite que ha recibido en este mundo. Por ello, la alegría de recibir lo que ama no la deja ver ni se interesa en descubrirlo. Así, los que mucho se deleitan y aman el consuelo espiritual, buscan visiones y han puesto más el afecto principal en el deleite de los consuelos que en mí, tal como te dije de los que se hallan aún en el estado imperfecto: que miran más al don de las consolaciones que reciben de mí, el que da, que al afecto de la caridad con que lo doy.

Aquí pueden recibir engaño, o sea, en su alegría, además de los otros engaños a que concretamente me referí en otro lugar. ¿De qué modo los reciben? Te lo diré. En cuanto han concebido el gran amor a las consolaciones o las visiones, al recibirlas, sea de la manera que sea, sienten alegría viendo que tienen lo que aman y deseaban poseer. Muchas veces podrían venir del demonio, y lo mismo sentirían esta alegría, de la que te dije que, cuando la visita era del demonio, venía la alegría, pero quedaban con pena y remordimiento de conciencia y vacíos del deseo de la virtud.

Ahora te digo que alguna vez podrá ocurrir que con esta alegría se levantará el alma de la oración una vez terminada. Si la experimenta sin el deseo de la virtud, sin humildad y sin arder en el horno de mi divina caridad, la visita, consuelo y visión que ha recibido procede del demonio y no de mí, a pesar de tener el signo de la alegría. Como ésta no se halla unida al afecto de la virtud, puedes entender que es alegría producida por el amor que tenía al propio consuelo del espíritu, y por ello goza y siente alegría al ver que posee lo que deseaba, pues es condición del amor, de cualquier género que sea, sentir alegría al recibir lo que se ama.

De modo que no te podrás fiar de la sola alegría, aun suponiendo que durase mientras tienes la consolación y aún más largo tiempo. El amor ignorante no reconocerá el engaño del demonio en ella si no anda con prudencia; pero, si la tiene, se dará cuenta si la alegría va acompañada del afecto a la virtud o no. En esto conocerá si la visita que recibe en su espíritu procede de mí o del demonio.

Esta es la señal que te di para que pudieras reconocer cuándo eras visitada por mí: si iba unida con la virtud. Ciertamente es un signo demostrativo que te declara lo que es engaño y lo que no lo es; es decir, lo que con certeza llega a tu espíritu de mí y lo que procede del amor propio espiritual, del afecto basado en el consuelo propio. Mi visita está unida con la virtud, y la del demonio siente sólo la alegría, y, cuando se la analiza, se encuentra con la misma virtud que antes, sin aumento. Es que le viene del amor a la propia consolación.

Quiero que sepas que no todos son engañados por esta alegría, sino sólo los imperfectos, los que buscan deleites o consuelos y miran más al don que al que lo hace. Los perfectos, limpiamente y sin interés propio, miran como enardecidos el afecto hacia mí; no al don que otorgo, sino sólo a mí y no a su propio consuelo, en el que podrían ser engañados por esta alegría.

Para ello tienen pronta esta señal: cuando alguna vez el demonio con sus argucias quisiere transformarse en ángel de luz y presentarse a su espíritu consiguiendo en seguida gran alegría, los que no se hallan apasionados por la afición a los consuelos reconocen de veras el en-

gaño con la prudencia, y, pasando pronto la alegría, ven que permanecen en tinieblas. Por eso reconocen y menosprecian todo consuelo y abrazan y estrechan la doctrina de mi Verdad. El demonio, confundido, rara vez, o nunca, volverá de esta manera.

Los que, por el contrario, aman los propios consuelos, los tendrán y no reconocerán el engaño; es decir, al encontrar la alegría sin la virtud, no salen de aquella situación con humildad y verdadera caridad y ansia del honor a mí, Dios eterno, y de la salvación de las almas.

Esto lo ha provisto mi bondad con vosotros, perfectos e imperfectos, en cualquier estado en que os halléis, para que no podáis recibir engaño alguno mientras permanezcáis en la luz del entendimiento, que os he dado con la pupila de la santísima fe, y para que no os dejéis oscurecer por el demonio ni os cubra el velo del amor propio; porque, si vosotros no apartáis esa luz, nadie os la puede quitar.

INVITACION A PEDIR

107 [Dios cumple los deseos de sus servidores.—Le agrada mucho que pidan y llamen a la puerta de su Verdad con perseverancia.]

Te he explicado plenamente, queridísima hija, y he iluminado tu entendimiento acerca de los engaños a que el demonio te puede inducir. He satisfecho tu deseo en lo que me preguntaste, porque yo no tengo en poco el deseo de mis servidores, sino, más bien, lo satisfago e invito a pedir. Me desagrada mucho aquel que no llama con energía a la puerta de la sabiduría de mi Hijo unigénito siguiendo su doctrina. Seguirla es llamarme a aldabonazos con la voz del santo deseo, con humilde y continuada oración a mí, Padre eterno. Yo soy el Padre que os da el pan de la gracia por medio de esta puerta de mi Verdad. Alguna vez, para probar vuestros deseos y perseverancia, hago como que no os oigo; pero os entiendo y doy aquello de que tenéis necesidad, pues doy el hambre y la voz para que llaméis, y yo, al ver vuestra

constancia, cumplo vuestros deseos cuando están ordenados y dirigidos a mí.

A llamar os invitó mi Verdad cuando dijo: «Llamad, y se os responderá; golpead, y se os abrirá; pedid, y se os dará» [1]. Y lo mismo quiero que hagas tú: que nunca aflojes el paso en el deseo de pedir mi ayuda, ni bajes la voz para llamarme, pues yo hago misericordia al mundo. No dejes de dar golpes a la puerta de mi Verdad siguiendo sus huellas. Alégrate con El, comiendo el pan de las almas para gloria y alabanza de mi nombre. Gime con ansiedad sobre el cuerpo muerto del hijo del género humano, al que he visto llegado a tanta miseria, que tu lengua sería incapaz de narrar.

Por este gemido y grito haré misericordia al mundo. Esto es lo que pido a mis siervos y esto será para mí signo de que me aman de veras. Y no menospreciaré sus deseos, como te he dicho.—

ALABANZA A DIOS POR LA VERDAD MANIFESTADA. PIDE LA FIDELIDAD A LA VERDAD Y CONOCIMIENTO DE LOS DEFECTOS DE LOS MINISTROS

108 [Esta alma devota se humilla y da gracias a Dios.—Ora por todo el mundo, y especialmente por el cuerpo místico de la Iglesia.—También por sus hijos espirituales y por sus dos Padres espirituales.—Pide oír hablar a Dios de los defectos de los ministros de la santa Iglesia.]

Entonces, aquel alma, verdaderamente como ebria, parecía fuera de sí y con los sentidos enajenados por la unión realizada con su Creador. Elevando el espíritu y mirando dentro de la eterna verdad con los ojos de su entendimiento, y habiendo conocido la verdad, se hallaba enamorada de ella y decía:

—¡Oh suma y eterna bondad de Dios! ¿Y quién soy yo, miserable, para que tú, sumo y eterno Padre, me hayas manifestado tu verdad y las ocultas estratagemas del demonio; y el engaño de los propios sentidos, de modo que yo y los demás podamos recibir tu visita en

[1] Mt 7,7 y Lc 11,9.

esta vida de peregrinación y no seamos engañados ni por el demonio ni por nosotros mismos? ¿Quién te ha movido? El amor, pues tú me amaste sin haber sido amado por mí. ¡Oh fuego de amor! Gracias, gracias a ti, Padre eterno.

Yo, imperfecta, llena de oscuridades; tú, lleno de luz, me has enseñado la perfección y el camino-luz de la doctrina de tu Hijo unigénito. Estaba muerta, y me has resucitado; enferma, y me has proporcionado la medicina. Y no sólo me diste la medicina de la sangre, que proporcionaste al género humano enfermo por mediación de tu Hijo, sino la medicina contra una enfermedad oculta que yo no conocía cuando me diste la doctrina para que en cada caso pueda juzgar a la criatura racional, y especialmente a tus servidores, a los que con frecuencia juzgaba como ciega y enferma de esta enfermedad.

Por eso te agradezco, suprema y eterna Bondad, que, al manifestar tu verdad y el engaño del demonio y de la propia inclinación, me hayas hecho conocer mi enfermedad. Por ello te pido, como gracia y misericordia, que se ponga hoy término y fin para que nunca me aparte de tu doctrina, la dada por tu bondad y la que otorgas a quien la quiera seguir, pues nada se ha hecho sin ti.

A ti, pues, recurro y en ti me refugio, Padre eterno. No te pido esto para mí sola, sino para todo el mundo, y principalmente para el cuerpo místico de la santa Iglesia. Que esta verdad y doctrina dada por ti, Verdad eterna, a mí, miserable, brille en tus ministros.

Te pido también de modo especial por todos aquellos que me has concedido [discípulos] que ame con sigular amor, los que has hecho una cosa conmigo, porque ellos serán mi refrigerio para gloria y alabanza de tu nombre si los veo correr por este dulce y recto camino libres y muertos a su propia voluntad y a sus pareceres, sin juzgar ni escandalizarse ni murmurar de su prójimo. Te ruego, Amor dulcísimo, que ninguno me sea arrebatado por las manos del demonio infernal, sino que en el último momento te consigan, Padre eterno y fin suyo [1].

[1] Jn 17,15 y alusión autobiográfica.

Te hago aún otra petición por las dos columnas, los dos Padres [2] que me has puesto en la tierra desde el principio de mi conversión hasta ahora con el fin de guardarme y adoctrinarme a mí, miserable enferma. Que tú les unas y de dos cuerpos hagas un solo espíritu y que ninguno atienda a otra cosa que a cumplir, en sí mismo y en los misterios que has puesto en sus manos, la gloria y alabanza de tu nombre en provecho de las almas. Y yo, indigna, miserable esclava y no hija, guarde para con ellos la mesura junto con la debida reverencia y santo temor por amor a ti, para que tu honor les sea paz y edificación del prójimo.

Estoy cierta, Vida eterna, que no desoirás mis deseos ni las peticiones que te he hecho, pues conozco por mis propios ojos, porque te ha placido manifestármelo de modo especial por la experiencia [3], que recibes con agrado los santos deseos. Yo, sierva indigna, me ingeniaré, con la gracia que me des, para guardar tus mandatos y doctrina.

¡Oh Padre eterno! Me he acordado de algo que me dijiste cuando me hablaste sobre el ministerio de la santa Iglesia. Me prometiste hablar más detalladamente en otro lugar de los defectos que hoy cometen [los ministros de la Iglesia]. Por lo cual, si es del agrado de tu bondad decirme algo sobre esto para tomarlo como materia para aumentar mi dolor, compasión y anhelante deseo de su salvación, te lo suplico, para que aumenten en mí estos sentimientos. Recuerdo que me has dicho anteriormente que con los sufrimientos, lágrimas, dolores, sudor y continua oración de tus servidores nos darías consuelo, reformando la santa Iglesia con buenos y santos ministros.——

PROMESA DE RESPUESTA Y AMONESTACION

109 [Dios anima a esta alma a la oración.—Respuesta a alguna de sus peticiones.]

Entonces, el Dios eterno, volviendo los ojos de su misericordia y no menospreciando sus deseos, sino acep-

[2] Parece aludir a los dos confesores de la Santa: Fr. Tomás della Fonte y Fr. Raimundo da Capua.

[3] Alusión autobiográfica.

tando sus peticiones, quiso satisfacer a la última petición hecha [1] acerca de su promesa, y le dijo:

—¡Oh dilectísima y queridísima hija! Cumpliré tu deseo en lo que me has pedido. Tú, por tu parte, no incurras en ignorancia o negligencia. Sería más grave en ti y digno de mayor reprensión ahora que antes, puesto que has sabido más acerca de mi verdad. Sé, pues, solícita en la oración por todas las criaturas racionales y por el cuerpo místico de la santa Iglesia y por los que te he concedido que ames con singular amor. No cometas negligencia en ofrecer oraciones y ejemplo de vida y de doctrina por la palabra, reprendiendo el vicio y recomendando la virtud en lo que puedas.

De las columnas que te he dado, de las que me hablaste, haz que tú seas instrumento para otorgar a cada uno lo que necesita según su aptitud y según yo, tu Creador, te iré proveyendo, pues sin mí nada podréis hacer [2]. Cumpliré tus deseos. No dejéis, ni tú ni ellos, de confiar en mí, porque mi providencia no os faltará. Cada uno debe recibir humildemente aquello para lo que es apto, y cada ministro lo que yo le dé para administrar, cada cual a su modo, en conformidad con lo que han recibido y reciban de mi bondad.

[1] «Ultima» hace referencia aquí no a las peticiones que aparecen en el capítulo 2 de *El Diálogo,* sino a las que aparecen en el capítulo 9.
[2] Jn 15,5.

Catalina recibe la Eucaristía.

EL CUERPO MISTICO DE LA IGLESIA

EXCELENCIA DEL MINISTERIO SACERDOTAL

[El «Sol» eucarístico.—El misterio eurarístico eleva la dignidad humana.—Dignidad de los ministros: pureza - caridad - liberalidad. Ejemplo de los ministros santos.—La autoridad de los ministros no disminuye a causa de sus defectos.—Culpabilidad de sus perseguidores.]

110 [Dignidad de los sacerdotes y del sacramento del cuerpo de Cristo.—Los que comulgan digna e indignamente.]

Te respondo ahora a lo que me has preguntado acerca de los ministros de la santa Iglesia. Para que mejor puedas conocer la verdad, abre los oídos de tu entendimiento y considera su excelencia y en qué dignidad los he colocado. Y como las cosas se conocen mejor por medio de sus contrarios, te voy a mostrar la dignidad de los que ejercitaron virtuosamente el tesoro que les puse en las manos. Por este medio verás la miseria de los que hoy se alimentan a los pechos de esta esposa [la Iglesia] y son malos.—

Entonces, aquella alma, por obediencia, contempló la Verdad, donde vio brillar la virtud de los verdaderos catadores [de la virtud]. Y Dios eterno le dijo:

—Carísima hija, quiero explicarte primeramente la dignidad en que los ha colocado mi bondad, además del amor general que he tenido a mis criaturas, creándoos a imagen y semejanza mía y nuevamente creados por la gracia en la sangre de mi Hijo unigénito. Por este amor general adquiristeis tanta excelencia, por la unión que hice de la divinidad con la naturaleza humana. De aquí proviene que tengáis una excelencia y dignidad mayor que la de los ángeles, porque yo tomé vuestra naturaleza y no la suya. Por lo que, como te dije, me hice Hombre-Dios por la unión de la naturaleza divina con la vuestra.

Esta grandeza se da, en general, a toda criatura racional; pero de entre éstas he elegido a mis ministros para

vuestra salvación, a fin de que por ellos os sea administrada la sangre del humilde e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito. A ellos les he concedido administrar el Sol, dándoles la luz de la ciencia, el calor de la divina caridad, el color unido al calor y a la luz, es decir, la sangre y el cuerpo de mi Hijo. Este cuerpo es un sol, porque es uno conmigo, verdadero Sol. Está unido de tal modo, que no puede uno separarse del otro, como el sol tampoco se puede dividir, ni el calor separarse de la luz, ni ésta del color, debido a la perfección de la unión.

Este sol, sin que su esfera se rompa, o sea, sin dividirse, da luz a todo el mundo y a todos los que quieran calentarse. No se mancha con inmundicia alguna y a él se halla unida la luz. Así, en el Verbo, mi Hijo, su dulcísima sangre es un sol, todo Dios y todo hombre, por ser la misma cosa conmigo y yo con El. Mi poder no se encuentra separado de su sabiduría, ni el calor —fuego del Espíritu Santo— está separado de mí, el Padre, ni del Hijo, por ser uno con nosotros, ya que el Espíritu Santo procede de mí, el Padre, y de El, el Hijo, y somos un mismo sol.

Yo, Dios eterno, soy el sol de donde han procedido el Hijo y el Espíritu Santo. A éste se le atribuyen las propiedades del fuego; al Hijo, la sabiduría. Por ella mis ministros reciben una luz de gracia, por tener que administrar esta luz con la luz y agradecimiento por el beneficio recibido de mí, el Padre eterno, al seguir la doctrina de esta Sabiduría, mi Hijo unigénito.

Esta es la luz que tiene en sí el color de vuestra humanidad, unidos uno y otra. Por lo que la luz de mi divinidad fue la unida al color de vuestra humanidad. Este color [naturaleza humana] se hizo lúcido cuando se convirtió en impasible en virtud de la deidad, naturaleza divina. Por este medio, o sea, del objeto de este Verbo encarnado, entremezclado con la luz de la divinidad y con el calor y fuego del Espíritu Santo, habéis recibido la luz. ¿A quién lo he dado para que lo administre? A mis ministros en el cuerpo místico de la santa Iglesia, a fin de que tengáis vida cuando os dan el cuerpo de Cristo como alimento, y su sangre como bebida.

Te he dicho que este cuerpo es sol, por lo que no os puede ser dado el cuerpo sin que se os dé la sangre;

tampoco el cuerpo ni la sangre sin el alma del Verbo; ni el alma ni el cuerpo sin mi divinidad, Dios eterno, porque la una no se puede dar sin la otra, igual que la naturaleza divina no se separó de la humana por la muerte, ni por otra causa cualquiera podía separarse. De modo que bajo la blancura del pan recibís toda la esencia divina en el dulcísimo sacramento.

Igual que el sol no se puede dividir, tampoco se pueden separar Dios y el hombre en la blancura de la hostia. Supongamos que ésta fuese dividida: si se pudieran hacer de ella millares de millares de trocitos, en cada uno estaría todo Dios y todo hombre, como te he dicho; como el espejo que se quiebra, y, a pesar de todo, no se parte la imagen que se ve en él, así, al dividir la hostia, no se separa a Dios y al hombre, sino que cada parte lo contiene todo.

Tampoco se le disminuye en sí mismo, al modo del fuego, es decir, que, si tuvieses una luz y todo el mundo viniese a tomar de ella, no por eso se disminuye esa luz, y, sin embargo, cada uno la tendría. Es cierto que unos participan más de ella que otros, según la materia que se llevan para tomar de ella. Para que lo entiendas mejor, te pongo el ejemplo siguiente: si hubiera muchos que llevan velas y uno lleva la cantidad de una onza y otro lleva dos o seis onzas, y se acercan a la luz y encienden las velas, suponiendo que cada uno toma de ella, unos mucho y otros poco, mira la luz, el calor y el color, y verás la misma; y no juzgarás, a pesar de todo, que tiene menos el de la vela de onza que el que la lleva de a libra. Así ocurre con los que reciben este sacramento, porque cada uno lleva su vela, es decir, el santo deseo. La vela se halla apagada y se enciende al recibir el sacramento. Digo apagada porque vosotros nada sois. Cierto es que yo os he dado la materia con que podéis alimentar en vosotros esta luz y recibirla. Vuestra materia es el amor, porque os he creado por amor, y por ello no podéis vivir sin él.

El ser que se os ha dado por amor ha sido preparado por el santo bautismo, que recibís en virtud de la sangre del Verbo. De otro modo no podríais participar de esta luz, antes bien seríais como vela sin pabilo dentro: no puede arder ni recibir la luz. Eso ocurriría con vosotros

si en vuestra alma no se hallase el pabilo que recibe esta luz, es decir, si no tuvierais la fe santísima y, a la vez, la gracia, que proviene del bautismo con el afecto de vuestra alma, creada en disposición de amar con tal capacidad, que sin amor no podéis vivir, pues también el amor es alimento.

¿En dónde se enciende esta alma? En el fuego de mi divina caridad, amándome, temiéndome y siguiendo la doctrina de mi Verdad. Se enciende más o menos según se lleve y se dé materia a ese fuego. Pero, aunque todos tengáis la misma materia, o sea, todos estéis creados a imagen y semejanza mía y los que sois cristianos tengáis la luz del bautismo, a pesar de todo, cada uno puede crecer en amor y virtud según me plazca a mí y a vosotros. No porque vosotros cambiéis la forma que yo os di, sino que acrecentáis y aumentáis las virtudes por el amor, por la práctica de las mismas y por el afecto a la caridad usando del libre albedrío mientras tenéis tiempo, porque, terminado éste, ya no podéis crecer.

Este amor se acerca a recibir esta luz dulce y gloriosa que os he dado por medio de mis ministros para que la utilicéis, y que os he dado como alimento, del que recibís tanto cuanto es el amor y ardiente deseo que lleváis. Supongamos que recibís la luz completa, tal como dije al ponerte el ejemplo de las velas. Ellos la recibían en conformidad con el peso de las velas, aunque cada uno viera la luz entera, ya que no se puede dividir ni a causa de vuestras imperfecciones ni por las de aquellos que la reparten. Así participáis vosotros de esa luz, de la gracia de este sacramento, en la medida en que os halléis preparados para recibirla por el santo deseo.

Quien vaya a este sacramento con la culpa de pecado mortal, no recibe de mí la gracia aunque en realidad me reciba todo a mí, Dios y hombre. Pero ¿sabes cómo queda el alma que lo recibe indignamente? Como la vela que se os ha caído en el agua, que no hace otra cosa que chisporrotear cuando se la acerca al fuego. En cuanto ése llega dentro del pabilo, se apaga el fuego en el pabilo y no queda más que humo. Si esa vela no se ha calentado por el fuego de la contrición, confesando su culpa, llega a la mesa del altar a recibir la luz materialmente, pero no espiritualmente.

Esta luz verdadera, si el alma no se halla preparada como se debe para tanto santo misterio, no permanece en ella, sino que desaparece, y queda en el alma mayor confusión, oscurecida por las tinieblas y gravada con su culpa. De este sacramento no percibió sino el chisporroteo del remordimiento de la conciencia; no por defecto de la luz, sino del agua que encontró en el alma, lo cual impidió el afecto para que esta misma alma recibiera la luz.

Ves, por tanto, que esta luz, unida a su calor y color, en modo alguno se puede separar: ni porque el alma reciba este sacramento con deseo pequeño, ni por defecto del alma que lo recibe, ni por el de quien lo administra, igual que te dije del sol, que, estando sobre lo inmundo, no por eso se mancha. La dulce luz de este sacramento no se mancha por razón alguna, ni se divide; ni disminuye, ni se aparta de la esfera del sol aunque todos tomen parte de la luz y calor de este sol. Del mismo modo, el Verbo, el Sol, mi Hijo unigénito, no se separa de mí, Padre eterno, porque sea administrado a quien desea recibirlo en el cuerpo místico de la santa Iglesia, sino que permanece entero y lo recibís entero, Dios y hombre, tal como te expliqué por el ejemplo de la luz, aunque todos fueran a tomar de esa luz, pues la reciben entera y permanece entera.

111 [Los sentidos corporales se engañan en el sacramento, no los del alma.—Con qué sentidos hay que mirar, gustar y tocar.—Hermosa visión de esta alma sobre este tema.]

Queridísima hija: abre bien los ojos del entendimiento para mirar dentro del abismo de mi caridad, porque no hay criatura racional que no encontrase motivo para que su corazón derritiera en el afecto de amor al considerar, entre otros beneficios, que habéis recibido de mí el de ver este sacramento puesto a vuestra disposición.

¿Con qué ojos, queridísima hija, debéis tú y los demás ver, y escudriñar, y tratar este misterio? No tocando y viendo su cuerpo ya que los sentidos no son aptos para ello. Los ojos no ven más que la blancura del pan, la mano no toca otra cosa, el gusto no percibe sino el sabor del pan; de modo que los principales sentidos del cuerpo se equivocan; pero no los del alma, si ella quiere; es

decir, si no quiere apartar la luz de la fe santísima por la incredulidad.

¿Quién gusta, ve y toca este sacramento? Los sentidos del alma. ¿Con qué ojos lo ve? Con los del entendimiento, si dentro de ellos se encuentra la pupila de la santísima fe. Estos ojos ven en aquella blancura a todo Dios y a todo hombre, la naturaleza divina unida a la humana: al cuerpo, al alma y sangre de Cristo; la humanidad, unida al cuerpo, y el cuerpo y el alma, unidos a la naturaleza divina, sin separarse de mí, tal como te manifesté al principio de tu vida, como bien te acuerdas [1]. Y no sólo los ojos del entendimiento, sino los de tu cuerpo, si bien por la gran luz perdieron la visión y quedó sólo la del entendimiento.

Te lo demostré cuando me hablaste del embite que te había dado el demonio en el sacramento, y de ese modo te hice yo crecer en amor y en la santísima fe [2]. Sabes que, yendo por la mañana al amanecer a oír misa, hallándote ya atormentada por el demonio, te pusiste en pie ante el altar del crucifijo. El sacerdote había ido al altar de la Virgen. Estando allí considerando tus pecados, temiendo haberme ofendido, pues el demonio te había tentado, y considerando el afecto de mi caridad, que te había permitido acudir a la misa, pues te considerabas indigna de entrar en mi santo templo, cuando el sacerdote iba a consagrar, durante la consagración, levantaste los ojos al ministro. Al decir las palabras de la consagración, yo me manifesté a ti, viendo tú que de mi pecho salía una luz, como un rayo de luz que procediera del sol sin salir de ella. En esta luz venía una paloma, unida la paloma con el rayo, y golpeaba en la hostia en virtud de las palabras de la consagración que el ministro pronunciaba. Porque tus ojos corporales no podían tolerar la luz, quedaste sólo con la visión de los ojos intelectuales. Allí viste y experimentaste el abismo de la Trinidad, a mí todo, Dios y hombre, oculto y tapado bajo aquella blancura. Ni la luz ni la presencia del Verbo que viste intelectualmente en aquella blancura, sin que desapareciera la blancura del pan; ni el verme Dios y hombre en aquel pan, ni el pan era impedido por mí, es de-

[1] Alusión autobiográfica. [2] Ibid.

cir, que no se le había quitado la posibilidad de ser tocado y saboreado; ninguna de estas cosas se impedían una a la otra.

Esto te fue mostrado por mi infinita bondad. ¿A qué se redujo la visión? A los ojos del entendimiento con la pupila de la santísima fe. De modo que los ojos del entendimiento deben ser lo principal para ver, pues ellos no pueden ser engañados. Por lo tanto, con ellos debéis mirar a este sacramento.

¿Quién lo palpa? La mano del amor. Con esta mano se toca lo que los ojos han visto y conocido en este sacramento. Por medio de la fe se palpa con la mano del amor, como cerciorándose de lo que se vio por la fe y conoció intelectualmente.

¿Quién lo saborea? El paladar del santo deseo. El paladar del cuerpo percibe el sabor del pan, y el del alma me saborea a mí, Dios y hombre. Ves, por tanto, que los sentidos del cuerpo se equivocan, pero no los del alma; antes bien, por ellos queda cerciorada e iluminada en sí misma, puesto que los ojos del entendimiento lo han visto con la pupila de la santísima fe. Porque lo vio y conoció, por eso palpa con la mano del amor, porque lo que ve lo toca con fe por medio del amor. Con el paladar del alma lo saborea con ardiente deseo, esto es, con mi ardiente caridad, amor inefable. Por ese amor la he hecho digna de recibir el gran misterio de este sacramento y la gracia que se ve que se recibe en este sacramento.

Por consiguiente, ves que no sólo con los sentidos corporales debéis recibir y ver este sacramento, sino con los sentidos espirituales, preparándolos con afecto de amor para recibirlo y paladearlo.

112 [Excelencia en que se encuentra el alma que recibe en gracia este sacramento.]

Considera, hija carísima, en cuánta excelencia se halla el alma si recibe como debe el pan de vida, manjar de los ángeles. Recibiendo este sacramento, está ella en mí y yo en ella. Al modo que el pez está en el mar y el mar en el pez, así estoy yo en el alma y ella en mí, Mar de

paz [1]. En esa alma está la gracia, porque, si recibe este pan de vida en gracia, ésta permanece en el alma. Consumido el accidente de pan, dejo yo allí la impronta de la gracia. Como el sello que se pone sobre la cera caliente: levantado el sello, allí queda su huella. Del mismo modo, la virtud de este sacramento permanece en el alma, esto es, queda allí el calor de la divina caridad, clemencia del Espíritu Santo; queda la luz de la sabiduría de mi Hijo unigénito, con los ojos del entendimiento iluminados por esa sabiduría; permanece fuerte, participando de mi fortaleza y poder, haciendo al alma robusta y poderosa contra la tentación de los propios sentidos, contra el demonio y contra el mundo.

Ves, pues, que al alma le queda la huella una vez levantado el sello, consumida aquella materia, es decir, los accidentes del pan. Este verdadero Sol vuelve a su esfera —no es que se hubiera apartado, como te he dicho, pues siempre estuvo unido conmigo—. El abismo de mi caridad, para vuestra salvación y para alimento en esta vida, en que sois peregrinos y caminantes, y para que tuvierais refrigerio y no perdierais la memoria del beneficio de la sangre [2], os lo ha dado en comida por mi divina dispensación y por providencia divina, socorriendo vuestras necesidades, dándooslo en alimento esta mi dulce Verdad.

Mira, pues, lo obligados que os halláis a devolverme amor, puesto que os amo tanto y soy suma y eterna bondad, digno de ser amado por vosotros.

113 [Se ha hablado de la excelencia del sacramento para que se conozca mejor la dignidad de los sacerdotes.—Dios exige mayor pureza en ellos que en los demás.]

¡Oh hija queridísima! Te he dicho todo esto para que conozcas mejor la dignidad en que he colocado a mis ministros y te duelan más sus miserias. Si ellos mismos tuviesen en cuenta esa dignidad suya, no yacerían en las tinieblas del pecado mortal ni mancharían la cara de su

[1] Imagen muy usada por Catalina, que indica su experiencia mística de hallarse inmersa en Dios.
[2] 1 Cor 11,25-26.

alma. No sólo no me ofenderían a mí y a su dignidad, sino que, si diesen su cuerpo al fuego, les parecería no poder satisfacer a tantas gracias y beneficios como han recibido, porque no pueden llegar a dignidad mayor en esta vida.

Ellos son mis ungidos y les llamo mis «cristos», pues les he concedido que me administren para vuestro bien y, como a flores fragantes, lo he colocado en el cuerpo místico de la santa Iglesia. Esta dignidad no la he concedido a los ángeles, sino al hombre. A ellos los he elegido por ministros míos, y a los que he colocado como ángeles deben serlo en la tierra durante esta vida. Deben, por tanto, ser como los ángeles.

A toda alma le pido pureza y caridad por amor a mí y a su prójimo y que le ayuden en lo que puedan, ofreciendo oraciones por él y permaneciendo en la dilección de la caridad. Más pureza pido aún a mis ministros y más amor a mí y a su prójimo, debiendo administrar el cuerpo y la sangre de mi Hijo unigénito con ardor de caridad y hambre de la salvación de las almas para gloria y por amor de mi nombre.

Como los ministros quieren limpieza en el cáliz donde se celebra este sacrificio, así exijo yo limpieza y pureza de corazón, de su alma y de su espíritu. Quiero que el cuerpo, como instrumento de su alma, se conserve en perfecta pureza. No quiero que se alimenten de la inmundicia y se revuelquen en ella, ni se encuentren hinchados de soberbia, buscando los grandes cargos; ni que sean crueles consigo y con el prójimo. Porque, si son crueles consigo mismos por la culpa, son crueles con las almas de sus prójimos, ya que no les dan ejemplo de vida, ni se preocupan de arrancar las almas de las manos del demonio, ni de administrar el cuerpo y la sangre de mi Hijo unigénito y mi verdadera Luz en los sacramentos de la santa Iglesia. Y así, siendo crueles consigo, son crueles con los demás.

114 [Los sacramentos no se deben vender ni comprar. Los que reciben deben ayudar a los ministros en lo temporal.—Reparto de los bienes temporales de los sacerdotes.]

Quiero que sean generosos y no avaros, es decir, que por codicia y avaricia no vendan la gracia de mi Espíritu Santo [1]. No deben, no quiero que obren así; antes bien, puesto que los han recibido como don y generosidad de mi bondad, así, como don y con corazón generoso, por afecto de amor a mi nombre y a la salvación de las almas, deben dar caritativamente a toda criatura racional, por caridad, a los que humildemente les piden. No deben recibir cosa alguna como precio, porque no la han comprado, sino recibido gratuitamente de mí para que os sirvan; pero sí lo pueden y deben hacer como limosna. De este modo deben obrar los fieles que reciben algún servicio: deben darles limosna en cuanto puedan, porque mis ministros deben ser sostenidos por vosotros en las cosas temporales, atendiendo a su necesidad, y vosotros debéis ser alimentados por ellos en cuanto a la gracia y a los dones espirituales, es decir, los sacramentos, que he puesto en la santa Iglesia para que los administren en vuestro provecho espiritual [2].

Os hago saber que, sin comparación, os doy yo más a vosotros que vosotros a ellos, puesto que las cosas finitas y transitorias con que vosotros les ayudáis no pueden compararse conmigo, que sov infinito. Por mi providencia y divina caridad, los he puesto para que os administren, y no sólo en este ministerio, sino en cualquier otra cosa os sean repartidas las gracias espirituales, sea por la oración o de otro modo. Con vuestros bienes temporales no llegáis ni podéis llegar a corresponder a lo que recibís espiritualmente, sin comparación alguna.

Ahora te digo que los bienes que reciben de vosotros están obligados a distribuirlos de tres modos, o sea, haciendo tres partes: una para sí mismos, otra para los pobres y otra para la Iglesia, en las cosas que sean necesarias; y no de otro modo. Me ofenderían usando de ellas de otra manera.

[1] Act 8,18-20.
[2] 1 Cor 9,11.

115 [Dignidad de los sacerdotes.—La eficacia de los sacramentos no disminuye por culpa de los que los administran o de los que los reciben.—Dios no quiere que los seglares se metan a corregirlos.]

Así obraban los dulces y gloriosos ministros, cuya excelencia te pedí que considerases, a más de la dignidad que les había dado al hacerles mis «cristos». Como ejercitaron virtuosamente esta dignidad, se hallaban vestidos de este dulce y glorioso Sol que yo les di para que lo administrasen.

Mira al dulce Gregorio, a Silvestre y a los demás antecesores suyos en el decurso de los tiempos desde el principal pontífice, Pedro, a quienes le fueron dadas las llaves de mi verdad, diciéndole: «Pedro, te doy las llaves del reino de los cielos; lo que desates en la tierra estará desatado en el cielo; lo que ates en la tierra estará atado en el cielo» [1].

Ten en cuenta, hija queridísima, que, al manifestarte la excelencia de su virtud, te mostraré más plenamente la dignidad en que he colocado a mis ministros. Esta es la llave de la sangre de mi Hijo unigénito, la que abrió la vida eterna, que durante largo tiempo estuvo cerrada por el pecado de Adán. Pero después que yo os di a mi Verdad, o sea, al Verbo de mi Hijo unigénito, sufriendo muerte y pasión, con su muerte destruyó vuestra muerte, dándoos un baño de sangre. De modo que su sangre y su muerte, en virtud de mi naturaleza divina unida a la humana, abrió la vida eterna.

¿A quién dejó las llaves de esta sangre? Al glorioso apóstol San Pedro y a los demás que han venido y vendrán hasta el último día del juicio. Ellos tienen y tendrán la misma autoridad que Pedro. Por ningún defecto suyo se aminora esa autoridad, ni se quita la perfección a la sangre ni a ningún sacramento, porque, como te dije, este Sol no se ensucia con inmundicia alguna y no pierde su luz por las tinieblas del pecado mortal que haya en los que los administran o en los que los reciben, pues su culpa no puede lesionar a los sacramentos de la santa Iglesia ni disminuir su eficacia. Sin embargo, dis-

[1] Mt 16,19.

minuye la gracia y aumenta la culpa en los que los administran o reciben indignamente.

De modo que Cristo en la tierra [el papa] tiene la llave de la sangre; para darte a entender cuánta reverencia deben tener los seglares a estos ministros, sean buenos o malos, y cuánto me desagrada la falta de reverencia a ellos. Sabes [2] que te mostré el cuerpo místico de la Iglesia en forma de bodega en la que se hallaba la sangre de mi Hijo unigénito. Por esa sangre tienen valor y vida todos los sacramentos.

A la puerta de esta bodega estaba Cristo en la tierra, a quien se le había encargado administrar la sangre. A él competía nombrar administradores que le ayudasen a repartirla por todo el cuerpo de la religión cristiana. Quien era aceptado y ungido por el Cristo en la tierra, quedaba hecho ministro de ella, y no los demás. De ellos salió el orden clerical, y a cada uno lo puso en el oficio de administrador de esta sangre gloriosa.

Como él les ha nombrado por ayudantes suyos, a él le corresponde corregirles de sus defectos. Así quiero que sea, pues por la excelencia y autoridad que les he dado, los he eximido de la servidumbre, esto es, de la sujeción al dominio de los señores temporales. La ley civil nada tiene que hacer en cuanto a su castigo. Corresponde únicamente a quien está designado para gobernar y administrar según la ley divina. Estos son mis ungidos, y por eso dijo la Escritura: «No queráis tocar a mis cristos» [3]; por lo cual no puede un hombre llegar a mayor desgracia que a atreverse a castigarlos.

116 [Dios estima hecha contra El la persecución contra la santa Iglesia o sus ministros.—Es un pecado de más gravedad que cualquier otro.]

Si me preguntases por qué te aseguré que era más grave la culpa de los que perseguían a la Iglesia que todas las demás y por qué no quería yo que por los defectos de los ministros disminuyera la reverencia hacia ellos, te respondería y te respondo: porque toda reve-

[2] Alusión autobiográfica.
[3] Sal 104,15.

rencia para con ellos no se hace a ellos, sino a mí, por virtud de la sangre que les he encargado administrar. Si no fuera por esto, les deberíais tener la reverencia que a los demás hombres. Por causa de su ministerio estáis obligados a la reverencia y a acercaros a ellos no por lo que son en sí mismos, sino por el poder que les he dado, si es que queréis recibir los santos sacramentos de la Iglesia. Si, pudiéndolos recibir, no lo queréis, os hallaréis y moriréis en estado de condenación.

Así, pues, no se la prestáis a ellos, sino a mí y a la sangre, puesto que somos una misma cosa por la unión de la naturaleza divina y la humana. Lo mismo que la reverencia se tiene a mí, así también la irreverancia, pues te he dicho que la reverencia no debéis tenerla por ellos mismos, sino por la autoridad que yo les he dado. No deben ser ofendidos, porque ofendiéndoles me ofenden a mí y no propiamente a ellos. Yo he prohibido que mis «cristos» sean tocados.

Por eso, nadie se puede disculpar, diciendo: «Yo no hago injuria ni soy rebelde contra la Iglesia, sino que actúo contra los defectos de los malos pastores». Ese tal miente y no comprende, cegado por el amor propio; o ve muy bien, pero hace como si no entendiera, para disimular el remordimiento de su conciencia; comprende que persigue a la sangre de Cristo y no a ellos. A mí se da la injuria, como se da la reverencia, y por eso son para mí los escarnios, villanías, oprobios y vituperios que les hacen. Considero hecho a mí lo que se ha hecho a ellos, porque dije y repito que no quiero que mis cristos sean tocados. Yo los castigaré; no deben hacerlo ellos.

Pero ellos, los malvados, muestran la falta de reverencia que tiene a la sangre y que aman poco el tesoro que les he dado para su salvación y vida de su alma. No podíais recibir más que el que yo me dé a vosotros en comida: Dios y hombre, todo entero.

Como la reverencia que les es debida no se hacía en atención a mí, por eso la han ido descuidando, persiguiéndoles y mirando a sus muchos pecados y defectos, de los que te hablaré en otro lugar. Si de veras le hubieran guardado esa reverencia por mi causa, no se la perderían por ninguno de sus defectos, porque las faltas no aminoran la eficacia de este sacramento, y tampoco de-

ben hacer que decrezca la reverencia; y, cuando decrece, me ofenden.

Este pecado es más grave ante mí que todos los demás por muchas razones; pero te diré sólo las tres principales.

Una es porque lo que hacen a ellos me lo hacen a mí [1].

La segunda, porque quebrantan el mandamiento, pues he prohibido que los toquen, y con ello menosprecian la eficacia de la sangre de Cristo, que consiguieron en el santo bautismo, no obedeciendo cuando hacen lo que les está prohibido. Son rebeldes contra esta sangre, porque les han privado de la reverencia y se han rebelado contra mis cristos con gran persecución. Son miembros podridos, separados de la santa Iglesia, por lo que, mientras persistan obstinados en la rebelión e irreverencia, si mueren en este estado, van a la condenación eterna. Es cierto que, llegada la muerte, si se humillan y reconocen su culpa y, queriéndose reconciliar con su cabeza, si no pueden hacerlo en aquel momento, reciben misericordia; esto suponiendo que tengan tiempo para ello, lo que no es seguro.

La tercera razón es porque su culpa es más grave que las otras, pues se funda en que han pecado por su propia malicia y con deliberación, conociendo que en buena conciencia no lo pueden hacer y que pecan haciéndolo. Es ofensa que procede de una perversa soberbia, sin placer corporal, que más bien aniquila al alma y al cuerpo. El alma se destruye al privarse de la gracia, y muchas veces es roída por el gusano de la conciencia; los bienes temporales se aniquilan en servicio del demonio, por lo que los cuerpos mueren como animales.

Este pecado se comete propiamente contra mí, no con pretexto de propia utilidad o deleite, sino con malicia y humo de soberbia. Esta tiene su origen en el amor sensitivo y en el temor perverso que tuvo Pilato, que, por temor a perder su cargo, mató a Cristo, mi Hijo unigénito. Así han obrado y obran éstos [2].

Todos los demás pecados se cometen por simplicidad,

[1] Lc 10,16.
[2] Jn 19,12.

o por negligencia en conocer, o por malicia, es decir, cuando se conoce el mal que se hace; pero por el deleite desordenado o el placer que halla en el pecado, o por provecho que puede seguirse pecando, me ofenden a mí, a su alma y a la de su prójimo. A mí, porque no dan gloria y alabanza a mi nombre, y al prójimo, porque no le dan la dilección de la caridad. Pero no me hieren propiamente a mí, sino a la cara; se ofenden, sin embargo, a sí mismos, y esta ofensa me desagrada por el daño que se hacen.

Esta ofensa va directamente contra mí, sin intermediarios. Los otros pecados tienen alguna disculpa y son hechos interviniendo otros, porque ya te dije que todo pecado y toda virtud se llevan a efecto mediando el prójimo. El pecado se hace por la privación de la caridad de Dios y del prójimo, y la virtud, con el amor de la caridad. Ofendiendo al prójimo, me ofenden a mí por medio de él.

De entre mis criaturas racionales, he elegido a estos mis ministros, que son mis ungidos, como administradores del cuerpo y de la sangre de mi Hijo unigénito, carne vuestra unida con mi naturaleza divina. Por eso, cuando consagran, se hallan en lugar de Cristo, mi Hijo. Esos miserables persiguen la sangre, y se privan del tesoro de los frutos de la sangre. Ves, por tanto, que esta ofensa es hecha al Verbo, y, por tanto, a mí, porque El y yo somos uno. Por lo cual esta ofensa es más grave, hecha a mí y no a los ministros, pues a éstos no se les da el honor ni la persecución, sino a mí, o sea, a esta gloriosa sangre de mi Hijo, con el que soy una misma cosa. Por eso te aseguro que, si todos los demás pecados que han cometido se pusieran de un lado y sólo éste del otro, pesará más éste que los otros, como te manifesté [3] para que tuvieses motivo de dolerte de mi ofensa y de la condenación de estos miserables y para que con tu amargura y la de los demás servidores míos, por mi bondad y misericordia, se disipasen tan grandes tinieblas a que han llegado estos miembros podridos, separados del cuerpo místico de la santa Iglesia.

Apenas encuentro, sin embargo, quién se duela de la

[3] Alusión autobiográfica.

persecución que se hace a esta gloriosa y preciosa sangre, y sí quienes me hieran continuamente con las saetas del amor desordenado y temor servil, con la propia reputación; como ciegos, tomando por honor lo que es vituperio, y vituperio lo que es honor, cuando deben someterse al que es su cabeza. Con estos vicios persiguen la sangre.

117 [Se habla de los perseguidores de la santa Iglesia y de sus ministros.] [1]

Te dije que me herían, y es la verdad. En su interior me persiguen como pueden. No es que yo en mí pueda recibir lesión alguna, ni ser herido por ellos, pero lo hacen como la piedra, que, arrojándola, no es recibida, sino que se vuelve contra el que la arroja. Así, los heridos por sus ofensas, los que arrojan la pestilencia, no me pueden hacer daño, sino que vuelve contra ellos la saeta envenenada de la culpa. Esta les priva de la gracia en esta vida, perdiendo el fruto de la sangre, y en el último momento, si no se enmiendan con santa confesión y contrición de corazón, llegan a la condenación eterna, separados de mí y ligados al demonio. Esos malvados han hecho una alianza con él, ya que bien pronto el alma queda privada de la gracia y unida al pecado. Esta unión es odio a la virtud y amor al vicio. La han hecho, por medio del libre albedrío, en manos del demonio, y así los sujeta, que de otro modo no podrían ser aprisionados por él.

Por este lazo, los perseguidores de la sangre se hallan unidos con otros, y, como miembros ligados al demonio, han tomado el oficio de demonios. Estos se ingenian para pervertir a mis criaturas, arrebatarles la gracia y reducirlas a la culpa de pecado mortal para que el mal que ellos padecen lo padezcan también las criaturas. Obran así, ni más ni menos, porque, como miembros del demonio, van provocando la rebelión en los hijos de

[1] Este y los dos capítulos anteriores responden a la intromisión de los seglares en los asuntos eclesiásticos, que culminó en la cuestión de «las Investiduras» que, aunque solucionada oficialmente, dejó sus secuelas largo tiempo.

la esposa de Cristo, mi Hijo unigénito, desligándolos del lazo de la caridad. Sujetándolos con la miserable atadura. Privados del fruto de la sangre, causan cuanta turbación pueden, una vez privados de la dignidad de la sangre. Esta ligadura se halla anudada con la soberbia y la propia reputación, con el temor servil, pues pierden la gracia por temor a perder los cargos. Esos lazos llevan el sello de las tinieblas, porque conocen en cuántos males y miserias han caído y hacen caer a otros. Como no se corrigen, por eso no conocen, y, como ciegos se glorían de la destrucción de su alma y de su cuerpo.

¡Oh queridísima hija! Duélete infinitamente de ver tanta ceguera y miseria de los que, como tú, están lavados en la sangre y se nutrieron y crecieron con esa sangre a los pechos de la santa Iglesia. Ahora, como rebeldes, por temor y con el pretexto de corregir los vicios de mis ministros —a los que he prohibido que nadie toque—, se han apartado de estos pechos. Esto debe causarte terror a ti y a los demás servidores míos, pues oyes que se ha hecho esta miserable alianza. Tu lengua no sería capaz de explicar nunca lo abominable que es. Lo peor es que, bajo la capa de los defectos de mis ministros, quieren cobijar y encubrir los suyos, y no consideran que no hay capa que pueda impedir a mi vista que yo los vea. Pueden ocultarse a los ojos de las criaturas, pero no a mí, a quien no se ocultan las cosas presentes ni ninguna otra. Yo os amé y conocí antes de que existieseis.

Una de las razones por las que no se enmiendan los desgraciados hombres del mundo es que en realidad no creen con fe viva que yo les veo; que, si de veras creyeran que veo sus vicios y que todo vicio es castigado, como toda buena obra recompensada, no harían tanto mal, sino que se corregirían de lo que han hecho y humildemente implorarían mi misericordia. Yo, por intercesión de la sangre de mi Hijo, se la otorgaría. Pero están obstinados y reprobados por mi bondad a causa de sus vicios, caídos en la mayor desgracia a causa de ellos, privados de la luz, y, como ciegos, son perseguidores de la sangre. Ninguna persecución debe llevarse a cabo por algún pecado que se vea en los ministros de la sangre.

118 [Resumen de lo dicho sobre la Iglesia y sus ministros.]

Queridísima hija: te he dicho algo sobre la reverencia que se debe tener a mis ungidos a pesar de sus vicios, porque ésta no se les tiene ni debe tenérsele por sí mismos, sino por la autoridad que se les ha dado. Y como, por sus defectos, el misterio del sacramento no puede disminuir ni quedar dividido, no debe venir a menos la reverencia para con ellos; no por ellos, como se ha dicho, sino por el tesoro de la sangre.

A fin de que te duelas más, te he dicho algo sobre lo que es la falta de reverencia, la persecución de la sangre y la liga que los enemigos han hecho contra mí, unidos en el servicio al demonio, lo mismo que te hablé de lo grave que es, cuánto me desagrada y el daño que se hacen a sí mismos.

Este pecado es cometido especialmente mediante la persecución a la santa Iglesia. En general, todos los cristianos que se hallan en pecado mortal menosprecian la sangre, y se privan de la vida de la gracia. Esto me desagrada, y su culpa es grave.

LOS BUENOS MINISTROS

[El deber de la corrección según justicia.—Vida de los buenos ministros.—Recapitulación sobre su dignidad.]

119 Excelencia de las virtudes y obras de los buenos y virtuosos ministros.—Tienen las propiedades del sol.—Corrección de sus súbditos.]

Ahora, para dar consuelo a tu alma y mitigar el dolor por las tinieblas de aquellos desgraciados súbditos, abre los ojos de tu entendimiento y mira dentro de mí, Sol de justicia. Verás los gloriosos ministros que, habiendo administrado el Sol, han tomado la condición de sol.

Te dije de ellos que habían recibido las propiedades del sol, y así, con el olor de su virtud, mitigan la pestilencia, y con su luz disipan las tinieblas. A esta luz quisiera que tú vieras las tinieblas y defectos de mis ministros.

Como te dije de Pedro, el príncipe de los apóstoles, que recibió las llaves del reino, te repito lo mismo de los otros que han sido ministros en este jardín de la santa Iglesia, o sea, que han administrado el cuerpo y la sangre de mi Hijo unigénito, Sol del mundo, no dividido, y todos los demás sacramentos de la santa Iglesia. Cada sacramento, colocado en diversos grados según su estado, vale para dar la gracia del Espíritu Santo, y todos dan vida en virtud de la sangre. ¿Con qué la han dado? Con la luz de la gracia, que procede de la verdadera Luz.

Esta luz, ¿está ella sola? No. No puede encontrarse sola la luz de la gracia ni puede estar dividida, sino que, o se halla entera, o no hay ni rastro de ella. Quien se halla en pecado mortal, está, por lo mismo, privado de la luz de la gracia. Quien tiene la gracia, tiene iluminados los ojos de su inteligencia. Conociéndome, pues, aquel a quien he dado la gracia y la virtud que la conserva (y por esa luz conoce la miseria y la causa del pecado, es decir, el amor propio sensitivo), aborrece el pecado. Al hacerlo recibe el calor de la caridad divina en su afecto, porque el afecto sigue al conocimiento. Recibe el calor de esta gloriosa luz cuando sigue la doctrina de mi dulce Verdad, por lo que queda llena la memoria con el recuerdo del beneficio de la sangre.

Ves, pues, que no se puede recibir la luz sin recibir el calor y el color, por hallarse íntimamente unidos y ser una misma cosa. Tampoco puede una potencia del alma estar preparada para recibirme a mí, verdadero Sol, sin que las tres estén preparadas y unidas en mi nombre. Porque en seguida los ojos del entendimiento se elevan con la luz de la fe sobre lo sensible, mirándose en mí; y el afecto va detrás, amando lo que vieron y conocieron los ojos de entendimiento, y la memoria se llena de aquello que ama el afecto. En cuanto las tres potencias están preparadas, el alma participa de mí, Sol, iluminándola con mi poder y con la sabiduría de mi Hijo unigénito y la clemencia del fuego del Espíritu Santo.

Estos ministros han adquirido las propiedades del sol; es decir, hallándose vestidas y llenas las potencias del alma con mi verdadero Sol, hacen lo que el sol, que calienta, ilumina, y con el calor hace germinar la tierra.

Lo mismo ocurre con estos dulces ministros míos, elegidos, ungidos y enviados al cuerpo místico de la santa Iglesia para administrarme a mí, Sol; es decir, el cuerpo y la sangre de mi Hijo unigénito, junto con los otros sacramentos, que tienen vida en esta sangre. Administran temporal y espiritualmente, o sea, alumbrando al cuerpo místico de la santa Iglesia: con la luz de la ciencia sobrenatural, con honesto color y santa vida, esto es, siguiendo la doctrina de mi verdad y repartiendo el calor de la ardentísima caridad. Con su calor hicieron que dieran fruto las almas estériles, iluminándolas con la luz de la ciencia. Con su vida santa y ordenada arrojaron las tinieblas de los pecados mortales y de la mucha incredulidad y ordenaron la desordenada vida en que vivían por las tinieblas del pecado y por la frialdad causada por la falta de caridad. Ves, por tanto, que son sol, porque han tomado de mí las propiedades de él, pues por afecto de amor son una cosa conmigo y yo con ellos.

Cada uno, según el estado para que les he elegido, ha iluminado la santa Iglesia: Pedro, con la predicación, doctrina y, al final, con su sangre; Gregorio, con su ciencia y santos escritos y con el ejemplo de su vida; Silvestre, en la lucha con los infieles, y especialmente con las disputas y pruebas que dio de la santa fe en palabras y obras. Si vuelves tu mirada a Agustín, al glorioso Tomás, a Jerónimo y a otros, verás cuánta luz han proyectado sobre esta esposa, disipando errores, como luces colocadas sobre el candelero, en verdadera y perfecta humildad.

Como hambrientos de mi honor y de la salvación de las almas, comían este alimento a la mesa de la santísima cruz: los mártires con su sangre, cuya fragancia subía a mi presencia. Con esa fragancia, y la de la virtud y con la de la ciencia, hicieron fecunda a esta esposa, difundieron la fe, y muchos pasaron de la oscuridad a la luz y brilló en ellos la luz de la fe. Los prelados, puestos en el cargo del gobierno de Cristo en la tierra, me ofrecieron el sacrificio de la justicia con santa y honesta vida; la margarita de la justicia resplandeció en ellos y en sus súbditos con verdadera humildad, ardentísima caridad y con la luz de la discreción. Me dieron lo que debían en justicia, o sea, la gloria y alabanza a mi nombre. Se die-

ron a sí mismos el aborrecimiento y desagrado de los sentidos, despreciando los vicios y abrazando la virtud con la caridad mía y la de su prójimo. Pisotearon la soberbia con la humildad, y, como ángeles, caminaron a la mesa del altar. Celebraron la misa, ardiendo en el horno de la caridad con pureza de corazón y del cuerpo y con sinceridad de espíritu. Y como antes se habían hecho justicia a sí mismos, por eso hicieron justicia a sus súbditos cuando vieron que vivían virtuosamente. Los corregían sin temor servil alguno, porque no se fijaban en sí mismos, sino sólo en mi honor y en la salvación de las almas, como buenos pastores, imitadores del buen Pastor, mi Verdad. Yo les concedí gobernaros a vosotros, ovejuelas, y quise que ofreciesen su vida por vosotros [1].

Ellos han seguido sus huellas, y por eso corrigieron y no dejaron pudrir a los miembros por falta de llamarles la atención. Lo hicieron caritativamente, con el ungüento de la benignidad y la aspereza del fuego, quemando la llaga del vicio con la represión y penitencia, mayor o menor según la gravedad del pecado. Y por corregirlos y decir la verdad no se preocuparon de la muerte.

Fueron verdaderos hortelanos, que con solicitud y santo temor arrancaron las espinas de los pecados mortales y pusieron las plantas fragantes de virtud. Con ello, los súbditos consiguieron el santo temor de Dios y crecieron como flores olorosas en el cuerpo místico de la santa Iglesia, porque corregían sin temor servil, por no ser paniaguados de ningún señor. Como en ellos no había veneno de culpa de pecado, por eso practicaron la santa justicia, reprendiendo varonilmente y sin temor alguno. Esta era aquella joya en la que brilla la justicia, pues da la paz y la luz a las mentes de las criaturas y les hacía permanecer en el santo temor estando los corazones unidos. Por esto quiero que sepas que por ninguna otra causa han venido tantas tinieblas y divisiones al mundo entre los seculares y religiosos, clérigos y pastores de la santa Iglesia, que por haber faltado la luz de la justicia y haber llegado la injusticia.

[1] Jn 10,11.

Ningún estado puede conservarse en estado de gracia, ni la ley civil ni la divina, sin la santa justicia; porque el que no es corregido y no corrige, hace como el miembro que ha comenzado a gangrenarse. Si el mal médico pone inmediatamente sobre ese miembro únicamente el ungüento y no cauteriza, todo el cuerpo se corrompe.

Así el prelado y otros señores que tienen súbditos: si ven que el miembro de su súbdito está gangrenado por la pestilencia del pecado mortal y pone lo primero el ungüento de la lisonja sin reprensión, nunca lo curará, sino que echará a perder a otros miembros que están unidos al mismo cuerpo, es decir, en un mismo pastor. Pero, si es verdadero y buen médico de aquellas almas, como lo fueron estos gloriosos pástores, no aplicará el ungüento sin el fuego de la reprensión. Si el miembro, a pesar de todo, fuera obstinado en su mal obrar, lo separará de los demás para que no los corrompa con la culpa del pecado mortal.

Pero hoy los pastores no obran así, sino que hacen como que no ven. ¿Sabes por qué? Porque la raíz del amor propio sigue viva en ellos, de donde les viene el perverso temor servil. No corrigen por temor a perder cargos, bienes temporales y prelacías. Actúan como ciegos, y por ello no conocen el modo de conducirse en su cargo. Si vieran cómo se consigue por la santa justicia, la mantendrían; pero, como se hallan privados de la luz, no la conocen. Creyendo conservar su estado con la injusticia, no reprenden los vicios de sus súbditos, y son engañados por su propia pasión sensitiva, por la apetencia del demonio y por las prelaturas.

Tampoco corrigen porque se hallan con los mismos defectos o mayores. Se sienten comprendidos en la culpa, y pierden la audacia y firmeza, y, prisioneros del temor servil, hacen como que no ven. Ven, y, a pesar de todo, no corrigen. Se dejan maniatar con palabras lisonjeras y con regalos y ellos mismos buscan excusas para no castigarlos. En ellos se cumplen las palabras de mi Verdad cuando dijo en el santo Evangelio: «Son ciegos y guías de ciegos; y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en la fosa» [2].

[2] Mt 15,14; Lc 6,39.

No han obrado ni obran así —si hay alguno— los que han permanecido como dulces ministros míos, de los que te dije que tienen las potencias y condición del sol. Lo son verdaderamente, porque en ellos no hay tinieblas ni de pecado ni de ignorancia, puesto que siguen la doctrina de mi dulce verdad. No son tibios, puesto que arden en el horno de mi caridad; desprecian las grandezas, posición social y placeres del mundo. Por esta razón no temen corregir, pues quien no apetece dominio ni prelaturas, no teme perderlas. Reprende con energía, porque no teme quien no siente la conciencia prisionera de la culpa.

Por eso, esta margarita no fue oscura en mis ungidos y cristos míos, sino, más bien, refulgente. Abrazaron la pobreza voluntaria y buscaron la humillación con profunda sencillez. No se preocuparon de las villanías y calumnias de los hombres, ni de las injurias y oprobios, ni de las penas o tormentos. Eran maldecidos, y bendecían, y con verdadera paciencia sufrieron como ángeles en la tierra; y más que ángeles, no por la naturaleza, sino por el cargo y gracia sobrenaturales que les había sido dado para administrar la sangre de mi Hijo unigénito.

Son verdaderamente ángeles, porque a éstos os los doy para guardaros y para que promuevan en vosotros las santas y buenas inspiraciones; así lo deben hacer ellos, puestos por mi bondad para protegeros. Por eso tuvieron continuamente los ojos en sus súbditos como verdaderos guardianes, poniendo en su corazón santas inspiraciones, esto es, presentando dulces y amorosos deseos ante mí por medio de la continua oración con la predicación y con el ejemplo de vida. Ves, pues, que son ángeles colocados por mi ardorosa caridad como lumbreras en el cuerpo místico de la Santa Iglesia para vuestra protección, a fin de que vosotros, ciegos, tengáis guía que os dirija por el camino de la verdad, dándoos las buenas inspiraciones por la oración, ejemplo y doctrina.

¡Con qué humildad gobernaban y trataban a sus súbditos! ¡Con qué esperanza y con qué fe tan viva! Porque no se preocupaban ni temían sino de que a sus súbditos les faltasen los bienes temporales, y por ello distribuían

entre los pobres los bienes de la santa Iglesia. Observaban con perfección lo que estaban obligados a cumplir, es decir, repartir los bienes temporales a los pobres conforme a sus necesidades. No los acumulaban, y a su muerte no quedaba mucho dinero, y algunos hasta dejaban a la Iglesia en deudas a causa de los pobres. Esto provenía de su generosa caridad y de la confianza que tenían en mi providencia. Carecían de temor servil, y por eso no temían que les faltase algo, espiritual o temporal.

La señal de que la criatura confía en mí, y no en sí misma, es no tener temor servil. Los que tienen puesta la confianza en sí mismos son los que temen y tienen miedo hasta de su sombra y andan con la duda de si les faltará el cielo y la tierra. Con este temor y confianza pecaminosa toman la desgraciada preocupación de adquirir y conservar las cosas temporales; que parece que se echan las espirituales a la espalda y no hablan sino de cuidados.

No piensan los desgraciados, faltos de fe y llenos de soberbia, que yo soy quien proporciono todas las cosas necesarias al alma y al cuerpo. En la medida en que confiéis en mí, en la misma os dará mi providencia [3]. Los miserables presuntuosos no miran que soy yo aquel que soy, y ellos los que son nada. Su existencia y todo lo que sigue a ella lo han recibido de mi bondad, y por eso se enorgullece en vano de su trabajo el que guarda la ciudad si yo no la guardo [4]; vano será todo su trabajo si por ella y por su solicitud cree guardarla, ya que soy yo quien la guarda.

Quiero que en el tiempo que he dado a los seres racionales, y usando el libre albedrío, os ejercitéis en la virtud, porque yo os creé sin vosotros, pero sin vosotros no os salvaré. Yo os amé antes de que existieseis.

Esto lo vieron y comprendieron aquellos mis hijos amados, y por eso me amaban inefablemente, y por el amor que me tenían confiaban en mí sin límites y nada temían. No temió Silvestre cuando se hallaba ante el emperador Constantino disputando con los doce judíos

[3] Mt 7,2; Mc 4,24; Lc 6,38.
[4] Sal 126,1.

en presencia de toda la muchedumbre [5]. Creía con fe viva que, estando yo en favor de él, ninguno podría contra él [6]. Del mismo modo, los demás perdían el miedo, porque no se hallaban solos, sino acompañados, pues estando en la dilección de la caridad, estaban en mí [7]. De mí recibían la luz de la sabiduría de mi Hijo unigénito, de mí recibían el poder para ser fuertes y poderosos frente a los príncipes y tiranos del mundo y de mí recibían el fuego del Espíritu Santo, participando de su clemencia y ardiente amor. Este estaba acompañado y acompaña a quien quiere participar de él con la luz de la fe, con la esperanza, fortaleza, verdadera paciencia y gran perseverancia hasta el fin de la muerte. Por lo tanto, ves cómo no se hallaban solos, sino acompañados, y por esta razón no tenían temor.

Unicamente se siente solo el que confía en sí mismo. Privado de la dilección de la caridad, teme; cualquier pequeña cosa le da miedo, porque se encuentra solo, sin mí, que soy seguridad suma para quien me posee por el afecto del amor. Bien experimentaron esto aquellos gloriosos amados míos, pues nada podía hacer daño a su alma, antes bien, ellos hacían daño a los hombres y a los demonios, y muchas veces los tuvieron sometidos por la virtud y poder que yo les había dado sobre ellos. Así respondía yo a la fe y confianza que habían puesto en mí.

Tu lengua no podría narrar sus virtudes, ni los ojos de tu entendimiento ver el premio que reciben en la vida perdurable y el que recibirán los que sigan sus huellas. Son como piedras preciosas, y se hallan en mi presencia porque les he aceptado sus trabajos, la luz que proyectaron y el perfume de virtud que derramaron en el cuerpo místico de la santa Iglesia. Por eso los he colocado en la vida eterna con grandísima dignidad, y reciben felicidad y gloria de mi visión por haber dado ejemplo de vida honesta y santa y porque con la luz repartieron la luz del cuerpo y sangre de mi Hijo unigénito, lo mismo que por medio de los demás sacramentos. Por

[5] La disputa de San Silvestre con los judíos es narrada en la *Legenda aurea* c.12.

[6] Rom 8,31.

[7] Jn 4,16.

esta razón son particularmente amados por mí, tanto por la dignidad en que los puse, ya que son mis ungidos y ministros, como por el tesoro que les puse en las manos, el que no enterraron por negligencia o ignorancia [8], sino que lo reconocieron como venido de mí, y lo han tratado con solicitud y humildad profunda, con verdaderas y reales virtudes.

Como les he colocado en tan gran excelencia para la salvación de los demás, nunca se han resistido, como buenos pastores, a llevar las ovejuelas al redil de la santa Iglesia. Por amor y hambre, las almas se expusieron a la muerte por arrancarlas de las garras de los demonios. Ellos enfermaban, es decir, se hacían débiles con los que lo eran [9]; esto es, muchas veces, para que los súbditos no se ofuscaran con la desesperación y para darles mayor confianza en su debilidad, se les mostraban débiles y les decían: «Yo soy débil como tú». Lloraron con los que lloraban y se alegraron con los que se alegraban [10], y así, dulcemente, sabían dar a cada uno su alimento: los buenos conservaban su virtud en la alegría. No se recomían de envidia, sino que se alegraban con la abundancia de la caridad del prójimo y de sus súbditos, y sacaban del pecado a los pecadores, haciéndose pecadores y débiles ante ellos. Con verdadera y santa compasión, y con la corrección y penitencia por sus pecados cometidos, hacían penitencia por caridad juntamente con ellos; es decir, que, por el amor que les tenían, sufrían mayor pena que la que les imponían. Algunas veces eran ellos los que en realidad la cumplían, y especialmente cuando veían que al súbdito le parecía dura. Por lo que aquel acto de repulsa lo convertían en dulzura.

¡Oh, mis amados! Se hacían súbditos, siendo prelados; siervos, siendo señores, y enfermos, estando sanos y libres de la enfermedad y lepra del pecado mortal. Siendo fuertes, se hacían débiles; con los tontos y simples se mostraban sencillos y pequeños. Y así, con humildad y caridad, sabían dar a cada uno su alimento.

¿Qué les movía a ello? El hambre y deseo que habían

[8] Mt 25,14-30; Lc 19,12-27.
[9] 1 Cor 9,22.
[10] Rom 12.15.

concebido de mi honor y de la salvación de las almas. Corrían a tomarlo en la mesa de la santísima cruz, sin rehusar trabajos. Como defensores celosos de las almas y de la santa fe, se metían entre las espinas de numerosas tribulaciones y se exponían a cualquier peligro con verdadera paciencia, ofreciéndome el incienso de los fragantes y férvidos deseos y de la continua oración. Con lágrimas y sudores ungían las llagas de la culpa de los pecados mortales, con lo que obtenían la completa curación si esos pecadores aceptaban ese ungüento con humildad.

120 [Resumen del capítulo anterior.—Reverencia que se debe prestar a los sacerdotes, sean buenos o malos.]

Te he mostrado, hija queridísima, una brizna de su excelencia —brizna, digo, en comparación con lo grande que es—. Te he hablado de la dignidad a que les he elevado al elegirlos y hacerlos mis ministros.

En razón de la dignidad y autoridad que les he dado, no quiero que sean castigados, por causa de sus pecados, por manos de seglares, y, si lo hacen, me ofenden miserablemente. Quiero que les tengan reverencia no por sí mismos, sino en atención a mí, o sea, por la autoridad que les he dado. Esta nunca debe decrecer, porque entonces disminuirá la virtud en quienes los afligen. Te he hablado de la virtud de los buenos ministros y te los he designado como administradores del sol, es decir, del cuerpo y de la sangre de mi Hijo y de los demás sacramentos. Esta dignidad corresponde a los buenos y a los malos; todos deben administrarlos: los buenos y los malos.

Te dije que los perfectos poseen las propiedades del sol, o sea, las de iluminar y calentar por medio de la dilección de la caridad y de sus prójimos, y que con este calor hacen fructificar y germinar las virtudes en las almas de sus súbditos. Te los he presentado como ángeles, y lo son de verdad. Os son dados por mí para vuestra protección, para que os guarden y os inspiren buenos deseos en vuestros corazones por medio de la santa oración y doctrina, siendo ejemplo de vida, y para que os sirvan por la administración de los santos sacramen-

tos, como el ángel que os sirve guarda e inspira buenos y santos deseos en vosotros [1].

Mira, pues, cómo, además de la dignidad en que he colocado a mis ministros, son ornamento de las virtudes a que están obligados, y, por tanto, son dignos de ser amados. Debéis tenerles en gran reverencia por ser hijos amados, un sol puesto en el cuerpo místico de la santa Iglesia en razón de su virtud. Si todo hombre virtuoso es digno de ser amado, mucho más lo son éstos por el ministerio que he colocado en sus manos; de modo que por la virtud y dignidad del sacramento debéis amarlos y aborrecer los pecados de los que viven miserablemente. Pero no hagáis de jueces suyos, pues esto no lo quiero, porque son mis cristos. Debéis amar y reverenciar la autoridad que les he dado.

Sabéis bien que, si un hombre sucio y mal vestido os trajese un gran tesoro del que dependiese la vida, por amor al tesoro y al señor que os lo envía no aborreceríais al que lo trae, aunque estuviese andrajoso y sucio. Ciertamente que os desagradaría, y trataríais, por amor a su señor, de que se quitase la suciedad y se pusiese otros vestidos. Eso, pues, debéis hacer por obligación y quiero que lo hagáis, siguiendo las normas de la caridad con estos ministros míos que andan poco ordenados, que con la inmundicia y vestidos de pecado, andrajosos por su alejamiento de la caridad, os traen los grandes tesoros, es decir, los sacramentos de la santa Iglesia. De esos sacramentos recibís la vida de la gracia cuando os acercáis a ellos dignamente por amor a mí, Dios eterno, aunque los ministros tengan grandes pecados. Yo os los envío para la vida de la gracia que recibís en este gran tesoro, Dios y hombre, o sea, el cuerpo y la sangre de mi Hijo, unido con mi naturaleza divina. Sus pecados deben desagradaros, y debéis aborrecerlos y tratar, con afecto de caridad y santa oración, de ponerles vestido nuevo y lavar sus inmundicias con lágrimas, es decir, ofrecerme lágrimas y gran deseo de que yo, en mi bondad, les vista de nuevo el vestido de la caridad.

Sabéis bien que quiero darles gracia, siempre que se preparen para recibirme y vosotros oréis por ellos. Pero

[1] Heb 1,14.

no depende de mi voluntad que ellos os repartan el sol permaneciendo ellos en tinieblas, ni que estén desnudos del vestido de la virtud, ni sucios por su vida deshonesta; antes bien, los he puesto para que sean para vosotros sol y ángeles en la tierra. Si no lo son, debéis pedirme por ellos y no condenarlos; dejadme el juicio a mí, y yo les haré misericordia por medio de vuestras oraciones y su voluntad de recibirme. Si no enderezan su vida, la dignidad que tienen será causa de su ruina, con gran reprensión por parte mía, sumo Juez, en el último momento de la muerte. Pero por no enmendarse y acogerse a mi generosidad y misericordia serán enviados al fuego eterno.

LOS MALOS MINISTROS

[*Su vida y sus defectos: la injusticia - mundanidad - impureza - sodomía - soberbia que ciega.—Los malos religiosos.—Los tres principales vicios de los ministros: impureza - avaricia - soberbia.*]

121 [Defectos y mala vida de los sacerdotes y ministros.]

Atiende ahora, hija queridísima, porque te quiero hablar de la vida pervertida de algunos, para que tú y los otros servidores míos tengáis más motivo de ofrecerme por ellos humildes y continuas oraciones. A cualquier lado a que dirijas tu vista, no verás más que pecados; en los seglares y en los religiosos, en clérigos y prelados, en pequeños y grandes, en jóvenes y viejos, y en toda clase de gente. Todos me arrojan la pestilencia del pecado mortal. Ella no me hace daño a mí, sino a sí mismos.

Hasta aquí te he hablado de la excelencia de mis ministros y de la virtud de los buenos, tanto para dar consuelo a tu alma como para que conozcas mejor la miseria de estos desgraciados y para que veas cuán dignos son de reprensión y de sufrir las penas más intolerables y cómo mis elegidos y amados son dignos del mayor premio y de ser colocados ante mí como margaritas por haber usado virtuosamente el tesoro que se les dio. Lo contrario son estos miserables; que recibirán pena cruel por ello.

¿Sabes, hija queridísima —atiende con dolor y amargura de corazón—, en qué han puesto el principio y el fin de sí mismos? En el amor propio, de donde ha nacido el árbol de la soberbia, con su hija la indiscreción. Como indiscretos, ponen en sí mismos el honor y la gloria, buscando las prelaturas de importancia. Me vituperan y ofenden con los perfumes y delicadezas de su cuerpo. Se guardan para sí lo que no es suyo y a mí me dan lo que no es para mí. A mí me deben dar la gloria y la alabanza de mi nombre, y a sí mismos se deben el aborrecimiento de los sentidos con verdadero conocimiento de sí mismos, juzgándose indignos de tan gran ministerio como han recibido de mí. Hacen ellos lo contrario; porque, como hinchados de soberbia, no se cansan de roer la tierra de las riquezas y delicias del mundo y de ser tacaños, codiciosos y avaros con los pobres.

Han abandonado el cuidado de las almas por esta soberbia y avaricia, que ha nacido del amor propio sensitivo. Se dan sólo a mirar y tener cuidado de las cosas temporales y abandonan a mis ovejas, a los que he puesto en sus manos, como ovejas sin pastor [1]. No las apacientan y alimentan ni espiritual ni temporalmente. Espiritualmente administran los sacramentos de la santa Iglesia, cuyos efectos no se pueden quitar ni aminorar por los pecados de esos ministros. No os apacientan con oraciones del corazón, con hambre y deseo de vuestra salvación, con honesta y santa vida; ni tampoco a sus súbditos, a los pobres, en las cosas temporales.

Te dije que de estos bienes se deben hacer tres partes: una para sus propias necesidades, otra para los pobres, y la tercera, para utilidad de la Iglesia. Pero ellos hacen lo contrario, pues no sólo no dan los bienes que están obligados a repartir entre los pobres, sino que se los quitan a otros por la simonía y ansias de dinero, y venden la gracia del Espíritu Santo [2]. Algunos son tan desgraciados, que algunas veces no quisieran dar a quienes lo necesitan lo que gratuitamente les he dado si no les dan a manos llenas o no les hacen muchos regalos. Aman a sus súbditos tanto cuanto les pueden saquear, y no más.

[1] Mt 9,36; Mc 6,34.
[2] Act 8,20.

No gastan los bienes de la Iglesia sino en vestidos para el cuerpo, en andar con trajes delicados; no como clérigos y religiosos, sino como señores y galanes de corte. Procuran tener buenos caballlos y mucha vajilla de oro y plata, ornatos para la casa, teniendo y poseyendo con gran vanidad de corazón lo que no deben tener. Su corazón habla con desordenada vanidad [3] y todo su afecto se encuentra en los banquetes, haciendo a su vientre un dios [4], comiendo y bebiendo desordenadamente. Esto les ocasiona bien pronto la impureza y un vivir lascivo.

¡Ay, ay de su vida miserable! Porque lo que el dulce Verbo de mi Hijo unigénito adquirió con tantos trabajos en el madero de la santísima cruz, ellos lo gastan con públicas meretrices. Son devoradores de las almas redimidas por la sangre de Cristo, haciéndolo miserablemente de muchas maneras. Con lo que pertenece a los pobres alimentan a sus propios hijos. ¡Oh templos del diablo! Os he puesto para que seáis ángeles en la tierra durante la vida, y sois demonios y habéis tomado el oficio de los demonios. Estos dan de las tinieblas que tienen para sí y proporcionan horrorosos tormentos; apartan de la gracia a las almas con argucias y tentaciones para que caigan en el pecado mortal, buscando conseguir lo que pueden, si bien en ningún pecado puede incurrir el alma si ella no quiere; los demonios, sin embargo, hacen lo que pueden. Así, estos miserables ministros no son dignos de ser llamados así, sino demonios hechos carne, porque por sus pecados obran en conformidad con la voluntad de los demonios; hacen su oficio cuando me entregan a sus súbditos y a otras criaturas racionales a mí, verdadera Luz, con las tinieblas del pecado mortal a causa de su vida desordenada y criminal. Producen confusión y aflicción en los espíritus de las criaturas que les ven vivir desordenadamente. Son también causa de penas y confusión de conciencia en los que muchas veces apartan del estado de gracia y de la verdad. Llevan al pecado, haciéndolos andar por el camino de la mentira.

Quienes les siguen no están, sin embargo, exentos de

[3] Eclo 21,29.

[4] Flp 3,19.

culpa, porque nadie es forzado a pecar ni por los demonios visibles ni por los invisibles. No hay que mirar a su vida ni imitar lo que hacen, como os advirtió mi Verdad en el Evangelio [5]. Debéis hacer lo que os digan, es decir, seguir la doctrina que os dan en el cuerpo místico de la santa Iglesia, contenida en la Escritura santa, por medio de mis heraldos, que son los predicadores dedicados a anunciar mi palabra. No penséis en las aflicciones que merecen ni les castiguéis por vosotros mismos, porque me ofenderíais. Dejad para ellos la mala vida y vosotros recibid la enseñanza. Dejadme a mí el castigo, porque yo soy el dulce Dios eterno, que premio todo bien y castigo toda culpa.

No escaparán a mi castigo a causa de la dignidad que tienen por ser mis ministros, antes bien serán castigados más duramente que los demás si no se enmiendan, porque han recibido más de mi bondad, ya que, pecando tan miserablemente, son dignos de mayor castigo. Ves, pues, que son demonios, mientras que de mis elegidos te dije que son ángeles en la tierra, y por eso desempeñaron el oficio de los ángeles.

122 [En los malos ministros reina la injusticia, especialmente por la falta de corrección de sus súbditos.]

Te dije que en los buenos pastores brilla la perla de la justicia. Ahora te digo que estos miserables mezquinos llevan en su pecho la injusticia como broche. Ella procede del amor a sí mismos, y a ese amor se halla sujeta, puesto que por él cometen injusticias con las almas y conmigo a causa de las tinieblas de la indiscreción. No me dan gloria, ni una vida honesta y santa, ni deseo de la salvación de las almas, ni hambre de la virtud. Consiguientemente, cometen injusticia con sus súbditos y prójimo y no corrigen los vicios, sino que, como ciegos, no los ven a causa del desordenado temor a desagradar a las criaturas, a las que dejan dormir y permanecer en su enfermedad. No se dan cuenta de que, queriendo agradar a las criaturas, me desagradan a mí, vuestro Creador.

[5] Mt 23,3.

Algunas veces corrigen, para justificarse, con una pequeña reprensión. La harán no al mayor, que tenga pecados de más importancia que el menor, por temor a que les moleste y prive de su cargo o de la vida; la harán al menor, porque ven que éste no les puede hacer daño ni quitarles su puesto. Así cometen injusticia por miserable amor a sí mismos.

Este amor propio ha envenenado al mundo y al cuerpo místico de la Iglesia y ha convertido en salvaje el jardín de esta esposa; lo han sembrado de flores podridas. El jardín estuvo cultivado cuando había verdaderos trabajadores, es decir, ministros santos, plantado de muchas y fragantes flores, porque la vida de los súbditos, por medio de los buenos pastores, no era mala, sino virtuosa, honesta y santa. Hoy no es así, sino lo contrario, pues a causa de los malos pastores hay malos súbditos. La esposa se halla llena de toda clase de espinas, de muchos y variados pecados.

Ella, en sí, no puede recibir la pestilencia del pecado, es decir, que la eficacia de los sacramentos puede quedar lesionada, pero los que se alimentan a los pechos de esta esposa reciben la pestilencia, privándose de la dignidad en que yo los había puesto. Tampoco la dignidad disminuye en sí misma, sino en ellos. Luego por sus defectos no queda la sangre envilecida, es decir, porque los seculares les pierdan la reverencia que les deben en razón de la sangre, cosa que no deben hacer. Y, si les pierden esa reverencia, no por eso es menor la culpa de los pecados de los pastores, aunque estos miserables son espejo de miseria en el mismo lugar en que les he puesto para que sean espejo de virtud.

123 [Muchos otros defectos de esos ministros.—Las tabernas, el juego y las concubinas.]

¿De dónde viene al alma tanta pestilencia? De los propios sentidos. Estos, junto con el amor propio, se han constituido en señores, y a la podre alma la han hecho esclava, habiéndole yo dado la libertad con la sangre de mi Hijo, con una liberación general, al ser todo el género humano arrancado de la servidumbre del demonio y de su poderío. Esta gracia la recibe toda criatura racional,

pero a los que he ungido y liberado de la esclavitud del mundo los he puesto para servirme a mí solo, Dios eterno, administrando los sacramentos de la santa Iglesia.

Tan libres les he hecho, que no he querido ni quiero que señor temporal alguno se constituya en juez suyo. Y, carísima hija, ¿sabes qué premio me dan por tan gran beneficio? Es éste: me persiguen de continuo con tan variados y perversos pecados, que tu lengua no podría expresar y desfallecerías si los oyeras. Con todo, sobre lo que te he dicho, quiero añadir algo para darte más motivo de llanto y de compasión.

Ellos deben permanecer a la mesa de la cruz por medio del santo deseo, y allí alimentarse de las almas por honor a mí. Aunque todas las criaturas tienen razones para hacerlo, mucho más están obligados los que yo he elegido para que administren el cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito, y para que os den ejemplo de santa y buena vida, y con sus trabajos y gran deseo, siguiendo a mi Verdad, reciban el manjar de vuestras almas.

Sin embargo, ellos han tomado por mesa las tabernas, donde juran y perjuran en público y cometen muchos y miserables vicios, como hombres cegados y sin la luz de la razón. Se han hecho animales por sus pecados y están acostumbrados a obras y palabras lascivas. No hay quien acuda al oficio divino, y, si alguna vez lo recitan, lo hacen con la lengua, pero su corazón está lejos de mí [1]. Son como bribones y buhoneros, que, después que han jugado y puesto su alma en manos de los demonios, dilapidan los bienes de la Iglesia, y lo temporal que reciben por su ministerio se lo juegan y malbaratan. De donde los pobres no reciben lo que se les debe y la Iglesia está desprovista de las cosas que le son necesarias.

Como se han hecho templos del diablo, no se preocupan de mi templo y del adorno que deben poner en él y en la Iglesia de Dios en razón de la reverencia de la sangre; lo ponen en las casas en que habitan. Obran como el esposo que adorna a su esposa. Del mismo modo hacen estos demonios hechos carne con los bienes de la Iglesia: adornan a su «diabla» [concubina], con la que vi-

[1] Is 29,13; Mt 15,8; Mc 7,6.

ven en iniquidad e inmundicia. Sin la menor vergüenza las harán ir, pararse y volver mientras los míseros «demonios» [malos ministros] se hallarán celebrando en el altar, y no se cuidan de que esa miserable «diabla» vaya con sus hijos de la mano a hacer la ofrenda con el resto del pueblo.

¡Oh demonios y más que demonios! ¡Si al menos vuestra maldad estuviera oculta a los ojos de vuestros súbditos! Porque haciéndolo ocultamente me ofendéis y os hacéis daño, pero no se lo hacéis al prójimo, poniendo vuestra perversión ante sus ojos, siendo con vuestro ejemplo motivo y causa de que ellos no salgan de sus pecados, sino de que caigan en iguales o mayores pecados que los vuestros. ¿Es ésta la pureza que exijo a mis ministros cuando van al altar a celebrar? La pureza que llevan es ésta: se levantarán a maitines con su cuerpo corrompido, por haber estado en cama con el inmundo pecado mortal, y marcharán a celebrar en ese estado. ¡Oh tabernáculo del demonio! ¿Dónde está la vigilia nocturna con el solemne y devoto oficio? ¿Donde está la continua y devota oración? En ese tiempo de la noche te debes preparar, para el ministerio que debes realizar por la mañana, por el conocimiento de ti, confesándote indigno de tan gran misterio y conociéndome a mí, que te he hecho digno de él por mi bondad, no por tus méritos; te he hecho mi ministro para que proveas a las demás criaturas.

124 [En los malos ministros reina el pecado «contra natura». Visión que tuvo el alma sobre esta materia.]

Te hago saber, queridísima hija, que a vosotros y a ellos os exijo tanta limpieza en este sacramento cuanta es posible al hombre en esta vida. En cuanto esté de vuestra parte, y de la de ellos, debéis procurarla sin cansacio. Debéis considerar que si fuese posible que una naturaleza angélica se purificase para este misterio, sería necesario que lo hiciera de nuevo. No es posible, porque un ángel es puro, pues no puede caer en el veneno del pecado. Te indico esto para que veas cuánta pureza os exijo en este sacramento a vosotros y especialmente a ellos. Pero hacen lo contrario, porque van completamente su-

cios a este misterio; no sólo con la inmundicia y fragilidad a que naturalmente os halláis inclinados por vuestra débil naturaleza. Ellos, desgraciados, no sólo no dominan esta fragilidad, aunque la razón lo puede hacer cuando lo quiere el libre albedrío, sino que obran aún peor, porque cometen el maldito pecado que es contra la naturaleza. Como ciegos y tontos, ofuscada la luz de su entendimiento, no reconocen la pestilencia y miseria en que se encuentran, pues no sólo me es pestilente a mí, sino que ese pecado desagrada a los mismos demonios, a los que esos desgraciados han hecho sus señores. Tan abominable me es ese pecado contra la naturaleza, que sólo por él se hundieron cinco ciudades [1] como resultado de mi juicio, al no querer mi divina justicia sufrirlas más; que tanto me desagradó ese abominable pecado. Es desagradable a los demonios, no porque les desagrade el mal y se complazcan en lo bueno, sino porque su naturaleza fue angélica, y esa naturaleza rehúye ver cometer tan enorme pecado en la realidad. Cierto es que antes les ha arrojado la saeta envenenada por la concupiscencia; pero, cuando el pecador llega al acto de ese pecado, el demonio se marcha por las razones dichas.

Si te acuerdas bien, sabes cómo antes de la mortandad [2] te manifesté lo desagradable que me resultaba este pecado y cuán corrompido se hallaba el mundo por él. Por lo que, elevándote sobre ti misma con santo deseo y con sublimación de espíritu, te mostré el mundo entero, y viste en casi toda la gente este miserable pecado y cómo los demonios escapan de él, como te he dicho. Y sabes que recibiste tanta pena, que te parecía estar casi a la muerte. No encontrabais lugar dónde refugiaros, tú y los otros servidores míos, para que esta lepra no os contagiase. No encontraste que te pudieras cobijar entre los pequeños ni con los grandes, con los jóvenes ni con los viejos, con los religiosos ni con los clérigos, con los prelados ni con los súbditos, porque sus espíritus se

[1] Gén 19,24-25.

[2] Se refiere a la peste de 1374, llamada «de los niños», en que pereció la tercera parte de la población de Siena. En ella murieron un hermano, una hermana y ocho sobrinos de Catalina. Casi todo el capítulo es autobiográfico.

hallaban contaminados por esta maldición. Te lo manifesté en general; no lo hice con los particulares que por excepción no se contaminaron, pues entre los malos he guardado algunos buenos. La santidad de éstos detiene a mi justicia para que no mande a las piedras que se vuelvan contra ellos, ni a la tierra que se los trague, ni a los animales que los devoren, ni a los demonios que les saquen el alma del cuerpo. Más bien voy encontrando caminos y modos para poder hacer misericordia, esto es, para que se enmienden, y como instrumentos tomo a mis servidores, que están sanos y leprosos, para que intercedan por ellos.

Alguna vez mostraré a éstos, como una vez hice contigo y como tú sabes, estos miserables pecados, para que sean más solícitos en buscar la salvación y me ofrezcan oraciones por ellos con mayor compasión y dolor por los pecados y por la ofensa que me hacen. Si te acuerdas bien, una bocanada de esta pestilencia te afectó tanto, que no podías más, como me dijiste: «¡Oh Padre eterno!, ten misericordia de mí y de tus criaturas. Sácame el alma del cuerpo, porque parece que no lo sufro más, o dame refrigerio y enséñame el lugar de los otros servidores, los tuyos, donde podamos descansar, para que esta lepra no nos pueda dañar ni quitar la limpieza de nuestra alma y de nuestros cuerpos».

Yo te contesté volviéndome hacia ti con ojos de piedad, y te dije y repito: «Hijita mía: sea vuestro reposo dar gloria y alabanza a mi nombre e incensarme con la oración continua por estos pobrecillos que se hallan en tanta miseria, haciéndose dignos del juicio divino por sus pecados. El lugar donde os cobijéis sea Cristo crucificado, mi Hijo unigénito, habitando y escondiéndoos en la caverna de mi costado, donde gozaréis, por afecto de amor, en la naturaleza humana de Cristo, mi naturaleza divina. En aquel corazón abierto encontraréis mi caridad y la del prójimo, pues por honor a mí, el Padre eterno, y por la obediencia que le impuse para vuestra salvación, sufrió la afrentosa muerte en la santísima cruz. Viendo y experimentando este amor, seguiréis sus enseñanzas alimentados en la mesa de la cruz, es decir, soportanto por caridad a vuestro prójimo con verdadera paciencia: en penas, tormentos y fatigas, vengan de

donde vengan. De esta manera combatiréis la lepra y huiréis de ella.

Este es el remedio dado a ti y a los otros; pero, con todo eso, no se quitaba de tu alma la sensación de la pestilencia y de tiniebla de los ojos del entendimiento. Mi divina providencia, sin embargo, lo remedió, dándote del cuerpo y de la sangre de mi Hijo, Dios y hombre entero, tal como lo recibís en el sacramento del altar. En señal de que era verdad, se quitó el hedor por medio de la fragancia que recibiste en el sacramento, y las tinieblas desaparecieron por medio de la luz que en él recibiste. De modo admirable, tal como plugo a mi bondad, quedaste con la fragancia de la sangre en la boca y en el paladar de tu cuerpo durante muchos días, tal como sabes[3].

Ves, por tanto, hija mía, lo abominable que es este pecado a toda criatura. Piensa ahora que lo es mucho más en aquellos elegidos por mí para que vivan en estado de continencia, entre los que se encuentran los sacados del mundo por medio de la vida religiosa, como plantas sembradas en el cuerpo místico de la santa Iglesia; entre ellos se encuentran los ministros del altar. Nunca podréis entender cuánto me desagrada ese pecado entre ellos, además del que recibo de los pecadores del mundo en general, porque están puestos sobre el candelero[4], son administradores míos, de verdadero Sol, para luz de la virtud y de santa vida; y, sin embargo, lo administran estando ellos en tinieblas.

Tan llenos se encuentran de ellas, que de la Sagrada Escritura no ven ni entienden más que la corteza, la letra, debido a la hinchazón de su soberbia. Por ser inmundos y lascivos, aunque tienen luz de por sí, de donde la tomaron mis elegidos por razón de la luz sobrenatural que procede de mí, verdadera Luz, tal como te dije en otro lugar[5], la reciben sin sacarle el gusto, por no estar en orden el paladar de su alma. Corrompidos por el amor propio y la soberbia, con el estómago atiborrado de inmundicia, deseando dar satisfacción a sus desórdenados deseos, repletos de codicia y de avaricia,

[3] Este y los párrafos anteriores son autobiográficos.
[4] Mt 5,15-16. [5] Cf. c.85.

cometen sin pudor sus pecados. Caen en el pecado de la usura muchos miserables, aunque esté prohibida por mí.

125 [Los defectos de los súbditos no son corregidos.—Defectos de los religiosos.—A esos males suceden muchos otros por falta de corrección.]

¿Cómo éstos, llenos de tantos pecados, podrán exhortar a la justicia y reprender los pecados de sus súbditos? No lo pueden, porque sus pecados les quitan la audacia y el celo por la santa justicia. Si alguna vez la ejerciesen, su conducta obligaría a decir a sus súbditos, tan malvados como ellos: «Médico, cúrate a ti mismo antes, y después cúrame [1], y yo tomaré la medicina que me des. Se encuentra él en mayores pecados que yo, y ¿es él quien me reprende?»

Actúa mal el que reprende sólo con las palabras y no con buena y ordenada vida. No es que no deba reprochar los pecados del súbdito, sea él mismo malo o bueno; pero lo hará mal si no corrige con santa y honesta vida. Peor aún obra el que, habiendo recibido la reprensión del modo que sea, venga de un pastor bueno o malo, no la recibe con humildad, reformando su vida. Se hace mal a sí y a nadie más, y por eso será él quien sufrirá las penas por sus pecados.

Todos estos males, hija queridísima, sobrevienen por no corregir con buena y santa vida. ¿Por qué no corrigen de ese modo? Porque se hallan cegados por el amor a sí mismos. Todas sus maldades se hallan fundadas en el amor propio. No miran sino a dar satisfacción a sus deleites y placeres, tanto en los súbditos como en los pastores, en los clérigos como en los religiosos.

¿Dónde, hija mía, dónde está la obediencia de los religiosos? Se hallan colocados en la santa comunidad cristiana como ángeles, y son peor que demonios. Puestos para que anuncien mi palabra con su vida y su enseñanza, gritan el sonido de las palabras, y no por esto producen frutos en el corazón de los oyentes. Sus predicaciones son hechas más para agradar a los hombres y delei-

[1] Lc 4,23.

tar sus oídos que para honrarme; lo hacen no con vida ejemplar, sino con lenguaje de palabras elegantes.

En verdad, éstos no siembran mi semilla, pues no intentan desarraigar los vicios y plantar las virtudes. Como no han quitado los cardos de su huerto, no se preocupan de quitarlos del huerto del prójimo. Todo su esfuerzo consiste en adornar el cuerpo y sus celdas y andar vagando por la ciudad. Les sucede lo que al pez, que si está fuera del agua muere; eso ocurre a estos religiosos de vana y deshonesta vida: que, cuando están fuera de la celda, mueren. Abandonan la celda, de la que deben hacer un cielo, y van por el país buscando las casas de los parientes y de otros seglares, según les place, miserables súbditos; acuden a los malos prelados, que les han soltado la rienda y no les atan corto, y, como desgraciados pastores, no se preocupan de ver a su hermano, al súbdito, en manos de los demonios, y en algunas ocasiones les ponen en ellas. Hasta alguna vez, sabiendo que son demonios hechos carne, los envían por los monasterios a las que son, como ellos, «demonias hechas carne», y de este modo unos echan a perder a los otros con muchos engaños y sutiles astucias. Al principio lo harán con pretexto de devoción; pero, como su vida es lasciva y miserable, no permanece disimulado el pretexto de la dovoción, y pronto aparecen los frutos de sus devociones: primero se ven las pestilentes flores de pensamientos deshonestos con las hojas de las palabras corrompidas, y de manera diversa satisfacen sus deseos. Los frutos que de ello se derivan —tú los conoces, porque los has visto— son los hijos [2]. Muchas veces les llevan, a él y a ella, a abandonar la santa vida religiosa. El se ha convertido en un truhán y ella en una meretriz.

De todos éstos y de otros males son causa los prelados por no vigilar a sus súbditos. Les dieron rienda suelta y ellos mismos mandaron hacer e hicieron como si no vieran sus miserias. Y como el súbdito no encontró deleite en su celda, así, por el pecado de ambos, caen en la muerte. Tu lengua no podrá narrar tan grandes pecados ni los muchos con que me ofenden. Se hacen armas

[2] El texto resulta ambiguo, no pudiendo asegurarse que se trate de una visión de Catalina; sin embargo, el contexto parece indicarlo.

del demonio que con sus pestilencias envenenan dentro y fuera: fuera, en los seglares, y dentro, en la vida religiosa. Se encuentran privados de la caridad fraterna y cada uno quiere ser más principal y buscar poseer bienes. Obran contra el mandamiento y contra el voto que han hecho.

Hicieron la promesa de observar la regla, y la quebrantan. No sólo no la observan ellos, sino que actuarán como lobos hambrientos con los corderos que quisieran observarla, befándose de ellos y escarneciéndolos. Los miserables creen que con las burlas y escarnios que hacen a los buenos religiosos observantes de la regla, encubren sus pecados, y los descubren mucho más. A tanto ha llegado el mal en las órdenes religiosas, es decir, han llegado a tal estado por lo mal que se les corrige. Y se tiene por malos súbditos a los que, cumpliendo la regla con exactitud, parece que la quebrantan por no seguir las costumbres que los relajados han establecido y que éstos observan a los ojos de los seglares, queriendo agradarles para encubrir sus propios pecados. Las órdenes religiosas son santas y fundadas con la inspiración del Espíritu Santo. Por eso, la regla, en sí, no puede ser echada a perder, ni corrompida por el pecado de los súbditos. El que desee ingresar en la vida religiosa no debe mirar a los que son malos, sino navegar en los brazos de la regla, que no está enferma ni puede enfermar, y deben observarla hasta la muerte. Ves que el primer voto, el de obediencia, de cumplir la regla, no lo cumplen. De la obediencia te hablaré en otro lugar.

Hacen también el voto de observar la pobreza voluntaria y de guardar continencia. ¿Cómo los guardan? Mira las posesiones y el dinero que tienen en particular, estando alejados de la caridad común, del deber de repartir con sus hermanos los bienes temporales y espirituales, tal como lo exige el precepto de la caridad y de la orden. Quieren engordar no menos que sus animales, y una bestia alimenta a la otra [3] y su pobre hermano muere de frío y hambre. Bien vestidos y con buena comida, no piensan en el pobre ni se quieren encontrar con él en la mesa del refectorio. Su deleite consiste en

[3] Crón 21,133-134.

estar allí donde se pueden hartar de carne y saciar su gula.

Es imposible que éstos observen el tercer voto, el de la continencia, porque el vientre lleno no hace al espíritu casto, antes bien se convierten en lascivos con vigor desordenado; y así caen de un mal en otro. Muchos de esos males les vienen de poseer, porque, si no tuvieran de qué gastar, no vivirían tan desordenadamente, y no tendrían amistades raras, puesto que, no teniendo qué dar, no se mantiene el amor ni la amistad fundada en la esperanza del regalo; y ese apetito y placer lleva al otro y no a la perfecta caridad.

¡Oh desgraciados, llegados a tal miseria por sus pecados, cuando yo los había colocado en tan gran dignidad! Huyen del coro como si fuese un veneno, y, si están en él, gritan con la voz, pero el corazón está alejado de mí. Han tomado la costumbre de ir a la mesa del altar sin preparación alguna, como si fueran a la mesa corporal.

Todos estos y otros muchos males, de que no te quiero hablar más por no apestar tus oídos, vienen por los malos pastores, que no corrigen ni castigan los defectos de los súbditos. No se preocupan ni son celosos de que la regla se observe, porque ellos mismos no la guardan. Cargarán pesadamente con grandes deberes a quienes desean observar la regla, castigando culpas que no han cometido. Lo hacen porque en ellos no resplandece la margarita de la justicia, sino la injusticia. Por eso reparten con injusticia: a los que merecen gracia y benevolencia les dan penitencia y odio; a los que son miembros del diablo, como lo son ellos, les dan amor, complacencia y cargos, señalándolos para los oficios establecidos en la regla. Viven como ciegos, y como tales reparten los cargos y gobiernan a los súbditos. Si no se enmiendan, irán a las tinieblas de la condenación por su ceguera y tendrán que darme cuenta a mí, supremo Juez, de las almas de sus súbditos. Malamente lo pueden hacer, y por ello recibirán de mí, con toda justicia, lo que tienen merecido.

126 [En los malos ministros reina el pecado de la lujuria.]

Te he mostrado, queridísima hija mía, una partecita de la vida de los que viven en religión, en qué miseria se hallan en la orden, con el vestido de ovejas siendo lobos [1].

Ahora vuelvo a los clérigos y ministros de la santa Iglesia, lamentándome contigo de sus pecados, además de los que te he narrado, y de las tres columnas de los vicios de que te hablé en otra ocasión, quejándome contigo de ellos, o sea, de la inmundicia de la inflada soberbia, pues por ella vendían la gracia de Espíritu Santo.

Cada uno de estos tres pecados dependen uno de otro. El fundamento de las tres columnas es el amor a sí mismos. Mientras ellas se hallen en pie, son suficientes para mantener al alma fija y obstinada en cualquier otro vicio. Por eso te dije que todos los vicios tienen su origen en el amor propio, pues del amor a sí mismos nace el principal de todos, que es la soberbia. El soberbio se halla privado de la dilección de la caridad, y de la soberbia proceden la inmundicia y la avaricia.

Ahora te digo, hija queridísima: mira con cuánta inmundicia han manchado su cuerpo y su espíritu. Aún te quiero decir algo más para que conozcas mejor la fuente de mi misericordia y tengas compasión de los miserables a quienes se hace referencia. Hay algunos tan convertidos en demonios, que no sólo no guardan reverencia al sacramento ni estiman la excelencia del estado en que les he puesto por mi bondad, sino que, como totalmente desmemoriados a causa del amor que tienen a una determinada criatura, al no poder lograr lo que desean, se darán a los encantamientos demoníacos. Con el sacramento que os he dado harán brujerías para satisfacer sus miserables deseos y pensamientos deshonestos y los pondrán en práctica. A mis ovejas, cuyas almas deben guardar y alimentar, las atormentan por estos y otros medios, que omitiré por no hacerte sufrir. Como has visto, las hacen andar descarriadas y fuera de sí, llegando a querer hacer lo que no quisieran por medio de

[1] Mt 7,15.

brujerías que aquel demonio de la carne les ha hecho, y, por la resistencia que se hacen a sí mismas, sus cuerpos sufren grandísimos trabajos. ¿Quién ha causado estos y otros miserables males que tú sabes y que no es preciso que te cuente? Su vida deshonesta y miserable.

¡Oh carísima hija! ¡A la carne, que está sobre los coros de los ángeles por la unión de la naturaleza divina con vuestra naturaleza humana, la entregan a tanta miseria! ¡Oh hombre abominable y desgraciado; no hombre, sino bestia! Tu carne, ungida y consagrada a mí, la das tú a las meretrices y aún a algo peor. Tu carne y la de todo el género humano, la que Adán había llagado con su pecado, fue librada de la llaga en el madero de la cruz por el llagado cuerpo de mi Hijo unigénito. ¡Oh miserable! El te ha dado honor, y ¡tú le procuras vergüenza! Te ha sanado por las llagas de su cuerpo, y aún más, te ha hecho ministro, y ¡tú le hieres con lascivos y deshonestos pecados! El buen Pastor ha bañado las ovejuelas en su sangre [2], y ¡tú las manchas para que no estén limpias y haces lo posible para introducirlas en el cieno! ¡Debes ser ejemplo de honestidad, y lo eres de deshonestidad!

Has inclinado todos los miembros de tu cuerpo a que obren miserablemente y a hacer lo contrario de lo que por ti ha hecho mi Verdad. Yo permití que le fueran vendados los ojos para iluminarte, y tú, con los tuyos lascivos, lanzas flechas envenenadas a tu alma y al corazón de aquellos a quienes miras con tanta malicia. Permití que le dieran hiel y vinagre, y tú, como bestia indómita, te complaces en los alimentos delicados, haciendo de tu vientre un dios [3]. En tu lengua deshonesta hay palabras impuras y vanas. Con ella estás obligado a corregir al prójimo, a proclamar mi palabra, a recitar el oficio con el corazón y la boca, y no oigo más que pestilencia, jurando y perjurando como si fueses un buhonero, y muchas veces blasfemando. Permití que le fueran atadas las manos para librarte de las ataduras del pecado a ti y a todo el género humano. Tus manos están ungidas y consagradas para administrar el santísimo sacramento, y tú las usas torpemente en miserables tocamientos.

[2] Ap 1,5. [3] Flp 3,19.

Todo lo que se hace con tus manos está corrompido y dirigido al demonio. ¡Oh miserable! Te he colocado en tan gran dignidad para que me sirvas únicamente a mí y a toda criatura racional.

Yo quise que le fueran traspasados los pies y abierto el costado, haciendo de su cuerpo escalera, para que vieses el secreto del corazón. Os lo he puesto como bodega abierta donde podáis ver y gustar el inefable amor que os tengo cuando halláis y veis mi naturaleza divina unida a la vuestra, que es humana. Aquí veis la sangre que vosotros administráis, la que he dado como baño para limpiar vuestras maldades. Tú has hecho de tu corazón templo del demonio. Tu afecto, simbolizado en los pies, no tiene ni ofrece otra cosa que corrupción y vituperio. Los pies de tu afecto no llevan al alma a otro lugar que a los lugares del demonio. De modo que todo tu cuerpo hiere al de mi Hijo, porque haces lo contrario de lo que El ha hecho y de lo que todas las criaturas estáis obligadas a hacer.

Los miembros de tu cuerpo han recibido su castigo, porque las tres potencias se hallan unidas en él en el nombre del demonio, cuando deberían estar reunidas en mi nombre.

Tu memoria debería estar llena de los beneficios que de mí has recibido, y lo está de deshonestidades. Con la luz de la fe deberías poner lo ojos de tu entendimiento en Cristo crucificado, de quien te he hecho ministro, y tú los has puesto en las delicias, posición social y riquezas del mundo, con mísera vanidad. Tu afecto debería amarme sin intermediario alguno, y tú lo has puesto miserablemente en amar a las criaturas y en tu cuerpo, y hasta amas a tus animales más que a mí. ¿Qué me lo demuestra? La impaciencia que tienes conmigo si te quito lo que amas, el desagrado que encuentras en el prójimo cuando te parece recibir algún perjuicio temporal de él. Cuando lo odias y maldices, te apartas de mi amor y del suyo. ¡Desventurado de ti si, hecho ministro del fuego de mi caridad, tú, por tus propios y desordenados placeres, pierdes esa caridad por el pequeño daño que recibes de tu prójimo!

¡Oh hija queridísima! Esta es una de las tres miserables columnas de que hablé.

127 [En los malos ministros reina la avaricia.—Prestan con usura.—Venden y compran los beneficios y prelacías.—Males que se siguen a la santa Iglesia.]

Te hablaré ahora de la segunda columna, que es la avaricia. Puesto que mi Hijo unigénito ha dado con tanta generosidad, no seas tú tacaño. Tú ves su costado, completamente abierto en el madero de la cruz, y la sangre, vertida por todas partes. No ha comprado la libertad ni con oro ni con plata, sino con la sangre, por largueza de su amor [1]. No redimió a una parte del mundo, sino a todo el género humano, tanto a los hombres que existieron como a los presentes y venideros. No os ha dado la redención con sangre, sino con fuego, porque os ha dado el fuego del amor. No la hizo con fuego y sangre, sin mi naturaleza divina, puesto que se halla unida perfectamente a la humana. De esta sangre, unida con el amor generoso a ti, miserable, te he hecho administrador, y tú, con avaricia y codicia, de lo que mi Hijo adquirió en la cruz —las almas, redimidas con tanto amor—, eres avaro; con tan extremada tacañería por avaricia, que te determinas a vender la gracia del Espíritu Santo, eso que te ha dado al ser hecho administrador de la sangre [2]. Quieres que tus súbditos se compren de nuevo a sí mismos cuando te piden lo que has recibido como regalo [3].

No tienes tu boca preparada para alimentarte de almas por mi honor, sino para engullir dinero. Te has hecho tan mezquino en la caridad con lo que tan generosamente has recibido, que no tengo cabida en ti por la gracia, ni tampoco cabe tu prójimo. Ni los bienes temporales, que con generosidad recibes en virtud de la sangre, ni tú, avaro miserable, sois buenos más que para ti mismo. Como ladrón digno de muerte eterna, has robado lo de los pobres y lo de la santa Iglesia y lo has gastado en lujurias con mujeres, con hombres deshonestos y con tus parientes. Lo has gastado en placeres y en el cuidado de tus hijos.

[1] 1 Pe 1,18-10.
[2] Act 8,18-20.
[3] Mt 10,8.

¡Oh miserable! ¿Dónde están los hijos de las verdaderas virtudes que has debido tener? ¿Dónde el celoso deseo de mi honor y de la salvación de las almas? ¿Dónde el torturado dolor que debiste sufrir al ver al lobo infernal arrebatar tus ovejas? Nada existe, porque en tu mezquino corazón no hay amor para ti ni para ellos. Te amas únicamente a ti con amor propio sensitivo, y con él te envenenas y envenenas a los demás. Eres el demonio infernal que engulle las almas con amor desordenado. Tu garganta no apetece otra cosa, y por ello no te preocupa que el demonio invisible las lleve consigo. Tú, demonio visible, te has convertido en instrumento para que vayan al infierno.

¿A quién das vestido y engordas con lo que pertenece a la Iglesia? A ti, a los otros demonios juntamente contigo y a los animales, es decir, a los caballos lustrosos que tienes para tu placer desordenado y no por necesidad; tú los debes tener por necesidad y no por gusto, porque éstos son gustos de los hombres del mundo. Tus gustos deben ser los pobres y la visita a los enfermos, socorriéndolos en sus necesidades espiritual y temporalmente, pues no para otra cosa te he hecho ministro ni te he dado tan gran dignidad. Pero como te has convertido en un animal inmundo, por eso te complaces en esos animales. No ves; porque, si vieses los suplicios que te están preparados si no te enmiendas, no obrarías así, antes bien te dolerías de lo que has hecho en el tiempo pasado y te corregirías en el presente.

¿Ves, carísima hija, cuánta razón tengo para quejarme de estos miserables y cuánta generosidad he usado con ellos y cómo me han pagado con tanta tristeza? Como te dije, habrá quienes presten con usura, aunque no tengan tienda como los públicos usureros, sino que por modos mucho más sutiles venderán el tiempo a su prójimo a causa de la codicia, la que a nadie es lícita en el mundo. Si algo le regalasen y lo recibiesen con la intención de que fuera precio por el servicio que han prestado, eso es usura, y lo mismo por cualquier cosa que se reciba por el tiempo empleado. Yo he puesto a ese miserable para que prohíba esto a los seglares, y él hace lo mismo y más. Si alguien le va a pedir un consejo sobre esta materia, como él se halla en pecado semejante y ha per-

dido la luz de la razón, se lo da oscuro y tendencioso a causa de la inclinación que tiene en su espíritu.

Estos y muchos otros defectos nacen de su mezquino corazón, codicioso y avaro. Se puede repetir lo que dijo mi Verdad cuando entró en el templo y encontró a la gente vendiendo y comprando. Echándola fuera con el látigo de cuerdas, dijo: «De la casa de mi Padre, que es casa de oración, habéis hecho una cueva de ladrones» [4].

Ves bien, dulcísima hija, que es así, pues de mi Iglesia, que es lugar de oración, se ha hecho cueva de ladrones. Venden y compran, y han hecho mercadería de la gracia del Espíritu Santo. Ves que los que quieren prelaturas y beneficios de la santa Iglesia, las compran con muchos regalos a los que son ricos en dinero y posesiones. Estos miserables no miran si es bueno o malo el que solicita el beneficio, y por complacerle y por el amor al regalo recibido, se ingenian para sembrar esta planta podrida en el jardín de la santa Iglesia, y por esta razón darán, los miserables, buenos informes al cristo en la tierra. Ambos usan la falsedad y el engaño con cristo en la tiera, a quien hay que ir limpios y con toda verdad. Si el vicario de mi Hijo se enterara de uno y del otro, los debería castigar, y a ése quitarle el cargo, si no se enmienda, y al que compra el cargo le estaría bien que se le diese prisión como recompensa hasta que se enmiende de su pecado, a fin de que los demás tomen ejemplo de éste y teman, de modo que ninguno intente hacerlo más. Si Cristo en la tierra lo hace, cumple con su deber, y no será castigado por este pecado cuando venga a dar razón de sus ovejas ante mí.

Créeme, hija mía, que hoy no se obra así, y por ello ha caído mi Iglesia en tantos pecados y abominaciones. Cuando se dan las prelaturas, no se indaga e investiga la vida de los que las pretenden, si son buenos o malos; y, si algo se pregunta, no lo hacen ni se informan sino por los malos, que no harán sino dar buenos informes, porque los pecados que tienen son los mismos que los suyos propios. No se mira ni se atiende más que a su buena posición social, a su gallardía y riqueza, a que sepan ha-

[4] Mt 21,13.

blar mucho y elegantemente; y aún peor: alguien argumentará que es de buena presencia. ¡Lenguaje de demonios! ¡Cuando deben preguntar por el adorno y belleza de la virtud, atienden a la belleza del cuerpo! Deben buscar a los humildes y a los pobres, quienes por su humildad huyen de las prelaturas; pero eligen a los que las buscan con vanidad y engreída soberbia.

Se fijan en la ciencia. La ciencia es en sí buena y perfecta cuando el que la posee tiene la ciencia de una vida buena y honesta junto con la verdadera humildad. Sin embargo, la del soberbio, deshonesto y malvado en su vida, es un veneno. De la Escritura no entienden más que la letra, y oscuramente, porque han perdido la luz de la razón y tienen su entendimiento ofuscado. Con la luz de la razón, añadida la sobrenatural, se ha explicado y entendido la Sagrada Escritura, como te enseñé con más claridad en otro lugar [5]. Ves, por tanto, que la ciencia es buena en sí, pero no en el que la usa indebidamente; antes bien le será para él fuego de penas si no enmienda su vida. Por eso deben fijarse más en la buena y santa vida que en la ciencia que desoriente su vida. Ellos hacen lo contrario; pues, aunque los buenos y virtuosos se hallen cargados de ciencia, los consideran tontos y son por ellos despreciados. Evitan a los pobres, porque nada tienen que dar.

Ves, pues, mi casa, que debería ser casa de oración [6], donde debería brillar la margarita de la justicia y la luz de la ciencia con honesta y santa vida, y donde debería sentirse la fragancia de la verdad, abundando en mentira. Deben poseer la pobreza voluntaria y conservar las almas con verdadera solicitud y arrancarlas de los malos demonios, y ellos apetecen las riquezas. Se han preocupado tanto de los bienes temporales, que han abandonado completamente el cuidado de los espirituales. No atienden sino al juego, a las risas y a acrecentar y multiplicar los bienes temporales. Los desgraciados no se dan cuenta de que es el modo de perderlos, porque, si abundasen en virtud y se cuidaran, como deben, de las cosas espirituales, abundarían también en las temporales. Mu-

[5] Cf. c.15.
[6] Is 56,7; Jer 7,11; Mt 21,13; Mc 11,17; Lc 19,46.

chas rebeliones ha habido, esposa mía, que los eclesiásticos no deberían haber fomentado. Deben dejar que los muertos entierren a los muertos [7] y seguir la doctrina de mi Verdad cumpliendo mi voluntad, es decir, aquello para los que se les ha designado. Pero hacen todo lo contrario, pues se oponen a enterrar los muertos y cosas transitorias con afecto y solicitud y quitan los cargos a los hombres del mundo. Esto me desagrada y hace daño a la santa Iglesia. Deben dejar esas cosas para ellos —un muerto que entierre al otro—, es decir, que gobiernen las cosas del mundo los que están designados para ello. ¿Por qué te he dicho que «un muerto entierre al otro»? Muerto se entiende de dos modos: uno, cuando se administran y gobiernan las cosas temporales en pecado mortal por el afecto y solicitud desordenados, y el otro, porque se trata de oficio del cuerpo y cosas muertas, que no tienen más vida en sí que en cuanto tienen relación con el alma y participan de la vida mientras el alma está en el cuerpo, y no más.

Deben, por tanto, estos ungidos míos, que han de vivir como ángeles, dejar las cosas muertas a los muertos y gobernar ellos las almas, que son lo vivo, que nunca muere, dirigiéndolas y destribuyéndoles los sacramentos, dones y gracias del Espíritu Santo y aliméntandolas con el manjar de buena y santa vida. De este modo sería mi casa casa de oración, abundando ellos en gracia y virtud. Como no hacen sino lo contrario, puedo decir que ha sido convertida en cueva de ladrones, por haberse convertido en mercaderes por la avaricia, vendiendo y comprando, como se ha dicho. Ha sido convertida deshonestamente en cuadra de animales, se ha convertido en establo, pues en ella se hallan tumbados en el lodo de la deshonestidad y tienen a sus «demonias» en la Iglesia, como el esposo tiene en su casa a la esposa.

Lo que te he contado casi no tiene comparación con lo que existe en la realidad. Ves, pues, cuánto mal se apoya en estas dos columnas fétidas y pestilentes, esto es, en la inmundicia y en la codicia y avaricia.

[7] Mt 8,22.

128 [En dichos ministros reina la soberbia.—Esta ciega a la inteligencia.—Los que simulan consagrar y no consagran.]

Te quiero hablar ahora de la tercera columna, o sea, de la soberbia. Aunque nombrada la última, es la última y la primera, ya que todos los vicios se hallan fundados en ella, como, por el contrario, las virtudes lo están en la caridad y de ella reciben la vida.

La soberbia nace del amor propio sensitivo y es fomentada por él. Te dije de éste que era fundamento de las tres columnas, como de todos los pecados que cometen las criaturas. Por ello, quien se ama con amor desordenado, queda privado de mi amor, porque en realidad no me ama, y, al no amarme, me ofende por no observar el mandamiento de la ley, esto es, de amarme sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Por esta razón, al amarse con amor sensitivo, no me sirven ni me aman, sino que sirven y aman al mundo, pues el amor sensitivo y el mundo no se hallan en conformidad conmigo. Si les falta la caridad, se sigue que aman al mundo con amor sensitivo, que le sirven a él y me odian a mí. Por eso dijo mi Verdad que nadie puede servir a dos señores que son enemigos, pues, si sirve a uno, será menospreciando al otro [1]. Tal como ves, el amor propio priva al alma de mi caridad y la viste con el pecado de la soberbia, de la que nace todo pecado por medio del principio del amor propio.

Me duelo y lamento de toda criatura racional que se halla en este pecado, pero especialmente de mis ungidos, que deben ser humildes, tanto porque cada uno debe poseer la virtud de la humildad que fomenta la caridad, como por haber sido hechos ministros del humilde e inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito. No se avergüenzan, ni ellos ni el género humano, de ensoberbecerse cuando me ven a mí, Dios, humillado al hombre, dándoles el Verbo de mi Hijo unigénito en vuestra carne. Ellos lo ven correr y humillarse a la afrentosa cruz en razón de la obediencia que yo le impuse [2].

Tiene la cabeza inclinada, para saludarte, y la corona

[1] Mt 6,24; Lc 16,13.
[2] Flp 2,8.

en la cabeza, para adornarte; los brazos extendidos, para abrazarte; los pies clavados, para permanecer contigo. Y tú, hombre miserable, que has sido hecho administrador de tanta generosidad y de tanta humildad, que debes abrazarte con la cruz, la rehúyes y te abrazas con las criaturas malvadas e inmundas. Debes permanecer firme y estable, siguiendo la doctrina de mi Verdad, fijando tu corazón y tu espíritu en él, y te mueves como hoja al viento y te dejas llevar de cualquier cosa. Si es próspera, te mueves con alegría; si es adversa, con impaciencia; y así sacas la médula de la soberbia, el desasosiego, porque igual que la caridad tiene como médula la paciencia, así la impaciencia lo es de la soberbia. Por eso, todo turba y produce escándalo a los soberbios e iracundos.

Tan desagradable me es la soberbia, que por ella cayó del cielo aquel ángel que quiso ensoberbecerse. La soberbia a nadie lo lleva al cielo, sino que lo conduce a lo profundo del infierno. Por eso dijo mi Verdad: «Quien se ensalza —esto es, por soberbia— será humillado y quien se humilla será ensalzado» [3].

En toda clase de gente me desagrada la soberbia, pero mucho más en estos ministros, porque les he puesto en el cargo para administrar a mi humilde Cordero; ellos, empero, hacen todo lo contrario. ¿Cómo no se avergüenza el desgraciado sacerdote de ensoberbecerse viendo que me he humillado a vosotros al daros al Verbo de mi Hijo unigénito? Y a ellos los he hecho ministros, ¡y el Verbo, por obediencia a mí, se ha humillado hasta la afrentosa muerte de cruz! El tiene la cabeza con espinas, y este desgraciado levanta la cabeza frente a mí y frente a su prójimo. De cordero humilde que debía ser, se ha hecho un carnero, que con los cuernos de la soberbia embiste a todo el que se le aproxima.

¡Oh hombre desventurado! ¿No piensas que te es imposible escapar de mí? ¿Te he dado por cometido el que me hieras con los cuernos de la soberbia, injuriándome a mí y a tu prójimo? ¿Lo tratas con injuria e ignorancia? ¿Es ésta la mansedumbre con que debes ir a celebrar el cuerpo y la sangre de mi Hijo unigénito? Te has conver-

[3] Mt 23,12; Lc 14,11 y 18,14.

tido en una bestia, sin temerme en nada. Devoras a tu prójimo y estás en disensión con él. Te has convertido en uno que se mueve por favoritismos, aceptando a los que te sirven y se te humillan y a los que te gusta que lleven la misma vida que tú, a esos a quienes debes corregir y cuyos pecados debes aborrecer. Haces lo contrario, dando ejemplo para que ellos obren peor. Si fueses bueno, cumplirías tu deber; pero, como eres malo, ni sabes reprender ni te desagrada el pecado de los demás.

Desprecias a los pobres humildes y virtuosos. Huyes de ellos. Tienes razón para hacerlo, aunque no lo deberías hacer. Huyes de ellos porque el hedor del vicio no puede sufrir la fragancia de la virtud. Te sientes vilipendiado si ves a mis pobres a tu puerta; rehúyes visitarles en sus necesidades; les ves morir de hambre y no les socorres. Todo esto es obra de los cuernos de la soberbia, pues no se quieren inclinar a ejercitar un pequeño acto de humildad. ¿Por qué no se inclinan? Porque el amor propio, que fomenta la soberbia, no ha desaparecido del interior, y por ello no quiere repartir a los pobres bienes temporales ni espirituales, sino revenderlos.

¡Oh maldita soberbia, fundada en el amor propio! ¡Cómo has cegado los ojos de su entendimiento, de modo que, pareciendo que los amas y eres tierno, se han convertido en crueles consigo mismos: pareciéndoles ganar, pierden; creyendo hallarse en delicias, riquezas y posición excelente, se encuentran en tan gran pobreza y miseria por estar privados de la virtud; han caído de las alturas de la gracia al abismo del pecado mortal! Son ciegos al comprenderlo ellos así y no conocerse a sí mismos ni a mí. No reconocen su situación, ni la dignidad en que les he colocado, ni la fragilidad del mundo y su poca estabilidad, porque, si las reconocieran no harían de ellas su dios. ¿Quién les ha privado del conocimiento? La soberbia. Por ella se han convertido en demonios, habiéndolos yo elegido a ellos para ángeles, para que fueran ángeles terrestres en esta vida. Ella causa la caída del cielo al profundo de las tinieblas. Tanto se han multiplicado éstas y su iniquidad, que caen en el pecado que te diré.

Hay algunos que son tan demonios, que algunas veces

harán como que consagran, y no lo hacen por temor a mi juicio, liberándose de todo freno y temor del mal obrar. Por la mañana se habrán levantado de la inmundicia, y por la tarde, del desordenado comer y beber. Tendrán que dar gusto al pueblo, y, considerando sus maldades, ven que no lo pueden hacer en buena conciencia y que no pueden celebrar. Por eso tienen un poco de temor a mi juicio; no por odio al pecado, sino por el amor que se tienen a sí mismos.

¿Ves, queridísima hija, lo ciegos que son? No acuden a la contrición de corazón ni al aborrecimiento del pecado, sino que toman como remedio el no consagrar. Como ciegos, no ven que el error y el pecado que se sigue es mayor que el primero, porque hacen al pueblo idólatra poniéndoles a la adoración aquella hostia no consagrada, como si fuera el cuerpo y la sangre de mi Hijo unigénito, Dios y hombre verdadero, como ocurre cuando está consagrada. Y lo que les presentan es sólo pan.

Ahora ves cuán grande es esta abominación y cuánta es mi paciencia sufriéndolos [4]. Si no se enmiendan, toda gracia se les convertirá en motivo de juicio.

Pero ¿qué debería hacer el pueblo para no llegar a esa situación? Debe orar bajo condición: «Si este ministro ha pronunciado las palabras que debería decir, creo que verdaderamente tú eres Cristo, Hijo de Dios verdadero y vivo, y que me ha sido dado en comida por el fuego de la inestimable caridad y el memorial de la dulcísima pasión y del inmenso beneficio de la sangre que con tanto fuego de amor derramaste para limpiar nuestra iniquidad» [5]. Haciéndolo así, la ceguera de aquéllos no les producirá tinieblas cuando adoran una cosa por otra, sino, más bien, la culpa de pecado es sólo del miserable ministro y no harán ellos algo que no debieran [6].

¡Oh dulcísima hija! ¿Quién detiene a la tierra para

[4] Crón 21,135

[5] Lc 22,19-20.

[6] La ignorancia y falsos escrúpulos en sacerdotes indignos llevaron a estos abusos que recrimina la Santa y eran causa de escándalo de los fieles. Ella misma lo experimentó cuando, estando enferma, en Luca, un sacerdote le llevó una hostia sin consagrar para que comulgara. Al parecer, intentaba aquel sacerdote cerciorarse de si Catalina podía distinguir una hostia sin consagrar de una consagrada.

que no les trague? ¿Quién frena mi paciencia para que no les haga quedar inmóviles; como estatuas ante el pueblo para confusión suya? La misericordia divina. Me contengo a mí mismo, esto es, con la misericordia retengo a mi divina justicia a fin de vencerles a fuerza de misericordia. Pero ellos, demonios obstinados, no la reconocen ni la ven. Obran como si creyeran recibirla porque se les debe, porque la soberbia les ha cegado, y no ven que la tienen sólo por una gracia y no porque se les deba.

INVITACION AL LLANTO, QUE ATRAE LA MISERICORDIA

[*Males derivados de los defectos de los ministros.—Castigo de los malos.—Envilecimiento de la dignidad sacerdotal.—La muerte del justo: ciencia de verdad y bienaventuranza.—La muerte del pecador: acusación de la conciencia.—Pregusto de las penas y del premio.*]

129 [Otros muchos defectos que se cometen a causa de la soberbia y del amor propio.]

Te he dicho todo esto para que tengas más materia para tu llanto y amargura a causa de su ceguera, es decir, al verles en estado de condenación, y para que conozcas mejor mi misericordia, y en ella encuentres confianza y certeza plena, y ante mi presencia pongas a estos ministros de la santa Iglesia y a todo el mundo, pidiéndome misericordia para ellos. Cuanto más dolorosos y amorosos deseos me ofrezcas por ellos, tanto más me mostrarás el amor que me tienes, puesto que, si ni tú ni mis servidores podéis causarme el bien, sí debéis hacerlo y demostrarlo por medio de ellos. Entonces yo me dejaré obligar por el deseo, las lágrimas y las oraciones de mis servidores, y haré misericordia a mi esposa, reformándola con buenos y santos pastores.

Una vez reformada, los súbditos se enmendarán, porque de casi todo lo malo que hacen tienen la culpa los malos pastores. Si éstos se corrigiesen y en ellos brillase la margarita de la justicia por su honesta y santa vida, no obrarían los súbditos de ese modo.

¿Sabes qué sigue a todo esto? Que unos van en pos de las huellas de los otros. Y así los súbditos no son obedientes porque, cuando el prelado era súbdito, tampoco lo fue; por lo que recibe del súbdito lo mismo que él dio. Como fue mal súbdito, es mal pastor.

De todo esto y de cualquier otro pecado es causa la soberbia, fundada en el amor propio. Ignorante y soberbio era de súbdito, y mucho más lo es ahora que es prelado. Tan grande es su ignorancia, que, como ciego, hará sacerdote a un hombre inculto que apenas sabrá leer, y no sabrá recitar el oficio divino; es su deber elegir hombres expertos y bien fundados en la virtud, que sepan y entiendan lo que dicen. Muchas veces, por no saber bien las palabras sacramentales, no consagrarán, con lo que caen en el mismo pecado de no consagrar, como lo hacían los otros por malicia, no haciendo sino simular que consagran. Estos caen en lo contrario, porque no tienen en cuenta lo que los súbditos saben, o no lo averiguan a tiempo; parece que eligen a niños y no a hombres maduros. Tampoco procuran que sean de honesta y santa vida, ni los candidatos conocen la dignidad a que son elevados ni el gran misterio que van a celebrar. Sólo procuran multiplicar la gente, pero no la virtud [1]. Son ciegos y guías de ciegos [2]. No comprenden que de ésta y otras cosas les pediré cuenta en el último extremo de la muerte. Después de haber ordenado sacerdotes tan obtusos y de haberles puesto a cuidar almas, se dan cuenta de que éstos no pueden tener cuidado ni de sí mismos.

Entonces, ¿cómo podrán corregirse y corregir los de los demás los que no conocen sus pecados? No pueden ni quieren actuar contra sí mismos; y las ovejas, que no tienen pastor que se preocupe de ellas ni que las sepa guiar, se descarrían fácilmente y con frecuencia son devoradas y descuartizadas por los lobos. Como el pastor es malo, no se preocupa de tener un perro que ladre cuando vea venir el lobo, y tiene sólo uno, que es como ellos [de descuidado]. Así, los ministros y pastores que no son solícitos, no tienen ni el perro de la conciencia ni el cayado

[1] Is 9,3.
[2] Mt 15,14.

de la santa justicia para corregir con la vara y para ladrarse a sí mismos con la conciencia. Al no reprender cuando las ovejas se descarrían y no mantener el camino de la virtud, o sea, la observancia de los mandamientos, el lobo infernal las devora. Si el perro ladrara y con la vara de la santa justicia castigaran en sí sus pecados y los de aquéllos, lucharían con las ovejas y éstas volverían al redil.

Pero como es pastor sin cayado y sin el perro de la conciencia, las ovejuelas perecen. No se preocupan de esto, porque el perro de la conciencia se halla muy debilitado por no habérsele dado de comer, y no tiene fuerzas para ladrar. La comida que hay que dar a este perro es la sangre del Cordero, mi Hijo. En cuanto la memoria se halle llena de la sangre, se enciende el alma en aborrecimiento del vicio y en amor a la virtud. Este aborrecimiento y este amor purifican al alma de la mancha del pecado mortal y dan tanto vigor a la conciencia, que la defienden. Si, de pronto, algún enemigo del alma, o sea, el pecado, quiere entrar en ella —no sólo por el afecto, sino con el pensamiento—, inmediantamente la conciencia con el remordimiento, como un perro, ladra tan fuertemente, que hace despertar a la razón.

Estos malvados, que ni son dignos de ser llamados ministros ni siquiera racionales, embrutecidos por sus defectos, no tienen perro, pues es tal la debilidad de la conciencia, que se puede decir que no la tienen, y, consiguientemente, tampoco el cayado de la justicia. Tanto les han atemorizado sus pecados, que una sombra les causa miedo, no por santo temor, sino por temor servil. Ellos deben exponerse a la muerte para arrancar las almas de las manos de los demonios, y, por el contrario, se las ponen en las manos, porque no dan la enseñanza de la buena y santa vida y por no querer sufrir ni una palabra injuriosa por la causa de la salvación.

Muchas veces se hallará el alma del súbdito envuelta en gravísimos pecados. Tendrá que pagar deudas, y por amor desordenado a su familia, por no empobrecerla, no pagará lo adeudado. Su vida será conocida por gran cantidad de gente y hasta al mismo sacerdote le habrán hecho saber que, puesto que es médico, que cure su alma. El desventurado querrá cumplir con lo que debe,

y no le importará que le digan palabras injuriosas o le echen malas miradas. Alguna vez le obsequiarán, por lo que, entre el regalo y el temor servil, consiente que el alma siga en manos de los demonios y les dará el sacramento de Cristo, mi Hijo unigénito. Mira y tiene en cuenta que aquel alma no se ha deshecho de las tinieblas del pecado mortal, y, sin embargo, por complacer a los hombres del mundo, por el desordenado temor y por el regalo recibido, administrará a algunos el sacramento, le enterrará en la iglesia con gran honor, cuando, como criminal y miembro separado del cuerpo, debería echarlo fuera.

¿Quién fue la causa de esto? El amor propio y los cuernos de la soberbia, porque, si me hubiese amado sobre todas las cosas, y al alma de aquel pobrecillo, y se hubiese portado con humildad y sin temor, habría buscado la salvación de aquella alma.

Mira, por tanto, cuánto mal sigue a estos vicios —soberbia, avaricia, inmundicia—, que te he colocado sobre tres columnas, de donde proceden los demás pecados del cuerpo y del espíritu. Tus oídos no aguantarían los males de que son causantes como miembros del demonio. Tú conoces casos y sabes que a personas sencillas ocurrió caer en esos vicios sólo por miedo [3]. Estos eran de buena fe, y se dolerán de sus pecados y se verán atormentados de escrúpulos. Temiendo estar poseídos del demonio, van al indigno sacerdote creyendo que les podrá librar de él, y llegar para que un diablo arroje al otro. Y, como ansioso de recibir presentes y como deshonesto y lascivo, bruto y miserable, dirá a esas pobrecillas: «Este pecado que tenéis no se puede quitar sino de tal modo», y así, forzándolas, las hará acostarse con él.

¡Oh demonio y más que demonio, que en todo se ha hecho peor que el demonio! Muchos demonios hay a quienes ha repugnado este pecado, y tú te has hecho peor que ellos y te revuelcas en el lodo como un puerco. ¡Oh animal inmundo! ¿Es esto lo que pido, y no que tú, con la virtud de la sangre de la que te he hecho administrador, arrojes a los demonios de las almas y de los

[3] Alusión autobiográfica.

cuerpos? Y tú te metes en ellos. ¿No ves que la segur de la divina justicia se halla ya colocada a la raíz de tu árbol? Te aseguro que los pecados se acumulan como los intereses en la usura, y en su lugar y tiempo, si tú mismo no castigas tus maldades con la penitencia y contrición de corazón, no se te tendrá en consideración el ser sacerdote, antes bien serás miserablemente castigado, y sufrirás penas por ti y por ellos, y serás atormentado más cruelmente que los demás.

¡Te vendrá entonces al pensamiento el arrojar al demonio con el demonio de la concupiscencia! ¿Y qué será de la desgraciada cómplice que acude a la criatura para que la libere, y será ligada a él más fuertemente con un pecado mayor y caerá por nuevos modos y caminos? Si te acuerdas bien, tú viste con tus propios ojos a quién esto ocurrió [4]. He aquí un pastor sin perro de la conciencia, que no sólo ahoga su conciencia, sino la de los demás.

Yo he puesto a los ministros para que canten y salmodien por la noche en el oficio divino, y ellos han procurado hacer maldades y producir encantamiento en las «demonias», haciéndolas que vengan, por engaño, a medianoche —alguna vez parecerá que van a llegar y no lo harán—. ¿Te he hecho sacerdote para que tu vigilia de la noche la gastes en esto? Ciertamente, no; sino para que la emplees en oración, a fin de que por la mañana vayas preparado para celebrar y des al pueblo la fragancia de la virtud y no el hedor del pecado. Estáis colocados en el estado angélico para que podáis tratar con los ángeles por medio de la santa meditación en esta vida y después, al final, gustéis con ellos de mi eterna visión; tú, sin embargo, te deleitas en ser demonio y tener trato con ellos antes de que llegue el momento de la muerte.

Los cuernos de la soberbia han herido los ojos de tu entendimiento, en la pupila de la santísima fe, y has perdido la luz; por eso no ves en cuánta miseria te hallas. No crees de veras que la culpa es castigada y toda buena obra remunerada. Si de veras lo creyeses, no obrarías así y no buscarías ni querrías tan frecuentemente trato, sino que, más bien, vivirías con terror a pronunciar su

[4] Alusión autobiográfica.

nombre. Pero como sigues su voluntad, encuentras deleite en el demonio y en sus obras. ¡Ciego, más que ciego! Quisiera que preguntases al demonio qué premio se te sigue de servirle con todo lo que haces. El te respondería que te darán el premio que ellos tienen y que no te pueden dar otra cosa que eso: horrorosos tormentos y fuego en que arden continuamente, en el que cayeron, por su soberbia, desde las alturas del cielo. Y tú, ángel en la tierra, caes de tu altura por la soberbia; de la dignidad del sacerdote y del tesoro de la virtud, a la pobreza más miserable, y, si no te enmiendas, caerás en el infierno.

Al mundo y a ti mismo los has hecho dios y señor para ti. Te he colocado en el estado sacerdotal para que te monospreciases a ti mismo y al mundo en lo material sensible. Di ahora al mundo, con todas las delicias, qué has sacado en esta vida, y a los sentidos cómo has usado las cosas del mundo; diles que te justifiquen ante mí, supremo Juez. Te responderán que no te pueden ayudar, y se burlarán, diciendo: «Arriésgate tú, pues es conveniencia tuya». Y te dejarán confuso y burlado ante mí y ante el mundo.

Todo este daño no lo ves, porque los cuernos de tu soberbia te han cegado; pero lo verás en el último momento de la muerte, cuando no podrás tomar como remedio ninguna virtud tuya, porque no la hay, sino sólo mi misericordia, confiando en aquella dulce sangre de la que fuiste ministro. Ni a ti ni a nadie se le privará de confiar en ella y en mi misericordia, si bien ninguno debe ser tan mentecato ni tan ciego que aguarde hasta el último momento.

Piensa que, en ese instante, al hombre que ha vivido pecaminosamente le acusan los demonios, el mundo y la propia fragilidad. No les agrada ni ven deleite allí donde se encontraba lo amargo, ni ven lo perfecto donde había imperfección, ni luz donde había oscuridad, tal como les ocurría durante su vida, sino que le presentan la verdad tal como es. El perro de la conciencia, que era débil, comienza a ladrar con tanto ahínco, que casi lleva al alma a la desesperación, aunque algunas veces no llega a ella, sino a la esperanza en la sangre, a pesar de los pecados cometidos, puesto que, sin comparación, la mi-

sericordia que recibís por la sangre es mayor que todos los pecados que se cometen en el mundo. Por tanto, ninguno demore hacer penitencia, porque es muy duro al hombre encontrarse con los enemigos desarmado en el campo de batalla.

130 [Otros defectos que cometen los malos ministros.]

Queridísima hija: estos miserables de que te he hablado no tienen reflexión, puesto que, si la tuvieran, no caerían en tan grandes pecados ni ellos ni otros, sino que obrarían como los que viven virtuosamente, y elegirían antes la muerte que querer ofenderme, y manchar la cara de su alma y empequeñecer la dignidad en que les había colocado; más bien acrecentarían la dignidad y belleza de su alma. No es que la dignidad del sacerdote, la dignidad en sí, pueda crecer ni disminuir a causa del pecado, sino que las virtudes son el adorno y una dignidad que existe en el alma además de la pura belleza del alma, la que tiene desde el momento en que la creé a imagen y semejanza mía.

Conocieron la realidad de mi bondad, que es su belleza y dignidad, porque la soberbia y el amor propio no les había ofuscado ni quitado la luz de la razón por no estar privados de ella, y me amaban a mí y querían la salvación de las almas. Sin embargo, estos desgraciados, por hallarse privados de la luz, no se preocupan sino de ir de vicio en vicio hasta que caen en la fosa. Y del templo de su alma y de la santa Iglesia, que es un jardín, hacen un corral para animales.

¡Oh hija queridísima! ¡Qué abominable me es que sus casas, que deben ser refugio de mis servidores y de los pobres, sean cobijo de personas malvadas e inmundas! Debiendo tener por esposa al breviario, y a los libros de la Sagrada Escritura por hijos, y deleitarse en ellos para impartir las enseñanzas al prójimo para que emprendan santa vida, la esposa de éstos no es el breviario —más bien, lo tratan como a esposa adúltera—, sino una miserable concubina, que vive con él en inmundicia; sus libros son la caterva de hijos, y con ellos, tenidos en tanta deshonra y maldad, se deleitan sin vergüenza alguna.

En Pascua y fiestas solemnes, en las que debían dar

gloria y alabanza a mi nombre con el oficio divino y ofrecerme el incienso de las devotas y humildes oraciones, se entregan al juego y solaz con sus mancebas, y se juntan con los seglares para cazar y coger pájaros como si fuesen seglares o señores de corte.

¡Oh hombre miserable! ¿A qué has llegado? Debías ir a la caza de almas para gloria y alabanza de mi nombre y estar en el jardín de la santa Iglesia, y te vas a los bosques. Como te has convertido en bestia, llevas en tu alma los animales de muchos pecados mortales, y por eso te has hecho cazador de bestias. El jardín de tu alma se ha vuelto salvaje y lleno de cardos, y por eso has encontrado gozo en ir por los lugares desiertos en busca de bestias salvajes.

Avergüénzate, hombre, y analiza tus pecados para que tengas materia de qué sonrojarte desde cualquier punto de mira que quieras. Pero tú no te avergüenzas porque has perdido el santo y verdadero temor, e, igual que una meretriz, que carece de vergüenza, presumirás de tu posición en el mundo, de tener una hermosa familia y una manada de hijos; y, si no los tienes, intentas tenerlos para que hereden tus bienes. Eres ladrón y salteador, porque sabes que no se los puedes dejar, porque tus herederos son los pobres y la santa Iglesia.

¡Oh demonio hecho carne! Buscas sin luz lo que no debes. Te precias y vanaglorías de lo que para ti debía ser motivo de gran confusión. Te avergüenzas ante mí, que veo el interior de tu corazón, así como ante las criaturas. Estás turbado, pero los cuernos de la soberbia no te dejan comprender tu confusión.

¡Oh carísima hija! He colocado a mis ministros sobre el puente de la doctrina de mi Verdad para que a vosotros, peregrinos, os distribuyan los sacramentos de la santa Iglesia, y ellos se encuentran en el miserable río de allá abajo, y desde el río de las delicias y miserias del mundo os los administran ellos, y no ven que les llega la ola de la muerte y van juntos con sus señores los demonios, a los que han servido y de los que se han dejado guiar por el camino del río sin freno alguno. Si no se enmiendan, llegan a la condenación eterna con tal represión y reproche, que tu lengua no sería capaz de contarlo. Y más fácilmente llegarán ellos que cualquier otro

seglar por el oficio de sacerdote, pues una misma culpa es más castigada en ellos que en los que se hallan en el mundo, y con mayor reproche se levantarán sus enemigos en el momento de la muerte para acusarlos, como te he dicho.

131 [Diferencia entre la muerte de los justos y de los pecadores.—Sus penas en la hora de la muerte.]

Te he referido cómo el mundo, los demonios y los propios sentidos los acusaban, y ésa es la verdad. De esto te quiero hablar ahora más por extenso; de estos miserables, para que les tengas mayor compasión. ¡Cuán distintos son los ataques que recibe el alma del justo de los del pecador y cuán diferente su muerte! ¡En cuánta paz se produce la muerte del justo, mayor o menor según la perfección de su alma!

Por eso quiero que sepas que todas las penas que sufren las criaturas racionales se encuentran en la voluntad, pues si la voluntad estuviese en orden y acorde con la mía, no sufrirían pena. No se le quitarían los sufrimientos, sino que la voluntad los soportaría de buen grado por amor a mí y ya no le causaría pena sobrellevarlos con gusto, considerando que ésa es mi voluntad. Por el santo aborrecimiento que se tienen a sí mismos se encuentran en guerra con el mundo, el demonio y los propios sentidos, por lo que, al llegar la hora de la muerte, ésta es recibida en paz, pues los enemigos han sido ya derrotados durante la vida. El mundo no los puede acusar, porque conocieron sus argucias, y por eso renunciaron a todas sus delicias. Los frágiles sentidos y el cuerpo no les acusan, porque los tienen como esclavos con el freno de la razón, macerando la carne con la penitencia, con la vigilia y la oración continua. A la voluntad sensitiva la mataron con el aborrecimiento al vicio y con el amor a la virtud, habiendo perdido las condescendencias con su cuerpo. El mimo y amor que hay entre el cuerpo y el alma es causa de que el hombre tema, naturalmente, la muerte.

Pero como en el perfecto y justo la virtud sobrepuja a la naturaleza, es decir, la hace desaparecer, se sobrepone él con el santo aborrecimiento y el deseo de volver a

lo que es su fin, de modo que la debilidad y blandura no le pueden dar guerra. La conciencia está quieta, porque en su vida hizo buena guardia, ladrando cuando los enemigos querían arrebatarle la ciudad del alma. Como el perro que está a la puerta ladra cuando ve a los enemigos, y así despiertan los centinelas, de igual manera el perro de la conciencia despertó al guardián de la razón, y ésta, junto con el libre albedrío, conoció por la luz del entendimiento quién era amigo y quién enemigo. Al amigo, o sea, a la virtud y a los santos pensamientos del corazón, le proporcionó dilección y afecto de amor, ejercitándolo con gran solicitud; al enemigo, o sea, al vicio y pensamientos perversos, les dio odio y desagrado. Con el cuchillo del odio y del amor, con la luz de la razón y con la mano del libre albedrío hirió al enemigo de tal modo, que después, en el momento de la muerte, la conciencia no se recome, pues fue buen centinela, y por ello se encuentra en paz.

Verdad es que el alma, por humildad, y porque en el momento de la muerte conoce mejor el tesoro del tiempo y las piedras preciosas de la virtud, se reprende a sí misma, pareciéndole haber aprovechado poco ese tiempo; pero ésta no es pena aflictiva, como tampoco pena que aumente la perfección, ya que obliga al alma a recogerse en sí misma, poniéndose ante la sangre del humilde Cordero, mi Hijo. No se vuelve atrás para mirar las virtudes, sino la sangre, donde ha encontrado mi misericordia. Como ha vivido con la memoria en la sangre, así en la muerte se embriaga y sumerge en la sangre. Los demonios, como no le pueden argüir de pecado, puesto que durante su vida venció su malicia, se llegan para ver si pudieran conseguir algo. Lo hacen con formas horrendas para producir miedo con su feísimo aspecto, con muchas y diversas fantasías, pero como en el alma no existe el veneno del pecado, su aspecto no le da temor ni miedo, como ocurrirá al que ha vivido malamente en este mundo.

Viendo el demonio que el alma se ha sumergido en la sangre con ardentísima caridad, no le puede soportar y le arroja saetas desde lejos. No dañan al alma sus ataques y gritos, ya que comienza a gustar la vida eterna, tal como te dije en otro lugar, puesto que con los ojos

del entendimiento, que posee la pupila de la santísima fe, ve que soy su infinito y eterno Bien, aquel a quien ella espera poseer por gracia y no por mérito suyo, en virtud de la sangre de Cristo, mi Hijo. Por ellos tiende los brazos de la esperanza y con las manos del amor lo abraza, entrando en su posesión antes de estar en la gloria. En seguida, sumergida en la sangre, entra por la estrecha puerta del Verbo, se llega a mí, Mar de quietud, por permanecer juntamente unidos yo, Mar, con la Puerta, porque yo y mi Verdad somos una misma cosa.

¡Qué alegría recibe el alma que tan dulcemente se ve unida en ese momento! Porque experimenta el bien de la naturaleza angélica, y como ha vivido en caridad fraterna con su prójimo, por eso participa del bien de todos los que verdaderamente la experimentan [los bienaventurados], por la misma caridad fraterna de unos para con otros. Los bienaventurados reciben a los que tan dulcemente entran. Mis ministros —los que te dije que habían vivido como ángeles— son mucho mejor recibidos, pues en esta vida vivieron con mucho mayor conocimiento y hambre de mi honor y de la salvación de las almas. No hablo sólo de la luz de la virtud, que, en general, todos pueden tener, sino de la alcanzada por vivir virtuosamente [la luz sobrenatural], sino que me refiero a los que tuvieron la luz de la ciencia santa, por la cual conocieron más acerca de mi Verdad. Quien más conoce, más ama, y quien más ama, más recibe. Vuestro mérito es medido con la medida del amor [1].

Si me preguntases: «El que no tiene la ciencia de los santos, ¿puede alcanzar este amor? Claro que es posible conseguirlo; pero, aunque se puede, un caso particular no hace ley para todos, y yo te hablo en general. Es más, reciben mayor dignidad en el cielo por el estado de sacerdote, porque propiamente les fue dado el oficio de alimentarse de almas por amor a mí. Suponiendo que a todos sea dado permanecer en la dilección de la caridad para vuestro prójimo, sin embargo, como a éstos les es dado administrar la sangre y gobernar las almas, si lo hacen con solicitud y con afecto de virtud, reciben más que los otros.

[1] Mt 7,2.

¡Qué feliz es su alma cuando llega al momento de la muerte! Como han sido los pregoneros y defensores de la fe de su prójimo, se le ha hecho connatural en la médula de su misma alma; con esa fe me ven a mí en el prójimo. La esperanza con que han vivido, confiando en mi providencia, ha hecho que la pierdan en sí mismos, es decir, en su ciencia. Tienen su confianza en mí, la pierden en sí mismos, y no ponen el afecto desordenadamente en criatura o cosa alguna creadas en razón de su vida de pobreza voluntaria.

Su corazón fue un vaso de elección que llevaba mi nombre [2]. Predicaban la caridad con el ejemplo de una vida santa y con la enseñanza verbal a su prójimo. Se levantan, en consecuencia, con inefable amor y me abrazan con afecto de amor a mí, que soy su Fin, trayéndome la margarita de la justicia, que siempre tuvieron presente ante sí cuando hacía justicia a cada uno y repartía con discreción lo que les era debido. Por eso me ofrecen la justicia con verdadera humildad y dan gloria y alabanza a mi nombre. Me la dan por haber obtenido de mí el don de la gracia con pura y santa conciencia en el tiempo oportuno. A sí mismos se dan la indignación, juzgándose indignos de haberla recibido, y que sea en tanta abundancia.

Su conciencia me da buena prueba de ello, y yo les doy con toda equidad la corona de la justicia, adornada de la margarita de las virtudes; es decir, del fruto que la caridad ha obtenido de las virtudes.

¡Oh ángeles de la tierra! Bienaventurados, que no habeis sido ingratos a los beneficios recibidos de mí y no habéis caído ni en negligencia ni en ignorancia. Solícitos, con la verdadera luz mantuvisteis los ojos abiertos sobre vuestros súbditos, y, como pastores fieles y valientes, habéis seguido las enseñanzas del verdadero y buen Pastor, el dulce Cristo Jesús, mi Hijo unigénito. Con ello pasasteis realmente por El, bañados y anegados en su sangre, con el rebaño de vuestras ovejas. Por medio de vuestras enseñanzas y de vuestra vida habéis conducido muchas de ellas a la vida perdurable y a muchas de ellas las habéis dejado en estado de gracia.

[2] Act 9,15.

¡Oh hija queridísima! A éstos no les perjudica la visión de los demonios, porque me ven a mí —me ven por la fe y me poseen por amor—, y como en ellos no hay veneno de pecado, tinieblas ni fealdad, la vista de los demonios no les hace daño ni produce temor alguno, puesto que en ellos no existe temor servil, sino temor santo. No temen sus engaños, porque los reconocen a la luz de la Sagrada Escritura, de modo que no reciben por ellos oscuridad ni turbación en el espíritu. Así, con gloria tan singular, pasan bañados en la sangre, con hambre de la salvación de las almas, ardiendo en la caridad para con el prójimo. Pasan por la puerta del Verbo y entran en mí. Por mi bondad, cada uno es colocado en su estado, medido según la medida que me han traído en el afecto de la caridad.

132 [La muerte de los pecadores.—Sus penas en la hora de la muerte.]

¡Hija queridísima! No es tan grande la excelencia de éstos como lo es la miseria de los desventurados de que te he hablado. ¡Qué terrible y llena de oscuridad es su muerte! Porque, en el último momento, los demonios les acusan con terror y oscuridad, mostrándoles su figura, que sabes lo horrible que es. Si la criatura pudiera elegir en esta vida, preferiría sufrir cualquier dolor antes que tener la visión del demonio.

Se renueva, además, el remordimiento de la conciencia, que roe al alma miserablemente. La acusan las desordenadas delicias y los propios sentidos, de los que hizo su señor, esclavizando su razón a ellos. Es cuando ve la verdad de lo que antes desconocía, de donde le viene una gran confusión por causa de sus equivocaciones. En la vida vivió como un incrédulo y no como fiel a mí, porque el amor propio le tapó la pupila de la luz santísima de la fe; y el demonio le tienta con ese pecado cometido para hacerle caer en la desesperación.

¡Qué duro le es este ataque! Se halla desarmado y no encuentra las armas de la caridad, porque, como miembro del diablo, está privado de todo. No tiene ni la luz sobrenatural ni la de la ciencia, por no haberla entendido, pues los cuernos de la soberbia no le dejaron com-

prender la dulzura de su esencia; por eso, ahora, en los grandes combates, no sabe qué hacerse. No se ha alimentado de la esperanza por no haber confiado en mí ni en la sangre de la que le hice ministro, sino sólo de sí mismo y de su posición social y placeres del mundo. No veía el miserable demonio de carne que sus riquezas provenían de la usura y que, como deudor, tenía que darme cuenta a mí. Ahora se encuentra desnudo, sin virtud alguna, y a cualquier lado donde mire no oye sino improperios en medio de una gran confusión.

Su injusticia, la ejercida por él en la vida, le acusa la conciencia, y no se atreve más que a pedir justicia. Te aseguro que su vergüenza y turbación es grandísima, si no se ha acostumbrado en su vida a esperar en mi misericordia. Si cuando llegue el momento de la muerte reconoce su pecado y descarga la conciencia por la santa confesión para quitar la presunción y no ofenderme más, entonces predomina la misericordia para éstos; sin embargo, si se tiene en cuenta sus pecados, es una presunción, porque ofenden pensando en la misericordia, y por esto es más bien abuso, aunque se hayan figurado que invocan la misericordia. Invocándola de verdad pueden recobrar la esperanza, si quieren, pues si no fuese por esto, nadie habría que no desesperase, y por la desesperación llegaría a la eterna condenación.

Esto obliga a mi misericordia a hacerles confiar, si bien no la concedo para que me ofendan con esa confianza, sino para que aumenten en caridad y en la consideración de mi bondad. Pero ellos la utilizan para lo contrario, porque me ofenden con su confianza en mi misericordia. A pesar de todo, les mantengo en la esperanza de la misericordia a fin de que en el momento de la muerte tengan a qué agarrarse, no desfallezcan en la reprensión y no lleguen a la desesperación. Más desagradable que todos los pecados cometidos me es, y a ellos les causa más daño, este último pecado de la desesperación. Se perjudican más y me es más desagradable, porque los otros pecados que cometen los hacen con algún deleite de los propios sentidos y de ellos se arrepienten algunas veces. A tanto puede llegar su arrepentimiento, que reciben misericordia. Pero al pecado de la desesperación no son inducidos por la fragilidad, sino

por no encontrar deleite alguno ni otra cosa que una pena intolerable. Por ella desprecian mi misericordia al considerar mayor su pecado que mi misericordia y mi bondad. Por lo que, caídos en este pecado, no se arrepienten ni tienen dolor verdadero por mi ofensa, como deberían tenerlo. Se duelen de su daño, pero no de la ofensa hecha a mí, y de este modo reciben la eterna condenación.

Ves, pues, que sólo este pecado les lleva al infierno, donde son atormentados por este y otros pecados cometidos. Si se hubieran dolido y arrepentido de la ofensa hecha a mí y hubieran esperado en mi misericordia, la habrían hallado. Como, sin comparación alguna, es mayor mi misericordia que todos los pecados que puede cometer una criatura, por eso me desagrada que den más importancia a sus pecados, y éste es el pecado que no es perdonado ni aquí ni allí. Como en el momento de la muerte, luego de haber pasado su vida en ofensas, me desagrada sobremanera la desesperación y quisiera que se agarrasen a mi misericordia, por esto en la vida uso con ellos la estratagema de hacerles confiar ampliamente en mi misericordia, pues cuando interiormente se hallan fortalecidos con ella, al llegar la muerte, no son tan inclinados a abandonarla a causa de las graves acusaciones que contra ellos oyen, como harían si no estuvieran interiormente fortalecidos.

Todo esto lo produce el fuego y la profundidad de mi caridad. Pero como han usado las tinieblas del amor propio, de donde ha nacido todo pecado, no han conocido de veras mi caridad, y, consiguientemente, se les ha imputado más a su gran presunción que a su defecto la dulzura de la misericordia. Esta es otra acusación que les hace la conciencia en presencia de los demonios, reprochándoles que el tiempo y la amplitud de la misericordia en que confiaban debieran haber sido empleados en aumentar la caridad y amor a la virtud y en gastar virtuosamente lo que por amor les di, mientras ellos me ofenden miserablemente con ese tiempo y la excesiva confianza en la misericordia.

¡Oh ciego y más que ciego! Enterrabas la margarita y el talento que os puse en las manos para que tuvierais ganancias con él, y, como presuntuoso, no quisiste hacer

mi voluntad, antes bien lo escondiste bajo la tierra del amor propio desordenado para con vosotros mismos. Ahora te da él frutos de muerte [1].

¡Miserable de ti! ¡Qué grande es la pena que recibes en este último momento! Tus miserias no te son desconocidas, y por eso el gusano de la conciencia no duerme ahora, antes bien te roe [2]. Los demonios te gritan y dan el premio que suelen dar a sus servidores: confusión y reproche. Y para que en el momento de la muerte no te escapes de sus manos, quieren que llegues a la desesperación, y con ese fin te producen turbación, para que después, junto con ellos, te den de lo que ellos tienen.

¡Oh miserable! La dignidad en que te coloqué se te presenta resplandeciente, tal como es, para tu vergüenza, sabiendo que tú la has tenido y usado en las tenebrosidades del pecado. De los bienes de la santa Iglesia que puse ante ti eres deudor y ladrón; de ellos debiste dar lo debido a los pobres y a la santa Iglesia. Ahora tu conciencia te los representa y cómo los has gastado con meretrices públicas y con ellos has alimentado a los hijos, enriquecido a los parientes; te los has comido y con ellos has adornado la casa y comprado vajilla de plata, cuando debías vivir en pobreza voluntaria.

Ante tu conciencia se presenta el oficio divino, que abandonaste, sin preocuparte de que cometías un pecado mortal; y, si lo recitabas con la boca, el corazón se hallaba lejos de mí. En cuanto a tus súbditos, es decir, en cuanto a la caridad y hambre que acerca de ellos debiste tener, alimentándolos en la virtud, dándoles ejemplo de vida y el misericordioso castigo, o el duro de la justicia, tú hiciste lo contrario, y te reprocha la conciencia ante la espantosa presencia de los demonios.

Y si tú, prelado, has dado cargos o cura de almas a algún súbdito con injusticia, es decir, que no has mirado ni a quién ni cómo se los has dado, esto se te pone ante tu conciencia, porque los debiste dar no en razón de palabras aduladoras, ni por agradar a las criaturas, ni por regalos, sino en atención a la virtud, por honor mío y por la salvación de las almas. Como no lo has hecho, eres acusado, y para mayor confusión tienes delante la

[1] Mt 25,14-30. [2] Is 66,24; Mc 9,43-47.

conciencia y la luz de la inteligencia a propósito de lo que debiste hacer y de lo que debiste evitar y lo has omitido.

Quiero que sepas, queridísima hija, que lo blanco se ve, al lado de lo negro, y viceversa, mejor que no cuando ambos colores se hallan separados. Así ocurre a estos miserables en particular, y en general a todos, porque en la muerte, cuando el alma comienza a ver mejor sus desgracias y el justo su bienaventuranza, a estos desgraciados se les representa su vida de pecado. No necesitan que otros se la pongan delante, puesto que la conciencia lo hace tanto con los pecados cometidos como con las virtudes que debieron practicar. ¿Por qué las virtudes? Para mayor vergüenza suya, porque, estando la virtud al lado del vicio, se reconoce mejor el pecado, y cuanto más lo conocen, mayor vergüenza padecen. Por sus pecados conocen mejor la perfección de las virtudes, de donde les viene mayor dolor al ver que en su vida han estado alejados de la virtud.

Quiero que sepas que en el conocimiento que tienen del vicio ven con perfección el bien que se seguirá al hombre virtuoso y los sufrimientos que vendrán al que ha permanecido en las tinieblas del pecado mortal.

Les doy este conocimiento no para que lleguen a la desesperación, sino al perfecto conocimiento de sí y la vergüenza de su pecado; pero con esperanza, a fin de que con la vergüenza y el conocimiento expíen sus pecados y aplaquen mi ira, pidiendo humildemente la misericordia. El virtuoso acrecienta por ello su gozo y conocimiento de mi caridad, porque a la gracia atribuye haber seguido la virtud y caminado por la doctrina de mi Verdad, debiéndolo a mí y no a sí mismo; por eso se alegra en mí. Con este verdadero conocimiento gusta y recibe su fin dulcemente, al modo que te dije en otro lugar. Así como el uno se llena de gozo, o sea, el justo, que ha vivido en ardentísima caridad, el oscuro pecador se llena de penosa confusión. Al justo no le hacen daño las tinieblas ni la visión del demonio, ni teme, porque sólo es el pecador quien teme y sale perjudicado. Los que han llevado su vida con lascivia y muchas maldades tienen sufrimientos y temor ante la presencia de los demonios. No reciben el mal de la desesperación si no

quieren, pero sí el reproche y la reavivación de la conciencia, miedo y temor en su horrible presencia.

Ahora ves cuán diferente es, carísima hija, el sufrimiento y el combate de la muerte en unos y en otros y cuán diferente es su fin. A los ojos de tu entendimiento he explicado y presentado una partecita muy pequeña. Es tanta la diferencia entre ambos combates, que es como comparar el todo y la nada.

Ahora comprendes cuán grande es la ceguera del hombre, y especialmente de estos desventurados ministros, porque todo lo han recibido de mí, y cuanto más iluminados se hallan por la Sagrada Escritura, tanto se hallan más obligados, y, en consecuencia, incurren en una grande e intolerable confusión. Como lo conocieron mejor en la vida por la Sagrada Escritura, en la muerte conocen mejor los pecados cometidos y son puestos en mayores tormentos que los demás, mientras que los buenos son colocados en más alta dignidad.

Les ocurre lo que al mal cristiano, que tiene en el infierno mayor tormento que un pagano, porque tuvo la luz de la fe y renunció a ella, mientras que el otro no la tuvo. De igual modo, estos ministros tendrán mayor castigo por la misma culpa que los demás cristianos, a causa del ministerio que les otorgué cuando los puse para que administrasen el santo sacramento,y porque tuvieron la luz de la ciencia para poder discernir la verdad en beneficio suyo y de los demás, si hubiesen querido, y por esta razón reciben con justicia mayores castigos.

Sin embargo, estos miserables no se dan cuenta de que, si hubieran tenido un mínimo de consideración a su estado, no se verían en tantos males, sino que serían lo que deben ser y no son. Más bien están todos corrompidos, obrando peor que los seglares de su clase, por lo que manchan la faz de su alma con sus pestilencias, corrompen a sus súbditos y chupan la sangre de mi esposa, es decir, de la santa Iglesia. Con sus pecados la hacen palidecer, esto es, que el amor y afecto que deben tener a esta esposa lo han puesto en sí mismos, y no buscan sino arruinarla y conseguir prelaturas y grandes réditos, cuando deberían buscar las almas. Por su mala vida llegan los seglares a la falta de reverencia y obediencia a la

santa Iglesia, si bien ellos no deberían obrar así, ni pueden disculparse con los pecados de sus ministros.

RECAPITULACION Y NUEVA INVITACION AL LLANTO

133 [Resumen de lo anterior.—Dios prohíbe en absoluto que los seglares pongan las manos en los sacerdotes.—Invitación a llorar por esos infelices sacerdotes.]

Te podría hablar de más pecados, pero no quiero atormentar tus oídos. Te he contado esto para satisfacer tus deseos y para que seas más solícita en presentar ante mí, por ellos, dulces y amorosos deseos. Te he hablado de la excelencia en que les he colocado y del tesoro que os he repartido por su mano, o sea, del santo sacramento, todo Dios y todo hombre. Te puse la semejanza del sol para que vieses que por sus defectos no se mengua la eficacia de este sacramento, y, por lo mismo, no quiero que disminuya la reverencia a mis ministros. Te he mostrado la excelencia de los virtuosos, en los que reluce la margarita de la virtud y de la santa justicia. Te he manifestado cuánto me desagrada la ofensa que cometen los perseguidores de la santa Iglesia y la irreverencia que tienen a la sangre, pues considero su persecución como hecha a la sangre y no a ellos, porque tengo prohibido que toquen a «mis cristos» [1].

Te acabo de explicar su vituperable conducta, cuán miserablemente viven, y cuánta pena y confusión tienen en la muerte, y cuán cruelmente son torturados —más que los demás— después de ella. He cumplido lo que te había prometido, es decir, hablarte algo de su vida, y así he satisfecho tu petición.

Te repito ahora que, a pesar de todos sus pecados y aunque tuvieran más, no quiero que seglar alguno se meta con autoridad a castigarlos. Si lo hacen, no quedará sin castigo su culpa, a no ser que la expíen con la contrición de corazón y con la enmienda de sus pecados.

[1] Sal 104,15.

Tanto unos como otros son demonios con carne, y, por la divina justicia, un demonio castiga al otro, y pecan tanto uno como el otro. El seglar no se halla disculpado por el pecado de su prelado, ni el prelado por el pecado del seglar.

Ahora te invito, carísima hija, a ti y a los otros servidores míos, a llorar por estos muertos y a permanecer en el jardín de la santa Iglesia, a alimentaros con el santo deseo y continuadas oraciones, ofreciéndomelas por ellos, pues yo quiero hacer misericordia al mundo. No os apartéis de este alimento a causa de las injurias o prosperidad, es decir, que no quiero que mostréis soberbia, ni impaciencia, ni desordenada alegría, sino que atendáis con humildad a mi honor, a la salvación de las almas y a la reforma de la santa Iglesia. Esto será para mí la señal de que tú y los otros me amáis de veras. Sabes que te he manifestado que quería que tú y los otros fueseis ovejas que se alimentan siempre en el jardín de la santa Iglesia, sufriendo trabajos hasta el momento de la muerte. Si obras así, satisfaré tus deseos.—

ALABANZA A DIOS: LUZ Y FUEGO.—CARIDAD SUPREMA.—CUMPLIDOR DE LOS DESEOS.— PETICION POR EL MUNDO Y POR LA IGLESIA

134 [Esta alma devota, alabando y bendiciendo a Dios, ora por la santa Iglesia.]

Entonces, aquel alma, como ebria, angustiada y ardiendo de amor, herido su corazón por una gran amargura, se volvió a la suma y eterna Bondad, diciendo:

—¡Oh Dios eterno, luz sobre toda luz, de quien procede toda iluminación! ¡Oh fuego sobre todo fuego, que eres el único fuego que arde y no se acaba! Consume todo pecado y amor propio que se halle en mi alma. No la consumas aflictivamente, sino hazla crecer con insaciable amor, pues, cuando la sacias, no se llena, sino que te desea siempre; cuanto más te posee, más te busca, y cuanto más te busca, más te desea, y, al desearte más, más te encuentra y más gusta de ti, sumo y eterno fuego, abismo de caridad.

¡Oh sumo y eterno Bien! ¿Quién te ha movido, Dios infinito, a iluminarme a mí, una criatura tuya, finita, con la luz de tu verdad? Tú, el mismo fuego de amor, eres la causa, porque siempre el amor es el que ha obligado y te obliga a crearnos a imagen y semejanza tuya y a hacernos misericordia, otorgando infinitas e inconmensurables gracias a tus criaturas racionales.

¡Oh Bondad sobre toda bondad! Tú solo eres sumamente bueno, y hasta nos diste al Verbo de tu unigénito Hijo para que tratara con nosotros, que somos hedor y plenitud de tinieblas. ¿Cuál fue la causa de esto? El amor, porque nos amaste antes de que existiéramos. ¡Oh Bondad y eterna Grandeza! Te hiciste bajo y pequeño para hacer grande al hombre. A cualquier parte que me vuelvo, no encuentro otra cosa que el abismo y fuego de tu caridad.

¿Y seré yo la miserable que pueda responder a las gracias y a la ardiente caridad que has manifestado y manifiestas con tan ardiente amor en particular, además de la caridad común y amor que manifiestas a las criaturas? No, sino únicamente tú, dulcísimo y amoroso Padre, serás lo que te puede agradar a ti en lugar mío, es decir, que el afecto de misma caridad te dará gracias, puesto que yo soy la que soy nada. Si dijese que era algo por mí misma, mentiría de pies a cabeza, sería mentirosa e hija del demonio, que es padre de la mentira. Pero como tú eres el que es, mi ser, toda la gracia que me has otorgado la tengo de ti y me la has dado por amor y no porque debieras hacerlo.

¡Oh dulcísimo Padre! Cuando el género humano yacía enfermo [1] a causa del pecado mortal, tú le enviaste el médico [2], el dulce y amoroso Verbo. Ahora, cuando yo yacía enferma de negligencia y mucha ignorancia, tú, suavísimo y dulcísimo Médico, Dios eterno, me has dado una suave medicina, dulce y amarga para que cure y me levante de mi enfermedad. Suave me es, pues con suavidad y caridad te has manifestado a mí. Me es dulce sobre toda dulzura, porque has iluminado los ojos de mi entendimiento con la luz de la santísima fe. Por esa luz,

[1] Crón 6,28
[2] Lc 5,31.

según te plugo manifestarme, conocí la gracia y excelencia que has dado al género humano, repartiendo a todo Dios y todo hombre en el cuerpo místico de la santa Iglesia, y has otorgado también la dignidad a los ministros que has puesto para que nos gobiernen.

Quería que satisficieses la promesa que me hiciste, y me diste más al concederme lo que ni yo misma sabía pedir. Por eso conozco que, en verdad, el corazón humano no sabe pedir ni desear tanto como tú das, y así comprendo que tú eres el que eres, infinito y eterno Bien, y nosotros los que no somos.

Como eres infinito y nosotros limitados, por eso concedes lo que tu criatura racional no sabe ni siquiera desear, ni el modo con que tú sabes, puedes y quieres dar gusto al alma y saciarla de cosas que no te pide, lo mismo que desconoce el modo tan suave y agradable con que has dado tus bienes. Por eso he recibido luz en tu grandeza y caridad por el amor que has manifestado a todo el género humano, y singularmente a tus ungidos, que deben ser ángeles terrestres en esta vida. Has mostrado la virtud y bienaventuranza de estos tus ungidos que han vivido como lámparas ardientes con la margarita de la justicia en la santa Iglesia. De este modo he conocido el pecado de los que viven miserablemente, de donde he concebido grandísimo dolor por la ofensa a ti y el perjuicio para el mundo entero, puesto que hacen daño al mundo como espejos de miseria, cuando deberían serlo de virtud. He tenido un intolerable sufrimiento porque me lo has manifestado a mí, miserable, causa e instrumento de muchos pecados, lamentándote de sus iniquidades.

Tu amor inestimable lo has mostrado dándome la medicina dulce y amarga para que me levante del todo de la enfermedad de la ignorancia y de la negligencia, para que con solicitud y anhelante deseo recurra a ti conociéndome a mí y a tu bondad y para que por las ofensas que te han hecho, especialmente tus ministros, derrame yo ríos de lágrimas por mí y por estos muertos que tan miserablemente viven, atrayéndolos al conocimiento de tu infinita bondad. Por eso no quiero, fuego inefable, dilección de caridad, Padre eterno, que mi deseo se detenga nunca en el anhelo de tu honor y de la

salvación de las almas, ni que mis ojos se contengan, sino que te pido, por gracia, que se conviertan en dos ríos de agua que procede de ti, Mar de paz. Gracias, gracias a ti, Padre, que, satisfaciendo lo que te pregunté, me has invitado a presentar ante ti la ofrenda de dulces, amorosos y torturantes deseos con humilde y continuada oración, dándome materia para el llanto.

Ahora te pido que tengas misericordia del mundo y de tu santa Iglesia. Te ruego que des cumplimiento a lo que me haces pedir. ¡Pobre, miserable, dolorida alma mía, razón de todo mal! No tardes en conceder misericordia al mundo; condesciende y cumple con el deseo de tus servidores. ¡Ay de mí! Tú eres quien la obliga a clamar; por tanto, escucha su voz. Tu Verdad dijo que, si clamásemos, se nos contestaría; si llamáramos, se nos abriría; si pidiésemos, se nos daría [3]. ¡Oh Padre eterno! Tus servidores te piden misericordia; por tanto, respóndeles. Bien sé que el tener misericordia te es connatural, y por ello no puedes negarte a concederla a quien te la pide. Ellos llaman a la puerta de tu Verdad porque en ella, en tu Hijo unigénito, conocen el inefable amor que tienes al hombre; por eso golpean a tu puerta. El fuego de tu caridad, pues, no puede sufrir que no abras a quien llama con perseverancia.

Abre, por tanto. Corre el cerrojo y rompe los endurecidos corazones de tus criaturas. Hazlo por tu infinita bondad y por el amor a tus servidores que llaman en lugar de ellos; no por ellos, que no llaman. Concédelo, Padre eterno, pues ves que se encuentran a la puerta de tu Verdad y piden. ¿Qué piden? La sangre de esta puerta, tu Verdad. Por ella tú les has lavado de la maldad y quitado la mancha del pecado de Adán. La sangre es nuestra, porque de ella hiciste baño para nosotros. No lo puedes negar, no lo quieras negar a quien de veras te lo pide. Da, por tanto, el fruto de la sangre a tus criaturas. Pon en la balanza el precio de la sangre de tu Hijo para que los demonios infernales no se lleven tus ovejuelas. ¡Oh! Sé el Pastor bueno, pues nos diste al verdadero Pastor, tu Hijo unigénito, quien por obediencia a ti dio la vida por sus ovejas [4] y de la sangre hizo un baño. Esta

[3] Mt 7,7.
[4] Jn 10,11.

es la sangre que, a la puerta, te piden tus servidores como hambrientos. Por ella te piden que concedas misericordia al mundo y que vuelva a florecer la santa Iglesia con las fragantes flores de buenos y santos pastores y con su perfume desvanezca la pestilencia de los inicuos y podridos.

Padre eterno: tú dijiste que por el amor que has tenido a tus criaturas racionales harías misericordia al mundo, reformarías la santa Iglesia, y así nos darías alivio mediante la oración y los sufrimientos de los no culpables. No te retrases en volver los ojos de tu misericordia, sino responde con la voz de ella antes de que llamemos.

Abre la puerta de la inestimable caridad que nos diste mediante la puerta del Verbo [5]. Sí; yo sé que abres antes de que llamenos, para que con el afecto del amor que has dado a tus servidores golpeen y te llamen con fuerza, buscando tu honor y la salvación de las almas. Dales, pues, el pan de vida, es decir, el fruto de la sangre de tu Hijo unigénito, el que te piden para gloria y honor de tu nombre y la salvación de las almas. Porque parece que te dan más gloria y alabanza al salvar a las criaturas que en dejarlas, obstinadas, permanecer en la dureza de su corazón. Padre eterno, a ti te es posible todo. Aunque nos creaste sin nosotros, no nos quieres salvar sin nosotros; sin embargo, te ruego que fuerces su voluntad y los dispongas para que quieran lo que ahora no quieren. Esto te pido por tu infinita misericordia. Nos creaste de la nada; por lo tanto, ahora que existimos, haznos misericordia; restaura los vasos que has creado y formado a tu imagen y semejanza y vuelve a formarlos en la gracia por tu misericordia y por la sangre de tu Hijo.——

[5] Jn 10,7.

LA PROVIDENCIA DIVINA

PROVIDENCIA GENERAL

[*En la creación y redención.—En los sacramentos.—En el don de la esperanza.—En la ley.*]

135 [*Aquí comienza el tratado de la providencia de Dios.*—La providencia en general y la creación del hombre a su imagen y semejanza.—Dios provee con la encarnación de su Hijo.—Puerta del paraíso cerrada por el pecado de Adán.—Providencia dándose en comida continuamente en el sacramento del altar.]

Entonces, el sumo y eterno Padre, con inefable dignidad, volvió los ojos de su clemencia hacia ellos, queriendo como mostrar que su providencia no falta nunca en las cosas de los hombres, con tal de que el hombre la quiera aceptar. Lo manifestó quejándose dulcemente del hombre, hablando de este modo:

—¡Oh queridísima hija mía! Como te he dicho en otros lugares, quiero ser misericordioso con el mundo y tener providencia de mi criatura racional en toda necesidad. Pero el hombre, ignorante, convierte en muerte lo que yo le doy para vida, volviéndose cruel consigo mismo. Yo siempre tengo providencia, y te hago saber que lo que he dado al hombre es de una gran providencia. Por ella lo creé. Cuando me miré a mí mismo, me enamoré de mi criatura. Me plugo crearla a imagen y semejanza mía con gran solicitud. Determiné darle memoria para que se acordase de mis beneficios, haciéndola partícipe de mi poder; de mí, el Padre eterno. Le proporcioné inteligencia para que en la sabiduría de mi Hijo unigénito entendiese y conociese la voluntad mía, del eterno Padre que le ha dado gracias con tanto amor. Le di la voluntad para amar, participando del Espíritu Santo, para que pudiese amar lo que la inteligencia había visto y conocido [1].

[1] Cf. c.51.

Esto efectuó mi dulcísima providencia sólo para que fuese capaz de comprenderme, gustarme y gozar de mi bondad en mi eterna visión. Y, como en muchos lugares te he referido [2], para que alcanzase este fin, hallándose cerrado el cielo por la culpa de Adán, que no reconoció su dignidad, y para evitar el camino que lleva a la perdición, socorrí al hombre, dándoos al Verbo de mi Hijo unigénito con gran prudencia y providencia en el socorro de vuestras necesidades.

Adán no tuvo en cuenta con qué solicitud y amor inefable lo había yo creado. Por desconocerlas cayó en la desobediencia, y de ésta en la inmundicia con soberbia y deseo de agradar a la mujer. Por agradar y condescender con su compañera, aunque acaso no creyese lo que le decía, consintió en quebrantar mi obediencia antes que contrariarla, y así, por esta desobediencia, llegaron todos los males. Todos se contagiaron de este veneno. Te hablaré de la desobediencia en otro lugar y de lo peligrosa que es y de cuán recomendable es la obediencia.

Dije que mi Hijo actuó con prudencia porque con el cebo de vuestra humanidad y el anzuelo de mi divinidad aprisioné al demonio, que no pudo conocer que El era mi Verdad. Esta, el Verbo encarnado, vino a consumir y destruir la mentira con que había engañado al hombre.

De este modo usó mi prudencia y providencia. Piensa, queridísima hija, que no la podría tener mayor que dándoos al Verbo de mi Hijo unigénito. A El le impuse la gran obediencia para extirpar el veneno de la desobediencia en que había caído el género humano. Como enamorado y verdadero obediente, corrió a la oprobiosa muerte de la santísima cruz, y con la muerte nos dio la vida; no en virtud de la humanidad, sino de mi divinidad. Esta, por determinación mía, decretó satisfacer por el pecado cometido contra mí, Bien infinito. El pecado requería satisfacción infinita, esto es, que la naturaleza humana, que había ofendido y era finita, fuese unida a algo infinito, para que me diese satisfacción a mí, Infinito, y a la naturaleza humana, a los hombres que habían pasado, a los presentes y a los venideros, de modo que

[2] Cf. c.21-28.

tanto como hubiese ofendido el hombre, otro tanto encontrase satisfacción, si quería volverse a mí durante su vida. Por esa unión de ambas naturalezas habéis recibido satisfacción perfecta. Esto hizo mi providencia, pues con la obra finita —finita en el sufrimiento del Verbo en la cruz— habéis recibido fruto infinito en virtud de la divinidad.

Esta infinita y eterna providencia mía, de Dios, vuestro Padre, Trinidad eterna, determinó que se vistiese de hombre. Este había perdido la vestidura de la inocencia, y, desnudo de toda virtud, perecía de hambre y moría de frío en esta vida de su peregrinación. Se encontraba sometido a toda miseria, con la puerta del cielo cerrada. Había perdido toda esperanza de él. Si hubiera podido alcanzar esta esperanza, habría tenido algún refrigerio en esta vida; pero no la poseía, y por ello se hallaba en gran aflicción. Pero yo, providencia suprema, atendí a esta necesidad, por lo cual, no obligado por vuestra justicia y virtud, sino por mi bondad, os di el vestido por medio de este dulce y amoroso Hijo mío unigénito, que, despojándose de la vida, os vistió de gran inocencia y gracia. Estas las recibió en el bautismo por la eficacia de la sangre, lavando la mancha del pecado original en que habéis sido concebidos, heredado de vuestro padre y de vuestra madre [3].

Por eso decretó satisfacer no con sufrimiento del cuerpo, tal como se acostumbraba en el Antiguo Testamento al ser circuncidados, sino con la dulzura del santo bautismo. De este modo ha recibido el hombre un nuevo vestido. También le ha dado calor el fuego de mi caridad, que se halla oculto bajo las cenizas de vuestra humanidad, a través de las llagas de su cuerpo. ¿Es que no di yo este calor al frío corazón del hombre? Sí, a no ser que éste se halle obstinado y cegado por el amor propio y no comprenda que es amado por mí tan inefablemente.

Mi providencia le ha dado alimento para reconfortarlo mientras es caminante y peregrino en esta vida y ha debilitado a sus enemigos, pues ninguno puede perjudi-

[3] Gál 3,27.

carle, sino él a sí mismo. El camino está edificado sobre la sangre de mi Verdad para que pueda llegar al término, al fin para que le he creado.

¿Qué alimento es éste? Como en otro lugar te dije, es el cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, que da vida; todo Dios y todo hombre, alimento de ángeles. Es comida que sacia y produce deleite a todo el que tiene hambre, pero no al que no la tiene, pues es de tal condición, que quiere ser tomada y amorosamente gustada con la boca del santo deseo. Ves, por tanto, que mi providencia ha determinado apoyar al hombre.

136 [Dios proveyó dando la esperanza a las criaturas. Quien tiene esperanza mayor gusta más perfectamente de su providencia.]

También le he dado el alivio de la esperanza si mira con la luz de la santísima fe el precio de la sangre que se ha pagado por él. Este precio le da esperanza firme y certeza de salvación. En los oprobios de Cristo crucificado es devuelto el honor al hombre, y, puesto que me ofende con todos los miembros de su cuerpo, Cristo bendito, mi dulcísimo Hijo, ha sufrido y sufre en todo su cuerpo grandísimos tormentos, y por su obediencia ha desaparecido vuestra desobediencia. Por esa obediencia habéis heredado todos la gracia, como por la desobediencia heredasteis la culpa [1].

Esto os ha otorgado mi providencia, que desde el principio del mundo al día de hoy ha socorrido y socorrerá hasta el fin en las necesidades y para la salvación del hombre. Lo ha hecho por muchos y variados medios; según yo, perfecto y verdadero Médico, veo que lo necesita para devolverle la salud completa y para restaurarlo.

Mi ayuda nunca faltará a quien la quiera aceptar. Los que confían plenamente en mí experimentarán providencia. Quien confía en mí llama a mi puerta, y llama de veras; no sólo con las palabras, sino con el afecto y la luz de la santísima fe. Sin embargo, los que sólo aporrean y llaman con el sonido de las palabras, diciendo:

[1] Rom 5,9.

«Señor, Señor», te aseguro que, si no acuden a mí con otras virtudes, no serán reconocidos por mi misericordia [2]. Te aseguro, pues, que mi providencia no faltará a los que de veras confían en mí, sino a los que desconfían y tienen confianza en sí mismos.

Sabes que no se puede poner la esperanza en dos cosas contrarias. Esto quiso significar mi Verdad en el santo Evangelio cuando dijo: «Ninguno puede servir a dos señores, porque, si sirve a uno, es con menosprecio del otro» [3]. El servir no se da sin esperanza; por lo que el siervo que sirve, lo hace con esperanza de agradar a su señor o por el premio y utilidad que de ello puede sacar. Al enemigo de su señor no le serviría en absoluto. No podría hacer el servicio sin esperanza alguna y se vería privado de lo que esperaba de su señor. Ahora piensa, carísima hija, lo que ocurre al alma y si es preciso que me sirva y espere en mí, o más bien sirva al mundo y espere en él y en sí misma. Se sirve al mundo sin contar conmigo cuando se sirve y ama a los propios sentidos. De este servicio y amor se espera tener el placer y el provecho sensitivo. Pero como su esperanza se fija en lo finito, vano y transitorio, por ello se rebaja y no alcanza en realidad lo que desea. Mientras espera en sí y en el mundo, no lo hace en mí, porque el mundo, o sea, los deseos mundanos, que yo odio, tan abominables me han sido, que di a mi Hijo unigénito la afrentosa muerte de cruz. El mundo no está conforme conmigo, ni yo con él. El alma que totalmente confía en mí y me sirve con todo su corazón y todo su afecto, de necesidad tiene que perder la confianza en ella misma y en el mundo, porque esto se basa en la propia fragilidad [4].

Esta verdadera y perfecta confianza es más o menos perfecta en conformidad con el amor que el alma me tiene. Por ello, imperfecta o perfecta, experimenta mi providencia. Más perfectamente la sienten y reciben quienes me sirven y desean agradarme sólo a mí que quienes lo hacen con la mira puesta en el premio y el deleite que en mí hallarán.

[2] Mt 7,21-23; Lc 6,46.
[3] Mt 6,24; Lc 16,13.
[4] Mt 6,25-34.

Los primeros son aquellos que te dije que se hallaban en el último grado de su perfección. Hay unos segundos y terceros, de que te hablaré ahora, y son los imperfectos, los que andan con la esperanza del deleite y del premio. De ellos te hablé al tratar de los estados del alma [5].

En modo alguno faltará mi providencia ni a los perfectos ni a los imperfectos, siempre que no presuman ni confíen en sí mismos. Presumir y confiar en sí, por ser cosa del amor propio, ofusca los ojos del entendimiento y quita la luz de la santísima fe, por lo que el que así obra no anda a la luz de la razón, y por eso no conoce mi providencia. No es que él no la experimente, porque no hay ninguno, ni justo ni pecador, al que yo no asista [6], porque todo ha sido creado y hecho por mi bondad, ya que yo soy el que soy, y sin mí nada ha sido hecho, a excepción del pecado, que es la nada. Pero no la comprenden por no conocerla, y al no conocerla no la aman, y, consiguientemente, no reciben el fruto de la gracia. De modo que reciben el bien de mi providencia, pero no lo reconocen. Todo lo ven torcido, cuando todo es derecho; como ciegos, ven luz en las tinieblas, y tinieblas en la luz, y como han puesto su servicio y su esperanza en las tinieblas, caen en lamentaciones e impaciencias.

¿Y cómo son tan insensatos? ¿Cómo pueden creer, querida hija, que yo, suma y eterna Bondad, que lo he dado todo, pueda querer otra cosa que su salvación al permitir en ellos pequeños sufrimientos, cuando tienen pruebas de que quiero su santificación en los sufrimientos mayores? A pesar de su ceguera, con un poco de luz natural, no pueden menos de ver mi voluntad y los beneficios de mi providencia, con la que se encuentran y que no pueden negar, como tampoco la nueva creación que se ha realizado por la sangre al devolver la gracia. Es claro y manifiesto que no pueden negarla. Después desfallecen y temen hasta de su sombra, porque no han servido ni ejercitado la virtud. El hombre, insensato, no ve que en todo tiempo he venido ayudando al mundo y a cada hombre según su estado. Y como nadie hay segu-

[5] Cf. c.58-80.
[6] Mt 5,45.

ro en esta vida y cambia en todo tiempo hasta que alcanza el estado de seguridad, yo le proveo de todo lo que necesita en el tiempo en que vive.

137 [Dios proveyó en el Antiguo Testamento por la ley y los profetas; después, enviando a su Verbo; después, con los apóstoles, mártires y otros santos.—Nada ocurre a las criaturas que no sea por providencia de Dios.]

Manifesté mi providencia de modo general, por medio de ley de Moisés y por muchos otros santos profetas en el Antiguo Testamento [1]. Te hago saber también que, antes de la venida de mi Verbo, mi Hijo unigénito, encontraba el pueblo de los judíos profetas que fortalecían al pueblo con sus profecías, dándole la esperanza de que mi Verdad, Profeta de profetas, les sacaría de la esclavitud, les haría libres y quitaría el cerrojo del cielo, tanto tiempo candado, por medio de su sangre. Pero, después que vino el dulce y amoroso Verbo, ningún profeta apareció entre ellos para de ese modo certificarles de que aquel a quien esperaban lo habían tenido ya; por lo que no era preciso que lo anunciasen los profetas, aunque ellos no lo reconocieran ni lo reconocen a causa de su ceguera.

Después de ellos, mi providencia envió el Verbo, que fue vuestro mediador entre mí, Dios eterno, y vosotros. Le siguieron los apóstoles, mártires, doctores y confesores, como te he dicho en otro lugar. Todo esto lo hizo mi providencia, y te repito que del mismo modo proveerá hasta el fin. Esto es común, dado a toda criatura racional que quiera recibir el fruto de la providencia.

En particular, todo lo doy a través de mi providencia: la vida y la muerte, de cualquier manera que las dé: por el hambre, la sed, la pérdida de posición social en el mundo, la desnudez, el frío, el calor, las injurias, los escarnios y las villanías. Todas estas cosas permito que las hagan los hombres. No que yo sea autor del mal, de la mala voluntad de lo que hacen mal y de las injurias, sino que el tiempo y el ser lo han recibido de mí. Les di el ser no para que me ofendiesen a mí ni a su prójimo,

[1] Lc 16,19-31.

sino para que a él y a mí me sirviesen con dilección de caridad. Permito esos actos para probar la virtud de la paciencia en el alma de quien los sufre o para que se conozcan a sí mismos.

Alguna vez permitiré que todo el mundo esté en contra del justo y que muera, causando la admiración de todos. Les parecerá injusto ver perecer a un justo, ya en el agua, ya en el fuego, devorado por los animales, o perder la vida porque se le cae la casa encima. ¡Cómo parecen fuera de razón estas cosas a los que no ven el interior a la luz de la santísima fe! Pero no al que tiene fe, porque ha encontrado y experimentado mi providencia en tales acontecimientos por medio del amor, y entiende y mantiene que todo lo que hago lo llevo a cabo con providencia, buscando únicamente la salvación del hombre. Por eso lo acepta todo con reverencia, no recibe mal mis obras ni las de su prójimo, sino que todo lo sufre con verdadera paciencia. A ninguna criatura se le priva de mi providencia, sino que todo se halla sazonado con ella.

Parecerá alguna vez al hombre que el granizo, la tempestad, el rayo que yo envío sobre una criatura, es una crueldad, juzgando que no he mirado por su salud; y lo he hecho para librarle de la muerte eterna, aunque piense lo contrario. Los hombres del mundo quieren condenar mi proceder y entenderle con su bajo entendimiento.

PROVIDENCIA PARTICULAR

[*Ciega incomprensión de los mundanos.—La Providencia en cierto caso ocurrido.—Fidelidad a Dios en la finalidad de la creación e ignorancia del hombre.—Función de las tribulaciones.—La Providencia es para todos los vivientes: en el alma y en el cuerpo - con los pecadores - con los imperfectos - con los perfectos - en el apostolado - la perfección es instrumento del apostolado - en función de la caridad los voluntariamente pobres - el amor a las riquezas causa de todo mal.*]

138 [Lo que Dios permite es sólo para nuestro bien y salvación.—Ciegos y equivocados los que piensan lo contrario.]

Quiero que entiendas, hija queridísima, con qué paciencia tengo que aguantar a mis criaturas, las que yo creé a mi imagen y semejanza con tanta dulzura de amor.

Abre los ojos del entendimiento y mira dentro de mí. Y, poniéndote en aquel caso concreto ocurrido, si te acuerdas bien, cuando me pediste que interviniera para que, sin peligro de muerte, aquel hombre recuperase su posición social y yo lo hice. Y como en este caso particular, así ocurre con todo [1].——

Entonces, aquel alma, abriendo los ojos del entendimiento, con la luz de la santísima fe puesta en su divina Majestad, con anhelante deseo, pues por las palabras dichas conoció mejor la verdad sobre la dulce providencia, para obedecer a su mandato, miró en el espejo de su inmensa caridad, y comprendió que El era suma y eterna Bondad y que nos había creado y vuelto a comprar con la sangre de su Hijo sólo por amor. Con el mismo amor daba el alma lo que recibía de Dios y El le permitía. Las tribulaciones, los consuelos y todo lo demás era dado por amor y para ayudar a la salvación del hombre y no con otro fin. La sangre derramada, que veía tan ardiente en amor, manifiesta que así era de verdad.

Entonces dijo el sumo y eterno Padre:

——Estos se hallan como cegados por el amor que se tienen a sí mismos, quejándose con gran impaciencia. Te hablo en particular y en general volviendo sobre lo que explicaba. Interpretan como mal y daño, ruina y odio, lo que yo hago por amor y para su bien, para librarlos de las penas eternas, para su ganancia y para darles la vida eterna. ¿Por qué, pues, se quejan de mí? Porque no confían en mí, sino en sí mismos; y ya te he dicho que por eso llegan a la oscuridad y no comprenden. Por eso aborrecen a quienes deben reverenciar, y como soberbios, quieren juzgar mis ocultas determinaciones, que siempre son rectas. Pero ellos hacen como el ciego, que, palpando con la mano, unas veces con el sabor de su paladar y otras por el tono de voz, querrán determinar lo bueno y lo malo según su bajo, enfermo y exiguo saber. No querrán atenerse a lo que quiero yo,

[1] Alusión autobiográfica.

que soy verdadera Luz y el que los alimenta corporal y espiritualmente. Sin mí nada pueden poseer.

Si alguna vez soy servido por la criatura, soy yo quien da ese deseo y aptitud, lo mismo que el poder y el saber para llevarlo a la práctica. Pero ella, como loca, quiere ir de la mano de los sentidos, engañada por el tacto, porque no tiene luz para distinguir el color. De este modo, el gusto se equivoca, porque no ve al animal inmundo que alguna vez se coloca sobre la comida. El oído es engañado por el placer del sonido, porque no ve al que canta, y con aquella melodía podría recibir la muerte a causa de ese placer, si no se defiende contra ella.

Así obran los que, como ciegos, perdida la luz de la razón, palpando con la mano del apetito sensitivo los deleites del mundo, creen que éstos son buenos. Como no ven, no advierten que es un paño tejido de muchas púas, con mucha miseria y grandes afanes, tanto que el corazón que pase esto sin cuidarse de mí, se hace insoportable a sí mismo.

Eso ocurre a la boca del deseo que ama desordenadamente. Le parecen dulces y suaves de tomar, pero encima se halla el animal inmundo de los muchos pecados mortales, que hacen inmunda al alma, la alejan de mi semejanza y la apartan de la vida de la gracia. De modo que, si no van con la luz de la santísima fe a purificarla en la sangre, tendrán la muerte eterna por esa razón. ¿Por qué les parece así? Porque el alma va corriendo al amor de los propios sentidos, y, como no ve, es engañada por el sonido, y, como fue siguiéndolo con desordenado deseo, se encuentra conducida a la fosa, atada con los lazos del pecado, llevada a las manos de sus enemigos, pues como ciega y con la confianza puesta en sí y en su ciencia, no se acerca a mí, que soy su guía y su camino.

Ese camino fue trazado por el Verbo de mi Hijo, que dijo que era el Camino, la Verdad y la Vida. También es Luz, y por eso quien va por El no puede ser engañado ni caminar en tinieblas [2]. Ninguno puede venir a mí si no es por mí, porque es uno conmigo [3], y te dije que de El había hecho puente para que pudierais llegar a

[2] Jn 8,12 y 14,16. [3] Jn 10,30.

vuestro fin. A pesar de todo esto no se fían de mí, que no deseo otra cosa que su santificación [4], y todo lo doy con gran amor con esta finalidad. Ellos se quejan siempre de mí, y los tolero y sufro con paciencia, porque los he amado sin ser amado por ellos [5], y ellos me persiguen continuamente con muchas impaciencias, odio, murmuraciones e infidelidades, queriéndose poner a escudriñar, en conformidad con su ciega manera de ver, mis ocultas determinaciones, justas todas y tomadas por amor. Ni siquiera se conocen a sí mismos, y por eso entienden equivocadamente, porque, en verdad, ni se conocen a sí mismos ni pueden conocerme a mí ni a mi justicia.

139 [Dios proveyó muy particularmente a la salvación del alma en un caso que ocurrió.]

¿Quieres, hija, que te muestre lo equivocado que se halla el mundo a propósito de mis designios? Abre los ojos del entendimiento y mira dentro de mí, y verás el caso particular que te prometí contar. Y, como de éste, te podría hablar de otros.—

Entonces, el alma, por obedecer a su eterno Padre, miró dentro de Dios con anhelante deseo. Dios le enseñó la sentencia de condenación de aquel a quien había sucedido el caso [1], diciendo:

—Quiero que sepas que, para librarlo de la condenación en que ves que se hallaba incurso, permití este hecho, para que con la sangre consiguiera la vida mediante la sangre de mi Verdad, mi Hijo unigénito. Yo no había olvidado la reverencia y amor a la dulcísima madre de mi Hijo, María, a quien él se había entregado por reverencia al Verbo de mi Bondad; es decir, que cualquier justo o pecador que le tenga la debida reverencia, no será arrebatado ni devorado por el demonio infernal. María es como el cebo puesto por mi bondad para rescatar a las criaturas racionales. De modo que por misericordia he hecho aquello, es decir, he permiti-

[4] 1 Tes 4,3. [5] 1 Jn 4,10.

[1] Caso distinto de aquel a que se alude en el c.138. Podría tratarse de la conversión de Nicolás di Tuldo.

do lo que la mala interpretación de los hombres tiene por crueldad. Tal interpretación procede del amor a sí mismos; él les ha privado de la luz, y por eso no conocen mi verdad. Pero, si quisiesen quitar la venda de sus ojos, la conocerían, amarían y todo lo acatarían con gran reverencia, y en el tiempo de la cosecha recibirían el fruto de sus trabajos.

No dudes, hija mía, que en lo que pidas cumpliré tus deseos y los de mis servidores. Yo soy vuestro Dios, remunerador de todo sacrificio y cumplidor de los santos deseos siempre que vea que de veras llaman a la puerta de mi misericordia con luz, para que no se equivoquen ni les falte la esperanza de mi providencia.

140 [Dios se lamenta de los diversos modos de infidelidad de las criaturas.—Una alegoría del Antiguo Testamento explica una enseñanza muy útil.]

Te he hablado de este caso particular; ahora vuelvo a la providencia en general. Nunca has podido comprender cuán grande es la ignorancia del hombre. Actúa sin razones y sin conocimiento por haberse privado de él, confiando en sí y en su propia sabiduría. ¡Oh hombre necio! ¿No ves que tu sabiduría no viene de ti, sino que te la ha dado mi bondad, que provee a tus necesidades?

¿Quién te lo demuestra? Se prueba por ti mismo, pues en una ocasión quieres hacer algo que ni puedes ni sabrás hacer; en otra, sabrás hacerla y no podrás, y en otra, podrás y no sabrás; una vez no tienes tiempo y otra te faltarán ganas. Todo esto te lo doy para ayudar a tu salvación, porque no reconoces «tu no ser» y para que tengas motivo de humillación y de no ensoberbecerte. En todas las cosas encuentras mutación y carencias que no dependen de la libertad. Sólo mi gracia es estable, y no te puede ser quitada ni cambiada; pero, si abandonas la gracia volviendo al pecado, tú mismo la cambias.

Por tanto, ¿cómo puedes rebelarte contra mi bondad? No lo puedes si quieres seguir la razón, no puedes esperar en ti ni confiar en tu ciencia. Todo se cambia, excepto la gracia. ¿Por qué no confías en mí, que soy tu Creador? ¿Por que confías en ti? ¿Es que no te soy fiel y leal?

Cierto que sí, y no se te oculta, pues tienes pruebas de ello.

¡Oh dulcísima y queridísima hija! El hombre no me fue fiel ni leal, quebrantando la obediencia que le había impuesto. Por ello cayó en la muerte. Yo le fui fiel, guardándole aquello para que le había creado, queriendo darle el sumo y eterno Bien [1]. Para realizar esta verdad mía uní la divinidad —lo más alto— con su humanidad —lo más bajo—, siendo redimido y restituido a la gracia por medio de la sangre de mi Hijo unigénito. Esta ha sido la prueba. Me parece, sin embargo, que no creen que tengo poder para socorrerle, ni fortaleza para ayudarle y defenderle de sus enemigos, ni sabiduría para iluminar los ojos de su entendimiento, ni clemencia para querer darle lo necesario para su salvación, ni riqueza para enriquecerlo, ni hermosura para darle belleza, que no tengo alimento para darle, ni vestido para que se cubra. Su conducta me demuestra que no lo cree, pues, si lo creyera, lo demostraría con tantas y buenas obras.

Los hombres, sin embargo, tienen pruebas continuas de que soy fuerte, pues los conservo en el ser y los defiendo de sus enemigos. Comprenden que nadie puede luchar con mi poder y fortaleza, y, sin embargo, no lo entienden, porque no quieren.

Con mi sabiduría he ordenado y gobierno el mundo entero con tal orden, que nada falta; nadie puede añadirle más. Lo he provisto todo en el alma y en el cuerpo; no obligado por vuestra voluntad, porque no existíais, sino únicamente por mi clemencia, obligado por mí mismo cuando hice el cielo y la tierra, el mar y el firmamento; es decir, el cielo, para que diera vueltas por encima de vosotros; el aire, para que respiraseis; el fuego y el agua, para que el uno templara al otro; el sol, para que no estuvieseis en oscuridad: todo compuesto y ordenado para acudir a las necesidades del hombre. Todo lo he hecho con grandísimo orden y providencia: el cielo, adornado con las aves; la tierra, que da fruto y muchos animales para la vida del hombre; el mar, provisto de peces.

[1] 2 Crón 4,27-35.

Después de haber hecho todas las cosas bien y perfectamente y creado los seres racionales a imagen y semejanza mía, puse al hombre en un jardín, que, a causa del pecado de Adán, produjo espinas donde al principio había flores fragantes, puras, de inocencia y de grandísima suavidad. Todo obedecía al hombre, pero la culpa y la desobediencia trajeron la rebelión a ellas y a las criaturas. El mundo y el hombre se volvieron salvajes. El hombre es otro mundo. Pero yo dispuse, enviando al mundo mi Verdad, el Verbo encarnado, que, desapareciendo la maleza, se arrancasen las espinas del pecado original, y le convertí en jardín regado con la sangre de Cristo crucificado, poniendo en él las plantas de los siete dones del Espíritu Santo, desarraigando el pecado mortal. Esto ocurrió después de la muerte de mi Hijo, que no antes [2].

Así quedó prefigurado en el Antiguo Testamento cuando se pidió a Eliseo que resucitara al joven que estaba muerto. Pero él no fue, sino que mandó a Giezi con su cayado, ordenándole que lo pusiese sobre las espaldas del muchacho. Habiendo ido y cumplido lo que Eliseo le había mandado, el muerto no resucitó. Cuando vio Eliseo que no había resucitado, fue él en persona, extendió sus miembros sobre los del muchacho y le insufló siete veces en la boca. El muchacho respiró siete veces en señal de que había resucitado.

Esto fue figurado por Moisés, a quien mandé poner el báculo de la ley sobre el cadáver del género humano, pero con ella no pudo obtener la vida. Envié entonces, prefigurado en Eliseo, al Verbo de mi unigénito Hijo, que extendió sus miembros sobre el hijo muerto por la unión de la naturaleza divina unida a vuestra naturaleza humana. Se unió con todos los miembros de la naturaleza divina, o sea, con mi poder, con la sabiduría de mi Hijo y con la clemencia del Espíritu Santo, todo yo, Dios, abismo de la Trinidad, tomando la forma de vuestra naturaleza humana y uniéndose a ella.

Después de esta unión que hizo el dulce y amoroso Verbo, corriendo como enamorado a la afrentosa muerte de cruz, se extendió sobre ella. Después de esta unión

[2] Jn 1,17.

dio los siete dones del Espíritu Santo a aquel hijo muerto, dando aliento a la boca del deseo de su alma, arrancándole la muerte en el santo bautismo. Respiró dando señales de vida, arrojando así los siete pecados mortales. Así ha sido convertido en jardín adornado con dulces y suaves frutos.

Es cierto que el hortelano de este jardín, o sea, el libre albedrío, puede dejarle que se vuelva salvaje o cultivarle, según le plazca. Si siembra el veneno del amor a sí mismo, de donde nacen los siete pecados principales y los demás que de él se derivan, entonces arroja los siete dones del Espíritu Santo y se priva de la virtud. En él no habrá ya fortaleza, por hallarse debilitado; ni templanza ni prudencia, por haber perdido la luz que usaba la razón; no tendrá ni fe, ni esperanza, ni justicia, porque se ha hecho injusto; se fiará de las criaturas y no de mí, su Creador; carecerá de caridad y piedad, por haberla echado de sí con el amor a la propia fragilidad; se habrá hecho cruel consigo mismo, y por eso no podrá ser caritativo con el prójimo; se hallará privado de todo lo bueno y habrá caído en el mal supremo.

¿Cómo reanimará su vida? Por el mismo Eliseo, o sea, en el Verbo encarnado, mi Hijo unigénito. ¿De qué modo? Este hortelano debe arrancar los cardos con energía —si no la tuviere, no lo podrá conseguir— y debe correr con amor a conformarse con la doctrina de mi Verdad, regándola con la sangre. Esta se la derrama el ministro sobre la cabeza en la confesión acompañada de la contrición de corazón, penitencia y propósito de no pecar más.

Así puede cultivar el jardín del alma mientras vive, pues terminada esta vida, no hay remedio alguno, como en otros lugares te he dicho.

141 [Providencia divina a través de las tribulaciones.—Desgracia de los que confían en sí y no en la providencia.—Excelencia de los que confían en ella.]

Ves, pues, que con mi providencia he reconciliado el segundo mundo del hombre. Al primero no se le impidió que produjese cardos de muchas tribulaciones y que el hombre encontrase oposición en todo. Esto no se ha

hecho sin previsión y sin pensar en vuestro bien, sino con mucha providencia y mucho provecho para apartar del hombre la esperanza en el mundo y hacerlo correr y dirigirse a mí, que soy su fin; de modo que, al menos por la importunidad de las dificultades, eleve su corazón y su afecto. Es tan ignorante por no conocer la verdad y tan frágil por distraerse en el mundo, que, a pesar de todos estos trabajos y espinas, no parece que quiera levantarse ni se preocupe de volver a su patria. Imagina, hija, lo que haría si encontrase perfecto el mundo y en él hallase reposo sin pena alguna.

Providentemente, permito que el mundo sea origen de tribulaciones por esa razón y para poner a prueba su virtud y premiar a los hombres por los sufrimientos, trabajos y violencias que se procuran a sí mismos. De modo que mi providencia lo ha ordenado todo con sabiduría. Como te he dicho, le he dado infinitas riquezas: porque soy rico, podía y puedo darlas, ya que todo está hecho por mí, y sin mí nada puede existir. Por lo que, si quiere belleza, yo soy la belleza; si quiere bondad, soy la bondad, por ser infinitamente bueno. Yo soy Dios, sabio, piadoso, justo y misericordioso; generoso y no avaro, el que da a quien pide, abre a quien de veras llama a la puerta y responde a quien clama a mí. No soy ingrato, sino agradecido y dispuesto a premiar a quien por mí lleve trabajos, es decir, por la gloria y alabanza de mi nombre. Soy alegre, y mantengo en alegría al alma que se viste de mi voluntad. Soy la providencia suprema, que nunca faltó, ni en el alma ni en el cuerpo, a los servidores que confían en mí [1].

¿Cómo puede sospechar el hombre que me ve alimentar al gusano en el interior de un madero seco, apacentar a los animales, dar de comer a los peces del mar, a todos los animales de la tierra y a los pájaros del aire; que envío el sol sobre las plantas y el rocío que empapa la tierra, cómo creer que no le doy el alimento a él, que es mi criatura, la formada a mi imagen y semejanza? Además de que todo esto lo ha creado mi bondad para su servicio. A cualquier parte que mire, espiritual o temporalmente, no encuentra otra cosa que el fuego y la

[1] Rom 10,12.

grandeza de mi caridad con la mayor y más perfecta providencia. Pero no la ve, porque se ha alejado de la luz, y no se entretiene en pensar en ello. Por eso lo interpreta mal, regatea la caridad con el prójimo y con avaricia piensa en el mañana, lo cual le fue prohibido por mi Verdad, diciendo: «No queráis pensar en el día de mañana; basta a cada día su preocupación» [2]. Como si dijera: «No penséis en aquello en que no estáis seguros que vais a tener; basta con el día presente. Os enseñé a que pidierais primero el reino de los cielos, es decir, la vida santa y buena, pues las cosas de poca importancia ya sé yo, vuestro Padre del cielo, que se necesitan, y por eso las he creado y mandado a la tierra que dé sus frutos» [3].

El miserable que por su desconfianza ha reducido su corazón y sus manos en la caridad con el prójimo, no ha leído esta enseñanza que le ha dado el Verbo de mi Verdad, puesto que no sigue sus huellas. Se hace insoportable a sí mismo. De aquí procede todo mal y el no fiarse de sí ni esperar en mí. Se hacen jueces de la voluntad de los hombres. No ven que yo soy quien les ha de juzgar; yo y no ellos. No entienden ni interpretan mi voluntad bien, a no ser que haya prosperidad, deleite o placer mundano. Si estas cosas van en baja, porque su afecto y esperanza están puestos completamente en ellas, no les parece percibir ni recibir mi providencia ni nada bueno. Creen entonces hallarse privados de todo bien. Como se han cegado con la propia inclinación, no reconocen la riqueza que llevan dentro, ni el fruto de la verdadera paciencia, antes bien les causa la muerte, y gustan en esta vida las primicias del infierno.

A pesar de todo esto, no dejo de socorrerlos, y ordeno a la tierra que dé cada día frutos tanto al pecador como al justo, y al sol y a la lluvia para sus campos, y muchas veces tendrá más el pecador que el justo [4].

Esto lo hace mi bondad para dar más plenamente riquezas espirituales al alma del justo, que por amor a mí se ha despojado de las cosas temporales, renunciando al

[2] Mt 6,34.
[3] Mt 6,31-33.
[4] Mt 5,45.

mundo, a sus delicias y a su voluntad propia. Estos son los que enriquecen su alma, se gozan en la grandeza de mi caridad y se despreocupan del cuidado de sí mismos, y no sólo de las riquezas del mundo, sino de las propias personas. Entonces yo me constituyo en su guía en lo espiritual, y en lo temporal empleo mi providencia particular, además de la general. Mi clemencia, el Espíritu Santo, se convierte en un criado que les sirve. Esto lo sabes, si te acuerdas, por haberlo leído en los Santos Padres [5], pues habiendo enfermado un santo solitario que todo lo había dejado por la gloria y alabanza de mi nombre, mi clemencia determinó enviar un ángel para que gobernase su casa y socorriese su necesidad. El cuerpo estaba cuidado en lo necesario y su alma gozaba de admirable alegría y dulzura por el trato con el ángel.

El Espíritu Santo es madre que los alimenta al pecho de mi divina caridad. Los ha hecho libres, como señores, arrancándolos de la esclavitud del amor propio, porque donde está el fuego de mi caridad no puede permanecer el fuego de ese amor que apaga el dulce fuego del alma. Este servidor, el Espíritu Santo, que les he dado por disposición mía, viste, alimenta y embriaga al alma de dulzura y le da grandes riquezas. Todo lo que abandonó lo vuelve a encontrar: se despojó totalmente de mí, y se encuentra vestido de mí; en todo se hizo siervo por humildad, y es convertido en señor que domina al mundo y a sus propios sentidos; cerró los ojos para no ver, y permanece en una luz clarísima; no confiando en sí, es coronado de fe viva y plena esperanza. Gusta la vida eterna, sin pena alguna o amargura afflictiva; interpreta bien las cosas, porque quien juzga es mi voluntad; y ve con la luz de la fe que no quiero otra cosa que su santificación. Por eso lo lleva todo con paciencia.

¡Cuán bienaventurada es el alma que, siendo aún mortal en el cuerpo, gusta el bien inmortal! Todo lo recibe con reverencia: le pesa tanto la mano izquierda como la derecha, tanto las tribulaciones como el consuelo, tanto la aflicción como el comer y beber, tanto el honor como el vituperio, tanto la aflicción como el consue-

[5] Alusión autobiográfica.

lo. En todo se encuentra sólido, firme y estable, porque se halla fundado sobre piedra. Con la luz de la fe y con firme esperanza ha conocido que todo lo doy con la misma intención de vuestra salvación y que todo lo proveo. Por esta razón doy fortaleza en los grandes trabajos y no impongo más peso que el que se puede llevar, con tal de que se disponga a soportarlo por mi amor. Por la sangre os he manifestado que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva [6].

El alma despojada de sí misma ha comprendido esto, y por esta razón se alegra en lo que ve y siente en sí o en otros. No le vienen dudas porque le falten la cosas de poca importancia, pues por la luz de la fe obtiene la seguridad de lo importante, de que te hablé al principio de este tratado. ¡Cuán gloriosa es esta fe de la santísima fe, con la que conoció y conoce a mi Verdad! Esta luz es del Espíritu Santo, su servidor, que yo le he dado. El es una luz sobrenatural que adquiere el alma por medio de mi bondad, utilizando la luz natural que le he dado.

142 [Dios proveyó a las almas con los sacramentos.—A sus servidores hambrientos socorre con el cuerpo de Cristo.—Más de una vez socorrió a un alma hambrienta de este sacramento.]

¿Sabes, carísima hija, cómo proveo a los servidores que confían en mí? De dos maneras: la providencia que uso con mis criaturas racionales es sobre el alma y sobre el cuerpo. Lo que con ella hago es el servicio de su alma, para que aumente la luz de su fe, espere en mí y pierda la confianza en sí, y para que entienda y conozca que yo soy el que soy, que puedo, quiero y sé atender a sus necesidades y salvación.

Ves que he dado al alma los sacramentos de la santa Iglesia para su salvación, porque soy su alimento: no es pan, que es alimento grosero y corporal destinado al cuerpo, sino que, como ella es incorpórea, se nutre de mi palabra. Por esto dijo mi Verdad en el santo Evangelio que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda pala-

[6] Ez 31,11.

bra que procede de mí [1], es decir, de seguir con intención de espíritu la doctrina de mi Palabra hecha carne, que, en virtud de su sangre y de los santos sacramentos, os proporciona la vida eterna.

De modo que al alma le son dados los sacramentos espirituales. Demos por supuesto que esto se lleva a cabo por medio del cuerpo. El acto, de por sí, no daría al alma la vida de la gracia si ella no los recibiese con la preparación espiritual y santo y verdadero deseo que haya en ella y no en el cuerpo. Por eso te dije que eran espirituales y que se daban al alma por ser incorpórea, aunque esto se haga por medio del cuerpo. Al deseo del alma se le concede el poder recibirlos.

Alguna vez, para acrecentarle el hambre y santo deseo, haré que lo quiera y no lo pueda conseguir. Al no poderlos tener, crece el hambre, y por ella el conocimiento de sí, juzgándose indigna de ello por humildad. Entonces yo la hago digna, y muchas veces le proporciono el sacramento de diversos modos.

Sabes que así sucede, si te acuerdas haberlo oído y haberlo experimentado en ti misma [2]. Porque mi clemencia, del Espíritu Santo, que se ha dispuesto a servir —fruto de mi bondad—, inspirará a algún ministro que le dé este alimento obligado por el fuego de la caridad del Espíritu Santo, que pone en el sacerdote el remordimiento de conciencia. Haré que algunas veces se demore hasta el último momento, y cuando ha perdido toda la esperanza, obtiene lo que desea.

¿No podía concedérselo yo al principio y no al fin? Ciertamente; pero lo hago para que crezca en la luz de la fe, a fin de que nunca le falte la confianza en la divina bondad, para hacerla cauta y prudente y para que imprudentemente no vuelva la mirada atrás, aminorando el hambre del santo deseo. Por eso lo retraso.

¿Te acuerdas de aquel alma que, llegando a la iglesia con grandes deseos de comulgar y acercándose al ministro que estaba en el altar, pidiendo ella el cuerpo de Cristo, todo Dios y todo hombre, él respondió que no

[1] Mt 4,4; Lc 4,4.

[2] Los hechos que relata a continuación son autobiográficos. Los recoge también su confesor y biógrafo Beato Raimundo de Capua (*Vida* p.2. c.12).

quería? Creció en ella el llanto y el deseo, y en el ministro, cuando llegó el ofertorio del cáliz, el remordimiento de conciencia, obligado por el servidor, el Espiritu Santo, que tenía cuidado de aquel alma Y, como procuraba y trabajaba dentro de aquel corazón, el ministro lo manifestó por fuerza, diciendo al monaguillo: «Preguntadle si quiere comulgar, que le daré la comunión de buen grado». Y si ella tenía una brizna de confianza y amor, se acrecentaron en grandísima abundancia con tanto anhelo, que parecía que la vida quería abandonar el cuerpo. Por eso lo había permitido yo: para hacerla crecer en fidelidad y esperanza y que se le quedase seco todo amor propio.

En esa ocasión me valí de mi criatura. Otra vez proveerá sólo el Espíritu Santo, el servidor, sin ese instrumento, tal como ha ocurrido muchas veces a muchas personas y con frecuencia ocurre a mis servidores. Entre ellas te mencionaré los dos admirables modos que conoces, a fin de ensanchar tu fe y el elogio de mi providencia.

Acuérdate haber oído tú misma de aquella alma que, estando en la iglesia el día de la conversión del glorioso San Pablo, mi pregonero, se hallaba con tanto deseo de recibir este sacramento, pan de vida, manjar de ángeles dado a los hombres, que lo intentó de casi todos los ministros que llegaron a celebrar, y que, por dispensación mía, le fue negado de todos, porque quise que conociera que, faltándole los hombres, no le faltaba yo, su Creador. Y por ello en la última misa obré del modo que te diré, y usé una dulce estratagema para hacer que se embriagara de mi providencia.

La estratagema fue ésta: que, habiendo ella dicho al monaguillo que quería comulgar, él no se lo quiso decir al ministro. Viendo ella que no le respondía que no, esperaba con gran deseo poder comulgar. Dicha la misa, y encontrándose con el no, creció tanto su hambre y deseo, que, juzgándose indigna, con verdadera humildad, se reprendió de la presunción de parecerle haber creído que recibiría tan gran misterio. Yo, que ensalzo a los humildes, acepté el deseo y el afecto de aquel alma, dándole conocimiento de mí en el abismo de la Trinidad, Dios eterno, iluminando los ojos de su entendi-

miento por mi poder, el del Padre, en la sabiduría de mi Hijo unigénito y en la clemencia del Espíritu Santo, que los tres somos uno. Tan perfectamente se unió aquel alma, que el cuerpo quedó suspenso sobre la tierra, pues, como te conté, en el estado unitivo del alma era más perfecta la unión que ella había hecho conmigo por medio del amor que no la unión que tenía con el cuerpo. En este gran abismo recibió de mí la santa comunión para satisfacer su deseo. Y, en señal de que en verdad se había cumplido aquel deseo, le concedí que sintiera además, de modo admirable, el gusto, sabor y olor de la sangre y cuerpo de Cristo crucificado, mi Verdad. Con lo que ella se reafirmó en la luz de mi providencia habiéndola experimentado tan dulcemente. Todo esto le fue a ella visible, pero invisible a los ojos de la criatura.

El segundo, sin embargo, fue visto por el sacerdote a que se refiere el caso [3]. Estando aquel alma con gran deseo de oír misa y recibir la comunión, no había podido llegar a la hora precisa por indisposición corporal. Fue, con todo, a la última, y llegó en el momento en que el ministro consagraba. Estaba él en un extremo de la iglesia, y ella en otro porque la obediencia no le permitía que ella estuviera cerca del altar [4]. Comenzó ella a llorar mucho, diciendo: «¡Oh desgraciada alma mía! ¿No ves cuánta gracia has recibido por estar en el templo santo de Dios y haber visto al ministro, siendo digna de vivir en el infierno por tus pecados?» Con todo, no se aquietaba el deseo, sino que cuanto más se hundía en el valle de la humildad, tanto más era elevada, dándole a conocer mi bondad con fe y esperanza, confiando que el servidor, el Espíritu Santo, saciase su hambre. Entonces le concedí lo que ella no era capaz de desear de aquel modo.

Fue éste el siguiente. Llegando el sacerdote a partir la hostia para comulgar él, al partirla se desprendió de ella una partícula. Por disposición mía, [-el trocito de hostia que había desaparecido-] salió del altar y fue al otro ex-

[3] Fue el Beato Raimundo de Capua.

[4] Su primer confesor, Fr. Tomás della Fonte, le había mandado colocarse en un extremo de la iglesia para no llamar la atención de los fieles con sus lágrimas, suspiros y arrobamientos.

tremo de la iglesia donde ella estaba. Percibiendo haber comulgado, pensó que su grande y ansioso deseo lo había satisfecho yo de modo invisible, como le había ocurrido muchas veces. No le pareció así al ministro, quien, al no encontrar el trocito de hostia, sufría una pena intolerable, hasta que el servidor de mi clemencia, el Espíritu Santo, manifestó a su espíritu lo que había sucedido, dudando siempre, a pesar de que no habló con ella sobre ello [5].

¿Es que no podía yo haberle quitado el impedimento corporal y hacer que llegara a tiempo, en cuyo caso hubiera podido recibir el sacramento de mano de un ministro? Sí, pero quería darle pruebas de que, por medio de la criatura y sin ella, en cualquier situación y tiempo, del modo que lo desee y del que ni se le ocurra desearlo, yo puedo, sé y quiero satisfacerlo por caminos maravillosos.

Bástete, hija queridísima, haberte hablado de la providencia que uso con las almas hambrientas de este dulce sacramento. Y lo mismo empleo esta providencia con los demás sacramentos, según la necesidad.

Ahora te diré algo sobre cómo la ejercito en el interior del alma. Lo hago sin valerme del cuerpo, es decir, sin instrumentos exteriores. Aunque, al hablarte de los estados del alma, te hablé de ello, sin embargo, te hablaré de nuevo.

143 [Providencia de Dios con los que están en pecado mortal.]

El alma se halla en estado de pecado mortal o en estado de gracia perfecta o imperfectamente. En cada uno de esos estados tiendo y doy mi ayuda con gran sabiduría, aunque de distintos modos, según veo que la necesita.

A los hombres del mundo que yacen en la muerte del pecado les despertaré con el remordimiento de la conciencia o con trabajos que sentirá en el interior de su corazón de nuevas y diversas maneras. Estas son tantas

[5] Cuenta también el hecho el Beato Raimundo de Capua (*Vida* p.2 c.12).

que tu lengua no sería capaz de narrarlas. Muchas veces se apartan de la culpa de pecado mortal por razón de la duración de las penas y del remordimiento de conciencia que hay dentro del alma. Alguna vez, porque yo siempre saco alguna rosa de entre vuestras espinas, concibiendo el corazón del hombre amor al pecado mortal o a la criatura por prescindir de mi voluntad, le privaré del lugar y del tiempo, de manera que no podrá hacer su voluntad. Mientras tanto, por el cansancio de la aflicción de corazón, adquirido por deficiencia suya, no puede satisfacer sus desordenados deseos, y vuelve en sí con compunción de corazón y remordimiento de conciencia y echa por tierra sus delirios. Se les puede correctamente llamar «delirios», porque cree que ponen su afecto en algo, y cuando va a comprobarlos se encuentra con la nada. Algo, sin embargo, había y hay en las criaturas que él amaba con mísero amor; pero lo que de ellas sacaba era el vacío, pues el pecado es la nada. De este vacío, que es una espina que punza al alma, saco yo esta rosa para proveer a su salvación.

¿Qué me obliga a hacerlo? No él, que no me busca ni me pide ayuda sino para su pecado, placeres, riqueza y posición social; me obliga el amor, porque os amé antes de que existieseis; os amé inefablemente, sin ser correspondido por vosotros. Me ha obligado a hacerlo el amor y la oración de mis servidores. El Espíritu Santo, servidor y clemencia mía, les otorga el amor a mí y a su prójimo, y ellos buscan con inestimable caridad la salvación de los demás, cuidándose de aplacar mi ira y atar las manos de mi justicia para que no descargue yo contra él. ¿Quién les hace suplicar? Mi divina providencia, pues atiendo a las necesidades de aquel muerto, porque he dicho que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva [1].

Enamórate, hija, de mi providencia. Si abres los ojos de tu espíritu y de tu cuerpo, verás que los malos que yacen en tanta miseria se han convertido en hedor de muerte, oscurecido en tinieblas por la privación de la luz. Ellos van cantando y riendo, perdiendo el tiempo en vanidades, delicias y grandes deshonestidades; todos

[1] Ez 3,11.

lascivos, bebedores, comedores, mientras que del vientre hacen su dios [2]; con odio y rencor, soberbia y toda clase de miserias, de las que sabes te hablé concretamente. No conocen el estado en que se hallan. Van por un camino que da con ellos en la muerte eterna si no se enmiendan. ¡Y van cantando! ¿No se juzgaría gran idiotez y locura si el condenado a muerte que camina al patíbulo fuera cantando, y bailando, y demostrando gran alegría? Ciertamente que sí. En esta imbecilidad se hallan estos desgraciados, y, sin comparación alguna, mayor, por recibir mayor daño y sufrimiento por la muerte del alma que por la del cuerpo. Aquéllos pierden la vida de la gracia; aquéllos y los otros, la corporal. Los que mueren en estado de condenación reciben castigo infinito, y los ajusticiados, una pena finita. ¡Y van cantando! ¡Ciegos y más que ciegos, necios y locos en el grado más acusado!

Mientras tanto, mis servidores se hallan en llanto, en aflicción de cuerpo y contrición de corazón, en vigilias y oración continua, con suspiros y lamentos, mortificando la carne para impetrar la salvación. ¡Y ellos hacen burlas! Pero éstas caen sobre sus cabezas, viniendo el castigo del pecado sobre el que lo debe recibir. El premio de los trabajos soportados por mi amor se da a quien mi bondad se lo ha hecho merecer, porque yo soy el Dios justo, que doy a cada uno según su merecido [3]. Con todo, mis servidores no aminoran el paso en razón de sus befas, persecuciones e inquietudes, antes bien crecen en mayor solicitud y deseo. ¿Quién hace que con tanta hambre llamen a la puerta de mi misericordia? Mi providencia, porque intento y procuro, a la vez, la salvación de esos desgraciados y el aumento de la virtud, y acreciento el fruto por medio de la dilección de la caridad de mis siervos.

Infinitas son las maneras de providencia que empleo con el alma pecadora para sacarla de la culpa del pecado mortal.

Ahora te hablaré del modo que se sirve mi providencia con los que se han levantado del pecado y aún son

[2] Flp 3,19.
[3] Sal 61,13.

imperfectos. No lo haré recorriendo los estados del alma, porque ya te los he referido; pero te diré algo con brevedad.

144 [Providencia de Dios con los que aún se encuentran en el amor imperfecto.]

¿Sabes, queridísima hija, qué modo empleo para levantar al alma de su imperfección? Alguna vez le proporciono tentaciones con muchos y variados pensamientos, acompañadas de sequedad de espíritu. A ella le parecerá que se encuentra totalmente abandonada, sin consuelo alguno; cree que no está en el mundo, y ciertamente que no lo está; le parece que tampoco está en mí, pues no tiene sensación alguna de ello, fuera de que su voluntad no quiere ofenderme.

La puerta de la voluntad está libre, pero no doy licencia a los enemigos para que la abran. Sin embargo, doy permiso a los demonios y a otros enemigos del hombre para que llamen a otra puerta; pero no a ésta, que es la principal, pues guarda la ciudad del alma. Es cierto que el vigía que hay en esta puerta, el libre albedrío, se encuentra libre para decir que sí o que no, según le plazca.

Son muchas las puertas de esta ciudad. Las principales son tres: una es la que, si ella quiere, es imposible de pasar, y es la que guarda las otras puertas, es decir, la memoria, el entendimiento y la voluntad. De donde, si la voluntad consiente, entra el enemigo del amor propio y con él todos los enemigos que le siguen. En seguida el entendimiento cae en tinieblas, pues el amor propio es enemigo de la luz. La memoria recibe al enemigo de la dilección de la caridad a su prójimo; retiene el recuerdo de los deleites y placeres del mundo en tan diversos modos como lo son los pecados, que son contrarios a la virtud.

En cuanto están abiertas las puertas, se abren los postigos de los sentidos del cuerpo, que son los instrumentos que corresponden a las facultades del alma. Ves, por tanto, que el afecto desordenado del hombre, que ha abierto las puertas, admite estos engaños de los senti-

dos, con lo que éstos se echan a perder a causa de sus obras, y por ello se contaminan.

La vista no ofrece más que cosas de muerte, porque se dedica a ver las cosas muertas con desordenadas miradas aquí y allí, con vanidad de corazón, con ligereza, con modales y miradas deshonestas; es causa de muerte para sí y para otros. ¡Oh desgraciado tú! Lo que he dado para que mires al cielo y todo lo creado, la belleza de las criaturas en relación conmigo y para que contemples mis misterios, lo usas para mirar al lodo y a la miseria, y así, por ello, has llegado a la muerte.

También el oído se deleita en cosas deshonestas y en escucharlas a propósito del prójimo para juzgar de él, cuando yo le di ese oído para que atendiera a mi palabra y a las necesidades de su prójimo.

He dado la lengua para que proclame mis enseñanzas y confiese sus pecados y para que trabaje por la salvación de las almas. El la utiliza para blasfemar de mí, que soy su Creador, y para la ruina del prójimo, alimentándose de sus carnes, murmurando e interpretando las buenas obras como malas y las malas como buenas, blasfemando y dando testimonios falsos. Con palabras lascivas se pone en peligro y pone a los demás; prefiere palabras injuriosas que traspasan el corazón de los prójimos como un cuchillo, palabras que provocan ira. ¡Cuántos males y homicidios, cuántas deshonestidades, cuánta ira, odio y pérdida de tiempo procede de este miembro! [1].

Si se trata del olfato, ofende igualmente por desordenado placer; si del gusto, con insaciable gula, con desordenado apetito, queriendo muchos y variados manjares, no mirando sino a llenar el vientre, no advirtiendo esa desgraciada alma que abre la puerta al pecado y que del ansia de comer le viene el ardor de su frágil carne, y con el desordenado apetito se corrompe a sí misma.

Las manos pecan tomando las cosas del prójimo y con feos y miserables tocamientos. Están hechas para servir al prójimo cuando le ve en enfermedad, socorriéndolo con la limosna en su necesidad. Los pies se han dado para que sirvan y lleven al cuerpo a lugares santos y úti-

[1] Sant 3,6.

les a sí mismo y al prójimo para gloria y alabanza de mi nombre, y él los utiliza para llevar al cuerpo a lugares de abominación de muchas y diversas maneras, para aventuras y paseos, corrompiendo con ello a otras criaturas de muchos modos, según le place a la miserable y desordenada voluntad.

Te he dicho todo esto, queridísima hija, para darte materia para llorar cuando veas a la noble ciudad del alma llegar a tanta miseria y para que adviertas cuánto mal procede de la puerta de la voluntad, por la que no he dado licencia que entren los enemigos del alma; pero, como te decía, sí la doy para que llamen a otras puertas. Por lo que permito que el entendimiento sea atacado por las tinieblas del espíritu y de la memoria cuando parece que no se puede acordar de mí. Alguna vez se creerá que todos los demás sentidos del cuerpo se hallan en combate. Le parecerá que todo le provoca confusión, hasta el mirar cosas santas, tocarlas, oírlas, olerlas o cuando van hacia ellas.

Pero todo esto no causa la muerte; que yo no quiero su muerte, siempre que no sea tan necio que le abra la puerta de la voluntad. Permito que los enemigos estén fuera, pero no que entren. No pueden pasar adentro si no lo quiere la voluntad.

¿Por qué tengo a esta alma rodeada de tantos enemigos, en tanta pena y aflicción? No para que la tomen prisionera ni para que pierda la riqueza de la gracia; lo hago para demostrarle mi providencia, a fin de que confíe en mí y no en sí, se levante de la pereza y se refugie en mí, su defensor. Soy padre benigno que procura su salvación. Lo hago para que se humille y vea que ella por sí misma no existe y que reconozca que su existencia y toda la gracia que hay en su ser proviene de mí, que soy su vida. ¿Cómo reconoce esta vida y mi providencia en los combates? Recibiendo la gran liberación, pues no la dejo que esté continuamente en ellos, sino que van y vienen según veo que le son necesarios. Una vez le parecerá hallarse en el infierno, y, sin ella hacer nada, se verá liberada y gustará de vida eterna. El alma permanece serena, toda inflamada de amoroso fuego. Lo que ve le parece que proclama a Dios por la consideración que hace entonces sobre mi providencia al ver que, sin

haber ella hecho nada, sale no sólo de ese infierno, sino que, por mi inestimable caridad, me volví a socorrerla en su angustia en el tiempo oportuno, cuando ya casi no podía más.

¿Por qué, cuando se ejercitaba en la oración y otras cosas necesarias, no respondí con la luz, librándola de la oscuridad? Para que, siendo aún imperfecta, no atribuyese a sus prácticas lo que no era suyo.

Ves, pues, que el imperfecto, por el ejercicio en los combates, llega a la perfección al experimentar en ellos mi providencia. Entonces creerá en ella para lo sucesivo. Se lo he mostrado con la experiencia, y de ahí que haya concebido el amor perfecto una vez conocida mi bondad y se haya elevado del amor imperfecto.

Utilizo también otra santa argucia para levantarla de la imperfección. Haré que conciba un amor particular a las criaturas, además del amor espiritual común. Por medio de este amor ordenado que le he inspirado, arroja el desordenado con que amaba antes. Ves, por tanto, qué es lo que erradica la imperfección.

Pero atiende a otro medio amoroso; por él se muestra si me ama o no perfectamente. Se lo he dado con esa finalidad para que lo tuviese como señal de conocerlo y para que lo demostrase. Si no lo conociera, no hallaría desagrado en sí mismo y creería que es suyo lo que procede de mí. De este modo lo conoce, pues te he dicho que el alma es aún imperfecta. No hay duda de que, siendo imperfecto el amor que me tiene, lo es también el que tiene a la criatura racional, porque la caridad perfecta con el prójimo depende de la perfección de su caridad para conmigo; de modo que en la medida en que me ama perfecta o imperfectamente, ama, en la misma medida, a la criatura. ¿Como lo conoce ella por este medio? De muchos modos. En cuanto quiera abrir los ojos del entendimiento, no pasará mucho tiempo sin que lo vea y experimente. Como te manifesté esto en otro lugar, ahora te hablaré poco de ello.

La criatura que ama con amor singular siente pena si ve disminuir el deleite, el consuelo y el trato acostumbrados allí donde encontraba grandísimos consuelos y otras muchas cosas, o, si ve que tuviera mayor trato con otros que con ella, esa pena la hace volver al conoci-

miento de sí misma. Si quiere caminar con luz y con prudencia, como es su deber, amará con más afecto el medio establecido por mí, porque con el conocimiento de sí misma y el aborrecimiento, que habrá tomado a los propios sentidos, se quita la imperfección y se consigue la perfección. Al ser más perfecta, sigue un mayor y más perfecto amor a la criatura en general y en particular y al medio utilizado por mi bondad, que ha querido animarla con el aborrecimiento de sí y el amor a la virtud durante esta peregrinación, siempre que no sea ignorante, llegando durante el tiempo del sufrimiento a la turbación, al hastío espiritual, a la tristeza de corazón y a la falta de esfuerzo por su parte. Esto sería peligroso: vendría a ser la ruina y la muerte de aquello que yo le he dado para que viva. No debe obrar de esta manera, sino con mucha solicitud y humildad, juzgándose indigna de lo que desea, es decir, sin tener el consuelo que ansiaba. Entienda, sin embargo, que la luz, por medio de la que debe principalmente amar, no disminuye en ella ni el hambre y deseo de querer sufrir la pena por la gloria y alabanza de mi nombre, venga ella de donde venga. Así cumplirá mi voluntad en sí misma, recibiendo el fruto de la perfección. Para ello, para que consiga la luz de la perfección, he permitido los combates, el modo empleado y todas las demás cosas.

Así ejercito mi providencia en los imperfectos, y también por otros muchos modos que la lengua sería incapaz de narrar.

145 [Providencia de Dios con los que se hallan en la caridad perfecta.]

Te hablaré ahora de los perfectos, de quienes tengo providencia para conservarlos, para probar su perfección y para hacerla crecer continuamente. En esta vida nadie es tan perfecto como desea, ni tanto que no pueda crecer en perfección. Por eso empleo el otro medio que te enseñó mi Verdad cuando dijo: «Yo soy la verdadera vid; mi Padre, el viñador, y vosotros, los sarmientos» [1]. El que permanece en El, que es vid verdadera, da fruto. Y

[1] Jn 15,1-5.

para que vuestro fruto crezca y sea perfecto, yo os podo [2] con muchas tribulaciones, infamias, escarnios, villanías y vituperios; con hambre y sed, en dichos y en hechos, según place a mi voluntad concederlo a cada uno y según sea apto para soportarlas. La tribulación es signo demostrativo tanto de la perfecta caridad del alma como de la imperfección en quien se da.

En las injurias y trabajos que permito se hagan a mis servidores, se prueba la paciencia y aumenta el fuego de la caridad en el alma por la compasión que tiene a quien le hace la injuria, ya que se duele más de la ofensa que me hace y del perjuicio que se hace a sí misma que de la injuria misma. Esto hacen los que se hallan en gran perfección, y así crecen, y por eso permito las injurias y otras cosas. Les dejo tal germen de hambre de la salvación de las almas, que día y noche llaman a la puerta de mi misericordia, a la vez que no se olvidan de sí mismos, como te dije hablando del estado de los perfectos [3]. Cuanto más renuncian a sí mismos, más me encuentran.

¿Dónde me buscan? En mi Verdad, caminando con perfección por su dulce doctrina. En este mi dulce y glorioso libro han leído, y al leerlo han encontrado que, queriendo cumplir con mi obediencia, demostraron que amaban mi honor y al género humano. Corrieron, entre sufrimientos y oprobios, a la mesa de la santísima cruz, donde con sus trabajos conocieron el manjar del género humano; de modo que por su sufrimiento y por el amor al hombre me demostraron cuánto amaban mi honor.

Digo que los hijos queridos que se hallan en perfectísimo estado, con perseverancia y penitencias, con humildes y continuas oraciones, demuestran que me aman de veras y que han estudiado bien el libro de la caridad siguiendo esta santa doctrina de mi Verdad con sus penas y trabajos, que soportan por la salvación de su prójimo, porque no han encontrado otro medio mejor de demostrar el amor que me tienen. Cualquier otro medio de demostrarlo, si hace referencia a la criatura racional, como te dije en otro lugar, es bueno, lo mismo que cual-

[2] Jn 15,2.
[3] Cf. c. 6.7.22-24 y 64, entre otros.

quier buena obra que se haga tomando como instrumento al prójimo [4], porque nada puede hacerse bien hecho sino dentro de mi caridad y la del prójimo, aun admitiendo que los actos sean virtuosos en sí. También el mal se hace por este medio, debido a la falta de la caridad. Ves que en este medio que os he dado demuestran su perfección y el amor genuino que me tienen, procurando siempre la salvación del prójimo por el mucho sufrimiento. Los purifico, además, con muchas tribulaciones para que den mejor y más suave fruto. Gran fragancia me ofrece su paciencia.

¡Oh, cuán suave y dulce es este fruto y de cuánta utilidad para el alma que sufre sin culpa! Si ella lo entendiese, no habría nada que con celo y alegría no lo intentase sufrir. Para proporcionarle este gran tesoro, la proveo del peso de muchos trabajos para que a la virtud de la paciencia no le entre herrumbre, de modo que, cuando llegue el momento en que sea necesaria la demostración, no la encuentren herrumbrosa y para que no os encontréis con la impaciencia que corroe el alma por no haberla ejercitado.

Alguna vez, para conservarlos en la humildad, empleo con ellos una agradable astucia. Haré que se les adormezca la percepción hasta parecer que ni la voluntad ni los sentidos la notan, como si se hallaran dormidos, no digo muertos. La percepción sensitiva duerme en el alma perfecta, pero no muere, pues si de pronto disminuyese la práctica y el santo fuego del deseo, éste despertaría más vivo que nunca. Pero que nadie se confíe, sea lo perfecto que se quiera. Le es preciso mantenerse en mi santo temor, porque muchos, por confiarse, caen miserablemente, y de otra manera no caerán. Digo que la percepción parece que duerme: al sufrir y soportar los grandes pesos, no lo sienten. Poco a poco, una cosa insignificante, que será una bagatela de que después el alma misma se reirá, la hace volver en sí, de tal modo que quedará maravillada. Esto lo hace mi providencia para que crezca y vaya por el camino de la humildad, porque entonces, como prudente, se desprende de sí misma sin miramientos, con aborrecimiento y reproche

[4] Cf. c.78.

y castiga sus sentidos, lo que es hacerlos dormir más plenamente.

Alguna vez determino dejar un aguijón en mis mejores servidores, como hice con el apóstol San Pablo, vaso de elección, que había ya recibido la doctrina de mi Verdad en mi grandeza, la del Padre eterno. Sin embargo, le dejé un aguijón y la lucha con su carne [5].

A Pablo y a los que dejo ese estímulo en modos diversos, ¿no podría yo, no puedo hacer que no lo sufran? Sí. ¿Por qué lo hace mi providencia? Para hacerles que adquieran méritos, para conservarles en el conocimiento de sí mismos. De aquí sacan la verdadera humildad. Así se convierten en piadosos y no crueles con su prójimo, y también más compasivos en sus trabajos de éstos, sintiendo una piedad que de otro modo no tendrían. Crecen en amor, corren a mí ungidos por la humildad y arden en el horno de la caridad. Por estos y otros innumerables medios alcanzan la unión perfecta. Llegan a tanto y a tal conocimiento de mi bondad, que, estando en el cuerpo mortal, experimentan el bien de los ciudadanos inmortales, y, permaneciendo en la cárcel del cuerpo, les parece hallarse fuera de él. Porque han sabido mucho de mí, me aman mucho, y quien mucho me ama, mucho sufre, de donde a quien le crece el amor, le crece el dolor [6].

Además de esto, ¿qué dolores y penas les quedan? No las injurias que les hicieren, ni las penas corporales, ni las tentaciones del demonio, ni cualquier otra cosa que les afecte directamente, proporcionándoles dolor. Sólo sufren las ofensas que se me hacen viendo y conociendo que soy digno de ser amado y servido; lo mismo que el perjuicio a las almas que ven en las tinieblas del mundo y permanecen en tanta ceguera. Porque en la unión que el alma ha hecho conmigo por afecto de amor, miró y conoció dentro de mí cómo amo inefablemente a mi criatura, pues ven que ésta refleja mi imagen. Se han enamorado de su belleza por amor a mí. Por eso sienten dolor intolerable cuando la ven alejarse de mi bondad.

[5] 2 Cor 12,7.
[6] Heb 4,15 y 5,2-3.

Tan grandes son estas penas, que aminoran y hacen desaparecer cualquier otra, tanto que las llevan como si no las tuvieran.

Yo les ayudo. ¿Con qué? Con la manifestación de mí mismo a ellos, haciéndoles ver dentro de mí, con gran amargura, las maldades y miserias del mundo y la condenación de las almas en general y en particular. Las ven según place a mi voluntad para hacerlas crecer en amor y en dolor, a fin de que, estimulados por el fuego del deseo, clamen a mí con confianza firme y con la luz de la fe santísima, pidiendo ayuda y socorro en sus grandes necesidades. Así, en conjunto, proveo al mundo con mi ayuda divina, dejándome obligar por los penosos, dulces y angustiosos deseos de mis servidores, alimentando y haciendo crecer en ellos, por el conocimiento de mí, una más perfecta unión conmigo.

Ves, pues, que socorro a estos perfectos de muchos modos, porque mientras vivís sois capaces de crecer y merecer en el estado de perfección. Por eso lo purifico de todo amor propio y amor espiritual y temporal, y los podo con muchas tribulaciones, para que produzcan mayor y más perfecto fruto. Con la gran tribulación que sufren viendo a las almas ofenderme y privarse de la gracia, desaparece toda pena por otro sufrimiento menor, y podrían sufrir todos los trabajos en esta vida, pues los consideran bagatelas. Por esto se preocupan tanto de la tribulación como de los consuelos, porque no los buscan, y no me aman con el amor mercenario del propio deleite, sino que buscan el honor, la gloria y la alabanza de mi nombre.

Ves, por tanto, queridísima hija, que mi providencia se extiende a toda criatura racional y que la ejercito en innumerables lugares, de modos maravillosos no conocidos por los hombres, dominados por las tinieblas; porque éstas no pueden comprender la luz. Estos modos son conocidos sólo por los que tienen la luz perfecta o imperfectamente, en conformidad con la perfección que posean. Esta luz se adquiere por el conocimiento que tiene el alma de sí misma, por lo que se levanta con aborrecimiento completo a las tinieblas.

146 [Resumen de lo dicho.—Interpretación de las palabras de Cristo a San Pedro: «Echa la red a la derecha de la nave».]

Te he hablado y has visto cómo socorro a mis criaturas en general y en particular; pero esto es como una bagatela en comparación con el mar, menor que el olor de una brizna. Hablándote del sacramento, te he dicho cómo dispongo y hago crecer el hambre en el alma y cómo actúo en el interior del sentimiento del alma, otorgándole la gracia por medio del servidor, del Espíritu Santo: al malo, para volverlo al estado de gracia; al imperfecto, para que alcance la perfección, y al perfecto, para que la aumente y acreciente en sí, ya que sois capaces de crecimiento; también para hacer a los buenos y perfectos instrumentos entre el hombre, que me hace guerra, y yo. Porque te dije, si bien te recuerdas, que por mediación de mis servidores haré misericordia al mundo y reformaré a mi esposa a base del sufrimiento de éstos.

Verdaderamente, a éstos se les puede llamar «otro cristo crucificado, mi Hijo unigénito», porque se ha decidido a hacer su oficio. Él vino como mediador para terminar la guerra y poner al hombre en paz conmigo a base de mucho sufrir con la afrentosa muerte en la cruz. Estos andan atormentados, haciendo de intermediarios por la oración, la palabra y buena y santa vida, ofreciéndola ante ellos como ejemplo. En ellos relucen las piedras preciosas de las virtudes, tolerando y sufriendo con paciencia los defectos del prójimo. Son los anzuelos con que se pescan las almas. Echan la red hacia la parte derecha y no hacia la izquierda, tal como lo mandó mi Verdad a Pedro y a los otros discípulos [1] después de la resurrección, porque la izquierda del amor propio está muerta en ellos, y la mano derecha se halla con el verdadero, genuino, dulce y divino amor, con que echan la red del santo deseo dentro de mí, Mar de paz. Confrontando la historia de la pesca de antes y de después de la resurrección [2], sabes que, arrastrando la red hacia ellos y encerrándose en el deseo del conocimiento

[1] Jn 21,6.
[2] Lc 5,4-8; Jn 21,1-8.

de sí mismos, capturan tal abundancia de peces del alma, que es necesario llamar a los compañeros para que les ayuden a arrastrarla, porque solos no pueden. Porque en el tomar y tirar necesitaban la compañía de la verdadera humildad, llamando al prójimo por medio de la dilección, pidiendo que los ayudasen a sacar los peces, o sea, las almas.

Y que esto es verdad lo ves en mis servidores y lo has experimentado tú: que tanto peso les parece sacar de estas almas en la red del santo deseo, que piden compañía, y quisieran que todas las criaturas racionales les ayudasen, pues se juzgan humildemente incapaces. Por eso te dije que pedían con humildad que la caridad del prójimo les ayudase a sacar los peces. Arrastrando los peces, traen grandísima abundancia de ellos, aunque muchos no son sacados por no haber sido encerrados en la red. La red del deseo les tiene bien sujetos, porque el alma hambrienta de mi amor no se contenta con pocos, sino que los quiere todos. Piden que los buenos les ayuden a extender la red y a conservarse y crecer en perfección. Quisieran que los imperfectos fueran perfectos, que los malos fueran buenos, y los que se hallan en la oscuridad de la falta de fe, se volviesen a la luz de su bautismo. Los quieren todos, de cualquier estado y condición que sean, porque a todos los ven en mí, creados por mi bondad con tan ardoroso amor y vueltos a comprar con la sangre de Cristo crucificado, mi Hijo unigénito.

A todos los han cogido en las redes de su santísimo deseo; pero muchos no salen como se ha dicho, pues se apartan de la gracia por sus pecados: son los faltos de fe y los que permanecen en pecado mortal. No es que no quepan en el deseo de la oración perseverante, sino que el alma se aleja de mí por sus pecados, así como del amor, trato y debida reverencia que deben tener a mis servidores. No por eso se disminuye ni debe aminorarse el afecto de la caridad en ellos. De este modo echan la dulce red a la derecha.

¡Oh dulcísima hija! Considera bien lo que hizo el glorioso apóstol Pedro. Se cuenta en el Evangelio que, cuando mi Verdad le mandó que echase la red al mar, le contestó que durante toda la noche se había fatigado,

sin pescar nada; pero añadió: «Porque lo mandas, por tu palabra, la echaré». Y haciéndolo, pescó tanta abundancia de ellos, que él solo no podía sacar la red, y llamó a los otros discípulos para que le ayudasen. Esta figura la encontrarás apropiada a ti, aunque propiamente no sea figura, sino realidad. Te hago saber que todos los misterios y modos de obrar mi Verdad en el mundo eran figurativos en toda clase de gente para el alma de mis servidores, a fin de que todo pudiese tener regla y doctrina, mirándoos con la luz de la razón; los torpes y sutiles de ingenio y los de poca y mucha inteligencia, todos pueden tomar parte, con tal de que quieran.

Te dije que Pedro echó la red por mandato del Verbo. Fue obediente, creyendo con fe viva que podía coger los peces, y por ello pescó muchos, pero no por la noche. ¿Sabes el significado de esta «noche»? Se trata de la noche oscura del pecado, cuando el alma se halla privada de la gracia. Durante esa noche no pescan nada, porque echan su afecto no al amor de vida, sino al de muerte, donde encuentran la culpa, que es lo vacío. Inútilmente sufren grandes e intolerables penas: se convierten en mártires del demonio y no de Cristo crucificado. En cuanto amanece el día en que salen de la culpa y vuelven al estado de la gracia, reaparecen en su espíritu los mandamientos de la ley con el precepto de que echen la red en nombre de mi Verbo, amándome sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismos. Entonces, con la obediencia y con la luz de la fe, con firme confianza, la echan en su nombre, siguiendo la doctrina y las huellas de este dulce y amoroso Verbo y de los discípulos. Cómo pesca y a quiénes llama, te lo dije arriba, y por ello no te lo repito.

147 [El que echa la red con más perfección, coge más perces.—Excelencia de estos perfectos.]

Te he dicho esto para que conozcas con la luz del entendimiento con cuánta providencia obró Cristo en sus actos y santos misterios durante el tiempo que estuvo con vosotros para que conozca el alma lo que debe hacer en este perfectísimo estado. Ten en cuenta que unos obran con más perfección que otros, según que la obe-

diencia a esta Palabra sea más pronta y con mayor luz, perdida ya la esperanza en sí y concentrada en mí, su Creador. Echa la red más perfectamente el que obedece observando los mandamientos y consejos espiritual y temporalmente que el que los guarda sólo en el espíritu. El que no los guarde en espíritu no puede hacerlo corporalmente, porque siempre van juntos, como en otro lugar te dije más detenidamente. Y así pesca de modo perfecto el que con perfección echa la red. Los perfectos de que te he hablado pescan en abundancia y con gran perfección.

¡Oh, cómo han ordenado sus sentidos por la buena y dulce guardia que hizo el libre albedrío en la puerta de la voluntad! Todos los sentidos forman una suavísima armonía que sale de la ciudad del alma, puesto que las puertas están cerradas y abiertas. Cerrada se halla la voluntad al amor propio, y abierta a desear y amar mi honor y la dilección al prójimo. El entendimiento se halla cerrado para mirar desordenadamente las delicias, vanidades y miserias del mundo, y abierto con la luz enfocada al objeto de mi voluntad. La memoria está candada al recuerdo del mundo y de sus sentidos y abierta para recibir y para que a ella vuelva el recuerdo de mis beneficios. El afecto del alma experimenta entonces júbilo, y produce una melodía de templadas y sintonizadas cuerdas con la prudencia y la luz, logrando una música para la gloria y alabanza de mi nombre [1].

En esta música, en que están sintonizadas las cuerdas de las potencias del alma, se hallan también acordes los pequeños sentidos e instrumentos corporales. Lo mismo que te dije, hablándote de los malos, que con ellos todas las cuerdas tocaban a muerto, pues recibían a los enemigos, así éstas suenan a vida recibiendo a los amigos, las verdaderas y reales virtudes: hacen uso de los instrumentos [de los sentidos] con buenas y santas obras. Cada miembro lleva a cabo el trabajo que se le ha encomendado, cada uno con la perfección correspondiente a su importancia: los ojos, en el suyo de ver; los oídos, oyendo; el olfato, percibiendo el olor; el gusto, pala-

[1] De la armonía y sintonía entre las potencias del alma habla con frecuencia. Cf. cs.50-55.

deando; la lengua, con el habla; el tacto, con las manos y las obras; y los pies, caminando. Todos concuerdan en única armonía para servir a la alabanza y gloria de mi nombre, y al alma con buenas, santas y virtuosas obras, obedientes al alma, respondiendo como instrumentos. Me son agradables, como a los ángeles y a los bienaventurados, que con gran gozo y alegría esperan participar en conjunto de la felicidad. Lo quiera el mundo o no, los malvados no pueden menos de sentir complacencia en esta armonía, y son muchísimos lo que quedan presos en este anzuelo e instrumento y se apartan de la muerte y vienen a la vida.

Todos los santos han pescado a las almas por este medio. El primero que se sirvió de esta armonía fue el dulce y amoroso Verbo tomando vuestra humanidad, y con ella, unida a la divinidad, produjo la dulce música sobre la cruz, tomó a los hijos del género humano, aprisionó al demonio y le quitó el dominio que por tanto tiempo había tenido a causa de la culpa.

Todos vosotros componéis una música aprendiendo del Maestro. De El lo hicieron los apóstoles, sembrando su palabra por todo el mundo; los mártires, los confesores, los doctores y las vírgenes, todos pescaban con esa música. Mira a la gloriosa virgen Ursula, que hizo sonar tan dulcemente su instrumento, que sólo de vírgenes capturó once mil, y muchos más, cautivados por la misma armonía. Y así todos los demás; quién de un modo, quién de otro. ¿Cuál fue la causa de esto? Mi infinita providencia, que determinó darles los medios y el modo de producir esa armonía. Lo que yo doy y permito en esta vida les sirve para perfeccionar el instrumento, si ellos lo quieren aceptar y se privan de la luz del amor propio, del placer y de su propio parecer.

148 [Providencia que usa Dios en general con las criaturas en esta vida y en la otra.]

Ensánchese, hija, tu corazón. Abre los ojos del entendimiento con la luz de la fe para ver con cuánto amor y providencia he creado y ordenado al hombre a fin de que goce en mí, sumo y eterno Bien. Todo lo dispongo en el alma y en el cuerpo: para los imperfectos y para

los perfectos, para los buenos y para los malos, espiritual y corporalmente, en el cielo y en la tierra, en esta vida mortal y en la inmortal.

En esta vida mortal, mientras sois viandantes, os he atado con ligaduras de caridad. Quiera el hombre o no, se halla atado. Aunque en el afecto se despreocupe de la caridad, a pesar de todo, se halla ligado a ella por la necesidad. Para que participéis de la caridad en afecto y en realidad determinó mi providencia no dar al hombre todo lo necesario para la vida, de modo que uno carece de lo que tiene el otro, y así uno se ve obligado a acudir al otro, y, si pierde la caridad en el afecto, se encuentra obligado a realizarla de hecho, aunque sea por pura necesidad. Ves que el artista tiene que acudir al obrero, y el obrero al artista: uno tiene necesidad del otro, porque no sabe hacer lo que hace el otro. Lo mismo el clérigo y el religioso: el clérigo y el religioso tienen precisión del seglar, y éste del religioso; no pueden prescindir uno del otro. Lo mismo ocurre con todo.

¿Y no se lo podía yo dar todo a cada uno? Ciertamente; pero quiso mi providencia que uno se humillase al otro y se vieran forzados a practicar conjuntamente el acto de la caridad.

Te he manifestado mi magnificencia, bondad y providencia en ellos, y, con todo, se dejan conducir a las tinieblas de la propia debilidad. Los miembros de vuestro cuerpo os avergüenzan porque ejercitan la caridad unos con otros, y vosotros no. Cuando la cabeza duele, la mano la socorre: si un dedo está enfermo, un miembro tan pequeño, la cabeza no rehúsa ayudarle porque ella sea mayor y más noble que cualquier otro miembro del cuerpo; también le ayuda el oído, la vista, la lengua y todo lo que tiene; lo mismo ocurre respecto de los demás miembros. No obra así el soberbio, que, cuando ve a un pobre, miembro suyo; a un enfermo, alguien en necesidad, no sólo no le auxilia con lo que tiene, ni siquiera con una palabra, sino que con improperios vuelve la cabeza a otra parte; abunda en riquezas y le deja morir de hambre. No se da cuenta, sin embargo, de que su miseria y crueldad me producen hedor y que su pestilencia llega hasta lo profundo del infierno.

Yo socorro a aquel pobrecillo, y a causa de su pobre-

za se le dará riqueza. A ese soberbio se lo reprochará mi bondad con gran reprensión si no se enmienda, como se cuenta en el santo Evangelio, diciendo: «Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; estuve desnudo, y no me vestisteis; en la cárcel, y no me visitasteis»[1]. Y en aquel momento no valdrá excusarse, diciendo: «Yo nunca te vi; que, si te hubiese visto en necesidad, lo hubiera hecho». El desventurado sabe bien, y así se lo dije, que lo que hacía a los pobres, me lo hacía a mí. Por eso será justamente entregado al eterno suplicio con los demonios.

Ves, pues, cómo he tenido providencia para que no vayan al dolor eterno.

Si desde arriba miras a mi interior, a mí, Vida perdurable, verás que he dispuesto con orden la caridad de los que se hallan en naturaleza angélica o son ciudadanos del cielo, que han recibido la vida eterna en virtud de la sangre del cordero; es decir, que no he hecho que cada uno gozase en particular la bienaventuranza, sin que otros puedan participar de ella. No lo he querido así, antes bien tan ordenada y perfecta se halla su caridad, que el grande goza con el bien del pequeño, y el pequeño con el del grande. Pequeño en cuanto a la medida; no que el pequeño no esté tan lleno como el grande, cada uno según su grado, como te dije en otro lugar [2].

¡Qué fraterna es esta caridad y cuánto los une a mí y unos a otros, porque la tienen y reconocen como proviniendo de mí, con el santo temor y reverencia debidos, al ver que se sumergen en mí, y en mí ven y reconocen la dignidad en que les he colocado! El ángel se comunica con el hombre, es decir, con el alma de los bienaventurados, y éstos con los ángeles. Así, todos, en esta dilección de caridad, gozando cada uno del bien del otro, se alegran con mi júbilo, y en alegría sin tristeza, en dulzura sin amargura alguna, porque durante su vida y en su muerte me gustaron por medio del afecto de amor en la caridad con el prójimo. ¿Quién ha ordenado la caridad de este modo? Mi sabiduría con una admirable y dulce providencia.

[1] Mt 25,42-46.
[2] Cf. c.41.

Si vuelves tu vista al purgatorio, encontrarás en él mi dulce e inestimable providencia en aquellas pobres almas que perdieron el tiempo por ignorancia. Como se hallan separadas del cuerpo, ya no les queda espacio para merecer. Por eso las he socorrido por medio de vosotros, que, aunque estéis en una vida mortal, gozáis de tiempo para ello, o sea, que con las limosnas y oficio que hagáis decir a mis ministros, con ayunos y oraciones hechas en estado de gracia, les abreviáis el tiempo del castigo mediando mi misericordia.

Te he hablado de lo que se refiere al interior del alma en cuanto a vuestra salvación, para hacer que con firme esperanza en mi providencia te entusiasmes, te vistas con la luz de la fe, te alejes de ti misma y en lo que vayas a hacer confíes en mí sin temor servil alguno.

149 [Providencia de Dios con sus servidores pobres, socorriéndoles en las cosas temporales.]

Te voy a explicar ahora algo sobre los modos que tengo de socorrer a mis servidores que confían en mí. Ellos son objeto de mi providencia, más o menos perfectamente según sean más o menos perfectos y estén más desprendidos del mundo. Sin embargo, los socorro a todos. Por eso, los pobres deben serlo en el espíritu y no sólo pobres. Muchos lo son y no quisieran serlo. Son ricos en cuanto a sus apetencias, y mendigos, porque no esperan en mí ni sufren voluntariamente la pobreza que les he dado como medicina de su alma, pues la riqueza les habría hecho daño y llegarían a la condenación.

Mis servidores, sin embargo, son pobres y no mendigos. Carecen muchas veces de lo que les es necesario. El pobre, no abunda en bienes, pero tiene cubiertas sus necesidades. Yo nunca les falto mientras sigan esperando en mí. Los llevo algunas veces hasta el límite para que aprendan y reconozcan mejor que puedo y quiero ayudarles y para que se entusiasmen con mi providencia y abracen a la esposa, la verdadera pobreza. Por esto, su servidor, el Espíritu Santo, mi Clemencia, viendo que carecen de lo que necesitan para el cuerpo, encenderá, junto con el estímulo en el corazón, un deseo en los que les pueden ayudar y les socorren en lo necesario. Toda

la vida de estos mis dulces pobres se gobierna de este modo con el cuidado que pongo para ello en el corazón de mis servidores que viven en esta vida. Verdad es que, para probarles la paciencia, la fe y la perseverancia, permitiré que se les digan improperios, injurias y villanías, y, sin embargo, el mismo que las profiere es obligado por mi clemencia a darles limosna y el socorro necesario.

Alguna vez usaré mi providencia con servidores míos sin que medie la criatura, sólo por mí mismo, como lo has sabido y oído de tu glorioso Padre Domingo al principio de la Orden, cuando, hallándose los hermanos en necesidad, habiendo llegado la hora de comer y no teniendo qué, mi amado servidor Domingo, confiando con la luz de la fe en mi providencia, dijo: «Hijos, poneos a la mesa». Obedeciendo los hermanos a su mandato, se pusieron a la mesa. Entonces, yo, que socorro a quien confía en mí, envié a dos ángeles con pan blanquísimo en tanta abundancia, que tuvieron para muchas veces [1].

Algunas veces proveo multiplicando una pequeña cantidad que no alcanzaría para ellos, como sabes de la dulce virgen Santa Inés [2], que desde su niñez hasta el fin de su vida me sirvió con verdadera humildad y firme esperanza, sin preocuparse de sí, ni de su familia religiosa. Con fe viva, por mandato de María, se determinó a hacer el monasterio, sin tener, la pobrecilla, bien alguno temporal. Sabes que aquél era un lugar de pecadoras. Ella no pensó: «¿Cómo podré hacer esto?», sino que con su solicitud y mi divina providencia hizo de aquel lugar un lugar santo, un monasterio dedicado a religiosas. En el congregó al principio dieciocho doncellas sin nada, sólo con mi providencia. Una vez, entre otras, permití que durante tres días estuvieran sin pan; única-

[1] Este milagro, ocurrido en el convento de San Sixto, de Roma, fue recogido por la Beata Cecilia, hija espiritual de Santo Domingo de Guzmán.

[2] Se refiere a Inés Segni, Santa Inés de Montepulciano, fundadora de un convento de religiosas dominicas en esta ciudad, donde murió en 1317. Catalina de Siena visitó su sepulcro y monasterio varias veces, y en esas visitas recibió consuelos y gracias del Señor, según narran sus biógrafos. Tenía en este monasterio una sobrina.

mente con verduras. Si me preguntases: «¿Por qué las tuviste de aquel modo, cuando acabas de decirme que jamás faltas a tus siervos que esperan en ti y sufren necesidad?» (pues aquí parece que les faltó lo necesario, porque con verduras solas no vive el cuerpo de las personas, hablando en general de los que no son muy perfectos), te respondería que lo hice y permití para embriagarla de mi providencia, y lo mismo para las que eran aún imperfectas, a fin de que por el milagro que después siguió tuviesen materia para poner su principio y fundamento en la luz de la santísima fe. A quien ocurriese algo semejante o distinto, sepa que en aquella verdura, o en otra cosa, ponía, daba y doy una disposición para el cuerpo humano, de modo que se sentirá mejor con ella, y algunas veces sin nada en absoluto, que lo estaba antes con el pan o con otras cosas que se dan y están ordenadas a la vida del hombre. Sabes que es así, pues lo has experimentado en ti misma [3].

Digo que ejercito mi providencia por la multiplicación, pues estando Inés en el tiempo que te he dicho, volviendo los ojos de su espíritu hacia mí, con la luz de la fe, dijo: «Padre y Señor mío, esposo eterno: ¿me has hecho sacar estas hijas de las casas de sus padres para que mueran de hambre? Provee, Señor, a su necesidad».

Yo mismo era quien la hacía que pidiera. Me alegraba comprobando su fe, y su humilde oración me era grata. Extendí mi providencia a lo que me pedía, y por inspiración hice que una persona le llevase cinco panecillos [4]. Se lo manifesté al espíritu de Inés, y ella dijo volviéndose a las hermanas: «Id, hijas mías; contestad al torno y tomad aquel pan». Trayéndolo ellas, se sentaron a la mesa. Le di tanto poder al partir el pan, que todas se saciaron, y recogieron tanto del que había en la mesa, que tuvieron cumplidamente para satisfacer con abundancia la necesidad del cuerpo.

Estas son las providencias que uso con los servidores

[3] También esta líneas son autobiográficas. Es conocida la dificultad de Catalina para alimentarse normalmente.

[4] Estas maravillas las había oído la Santa en sus visitas a Montepulciano y acaso también a su confesor, Fr. Raimundo de Capua, que escribió la vida de Santa Inés de Montepulciano.

míos que son verdaderamente pobres, y no sólo voluntariamente, sino por móvil espiritual, puesto que sin la intención del espíritu no les valdría, al modo que los filósofos, por amor a la ciencia y con el deseo de alcanzarla, se hacían voluntariamente pobres, por conocer con luz natural que la preocupación de las riquezas del mundo les había de impedir alcanzar el objeto de esa ciencia en que ponían su finalidad y su inteligencia. Como, sin embargo, el anhelo de la pobreza de éstos no era sobrenatural, por el deseo de la gloria y alabanza de mi nombre, de ahí que no obtuvieran la vida de la gracia ni la perfección, sino la muerte eterna.

150 [Males que proceden de poseer y desear desordenadamente las riquezas temporales.]

Mira, pues, carísima hija, qué vergüenza para los miserables amadores de las riquezas por no seguir el conocimiento a que les empuja la naturaleza para que adquieran el eterno Bien. Esos filósofos lo hacían por amor a la ciencia al reconocer que les sería un obstáculo, y por ello las arrojaban de sí. Otros hacen de las riquezas un dios. Se demuestra que es así al ver que les duele más perderlas que perderme a mí, que soy suma y eterna Riqueza.

Si bien lo consideras, de este desordenado deseo y voluntad de las riquezas procede todo pecado [1]. De él nacen la soberbia, queriendo ser más importante; la avaricia, porque al apetito del dinero no le importa robar a un hermano suyo, quitar a la Iglesia aquello que se ha adquirido con la sangre del Verbo, mi Hijo unigénito; las reventas de la carne de su prójimo y de su tiempo (como los usureros, que, como ladrones, venden lo que no es suyo); la gula de manjares abundantes y el comerlos desordenadamente; la deshonestidad, pues si no tuvieran qué gastar, muchas veces no andarían en tan miserables amistades.

¡Cuántos homicidios, odios, rencores con el prójimo, crueldad con infidelidad a mí, presunción de sí mismos, como si todo se lo debieran a sí, no viendo que por ellos

[1] 1 Tim 6,10.

nada tienen ni nada consiguen sino sólo por mí! Pierden la confianza en mí y la ponen únicamente en las riquezas; pero su confianza es vana, pues cuando menos piensan, éstas les faltan, ya que las pierden en esta vida por disposición mía, para su bien, o con su muerte. Entonces conocen lo vanas e inestables que eran. La confianza en las riquezas empobrece y mata al alma, hace al hombre cruel consigo mismo, le quita la dignidad de lo infinito y le hace finito, es decir, que su deseo, que debe estar unido a mí, Bien infinito, lo ha puesto en una criatura finita por afecto de amor. Los que se basan en ellas pierden el gusto del sabor de la virtud y el perfume de la pobreza, el dominio de sí mismos y se hacen esclavos de ellas [2]. Se hacen insaciables, porque aman las cosas que son menos que ellos, pues todas han sido creadas para el hombre [3], para que le sirvan y no para que le conviertan en su esclavo. El hombre debe servirme a mí, que soy su fin.

¡A cuántos peligros, a cuántas penas se expone el hombre por mar y por tierra con el fin de conquistar grandes riquezas, para volver después a su ciudad con delicias y posición social, sin interesarse ni cuidarse de adquirir virtudes, ni sufrir algo por conseguirlas, ellas que son las verdaderas riquezas del alma! Se hallan totalmente inmersos en el pensamiento del dinero; lo han puesto en las riquezas en vez de servirme a mí. Cargan sus conciencias con muchas ganancias ilícitas. ¡Mira a qué miserias llegan los que se han hecho sus esclavos, no de cosas firmes y estables, pues hoy son ricos y mañana pobres, ahora están en las alturas y luego abajo, hoy son temidos y tenidos en reverencia por el mundo a causa de las riquezas, y después, cuando las han perdido, motivo de befas! Son tratados con oprobio y vergüenza y sin compasión, porque se hacían amar y eran amados a causa de las riquezas y no por la virtud que tuvieren. Si se hubieran hecho amar y fueran amados por las virtudes y se hubieran reconocido en ellas, no se les perdería la reverencia ni el amor por haber perdido los bienes temporales sin haber perdido la riqueza de la virtud.

[2] Gál 4,9.
[3] Sal 8,7 y Heb 2,7-8.

¡Qué difícil les es sobrellevar el peso de la conciencia! Tan duro les es, que en este camino de peregrinación no pueden correr a la puerta estrecha ni pasar por ella. Así, dice mi Verdad en el santo Evangelio que le es más difícil a un rico entrar en la vida eterna que a un camello pasar por el ojo de una aguja [4]. Estos son los que con apetito desordenado y afecto miserable poseen o desean la riqueza. Por ello hay muchos pobres, pues a causa del afecto desordenado poseerían todo el mundo con su afecto, si les fuera posible. No pueden pasar por la puerta, porque es estrecha y baja, por lo que, si no echan a tierra la carga, y no aminoran su afecto al mundo, y no agachan la cabeza con la humildad, no podrán atravesarla; y no hay otra puerta que lleve a la vida sino ésta [5].

He aquí la puerta ancha, la que les lleva a la condenación. Como ciegos, parece que no ven su ruina, pues en esta vida gustan las arras del infierno. Reciben castigo de todas las maneras cuando desean tener más y resultarles imposible. Como no tienen lo que desean, sufren, y, si lo pierden, lo hacen con dolor. Sufren en la misma proporción en que poseían con amor. Pierden la dilección al prójimo y no se preocupan de conseguir la virtud.

¡Oh podredumbre del mundo! Las cosas del mundo no lo son en sí, pues yo las he creado buenas a todas. Está podrido quien las tiene y las busca con amor desordenado.

Hija mía: tu lengua no podría contar cuántos son los males que de aquí proceden. Los ven y reconocen cada día y no quieren comprender y reconocer su daño.

ELOGIO DE LA POBREZA

151 [Excelencia de los pobres intencionadamente pobres en el espíritu.—Cristo nos enseñó la pobreza no sólo de palabra, sino con el ejemplo.—Providencia de Dios con los que abrazan la pobreza voluntaria.]

[4] Mt 19,24; Mc 20,25; Lc 18,25.
[5] Mt 18,13-14.

Para que mejor conozcas el tesoro de la pobreza voluntaria espiritual, te he hablado un poco de ella. ¿Quién la puede reconocer? Los queridos servidores míos que son pobres. Ellos, para poder andar este camino y entrar por la puerta estrecha, han arrojado al suelo el peso de las riquezas.

Algunos las arrojan en realidad. Son los que observan los mandamientos y consejos material y espiritualmente. Otros observan los consejos únicamente en el espíritu, despojándose del afecto a las riquezas por no tenerlas con apego desordenado, sino guardando orden y santo temor. Se han convertido no en posesores, sino en administradores en favor de los pobres. Esto está bien, pero lo anterior es más perfecto, con mayor provecho y menores dificultades. En ellos se ve brillar más claramente mi providencia, de la que, junto con la verdadera pobreza, terminaré de hablarte. Unos y otros han inclinado la cabeza haciéndose pequeños, con verdadera humildad. Como te he hablado de estos segundos, si te acuerdas [1], por ello ahora te hablaré de los primeros, o sea, de los que se despojaron de las riquezas material y espiritualmente.

Te he manifestado y dicho que todos los males y castigos en esta vida y en la otra proceden del amor a las riquezas. Ahora te digo que, por el contrario, todo bien, paz, descanso y quietud procede de la pobreza. Fíjate en la cara de los pobres de verdad: con cuánta alegría y gozo viven. Nunca se entristecen, si no es por las ofensas que se me hacen. La tristeza no les aflige, sino que fortalece su alma. Por medio de la pobreza han adquirido la suma riqueza; por haber abandonado las tinieblas, se encuentran en una luz perfectísima; repudiando las tristezas del mundo, poseen la alegría; y, dejando los bienes perecederos, encuentran los eternos y reciben sumo consuelo. Los trabajos y sufrimientos les son un refrigerio. Tratan a todo ser racional con justicia y caridad, sin distinción de persona.

¿En quién reluce la santísima luz de la fe y la verdadera esperanza? ¿Dónde arde el fuego de la divina caridad? En aquellos que con la luz de la fe que tuvieron en

[1] Alusión autobiográfica dudosa.

mí abrazaron a la esposa, la verdadera pobreza con las demás virtudes-siervas que le siguen. ¿Sabes cuáles son las virtudes-siervas de la pobreza? El verse viles y despreciables junto con la verdadera humildad, lo cual sirve y fomenta el afecto y el amor a la pobreza en el alma. Con esta fe y esperanza, ardiendo en el fuego de la verdad, se elevaban y elevan mis verdaderos servidores sobre las riquezas y sobre los sentidos. Así dejó el glorioso apóstol Mateo las grandes riquezas, abandonando la banca de los impuestos, y siguió a mi Verdad [2]. Ella os enseñó el modo y la regla para amar y practicar la pobreza. No os la enseñó solamente con palabras, sino con el ejemplo, pues desde su nacimiento hasta el fin de su vida os predicó esta doctrina. Yo soy la eterna riqueza y El, siendo la suma riqueza por la unión con la naturaleza divina, tomó por esposa la verdadera pobreza en atención a vosotros.

Si le quieres ver humillado y en gran pobreza, mira cómo Dios se hace hombre vistiéndose de la ruindad de vuestra humildad.

Ves al dulce y amoroso Verbo nacer en un establo, estando María de viaje, para manifestaros a vosotros, caminantes, que debéis vencer siempre en el establo del conocimiento de vosotros mismos. Allí me encontraréis nacido por gracia dentro de vuestra alma. Le ves permanecer en medio de los animales en tan gran pobreza, que María no tenía con qué cubrirlo; pero, siendo tiempo frío, se calentaba con el heno y el aliento de los animales [3].

Siendo fuego de caridad, quiso sufrir el frío en su humanidad. Mientras vivió en el mundo, durante toda la vida quiso sufrir sin discípulos y con ellos. Estos desgranaban las espigas y comían los granos [4].

Al fin de su vida, desnudo y flagelado a la columna, sediento, se encuentra en el madero de la cruz en pobreza tal, que le faltan el suelo y el madero, no teniendo dónde reclinar la cabeza. Como ebrio de amor, tenien-

[2] Mt 9,9; Mc 2,14; Lc 5,27.
[3] Lc 2,4-8.
[4] Mt 12,1; Mc 2,22; Lc 6,1.

do este Cordero despedazado el cuerpo, os prepara un baño con la sangre que vierte por todas partes [5].

Estando El en la miseria, os da la gran riqueza; hallándose en el estrecho madero de la cruz, extiende su magnanimidad a todos los hombres; probando la amargura de la hiel, os da una perfectísima dulzura; mientras se halla en tristeza, os da el consuelo; traspasado y clavado en la cruz, os despoja del barro del pecado mortal; convertido en siervo, os ha hecho libres y os ha arrancado de la esclavitud del demonio; siendo vendido, os ha vuelto a comprar con la sangre; entregándose a la muerte, os ha dado la vida.

Os ha presentado, por tanto, una buena regla de amor, manifestándooslo mayor a vosotros que lo que pudierais hacer con vosotros mismos al dar la vida por vosotros, que andabais errantes, hechos enemigos de mí, sumo y eterno Padre. Esto no lo reconoce el hombre ignorante, pues me ofende y tiene en poco tan gran precio. Os ha dado una regla de verdadera humildad, entregándose a la afrentosa muerte de cruz y considerándose vil al sufrir oprobios y grandes improperios. También os la ha dado de verdadera pobreza cuando habla de El en la Escritura teniendo lástima de su persona: «Las zorras tienen madrigueras, los pájaros tienen nidos y el Hijo de la Virgen no tiene dónde posar su cabeza» [6].

¿Quién tiene en cuenta esto? Los que poseen la luz de la santísima fe. ¿Dónde se encuentra esta fe? En los pobres de espíritu, que han tomado como esposa a la reina, a la pobreza, porque han echado de sí las riquezas, que eran el origen de las tinieblas por la falta de fe.

Esta reina, la pobreza, tiene su reino. En él nunca tendréis guerra, sino siempre paz y tranquilidad. Abunda en justicia, porque todo el que comete injusticia es separado de ella. Su ciudad tiene fuertes murallas, porque los cimientos no se hallan colocados sobre tierra o arena, en cuyo caso cualquier viento los derribaría, sino sobre la roca viva [7], que es el dulce Cristo Jesús, mi Hijo uni-

[5] Jn 19,34.
[6] Mt 8,20; Lc 9,58.
[7] Mt 7,24-29; Lc 6,47-49.

génito. Dentro hay luz y no oscuridad; tenéis fuego y no frío, porque la madre de esta reina es el abismo de la caridad divina. El ornato de esta ciudad es la piedad y la misericordia, porque ha arrojado de ella al tirano, a las riquezas, que tenía por costumbre la crueldad. También hay dentro benevolencia con todos los ciudadanos, o sea, amor al prójimo. Hay allí gran perseverancia, juntamente con la prudencia y el solícito cuidado. Por ello, el alma toma a esta dulce reina por esposa, a la pobreza; se hace señora de todos estos bienes, pues no puede poseer unos sin los otros. ¡Cuidado, por tanto, que el apetito de las riquezas, que es muerte, no venga al alma! Entonces sería apartada de aquel bien y se encontraría fuera de la ciudad, en suma miseria. Si, por el contrario, permanece leal y fiel a esta esposa, le dará para siempre los dones de su riqueza.

¿Quién comprende tan gran excelencia? El alma en que resplandece la fe. Esta esposa viste a su esposo de pureza, echando fuera las riquezas, que lo hacían inmundo; lo aparta del trato con los malos y se lo da con los buenos; quita la podredumbre de la negligencia, arrojando fuera las preocupaciones del mundo y de las riquezas; extrae lo amargo y deja lo dulce; corta las espinas y permanecen las rosas; vacía el estómago del alma, cargado de corrompidos honores del amor desordenado, y lo deja aliviado. Después que lo ha vaciado, lo llena con el manjar de las virtudes, que dan grandísima suavidad. Ella designa como servidores al aborrecimiento y al amor para que purifiquen su lugar; por lo que el aborrecimiento del vicio y de los propios sentidos barre el alma y la adorna con el amor a la virtud; de ella quita toda zozobra proveniente del temor servil y le da seguridad con el temor santo.

Todas las virtudes, gracias, deleites y placeres que ella puede desear, y más que ni se le ocurren, los encuentra el alma que toma por esposa a la reina pobreza. No teme las querellas, pues no hay quien le mueva guerra; tampoco el hambre ni la carestía, porque la fe vio y esperó en mí a su Creador, de donde procede toda riqueza y providencia, pues yo siempre alimento y sustento. ¿Se ha encontrado alguna vez un servidor mío, esposo de la pobreza, que haya muerto de hambre? No. Por el

contrario, se ha visto que quienes abundaban en grandes riquezas, confiados en ellas y no en mí, morían. A aquéllos no les faltó nada, porque no les falta confianza, y por ello les proveo como benigno y piadoso padre; y ¡con cuánta alegría y confianza han venido a mí al conocer por la fe que desde el principio hasta el fin del mundo he usado y usaré en todo mi providencia espiritual y temporal! Cierto que los hago sufrir, tal como te dije, para que crezcan en fe y esperanza y para premiarles sus trabajos; pero nunca les faltó una cosa que les fuera necesaria. En todo advierten con dulzura la grandeza de esta providencia mía, gustando de la leche de la divina miel, y por eso no temen la amargura de la muerte, sino que con anheloso deseo corren, muertos a los propios sentidos y a sus riquezas, y se abrazan con la esposa pobreza como enamorados, viviendo con fe en mi voluntad. Sufren el frío, el calor, la desnudez, el hambre, la sed, las congojas, las afrentas y hasta la misma muerte, con deseo de dar la vida y la sangre por amor a la Vida, es decir, por amor a mí, que soy su vida.

Mira a los pobres apóstoles y a otros gloriosos mártires: Pedro, Pablo, Esteban y Lorenzo. Este no parecía encontrarse sobre fuego, sino sobre flores de grandísimo placer. Como en bromas con el tirano, le decía: «Este lado está ya asado; dale la vuelta y comienza a comer» [8]. Con el fuego de la caridad divina se apagaba el dolor de su alma. Las piedras de San Esteban parecían rosas. ¿Cuál era la causa? El amor con que había tomado por esposa a la pobreza. Había dejado el mundo por la gloria y alabanza de mi nombre y la habían tomado por esposa con la luz de la santísima fe, firme esperanza y pronta obediencia; se habían hecho obedientes a los mandatos y consejos que les había dado mi Verdad: obedientes en la realidad y en cuanto al espíritu.

Tienen por deseo la muerte, y la vida, como algo desagradable y motivo de impaciencia; no por huir del trabajo o de los sufrimientos, sino por unirse a mí, que soy su fin. ¿Y cómo no temen la muerte, a la que se teme por sentimiento natural? Porque la esposa pobreza que han elegido les ha dado seguridad, quitándoles el amor

[8] Oficio de San Lorenzo y *Legenda aurea* c.112.

a sí mismos y a las riquezas, con lo que por la virtud han pisoteado el amor natural y recibido la luz y el amor divino, que son sobrenaturales. Y ¿cómo podrá un alma en esta situación dolerse de la muerte? Más bien desea abandonar la vida, y sufre soportándola cuando ve que se prolonga mucho. ¿Podrá dolerse de dejar las delicias y riquezas del mundo quien las ha despreciado con tanto ardor? No es gran cosa, pues quien no ama no sufre, más bien se deleita cuando deja lo que aborrece. De modo que a cualquier lado que mires, encuentras en ellos paz perfecta, quietud y completo bienestar; y en los miserables que poseen con amor desordenado, ves gran desgracia y sufrimientos intolerables; aunque por la apariencia externa se crea lo contrario, en realidad es así.

¿Quién no hubiese pensado que el pobre Lázaro se hallaría en la mayor desgracia y que el rico, condenado, gozaría de gran alegría y reposo? Sin embargo, ni era ni fue así, pues sufría mayor pena el rico con las riquezas que el pobre Lázaro, que era atormentado por la lepra; porque la voluntad, donde radica el sufrimiento, estaba viva en el rico, mientras que en Lázaro se hallaba muerta y vivía sólo en mí. En el sufrimiento, yo le daba refrigerio y consuelo. Repelido de los hombres, de modo especial por el rico condenado, no aseado ni atendido por nadie, procuraba yo que un animal le lamiese las llagas. Mira con la luz de la fe el final de la vida de Lázaro en la vida eterna y al rico en el infierno [9].

De modo que los ricos permanecen en tristeza, y mis dulces pobrecitos en alegría. Yo les mantengo a mis pechos, dándoles la leche de abundantes consuelos. Porque lo dejaron todo, me poseen plenamente. El Espíritu Santo se hace nodriza de las almas y de sus cuerpos en cualquier estado en que se encuentren. Hago que los socorran los animales de diversas maneras, según tengan necesidad. A los enfermos solitarios haré que otro solitario salga de su celda con el fin de que lo socorra. Tú sabes que muchas veces te ha sucedido que te he sacado de la celda para satisfacer a la necesidad de pobrecitas que lo necesitaban. Alguna vez hice que lo experimentaras en ti misma, empleando esta misma providencia

[9] Lc 16,19-22.

para socorrer a tu necesidad; y, aunque falten las criaturas no falto yo, tu Creador [10]. Yo uso la providencia de todas las maneras. ¿De dónde proviene que el hombre, con tantas riquezas y cuidado de su cuerpo, con muchos vestidos, haya de andar siempre enfermucho? ¿Y cómo será que, si abraza la pobreza y desprecia el vestido que tiene para cubrir su cuerpo, se conservará fuerte y sano? Parece como si nada le fuera tan perjudicial y como si a aquel cuerpo ya no le hicieran daño ni el frío, ni el calor, ni las comidas vulgares. Esto le viene de mi providencia, que, porque todo lo dejó, le proveyó y tuvo cuidado de él.

Ves, por tanto, queridísima hija, en cuánto reposo y deleite se encuentran mis queridos pobres.

RECAPITULACION SOBRE LA PROVIDENCIA

152 [Resumen de la divina providencia.]

Te he hablado un poco de mi providencia sobre toda clase de personas. Te he dicho que al principio creé un primer mundo; después, el segundo, el de la criatura racional, formándola y dándole el ser a mi imagen y semejanza; finalmente, lo que hago, por providencia, para vuestra salvación, porque quiero vuestra santificación, y todo lo que os doy y existe, tiene esa finalidad. Esto no lo entienden los malos del mundo por haberse privado de la luz, y por eso no lo reconocen y se quejan de mi modo de obrar. Sin embargo, los soporto con paciencia, esperándolos hasta el final, atendiendo a sus necesidades, sean justos o pecadores, tanto en cosas manteriales como espirituales. Te he hablado también de la imperfección de las riquezas, y algo de la desgracia a la que arrastrarán a quienes las poseen con afecto desordenado, y, finalmente, de la excelencia de la pobreza, o sea, de las riquezas que proporciona al alma que la elige por esposa, acompañada de su hermana la humildad. De ésta, junto con la obediencia, te hablaré.

[10] Alusión autobiográfica, recogida también por el Beato Raimundo (*Vida* p.2 c.3).

Te he mostrado también lo agradable que me es y cómo la quiero y atiendo con mi providencia. Te lo he dicho para recomendar esta virtud y la fe santísima, con la que el alma consiguió este excelentísimo estado, y para hacerte crecer en la fe y en la esperanza y que llames a la puerta de mi misericordia. Mantén con vida tu deseo y el de mis servidores, y yo cumpliré hasta la muerte. Sé fuerte y alégrate en mí, pues soy tu defensor y consolador.

Hablándote de la Providencia, he satisfecho tus deseos cuando me rogabas que socorriese a las criaturas en sus necesidades. Has visto que no menosprecio los santos y razonables deseos.——

ALABANZA DE LA CARIDAD DIVINA.—PETICION DE SABER SOBRE LA OBEDIENCIA

153 [Esta alma, mientras alaba y da gracias a Dios, le pide que le hable de la virtud de la obediencia.]

Aquel alma, como ebria, enamorada de la verdadera y santa pobreza, dilatado su corazón en la eterna grandeza y transformada en el abismo de la suma e inestimable providencia, tuvo los ojos de su entendimiento fijos en la divina Majestad. Se hallaba dentro del cuerpo, pero se veía fuera de él por la enajenación y el éxtasis que había producido en ella el fuego de su caridad. Entonces dijo al sumo y eterno Padre:

——¡Oh Padre eterno, fuego y abismo de caridad; eterna belleza, sabiduría eterna, bondad eterna, clemencia, esperanza y refugio de los pecadores; generosidad inestimable, eterno e infinito bien; amor loco! ¿Es que necesitas de la criatura? Eso me parece, puesto que obras como si no pudieras vivir sin ella, siendo así que tú eres la causa de su vida, pues la vida de todas las cosas depende de ti y sin ti nadie vive [1]. ¿Cómo has enloquecido de este modo? Porque te has enamorado de lo que has creado, te has complacido y alegrado por causa

[1] Jn 1,3-4.

de ella. Como embriagado andas buscando su salvación, cuando ella te huye. Tú la vas cercando; ella se aleja y tú te acercas a ella. No podías acercarte más que tomando su humanidad.

¿Y qué diré? Haré como un balbuciente. Dire: «A, a», porque no sé qué otra cosa decir [2], pues la lengua finita no puede expresar el afecto del alma que infinitamente te desea. Me parece que puedo repetir la frase de San Pablo, que dijo: «Ni lengua puede expresar, ni oído escuchar, ni ojo comprender, ni corazón imaginar» [3] aquello que vi. ¿Qué viste? «Vi los secretos de Dios» [4]. ¿Y qué digo yo? Nada, porque los sentidos son torpes; solamente digo, alma mía, que has experimentado el abismo de la suma y eterna providencia.

Ahora te doy gracias, sumo y eterno Padre, por la bondad fuera de medida que me has manifestado a mí, miserable e indigna de toda gracia.

Pero como veo que satisfaces los santos deseos y tu Verdad no puede mentir, por eso desearía que me hablases ahora un poco de la virtud y excelencia de la obediencia, tal como tú, Padre eterno, me prometiste, a fin de que me enamore de esa virtud y no me aparte de tu obediencia. Que plazca a tu infinita bondad hablarme de su perfección, dónde la puedo hallar, por qué causa se me puede quitar, quién me la da y la señal para conocer si yo la poseo.——

[2] Jer 1,6. [3] 1 Cor 2,5. [4] 2 Cor 12,4.

Catalina ofrece su vida por la paz.

LA OBEDIENCIA

[*La obediencia del Verbo contra la desobediencia de Adán.*]

154 [*Aquí se comienza el tratado de la obediencia.*—Dónde se encuentra la obediencia.—Qué nos la quita.—Señal de si la tiene el hombre o no.—Su compañera.—Quién la fomenta.]

Entonces, el sumo, eterno y piadoso Padre volvió hacia ella los ojos de misericordia y clemencia, diciendo:

—¡Oh queridísima y dulcísima hija! El santo deseo y justas peticiones deben ser escuchadas, y por eso yo, suma Verdad, compliré la promesa que hice a ti y a tu deseo. Si me preguntas dónde encuentras la obediencia, la razón de perderla y la señal de si la guardas o no, te respondo que la encuentras perfecta en el dulce y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito. Fue tan pronta en El esta virtud, que por cumplirla corrió a la afrentosa muerte de cruz.

¿Quién te la quita? Mira al primer hombre, y verás lo que le privó de la obediencia impuesta por mí, el eterno Padre: la soberbia que siguió y tuvo origen en el amor propio y en el deseo de complacer a su compañera [Eva]. Esta fue la causa que le privó de la perfección de la obediencia y el origen de la desobediencia. Esta le quitó la vida de la gracia y le causó la muerte, y en consecuencia perdió la inocencia y cayó en la inmundicia y en una gran desgracia. Y no sólo él, sino que en ella incurrió todo el género humano, como te dije [1].

La señal que tiene para conocer esta virtud es la paciencia, y la de no tenerla te lo demuestra la impaciencia. Cuando te haya hablado de esta virtud, verás que es así.

Pero atiende: la obediencia se observa de dos modos. Una es más perfecta que otra, y, sin embargo, no se hallan separadas, sino unidas, como te dije de los mandamientos y consejos [2]. Unos son buenos y perfectos, los

[1] Cf. c.14.21 y 135.
[2] Cf. c.47.

otros son perfectísimos. Nadie puede alcanzar la vida eterna sino el obediente, pues sin obediencia nadie entra en la vida eterna, porque ésta fue abierta con la llave de la obediencia, y con la desobediencia fue cerrada con llave.

Después, obligado por mi infinita bondad, viendo que el hombre, a quien tanto amaba, no volvía a mí, que soy su fin, tomé la llave de la obediencia y la puse en manos del dulce y amoroso Verbo, mi Verdad, que, como portero, abrió la puerta del cielo. Sin esta llave y portero, mi Verdad, ninguno puede caminar, y por eso dije en el santo Evangelio que nadie puede venir a mí, el Padre, sino por El [3]. Cuando triunfante subió al cielo, elevándose del trato de los hombres por la Ascensión, y volvió a mí, dejó esta llave de la obediencia. Como sabes, la dejó a su vicario, Cristo en la tierra, a quien estáis obligados a obedecer hasta la muerte. Quien está fuera de la obediencia, se halla en estado de condenación, como te dije en otro lugar [4].

Ahora quiero que consideres y conozcas esta excelentísima virtud en el humilde e inmaculado Cordero y de dónde procede.

¿De dónde viene que el Verbo fuera tan obediente? Del amor que tuvo a mi honor y a vuestra salvación. ¿Y de dónde procede el amor? De la luz de la clara visión con que su alma veía con plena claridad a la esencia divina y a la Trinidad eterna, y así me veía siempre a mí, Dios eterno.

Esta visión causaba de modo perfecto en El la fidelidad que produce en vosotros, de modo imperfecto, la luz de la fe. Fue fiel a mí, su eterno Padre, y por eso corrió con gloriosa luz, como enamorado, por el camino de la obediencia. El amor no está solo, sino acompañado de todas las verdaderas y reales virtudes, ya que todas tienen vida en razón del amor de la caridad, aunque fuera distinta en El y en vosotros. Entre estas virtudes se encuentra la paciencia, que es la médula de la caridad. Ella es un signo demostrativo de que se encuentra en el alma que verdaderamente se halla en gracia y de si

[3] Jn 14,6.
[4] Cf. c.115 y 116.

ama o no. Por eso, la madre, la caridad, le ha dado por hermana la virtud de la obediencia. Tan perfectamente unidas se hallan, que no se pierde una sin la otra, y, o posees las dos, o no posees ninguna.

Esta virtud es la nodriza que la alimenta, es decir, la verdadera humildad, por lo que cuanto se es más obediente, tanto más humilde, y tanto más humilde cuanto más obediente. La humildad es el alma y nodriza de la caridad, y por eso su leche alimenta la virtud de la obediencia. El vestido que le da esta nodriza es envilecerse a sí misma, vestirse de oprobios, escarnios, villanías, enojo de sí y agradarme a mí. ¿Dónde encuentras ese vestido? En el dulce Cristo Jesús, mi Hijo unigénito. ¿Quién se ha envilecido más que El? El se sació de oprobios y villanías, se desagradó a sí mismo [5], es decir, a su vida corporal, por agradarme a mí. ¿Quién fue más paciente que El? No se le oyó una queja ni clamor, sino que con paciencia abrazó las injurias. Como enamorado cumplió mi obediencia, la impuesta por mí, su Padre eterno.

Así, pues, en El encontraréis la perfecta obediencia. Os dejó esta regla y doctrina, pero antes la observó El mismo. Ella da vida por ser camino derecho. El es el camino, y por eso dijo que era «camino, verdad y vida» y que quien anduviera por él andaría por la luz, y que andando por ella no puede ofender ni ser ofendido sin que esto se advierta [6], porque ha apartado de sí las tinieblas del amor propio, por el que caía en desobediencia, pues, como te dije, la compañera de donde procede la obediencia es la humildad. Por eso te dije y te digo que la desobediencia procede de la soberbia, que, a su vez, tiene origen en el amor a sí mismo, apartándose de la humildad. La hermana que se ha dado al amor propio es la desobediencia. La impaciencia y la soberbia las fomentan. Con tinieblas de falta de fe corre el alma por el camino oscuro que la conduce a la muerte eterna.

Todos debéis leer en este glorioso libro, donde encontráis esta y las demás virtudes.

[5] Flp 2,7.
[6] Jn 14,6 y 8,12.

LA OBEDIENCIA EN GENERAL

[*Llave - vestido nupcial - alegre aurora de la gracia.*]

155 [La obediencia es llave que abre el cielo.—Debe tenerse en la cintura, atada a un cordelito.—Su excelencia.]

Después de haberte manifestado dónde puedes encontrar la obediencia, de dónde procede, quién es su compañera y por quién es alimentada, te hablaré ahora de los obedientes y de los desobedientes a la vez y de la obediencia en general y en particular, o sea, de la que se refiere a los mandamientos y consejos.

Toda vuestra fe se halla fundada en la obediencia y por ella demostráis si sois fieles. Mi verdad os ha propuesto a todos, en general, los mandamientos de la ley. El principal de ellos es amarme sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos. Con este mandamiento se encuentran unidos los demás tan perfectamente, que no se puede observar uno sin que se observen todos, no se puede abandonar uno sin hacerlo con los demás [1]. Quien observa estos dos, observa todos los demás, es fiel a mí y al prójimo, me ama a mí y pertenece en el amor a mi criatura. Por eso, el obediente cumple los mandamientos de la ley respecto del prójimo en atención a mí, y con humildad soporta los trabajos y calumnias que vienen del prójimo.

Esta obediencia es tan excelente, que por ella habéis recibido todos la gracia, y, por el contrario, por la desobediencia habéis obtenido la muerte [2]. Pero no sería suficiente que la obediencia se diera sólo en el Verbo y que vosotros ahora no la practicaseis. Te dije que era una llave que abrió el cielo. Esa llave la puso Cristo en manos de su vicario; éste la pone en manos de cada uno de los que han recibido el santo bautismo, en el que se promete renunciar al demonio, al mundo, a las vanidades y delicias. Cuando promete obedecer, recibe la llave de la obediencia. De modo que cada uno la tiene en particular y es la misma llave del Verbo. Si el hombre no

[1] Mt 22,37-40.
[2] Rom 5,19.

camina a la luz de la fe y con la mano del amor para abrir con ella la puerta del cielo, nunca entrará en él, aunque haya sido abierta por el Verbo, porque yo os he creado sin vosotros, sin que nunca lo hubieseis pedido, porque os amé antes de que existieseis, pero no os salvaré sin vosotros.

Por tanto, os es necesario llevar la llave en la mano y que caminéis y no os sentéis; andar por el camino de mi Verdad y no sentarse, es decir, no poner el afecto en las cosas finitas, como hacen los necios, que siguen al hombre viejo, su primer padre, haciendo lo que él hizo, que arrojó la llave de la obediencia al lodo de la inmundicia, la hizo pedazos con el martillo de la soberbia y permitió que se llenara de herrumbre con el amor propio. Pero después vino el Verbo, mi Hijo unigénito, que tomó esta llave de la obediencia en su mano, la purificó en el fuego de la caridad divina, la sacó del lodo, la lavó con su sangre, la enderezó con el cuchillo de la justicia, colocando vuestras maldades sobre el yunque de su propio cuerpo [3]. Tan perfectamente la recompuso, que tanto como el hombre la estropee, tanto la puede recomponer con su libre albedrío, mediando mi gracia.

¡Oh hombre ciego, más que ciego, que, una vez que has estropeado la llave de la obediencia, ni siquiera te preocupas de arreglarla! ¿Crees que la desobediencia, que cerró el cielo, será la que te lo abra? ¿Crees que la soberbia, que os hace caer del cielo, os va a hacer subir a él? ¿Crees entrar en las bodas con el vestido desgarrado y sucio? ¿Crees poder caminar estando sentado y metiéndote en el légamo del pecado mortal, o que puedes abrir la puerta sin llave? No te lo imagines, porque tu imaginación quedaría frustrada. Es preciso que te liberes del pecado mortal por la santa confesión, contrición de corazón y satisfacción, con propósito de no ofender más. Entonces arrojas a tierra el vestido sucio y feo, corres con el vestido de bodas, con la luz y con la llave de la obediencia en mano para abrir la puerta. Ata, ata esta llave con la cuerda de la consideración de tu ruindad y desprecio de ti mismo y del mundo. Atala agradándome

[3] Sal 128,3.

a mí, tu Creador, con quien debes hacer un cíngulo y ceñirte [4] para que no la pierdas.

Sabe, hija mía, que son muchos los que han tomado la llave de la obediencia porque han visto con la luz de la fe que de otro modo no pueden combatir la eterna condenación. Pero tienen la llave en la mano sin el cíngulo ceñido y sin cuerda, es decir, que no se visten completamente del deseo de agradarme, sino que se dan gusto a sí mismos. No han puesto el cordón del deseo de que se les tenga por viles [5], sino, más bien, se deleitan en la alabanza de los hombres. Estos son a propósito para perder la llave, y, si no tienen cuidado, la perderán muchas veces al aflojar la mano del deseo. La llave extraviada, queriendo encontrarla, la podrán recobrar mientras vivan, y, no queriéndolo, no la recuperarán jamás. ¿Quién les mostrará que la han perdido? La impaciencia, y como la paciencia estaba unida con la obediencia, al no ser paciente, queda patente que la obediencia no se halla en el alma.

¡Oh, cuán dulce y gloriosa es esta virtud, en la que se encuentran todas las demás, porque es concebida y dada a luz por la caridad! En ella está fundada la roca de la santísima fe. El que esté desposado con esta reina no siente mal alguno: percibe paz y quietud. No le pueden dañar las olas del mar tempestuoso ni tempestad alguna; ni siente enojo en el tiempo de la injuria, porque quiere obedecer y sabe que se le ha mandado perdonar; no sufre si no se satisfacen sus apetitos, porque la obediencia le hace orientar sus deseos a mí, que puedo, sé y quiero complacer sus deseos. Ella lo ha despojado de las alegrías mundanas. De este modo, en todas las cosas, que llevaría largo tiempo en enumerar, encuentra paz y quietud, habiendo tomado a esta reina por esposa, la que yo te he dado como llave.

¡Oh obediencia, que navegas sin trabajo y alcanzas sin peligro el puerto de la salvación! ¡Te pareces al Verbo de mi unigénito Hijo: subes a la navecilla de la santísima cruz, disponiéndote a sufrir antes que transgredir la obediencia del Verbo o abandonar sus enseñanzas; ha-

[4] Is 11,5.
[5] Is 3,24.

ces de ella una mesa donde tomas el alimento del alma permaneciendo en la dilección del prójimo!

Tú te hallas ungida con la verdadera humildad, y por eso no apeteces las cosas de tu prójimo que no están conformes con mi voluntad. Eres recta, sin recoveco alguno, porque haces al corazón recto y no fingido, amando a mi criatura con naturalidad y sin simulación.

Eres una aurora que lleva contigo la gracia divina; un sol que calienta, porque no te encuentras privada del calor de la caridad. Haces que la tierra fructifique, esto es, que los instrumentos del alma y del cuerpo produzcan un fruto que tiene vida en sí y en el prójimo.

Estás completamente alegre, porque tu rostro no se ha turbado por la impaciencia; estás serena y con fortaleza. Eres grande en la prolongada perseverancia; tan grande que participas del cielo y de la tierra, porque con ella se quita el cerrojo del cielo. Eres una margarita escondida y desconocida, pisoteada por el mundo, pues te presentas como vil, sometiéndote a las criaturas [6].

Tan extensos son tus dominios, que nadie puede ser tu señor, porque te has librado de la mortal servidumbre de los propios sentidos, que te privaban de tu dignidad.

156 [Miseria de los desobedientes y excelencia de los obedientes.]

Te digo, queridísima hija, que todo esto lo ha hecho mi bondad y providencia, que determinaron que el Verbo arreglara la llave de esta obediencia. Pero los hombres del mundo, privados de toda virtud, hacen todo lo contrario. Ellos, como animales sin freno, porque les falta la obediencia, van apresurados de mal en peor, de pecado en pecado, de miseria en miseria, de oscuridad en oscuridad, de muerte en muerte, tanto que llegan al borde de la fosa de la muerte con el gusano de la conciencia que siempre les roe. Aunque pueden volver otra vez a querer obedecer los mandamientos de la ley, si tienen tiempo para ello y para dolerse de haber desobedecido, les es, sin embargo, muy fatigoso por la mucha

[6] Mt 13,44-46 y 7,6.

costumbre de pecar. Nadie se confíe ni demore tomar esta llave de la obediencia en el último momento de la muerte, si bien cada uno puede y debe tener esperanza mientras tiene tiempo; no se debe confiar en que, por tenerlo, va a enmendar su vida.

¿Cuál es la causa de su gran mal, de tanta ceguera, para no reconocer este tesoro? La nube del amor propio con la miserable soberbia, por la que se han apartado de la obediencia y caído en la desobediencia. Al no ser obedientes, no son pacientes, y en la impaciencia sufren intolerables penas. La desobediencia los ha sacado del camino de la verdad y los lleva por el de la mentira, haciéndose esclavos y amigos de los demonios, y, si no se enmiendan, a causa de la desobediencia van con sus señores los demonios al suplicio eterno. Por el contrario, los hijos queridos, observadores y obedientes a la ley, gozan y se alegran viéndome junto con el humilde e inmaculado Cordero, hacedor, cumplidor y dador de la ley. Observando la obediencia en esta vida, han gustado la paz, y en la vida bienaventurada reciben y se revisten de una perfectísima quietud; paz sin combate alguno y bien perfecto sin mal alguno; seguridad sin ningún temor; riqueza sin probreza; luz sin tinieblas; un bien infinito y no perecedero, del que participan todos los bienaventurados.

¿Quién la ha colocado en tanto bien? La sangre del Cordero, en virtud de la cual la llave de la obediencia pierde la herrumbre, para que con ella podáis abrir la puerta. De modo que la obediencia te la ha abierto en virtud de la sangre.

¡Oh necios y locos! No tardéis más en salir de las inmundicias, pues parece que hacéis como el puerco, que se revuelca en el lodo. Así lo hacéis vosotros en el lodo de la carnalidad. Abandonad las injusticias, homicidios, odio, rencor, calumnias, murmuraciones, juicios atrevidos y crueldad que usáis con vuestro prójimo; hurtos, traiciones, pasiones desordenadas y deleites mundanos. Cortad los cuernos a la soberbia, con lo que cortaréis y extinguiréis el odio, en que guardáis en vuestro corazón a los que os injurian. Comparad las injurias que me habéis hecho a mí y al prójimo con las que os han hecho, y encontraréis que, comparadas con las hechas a mí, las

vuestras son bagatelas. Veis que, permaneciendo en el odio, me injuriáis, porque transgredís mi mandamiento y hacéis injuria al prójimo, privándoos de la caridad. Os he mandado que me améis más que a todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos. No hay distinción diciéndoos: «Si él te injuria, no le ames», sino que el mandato se ha dado sencillo y escueto por mi Verdad, que lo observó y cumplió con exactitud. Así debéis cumplirlo también vosotros. Si no lo observáis, os hacéis daño a vosotros e injuria a vuestra alma por privarla de la vida de la gracia.

Tomad, pues, tomad la llave de la obediencia, acompañándola de la luz de la fe. No andéis más con tanta ceguera y frialdad, sino mantened con el fuego del amor esta obediencia, a fin de que, junto con la observancia de la ley, gustéis la vida eterna.

LA OBEDIENCIA EN PARTICULAR

[*Observancia actual de los consejos.—La obediencia en las órdenes religiosas - los fundadores de las órdenes - los religiosos santos - religiosos observantes e inobservantes - vida obediente - vida desobediente - los tibios.*]

157 [Los que tienen tanto amor a la obediencia, que no se contentan con lo general de los mandamientos, sino que abrazan la obediencia particular.]

En algunos, queridísima hija, crecerá muchísimo el dulce y amoroso fuego de amor a esta obediencia, y como el fuego no se da sin aborrecimiento, al crecer ese fuego, aumentará también el aborrecimiento. Como consecuencia de él y de este amor, no se encuentran contentos con solos los mandatos generales de la ley, a que todos están obligados a obedecer si queréis tener vida, pues de lo contrario tendréis la muerte, sino que se atienen a los mandamientos en particular, o sea, a la obediencia particular, que busca una mayor perfección. Por eso observan los consejos temporal y espiritualmente.

Esos tales, por odio a sí mismos, quieren matar en

todo su voluntad y unirse más estrechamente a mí, sometiéndose al yugo de la obediencia en una orden religiosa; o fuera de ella, se someten a una criatura, sujetando a ella su voluntad para ir más libres a reposar en el cielo. Estos son los que te dije que elegían la obediencia perfectísima.

Te he hablado de la obediencia en general; pero como es tu voluntad que te hable de la obediencia más en particular, de la perfectísima, por eso lo haré ahora de esta segunda, la cual no se distingue de la primera sino en que es más perfecta. Porque ya te dije que se hallan unidas de tal manera, que no se pueden separar.

Te he dicho de dónde procede y dónde se encuentra la obediencia general y qué es lo que la hace desaparecer. Ahora te hablaré en particular, sin apartarte del mismo esquema.

158 [Paso de la obediencia general a la particular.—Excelencia de las órdenes religiosas.]

El alma que ha tomado el yugo de la obediencia de los mandamientos con amor, siguiendo la doctrina de mi Verdad, practicándola del modo dicho, en virtud de esta obediencia general llegará a la segunda obediencia con la misma luz con que llegó a la primera. Por la luz de la santísima fe habrá conocido mi Verdad en la sangre del humilde Cordero, esto es, el amor inefable que le tengo y su fragilidad, por la que no responde a la perfección con que debe. Con esta luz va buscando el modo y lugar más a propósito para devolverme lo que me debe, para someter la propia fragilidad y matar su voluntad. Mirando con la luz de la fe ha encontrado el lugar, es decir, una orden religiosa. Esta es obra del Espíritu Santo, colocada como navecilla para recibir a las almas que quieren correr a la perfección y llevarlas al puerto de salvación.

El patrón de la navecilla es el Espíritu Santo, que en sí nunca falla por el pecado de algún religioso que conculque las reglas de su orden; pero el que lo hace se ofende a sí mismo. Verdad es, con todo, que un defecto en el que llevase el timón hace que la nave esté a merced de las olas, es decir, a causa de los malos y desventura-

dos pastores, prelados puestos por el patrón de la nave. Es ésta de tanto deleite en sí misma, que tu lengua no podría describirlo.

Digo, pues, que esta alma, crecido el fuego del deseo con santo aborrecimiento de sí misma, habiendo encontrado lugar con la luz de la fe, entra en él ya muerta si es verdaderamente obediente, esto es, si ha observado perfectamente la obediencia general. Si entra imperfecta en ese lugar, no es que no la pueda conseguir, sino que la logra si quiere ejercitar en sí la virtud de la obediencia. La mayor parte de los que ingresan en una orden son imperfectos: unos entran con perfección, otros como niños, unos por temor, otros por dificultades, otros por halagos. Todo consiste después en ejercitarse en la virtud y en perseverar hasta la muerte; que sobre su ingreso no se debe juzgar, sino sólo sobre su perseverancia. Muchos parecía que ingresaban perfectos y después han vuelto la vista atrás y vivido en la orden con gran imperfección. De modo que no se puede juzgar del modo y decisión con que entran en la navecilla, a la que todos se hallan enviados por mí, sino sólo por el modo de obrar de los que perseveran dentro con verdadera obediencia.

Esta es una nave rica, porque no precisa el súbdito pensar en lo que es necesario ni espiritual ni temporalmente, puesto que, si verdaderamente es obediente u observante de la regla, es mantenido por el patrono de la nave, el Espíritu Santo. Como sabes, te dije al hablar de mi providencia que mis servidores son pobres, pero no mendigos. Lo mismo éstos, a los que socorro en su necesidad.

Bien lo experimentaban y experimentan los que eran y son observantes de la regla. Así ves que en los tiempos en que las órdenes se regaban con la flor de la virtud, con verdadera pobreza y caridad fraterna, no les faltaban los bienes temporales, sino que tenían de lo que exigía su necesidad. Pero como en ellas ha entrado la pestilencia del amor propio, viviendo cada uno de por sí, y porque falta la obediencia, viene a faltar lo necesario; y cuanto más poseen, en mayor mendicidad se encuentran. Es justo que hasta en las cosas más pequeñas sientan qué fruto les produce la desobediencia. Si fueran

obedientes, observarían el voto de pobreza y nada tendrían propio y no viviría cada uno por su cuenta.

En ella se basa la riqueza de las santas reglas, establecidas con tanto cuidado y tanta luz por los convertidos en templo del Espíritu Santo.

Mira con cuánta discreción organizó Benito su navecilla.

Mira a Francisco con qué perfección y perfume de pobreza, con las margaritas de la virtud, ordenó la navecilla de su Orden, dirigiéndola por el camino de la alta perfección, dándole por esposa la verdadera y santa pobreza: él fue el primero que hizo esto. Personalmente lo había él hecho antes abrazando la vida humilde [1]. Menospreciándose a sí mismo, no deseaba agradar a criatura alguna, sino en conformidad con mi voluntad; más bien deseaba ser considerado vil por el mundo, mortificando su cuerpo y matando su voluntad. Se vistió de oprobios, sufrimientos y vituperios por amor del humilde Cordero, con el cual se había clavado por afecto en la cruz [2], mientras que, por singular gracia, en el cuerpo aparecían las llagas de mi Verdad, mostrando en la vasija del cuerpo lo que se encontraba en el afecto de su alma. De este modo preparó el camino.

Pero me dirás: «¿No se han fundado sobre la pobreza las otras órdenes?» Sí; pero no en todas es primordial, aunque todas se funden en ella. Se la trata como a cualquier otra virtud. Todas las virtudes reciben vida de la caridad, y, sin embargo, como te he dicho en otro lugar, a uno corresponde más una y a otro otra, y, sin embargo, todas se fundan en la caridad. Así ocurre aquí. Al pobrecillo Francisco le correspondió la verdadera pobreza, poniendo el fundamento de su navecilla en ella, con mucha estrechez, con gente perfecta y no común, con pocos y buenos. Digo «pocos» porque no son muchos los que eligen esta perfección; mas por sus defectos se han multiplicado en número y se ha disminuido la virtud; no por defecto de la navecilla, sino por la deso-

[1] Catalina admira y ensalza el espíritu de desprendimiento de San Francisco de Asís, que eligió la pobreza como camino de perfección para sí y para sus hijos.

[2] Alusión a los estigmas visibles recibidos por San Francisco en 1224.

bediencia de los súbditos y por los malos gobernantes [3].

Y si te fijas en la navecilla de tu Padre Domingo, mi amado hijo, él organizó la Orden con perfecto esmero, pues quiso que los suyos atendieran sólo a mi honor y a la salvación de las almas por medio de la ciencia. Partiendo de esta luz, quiso fundarla sin excluir la pobreza voluntaria. También él la observó, y, en señal de ello y de que le desagradaban las riquezas como prueba de que había elegido por esposa suya la reina pobreza [4], dejó por testamento a sus hijos su maldición en herencia si poseyeran o fueran dueños de pequeñas propiedades en particular o en común.

Pero tomó la luz de la ciencia como finalidad más propia suya para extirpar los errores que habían surgido en aquel tiempo [5]. Tomó el oficio de mi Hijo unigénito, el Verbo. Realmente parecía un apóstol en el mundo. Esparcía mis enseñanzas con tanta verdad y luz, que disipaba las tinieblas y hacía que brillara la luz. El fue una luz que yo ofrecí al mundo por medio de María, colocado en el cuerpo místico de la Iglesia como destructor de herejías. ¿Por qué dije «por medio de María»? Porque María le dio el hábito encargada por mi bondad [6].

¿En qué mesa hace comer a sus hijos la luz de la ciencia? En la mesa de la cruz. En esta cruz se halla colocada la mesa del santo deseo; en ella se comen almas por honor a mí. No quiso que sus hijos atendieran a otra cosa que a permanecer a esta mesa con la luz de la ciencia, buscando sólo mi gloria y alabanza y la salvación de las almas. Para que no se desviaran a otras cosas les quitó el

[3] Como todas las órdenes religiosas, la de San Francisco sufrió la relajación, consecuencia de la llamada «peste negra».

[4] Santo Domingo de Guzmán no eligió la pobreza como característica de su Orden, aunque él la observó y mandó a sus hijos que la guardaran. Catalina conocía bien el espíritu de la Orden a que pertenecía como terciaria. A exponerlo dedica las páginas siguientes, que rezuman amor y entusiasmo por su Orden.

[5] La nota característica de la Orden de Santo Domingo ha sido siempre la predicación doctrinal.

[6] Durante mucho tiempo se interpretó la aparición de la Virgen al Beato Reginaldo de Orleáns como la entrega de un nuevo hábito o modo de vestir a los componentes de la Orden. En realidad, la Virgen no dio ni mostró un nuevo hábito, sino que mostró a Reginaldo el hábito que debía vestir, es decir, la Orden religiosa en que debía ingresar.

cuidado de las cosas temporales y quiso que fueran pobres. ¿Es verdad que no le faltaba la fe temiendo no fueran socorridos? No le faltaba, pues se hallaba revestido de la fe y con esperanza firme confiaba en mi providencia.

Quiso que observen la obediencia en hacer aquello que se les había asignado. Y como el vivir en la inmundicia ofusca la visión del entendimiento, y no sólo eso, sino que este miserable vicio disminuye hasta la visión corporal, no queriendo que por esos pecados fuera impedida la luz, por esta razón puso el tercer voto, la continencia, y en todo quiere que la observen con verdadera y perfecta obediencia, aunque hoy día se guarde mal, pues más bien, en razón de la soberbia, algunos convierten la luz en tinieblas. No es que esta luz reciba en sí las tinieblas, sino que produce oscuridad en sus almas. Donde hay soberbia no puede haber obediencia, y te dije que el hombre es tan humilde cuanto es obediente, y tan obediente como humilde. Si se quebranta el voto de obediencia, pocas veces se da que no se traspasen los de continencia y verdadera pobreza.

De modo que Domingo dispuso que su navecilla esté amarrada con tres cuerdas: obediencia, continencia y verdadera pobreza. A la obediencia la hizo completamente práctica al no hacerla obligatoria bajo pecado mortal. Iluminado por mí, verdadera Luz, socorría con providencia a los menos perfectos, pues aunque todos los que observan la regla sean perfectos, con todo, en esta vida uno es más perfecto que otro, y en esta navecilla se hallan juntos perfectos e imperfectos. El se hizo semejante a mi Verdad, mostrando no querer la muerte del pecador, sino que se convierta y viva [7]. El camino de la obediencia es ancho, alegre y perfumado: un jardín de placeres en sí misma.

Pero los miserables que no la observan, sino que son sus transgresores, la han dejado convertirse en jardín salvaje, la han ampliado poco con el perfume de la virtud y la luz de la ciencia de que se nutrían a los pechos de la Orden. No digo «por culpa de la Orden», que en sí tiene toda delicia. Pero al principio no era así; cuando se

[7] Ez 33,11.

hallaba en flor, había hombres de gran perfección. Se parecían a San Pablo; con tal claridad en su entendimiento, que no se les ponían delante errores que no disipasen.

Mira al glorioso Tomás [8], que con los ojos de su relevante inteligencia se veía en mi Verdad como en un espejo, por lo que adquirió la luz sobrenatural y ciencia infusa por gracia, por lo cual obtuvo él más por medio de la oración que por el estudio humano. Fue una antorcha brillantísima que ilumina a su Orden y al cuerpo místico de la santa Iglesia, ahuyentando la oscuridad de las herejías.

Mira a Pedro virgen y mártir [9], que con su sangre iluminó las tinieblas de muchas herejías, a las que aborreció de tal modo, que por ir contra ellas perdió la vida. Mientras vivió no hacía sino predicar, disputar con los herejes, anunciar la verdad y extender la fe sin temor alguno. Y no sólo afirmó su fe durante su vida, sino hasta el último momento de su vida. Por lo que en el momento de la muerte, cuando le faltaban la voz y la tinta, habiendo recibido la puñalada, mojó el dedo en su sangre y, no teniendo papel, este glorioso mártir se inclinó y escribió en la tierra confesando la fe: «Creo en Dios» [10]. Su corazón ardía en el horno de mi caridad, y por eso no aflojó el paso o volvió la vista atrás sabiendo que iba a morir —antes de que muriese le revelé que iba a morir—, sino que, como verdadero caballero, sin temor servil, salió al campo de batalla.

Muchos casos así te podría contar de quienes no sufrieron el martirio real, pero sí espiritual, como lo tuvo Domingo. Atiende a los ladrones que el padre puso en

[8] Santo Tomás de Aquino es citado varias veces en *El Diálogo.* Ya en vida de Catalina era aceptada la doctrina de Santo Tomás como la doctrina común de la Iglesia en las ciencias teológicas. La Santa la recibió a través de las predicaciones, principalmente de los dominicos y de algunas obras de vida espiritual a que tuvo acceso.

[9] San Pedro de Verona resplandeció por su castidad y su dedicación a predicar la verdad a los herejes. Murió apuñalado por uno de ellos en 1252 y fue canonizado al año siguiente.

[10] Pedro de Verona reafirmó su fe en el momento de morir escribiendo con su sangre las palabras «Creo en Dios», según nos cuenta la historia. El asesino se convirtió e ingresó en la Orden dominicana, la misma a la que pertenecía su víctima.

la viña para trabajar, extirpando las espinas y vicios y plantando virtudes.

Verdaderamente, Domingo y Francisco han sido dos columnas de la santa Iglesia: Francisco con la pobreza, que de modo principal le fue propia, y Domingo con la ciencia.

159 [Excelencia de los obedientes e infelicidad de los desobedientes que viven en religión.]

Después de haberte hablado de los lugares, o sea, de las navecillas ordenadas por el Espíritu Santo por medio de sus patronos, y de haberte mostrado algunos de esos lugares y órdenes destinadas a la perfección, te hablaré ahora de la obediencia y de la desobediencia de los que se hallan en estas navecillas. Te dije que el Espíritu Santo era el patrón de esas navecillas fundadas a la luz de la santísima fe, conociendo por ella que mi clemencia, el mismo Espíritu Santo, será el que las gobierne. Te hablaré de todas en general y no en particular, es decir, sin hablarte más de una orden que de otra. Juntamente te mostraré el pecado del desobediente y la virtud del obediente, a fin de que mejor conozcas lo uno y lo otro. Después cómo debes andar, es decir, el modo que ha de seguir el que quiera entrar en la navecilla, o en la orden.

¿Cómo debe proceder el que quiere entregarse a una orden en concreto? Debe seguir la luz de la santísima fe, por la que conoce que le es necesario matar la voluntad, la inclinación de los propios sentidos, con el cuchillo del aborrecimiento, tomando la esposa que le dé la caridad. Me refiero a la esposa de la verdadera y pronta obediencia con la hermana suya, la paciencia, y con la nodriza de la humildad. Porque, si no tuviera esta nodriza, la obediencia perecería de hambre, porque en el alma donde no reside esta pequeña virtud, la humildad, la obediencia muere pronto.

La humildad no se encuentra sola, sino que la acompaña la sierva del interés en aparecer como vil, teniendo desprecio del mundo y de sí misma, lo que hace que el alma se considere ruin. No apetece honor, sino afrentas. Muerta de este modo, debe ir a la navecilla, a la orden,

si tiene edad para ello. Cualquiera que sea el motivo de su ingreso, porque te dije que yo llamo de diversas maneras, debe adquirir y conservar en sí esta perfección, tomar con generosidad y presteza la llave de la obediencia de la orden, la cual descorre el cerrojo del postigo que hay en la puerta del cielo. Como las puertas que tienen postigo, así ellas han decidido abrirlo metiendo la llave grande común de la obediencia, que abre la puerta del cielo. En esta puerta hay una llave más pequeña para abrir el postigo, que es bajo y estrecho. Este no se halla separado de la puerta, como ves en la puerta material. Esta llave deben conservarla y no tirarla una vez adquirida.

Como los verdaderos obedientes han visto que con la carga de las riquezas y el peso de la voluntad propia no pueden pasar por ese postigo sin grandes dificultades y para no dejar en ellas la vida ni andar con la cabeza erguida para no rompérsela, quieran o no, se ven obligados a bajarla. Por eso arrojan de sí la carga de las riquezas y de la voluntad propia, observando el voto de la pobreza voluntaria, y no quieren poseer, porque con la luz de la fe ven en qué ruina se encontrarían: traspasarían la obediencia y no observarían el voto de la pobreza voluntaria.

Caerían en la soberbia si llevaran derecha la cabeza de su voluntad y, teniendo que doblegarse alguna vez, no lo harían con humildad, sino que la pasarían con soberbia, doblegando la cabeza por fuerza. Esta rompe la cabeza a la voluntad cuando cumple la obediencia con desagrado para con la orden y con su prelado.

Poco a poco se vería que caen en el otro voto, en el de la continencia, pues quien no ha puesto en orden su apetito ni se ha despojado de los bienes temporales, emprende el trato con muchos y se hace con muchos amigos, que le aman por propia utilidad. De ese trato pasan a amistades íntimas. A su cuerpo le procuran placeres, porque no tienen como ama a la humildad, ni como hermano el considerarse viles. Por eso permanecen en la complacencia de sí mismos, viviendo desahogada y delicadamente; no como religiosos, sino como señores, sin vigilias ni oraciones. Por estas y otras muchas incidencias, porque hay de qué gastar —si no tuvieran bie-

nes, no podrían gastar—, caen en la inmundicia corporal y espiritual. Y si alguna vez, por vergüenza o por no tener ocasión, se abstienen de ello corporalmente, no lo harán en su espíritu, pues es imposible conservarlo puro a quien se mantenga en estas amistades con cuerpo bien atendido, comiendo desordenadamente y sin vigilia ni oración.

El perfecto obediente ve de lejos, con la santísima luz de la fe, el mal y perjuicio que le sobrevendría de poseer bienes temporales y caminar con el fardo de la voluntad propia. Comprende muy bien que pasar este postigo le es necesario y que ha de hacerlo muerto y no con vida, si es que no lo ha abierto con la llave de la obediencia. ¿Por qué te dije que tiene que pasar por él? Porque, si no abandona la navecilla de la orden, también, quiera o no, tendrá que pasar por la estrechez de la obediencia a su prelado.

Por eso, el perfecto obediente se levanta sobre sí mismo y domina los propios sentidos. Haciéndolo con fe viva, ha introducido el aborrecimiento en su casa con criado para que arroje al enemigo, al amor propio, porque no quiere que su esposa la obediencia sea ofendida. Esta le fue dada por la madre, la caridad, desposada con el anillo de la fe. Por esto echa de allí al enemigo y le da la compañera y nodriza de su esposa. El aborrecimiento ha arrojado al enemigo y el amor a la obediencia le pone entre los amadores de la esposa, los cuales aman la obediencia, es decir, con las verdaderas virtudes, costumbres y observancias de la orden; por lo que esta dulce esposa entra en el alma con su hermana la paciencia y su nodriza la humildad, acompañada del desprecio y despego de sí misma. Después de haber entrado posee la paz y la quietud, porque ha arrojado de su interior a sus enemigos. Permanece en el jardín de la verdadera continencia con el luminoso sol del entendimiento dentro de la pupila de la fe, proponiéndose como finalidad a mi Verdad, porque el objeto del entendimiento es una verdad. Tuvo el fuego que calienta a todos sus compañeros y criados, porque guarda las observancias de la orden con ardoroso amor.

¿Cuáles son los enemigos que quedan fuera? El principal es el amor propio, que produce la soberbia, enemi-

go de la caridad y de la humildad; la impaciencia, contraria a la paciencia; la desobediencia, contra la verdadera obediencia; la infidelidad, contraria a la fe. Presumir y confiar en sí mismo no está acorde con la verdadera esperanza que el alma debe tener en mí. La injusticia tampoco concuerda con la justicia, ni la necesidad con la prudencia, ni la intemperancia con la templanza, ni la transgresión de las costumbres de la orden con la observancia de la regla. El trato con los que viven en pecado es también enemigo.

Estos son sus crueles enemigos: la ira, contra la benevolencia; la crueldad, contra la piedad; la iracundia, contra la benignidad; el aborrecimiento de la virtud, contra el amor a ella; la inmundicia, contra la pureza; la negligencia, contra la solicitud; la ignorancia, contra el conocimiento; el mucho dormir, contra la vigilia y oración continua.

Puesto que con la luz de la fe conoció que todos éstos eran enemigos que intentaban contaminar a su esposa, por ello la santa obediencia mandó al aborrecimiento que los arrojase fuera y que el amor introdujese a sus amigos. Por lo cual, el aborrecimiento mató a la perversa voluntad propia con su cuchillo. Esa voluntad, favorecida por el amor propio, daba vida a todos los enemigos de la obediencia verdadera. Cortada la cabeza al principal, en que se apoyan todos los otros enemigos, se convierte en libre, y, sin enemigo alguno, adquiere la paz. Nada hay que le produzca amargura ni tristeza, porque el alma ha arrojado de sí todo aquello que las causaba.

¿Qué combate sostiene el obediente? ¿Le hace la guerra la injuria? No, porque es paciente. La paciencia es hermana de la obediencia. ¿Son pesadas las observancias de la orden? No, porque él ha pisoteado su voluntad, y no quiere analizar ni enjuiciar la voluntad de su prelado, sino que con la luz de la fe interpreta la voluntad mía en él, creyendo de veras que mi clemencia le obliga a mandar y a no mandar, según sea de necesidad para la salvación. ¿Se entrega al desagrado o repugancia de hacer los oficios bajos de la orden, por sufrir las befas, improperios, escarnios y villanías que os han hecho muchas veces o por ser tenido por vil? No, porque ha

querido que se le tenga por tal. Es displicente consigo, con perfectísimo aborrecimiento; hasta goza con paciencia, alegrándose en el gozo y contento de la esposa, la verdadera obediencia. No se contrista sino por las ofensas que ve que me hacen a mí, su Creador.

Su trato es con los que de veras me temen, y si, con todo, lo conserva con los que se hallan apartados de mi voluntad, no lo hace por asemejarse a ellos en los pecados, sino que, por apartarles de su desgracia, quisiera darles con caridad fraterna lo bueno que tiene, pensando que más gloria y alabanza se daría a mi nombre si hay muchos que observan las reglas y no él solo. Por eso se ingenia para atraer a los religiosos y a los seglares con la palabra y la oración. Utiliza cualquier método para sacarlos del pecado mortal. El trato del verdadero obediente es bueno y perfecto, sea con justos o con pecadores, por causa del ordenado afecto y de la amplitud de la caridad.

De la celda hacen un cielo, gozándose en hablar y tratar conmigo, sumo y eterno Padre; con afecto de amor, huyendo del ocio con humildad y continua oración. Y cuando los pensamientos, por ilusión del demonio, se acumulan en la celda de su alma, no se va a sentar o se acuesta en la cama de la negligencia, abrazando la pereza, ni quiere investigar con la razón los pensamientos del corazón ni su parecer. Huye del vicio, levantándose sobre sí misma con aborrecimiento de las cosas sensibles, con verdadera humildad y paciencia, disponiéndose a soportar los sufrimientos que siente en su espíritu. Resiste con vigilias y humildes oraciones, poniendo los ojos del entendimiento en mí, viendo con la luz de la fe que soy quien le ayuda, que puedo, sé y quiero ayudarle, que abro los brazos de mi benignidad y que las cosas que permito son para que mis súbditos huyan de sí y vengan a mí. Si la oración mental, por los grandes trabajos y oscuridad del espíritu, parece que se les disminuye, toma él la vocal o el ejercicio corporal para huir del ocio por estos medios. Con la luz contempla dentro de mí lo que le doy por amor, de donde surge la verdadera humildad, juzgándose indigno de la paz y quietud de espíritu como los demás verdaderos servidores míos, y sí digno de pena. Como se ha humillado a sí mismo en

el espíritu, con repulsa y odio de sí, no le parece que pueda saciarse con las penas, por no faltarle la esperanza en mi providencia. Con la fe y la llave de la obediencia pasa este mar tempestuoso en el interior de la navecilla de la orden. De este modo vive en la celda evitando el ocio, como se ha dicho.

El obediente quiere ser el primero en entrar en el coro y el último en comer. Cuando ve a un hermano más obediente y solícito que él, le tiene envidia santa, queriendo apropiarse de la virtud, sin desear por ello que disminuya en el hermano, porque, si lo quisiera, estaría separado de la caridad con su prójimo.

El obediente no abandona el refectorio, sino, más bien, lo visita continuamente y se expansiona en la mesa con los pobres. En señal de que se deleita en ello, para no tener disculpa de quedarse fuera, ha alejado de sí los bienes temporales, observando el voto de pobreza con tal perfección, que hasta lo necesario para el cuerpo lo tiene como digno de reproche. Su celda está llena del perfume de la pobreza y no de cortinajes. No se le pasa por el pensamiento que lleguen los ladrones para robarle ni que la herrumbre o polilla roan sus vestidos [1]. Si le dan algo, no se le ocurre guardarlo para sí, sino que libremente lo pone a disposición de los hermanos, no pensando en el día de mañana, sino que en el día de hoy socorre su necesidad, pensando sólo en el reino del cielo y de qué modo podrá observar mejor la obediencia. Y como por la vía de la humildad se observa la regla mejor, se somete al pequeño como al mayor, al pobre como al rico; se hace servidor de todos, sin rehusar nunca el trabajo; sirve a cada uno caritativamente. El obediente no quiere cumplir la obediencia a su modo, ni elegir el tiempo y lugar, sino según lo regulado por la orden y su prelado.

Todo esto lo hace el verdadero y perfecto obediente sin pena o tedio del espiritu. Pasa con esta llave por el postigo estrecho de la orden desahogadamente y sin violencia, porque ha observado y observa el voto de la pobreza voluntaria, de la continencia verdadera y de la perfecta obediencia. Ha quitado el orgullo de la sober-

[1] Mt 6,19-20; Lc 12,33.

bia e inclinado la cabeza a la obediencia por humildad, y por eso no se rompe la cabeza con la impaciencia, sino que es paciente con fortaleza y larga perseverancia, que son las amigas de la obediencia. Supera el ataque de los demonios mortificando y macerando su carne, despojándola de las delicias y deleites, y la viste de los trabajos de la orden con fe y sin desdén. Como párvulo, no tiene en cuenta los bofetones del padre, ni la injuria que se le ha hecho; este niño no tiene en cuenta las injurias ni todos los trabajos o castigos que haya recibido en la orden de parte de su prelado, sino que, si éste lo llama, humildemente se vuelve a él sin pasión de odio o rencor, con masedumbre y benevolencia.

Estos son aquellos niños de que habló mi Verdad a los discípulos cuando discutían entre ellos quién era el mayor, y, haciendo venir a un niño, dijo: «Dejad a los niños venir a mí, que de ellos es el reino del cielo; y quien no se humille como este niño (es decir, que no tenga su conducta), no entrará en el reino del cielo» [2]. Por eso, «quien se humilla, queridísima hija, será ensalzado y quien se ensalza será humillado» [3].

Por tanto, con justicia, estos pobres, humildes y súbditos en la verdadera obediencia, por no oponerse a la orden ni a su prelado, son ensalzados por mí, sumo y eterno Padre, junto con los ciudadanos de la vida bienaventurada, donde son remunerados por todos sus trabajos y experimentan en esta vida la vida eterna.

160 [Perversidad, miserias y trabajos de los desobedientes. Malas consecuencias de la desobediencia.]

Se cumple en ellos lo que dijo el dulce y amoroso Verbo, mi Hijo unigénito, cuando respondió a Pedro, que le había preguntado: «Maestro, lo hemos dejado todo por tu amor y te hemos seguido: ¿qué nos darás?» Mi Verdad respondió: «Os daré por cada uno ciento y poseeréis la vida eterna» [1]; como si mi Verdad quisiera decir: «Has hecho bien, Pedro, pues de otro modo no me

[2] Mt 10,14-15; 18,3 y 19,14; Lc 18,16-17.
[3] Mt 23,12; Lc 14,11 y 18,14.

[1] Mt 19,27-29; Mc 10,28-30; Lc 18,28-30.

podrías seguir; yo en esta vida te daré, por cada uno, ciento». ¿Qué es ese ciento, queridísima hija, al que seguirá la vida eterna? ¿A qué se refería mi Verdad? ¿A los bienes temporales? No propiamente, aunque algunas veces he multiplicado al limosnero los bienes temporales. Entonces, ¿a cuáles? Se trata del que entrega su propia voluntad, que es una sola. Yo le daré ciento por esta una.

¿Por qué pongo el número ciento? Porque es número perfecto, y no puede añadirse más a él si no se vuelve a comenzar con el número uno. Así, la caridad es perfectísima sobre todas las otras virtudes; tanto que no se puede subir a virtud más perfecta. Puedes volver a comenzar por el conocimiento de ti mismo y acrecentar por centenas tus méritos, pero siempre llegarás al número ciento. Este es aquel ciento que se da a los que han ofrecido el uno de su voluntad tanto en la obediencia general como en la particular. Con este ciento tenéis la vida eterna, porque sólo la caridad es la que entra como señora, llevando consigo a las demás virtudes; las otras permanecen fuera. Ella entra en mí, Vida duradera, porque soy Vida eterna. No entra la fe, porque ellos ven por experiencia y en esencia lo que creyeron por la fe; tampoco la esperanza, porque se hallan en posesión de lo que han esperado; y así las demás virtudes. Sólo la caridad entra como reina y me posee a mí, que soy su posesor.

Mira, pues, cómo estos pequeñitos reciben, por uno, ciento y la vida eterna, por haber recibido aquí el fuego de mi divina caridad, simbolizada en el número ciento. Y porque lo han recibido de mí, se encuentran en admirable alegría de corazón, pues en la caridad no cabe tristeza, sino alegría: hace al corazón amplio y liberal. El alma herida por esta dulce saeta no muestra en su cara o en sus palabras algo distinto de lo que hay en el corazón. No sirve a su prójimo por interés o fingimiento, porque la caridad está abierta a toda criatura. Por eso, el alma que la posee no cae en pena ni en tristeza aflictiva, ni olvida la obediencia, sino que sigue obediente hasta la muerte.

161 [Excelencia de los pobres de espíritu.—Jesucristo nos enseñó la pobreza con la palabra y con el ejemplo.—Providencia de Dios con los que abrazan la pobreza.]

Lo contrario ocurre al miserable que es obediente por la fuerza. Encuentra en la navecilla de la orden tanto sufrimiento a causa de sí mismo y de los otros, que en esta vida experimenta las primicias del infierno; está siempre triste y en confusión, con remordimiento de conciencia, con desagrado de la orden y de su prelado; se hace insufrible a sí mismo. Es de ver, hija mía, a ese que ha tomado la llave de la obediencia en la orden dominado por la desobediencia, de la que se ha hecho esclavo y ella señora, acompañada de la impaciencia, fomentada por la soberbia junto con el propio placer. La soberbia, como se ha dicho, procede del amor a sí mismo: es todo lo contrario a lo dicho sobre la obediencia. ¿Y cómo este miserable puede vivir más que sufriendo, pues se halla privado de la caridad? Por fuerza tiene que inclinar la cabeza de su voluntad, y la soberbia se la mantiene erguida. Todos los actos de su voluntad discuerdan con la voluntad de la orden. Esta le manda obedecer, y él prefiere la desobediencia; la orden manda la pobreza voluntaria, y tú, desobediente, huyes de ella poseyendo y deseando la riqueza; quiere ella la continencia, y tú la inmundicia.

Quebrantando estos votos, hija mía, cae el religioso en la ruina y en tan miserables defectos, que por su aspecto no parece religioso, sino demonio hecho carne, como más por extenso te dije en otro lugar [1]. No dejaré, sin embargo, de hablarte de su engaño y del fruto que sacan de la desobediencia, como recomendación y exaltación de la obediencia.

Este miserable se halla engañado por el amor propio, porque los ojos de su entendimiento se han fijado, con fe muerta, en los placeres de los sentidos y en las cosas del mundo. Ha salido del mundo con el cuerpo y se ha quedado con él en el afecto, y como le parece fatigosa la obediencia, quiere desobedecer. Para evitar los trabajos cae en otros mayores, pues, a pesar de todo, tiene que

[1] Cf. c.125.

obedecer de bueno o mal grado. Mejor y menos duro le fuera obedecer por amor que sin él.

¡Oh, cómo se equivoca! Nadie le engaña; se engaña él a sí mismo. Queriendo complacerse, queda a disgusto, desagradándole lo que hace en virtud de la obediencia que le es impuesta. Quiere permanecer en gran deleite y hacerse en esta vida una vida eterna para sí, y la orden, sin embargo, quiere que sea un peregrino, y continuamente se lo demuestra; porque, cuando está a gusto en algún lugar por el placer y deleite que en él encuentra, es trasladado, y por ello sufre pena, porque su voluntad estaba en contra. Si no obedece, es obligado a recibir disciplinas y fatigas en la orden, y por eso se halla en continuo tormento.

Mira, por tanto, cómo se engaña: queriendo evitar trabajos, cae en ellos, porque su ceguera no le deja conocer el camino de la obediencia verdadera, camino de verdad fundado en el obediente Cordero, mi Hijo unigénito, que le quita el sufrimiento. Y así va por el camino de la mentira. Creyendo hallar deleite en ese camino, encuentra pena y amargura. ¿Quién le lleva? El amor que tiene a la propia inclinación de desobedecer.

Como necios, quieren navegar por el mar tempestuoso con sus brazos, fiándose de la propia sabiduría y no de los brazos de la orden y de su prelado. Permanecen, ciertamente, con el cuerpo dentro de la navecilla de la orden, pero espiritualmente han salido de ella por el deseo de no observar sus ordenaciones y costumbres, ni los tres votos que prometieron guardar en su profesión. Se hallan sacudidos por el mar de la tempestad, con vientos muy peligrosos y contrarios a la nave. En ella se hallan sólo en cuanto al hábito que visten sobre su cuerpo, pero no en el corazón.

Este no es un hermano, sino un hombre con hábito. Es hombre en la figura, pero en su vida es peor que una bestia. ¿No comprende que le es más difícil navegar con sus brazos que con los de otro? En cuanto se separe de la orden por la muerte, ya no tendrá remedio. No es que no comprenda esto, sino que con la nube del amor propio, de donde ha nacido su desobediencia, se ha privado de la luz, lo que le impide descubrir sus desgracias. Se engaña, por tanto, miserablemente.

¿Qué fruto produce el árbol de este desgraciado? Fruto de muerte, porque han plantado la raíz del afecto en la soberbia que ha sacado de su placer y de su amor propio. Por ello, todo sale de allí corrompido; las flores, las hojas, el fruto y las ramas del árbol, todo está echado a perder. Las tres ramas de este árbol se hallan podridas, es decir, la obediencia, la pobreza y la continencia, que son las tres ramas que contienen el tronco del afecto, que, como se ha dicho, está mal plantado. Las hojas, las palabras que produce este árbol, están corrompidas de tal modo, que no se oirán de la boca de un bribón del siglo; y, si tiene que anunciar mi palabra, se pone a hablar con elegancia, no con sencillez, preocupándose más de su bien compuesto discurso que de dar alimento a las almas.

Si atiendes a las flores de este árbol, exhalan hedor. Son variados y distintos los pensamientos que voluntariamente recibe con deleite y complacencia. No huyen ni del lugar ni del camino que los provocan, antes bien los buscan para conseguir la realización del pecado, que es un fruto que mata, quitando la vida de la gracia y proporcionando la vida eterna. ¡Qué hediondez despide este fruto engendrado por las flores del árbol! Despide la pestilencia de la desobediencia. Con el pensamiento del corazón quiere analizar y juzgar mal la voluntad del prelado. Despide inmundicia, deleitándose con muchas conversaciones con personas a quienes aplica el calificativo de «devotas».

¡Oh miserable! ¿No ves que bajo el pretexto de la devoción saldrás con un montón de hijos? Esto te lo proporciona la desobediencia. No has tenido los hijos al modo del verdadero obediente. Busca él, hija mía, engañar a su prelado cuando advierte que le niega lo que su voluntad quisiera, empleando las hojas de las palabras, lisonjeras o ásperas; hablando irreverentemente y con reproche. No soporta a su hermano ni puede sufrir una ligera palabra de reprensión, sino que inmediatamente manifiesta el envenenado fruto de la impaciencia, ira y odio hacia su hermano, juzgando de mala intención lo que hizo con buena, y así se lamenta y vive sufriendo en el alma y en el cuerpo. ¿Por qué le ha des-

agradado su hermano? Porque se ha complacido a sí mismo con los sentidos.

Huye de la celda como si fuese un veneno, porque ha salido de la celda del conocimiento de sí mismo, y llega así a la desobediencia; por eso no puede parar en la celda material.

No quiere aparecer en el refectorio mientras tenga qué gastar, pues si carece de dinero, lo lleva la necesidad. Obran bien, pues, los obedientes que quieren observar el voto de pobreza, y así nada tienen que gastar, para que no les aparte de la dulce mesa del refectorio, donde el obediente alimenta en paz el alma y el cuerpo. No tiene el pensamiento de proveerse ni abastecerse, como el miserable desobediente, a cuyo gusto le parece amargo ir al refectorio, y por eso huye de él.

En el coro quiere ser siempre el último en entrar y el primero que sale. Con sus labios se me acerca, pero se aleja con el corazón [2].

Del capítulo [3] escapa cuando puede, por temor a la penitencia. Estar allí es como si estuviera ante un enemigo mortal, con la vergüenza y confusión de espíritu que no tuvo al cometer sus culpas de pecados mortales. ¿Cuál es la causa de esto? La desobediencia.

Para él no hay vigilia ni oración, y no sólo la oración mental, sino que con frecuencia no recitará el oficio divino a que se halla obligado. No tendrá caridad fraterna, pues no ama otra cosa que a sí mismo; y, si tiene amor, no es amor racional, sino como el de las bestias. Tantos son los males que caen sobre la cabeza del desobediente y tan dolorosos sus frutos, que tu lengua no los podría narrar.

¡Oh desobediencia, que despojas al alma de toda virtud y la vistes de toda clase de vicios! ¡Oh desobediencia, que privas al alma de la luz de la obediencia, le qui-

[2] Mc 7,6.

[3] Capítulo es la asamblea de religiosos pertenecientes a una comunidad. El llamado «capítulo de culpas» a que aquí se alude estaba destinado a conservar la disciplina y observancia religiosas. En él los religiosos debían acusarse entre la comunidad de las infracciones públicas contra la regla y ordenaciones comunitarias, y por ellas se imponía una pequeña penitencia. Poco a poco se fue convirtiendo en algo rutinario y cayendo en desuso, siendo rara ya la comunidad que no lo haya suprimido.

tas la paz y le das la guerra; se la quitas y le das la muerte! Sacándola de la navecilla de la observancia de la orden, la ahogas en el mar, haciéndola navegar con sus propios brazos y no con los de la orden. La vistes de toda clase de miserias y la haces morir de hambre, privándola del mérito de la obediencia. Le das continua amargura, la privas de todo deleite de dulzura, de todo bien, y la haces persistir en el mal. En esta vida la obligas a soportar las primicias de atroces tormentos, y, si no se enmiendan antes de que las lonas de las velas se desprendan de la navecilla a causa de la muerte, tú, desobediencia, llevas al alma a la eterna condenación, acompañando a los demonios que caen del cielo, porque me fueron rebeldes, y fueron al abismo. Así, tú, desobediente, por haber sido rebelde y arrojado de ti la llave con que debías abrir la puerta del cielo, has abierto la puerta del infierno con la llave de la desobediencia.

162 [Imperfección de los que viven tibios en la religión aunque eviten el pecado mortal.—Remedio para salir de su tibieza.]

¡Queridísima hija mía! ¿Cuántos hay así hoy que viven en esta navecilla? Muchos, y bien pocos los que hacen lo contrario, o sea, los verdaderos obedientes. Cierto es que entre los perfectos y estos desgraciados hay muchos que viven en la orden de una manera corriente, que ni son lo perfectos que deben ni son malos; es decir, que conservan su conciencia y no pecan mortalmente. Se hallan en tibieza y frigidez de corazón, y, si no ejercitan un poco su vida en las observancias de la orden, incurren en un gran peligro. Por eso les es necesaria mucha solicitud y no dormirse, levantarse de la tibieza, pues si permanecen en ella, se hallan como preparados para caer. Aunque no cayeran, seguirán con sus gustos humanos con pretexto de que es para bien de la orden, cuidándose más de observar las ceremonias que el espíritu de la orden. Muchas veces, por pocas luces, estarán predispuestos al pecado de condenar a los que guardan el espíritu con mayor perfección y no lo hacen tan perfectamente en las ceremonias, de las que ellos se han constituido en centinelas.

En todo caso es nocivo permanecer en la obediencia común, es decir, en el frío cumplimiento de la obediencia, con muchos trabajos y penas. Al corazón frío le parece trabajoso soportarlos, y por ello sufren mucho, con poco fruto. Ofenden al estado de perfección en que han entrado y que están obligados a observar. Aunque no obren tan mal como los otros de que te he hablado, con todo, obran mal, pues no abandonaron el siglo para quedarse con la llave general de la obediencia, sino para abrir el cielo con la llave de la obediencia de la orden. Esta llavecita debe tener la cuerdecita del propio desprecio a sí mismo, junto con el ceñidor de la humildad, y mantenerla muy apretada en la mano del ardoroso amor.

Sabe, hija queridísima, que éstos son muy aptos para alcanzar la perfección si ellos lo quieren, porque se hallan más cercanos a ella que los otros desgraciados. Pero en cierto sentido tienen mayor dificultad que el malvado para levantarse de su imperfección. ¿Sabes por qué? Porque ven manifiestamente que obran mal y la conciencia se lo grita, y, con todo, el amor propio, que la ha debilitado, no se esfuerza en salir de aquella culpa, aunque vea con la luz natural que lo que hace está mal. Si alguien le dijese: «No obres así», recibiría por respuesta: «Sí, pero es tal mi fragilidad, que parece que no puedo salir de esto». Ciertamente que no dicen la verdad; lo reconocen, y, sin embargo, obran mal. Por este conocimiento les es fácil salir de la tibieza, si lo quieren.

Los tibios no obran muy mal ni tampoco muy bien. Por ello no se preocupan de salir de su estado aunque se les advierta, si alguien lo hace. Permanecen sujetos a su inveterada costumbre a causa de la frialdad de su corazón.

¿Qué modo habrá para que se levanten? Que tomen la leña del conocimiento de sí mismos con el agradecimiento del propio agrado y reputación y la echen al fuego de mi caridad divina; que como si en aquel momento ingresasen en la orden, se desposen con la verdadera obediencia ayudados por el anillo de la santísima fe; que no duerman más en este estado, que a mí me desagrada y a ellos les perjudica. Con toda justicia se les podría decir esta frase: «¡Malditos tibios! ¡Si al menos fuerais

fríos! Si no os ccorregís, seréis vomitados de mi boca»[1]; porque, como se ha dicho, al no levantarse, se hacen proclives a caer, y cayendo serán reprobados por mí. Más bien quisiera que fuerais fríos, esto es, que os hallarais en el mundo con la obediencia común, la cual, en comparación con el ardor de los verdaderos obedientes, parece casi un hilo. Por eso dije: «¡Si al menos fueseis fríos!»

Te he explicado esta frase para que no caigas en el error de creer que quiero más la frialdad del pecado mortal que la tibieza de la imperfección. No, pues yo no puedo querer el pecado, ya que en mí no existe ese veneno, y me desagrada tanto en el hombre, que no consentí que quedase sin castigo y, al no ser el hombre capaz de sufrir la pena que siguió a la culpa, mandé al Verbo de mi unigénito Hijo. El, por la obediencia, llevó esa pena sobre su cuerpo.

Levántense, pues, con santos ejercicios, vigilias, humilde y continuada oración. Mírense en su orden como en un espejo y miren a los patrones de la navecilla, que han sido, como ellos, alimentados con la misma comida, nacidos del mismo modo. Yo soy el mismo Dios que antes, mi poder no se ha debilitado, ni mi voluntad ha disminuido en querer vuestra salvación, ni mi sabiduría en daros la luz para que conozcáis mi verdad.

Pueden conseguirlo, por tanto, siempre que lo quieran, siempre que dobleguen los ojos del entendimiento, privándose de la nube del amor propio y corran con la luz de los perfectos obedientes. Así alcanzarán la obediencia; no de otro modo. Aquí tienen el remedio.

ELOGIO DE LA OBEDIENCIA Y DEL OBEDIENTE

[La obediencia particular en la vida religiosa y fuera de ella.—La obediencia tiene mérito proporcionado al amor - es la virtud más agradable a Dios - al obediente todo le obedece - todo le sirve de mérito - tiene paz en la vida y en la muerte.]

163 [Excelencia de la obediencia y bienes que proporciona a quienes la abrazan de verdad.]

[1] Ap 3,15-16.

Este es el verdadero remedio que tiene el obediente de verdad, y lo tiene cada día de nuevo, aumentando la obediencia con la luz de la fe, deseando escarnios y villanías y que su prelado le haga pesados encargos para que la virtud de la obediencia y de su hermana la paciencia no se enmohezcan y en el tiempo necesario en que deban actuar no les falten ni les resulten demasiado difíciles. Por eso suena continuamente el instrumento del deseo, que no deja pasar el tiempo, porque tiene hambre de ello. Ella es una esposa solícita que no quiere permanecer ociosa.

¡Oh obediencia deleitable, oh obediencia agradable, obediencia suave, luminosa, porque has disipado las tinieblas del amor propio! ¡Oh obediencia vivificadora, que das la vida de la gracia al alma que te ha elegido por esposa y te ha librado de la muerte de la voluntad propia, que da guerra y muerte al alma! Eres generosa, haciéndote sumisa a toda criatura racional; benigna y piadosa; con benignidad y mansedumbre sufres cualquier trabajo, por estar acompañada de la fortaleza y de la verdadera paciencia. Te hallas coronada con la corona de la perseverancia; no decreces porque el prelado sea inoportuno, ni por pesadez en las tareas que sin discreción te imponga, sino que todo lo soportas a la luz de la fe. Estás tan unida a la humildad, que ninguna criatura la puede arrancar de la mano del santo deseo del alma que te posee.

¿Qué diremos, carísima hija, de esta excelentísima virtud? Que es un bien sin mal alguno. Ella permanece escondida en la nave del modo que ningún viento la puede dañar; hace navegar al alma en los brazos de la orden y del prelado y no en los suyos, porque el verdadero obediente no tiene que dar cuenta de sí, sino del prelado de quien es súbdito.

Enamórate, hija queridísima, de esta gloriosa virtud. ¿Quieres ser agradecida a los beneficios recibidos de mí, Padre eterno? Sé obediente. Por la obediencia manifiestas que eres agradecida, ya que procede de la caridad. Demuestras que no eres ignorante, puesto que procede del conocimiento de mi Verdad. Es un bien conocido en el Verbo, el cual os enseñó su camino, dándola como regla para vosotros, haciéndose obediente hasta la afren-

tosa muerte de cruz. En esta obediencia, que fue la llave que abrió el cielo, está fundada la obediencia común y esta particular dada a vosotros, como te aseguré al principio del tratado de la obediencia [1].

Esta obediencia da al alma una luz que indica que sigue fiel a mí, a la orden y a su prelado. En la luz de la santísima fe se ha olvidado de sí, no buscándose a sí misma, porque en la adquirida a la luz de la fe ha mostrado que ha muerto a su voluntad propia, a todo sentimiento propio. Esta percepción sensitiva no examina las cosas de los demás, sino las propias. En el caso del desobediente, éste quiere desentrañar la voluntad de quien le manda, y lo juzga según su bajo parecer y oscura visión. Lo hace con la voluntad propia, que le produce la muerte.

El verdadero obediente juzga benévolamente la voluntad de su prelado a la luz de la fe, y por eso no busca su voluntad, sino que dobla la cabeza y alimenta su alma con el perfume de la verdadera y santa obediencia. Tanto crece en el alma esta virtud cuanto se extiende en la luz de la fe, pues la caridad, que ha dado origen a la obediencia, procede de la fe. Con la luz que me conoce a mí, se conoce a sí misma dentro de mí; me ama y se humilla, y cuanto más me ama, más humilde y más obediente se hace. La obediencia y su hermana la paciencia manifiestan si de veras se halla vestida con el vestido nupcial de la caridad, con el que entráis en la vida eterna.

Por eso, la obediencia abre el cielo y se queda fuera, y la caridad, que dio esta llave, entra con el fruto de la obediencia. Como te dije, toda virtud se queda fuera y la caridad entra. Lo propio de la obediencia es la llave que abre, pues con la desobediencia del primer hombre fue candado el cielo y con la humilde y fiel desobediencia del inmaculado Cordero, mi Hijo unigénito, fue abierta la vida eterna, tanto tiempo cerrada.

164 [Distinción entre dos obediencias: la del religioso y la que se presta a alguna persona fuera de la religión.]

[1] Cf. c.154.

El os la dejó como regla y doctrina, dándoosla como llave para abrir y conseguir vuestro fin. Os la dejó como mandamiento en la obediencia general. Pero, si deseáis caminar a la perfección, os recomiendo que paséis por la puerta estrecha de la vida religiosa. Hay otros que no pertenecen a ninguna orden, y que, sin embargo, se hallan en la navecilla de la perfección, esto es, los que observan los consejos de la perfección fuera de una orden. Han rehusado las riquezas y vanidades del mundo temporal y espiritual y observan continencia: unos en estado virginal y otros con la fragancia de la continencia al no conservar la virginidad. Observan la obediencia, como te dije en otro lugar, sometiéndose a alguna criatura, a la que se esfuerzan por obedecer hasta la muerte con obediencia perfecta.

Si me preguntases quién tiene más mérito: el que está en una orden o el que no pertenece a ninguna, te respondería que el mérito de la obediencia no se mide por el acto externo, el lugar o la persona a que se obedece, si es más o menos malo, si es secular o religioso, sino en conformidad con la medida del amor que posee quien obedece. Así es como se mide.

Al verdadero obediente no le hace daño la imperfección del mal prelado, antes bien le ayuda, pues con la persecución, y cargas indiscretamente pesadas, adquiere la virtud de la obediencia y de la paciencia, su hermana. Ni el lugar imperfecto la perjudica. Digo imperfecto porque más perfecta, más firme y más estable es el estado religioso que cualquier otro. Por eso llamo imperfecto el lugar de los que tienen la llavecita de la obediencia, observando los consejos fuera de una orden; pero no la llamo imperfecta ni de menos mérito, porque toda obediencia y cualquier otra virtud es medida con la medida del amor.

Es cierto que en muchas otras cosas la obediencia religiosa es de más mérito, tanto por el voto que se hace en manos del prelado como porque se mantiene mejor así, y es mejor probada la virtud en la orden que fuera, y porque todo acto corporal está unido al yugo y no se puede sacudir, cuando se quiere, sin culpa de pecado mortal, por estar el voto aprobado por la santa Iglesia.

En los que se hallan fuera de una orden no es así. Vo-

luntariamente se han ligado por el amor que implica la obediencia, pero no con voto solemne; de modo que sin culpa de pecado mortal podrían abandonar la obediencia a aquella criatura teniendo causas legítimas y sin culpa por su parte. Si la abandonan por propia culpa, no sería sin gravísima culpa; no sería, sin embargo, pecado mortal el dejar esa obediencia.

¿Conoces la diferencia entre un pecado y otro? La que existe entre el que quita lo ajeno y el que reclama una cosa que había prestado con amor y con intención de no pedirla, pero sin documento que le obligue. El religioso ha otorgado documento por su profesión cuando en manos del prelado ha renunciado a sí mismo y prometido observar la obediencia, continencia y pobreza voluntaria; el prelado le promete, si lo observa hasta la muerte, darle la vida eterna.

Así, pues, la observancia de la obediencia, en cuanto al lugar y modo, es más perfecta en una orden. Es más segura, y, si el súbdito cae, tiene más facilidad y ayuda para levantarse. La otra —la obediencia fuera de una orden— es más dudosa y menos segura; con más facilidad vuelve la vista atrás, porque no se siente ligado con un voto de profesión; vuelve al estado en que se halla el religioso antes de haber profesado, ya que hasta la profesión puede marcharse y después no.

Pero el mérito, te he dicho y repito, depende del amor del verdadero obediente, a fin de que cada uno, en cualquier estado en que se halle, pueda perfectamente tenerlo, si lo ha hecho sólo por amor.

A uno llamo yo a un estado, y a otro a un estado distinto, según las aptitudes de cada uno para recibir; pero cada uno es recompensado según la medida del amor. Si el seglar ama más que el religioso, recibe más, y lo mismo el religioso perfecto respecto del seglar, y así ocurre también con todos los demás estados.

165 [Dios no premia según el trabajo ni el espacio, sino en conformidad con la grandeza de su caridad.—Prontitud de los verdaderos obedientes.—Milagro de Dios en razón de esta virtud.—La discreción en la obediencia.—Obras y premio al verdadero obediente.].

A todos os he puesto a trabajar en la viña de la obediencia de modos diversos. A cada uno le será dado el salario según la medida del amor y no según la cantidad de trabajo o la duración en el tiempo; es decir, que el que llega temprano reciba más que el que llega tarde, como se contiene en el santo Evangelio al poneros mi Verdad el ejemplo de los que estaban ociosos y fueron enviados por el Señor a trabajar a su viña. Tanto dio a los que llegaron a la aurora como a los de la hora prima, mostrándoos mi Verdad que seréis remunerados no según el tiempo ni lo trabajado, sino según la medida del amor [1]. Muchos son enviados en la niñez a trabajar a esta viña; otros, más tarde, y algunos, en su vejez. Estos últimos andarán algunas veces con tan ardoroso amor, que considerarán la brevedad del tiempo y alcanzarán a los que ingresaron en su infancia, porque éstos han caminado a paso más lento. Por tanto, por el amor de la obediencia recibe el alma su mérito; en ella llena su vasija de mí, Mar de paz.

Hay muchos que tienen tan pronta esta obediencia y tan hecha una cosa con su alma, que no se ponen a querer ver razones ni el porqué del mandato de quien lo hace, sino que apenas esperan que salga de la boca, cuando ya con la luz de la fe comprenden la intención de su prelado. Y así, el verdadero obediente obedece más a la intención que a las palabras, interpretando que la voluntad del prelado es la mía y encargo mío lo que él manda. Por eso te dije que obedecía más a la intención que a la palabra. Obedeció a las palabras porque antes lo hizo en su voluntad con el afecto, viéndola con la luz de la fe y juzgando la voluntad del prelado como si fuera la mía.

Bien patente quedó en lo que se lee en la *Vita Patrum* de uno que antes obedecía con el afecto, pues habiéndosele encargado algo cuando había comenzado a escribir una «O», que es cosa tan pequeña, no se dio espacio de tiempo a sí mismo para terminarla y cumplió inmediatamente a cumplir el encargo. Para manifestar cuán agradable me había sido aquella prontitud, hizo allí mi cle-

[1] Mt 20,1-16.

mencia un milagro, y terminó la otra mitad escrita en oro.

Esta gloriosa virtud me es más grata, porque en ninguna otra hay tantas señales y testimonios de milagros obrados por mí referentes a ella, porque procede de la luz de la fe.

Para demostrar cuán agradable me es esta virtud, la tierra y los animales son obedientes. El agua sostiene al obediente, y, si te fijas en la tierra, ésta obedece al obediente, como viste —si te acuerdas haberlo leído en la *Vita Patrum*— de aquel discípulo al que, habiéndole dado su abad un palo seco para que lo plantara en la tierra y que lo regase todos los días, con la luz de la fe no se puso a decir: «¿Cómo será posible?», sino que, sin querer saber nada de imposibilidades, cumplió lo que le mandaban, hasta tal punto que, en virtud de su obediencia y de la fe, el palo seco reverdeció y dio fruto, como señal de que el alma se había levantado sobre la sequedad de la desobediencia, y, reverdecida, daba el fruto de la obediencia; por lo que el fruto de aquel árbol era llamado por los Santos Padres «el fruto de la obediencia».

Y si miras a los animales que no tienen razón, ocurre lo mismo. Como con aquel discípulo que, obligado por la obediencia, a causa de su pureza y obediencia, aprisionó a un dragón y lo llevó a su abad; pero el abad, como verdadero médico, para que no le viniera la ventolera de la vanagloria y para probarlo en la paciencia, lo echó, reprochándole: «Tú, bestia, has traído atada a la bestia».

Si consideras el ardor, sucede lo mismo. Por lo que en la Sagrada Escritura tienes que muchos, por no quebrantar mi obediencia o por obedecerme con prontitud, siendo colocados sobre el fuego, éste no les hacía daño, como ocurrió con aquellos tres muchachos que estaban en el horno y de otros muchos que se podrían nombrar [2].

El agua sostuvo a Mauro cuando fue mandado por la obediencia a salvar a aquel discípulo que se hallaba debajo de ella. El no pensó en sí, sino que con la luz de la

[2] Dan 3,12-24.

fe intentó cumplir el encargo de su prelado. Se metió bajo el agua como si anduviese por tierra y salvó al discípulo.

En todas las cosas, si abres los ojos del entendimiento, hallarás desmostrada la excelencia de esta virtud.

Todo debe abandonarse por la obediencia. Si te encontraras elevada a tan gran contemplación y unión del espíritu en mí, que tu cuerpo estuviera suspenso sobre la tierra, si se te manda por obediencia —hablándote en general y no en particular, puesto que no se sujeta a leyes—, pudiendo, debes esforzarte por cumplir inmediatamente la obediencia impuesta. Piensa que no debes abandonar la oración cuando es su hora, a no ser por caridad y por obediencia. Te digo esto para que consideres cómo deseo que sea pronta en mis servidores y cuánto me agrada.

Todo lo que hace el obediente tiene mérito: si come, lo hace por obediencia; si va o se queda, si ayuna o vela, todo lo hace por obediencia; si está en el coro, o en el refectorio, o en la celda, quien le guía y hace estar allí es la obediencia con la luz de la santísima fe. Con ella queda como muerta el alma a todo género de voluntad propia, humillada y con aborrecimiento, con los brazos de la orden y de su prelado.

Con esta obediencia descansa en la nave, se deja guiar de su prelado, ha navegado en el mar tempestuoso de esta vida con gran bonanza, espíritu sereno y tranquilidad del corazón, porque por ella, acompañada de la fe, quita toda oscuridad. Permanece fuerte y segura, porque, al desprenderse de la voluntad propia, de la que procede toda debilidad y temor desordenado, ha arrojado de sí la debilidad y el temor.

¿Qué come y bebe esta esposa, la obediencia? Come conocimiento de sí y de mí al conocer que de por sí no existe, al reconocer sus pecados y ver que yo soy el que soy, en el que experimenta y come mi verdad, que ella la ha conocido en mi Verdad, el Verbo encarnado. ¿Y qué bebe? Sangre. Por ella mi Verbo ha manifestado mi verdad y el amor inefable que le tengo. En esta sangre se muestra la obediencia que a El le he impuesto yo, el Padre eterno, por vosotros, y por eso se embriaga. Una vez ebria por la sangre y la obediencia del Verbo, pierde

el alma su «yo», todos sus pareceres y sabiduría, y me posee por gracia, gustándome, por el afecto del amor con la luz de la fe, en la santa obediencia.

Durante toda su vida clama por la paz y en la muerte recibe lo que le fue prometido por el prelado en su profesión, es decir, la vida eterna, visión de paz y de suma tranquilidad y reposo, bien inestimable que nadie puede apreciar ni comprender lo grande que es, por ser infinito. Por eso no puede ser comprendido este bien infinito por algo que sea finito, como el vaso echado al mar no contiene en sí a todo el mar, sino la cantidad que corresponde a su capacidad. El amor es lo que se abarca a sí mismo, y por eso yo, Mar de paz, soy el único que me abarco y que conozco el precio de mí mismo, y por estas dos acciones me gozo en mí mismo. El gozo y el bien que tengo en mí lo comparto con vosotros, con cada uno según su capacidad. Yo la lleno y no la tengo vacía. Cuando le doy la perfecta bienaventuranza, comprende y conoce de mi voluntad tanto como le he dado a conocer mí mismo.

La obediencia, pues, con la luz de la fe en la verdad, arde en el horno de la caridad, ungida por la humildad, embriagada de su sangre, con la paciencia, su hermana, y con el intento de ser tenida por ruin en cuanto a sí misma, con fortaleza y amplia perseverancia y con las otras virtudes; es decir, con el fruto de las virtudes ha conseguido el fin y me ha conseguido a mí, su Creador.

Catalina muere en Roma.

CONCLUSION

RECAPITULACION DE TODO EL LIBRO

166 [Resumen de casi todo el presente libro.]

Dilectísima y carísima hija: he satisfecho tu deseo de que te explicara la obediencia del principio al fin. Si te acuerdas bien, al principio me pediste, con un angustiado deseo, que yo mismo te daba, que pudieses hacer crecer el fuego de mi caridad en tu alma. Hiciste cuatro peticiones.

Una fue en favor tuyo, a la que he satisfecho iluminándote con mi verdad, mostrándote el modo de conocer esa verdad, tal como lo deseabas. Te la manifesté con el conocimiento de mí y de ti y a la luz de la fe al explicarte el modo de llegar al conocimiento de la verdad.

La segunda petición fue que tuviese misericordia del mundo.

La tercera fue por el cuerpo místico de la Iglesia, suplicándome que la librase de las tinieblas y de la persecución, queriendo que el castigo se hiciera en ti. Sobre esto te mostré cómo ninguna pena sufrida en el tiempo perecedero, por sola la pena, no puede satisfacer la culpa cometida contra mí, bien infinito; pero es satisfecha si la pena se halla unida al deseo del alma y a la contrición de corazón. El modo ya te lo expliqué. Te he respondido también que quiero hacer misericordia al mundo, mostrándote que ésta es una característica mía, de donde, por la misericordia y por el amor inestimable que tuve al hombre, envié al Verbo de mi Hijo unigénito. Para hacértelo más claro, te puse una alegoría, el puente que viene del cielo a la tierra por la unión de la naturaleza divina con la vuestra humana.

Para iluminarte más sobre mi verdad, te dije también cómo a ese puente se ascendía por tres escalones, esto es, por las tres potencias del alma. De este Verbo y puente que te he mostrado te enseñé tres escalones en su cuerpo, que son los pies, el costado y la boca. En ellos

están figurados los tres estados del alma: imperfecto, perfecto y perfectísimo. En el último alcanza el alma la excelencia del amor unitivo.

En cada uno te he señalado claramente qué es lo que quita la imperfección y qué hace que el alma alcance la perfección y cómo se pierde ésta, así como los ocultos engaños del demonio y del amor propio espiritual. En estos estados te hablé de las tres admoniciones que hace mi clemencia; una te la puse en esta vida; otra, en la muerte, pues si muere sin esperanza, muere en pecado mortal, y la tercera, en el juicio final. De los que estaban en la segunda te dije que los que andan bajo el puente se hallaban en el camino del demonio, y te hablé de su desventura. Te hablé algo de la pena de los condenados y de la gloria de los bienaventurados, cuando cada uno haya recibido nuevamente su cuerpo.

Te prometí también, y te prometo, que, en virtud de los grandes sufrimientos de mis servidores, reformaré a mi esposa, invitándoos a sufrir, lamentándome contigo de su maldad y mostrándote la excelencia de los ministros. Les he puesto en esta excelencia y reverencia que exijo les tengan los seglares, diciéndoos que por sus defectos no debe disminuir la veneración a ellos y cuánto me desagrada lo contrario. Te hablé de la virtud de los que viven como ángeles, diciéndote también algo a propósito del sacramento.

Te hablé, asimismo, de dichos estados, porque querías conocer los estados de las lágrimas y su procedencia, y te los relacioné con éstos. Te he dicho que todas las lágrimas salen de la fuente del corazón de modo ordenado. Te hablé también de los cuatro estados de lágrimas y de las quintas, que engendran la muerte.

He contestado a la cuarta petición que me hiciste, es decir, que proveyese al caso particular ocurrido. Como sabes, yo lo proveí. Además te he explicado sobre mi providencia en general y en particular, mostrándote, desde el principio de la creación hasta el fin, cómo todo lo he hecho y lo hago con divina providencia, dando y permitiendo tribulaciones, consuelos espirituales y temporales. Todo se da para vuestro bien, para que os santifiquéis en mí y mi verdad se cumpla en vosotros. La verdad fue ésta: que os creé para que tuvierais vida eterna.

Esto se manifiesta por la sangre del Verbo, mi Hijo unigénito.

Finalmente, satisfice tu deseo y mi promesa de explicarte sobre la obediencia y sobre la imperfección por la desobediencia, de dónde procede y quién la arrebata. Te la presenté como llave, y eso es. Te hablé de la obediencia particular, de los perfectos y de los imperfectos, de los religiosos y de los que no pertenecen a ninguna orden, de cada cosa por separado; de la paz que proporciona la obediencia y de la guerra que origina la desobediencia y cómo se engaña el desobediente, dándote a entender que la muerte vino al mundo por la desobediencia de Adán.

Ahora, yo, Padre eterno, suma y eterna Bondad, concluyo que por la obediencia del Verbo, mi Hijo unigénito, tenéis vida. Todos, desde el primer hombre, el hombre viejo, contrajisteis la muerte. Por eso, todos los que quieren llevar la llave de la obediencia han recibido la vida del hombre nuevo, el dulce Cristo Jesús, de quien yo hice puente, porque el camino del cielo estaba cortado. Pasando vosotros por este dulce y recto camino, que es una verdad iluminadora, con la llave de la obediencia, cruzáis las tinieblas del mundo y no os hacen daño, y, al fin, con la llave abrís el cielo.

Ahora te invito al llanto, a ti y a los otros servidores míos. Por él y por la humilde y perseverante oración quiero ser misericordioso con el mundo. Corre por este camino de la verdad muerta, para que no sea reprendida de andar despacio. Ten cuidado con salir de la celda del conocimiento de ti y conserva y gasta en esta celda el tesoro que te he dado. Esta es doctrina de verdad, fundada sobre la roca viva, el dulce Cristo Jesús, verdadera luz que disipa las tinieblas. Vístete con ella de veras, queridísima hija.——

AGRADECIMIENTO.—ALABANZA A LA TRINIDAD.—ALABANZA A LA FE.—ORACION ULTIMA: LA VERDAD EN LA FE

167 [Esta devotísima alma, agradeciendo y alabando a Dios, ruega por todo el mundo y por la santa Iglesia.—Recomendando la fe, da fin a esta obra.]

Entonces, aquella alma, después de haber visto y conocido con los ojos del entendimiento y con la luz de la fe santísima la verdad y excelencia de la obediencia y haberla escuchado con emoción y gustado por medio del afecto, con angustiado deseo, mirándose como en un espejo en su divina majestad, le dio gracias, diciendo:

—Gracias, gracias a ti, Padre eterno, que, siendo yo criatura tuya, no me has despreciado ni has apartado tu rostro de mí, ni has menospreciado mis deseos. Tú, Luz, no has tenido en cuenta mis tinieblas; tú, Vida, no has mirado que estoy muerta; tú, Médico, no te has apartado de mí por mis enfermedades; tú, Pureza eterna, me atendiste a mí, que me encuentro llena de miserias; tú, Infinito, viniste a mí, que soy perecedera; tú, Sabiduría, llegaste a mí, que soy necia.

Tú, Sabiduría; tú, Bondad; tu Clemencia, y tú, infinito Bien, no me has despreciado por todos estos y otros infinitos males y pecados que hay en mí, sino que de tu luz me has dado luz. He conocido en tu sabiduría la verdad; en tu clemencia he encontrado tu caridad y el amor al prójimo. ¿Quién te ha obligado? No mis virtudes, sino sólo tu caridad.

Que este mismo amor te obligue a iluminar los ojos de mi entendimiento con la luz de la fe a fin de que conozca la verdad que me has manifestado. Haz que mi memoria sea capaz de retener tus beneficios y la voluntad arda en el fuego de la caridad; el fuego que hace germinar y arrojar hacia mi cuerpo mi sangre y con ella, dada por amor, y con la llave de la obediencia, abra la puerta del cielo.

De corazón te pido lo mismo para toda criatura racional en general y en particular y para el cuerpo de la santa Iglesia. Confieso, no lo niego, que me amaste antes de existir yo y que me amas inefablemente como un loco por lo que ha creado.

¡Oh Trinidad eterna, oh Deidad! Esta, la naturaleza divina, dio valor a la sangre de tu Hijo. Tú, Trinidad eterna, eres un mar profundo, donde cuanto más me sumerjo, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Eres insaciable, pues llenándose el alma en tu abismo, no se sacia, porque siempre queda hambre de ti, Trinidad eterna, deseando verte con luz en tu luz.

Como el ciervo desea las fuentes de agua que corren, así mi alma desea salir de la cárcel del cuerpo tenebroso y verte en realidad. ¡Oh! ¿Cuánto tiempo estará escondida tu cara a mis ojos?

¡Oh Trinidad eterna, fuego y abismo de caridad! Disipa para siempre la nube de mi cuerpo. El conocimiento que me has dado de tu verdad me obliga a desear ser privada de la gracia de mi cuerpo y dar la vida por gloria y alabanza de tu nombre. Por haber experimentado y visto con la luz del entendimiento la luz de tu abismo y la belleza de la criatura, Trinidad eterna, por eso, mirándome en ti, he visto que era imagen tuya, partícipe de tu poder, Padre eterno, y de tu sabiduría en el entendimiento. Esta sabiduría se atribuye a tu Hijo unigénito. El Espíritu Santo, que procede de ti y de tu Hijo, me ha dado la voluntad, pues soy capaz de amar.

Tú, Trinidad eterna, eres el que obra, y yo, tu criatura. He conocido que estás enamorada de la belleza de tu obra en la nueva creación que hiciste de mí por medio de la sangre de tu Hijo.

¡Oh abismo, oh Deidad eterna, oh Mar profundo! ¿Qué más podías darme que darte a ti mismo?

Eres fuego que siempre arde y no se consume: tú, el Fuego, consumes en tu calor todo el amor propio del alma; eres el fuego que quita el frío; tú iluminas, y con tu luz nos has dado a conocer tu Verdad; eres Luz sobre toda luz, que da luz sobrenatural a los ojos del entendimiento con tal abundancia y perfección, que clarificas la luz de la fe. En esta fe ves que mi alma tiene vida y con esta luz recibe la luz.

Por la luz de la fe fue adquirida la sabiduría del Verbo, tu Hijo; en la luz de la fe soy fuerte, constante y perseverante; por ella espero y ella no me permite equivocar el camino. Esa luz me lo enseña, y sin ella andaré a oscuras; por eso dije: Padre eterno, que me ilumine la luz de la santísima fe.

Verdaderamente, esta fe es un mar, porque alimenta el alma en ti, Mar de paz, Trinidad eterna. El agua no está turbia, y por ello no teme, pues conoce la verdad. Está destilada; tan clara, que manifiesta las cosas ocultas, por los que abunda la refulgente luz de la fe, tanto que casi hace comprender al alma lo que cree. Es un es-

pejo por medio del cual tú, Trinidad eterna, me haces entender. Para mirarme en él lo tengo con la mano del amor. Me veo en ti, pues soy criatura tuya, y a ti te veo en mí por la unión que hiciste de la divinidad con nuestra humanidad.

En esta luz te conozco y te presentas a mí, tú, infinito Bien, más excelso que cualquier otro; bien feliz, incomprensible e inestimable. Eres Belleza sobre toda belleza, Sabiduría sobre toda sabiduría; es más, eres la sabiduría en sí misma. Eres alimento de los ángeles; te has dado a los hombres con ardiente fuego de amor. Eres Vestido que cubre toda desnudez; alimentas con dulzura a los que tienen hambre. Eres dulce, sin amargura alguna.

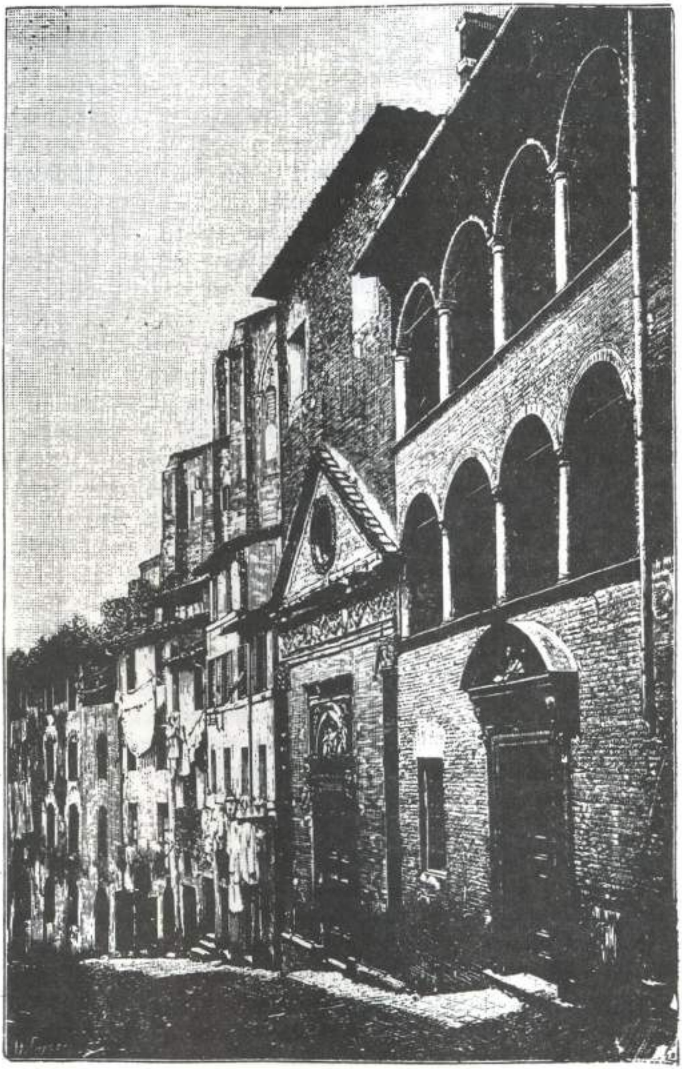
¡Oh Trinidad eterna! En la luz que me diste, recibida con la de la santísima fe, he conocido por muchas y admirables explicaciones, allanando esa luz el camino de la perfección, a fin de con ella y no en tinieblas te sirva, sea espejo de buena y santa vida, pues siempre, por mi culpa, te he servido en tinieblas. No he conocido tu Verdad, y por ello no la he amado. ¿Por qué no te conocí? Porque no te vi con la gloriosa luz de la fe, ya que la nube del amor propio ofuscó los ojos de mi entendimiento. Tu, Trinidad eterna, con la luz disipaste las tinieblas.

¿Quién podrá llegar a tu altura para darte gracias por tanto desmedido don y grandes beneficios como me has otorgado? La doctrina de la verdad que me has comunicado es una gracia especial, además de la común que das a las otras criaturas. Quisiste condescender con mi necesidad y la de las demás criaturas semejantes a nosotros.

Responde tú, Señor. Tú mismo lo diste y tú mismo respondes y satisfaces infundiendo una luz de gracia en mí, a fin de que con esa luz yo te dé gracias. Vísteme, vísteme de ti, Verdad eterna, para que camine aprisa por esta vida mortal con verdadera obediencia y con la luz de la santísima fe, con la que parece que de nuevo embriagas al alma. Deo gratias. Amén.——

Fin del libro compuesto por la bendita virgen, fiel esposa de Jesucristo, Catalina de Siena, dictado en abstracción, vestida con el hábito de Santo Domingo.

ORACIONES Y SOLILOQUIOS



Casa donde nació y vivió Catalina, centro de reunión de su grupo de discípulos. (Grabado antiguo.)

INTRODUCCION

Manuscritos y ediciones

La segunda parte, y la más pequeña de este volumen, se halla dedicada a las ORACIONES Y SOLILOQUIOS de Santa Catalina de Siena. De este modo seguimos una tradición que se inicia con la edición latina de ***El Diálogo*** en Brescia en 1496. Desde esta fecha es muy frecuente colocar estas oraciones como un apéndice de él. A la edición de Brescia siguieron las de Colonia (1553 y 1569), Ingolstadt (1583) y Estrasburgo (1601), entre las más antiguas de esta característica.

Entre las ediciones españolas debemos recordar la de Alcalá (1512), Barcelona (1698) y Madrid (ed. BAC, 1955). Como se ve, las ediciones en lengua española se reducen a tres.

La primera colección de *Oraciones* se encuentra en el archivo de la Orden de Predicadores, ubicado en el convento de Santa Sabina, de Roma. El códice contiene 22. Están en latín y han sido impresas de nuevo por Giuliana Cavallini en Roma (1978), junto con el texto original italiano del que se hizo la versión latina. Considero un verdadero acierto la publicación de los manuscritos italiano y latino en páginas contrapuestas. De su cotejo se advierte la fidelidad de la traducción latina, que es útil para la más perfecta fijación del sentido de algunas palabras italianas que pueden resultar de dudosa interpretación castellana.

El texto italiano del que se hizo la citada versión se encuentra en la Biblioteca Comunale degl'Intronati, de Siena. Contiene 17 oraciones en un manuscrito que es de fines del siglo XIV.

Para la traducción castellana que sigue tomamos los textos publicados por G. Cavallini.

Los colectores de las oraciones se dieron cuenta de que la colección que presentaban era muy pequeña en comparación con las «casi infinitas».

Tanto el códice italiano como el latino aseguran que

estas oraciones fueron oídas y recogidas palabra por palabra por sus devotos discípulos estando ella en éxtasis, fuera de sus sentidos. Eran pronunciadas en lengua vulgar, en dialecto toscano, que era el que hablaba la Santa. Así consta antes de comenzar la transcripción de la primera oración.

La traducción latina fue hecha por los discípulos de Catalina, que conocían bien el pensamiento y método expositivo de la virgen sienense.

Estudiando la fecha de composición de las oraciones recogidas, vemos que van desde el año 1376 hasta su muerte en 1380; es decir, cuatro años. La mayoría, sin embargo, corresponden a los años 1378 y 1379. No deja de ser coincidencia que pertenezcan a los años en que se escribía *El Diálogo* o cuando se hallaba ya concluido.

El manuscrito latino, que contiene 19 oraciones, dice en su presentación: «De orationibus autem suis quasi innumeras fecit in Senis, in Florentia, in Pisis et in multis aliis Italiae locis nulla hic habetur». Esta advertencia se repite, con mínimas variaciones, en el manuscrito italiano de Siena.

Aunque Giuliana Cavallini declara que su edición no es la edición crítica, definitiva, sino «punto de partida para investigaciones posteriores», hay que reconocer que es la mejor publicada hasta la fecha.

Cómo se hicieron las oraciones

Fray Bartolomé Dominici habla del tema del modo siguiente:

«Recibida la eucaristía..., su espíritu se elevaba a Dios de tal modo, que perdía el uso de los sentidos, y de este modo permanecía insensible todos los días, totalmente absorta e insensible durante tres horas y más. Con frecuencia también en éxtasis, hablando con Dios, profería con voz clara profundas y devotas oraciones... las cuales, en su mayor parte, fueron transcritas palabra por palabra; algunas por mí y muchas por otros cuando ella, como se ha dicho, las pronunciaba con voz clara y distinta. De su profundidad no hablo en honor a la brevedad. En modo alguno sus palabras y su sentido parecen

ser de una mujer, sino doctrina y sentencias de un gran doctor» [1].

En la oración (resumen de las números 1 y 2), interrumpiendo el texto, se lee: «después de esto calló, yaciendo en tierra, abstraída e inmóvil como antes, durante una hora poco más o menos. Y después, yaciendo también en tierra, contestó a las cosas anteriores» [2].

Al concluir esta oración (1-2), se dice que Catalina permaneció en la misma postura, pero con las manos extendidas y con los brazos en forma de cruz, «durante una hora poco más o menos». Después le rociaron la cara con agua bendita, invocando a Jesús varias veces. Sacudieron a continuación fuertemente su cuerpo, y poco a poco comenzó a palpitar su corazón, diciendo ella con voz baja varias veces: "Alabado sea Dios ahora y siempre". Después, reconfortado su espíritu, comenzó a hablar con más claridad y se levantó, alabando y bendiciendo a Dios sin saber qué hora era» [3].

A continuación se dan los nombres de nueve testigos presentes, indicando que había más, entre los cuales se encontraban «tres compañeras de la misma señora [Catalina]».

Este ambiente, la duración de la oración y del éxtasis y el modo de sacarla de él nos resulta extraño; pero recordemos que hubo otros éxtasis en que se la creyó muerta.

La oración número 3, según el códice latino, nos asegura que esta oración se hizo «para apartar al papa Gregorio... del propósito de volverse atrás, ya determinado en un consistorio, a causa de las contrariedades para su llegada a la ciudad [Roma]» [4]. Esto podía pedirlo la Santa al Señor en la oración; pero tal como ésta se halla redactada, más parece haber sido escrita para enviársela, puesto que toda ella es una exhortación a la fortaleza, a recordar al papa el cumplimiento de su deber, dándole ánimos.

Algo semejante podemos observar a propósito de la

[1] *Processo castellano*, en *Fontes vitae S. Catharinae Senensis historici* IX p.328-29, ed. por P. Laurent (Milano 1942).

[2] CAVALLINI, Giuliana, *Le orazioni* (Roma 1978).

[3] Ibid., p.25.

[4] Ibid., p.26.

oración 14, compuesta a instancias de un cardenal dominico.

De lo anterior parece desprenderse que al menos algunas oraciones tenían finalidad de exhortación a tal o cual persona o grupo de personas más que de alabanza o impetración, que son los elementos fundamentales de toda oración.

¿Oraciones o soliloquios?

En relación con lo anteriormente dicho, tenemos que hacer la observación de que una serie de oraciones no contienen plegaria ni petición alguna; por ejemplo, las número 13, 15, 18, 19 y 22 y las 32 y 35, que no aparecen en el códice sienense y me ha parecido oportuno añadir en esta edición.

Bien miradas y analizadas estas llamadas oraciones, deberían recibir, con más propiedad, la denominación de «soliloquios» tenidos en presencia de algunos de sus discípulos, entre los que se hallarían algunos que pudieran hacer de amanuenses o secretarios. Los discípulos de Catalina se hallaban tan «encatalinados», que recibían toda palabra salida de su boca como algo revelado por Dios a ella. Muchas de esas oraciones son una exposición doctrinal sobre temas diversos, unas veces a propósito de una festividad litúrgica, y otras, expansión lógica de su alma en una determinada circunstancia.

Que éste era el sentir al menos de alguno de sus secretarios, aparece patente en el texto italiano de la oración número 9, que termina así: «Después oró por la Iglesia, por el vicario de Cristo y por todo el mundo, y especialmente por sus hijos, *del modo acostumbrado,* con dulcísimas, elevadas y hermosas palabras que omito» [5]. Luego, al menos para este secretario, lo importante de veras era la exposición doctrinal y ésa la finalidad de la oración. El mismo caso se repite en la oración 17, en cuyo texto italiano se lee como colofón: «Después de esto, la misma bendita virgen [Catalina] oró para que los

[5] Ibid., p.102 y 103.

hijos participaran de la naturaleza divina, amándose mutuamente, etc.». Hasta el «etcétera» parece indicar la relativa poca importancia que el secretario daba a la plegaria en comparación con la exposición doctrinal.

Según esto, nos es permitido asegurar que estas oraciones eran, más bien, instrucciones espirituales a sus discípulos y que ésa fue la razón de recogerlas.

Aún hay otro elemento que confirma que estas pequeñas producciones tenían de oraciones sólo la forma literaria. En la oración 12, tanto en el texto italiano como en la traducción latina aparece intercalada la palabra *Respuesta*. Y es que Catalina se hace una pregunta que ella misma responde. Si se tratara de una real elevación de su corazón a Dios, en modo alguno se preguntaría y se respondería a sí misma. Una nota del códice que contiene la traducción latina de las oraciones aclara: «Dondequiera que se encuentre esta R. [Respuesta], significa que ella se sentaba como escuchando algo del Señor, lo cual, una vez oído, respondía ella a Dios» [6]. Esa R. [Respuesta] la vemos repetirse en el códice latino, en la oración 22. Notemos también que en esas dos oraciones existe la plegaria.

En buena parte de estas oraciones o soliloquios se advierte la presencia, no siempre especificada, de un grupo de discípulos.

Para reafirmar la tesis de que estas oraciones eran más bien exposiciones doctrinales bajo la forma literaria de plegarias, hemos de notar que en muchas de ellas, aun en las relativamente breves, nos encontramos con la frase «como se ha dicho», y en la plegaria a Dios, la frase «como se ha dicho» es inconcebible.

La finalidad didáctica de la oración número 6 aparece clara por esta frase: «Y vosotros, hijos míos dulcísimos, siendo tiempo de poner manos a la obra, es la hora de que os fatiguéis por la Iglesia de Cristo...»

No cabe duda, por tanto, que la mayor parte de las llamadas oraciones son verdaderos soliloquios o exposiciones doctrinales sobre temas diversos. Catalina usaba ese género literario como quien piensa en alta voz para que los demás se enteren.

[6] Ibid., p.152.

Alusiones autobiográficas

En las oraciones encontramos, proporcionalmente a su extensión, menos alusiones autobiográficas que en *El Diálogo* y en las *Cartas*. Es natural, dada la finalidad de estas oraciones o instrucciones, sin gran conexión de unas con otras. Queremos, con todo, citar algunas, si bien de pequeña importancia en la biografía de Catalina.

Una se halla en la oración 4, hacia el final. Se trata de un acto de agradecimiento al que le ha dado la sagrada comunión. No todos los sacerdotes se la daban siempre que lo deseaba, pues era contra costumbre. Por eso pide bendiciones para él, que podía ser discípulo suyo y hasta encontrarse en aquella reunión de espirituales.

Otra la encontramos hacia el final del soliloquio 19, cuando dice que, por misericordia divina, se le ha mostrado que no se debe juzgar ligeramente de las intenciones y actos de los demás, a los que puede Dios llevar por diversos caminos, «dándome ejemplo en mí misma». Ella reconocía, y lo expresa claramente en *El Diálogo,* que ella seguía caminos distintos de otras almas.

La oración 26 es también buen ejemplo de alusión autobiográfica. Esta oración fue compuesta el lunes de Sexagésima de 1380, día 30 de enero. Su salud estaba quebrantadísima, y se la tuvo por muerta. Al volver en sí reconoció la arcilla de su cuerpo, menciona la falta de fuerzas y acata la voluntad de Dios. Son sus palabras: «Te ofrezco y encomiendo a mis queridísimos hijos, pues son mi alma. Y, si agrada a tu bondad que yo permanezca en este vaso [cuerpo], tú, médico excelso, cúralo y dispón de él, pues se halla totalmente quebrantado».

Profundizando y rebuscando, podríamos hallar más detalles autobiográficos, pues es sabido que toda oración y soliloquio espiritual es un desahogo del propio espíritu.

Contenido doctrinal y autenticidad

La doctrina espiritual de Catalina, como es natural, no es otra que la que se contiene en las *Cartas* y en *El*

Diálogo. Quien haya leído este libro, o un buen número de cartas, se encontrará con innumerables expresiones y frases conocidas. Este es un signo más de la autenticidad de estas oraciones y soliloquios.

Además de las breves alusiones autobiográficas a que nos hemos referido, encontramos una serie de detalles que nos indican que, tras estas composiciones místicas, se encuentra la personalidad de Catalina con sus pensamientos y preocupaciones.

Salvo en las tres primeras oraciones, en todas las demás podemos adivinar y ver el trasfondo del gran problema que preocupaba a Catalina: el estado de la cristiandad en su tiempo. Se menciona la rebelión de eclesiásticos y seglares contra el vicario de Jesucristo, Urbano VI; la necesidad de la reforma de la Iglesia y jerarquía eclesiástica y su ofrecimiento personal como víctima por los pecados y desórdenes de su tiempo. Se hace alguna mención a sus enfermedades, y constantemente, a la preocupación por su grupo de espirituales que capitaneaba.

A partir de la oración 27 se advierte, sobre todo conociendo la historia de la Santa, que las oraciones no son estrictamente auténticas, transcritas «palabra por palabra». Debieron de ser compuestas por Raimundo o por otros discípulos partiendo de las reacciones que producirían o produjeron determinados hechos y circunstancias de su vida. Entre ellas hemos de notar las números 27, 37, 38, 43 y 44 como no pronunciadas por Catalina en esa forma.

El códice latino de Roma nos habla de muchas oraciones no recogidas, como hemos visto. A éstas hay que añadir muchas otras que se conservan en *El Diálogo* y en las *Cartas.* En general, todas las intervenciones de Catalina en el supuesto diálogo con el Padre Eterno pueden ser catalogadas como oraciones suyas. Al lector le resultará fácil verificarlo.

El lugar en que se pronunciaron estas oraciones fue muy diverso. El grupo de Catalina se reunía ordinariamente en una capilla de Siena, pero otras tuvieron por escena otro lugar. La historia de cada oración nos lo señala, más o menos en Aviñón, Génova, Siena, Belcaro, Tentennano, Roma.

La actual traducción y presentación

Hemos indicado que se ha hecho sobre el texto presentado por la edición italiano-latina de 1978, por Giuliana Cavallini, por creerla la mejor.

A partir de la oración 27, para muchas me he servido de la traducción de D. Angel Morta (BAC, 1955), modificando algunas expresiones.

Hemos añadido cuatro más, tomadas del *Suplemento* de Caffarini, según la edición del mismo, aparecida en Vergara en 1915, preparada por el P. Paulino Alvarez bajo el título *Santa Catalina de Siena.*

Para la mejor comprensión de cada oración, después de cada título van unas líneas sobre el marco histórico en que fue pronunciada y un resumen de sus principales ideas.

Catalina dictando a sus amanuenses.

EL ENVIO DEL VERBO

1 Historia.—*Compuesta en Aviñón entre el 18 de junio y 13 de septiembre de 1376 (fechas de su estancia en la corte papal), cuando Gregorio XI le pidió que rogase por él. El P. Taurisano especifica más, señalando como fecha más precisa los primeros días de agosto. Fue recogida por Tomás de Petra, escribiente de los breves papales, y por el P. Raimundo de Capua, su confesor.*

Ideas.—*Semejanza entre el hombre y la Trinidad.—Amor a Dios, consecuencia de la redención.—Cristo, ejemplo de vida.—Súplica por el vicario de Cristo, de quien depende nuestra salvación.—Ofrecimiento de sí misma por el papa y por la Iglesia.*

¡Deidad, Deidad, inefable Deidad! ¡Bondad suma que sólo por amor nos has hecho a imagen y semejanza tuya, no diciendo al crear al hombre: «Sea hecho», como cuando creaste a las demás cosas, sino: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza»! Le has dado la forma de la Trinidad, ¡oh Deidad eterna!, en las potencias del alma. Le diste memoria para que se pareciese a ti, Padre eterno, que, como padre, mantienes y conservas todas las cosas en ti; la memoria retiene y conserva lo que el entendimiento ve, entiende y conoce de ti. También participa de la sabiduría de tu Hijo unigénito. De la dulce clemencia del Espíritu Santo le has dado la voluntad. Esa voluntad se eleva llena de amor, y, como una mano, toma lo que el entendimiento conoce de tu bondad inefable. De este modo, por la voluntad y mano fuerte del amor, se llena de ti la memoria y el afecto.

Gracias, gracias te sean dadas, alta y eterna Divinidad, por tan gran amor como nos has mostrado al concedernos tan dulce figura y las potencias del alma: el entendimiento, para conocerte; la voluntad, para acordarse de ti, y el amor, para amarte sobre todas las cosas.

Es lógico que conociéndote, Bondad infinita, te ame. Tanta fuerza tiene este amor, que ni el demonio ni criatura alguna nos lo pueden quitar contra nuestra voluntad. Con razón debe avergonzarse el hombre al ver que le amas tanto y que él no te ama.

¡Oh Deidad eterna! Veo en ti, Amor inestimable, que, ya que por nuestra miseria y fragilidad caemos en la

fealdad del pecado por la desobediencia de nuestro primer padre, el amor te obligó a abrir los ojos de tu piedad para con nosotros, miserables. Por eso nos enviaste al Verbo de tu unigénito Hijo, Verbo, Palabra hecha carne, cubierto de nuestra carne y revestido de nuestra mortalidad.

Tú, Jesucristo, reconciliador, reformador y redentor nuestro, te has convertido en Mediador, Verbo, Amor, y has cambiado en paz perfecta la guerra que el hombre mantenía con Dios. Has castigado en tu cuerpo nuestras maldades y la desobediencia que mantenía con Dios. Has castigado en tu cuerpo, siendo obediente hasta la afrentosa muerte de cruz, nuestras maldades y la desobediencia de Adán. En la cruz diste satisfacción, a la vez, a la injuria hecha a tu Padre y a nuestra culpa, vengando en ti mismo la injuria hecha al Padre.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

A cualquier parte a que me vuelva, encuentro un amor inefable. No podemos menos de amar, porque sólo tú, Dios y hombre, amaste sin ser amado por mí, pues no existía cuando me creaste.

Lo que deseo amar, que es lo que tenga ser en sí mismo, lo encuentro en ti. El pecado no tiene existencia en ti, y por ello no debe ser amado.

Si queremos amar a Dios, tenemos tu inefable Deidad; si queremos amar al hombre, tú eres un hombre en el que puedo conocerte, pureza inestimable; si quiero amar al Señor, tú eres Señor, y has pagado el precio de tu sangre sacándonos de la servidumbre del pecado.

Tú eres Señor, Padre y Hermano nuestro por tu benignidad y desmedida caridad, Deidad eterna. El Verbo, tu Hijo, conociendo y cumpliendo tu voluntad, quiso derramar su preciosa sangre por nuestra miseria en el salutífero madero de la santísima cruz. Tú, Deidad suma, eres sabiduría y eterna bondad. Yo soy muerte, y tú, vida; yo tinieblas, y tú, luz; yo necedad, y tú, sabiduría; tú, infinito, y yo, caduca; yo, enferma, y tú, médico; yo frágil pecadora que no te ama; tú, belleza sin mancha, y yo, sucia criatura. Con amor inefable me sacaste de mí para llevarme a ti, e igualmente a todos nosotros nos llevas a ti graciosamente y no por obligación, siem-

pre que nos dejemos llevar a ti, es decir, si nuestra voluntad no sea rebelde a la tuya.

¡Ay de mí! Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Bondad eterna: no mires las culpas cometidas por nosotros cuando nos apartamos de tu inconmensurable bondad y alejamos nuestras almas de su propio fin. Más bien te ruego, por tu infinita misericordia, que abras los ojos de tu clemencia y piedad. Mira a tu única esposa y abre los ojos de tu vicario en la tierra para que no te ame mirándose a sí mismo, ni se ame a sí mismo, sino por lo que tú eres. Si se mira a sí mismo, todos pereceremos, pues él es nuestra vida y nuestra muerte, ya que tiene el cuidado de recogernos a nosotros, ovejas que perecemos. Pero, si ama en atención a ti, por ti mismo, nosotros vivimos, porque recibimos ejemplo de vida por medio del buen pastor.

¡Oh suma e inefable Divinidad! He pecado, y no soy digna de suplicarte; pero tú tienes poder para hacerme digna. Castiga, Señor mío, mis pecados y no tengas en cuenta mi miseria.

Tengo un cuerpo. Te lo doy y ofrezco. He aquí la carne, he aquí la sangre. Si es tu voluntad, te pido que se abrasen y destruyan mis huesos por aquel a quien te encomiendo. Haz que los huesos y la médula de ellos sean triturados por tu vicario en la tierra, único esposo de tu esposa. Ruego que te dignes escucharme: que tu vicario cumpla tu voluntad, la ame, la observe, para que no perezcamos. Dale un nuevo corazón que continuamente aumente en gracia, fuerte para izar el pendón de la cruz, para que los infieles participen, como nosotros, del fruto de la pasión y sangre de tu Hijo unigénito, Cordero inmaculado, ¡oh eterna, inefable y alta Deidad!

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

POR LOS MINISTROS DE LA IGLESIA

2 Historia.—*Esta oración parece ser continuación de la anterior. Hay, por tanto, que enmarcarla en el mismo ambiente histórico y en la misma fecha, o en fecha muy cercana a ella.*

Ideas.—*La unión con la voluntad divina fortalece al alma.—Señal es aceptar todos los acontecimientos como venidos de Dios, aun los adversos.—Catalina se acusa de haber amado el pecado.—Ruega por los ministros de la Iglesia y por sus discípulos.*

¡Deidad, Deidad, eterna Deidad! Confieso y no niego que eres mar de tranquilidad, donde se alimenta y nutre el alma que conforma su voluntad con tu elevada y eterna voluntad, que no desea sino nuestra santificación. Por eso, el alma que esto medita se despoja de su voluntad y se viste de la tuya.

¡Oh Amor dulcísimo! Me parece señal muy cierta de que se hallan en ti los que siguen tu voluntad a tu modo y no al suyo. El mejor indicio de que se han revestido de tu voluntad es que la buscan, y no la de las criaturas racionales, y el no alegrarse de las cosas prósperas, sino de las adversas, a las que consideran ordenadas por tu voluntad, que se mueve únicamente por amor. Por eso aman las cosas como creadas por ti y a todas las juzgan buenas, y, por lo tanto, dignas de amor; excepto el pecado, que no procede de ti, y, por consiguiente, no es digno de ser amado. Yo, miserable entre los miserables, pequé amando al pecado.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Señor mío: castiga mis pecados. Purifícame, Bondad eterna, inefable Deidad. Escucha a tu sierva; no mires la multitud de mis maldades.

Te ruego que dirijas por el camino de la santísima cruz, a tu modo y no al suyo, el corazón y la voluntad de los ministros de la santa Iglesia, tu esposa. Que te sigan, Cordero degollado, pobre, humilde y manso; que sean criaturas angelicales, ángeles terrestres en esta vida, puesto que han de administrar el cuerpo y la sangre de tu unigénito Hijo, Cordero inmaculado; que no sean como los animales, porque éstos no gozan de la razón y no son dignos de mí. Reúnelos y báñalos, piedad divina, en el mar tranquilo de tu bondad, de modo que, por lo

inútil que esperan, no estén perdiendo más tiempo lo que tienen.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Escucha a tu sierva. Yo, miserable, te pido que escuches mi voz que te llama. También te ruego por los hijos que has querido que yo ame con singular amor a causa de tu inestimable caridad, ¡oh suma, eterna e inefable Bondad! Amén.

RESUMEN DE LAS DOS PRIMERAS ORACIONES

1-2 Historia.—*El texto original, tanto el italiano como su traducción al latín, hecha por los mismos discípulos de Santa Catalina, contiene la siguiente oración, resumen de las dos primeras oraciones. Al final de la traducción latina se nos dan interesantes detalles históricos, siendo los más importantes los que se refieren a las personas que oyeron la oración de labios de Catalina. Nos aseguran que se hizo «en Aviñón, en la casa de Juan de Regio, ante el altar de su capilla, estando presentes Fr. Juan de Siena, maestro en sagrada teología; Fr. Félix de Massa, su socio, de la Orden de San Agustín,* y yo Fr. Tomás, *y Gerardo y Francisco de Buonaconti, hermanos de Pisa; Nerio Landocci y Nicolás Mini Cicerchia y Esteban Corrado, sus familiares [de Catalina], y tres compañeros de la misma señora [Catalina]». Añade la anotación que cada uno de ellos tomó esta oración por fidedigna y todos certifican que la dijo por el orden en que aparece.*

Ideas.—*Nada se añade, y se repiten no sólo los conceptos, sino líneas enteras, como puede comprobar el lector.*

¡Deidad, Deidad, inefable Deidad y suma Bondad! Sólo por amor nos has hecho a imagen y semejanza tuya, no diciendo: «Sea hecho el hombre», sino: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza», para que tomase parte toda la Trinidad. Le has dado la forma de Trinidad en las potencias de nuestra alma, es decir, el entendimiento, para conocer; la memoria, para acordarse de ti, y la voluntad y el amor, para amarte sobre todas las cosas. De este amor no nos puede privar ni el demonio ni otra criatura, si nosotros no lo queremos.

Después que por nuestra miserable fragilidad caímos en la fealdad del pecado, abriste los ojos de tu piedad y nos enviaste a tu Hijo unigénito, el Verbo, Jesucristo, Reconciliador y Redentor nuestro, oculto por nuestra

carne miserable y vestido de nuestra mortalidad. En El, si queremos amar a Dios, tenemos su inefable Deidad, y, si queremos amar al hombre y conocer tu pureza inestimable por medio de El, tenemos al Señor, al Padre y a nuestro Hermano, a causa de su benignidad e inconmensurable caridad. El, conociendo y cumpliendo tu voluntad, quiso derramar su preciosa sangre misericordiosamente por nosotros en el salutífero madero de la santísima cruz.

Tú, Deidad, eres la suma sabiduría, y yo, ignorante y miserable criatura; eres suma y eterna bondad, y yo, frágil e ínfima criatura pecadora, pues nunca te amé. Tú, por amor, me sacaste a mí de ti, y a todos nos has sacado de ti.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Eterna Bondad: no mires nuestras miserias, las que tenemos por nosotros mismos cuando nos apartamos de tu desmesurada bondad y alejamos nuestras almas de su propio fin. Te ruego que abras los ojos de tu clemencia y mires a tu única esposa. Abre los ojos de tu Vicario en la tierra para que no te ame en atención a sí mismo ni se ame por sí mismo, sino que te ame a ti por ti y se ame a sí mismo por ti. Porque, cuando te ama a ti y a sí en atención a sí mismo, todos perecemos, ya que en él se halla nuestra vida y nuestra muerte. Y, si se ama a sí y te ama a ti en atención a ti, entonces vivimos nosotros.

¡Oh suma e inefable Deidad! He pecado, y no soy digna de suplicarte, pero tú puedes hacerme digna.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Castiga, Señor mío, mis pecados y no tengas en cuenta las miserias con que he ofendido a tu Majestad. Tengo un cuerpo, que doy y ofrezco con la carne y con la sangre, con los nervios y con las venas, para que lo hagas destruir y quebrantar en favor de aquellos por los que te suplico, si es tu voluntad. Haz triturar los huesos y su médula por tu vicario en la tierra, esposo único de tu esposa. Te suplico te dignes escucharme para que guarde tu voluntad, la ame y la siga, a fin de que no perezcamos. Créale, Señor, eterna e inefable Verdad, un corazón nuevo y fuerte para dirigir la enseña de la santa cruz, de modo que los demás, como nosotros, se hagan

partícipes del derramamiento de tu Hijo unigénito, Cordero inmaculado.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

¡Deidad, Deidad, eterna Deidad! Confieso y no niego que eres Mar de tranquilidad en el que se sumerge todo el que conforma su querer con tu eterna voluntad. Esta es una señal muy cierta de que se encuentran en ti, es decir, que siguen tu voluntad a tu modo y no al suyo y que la interpretan y no se alegran con las cosas prósperas, sino en las adversidades. Estas proceden de tu santísima voluntad, lo mismo que las demás cosas creadas por ti. Todas son buenas y dignas de ser amadas, excepto el pecado, que no procede de ti, y por eso no es digno de amor.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Castiga, Señor, mis pecados y purifícame, Bondad eterna e inefable Deidad. Escucha, Señor, a tu sierva y reforma y dirige la voluntad de los ministros de tu santa esposa para que sigan al modo tuyo y no al suyo. Que sean criaturas angelicales y dignas de administrar el cuerpo y la sangre de tu unigénito Hijo, el Cordero inmaculado, y no sean como animales irracionales. Así, eterna Piedad, sumérgeles en el mar tranquilo de tu voluntad, de modo que no esperen más tiempo, perdiendo lo que tienen por lo inútil que no tienen.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Escucha a tu sierva en la petición por todos y por los hijos que me has dado para que los ame con singular amor por tu inestimable caridad, por los cuales te doy gracias, suma e inefable Deidad.

Jesús da su corazón a Catalina.

CRISTO, NUESTRA SALVACION

3 Historia.—*Compuesta a mediados de octubre de 1376 en Génova, cuando ella y Gregorio XI llegaron a la ciudad por distintos caminos. El papa dudó si seguir a Roma, ante las enormes dificultades, o regresar a Aviñón. Gregorio XI visitó a Catalina de incógnito, por la noche, para comunicarle sus dudas y pedirle oraciones, según cuenta Caffarini.*

Ideas.—*Cristo, Camino, vino a redimir la humanidad.—Su vicario está encargado de reagrupar a todos los hijos, pero ellos se oponen con su modo de pensar y de ser.—Debemos alegrarnos en los sufrimientos.—Que Dios encienda en su vicario deseo de almas y valor.—Una muestra del amor de Dios es habernos dejado un vicario suyo; en esto se basa la esperanza de salvación, pues él tiene poder de administrar la sangre de Cristo.—Pide que Dios conceda al papa fortaleza para cumplir con su deber.*

¡Oh Padre omnipotente, Dios eterno! ¡Oh inestimable y dulcísima Caridad! Veo en ti, y lo llevo en el corazón, que eres el camino, la verdad y la vida. Por ese camino ha de caminar el que quiera llegar a ti; el camino que endereza y forma tu amor inefable por el verdadero conocimiento de la sabiduría de tu Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo. Eres Dios eterno e incomprensible. Estando el género humano muerto a causa de su fragilidad, únicamente movido por amor y clementísima piedad, Dios nos ha enviado al verdadero Dios y Señor nuestro, Jesucristo, tu Hijo, vestido de nuestra carne mortal. Has querido que no viniese con deleites y vanidades de este mundo perecedero, sino con angustia, pobreza y tormentos, conociendo y cumpliendo tu voluntad para redención nuestra, despreciando los peligros del mundo y los obstáculos del enemigo a fin de que venciese a la muerte, siendo obediente hasta la cruelísima muerte en la cruz.

¡Oh Amor incomprensible! Eres el que, al mandar a tu vicario a recobrar los hijos muertos por haberse apartado de la obediencia de la santa madre Iglesia, tu única esposa, le enviaste entre angustias y peligros, al modo que enviaste a tu Hijo, Salvador nuestro, para librar de la pena y de la muerte del pecado a los hijos muertos por la desobediencia. Pero los hombres, débiles criaturas tuyas, piensan lo contrario, y con perversa y presun-

tuosa determinación y por afecto carnal, engañados por el enemigo, impiden tu voluntad y el fruto de la salvación y apartan a tu vicario en la tierra de tu misión salvadora.

¡Oh Amor eterno! Ellos juzgan según sus sentidos y no según el verdadero juicio y la profunda sabiduría de tu Majestad.

Tú te has puesto como ejemplo y eres la puerta por la que todos tenemos que pasar. Por eso, como has dicho, nos debemos alegrar en las fatigas y angustias, porque para esto hemos nacido, y el mundo y nuestra carne miserable no producen sino frutos de amargura a causa de tu admirable providencia, para que no nos alegremos ni confiemos en ellos, sino que nos gloriemos en el fruto de la salvación, en la que nos otorgas los dones celestiales.

Se debe, pues, alegrar tu vicario cumpliendo tu voluntad y siguiendo la santidad de Cristo Jesús, que se desangró, abrió y despojó de su santísimo cuerpo por nosotros, que dio su sangre para purificar nuestros pecados y con su inefable piedad volverá a comprar nuestra salvación. El ha dado a su vicario la llave para atar y desatar nuestras almas y para que cumpliese tu voluntad y siguiese tus huellas. Por lo cual ruego a tu santísima clemencia que lo purifiques de modo que su corazón arda en deseos de recuperar los miembros perdidos y los recobre con la ayuda de tu grandísimo poder. Y si su lentitud, ¡oh Amor eterno!, te desagrada, castígala en mi cuerpo, que te ofrezco y doy para que lo atormentes con flagelos y para que lo destruyas según tu voluntad.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Tú, Dios eterno, te has enamorado de tus criaturas por gracia inefable y por clemencia tuya. Por eso ordenas a tu vicario que las recupere, pues perecen. Por lo cual, yo, indigna y miserable pecadora, te doy gracias. ¡Oh infinita Bondad e inestimable Caridad, verdadero Dios! Que se avergüence de no hacer tu voluntad el hombre, hijo de Adán, a quien sólo por amor volviste a comprar con la muerte de tu Hijo unigénito, porque El no quiere otra cosa que nuestra salvación.

Ya que mandas a tu vicario administrar las gracias espirituales de nuestra santificación y recuperar los hijos

extraviados, Dios eterno, que te has hecho hombre por caridad divina y te has unido a nosotros por amor, concede que tu vicario cumpla tu voluntad, que no haga caso a los consejos de la carne, que juzga según los sentidos y el amor propio, y que no se atemorice por ninguna adversidad, porque le falle todo menos tú, sumo Dios. No mires a los pecados de quien te lo pide, sino escucha a tu sierva por la clemencia de tu inestimable caridad.

Cuando te marchaste de entre nosotros, no nos dejaste huérfanos, sino que has dejado a tu Vicario, que nos da el bautismo del Espíritu Santo, y no sólo una vez, como cuando somos lavados por el bautismo del agua, sino que nos lava siempre con su santo poder y nos purifica de nuestros pecados. Tú has venido a nosotros con improperios y nosotros, apartándonos de ti, juzgamos según la carne y el amor propio. Tu estás pálido porque tus criaturas vacían las venas de tus gracias cuando despojan a tu única esposa.

Haz, pues, Deidad eterna, que tu vicario sea devorador de las almas,ardiendo en el santo deseo de tu honor y acercándose a ti sólo porque eres alta y eterna bondad. Limpia, por medio de él, nuestras enfermedades. Restaura a tu esposa con saludables consejos y obras de virtud, y también, Dios eterno, reforma la vida de estos siervos tuyos aquí presentes. Que te sigan, Dios único, con corazón sencillo y voluntad perfecta. No mires a mi miseria. Te pido por ellos; plántalos en el jardin de tu voluntad. Te bendigo, eterno Padre, para que bendigas tú a estos tus siervos; que se desprecien a sí mismos y sigan la pureza de tu voluntad, que es eterna y perpetua. Por ellos te doy gracias. Amén.

EL AMOR QUE VENCE TODO OBSTACULO

4 Historia.—*Compuesta en Roma el viernes 18 de febrero de 1379, después de comulgar.*

Ideas.—*Toma conciencia de ser hija de Dios.—El, por amor, nos da el ser.—Para que le conozcamos nos ha enviado al Verbo, que con su sangre nos ha manifestado su verdad.—Por amor creó al hombre y por amor prescinde de las ofensas que habíamos de hacerle.—Catalina, por sus defectos, no ha conocido a Dios, y ahora aspira a morir por Él.—Ruega por el sacerdote que le ha dado la comunión.*

¡Oh alta, eterna Trinidad, Amor inestimable! Si me llamas hija, yo te llamo sumo y eterno Padre. Como tú te das a mí, haciéndome partícipe del cuerpo y de la sangre de tu Hijo, donde me das a todo Dios y todo hombre, así, Amor inestimable, te suplico que me hagas participante del cuerpo místico de la santa Iglesia y del cuerpo universal de la religión cristiana, pues en el fuego de tu caridad he conocido que el alma se deleita en este manjar.

Tú, Dios eterno, me viste y conociste dentro de ti, y porque me viste en tu luz, enamorado de tu criatura, la sacaste de ti y la creaste a tu imagen y semejanza. Sin embargo, yo, criatura tuya, no te reconocí dentro de mí, sino en cuanto veía en mí tu imagen y semejanza. Pero para que te viese y reconociese en mí y tuviese perfecto conocimiento de ti, te uniste a nosotros, bajando de la gran altura de la divinidad hasta el lodo de nuestra humanidad, porque la bajeza de mi inteligencia no podía comprender ni contemplar tu altura. Por ello, para que con mi pequeñez pudiese yo ver tu grandeza, te empequeñeciste, reduciendo la grandeza de la divinidad a la pequeñez de nuestra humanidad. Así te manifestaste a nosotros en el Verbo de tu Hijo unigénito. De esta manera, en el Verbo te he conocido en mí como abismo de caridad.

¡Alta, eterna Trinidad, Amor inestimable! Tú te manifiestas a nosotros, a ti y a tu Verdad, por medio de su sangre. Por ello comprendemos tu poder, pues has podido limpiarnos de los pecados con esa sangre. Nos mostraste tu sabiduría, y con el cebo de nuestra humanidad, con que cubriste el anzuelo de la divinidad, atrapaste al

demonio y le quitaste el dominio que tenía sobre nosotros. Esta sangre nos muestra también tu amor y caridad, pues sólo con el fuego del amor nos redimiste, sin tener necesidad de nosotros. Tu verdad se nos manifiesta también al crearnos para darnos la vida eterna. Esta verdad la hemos conocido por medio del Verbo. Antes no la podíamos conocer por haber entenebrecido los ojos del entendimiento con el velo de la culpa, como se ha dicho.

Avergüénzate, ciega criatura, tan ensalzada y honrada por tu Dios, de no reconocer que El, por su inestimable caridad, ha descendido al lodo de la humanidad para que le reconocieses dentro de ti.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

¡Oh admirable cosa! Conociendo a tu criatura antes de que existiese y previendo que había de caer en la culpa y que no seguiría a tu verdad, a pesar de todo, la creaste.

¡Oh Amor inestimable, oh Amor inestimable! ¿A quién te diriges, alma mía? Me dirijo a ti, Padre eterno. Te suplico, Dios benignísimo, que a nosotros todos y a tus servidores nos hagas partícipes del ardor de tu caridad. Dispón tu alma para recibir el fruto de las oraciones y de la doctrina, que tienen y deben tener tu expansión por medio de la luz y caridad. Tu Verdad dijo: «Buscad, y encontraréis; pedid, y os será dado; llamad, y se os abrirá» [1]. Yo llamo a la puerta de tu verdad; busco y grito ante tu divina Majestad y suplico misericordia a los oídos de tu clemencia por todo el mundo, y singularmente por la santa Iglesia, porque he conocido en la doctrina del Verbo que quieres que continuamente me alimente de este santo manjar. Puesto que lo quieres, Amor mío, no me dejes morir de hambre.

¡Oh alma mía! ¿Qué haces? ¿No sabes que eres vista por Dios en cada momento? Sabe que no te puedes esconder a su mirada, porque nada se le oculta. Te puedes esconder algunas veces a las criaturas, pero nunca al Creador. Pon, pues, fin y término a tus maldades y despierta.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

[1] Mt 7,7; Lc 11,9.

Ya es hora de levantarse del sueño. Tú, Trinidad eterna, quieres que despertemos. Si no nos levantamos en el tiempo de la prosperidad, nos mandas la adversidad. Como perfecto médico, cauterizas con el fuego de las tribulaciones la llaga cuando no es suficiente el bálsamo de los consuelos y de la prosperidad.

¡Padre eterno, Caridad increada! Estoy llena de admiración, porque, antes de que nos dieras el ser, me viste y me conociste, como a todas las criaturas racionales, en general y todo detalle. Viste al primer hombre, Adán, y conociste la culpa en que había de incurrir por su desobediencia, y a los que habían de venir después de él los viste en general y en particular. Conociste la culpa que había de obstaculizar tu verdad y que impediría a la criatura que tu verdad se realizase en ella y que no podía llegar al fin para el que la habías creado. Viste también, Padre eterno, los trabajos que se seguirían a tu Hijo para restaurar el género humano y para que tu verdad se cumpliese en nosotros. Con tu luz he comprendido que habías previsto todas estas cosas.

Entonces, Padre eterno, ¿por qué creaste a tu criatura? Estoy muy maravillada de ello. En realidad, veo, como me lo mostraste, que no hubo otra razón sino que te viste obligado a darnos el ser, a pesar de las maldades que habíamos de cometer contra ti, Padre eterno, a causa del fuego de tu caridad. El, pues, te obligó. ¡Oh amor inefable! Aunque en tu luz viste toda la maldad que tu criatura habría de cometer contra tu infinita bondad, tú hiciste como si no vieras; es más, pusiste tu mirada en la belleza de la criatura, de la que te enamoraste como un loco y un borracho, y por amor la sacaste de ti, dándole el ser a tu imagen y semejanza. Tú, Verdad eterna, me has explicado tu verdad, es decir, que el amor te forzó a crearla aunque vieras que te había de ofender. Tu amor no quiso que tu mirada se fijara en esto, sino que levantaste los ojos de las ofensas que se sucederían y sólo te fijaste en su belleza. Si de modo primordial te hubieras parado a ver las ofensas, te habrías olvidado del amor que tuviste al crear al hombre. No es que esto te estuviera escondido, sino que pusiste tu mirada en el amor, porque no eres más que un loco de amor por lo que tú mismo has creado.

Y yo, por mis defectos, nunca te he conocido. Con todo, Amor dulcísimo, concédeme la gracia de que mi cuerpo derrame su sangre en honor y gloria de tu nombre y que no me encuentre revestida de mí. Recibe, Padre eterno, al que me ha dado a comulgar el precioso cuerpo y sangre de tu Hijo. Sácalo de sí mismo y revístelo de tu eterna voluntad y únelo a ti de modo que nunca se separe, para que sea planta fragante en el jardín de la santa iglesia. Dale, Padre benignísimo, tu dulce y eterna bendición y lava nuestras almas en la sangre de tu Hijo.

Amor, Amor, te pido la muerte. Amén.

LAS PLANTAS JOVENES

5 Historia.—*«Las plantas jóvenes» simbolizan a los nuevos cardenales creados por Urbano VI en septiembre de 1378. El mismo, «nuevo esposo de la Iglesia», había sido elegido el 7 de abril del mismo año. Ya se había consumado la rebelión de un grupo de cardenales contra el papa. A estos problemas se alude en esta oración, compuesta el 21 de diciembre de 1378; fiesta del apóstol Santo Tomás.*

Ideas.—*Consciente de sus pecados, vuelve su mirada a Dios, pidiéndole la reforma de la Iglesia.—Ruega por los nuevos cardenales y por el papa.—Que sean modelo de virtudes.*

¡Oh Deidad, Deidad, eterna Deidad, Amor verdadero, que, por la unión de la humanidad de tu Verbo, nuestro Señor Jesucristo, con tu divinidad omnipotente, a nosotros, descarriados, nos has dado la luz de la santísima fe, que es pupila de los ojos de nuestra inteligencia! Por ella vemos y conocemos el verdadero objeto de nuestra alma, esto es, tu inestimable divinidad, y has hecho de tu Hijo, ante ti, sacrificio inmaculado nuestro, poniéndolo como piedra angular y firmísima columna para estabilidad de la santa madre Iglesia, única esposa tuya. Hace mucho determinaste renovarla con nuevas y fructíferas plantas; nadie ha podido torcer tu voluntad santísima, que es eterna e inmutable,

No mires a nuestros pecados, por los que me reconozco indigna para suplicarte. Aparta hoy esos pecados nuestros por la virtud de este apóstol Santo Tomás. Pu-

rifica mi alma, Amor mío, sumo Dios. Por tu clemencia y piedad escucha a tu sierva que te implora.

Aunque seas fuego que siempre arde, nunca consumes lo que te es agradable, sino lo que se encuentra fuera de ti. Quema con el fuego del Espíritu y arranca de raíz todo amor y afecto carnal de los corazones de las plantas nuevas que te has dignado injertar en el cuerpo místico de la santa Iglesia. De los afectos mundanos trasplántalas al jardín de tu amor y dales un corazón nuevo con el verdadero conocimiento de tu voluntad, para que, despreciando al mundo, a sí mismos y al amor propio, y llenos del verdadero fervor de tu amor, y celosos de la fe y de la virtud, te sigan solamente a ti con pureza limpísima y férvida caridad, habiendo abandonado por ti los deseos falaces y las vanidades de este mundo enfermo.

Por tanto, restaurador de nuestra salvación, que el nuevo esposo de la Iglesia se dirija siempre por tu consejo y que promueva, acepte y escuche únicamente a los que son limpios y puros. Que tus otras plantas novísimas, como los ángeles ante ti en el cielo, estén ante nuestro señor tu vicario en la tierra, en la reforma de la santa madre Iglesia, con corazón sencillo y obras perfectas, en conformidad con tu corazón; que, como lo están, se consideren nuevamente injertados en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. De ese cuerpo has podado, con tu admirable providencia y sin ayuda de los hombres, ciertas ramas superfluas y estériles. Que las nuevas plantas, como nacidos con el mismo Jesús, adelanten en virtudes; que den asimismo en la Iglesia frutos con ejemplos y virtuosas costumbres, para que, como las plantas nuevamente injertadas, produzcan más fragantes flores y frutos más olorosos y agradables en virtud de la natural disposición recibida de ti, cortadas todas las inclinaciones a todo afecto carnal por el don celestial con que regaste a los apóstoles con el rocío del Espíritu Santo. Que sean injertados en las nuevas virtudes para que te den la suavidad de la fragancia y hagan atractiva la santa Iglesia con actos virtuosos y obras fructíferas a fin de que tu esposa sea reforzada.

¡Oh amor eterno! Haz puro a este vicario para que dé a los demás el buen ejemplo de pureza e inocencia,

guarde en tu gracia e instruya al pueblo sujeto a él, y para que atraiga también a los infieles con enseñanzas celestiales. Que ofrezca frutos de salvación eterna a tu incomprensible Majestad. Por todo esto, para que te dignes escucharme, yo, miserable, te doy gracias, suma Bondad, verdadero Dios. Amén.

EN LA CATEDRA DE SAN PEDRO

6 Historia.—*Compuesta en Roma el 18 de enero de 1379, fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma. Urbano VI había llamado a la Urbe, por indicación de Catalina, a algunas personas consagradas a Dios. A esta circunstancia y al estado de la Iglesia se hacen frecuentes alusiones.*

Ideas.—*Pide socorro para la Iglesia por intercesión de San Pedro, capitán de esta nave.—Cristo prometió ayudar a la Iglesia.—Anima a los cardenales a ser columnas que la sostengan.*

A ti, Médico inestimable de mi alma, suspiro con vehemencia. ¡Oh Trinidad eterna e infinita! Yo, finita, acudo a ti en el cuerpo místico de la santa Iglesia para que quites toda mancha de mi alma por medio de la gracia. No tardes más, sino que por los méritos del capitán de tu navecilla, o sea, San Pedro, a tu esposa, que espera ayuda, socórrela con el fuego de la caridad y la profundidad de la eterna sabiduría. No desprecies los deseos de tus servidores, sino, más bien, guía la nave, ¡oh Hacedor de la paz! Oriéntalos hacia ti, para que, apartados del camino de las tinieblas, aparezca la aurora de la luz de los que están plantados en tu Iglesia con puro deseo de la salvación de las almas.

Sea bendito el lazo que tú, ¡oh Padre benignísimo!, nos has dado para que pudiéramos atar las manos de tu justicia, esto es, la humilde y fiel oración junto con los ardientes deseos de tus servidores, por cuya mediación prometes tener misericordia del mundo. Te doy gracias, alta y eterna Deidad, porque prometes dar pronto alivio a tu esposa. Yo entraré de nuevo en su jardín y no saldré hasta que cumplas tus promesas, que siempre resultaron realidades.

Aniquila, pues, nuestros pecados, ¡oh Dios verdadero!, y limpia nuestras almas con la sangre de tu Hijo

unigénito derramada por nosotros, para que, muertos a nosotros mismos, viviendo en El, le demos, a cambio de su pasión, un rostro refulgente y un ánimo íntegro.

Escúchanos también a nosotros que rogamos por el guardián de esta cátedra tuya, cuya fiesta celebramos hoy, esto es, por tu vicario, para que le hagas tal como quieres que sea el sucesor de tu «viejecillo» Pedro y le des lo que necesita para el gobierno de tu Iglesia. Afirmo que has prometido cumplir pronto mis deseos. Por ello te ruego con la mayor confianza que no tardes en cumplir las promesas, ¡oh Dios mío!

Y vosotros, hijos dulcísimos, pues es tiempo de ponerse a la obra, ved que es el momento de esforzaros por la Iglesia de Cristo, verdadera madre de vuestra fe. Por ello os animo a que, ya plantados en la misma Iglesia, seáis como columnas de ella, trabajéis en este jardín de fe salvadora con el fervor de la oración y con las obras, arrojados el amor propio y toda negligencia. Cumplamos ampliamente la voluntad del Dios eterno, que nos ha llamado con este fin, para nuestra salvación, la de los demás y para la unidad de la Iglesia, en la que se encuentra la salud de las almas. Amén.

FORTALEZA DE LA VOLUNTAD

7 Historia.—*Compuesta en Roma el domingo de Quincuagésima (domingo de carnaval), el día 20 de febrero de 1379.*

Ideas.—*Dios conoce la buena voluntad de su vicario y las dificultades para llevarla a cabo.—Remedios del Señor para redimir y guiar al hombre.—Uno es la oración y otro la fortaleza, contando con la voluntad divina.—Catalina es pecadora.—Ruega para que sus discípulos aumenten los buenos deseos.—Gracias a Dios, porque, aunque pecadora, sigue siendo esposa del Señor.*

Confieso, Dios eterno; confieso, Dios eterno, alta y eterna Trinidad, que me ves y que me conoces, y que esto lo he entendido en tu luz. Dios eterno, confieso y entiendo que ves la necesidad de tu esposa y la buena voluntad de tu vicario. Pero ¿qué le impide llevarla a la práctica? En tu luz veo que todo lo conoces, pues nada se halla escondido a tu mirada.

En la misma luz veo que has previsto el remedio que luego diste a tus hijos muertos, es decir, el Verbo de tu Hijo unigénito. Previste también otro remedio al dejar en el cuerpo del Verbo las cicatrices para que de continuo griten misericordia por nosotros ante ti. En tu luz he visto que, por ardoroso amor, las conservas y que ni ellas ni el color de la sangre son impedimento a tu cuerpo glorificado.

También en ti mismo viste que, después de la enfermedad de que nos has librado, el hombre volvería a caer en el pecado por culpa suya. Por eso pusiste el remedio de la santa penitencia, en la que el ministro derrama sobre la cara del alma la sangre del humilde Cordero. Como remedio principal para reconciliarnos contigo, viste también otros medios necesarios a la salvación del hombre. Conozco en tu luz que todo lo has previsto. Lo veo en esa luz. Sin ella andaría yo en tinieblas.

¡Oh Amor dulcísimo! Has visto en ti las necesidades de la santa Iglesia y el remedio que necesita, y se lo has dado en la oración de tus servidores. Deseas que con ellos se le haga un muro de apoyo. Tu clemencia inspira en ellos ardientes deseos de reforma en ella.

Entiendo también que previste nuestra perversa inclinación, siempre dispuesta a rebelarse contra tu voluntad y que nosotros la habíamos de seguir. Entiendo que verdaderamente previste la fragilidad de nuestra naturaleza humana, lo frágil y miserable que es. Por eso, tú, sumo proveedor, que de todo has dotado a tu criatura; tú, el mejor remediador, que en todo has procurado remedio, nos diste la roca y fortaleza de tu voluntad y le diste por compañera a la debilidad de nuestra carne. Esta voluntad es tan fuerte, que ni el demonio ni criatura alguna la pueden vencer si nosotros no queremos, o sea, sin que consienta el libre albedrío, en cuyo poder está nuestra fortaleza.

¡Oh Bondad infinita! ¿De dónde viene a la criatura tanta fuerza de voluntad? De ti, suma y eterna fortaleza. De donde deduzco que participa de ella, porque de la tuya diste a la nuestra. Concluyamos que nuestra voluntad es fuerte en el grado en que siga a la tuya y que es débil tanto cuanto se aparte de ella. Todo esto lo he comprendido en tu luz. Padre eterno; demuestra tu for-

taleza en nuestra voluntad, pues si a un miembro insignificante le has dado tal fortaleza, ¡cuán grande juzgaremos la tuya, siendo el creador y gobernador de todas las cosas!

En tu luz veo que parece que la libre voluntad que nos has dado se fortalece con la luz de la fe, pues con ella conoce tu eterna voluntad, que no quiere otra cosa que nuestra salvación. Y como la luz crece y se fortalece la voluntad, nutrida por la santísima fe, da vida a las obras del hombre, así ni la verdadera voluntad ni la fe viva pueden darse sin las obras. Esa luz alimenta y hace crecer el fuego del alma, porque no puede gustar el fuego de tu caridad si ella no le muestra tu amor y dilección para con nosotros. Tú, Luz, eres materia del fuego, porque lo haces crecer en el alma. Como la leña aumenta y hace crecer el fuego material, tú, Luz, eres lo que hace crecer la caridad del alma, pues le muestras tu divina bondad. La caridad alimenta, porque desea conocer a su Dios y quieres darle gusto.

¡Oh Proveedor excelentísimo! No has querido que el hombre ande en tinieblas ni esté en guerra, y por eso le has dotado de la luz de la fe, que nos enseña el camino del cielo y nos da paz y quietud. Esta luz no deja morir al alma de hambre, ni estar desnuda, ni ser pobre, porque la alimenta con el manjar de la gracia, haciéndole gustar en el afecto de la caridad el alimento del alma. La viste con la vestidura nupcial de la perfecta caridad y de la voluntad eterna y le manifiesta las riquezas eternas.

Pequé, Señor; ten misericordia de mí. Porque las tinieblas de la inclinación perversa, que yo siempre he seguido, han ofuscado los ojos de mi inteligencia y no te he conocido a ti, Luz verdadera. Con todo, tu caridad ha querido darme de tu luz.

¡Oh Dios eterno, oh Amor inestimable! Toda la criatura se halla hecha una masa contigo, y tú con ella, por la creación, por la fuerza de tu voluntad, por la luz natural que le has dado. Con esa luz te ve a ti, Luz verdadera, y la ejercitas con hambre de las verdaderas virtudes para gloria y alabanza de tu nombre. ¡Oh Luz sobre toda luz, oh Bondad sobre toda bondad, oh Sabiduría sobre toda sabiduría, oh Fuego que superas a todo fue-

go, porque eres el que únicamente existes por sí mismo y nadie es algo sino en cuanto tiene el ser de ti!

¡Oh alma mía, ciega y miserable! Eres indigna de que se haga muro para sostener a la santa Iglesia contigo y con los otros servidores tuyos, sino digna de hallarte en un vientre de animal, pues siempre has hecho obras de animales. Gracias, gracias sean dadas a ti, que, a pesar de mi maldad, te has dignado elegirme para esta misión.

Te suplico, pues, que infundas en el espíritu de tus servidores deseos anhelantes y encendidos de la reforma de tu esposa. Hazles clamar con oración continuada. Escucha su clamor. Conserva y aumenta la buena voluntad de tu vicario; que en él se lleve a cabo la perfección que tú exiges. Te pido lo mismo por todos los seres racionales, y de modo especial por los que has cargado sobre mis espaldas; los que yo, como débil e incapaz, te devuelvo. No quiero que mis pecados les estorben, pues siempre he seguido las perversas inclinaciones. Deseo y te ruego que te sigan con perfección para que las oraciones que hacen, y deben hacer por todo el mundo y por la santa Iglesia, merezcan ser oídas.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Perdona, Padre, perdóname a mí, miserable y desagradecida a las gracias infinitas recibidas de ti. Confieso que tu bondad me ha conservado esposa tuya, aunque, por mis defectos, te haya sido infiel.

Nupcias místicas de Catalina.

8 Historia.—*Compuesta en Roma el martes de carnaval, 22 de febrero de 1379. En esta oración se encuentran alusiones claras a la sensualidad que acompaña ordinariamente a los festejos profanos de esos días.*

Ideas.—*Dios, misericordia y piedad, nos ha dado la gracia sin quitarnos la libertad.—El hombre desconoce la piedad.—La luz divina se halla siempre a la puerta, esperando que la dejen pasar para iluminar al alma.—Petición por el papa y por la Iglesia.—Piedad y crueldad piadosa.—Anticipo a los justos de la vida eterna.—Ruega por sus discípulos.*

¡Oh Dios eterno, oh Dios eterno! Ten piedad de nosotros. Si dices, alta y eterna Trinidad, que la piedad que tiene origen en la misericordia, te es algo propio, puesto que te es propia y no puede hallarse separada de la piedad, como se ve por tu misericordia con nosotros, también yo lo reconozco, ya que únicamente por piedad entregaste a tu Hijo a la muerte para nuestra redención. Esta piedad procedía de la fuente del amor que tenías a la criatura. Como ésta te era grata, cuando perdió la vestidura de la inocencia, te decidiste a revestirla de tu gracia volviéndola al estado anterior. Sin embargo, no le quitaste la facultad de poderte ofender, sino que le conservaste la libertad y la perversa inclinación, que siempre lucha contra el espíritu. Siguiendo esa inclinación, es uno inducido a caer en la culpa del pecado.

Si tú, Dios eterno, eres tan piadoso, ¿de dónde viene que el hombre sea tan cruel consigo mismo? Porque no puede usar mayor crueldad que matarse con la culpa del pecado mortal. El es condescendiente con la sensualidad. Por esa condescendencia trata con crueldad al alma y al cuerpo, pues el cuerpo del condenado será castigado juntamente con su alma.

Veo que esto no viene sino de estar privado de la luz, pues no ha conocido tu piedad para con nosotros; con lo cual muestras que tu piedad de nada aprovechará al hombre sin que él preste su ayuda, porque sin él no lo quieres salvar. Quieres, Padre misericordioso y piadoso, que el hombre piense en tu inconmensurable piedad con nosotros para que aprenda a ser piadoso consigo, y des-

pués con el prójimo, como dice el glorioso San Pablo: «Toda caridad comienza por sí mismo» [1]. Para que se levante de su crueldad y tome el manjar que la ha de alimentar y dar vida, quieres que el alma considere tu piedad.

¡Oh Dios eterno, fuego y abismo de caridad! Tus ojos están sobre nosotros. Para que tu criatura vea que así es, que has puesto sobre nosotros los ojos de tu piedad y misericordia, o los ojos de tu justicia según nuestras obras, le has dado inteligencia para que comprenda. Por ello es manifiesto que todo mal nos viene de estar privados de la luz, y todo bien de tenerla; porque no se puede amar lo que no se conoce, y nada puede conocerse sin la luz. ¡Oh Dios eterno, oh piadoso, oh misericordioso Padre! Para que no seamos ciegos, sin luz alguna, ten piedad y misericordia de nosotros; principalmente de mí, miserable, y por eso cruel conmigo misma. Mira la necesidad del mundo y remédiala con los ojos de tu piedad, con la que nos has creado a nosotros y a todas las criaturas. De la nada, tú nos diste el ser. Ilumina, pues, este ser que es tuyo. En el tiempo de la necesidad nos diste la luz de los apóstoles; ahora, en este tiempo, en que mayormente tenemos necesidad de luz, resucita a un Pablo que ilumine al mundo entero. Con las velas de la misericordia cierra y cubre los ojos de justicia y abre los de la piedad. Atate a ti mismo, y aplaca de este modo tu ira con el vínculo de la caridad.

¡Oh dulce, oh suave luz, oh principio y fundamento de nuestra salvación! Porque con tu luz viste nuestra necesidad, por ello conocemos tu bondad, y al conocerla la amamos. ¡Oh unión y atadura de ti, Creador, con la criatura, y de la criatura con el Creador! La has atado con los lazos de tu caridad y le has dado luz con la luz, por lo que, si abre ella los ojos del entendimiento con deseo de conocerte, te conocerá, ya que tu luz penetra en toda alma que abre la puerta de la voluntad. La luz se halla en la entrada, y entra en cuanto se le abre, como el sol que cae sobre una ventana cerrada: cuando está abierta, entra en la casa. Por eso conviene que el alma tenga voluntad de conocer. Con ella se abren los

[1] 1 Cor 13,1-3.

ojos del entendimiento, y entonces, verdadero Sol, penetra en el alma y le das de tu luz.

Una vez que has entrado, ¿qué haces dentro del alma, tú, luz de piedad? Arrojas de ella las tinieblas y le das la luz; quitas de ella lo húmedo del amor propio y permanece el fuego de tu caridad; haces libre al corazón, porque con tu luz ha conocido cuánta libertad nos has dado al sacarnos de la esclavitud del demonio, a la cual había llegado el género humano por su propia crueldad. Por eso el alma aborrece la causa de la crueldad, o sea, la indulgencia para con la propia sensualidad, y por eso se convierte en indulgente con la razón y cruel con la sensualidad, cerrando a ésta las potencias del alma. Cierra la memoria a las miserias del mundo y a los vanos deleites, apartándolos voluntariamente de ella, y se abre a tus beneficios, recordándolos con solicitud. Cierra la voluntad de modo que nada ame fuera de ti, sino que te ame sobre todas las cosas, y a éstas en conformidad con tu voluntad, para que sólo desee seguirte. Entonces es uno verdaderamente piadoso consigo mismo, y siéndolo consigo, también lo es con el prójimo, decidiéndose a dar la vida por la salvación de las almas. En todo usa de la piedad con prudencia, pues has visto con cuánta prudencia has obrado en todos nosotros y en tus misterios.

Tú, Luz, haces al corazón sincero y sin doblez, amplio y no estrecho, tanto que cabe en él toda criatura racional a causa del afecto de la caridad. Busca la salvación de todos con ordenada caridad, y porque la luz no está sin la luz ni sin la prudencia o la sabiduría, ofrece su cuerpo a la muerte por la salvación del alma del prójimo. No comete culpa, porque no es lícito al hombre la menor culpa para salvar al mundo entero, si eso fuera posible, puesto que por el provecho de una criatura que por sí misma no es nada, no se debe ofender al Creador, que es todo bien. Al cuerpo, sin embargo, le da los bienes temporales. Tan abierto se halla este corazón, que no finge con persona alguna, sino que todos le pueden entender, pues no muestra una cosa con la cara o con las palabras, teniendo otra en su interior. Esto demuestra hallarse de veras despojado del hombre viejo y revestido con el nuevo de tu voluntad. Así, Padre eterno, nuestra crueldad nace de que no entendemos la pie-

dad que has usado con nuestras almas cuando la volviste a comprar con la preciosa sangre de tu Hijo unigénito.

Vuelve, Padre misericordioso, vuelve los ojos de la piedad a tu esposa y a tu vicario. Escóndelo bajo las alas de tu misericordia para que los malvados soberbios no le puedan hacer daño y para que me conceda la gracia de derramar la sangre y entierre el tuétano de mis huesos en este jardín de la santa Iglesia. Si miro a ti, comprendo que nada está escondido a tu mirada. Esto no lo entienden los hombres del mundo, ofuscados por la nube del amor propio, porque, si lo entendieran, no serían tan crueles con sus almas, sino piadosos en tu piedad. Por eso nos es necesaria la luz, que con todo afecto te pido des a todas las criaturas racionales. En el Verbo usaste la piedad y la justicia: justicia con su cuerpo y piedad con las criaturas.

¡Oh Bondad infinita! ¿Cómo no se derrite el corazón del hombre y no se me sale el corazón por la boca? Porque la nube del amor propio ha entenebrecido los ojos de mi espíritu, de modo que, alma mía, no le deja ver esta inefable piedad.¿Qué padre hubo nunca que entregase a su propio hijo por su siervo? Sólo tú, Padre eterno. La carne nuestra, de que vestiste al Verbo, sufrió, y nosotros recibimos fruto por ello si es que lo deseamos. Así, en cuanto a nosotros, que padezca nuestra sensualidad para que el hombre reciba fruto de ti.

¡Oh doctrina fundada en la verdad! Tu Verdad dijo: «Yo soy camino, verdad y vida» [2]. Si queremos seguir tu piedad, es de obligación que andemos el camino que tú anduviste por medio de tu voluntad. En cuanto a mí, yo reclamo, Verdad eterna, que hagas justicia en mí, que soy cruel con mi alma y piadosa con los propios sentidos.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

¡Oh piadosa crueldad, que conculcas los sentidos en este tiempo perecedero para elevar el alma a lo eterno! ¿De dónde procede la paciencia? ¿De dónde la fe y la caridad? De la piedad, que se nutre de la misericordia. ¿Quién separa el alma de sí misma y la une a ti? Esta

[2] Jn 14,6.

piedad adquirida con la luz. ¡Oh piedad deleitable, piedad que eres bálsamo! Tú extingues la ira y la crueldad del alma. Padre piadoso, te ruego que concedas esta piedad a todas las criaturas, y particularmente a los que me has dado para que los ame con singular amor. Hazlos piadosos para que usen la perfecta piedad y la perfecta crueldad, con la que maten su voluntad pervertida. Parece que tu Verdad enseñó esta piadosa crueldad cuando dijiste: «Quien viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer e hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo» [3]. Esto último parece difícil. Las otras cosas las hacen con frecuencia los servidores del mundo, aunque no por amor a la virtud, y no les resulta difícil. Más le es al hombre abandonar su naturaleza que seguirla. Nuestra naturaleza es racional; por tanto, debemos seguir la razón.

¡Oh Verdad eterna! Eres perfume sobre todo perfume, generosidad sobre toda generosidad, piedad sobre toda piedad, justicia sobre toda justicia. Más aún: eres fuente de justicia que a cada uno retribuye según sus obras. Por eso permite con justicia que el malvado se haga insoportable a sí mismo, porque se pone a desear lo que vale menos que él cuando apetece los deleites mundanos y las riquezas, ya que todas las cosas son de menos valor que el hombre, hechas para su servicio y no para que él se convierta en su esclavo. Sólo tú eres mayor que nosotros, y por eso debemos desearte, buscarte y servirte. Con razón haces gustar al justo la vida eterna en esta vida, con paz y quietud de alma por haber puesto su afecto en ti, que eres verdadera y suprema quietud; y a los que varonilmente han corrido en esta vida mortal con justicia y misericordia, les da Dios la vida eterna. Nadie te puede comprender perfectamente sino en la medida en que tú te das a conocer, y esto los haces en tanto en cuanto nosotros disponemos el vaso de nuestra alma para recibir.

¡Oh dulcísimo Amor! Yo no te he amado durante mi vida. Te encomiendo a mis hijos, a los que has cargado sobre mis espaldas para que despierte, que estoy siempre dormida. Tú, Padre piadoso y benigno, despiértalos

[3] Lc 14,26.

para que los ojos de su inteligencia vean siempre a través de ti.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí. Dios: acude en mi ayuda. Apresúrate, Señor; no tardes. Amén.

FRAGILIDAD Y FORTALEZA

9 Historia.—*Compuesta en Roma el lunes 1.º de marzo de 1379. En nota que sigue a la oración, en el manuscrito se indica que está truncada y que al texto que aquí se da siguió la plegaria por el papa, por el mundo y por sus discípulos «al modo acostumbrado».*

Ideas.—*Contraposición de la fortaleza del Verbo a la debilidad humana.—Nuestra naturaleza es fortalecida por la unión con el Verbo.—La sangre de Cristo y sus efectos en nosotros.*

¡Trinidad eterna, oh alta y eterna Trinidad! Tú, Trinidad eterna, nos diste al dulce y amoroso Verbo. ¡Oh dulce y amoroso Verbo, Hijo de Dios! Nuestra naturaleza es débil y propensa a todo mal; la suya, fuerte e inclinada a todo bien. El hombre es débil, porque débil es la naturaleza de su padre, que no puede dar al hijo otra naturaleza que la que tiene. Es inclinada al mal por la rebelión de la frágil carne que ha recibido de su padre. Así, nuestra naturaleza es débil y propensa a todo mal por proceder y ser generación del primer padre, Adán, habiendo salido todos de una misma masa. El se apartó de la suma fortaleza tuya, Padre eterno. Se hizo débil, y, como rebelde a ti, encontró la rebelión en sí mismo. Por eso, habiéndose separado de la suma bondad y fortaleza, se halló debilitado e inclinado a todo mal.

¡Oh Verbo, eterno Hijo de Dios! Tu naturaleza es fuerte y dispuesta a todo bien, porque la has recibido de tu eterno y omnipotente Padre. El te ha dado su naturaleza, es decir, la divinidad. En ti no existió ni puede existir mal alguno, porque la naturaleza que recibiste de la divinidad no puede sufrir defecto alguno.

Tú, pues, dulce Verbo, has fortalecido nuestra débil naturaleza por la unión que has hecho con nosotros. Por ella es fortalecida la nuestra, pues en virtud de tu sangre desaparece la debilidad en el santo bautismo, y, cuando llegamos a la edad de la discreción, somos forta-

lecidos con tu doctrina, si el hombre la sigue de veras. Revistiéndose de ella perfectamente, se hace tan fuerte e inclinado al bien, que casi desaparece la rebelión de la carne, que lucha contra el espíritu, porque el alma se halla unida perfectamente a ti, unida a tu doctrina, y el cuerpo con el alma, y por ello quiere seguir el afecto del alma.

Llega a tanto, que lo que antes le producía placer, esto es, las miserias y deleites del mundo, le desagradan por completo, y lo que antes le parecía dificultoso y duro, es decir, seguir la virtud, ahora le parece dulce y deleitoso. Es, por tanto, cierto que tú, Verbo eterno, quitaste la debilidad de nuestra naturaleza con la fortaleza de la divina que recibiste del Padre. Esta fortaleza se nos ha dado, como se ha dicho, por medio de la sangre y de la doctrina.

¡Oh sangre eterna! Digo eterna por hallarse unida a la naturaleza divina. El hombre que con tu luz ha conocido tu fortaleza, abandona su debilidad. Esa luz no se adquiere nunca sin el aborrecimiento de los propios sentidos, sino que por ellos se pierde la luz natural. ¡Oh dulce sangre que fortaleces al alma, la iluminas y la conviertes en angélica! La proteges de tal manera con el fuego de la caridad, que se olvida de sí y no puede mirar cosa alguna sino a ti, y hasta la frágil carne siente el perfume de las virtudes, a la vez que el cuerpo, juntamente con el alma, te parece un jardín en todas sus obras. Esto ocurre mientras el santo deseo aumenta continuamente, que, si aflojase, resucitaría la rebelión de la carne con más pujanza que antes.

¡Oh doctrina de la verdad! Das tanta fortaleza al alma revestida de ti, que nada viene a menos ni por la adversidad ni por el sufrimiento, sino que en todo combate obtiene la victoria. Es fuerte mientras te sigue a ti, que has venido de la suma Fortaleza. Para nada le valdría tu fortaleza al alma si ella no te sigue. Miserable de mí, que nunca te he seguido a ti, verdadera Doctrina. Por eso me encuentro tan débil, que desfallezco a la menor tribulación.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

[*El secretario ha omitido voluntariamente las peticiones.*]

EL INJERTO

10 Historia.—*Compuesta en Roma el 3 de marzo de 1379.*
Ideas.—*Belleza del alma en inocencia.—Se pierde por el pecado, y el alma da entonces malos frutos.—Por el injerto en Cristo se convierten en buenos.—Muchos no se injertan en El y siguen las inclinaciones de los sentidos.—Ruega para que sus discípulos se injerten en Cristo.*

¡Oh alta y eterna Trinidad! Trinidad, eterna Deidad, Amor: nosotros somos árboles de muerte y tú eres árbol de vida. ¡Oh eterna Divinidad! Hay que contemplar en tu luz el árbol puro salido de ti, con suma pureza, con suma inocencia. La has unido y colocado en la humanidad que creaste del limo de la tierra. A este árbol lo hiciste libre, le diste ramas, que son las potencias del alma: la memoria, el entendimiento y la voluntad. ¿Qué pusiste en la memoria? El recordar. ¿En el entendimiento? El fruto de discernir. ¿Y en la voluntad? El de amar. ¡Oh árbol plantado con tanta pureza por tu Redentor!

Pero este árbol cayó por la desobediencia, porque se apartó de la inocencia, y de árbol de vida se hizo árbol de muerte, por lo que no producía sino frutos de muerte. Por eso, tú, alta y eterna Trinidad, como ebrio y loco de amor por tu criatura, viendo que no podía sino dar frutos de muerte por hallarse separado de ti, que eres Vida, le diste el remedio con el mismo amor con que lo habías creado, injertando tu divinidad en el árbol muerto de nuestra humanidad. ¡Oh dulce y suave injerto! Tú, suma dulzura, te has dignado unirte a nuestra amargura: Tú, esplendor, con las tinieblas; Tú, sabiduría, con la necedad; Tú, vida, con la muerte; Tú, infinito, con lo finito. ¿Quién te obligó a esto para darle vida, habiéndote esa misma criatura hecho tanta injuria? Sólo el amor, como se ha dicho. Por este injerto desaparece la muerte.

¿Bastó a tu caridad haber hecho esta unión con la criatura? No. Por eso, tú, Verbo eterno, regaste este árbol con tu sangre. Ella lo hace germinar con su calor si el hombre, con el libre albedrío, se injerta en ti, se une contigo y liga su corazón y su afecto, atando y envolviendo este injerto con la venda de la caridad y siguien-

do tu doctrina. Y porque al Padre no podemos ni debemos seguirle, pues en El no cabe dolor, debemos conformarnos e injertarnos en ti. Se ve que tú nos creaste sin nosotros, pero no quieres salvarnos sin nosotros.

Cuando nos hallamos injertados en ti, las ramas que has dado a nuestro árbol producen sus frutos: la memoria se llena del constante recuerdo de tus beneficios; el entendimiento se mira en ti para conocer la verdad, y la voluntad quiere amar y seguir lo que el entendimiento ha visto y conocido. Así, una rama ofrece frutos a la otra. Por el conocimiento que el hombre tiene de ti, se conoce mejor a sí mismo y odia a los propios sentidos.

¡Oh Amor, inestimable Amor! Son admirables las obras que has realizado en tu criatura racional. Si tú, Dios eterno, cuando el hombre era árbol mortífero lo transformaste en árbol de vida injertándote como vida en el hombre —aunque muchos por sus defectos no producen sino frutos de muerte por no estar injertados en ti, Vida eterna—, del mismo modo puedes proveer a la salvación de todo el mundo, al que veo que no se injerta en ti, pero más bien permanece en la muerte de sus propios sentidos y ninguno se acerca a la fuente donde está la sangre para regar su árbol.

¡Oh! En nosotros hay vida eterna no conocida por nosotros. ¡Oh miserable, oh ciega alma mía! ¿Dónde está el clamor, dónde las lágrimas que debes derramar ante tu Dios, que de continuo te llama? ¿Dónde el dolor de corazón de los árboles que se hallan plantados en la muerte? ¿Dónde los anhelantes deseos en presencia de tu piedad? No está en mí, porque aún no me he negado a mí misma; porque, si me hubiese negado y hubiese buscado sólo a Dios y la gloria y alabanza de su nombre, el corazón me saldría por la boca y mis huesos rezumarían sus tuétanos. Pero no he producido sino frutos de muerte por no hallarme injertada en ti.

¡Qué grandes son la luz y la dignidad que recibe el alma verdaderamente injertada en ti! ¡Oh inconmensurable generosidad! La memoria nos empuja a sentirnos obligados a amarte y seguir las huellas y doctrina de Cristo. Por eso, el entendimiento se detiene en la misma luz y contempla. Bien pronto la voluntad ama lo que el

entendimiento ha visto y conocido. De este modo, una rama ofrece su fruto a la otra.

¿De dónde sacas, ¡oh árbol!, esos frutos de vida, siendo por ti mismo estéril y estando muerto? Del árbol de la vida; de modo que, si no estuvieses injertado en él, ningún fruto podrías producir por ti mismo, porque eres nada.

¡Oh Verdad eterna, oh Amor inestimable! Como produjiste en nosotros frutos de fuego de amor, de luz y de pronta obediencia, así el alma, injertada en ti, ciertamente que no se preocupa de otra cosa que de tu honor y de la salvación de las almas. Por obediencia, como enamorado, corriste a la afrentosa muerte de cruz y nos diste aquellos frutos en razón del injerto de tu divinidad en nuestra humanidad; por el injerto que hiciste de tu cuerpo en el árbol de la cruz, la obediencia se hace fiel, prudente y paciente.

Avergüénzate, hombre; avergüénzate de que por tus pecados te veas privado de tanto bien y te hagas digno de tanto mal. Tu bien no es de provecho para Dios y tu mal no le perjudica; pero se complace en que su criatura dé frutos de vida, a fin de que reciba el fruto infinito y llegue al fin para que todos hemos sido creados.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Unenos, Verdad eterna, e injerta en ti a los que me has dado para que los ame con amor singular, de modo que produzcan frutos de vida. Veo, Bondad infinita, que así como envías el rocío de la luz sobrenatural al alma unida a ti, dándole paz y quietud de conciencia, así con el rocío de tus servidores alejarás la guerra y las tinieblas y darás la paz y la luz a tu esposa. Así te lo pido, piadoso, benigno y dulce Dios.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí. Amén.

EN EL DIA DE LA ANUNCIACION

11 Historia.—*Compuesta en la fiesta de la Anunciación, 25 de marzo de 1379. Ese día cumplía Catalina treinta y dos años. Vivía cerca de la iglesia dominicana de Santa María sopra Minerva, dedicada a la Anunciación. Es una de sus oraciones más bellas.*

Ideas.—*María, corredentora de los hombres, nos es presentada sencilla, humilde, complaciendo al Padre.—En María, como en un libro, aparece manifiesta la Trinidad.—La misericordia y la justicia se dan el abrazo en la encarnación del Verbo.—María coopera dando su consentimiento.—Cristo, desde ese momento, tiene ansias de morir por el hombre.—Plegaria por la Iglesia y por los discípulos de la Santa.*

¡Oh María, María, templo de la Trinidad! ¡Oh María, portadora del Fuego! María, que ofreces misericordia, que germinas el fruto, que redimes el género humano, porque, sufriendo la carne tuya en el Verbo, fue nuevamente redimido el mundo.

¡Oh María, tierra fértil! Eres la nueva planta de la que recibimos la fragante flor del Verbo, unigénito Hijo de Dios, pues en ti, tierra fértil, fue sembrado ese Verbo. Eres la tierra y eres la planta. ¡Oh María, carro de fuego! Tú llevaste el fuego escondido y velado bajo el polvo de tu humanidad.

¡Oh María!, vaso de humildad en el que está y arde la luz del verdadero conocimiento con que te elevaste sobre ti misma, y por eso agradaste al Padre eterno y te raptó y llevó a sí, amándote con amor singular. Con la luz y el fuego de tu caridad, y con el ungüento de tu humildad atrajiste e inclinaste a la Divinidad a que viniera a ti, si bien antes fue arrastrado a venir a nosotros por el ardentísimo fuego de su inestimable caridad.

¡Oh María! Porque tuviste luz no fuiste necia, sino prudente, y por eso, con prudencia, quisiste saber del ángel cómo sería posible lo que anunciaba. ¿No sabías que esto era posible al Dios omnipotente? Ciertamente que sí. ¿Por qué dijiste: «pues no conozco varón»? [1] No porque te faltase la fe, sino por la profunda humildad que consideraba tu indignidad; no porque dudases de que fuera posible a Dios. María: ¿te turbaste de las pala-

[1] Lc 34.

bras del ángel por miedo? Si atiendo a la luz de Dios, no parece que te turbases por miedo, aunque mostrases algún gesto de admiración y alguna turbación. Entonces, ¿de qué te maravillaste? De la gran bondad de Dios que veías. Considerándote a ti misma y cuán indigna te reconocías a tanta gracia, quedaste estupefacta. Quedaste admirada y estupefacta por la consideración de la inefable gracia de Dios, por la consideración de tu indignidad y debilidad. Preguntando con prudencia, demostraste profunda humildad, y, como queda dicho, no tuviste temor, sino admiración por causa de la desmedida bondad y caridad de Dios, dada la bajeza y pequeñez de tu virtud.

Tú, ¡oh María!, has sido hecha hoy un libro en que se halla descrito nuestro modo de actuar. En ti se halla descrita la sabiduría del Padre eterno, en ti se manifiesta hoy la fortaleza y la libertad del hombre. Digo que se manifiesta la dignidad del hombre porque, si miro a ti, María, veo que la mano del Espíritu Santo imprimió en ti la Trinidad, formando en ti al Verbo encarnado, Hijo unigénito de Dios. La sabiduría del Padre escribió, es decir, el mismo Verbo ha dejado escrito su poder, pues fue poderoso para realizar este gran misterio. La clemencia del Espíritu Santo también ha dejado escrito, pues sólo por benevolencia y clemencia fue ordenado y llevado a cabo tan gran misterio.

Si considero tu admirable determinación, Trinidad eterna, veo que en tu luz tuviste en cuenta la dignidad y nobleza del género humano, por lo que como el amor te obligó a sacar al hombre de ti, así el mismo amor te forzó a redimirlo cuando estaba perdido. Bien mostraste que amabas al hombre antes de que existiese al querer crearlo sólo por amor; pero mayor lo mostraste dándote a ti mismo, encerrándote hoy en el envoltorio de su humanidad. ¿Qué más pudiste darnos que a ti mismo? Por lo cual pudiste con verdad decir: «¿Qué he podido decir que no haya hecho?» [2]

Así comprendo que lo que determinó la sabiduría en aquella grande y eterna resolución fue salvar al hombre. Hoy se ha realizado, cumpliéndose lo que tu cle-

[2] Rom 11,33.

mencia deseaba y podía, de modo que en nuestra salvación se hallan aunados, Trinidad eterna, el poder, la sabiduría y la clemencia. Con esta decisión quería tu gran misericordia hacer misericordia a las criaturas, y tú, Trinidad eterna, realizar en ella tu verdad de darle la vida eterna, pues para esto la habías creado, a fin de que tuviera parte y gozase de ti. Esto no contradecía a tu justicia, que, como la misericordia, te es propia. La justicia permanece para siempre, por lo que ella no deja falta alguna sin castigo, lo mismo que nada bueno sin ser premiado. El hombre no se podía satisfacer por su culpa.

¿Que medio encontraste, Trinidad eterna, para que se cumpliese tu verdad de hacer misericordia al hombre y a la vez pudiese satisfacerse tu justicia? ¿Qué remedio nos has dado? He aquí el remedio oportuno: determinaste darnos el Verbo de tu unigénito Hijo y que tomase la masa de nuestra carne que te había ofendido, para que, sufriendo en esa humanidad, se satisficiese tu justicia; no en virtud de la humanidad, sino de la divinidad unida a ella. Así se hizo, y se cumplió tu verdad, y quedaron cumplidas la justicia y la misericordia.

¡Oh María! Veo que este Verbo, dado a ti para que en ti esté sin ser separado del Padre, al modo que la palabra que el hombre tiene en la mente, aunque pronunciada exteriormente y comunicada a los demás, no se separa de esa mente ni del corazón. En todo esto se muestra la dignidad del hombre, por el cual ha hecho Dios tan grandes cosas.

También se demuestra hoy, ¡oh María!, la fortaleza y libertad del hombre, porque, después de tan maravillosa determinación, te fue enviado un ángel para anunciártela e indagar tu voluntad. El Hijo de Dios no bajaría a tu vientre antes de que te conformases con ella. Aguardaba a la puerta de tu voluntad a que abrieses al que deseaba venir a ti, y nunca habría entrado si no la hubieses abierto, diciendo: «He aquí la sierva del Señor»[3].

Manifiestamente, pues, aparece la fortaleza y libertad de tu querer, ya que ningún bien ni mal se pueden hacer sin él y no hay demonio ni criatura que pueda obligarla a la culpa de pecado mortal si ella no quiere, como

[3] Lc 1,38.

tampoco puede forzarla a obrar bien alguno más allá de lo que ella quiera; de modo que la voluntad del hombre es libre, y ninguno la puede llevar al mal o al bien si ella no quiere. ¡Oh María! A la puerta llamaba la eterna Divinidad, pero si tú no hubieras abierto la entrada de tu voluntad, Dios no se habría encarnado en ti. Avergüénzate, alma mía, viendo que Dios se ha emparentado contigo por medio de María. Hoy te ha quedado claro que, aunque hayas sido creada sin intervención tuya, no serás salvada sin ella; por eso hoy llama Dios a la puerta de la voluntad de María y espera que le abra.

¡Oh María, dulcísimo amor mío! En ti está escrito el Verbo del que recibimos la doctrina de la vida, tú eres la tabla [documento] que nos la das. Veo que en cuanto esta Verdad ha sido escrita en ti, ésta no se halla sin la cruz del santo deseo. En cuanto fue concebido en ti, le fue infundido y dado el deseo de morir por la salvación del hombre, razón por la que había tomado carne. Fue para El una gran cruz soportar tanto tiempo el deseo, que hubiera querido realizar inmediatamente.

María: a ti acudo y te presento mi petición por la dulce esposa de Cristo, tu dulcísimo Hijo, y por su vicario en la tierra para que le dé la luz a fin de que con discreción tome las medidas oportunas para la reforma de la Iglesia. Que el pueblo se una y que su corazón se amolde al del vicario, de modo que nunca levante la cabeza contra él. Me parece que tú, Dios eterno, has hecho de él un yunque sobre el que todo el mundo golpea cuanto puede con la lengua y con las obras.

Te ruego igualmente por los que has puesto en mi deseo con singular amor. Que sus corazones ardan como brasas que no se apagan. Que siempre vivan anhelando la caridad para contigo y con el prójimo, a fin de que en tiempo de necesidad tenga las navecillas bien provistas para sí y para los demás. Te pido por los que me has dado, aunque yo no sea motivo de bien alguno, sino siempre de mal, al no ser para ellos espejo de virtud, sino de ignorancia y negligencia.

Pero, María, hoy te pido con atrevimiento, porque es el día de las gracias, y sé que nada se te niega. ¡Oh María! La tierra ha germinado para nosotros al Salvador.

Pequé contra el Señor todo el tiempo de mi vida; pe-

qué contra el Señor. Ten misericordia de mí, dulcísimo e inestimable Amor

¡Oh María! Bendita tú entre las mujeres por los siglos de los siglos, pues hoy nos has dado de tu harina. Hoy la Divinidad se une y entremezcla tan estrechamente con nuestra humanidad, que nunca se podrá separar ni por muerte ni por ingratitud. Siempre ha estado unida a la Divinidad con el alma, y con el cuerpo en Cristo: con el sepulcro y con el alma, en el limbo. De esta manera se ha contraído este parentesco que nunca ha desaparecido y nunca desaparecerá. Amén.

VALOR DE LA PASION

12 Historia.—*Esta es la oración más extensa de Catalina. Fue compuesta en Roma el último domingo de marzo, domingo de Pasión, que ese año de 1379 cayó el día 27.*

Ideas.—*Incapacidad de que el hombre conozca a Dios en su esencia por medio de los sentidos.—Dios se manifiesta tomando la naturaleza humana y por la pasión.—Esta no es debidamente meditada por los que se dejan llevar de los sentidos.—Por la meditación de ella se conoce mejor a Dios y la dulzura de su amor.—Los servidores de Dios son semejantes a Cristo sufriente.—Por ellos, el mundo puede adquirir nueva vida.*

¡Oh Dios eterno, alta y eterna Grandeza! Eres grande, y yo pequeña. Mi bajeza no puede alcanzar tu altura sino en cuanto al afecto y al entendimiento. Junto con la memoria, te conocen y se levantan sobre la bajeza de mi humanidad y con la luz que me has dado en tu luz. Si medito tu alteza, toda la elevación que el alma puede tener hacia ti es como la noche comparada con la luz del sol, porque yo, bajeza mortal, no puedo alcanzar tu grandeza inmortal; aunque puedo gozarte por afecto de amor, no puedo ver tu esencia.

Por eso has dicho que el hombre que vive no te ve, esto es, que el hombre que vive en los propios sentidos y voluntad no puede verte en afecto de tu caridad. Y si, viviendo conforme a la razón, te puede ver de ese modo, no puede hacerlo en la esencia mientras vive en el cuerpo mortal. Es, pues, muy cierto que mi bajeza no puede alcanzar tu altura, sino solamente gustar y ver

como en un espejo, y esta visión es con perfección de caridad, pero no la esencia, como se ha dicho.

¿Cuándo he podido llegar al afecto de tu caridad, esa que no puedo conseguir como los bienaventurados mientras viva en su cuerpo mortal? Cuando llegó el momento y la plenitud del tiempo sagrado, el tiempo propicio en que un alma conoce que tu luz ha sido anunciada al mundo, o sea, tu Hijo unigénito; cuando el esposo se ha unido a la esposa, es decir, a la divinidad con nuestra humanidad en el Verbo. De esta unión fue intermediaria María, la cual te vistió con su humanidad, eterno Esposo.

Este amor y unión se hallaban tan escondidos que pocos lo conocían, por lo cual el alma no comprendía tu alteza. Pero veo que por la pasión del Verbo llegó al alma el conocimiento del afecto de la caridad, porque entonces comenzó a manifestarse en toda su grandeza el fuego escondido en nuestras cenizas, al rasgarse el cuerpo santísimo en el madero de la cruz. Para que el afecto del alma fuera elevado a las cosas altas y los ojos del entendimiento mirasen al interior del fuego, tú, Verbo eterno, has querido ser levantado en lo alto, con lo que nos has manifestado tu amor en la sangre. En ella nos has mostrado tu misericordia y generosidad; en ella, también cuánto agobia y pesa el pecado del hombre; en ella has limpiado el rostro de tu esposa, es decir, el alma, con la cual te has unido por la unión de la naturaleza divina a la nuestra humana. De este modo la vestiste cuando estaba desnuda y con tu muerte la has vuelto a la vida.

¡Oh pasión deseada! Tu eterna Verdad dice que ni es deseada ni amada por quien se ama a sí mismo, sino por quien se despoja y se viste de ti, levantándose luminosa a causa de tu luz hasta conocer la altura de la caridad. ¡Oh pasión deleitable y dulcísima, oh riqueza del alma, refrigerio de los afligidos, comida de los que tienen hambre, puerto y paraíso del alma, alegría verdadera, cielo y bienaventuranza nuestra! El alma que en ti se gloría consigue su fruto. ¿Y quién se gloría en ti? No el que ha sometido la luz de la razón al afecto sensible, pues éste no ve sino lo terreno.

¡Oh pasión que quitas toda enfermedad, con tal de que el enfermo quiera la curación, pues tu don no nos

ha privado de la libertad! Tú, pasión, das vida al que está muerto; si el alma se debilita por las tentaciones del demonio, tú la liberas; si es perseguida por el mundo o combatida por la propia fragilidad, tú eres refugio, porque ella ha conocido en ti no sólo las obras del Verbo en la pasión, sino que ha experimentado la altura de tu divina caridad. De aquí que por ti, pasión, quiera caminar hacia la verdad, conocerla, embriagarse y aniquilarse en la caridad de Dios por medio de tu enfermedad, la que parece enfermedad a causa de nuestra humanidad que ha sufrido en ti, a pesar de que la elevación es grandísima por el misterio que procede de ella en razón de la divinidad. Por ésta se levanta a la altura de la misma divinidad y consigue su fin, ya que de otro modo no podría.

¡Oh pasión! El alma que descansa en ti está muerta a los sentidos. Por la pasión se da cuenta ella del afecto de tu caridad. ¡Oh, qué dulce y suave es esta dulzura experimentada por el alma que penetra bajo esta corteza, donde ha encontrado la luz y el fuego de la caridad al ver la unión de la divinidad realizada con nuestra humanidad! Veo que la humanidad desaparece con la muerte, no la divinidad. Alma mía, mira y verás al Verbo en nuestra humanidad hecho como una nube; pero la divinidad no recibe lesión por la nube o tinieblas de nuestra humanidad, sino que el sol y esplendor divino está oculto en el cielo sereno como algunas veces se halla oculto bajo la nube. ¿Cómo se nos certifica de esto? Porque, concluido el sufrimiento, permaneció la divinidad en el cuerpo del Verbo después de la resurrección, y a la humanidad, hasta entonces oscura, la hizo esplendorosa e inmortal.

Por tanto, tú, pasión, enseñas la doctrina que debe seguir la criatura racional. Por eso yerran los que prefieren seguir los deleites y no las penas, pues ninguno llega a ti, Padre, sino por el Verbo, y a ti, el Verbo, no podemos seguirte si no te gozamos en el afecto al sufrimiento. Aunque el alma no quiera soportarlo, ha de tenerlo contra su voluntad; pero, si consiente sufrir con el sol de la luz, entonces no es herido el afecto del alma por sufrimiento alguno, igual que la divinidad del Verbo en ningún modo sufre, porque ella soporta los sufrimien-

tos por su propia voluntad. Por tanto, de modo patente muestras que, después del tiempo aceptable de la pasión del Verbo, el alma puede conocer el afecto de la caridad por la luz de la gracia, y con esta luz, en el tiempo finito, llegamos a conocer tu esencia en el tiempo infinito. Por esta enfermedad de la pasión podemos conocer tu alteza; no porque tus misterios sean pequeños —antes bien son sublimes—, sino a causa de la pasión de la humanidad, que es pequeña.

¡Oh dulce y eterno Dios, infinitamente sublime! Como nosotros no podíamos elevar a tu altura el afecto, que era bajísimo, ni tampoco la luz del entendimiento, por causa de las tinieblas del pecado, por eso, tú, gran Médico, nos has dado al Verbo con la comida de la humanidad. Cautivaste al hombre y cautivaste al demonio no en virtud de la humanidad, sino de la divinidad. De esta manera, haciéndote pequeño, has hecho grande al hombre; saturado de oprobios, lo has llenado de bienaventuranzas; padeciendo hambre, lo has saciado con el afecto de tu caridad; despojándote de la vida, lo has vestido de la gracia; colmado de vergüenza, le has devuelto el honor; siendo tú oscurecido en cuanto a la humanidad, le has devuelto la luz; al ser extendido en la cruz, lo has abrazado; le has dado en tu costado refugio contra los enemigos. En este refugio puede conocer tu caridad, porque con ella demuestras que le has querido dar más que lo que pudieras con una obra finita. Allí ha encontrado el baño en el que ha limpiado el rostro de su alma de la lepra del pecado.

¡Oh Amor deleitoso, oh Fuego, oh Abismo de caridad! ¡Oh altura incomprensible! Cuanto más contemplo tu grandeza en la pasión del Verbo, tanto más se avergüenza mi alma miserable de no haberte conocido, y esto porque estuve viva para el afecto de los sentidos y muerta a la razón. Que plazca hoy a tu inconmensurable caridad iluminar los ojos de mi entendimiento y los de aquellos que me has dado como hijos y de todas las criaturas racionales.

¡Oh Deidad, Amor mío! Te pregunto una cosa: en el tiempo en que el mundo yacía enfermo, tú le mandaste como médico a tu unigénito Hijo, lo cual hiciste por amor. Ahora veo yacer al mundo en la muerte; en

muerte tan grande, que mi alma desfallece viéndolo. ¿Qué medio habrá ahora para resucitar a este muerto, siendo tú un Dios que no puede sufrir y que no vas a venir de nuevo a redimir al mundo, sino a juzgarlo? ¿Cómo se devolverá la vida a este muerto? No creo, Bondad infinita, que te falten medios, sino, más bien, reconozco que ni tu amor falta, ni tu poder se halla debilitado, ni tu sabiduría disminuida. Puesto que quieres, sabes y puedes proporcionar el remedio que se necesita para ello, te suplico que, si place a tu bondad, me muestres este remedio, pues mi alma está dispuesta a aceptarlo con valentía.

Respuesta. Es cierto que tu Hijo no va a venir a juzgar, sino en su majestad, como queda dicho; pero veo que tú llamas «cristos» a tus servidores y que quieres suprimir la muerte y dar la vida al mundo. ¿De qué modo? Caminando ellos con decisión por el camino del Verbo, con solicitud y ardoroso deseo, procurando tu honor y la salvación de las almas, sufriendo con esa intención pacientemente las penas, oprobios y reproches que cualquiera les haga. Con estas penas finitas quieres dar refrigerio a su infinito deseo, es decir, escuchar los ruegos y satisfacer su deseo. Pero si sufriesen sólo corporalmente, sin la intención indicada, no les bastaría ni a ellos ni a los otros, como tampoco la pasión del Verbo, sin la virtud de la divinidad, habría sido suficiente para la salvación del género humano.

¡Oh excelentísimo Remediador! Danos, pues, de estos «cristos» que continuamente viven en vigilias, lágrimas y oraciones por la salvación del mundo. Les llamas cristos porque se han hecho semejantes a tu Hijo unigénito. ¡Ah, Padre eterno! Concédenos que no seamos ignorantes, ciegos, fríos, ni de vista tan entenebrecida, que no nos veamos a nosotros mismos sin darnos a conocer tu voluntad.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Te doy gracias, te doy gracias, porque has concedido refrigerio a mi alma tanto por el conocimiento que me has dado, de modo que pueda conocer la grandeza de tu caridad mientras aún estoy en el cuerpo mortal, como por el remedio que veo has dispuesto para librar al mundo de la muerte.

Por tanto, no sigas durmiendo, alma mía miserable, pues ya has dormido toda tu vida. ¡Oh Amor inestimable! La pena corporal de tus servidores valdrá en virtud del santo deseo de sus almas; ese deseo tendrá valor en virtud de tu caridad. ¡Oh miserable alma mía, que no abrazas la luz, sino las tinieblas! Levántate de ellas; despiértate a ti misma; abre los ojos del entendimiento y mira el abismo en el abismo de la caridad divina, porque, si no miras, no puedes amar. Cuanto veas, tanto amarás, y cuanto ames, tanto seguirás su voluntad y te vestirás de ella.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí. Amén.

CRISTO, NUESTRA RESURRECCION

13 Historia.—*Compuesta el jueves posterior al domingo «in albis», en Roma a 14 de abril de 1379. No contiene plegaria.*

Ideas.—*La caridad dio valor a los actos humanos de Cristo.—La divinidad y la humanidad de Cristo unidas hicieron eficaz el misterio de la salvación.—La Trinidad es el jardín que produce las flores y frutos que aparecen en las tres potencias del alma.—El portero divino, Cristo, abre al alma la bienaventuranza con la llave de la divinidad y la mano de la humanidad.*

¡Oh Resurrección nuestra, oh Resurrección nuestra, oh alta y eterna Trinidad! Libra a mi alma de su cuerpo. ¡Oh Redentor, oh Resurrección nuestra; oh Trinidad eterna, oh Fuego que ardes de continuo sin extinguirte, que no fallas ni puedes disminuir aunque todos tomen de ese fuego! ¡Oh Luz, que das la luz que nos permite ver! Veo en ella, y sin ella no puedo ver, porque eres el que eres, y yo soy la que no soy.

En tu luz reconozco mi necesidad, la de la Iglesia y la de todo el mundo. Porque conozco esa luz, te suplico que libres a mi alma del cuerpo en favor de la salvación del mundo. No es que pueda yo producir fruto alguno por mí sola, sino en virtud de tu caridad, que consigue todos los bienes. De este modo, por el abismo de tu caridad, alcanza el alma su propia salvación y el provecho en su prójimo. Como tú, Deidad, alta y eterna Trinidad, has actuado en nuestra humanidad, o sea, por ella como instrumento, con obras infinitas, así has obrado entre

nosotros para nuestro provecho, no en virtud de la humanidad, sino de tu divinidad. Por ella, Trinidad eterna, parecen estar creadas todas las cosas que tienen ser y de ti sale toda la fuerza espiritual y temporal existente en el hombre. Es cierto que quieres que el hombre se esfuerce en ellas trabajando libremente.

¡Oh Trinidad eterna, oh Trinidad eterna! Por tu luz se conoce que eres el sumo y eterno jardín que tiene encerradas en sí todas las flores y todos los frutos, porque eres la flor de la gloria que da gloria a ti mismo, te das fruto a ti mismo, pues no lo puedes recibir de ningún otro. Si lo pudieras recibir de otro, no parecería que eras eterno y omnipotente Dios, pues lo que te diese parecería no haber venido de ti. Pero, como queda dicho, eres gloria y fruto de ti mismo, y los frutos que te da la criatura proceden de ti y de ti recibe la facultad de poder ofrecértelos.

En el jardín de tu seno estaba encerrado el hombre, ¡oh Padre eterno! Tú le sacaste de tu santo pensamiento como una flor dividida en tres potencias, y en cada potencia has sembrado una planta para que pudiera fructificar en tu jardín, volviendo a ti con el fruto que le diste. Tú volviste al alma, llenándola de tu felicidad, en la cual esa alma está como el pez en el mar, y el mar en el pez. Le has dado la memoria para que pueda recordar tus beneficios, y con ello produzca la flor de la gloria a tu nombre y el fruto del provecho para ella. También le has otorgado el entendimiento, para que comprenda tu verdad, y tu voluntad, que es sólo nuestra santificación, a fin de que brote la flor de la gloria, y después el fruto de la virtud. Le has dado la voluntad para que pueda amar lo que ha visto en el entendimiento y retenido en la memoria.

Si considero la luz en ti, Trinidad eterna, veo que el hombre había perdido esta flor, esto es, la gracia, a causa del pecado cometido. Por ello no era capaz de darte la gloria del modo establecido por la Verdad. Tu jardín estaba cerrado, por lo cual ya no podía recibir tus frutos. Por eso hiciste portero al Verbo, o sea, a tu Unigénito. Le diste la llave de la divinidad, y la humanidad fue la mano. Ambas las uniste para que abrieran la puerta de tu gracia, pues la divinidad no podía hacerlo

sin la humanidad —ésta la había cerrado por el pecado del primer hombre—; tampoco la humanidad sola podía abrir sin la divinidad, porque sus obras habían sido finitas, y la ofensa había sido cometida contra el bien infinito. Como inmediata consecuencia, la pena debía seguir a la culpa; por tanto, ningún otro medio era suficiente.

¡Oh dulce Portero, oh humilde Cordero! Tú eres el hortelano que, habiendo abierto las puertas del jardín celestial, es decir, del paraíso, nos das flores y frutos de eterna Deidad. Desde ahora conozco que dijiste la verdad cuando en forma de peregrino te apareciste en el camino a dos discípulos tuyos y dijiste que era preciso que Cristo padeciese de aquel modo y que por el camino de la cruz entrase en su gloria, demostrándoles que así había sido predicho por Moisés, Elías, Isaías, David y los demás que habían profetizado acerca de ti. Les explicaste las Escrituras, pero ellos no las comprendían por tener ofuscado su entendimiento; pero tú te comprendías a ti mismo. ¿Cuál era tu gloria, oh dulce y amoroso Verbo? Eras tú mismo, y para que entrases en ella tenías que padecer. Amén.

EN LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR

14 Historia.—*Compuesta en Roma el 1.º de enero de 1380 a petición de un cardenal dominico; probablemente, Fr. Nicolás Caracciolo.*

Ideas.—*El autor de la ley observa la ley, dándonos ejemplo.—La circuncisión es el primer momento en que Cristo se nos presenta padeciendo.—Pide por el papa, para que el Señor le dé acierto, y por sus enemigos, para que le reconozcan como a su señor y abandonen sus egoísmos.*

¡Oh sumo Dios, oh Amor inestimable, Fuego eterno, que iluminas la inteligencia de los hombres y consumes lo que en el alma hay de contrario a ti! Inflámala con el espíritu de tu amor cuando está en ti.

Veo en ti el amor que te obligó a crearnos para que te conociésemos y para alabanza y gloria de tu nombre. El mismo te obligó a vestirte de nuestra naturaleza mortal a fin de volvernos a ti, de quien nos habíamos apartado. Por primera vez te has mostrado a nosotros padeciendo,

¡oh Amador nuestro!, y tú, autor de la ley, te has hecho cumplidor de ella para ejemplo de nuestra humildad. Avergüéncese, por tanto, el hombre, criatura tuya, por el endurecimiento de su corazón al no observar esa ley, guardándola tú, Dios nuestro. Hoy, entre el polvo de nuestra mortalidad, te has manifestado para que por ese polvo nos veamos en ti. Te has mostrado pasible, pagando las primicias y renovándonos en el amor a tu santísima pasión, para que, a ejemplo tuyo, soportemos de buen grado nuestros sufrimientos. Que se derrita toda alma en tu amor, ¡oh Creador mío y verdadero Dios!, porque sacaste al hombre de ti a fin de que te conociese y siguiese a ti solo. Nosotros, ingratos a beneficio tan grande, nos atrevemos a apartarnos de ti, ¡oh Majestad suprema!

También tu clemencia desposa hoy al alma con el anillo de tu caridad, ya que contigo deben desposarse si reconocen tus beneficios, es decir, por la ley, por la que nos haces partícipes de tu eternidad.

Hoy has otorgado también a mi alma la remisión de los pecados por medio de tu vicario, manifestándome su poder, el cual es tuyo. Tú, que has creado al hombre sin contar con él, no lo salvas sin su intervención. No me has salvado hoy sin mí; me has librado de los lazos de los pecados, mediando la gracia de tu vicario en la tierra, por mi perseverancia y por mi fe. Yo, indigna sierva tuya, te doy gracias por ello. Que sea yo purificada por tu gracia.

A ti clamo hoy, Amor mío, Dios eterno, para que tengas misericordia de este mundo y para que le des la luz de conocer a ese tu vicario con la pureza de la fe, de la que te suplico que lo vistas, Dios mío. Dale luz para que todos lo sigan. Otorgada la luz sobrenatural, concédele que tenga un corazón varonil sazonado con santa humildad. No cesaré de llamar a la puerta de tu benignidad, amor mío, para que lo ensalces. Manifiesta en él tu poder para que su varonil corazón arda en tu santo deseo, sea impregnado de la humildad y en sus actos proceda con benignidad, caridad, pureza y sabiduría. Conduce de ese modo a todos a él. Dale conocimiento de tu verdad para que reconozca en qué estado se ha encontrado y por tu gracia te vea a ti en sí mismo.

Ilumina, asimismo, a sus adversarios, los cuales hacen resistencia al Espíritu Santo con corazón impenitente; a esos que son contrarios a tu omnipotencia. Llama a su puerta, porque sin ti no pueden salvarse, para que se vuelvan a ti, Dios mío. Invítalos, muévelos, ¡oh Amor inestimable! Que tu caridad obligue en este día de gracia a que en ellos muera la dureza de su corazón. Sean, pues, vueltos a ti para que no perezcan.

Y como te han ofendido, Dios de suma clemencia, castiga sus pecados en mí. Aquí tienes mi cuerpo. Te lo ofrezco. Que se convierta en yunque en vez de ellos, para que sus pecados sean machacados en él.

Como veo que por naturaleza has dotado a tu vicario de un corazón valeroso, te ruego, humilde y suplicante, que en su entendimiento infundas la luz sobrenatural, para que su corazón, inclinado a la soberbia si no le añades la luz adquirida por medio de la virtud, también sea virtuoso. Asimismo, que desaparezca todo amor propio en esos enemigos tuyos, en tu vicario y en todos nosotros, a fin de que podamos perdonarles cuando hayan doblegado su dureza. Para que se humillen y obedezcan al mismo señor nuestro, te ofrezco mi vida desde este momento y para cuando te plazca y le conserves para tu gloria. Humildemente te pido también que, en virtud de tu pasión, limpies y barras los inveterados vicios de tu esposa, como la limpiaste de las antiguas e infructuosas plantas; y que no te demores.

Bien sé, verdadero Dios, que golpearás hasta que al fin sea enderezado el árbol de la dureza de tus enemigos. Pero date prisa, Trinidad eterna, pues a ti no te es difícil purificar los vicios, porque no te cuesta hacer una cosa, pues todas las hiciste de la nada. Te encomiendo también a tus hijos, y te ofrezco, asimismo, al que hoy te ha dado a mí en la eucaristía; que tú te des a él y que hoy se renueve interior y exteriormente y dirija a ti sus obras, según tu voluntad. Por eso, para que te dignes escucharle, te doy gracias. Seas bendito por los siglos de los siglos. Amén.

15 Historia.—*Compuesta en Roma en agosto de 1379. No tiene plegaria, lo que indica su propósito doctrinal.*

Ideas.—*La verdad suprema se identifica con el mismo Dios.—Esa verdad la poseen los bienaventurados, que la ven a la luz de la verdad.—Ven en Dios, con mayor o menor perfección, a todas las criaturas.—Las almas, por medio de la fe, tienen una visión semejante.*

¡Oh Verdad, Verdad! ¿Y quién soy yo para que me des tu verdad? Yo soy la que no soy.

Por lo tanto, tu Verdad es la que hace, habla y obra todas las cosas, pues no soy yo. Tu Verdad es la que ofrece la verdad a las criaturas de modos diversos. No está separada de ti, antes bien, tú eres la misma Verdad. Tú, eterna Deidad, Hijo de Dios, viniste de Dios para cumplir la verdad del Padre eterno, y nadie puede poseer la verdad si no la recibe de ti, la Verdad. Quien desee poseerla no puede estar privado de nada de tu verdad; de otro modo no podría tenerla, porque la verdad no puede tener ningún defecto.

Así la tienen los bienaventurados, que la ven perfectamente, sin defecto alguno, por medio de la eterna visión de ti; la que tienen al participar de la visión con que tú mismo te ves. Y como tú eres siempre aquella misma luz con la que ves y eres visto por la criatura, entre ti y el que te ve no hay intermediario alguno para hacerte presente. Por eso, mientras los bienaventurados tienen parte contigo, es una misma cosa la luz y el medio con que eres visto. Como tú mismo eres siempre la misma luz, el mismo medio y el mismo objeto, del que se hacen partícipes por la unión contigo, por eso resulta una misma cosa tu visión y la visión de tu criatura en ti, a pesar de que uno vea menos perfectamente que otro, ya que la visión depende de la diversidad de los que la reciben y no de la visión misma.

Como el alma que se halla en esta vida en estado de gracia, recibe tu verdad por medio de la luz de la fe. Con ésta ve que las cosas que nos enseña tu Iglesia son verdaderas. Las almas reciben de modo distinto esta verdad, con mayor o menor perfección según la diversidad de su preparación; con todo, no por eso la fe es distinta, sino igual para todos. De igual modo, los bienaventura-

dos tienen la misma visión, aunque sea recibida más o menos perfectamente, como queda dicho. Amén.

LA VIDA QUE VENCE A LA MUERTE

16 Historia.—*Compuesta en Roma, en fecha incierta; supuestamente, el 16 de agosto de 1379. Es otra oración meramente doctrinal. Muchos han creído hacer un favor a la Santa atribuyendo a una adición posterior la parte en que se toca el tema del pecado original en la Virgen. Nadie tiene por qué escandalizarse de que Catalina siguiera la tesis maculista. Era doctrina defendida por muchísimos teólogos de talla; por ejemplo, Santo Tomás de Aquino, de cuya orientación y doctrina encontramos tantos vestigios en Catalina. El tema en discusión encontró solución teológica siglos después.*

Ideas.—*La obra de la redención se hace por la unión de las naturalezas divina y humana en Cristo.—La humana la recibe de María.—Esta fue concebida en pecado original y purificada de él inmediatamente después de que el alma entrara en el cuerpo de María al quedar formada la persona.*

¡Oh Deidad eterna! Disuelve el vínculo de mi cuerpo para que pueda ver la verdad, porque ahora la memoria no te puede comprender, ni el entendimiento entender, ni el afecto amar como se debe.

¡Oh naturaleza divina, que resucitas los muertos y únicamente tú das vida! Para dar vida a la naturaleza humana quisiste unirla a ti. ¡Oh Verbo eterno! La uniste a ti de tal manera, que en modo alguno puede separarse de ti. Por eso ella sufría aunque la divina le diera vida, y por eso eras, a la vez, bienaventurado y doliente. Ni siquiera en el sepulcro se pudieron separar una de la otra. ¡Oh Padre eterno! Tú dices que vestiste a tu Verbo de nuestra naturaleza para que ella satisficiese en El por nosotros. ¡Oh admirable misericordia! Quisiste castigar a tu propio y natural Hijo a causa del adoptivo; y sufrió no sólo la pena de la cruz en el cuerpo, sino el torturante deseo de la muerte.

¡Oh Padre eterno, qué profundas e inefables son tus determinaciones! El necio no las comprende, más bien interpreta tus obras según las apariencias y no según el profundo abismo de tu caridad, ni por la abundancia que de ella has infundido en tus siervos. ¡Oh hombre

ignorante y bestial! Ya que Dios te ha hecho hombre, ¿por qué te conviertes tú mismo en bestia? ¿No sabes que los hombres-bestia son enviados a las penas eternas del infierno? En ellas, el hombre se vuelve «nada»; no en cuanto al ser, sino en cuanto a la gracia. Está completa la naturaleza; pero las cosas, faltas de la perfección de esta gracia, se pueden llamar «nada».

El Verbo eterno nos ha sido dado por medio de María, y por medio de la carne de María se vistió de nuestra naturaleza sin mancha de pecado original, porque su concepción no fue por obra de varón, sino del Espíritu Santo. El pecado original se dio en María porque ella procede de la masa de Adán; no por obra del Espíritu Santo, sino del hombre. Como toda aquella masa estaba podrida y corrompida, por eso no podía infundir en aquel alma materia no corrompida, ni propiamente se podía purificar sino por la gracia del Espíritu Santo. Esa gracia no la pudo recibir el cuepo, sino el alma racional e intelectual. Por eso, María no pudo estar limpia de la mancha sino después de estar el alma infundida en el cuerpo. Esto se realizó por reverencia al Verbo divino que debía entrar en aquel receptáculo. Como el horno consume la gota de agua en poco tiempo, así hizo el Espíritu Santo con la mancha de pecado original, porque después de ser concebida fue inmediatamente purificada del pecado y se le dio la gracia.

Tú sabes, Señor, que ésta es la verdad.

LA IMAGEN DIVINA

17 Historia.—*Compuesta en Roma en 12 de agosto de 1379, día en que se celebraba la octava de Santo Domingo de Guzmán. Como dice el manuscrito, se le ha suprimido la plegaria, dejando sólo la parte doctrinal. Se pedía que sus discípulos se amaran unos a otros.*

Ideas.—*El hombre que no reconoce su semejanza con Dios es ingrato.—Esto proviene de la ignorancia, pues de otro modo amaría a Dios.—No hacerlo va contra la propia naturaleza.*

¡Oh hombre ingrato! ¡Oh alta y eterna Divinidad, incomprensible e inestimable Amor! Dices, Padre eterno, que el hombre que se mira a sí mismo te encuentra dentro de él, puesto que ha sido creado a tu imagen y seme-

janza: tiene memoria, para acordarse de ti y de tus beneficios, participando en esto de tu poder; tiene entendimiento, para conocerte y conocer tu voluntad, participando de la sabiduría de tu Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo; y tiene la voluntad, para amarte, participando de la clemencia del Espíritu Santo. Así, no sólo creaste al hombre a tu imagen y semejanza, sino que también hay en ti semejanza con lo que él es, y de este modo estás en él y él en ti.

No te he conocido en mí, Dios; ni a mí en ti, Dios eterno. Esta es la ignorancia de los necios que te ofenden, porque, si lo comprendieran, no podrían menos de amar a Dios. Esta ignorancia procede de la privación de la luz de la gracia, y la privación proviene del amor propio sensitivo. Tal es la semejanza entre uno y otro, que, cuando no se aman, se apartan de su propia naturaleza.

LUZ Y TINIEBLAS

18 Historia.—*Compuesta en Roma, en fecha incierta; probablemente, en 1379. Es oración doctrinal, sin petición.*

Ideas.—*Pide Catalina a Dios que le hable de la Verdad.—Esta se manifiesta en dos injertos: en la naturaleza humana y en la cruz.—Fruto de la cruz es la sangre, cuya eficacia llega a nosotros por los sacramentos, de los que es depositaria la Iglesia y el vicario de Cristo.—Los rebeldes persiguen los frutos de la sangre.*

¡Oh Deidad, oh Amor divinidad! ¿Qué puedo decir de tu Verdad? Tu Verdad habla de tu verdad. Yo no sé hablar sino de las tinieblas; no he seguido tu cruz, sino el camino de las tinieblas. Reconozco plenamente que quien conoce la tinieblas, conoce la luz; pero yo no he obrado así, sino que he seguido las tinieblas, y por ello no he conocido perfectamente la verdad. Habla tú, pues, de tu verdad, de tu cruz, y yo escucharé.

Dices que algunos son perseguidores del fruto de tu cruz, Tú, ¡oh Verbo, unigénito Hijo de Dios!; por el inconmensurable amor que nos tuviste, te injertaste a ti mismo como fruto de dos árboles: primeramente, en la naturaleza humana, para que se manifestase en nosotros la Verdad invisible del eterno Padre, cuya Verdad eres tú mismo; el segundo injerto fue el de tu cuerpo en el ár-

bol de la santísima cruz, en la que no te sujetaron los clavos ni cosa alguna, sino el desmedido amor que nos tuviste. Todo esto lo hiciste para demostrar la realidad de la voluntad del Padre, que no quiere sino nuestra salvación. Producto de este injerto fue tu sangre, la cual, por la unión con la naturaleza divina, nos ha dado vida. Por la eficacia de esta sangre somos purificados del pecado mediante tus sacramentos, que has depositado en la bodega de la santa Iglesia, dando la llave y custodia a tu vicario principal en la tierra.

Todo esto no es conocido ni comprendido por los hombres a no ser por medio de la luz con que iluminas la parte más noble del alma, es decir, el entendimiento. Esa luz es la de la fe y de tu gracia. La concedes a todos los cristianos cuando por el bautismo infundes en ellos la luz de la fe y de tu gracia, con las cuales se borra el pecado original que habíamos contraído. Se nos da luz suficiente para que consigamos el fin último, la bienaventuranza, si es que por la maldad de nuestro amor propio sensitivo no cerramos los ojos. Esa gracia ha dado luz a nuestros ojos en el santo bautismo.

Nos cegamos cuando sobre nuestros ojos ponemos la nube de la frialdad y la humedad del amor propio, como queda dicho, y entonces no te conocemos a ti ni a ningún bien verdadero, y llamamos al bien, mal, y al mal, bien, y de este modo nos convertimos en ignorantísimos e ingratos. Peor es aún que, habiendo conocido la verdad, perdamos la luz ya recibida, pues peor es un falso cristiano que un infiel, y peor es no seguirla; sólo que en este caso es más fácil recibir la medicina en su enfermedad, porque acaso quede alguna luz de la fe.

Estos, Señor, son perseguidores del fruto de la cruz, o sea, de la sangre, pues no siguen a Cristo crucificado, sino que te persiguen a ti y a tu sangre. Lo son especialmente los rebeldes a tu bodeguero, al que tiene las llaves de la bodega donde se halla depositada tu preciosa sangre y la sangre de los mártires, la cual tiene valor en razón de la tuya. Esta rebelión y todo pecado viene por haber perdido la luz de tu verdad, que se adquiere por la fe en ti. Por eso, los filósofos, aunque supiesen mucho de la verdad de tus criaturas, no pudieron, sin embargo, salvarse, porque no tenían fe en ti.

LOS CAMINOS DE LA MISERICORDIA DIVINA

19 Historia.—*Compuesta en Roma el 13 de febrero de 1379, el domingo de Sexagésima. Es oración doctrinal, sin plegaria.*

Ideas.—*Invocación de la misericordia.—Esta movió a Dios a la creación, a la redención y a la santificación por las almas.—La redención se hizo sin escatimar sufrimientos ni sangre, a la manera que tampoco el hombre ha regateado los modos de pecar.*

¡Oh Amor inestimable, oh dulce Amor, Fuego eterno! Eres el fuego que siempre arde, ¡oh alta Trinidad! Eres recto sin curvas, sencillo sin doblez y sincero sin fingimiento. Dirige los ojos de la misericordia a tus criaturas. Reconozco que te es propia la misericordia; es más, adonde quiera que me vuelvo, me encuentro con ella. Por eso grito y corro a tu misericordia para que la tengas con el mundo.

Tú quieres, Padre eterno, que te sirvamos según tu beneplácito y llevas a tus servidores por diversos modos y caminos. Así, hoy indicas que en ninguna manera podemos ni debemos juzgar el interior de las criaturas por los actos externos, sino que en todas debemos ver tu voluntad, y especialmente en tus servidores que se hallan unidos y transformados en ella. De aquí que goce el alma, que en tu luz ve la luz de los infinitos y variados modos y caminos que siguen. Todos corren por el camino del fuego, pues de otra manera no seguirían realmente a tu Verdad. Por eso vemos que unos van por el de la penitencia, basada en la mortificación de su cuerpo; otros, por el de la humildad, aniquilando su propia voluntad; otros, por la fe viva; otros, por la misericordia, y otros, por la dedicación completa a la caridad con el prójimo, descuidándose a sí mismos.

En las obras así ejecutadas se enriquece el alma que con solicitud ha usado luz natural, con la cual obtendrá la sobrenatural, por la que ve la inconmensurable largueza de tu voluntad. Por eso en todas las obras de las criaturas ven tu voluntad y no la de las criaturas. Han comprendido bien la doctrina de tu Verdad cuando dijo: «No juzguéis por las apariencias» [1].

[1] Jn 7,24.

¡Oh Verdad eterna! ¿Cuál es tu enseñanza y cuál el camino por el que quieres que vayamos al Padre? No acierto a ver otro sino el que tú has pavimentado con las verdaderas y reales virtudes del fuego de tu caridad, Verbo eterno. Lo has edificado con tu sangre. Este es, pues, el camino. Nuestro pecado no consiste sino en amar lo que tú has aborrecido y en aborrecer lo que has amado. Confieso, Dios eterno, que yo he amado siempre lo que tú has odiado, y odiado lo que tú amas. Pero hoy llamo a tu misericordia para que me concedas seguir a tu Verdad con sencillo corazón. Dame fuego y abismo de caridad; dame hambre continua de sufrir penas y tormentos por ti; da a mis ojos, Padre eterno, fuentes de lágrimas con las que incline tu misericordia hacia el mundo entero, y singularmente hacia tu esposa.

¡Oh inestimable y dulcísima Caridad! Este es tu jardín, fundado en tu sangre y regado con la de los mártires, que varonilmente han corrido tras el olor de tu sangre. Seas tú, por tanto, quien lo guarde. ¿Y quién podrá contra la ciudad que tú guardas? Pon fuego a nuestros corazones y sumérgeles en esta sangre para que mejor podamos tener hambre de tu honor y de la salvación de las almas.

Pequé, pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

¡Oh eterna Deidad! ¿Y qué diremos de ti? ¿Qué juicio nos formaremos de ti? Diremos y pensaremos que eres nuestro dulce Dios, que no quiere sino nuestra santificación. Esto aparece evidente en la sangre de tu Hijo. El, como enamorado, corrió, por nuestra salvación, a la afrentosa muerte de cruz. Que se avergüence el hombre de levantar la cabeza con soberbia viéndote, altísimo Dios, humillado hasta el lodo de nuestra humanidad.

¡Oh eterna Deidad! ¡Qué propia te es la misericordia! Lo es tanto, que tus servidores apelan a ella contra la justicia que el mundo merece por sus pecados. Tu misericordia nos ha creado; la misma misericordia nos redimió de la muerte eterna; ella nos gobierna y ella contiene a la justicia para que no mande a la tierra que se abra y nos trague y que los animales nos devoren, sino, por el contrario, todas las cosas nos sirven y la tierra nos da sus frutos. Todo esto lo hace la misericordia. Ella nos conserva y prolonga la vida, concediéndonos tiempo

para que podamos volver a ti y reconciliarnos contigo.

¡Oh misericordioso y piadoso Padre! ¿Quién frena a la naturaleza angélica para que no tome venganza del hombre, que es enemigo tuyo? La misericordia. Por ella nos concedes grandes consuelos para que nos veamos obligados a amarte, porque el corazón de la criatura está inclinado al amor. Esa misericordia nos da y permite las penas y aflicciones para que aprendamos a conocernos a nosotros mismos y adquiramos la modesta virtud de la verdadera humildad, y también para que tengas motivo de recompensar a los que varonilmente han combatido sufriendo con verdadera paciencia. Por misericordia conservaste las cicatrices en el cuerpo de tu Hijo, para que con ellas pida misericordia por nosotros ante tu Majestad; por misericordia te has dignado mostrarme a mí, miserable, que en modo alguno debemos juzgar las intenciones de las criaturas racionales, pues tú las conduces por variedad infinita de caminos, como por mí misma me das ejemplo. Por lo cual te doy gracias.

Tu misericordia no quiso que el Cordero inmaculado redimiese a la humanidad con sólo una gota de sangre, ni con el sufrimiento de un miembro solo, sino con sufrimientos y con la sangre de todo el cuerpo para satisfacer por el género humano, que te había ofendido. Porque vemos que las criaturas te ofenden: quién con las manos, quién con los pies, quién con la cabeza o con todos los miembros del cuerpo, de modo que el género humano te había ofendido con todos los miembros del cuerpo. Te ofende todo el cuerpo del hombre, porque toda culpa se comete con la voluntad, y ella domina a todo el cuerpo. Por eso quisiste satisfacer con todo el cuerpo y toda la sangre de tu Hijo, para que, en virtud de la naturaleza divina, infinita, y la humana, finita, expiase plenamente por todos. Nuestra humanidad sufrió la pena en el Verbo, y la divinidad aceptó el sacrificio.

¡Oh Verbo eterno, Hijo de Dios! ¿Por qué tuviste tan perfecto dolor de la culpa, no hallándose en ti el veneno del pecado? Veo, Amor inestimable, que quisiste satisfacer corporal y espiritualmente, lo mismo que el hombre corporal y espiritualmente había ofendido y cometido el pecado.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

POR LA SANTIFICACION DE LA IGLESIA

20 Historia.—*Compuesta en Roma el 14 de febrero de 1379.*
Ideas.—*La eucaristía es no sólo comida, sino fortaleza en las contradicciones.—Reforma de la Iglesia.—Quiere Catalina arder más en el fuego de la caridad.—Pide por el mundo, el papa, los cardenales y sus discípulos.—Que Dios con su misericordia permita que alcancen la bienaventuranza.*

¡Oh Trinidad eterna, oh Trinidad eterna! ¡Oh fuego y abismo de caridad! ¡Oh loco por tu criatura! ¡Oh Verdad eterna, oh Fuego eterno, oh Sabiduría eterna! ¿Vino, acaso, sólo al mundo tu Sabiduría? No, porque no se dio la sabiduría sin poder, ni el poder sin la clemencia. Por tanto, tú, Sabiduría, no viniste sola, sino toda la Trinidad. ¡Oh Trinidad eterna, loco de amor! ¿Qué provecho obtenías con nuestra redención? Ninguno, pues no tienes necesidad de nosotros, por ser nuestro Dios. ¿Para quién fue provechosa? Unicamente para el hombre.

¡Oh Caridad inestimable! Así como al hombre le diste al todo Dios y todo hombre, del mismo modo te quedaste todo como manjar, para que, mientras somos peregrinos en esta vida, no desfallezcamos de fatiga, sino que seamos fortalecidos, Manjar celestial. ¡Oh hombre avaricioso! ¿Qué te ha dejado tu Dios? Te dejó a sí mismo, todo Dios y todo hombre, oculto bajo la blancura del pan. ¡Oh fuego de amor! ¿No era suficiente habernos creado a imagen y semejanza tuya y habernos vuelto a crear por la gracia en la sangre de tu Hijo, sin tener que darnos en comida a todo Dios, esencia divina? ¿Quién te ha obligado? Sólo la caridad, como loco de amor que eres.

Lo mismo que no nos enviaste y diste sólo al Verbo, así tampoco nos lo dejaste sólo en comida, sino que, como un loco de amor por la criatura, nos diste la esencia divina, como queda dicho. Y como no te has quedado para nosotros sólo como comida, así no te das tú solo al alma que se ha abandonado completamente por amor a ti y que únicamente desea y busca la gloria y alabanza de tu nombre. El alma no te busca por ella misma, sino porque eres suma y eterna bondad, digno de ser amado

y servido por las criaturas; ni busca al prójimo por su causa, sino por ti, para darte gloria. Por lo cual vemos que no sólo te entregas a ellos, sino que con tu poder los haces fuertes contra los ataques de los demonios, contra las injurias de las criaturas, contra la rebelión de su propia carne y contra toda angustia y tribulación, venga de donde venga. Los iluminas con la sabiduría de tu Hijo para que se conozcan y conozcan tu verdad y los engaños del demonio. Tú enciendes sus corazones con el fuego del Espíritu Santo en el deseo de amarte y seguirte de veras, en unos más y en otros menos, según la medida del amor con que se llegan a ti y según use cada uno de la luz natural que nos has dado.

Gracias, gracias te sean dadas, sumo y eterno Padre, que, como loco por tu criatura, nos muestras hoy el modo en que se puede reformar tu esposa, la santa Iglesia. Te suplico que como has determinado, por una parte, iluminar el entendimiento en esta necesidad, así, por otra, lo proveas con la preparación de los ministros, y principalmente de tu vicario, para que sigan la luz que les has infundido y les seguirás infundiendo.

¡Oh Trinidad eterna! He pecado todo el tiempo de mi vida. ¡Oh miserable alma mía! ¿Te has, acaso, acordado de tu Dios? Cierto que no; porque, si lo hubieras hecho, habrías ardido en el horno de su caridad.

Vuelve, Dios eterno, la salud al enfermo, la vida al muerto, y danos voz para clamar a ti con la voz de tu misericordia por el mundo y por la reforma de la Iglesia. Escucha la voz con que clamamos a ti. Si te pido por todo el mundo, lo hago especialmente por tu vicario, y por sus columnas [cardenales], y por todos los que has querido que ame yo con amor singular. Aunque esté enferma, aunque sea imperfecta, quiero verlos sanos y perfectos, y, aunque esté muerta, quiero verlos vivos por la gracia.

¡Oh inestimable fuego y dilección de la caridad! ¿De dónde tanta humildad y misericordia para que tú, Dios, hayas establecido tanta semejanza entre ti y la criatura racional, de modo que por la unión de la naturaleza divina con la humana y por la nueva creación nos hayas hecho a su imagen y semejanza, y por la unión y percepción que provienen de ti en el alma, a fin de que te ame

y sirva con corazón sencillo y generoso? No es por nuestra bondad, pues somos demonios hechos carne y enemigos tuyos. Proviene esto únicamente del fuego de tu caridad. Avergüencese el hombre de no vivir continuamente en ti con todo el corazón, teniendo tú, Trinidad eterna, la morada en nosotros de modos tan diversos. ¡Oh alma mía! Nunca te has acordado de Dios, y por eso no has consolidado tu corazón en las verdaderas virtudes.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Eterna Deidad: tú eres vida, y yo muerte; tú, sabiduría, y yo necedad; tú, luz, y yo tinieblas; tú, rectitud perfecta, y yo tortuosidad; tú, médico, y yo enferma. ¿Quién podrá unirse a ti, suma Alteza, Deidad eterna, y agradecerte tantos y tan infinitos beneficios como nos has otorgado? Tú mismo te unirás con la luz que infundirás en quien quiera recibirla y con tus ligaduras atarás a quien se deje atar sin hacer resistencia a tu voluntad.

No tardes, Padre benignísimo; vuelve hacia el mundo los ojos de misericordia. Serás más glorificado dándoles la luz que si permanecen en la ceguera y tinieblas del pecado mortal, aunque recibas de todas las cosas gloria y alabanza para tu nombre. Por lo cual vemos que tu gloria resplandece en los pecadores por la misericordia que les haces de no desenvainar la espada de tu justicia contra ellos, sino que les das tiempo para que se conviertan. En el infierno brilla tu gloria por la justicia que se hace en los condenados, y aún les haces misericordia, pues no reciben tantos sufrimientos como han merecido. Por la misericordia y la justicia vuelve a tu nombre la gloria y la alabanza. En todas las criaturas que han seguido tu voluntad para conseguir el fin para el que las creaste, quiero ver yo la gloria y alabanza de tu nombre. Quiero que tu vicario sea «otro tú», porque necesita de luz más que los otros, ya que debe alumbrar a los demás.

Danos, benignísimo y piadoso Padre, tu dulce y eterna bendición. Amén.

LOS DOS VESTIDOS

21 Historia.—*Compuesta en Roma el martes 15 de febrero de 1379.*

Ideas.—*En la luz divina se distinguen las buenas y malas obras.—Somos como dos vestidos del alma: luz y tinieblas.—Las tinieblas provienen del pecado.—En la luz divina se ve cómo los dones naturales de los hombres se ajustan a las virtudes.—Por el reajuste de la voluntad del hombre con la de Dios, el alma se encuentra como en una circunferencia, en la que, dondequiera que se vaya, se encuentra a Dios.—De esa circunferencia se sale sólo por la falta de fe.—Pide luz especial para el papa, la Iglesia y sus discípulos, aunque ella sea una pecadora.*

¡Oh Deidad eterna, oh eterna Deidad, Amor inestimable! En tu luz he visto la luz, en tu luz he conocido la luz; en tu luz se conoce la razón de la luz y de las tinieblas, es decir, que tú eres fuente de toda luz, y nosotros la causa de las tinieblas en el alma. Trinidad eterna: tus obras son admirables; se conocen en tu luz, porque proceden de la misma luz.

Hoy manifiesta tu Verdad la causa de las tinieblas por tu luz admirable, esto es, el maloliente vestido de la voluntad propia y el vestido de tu dulce voluntad, instrumento por el que se conoce la luz. Es de admirar que mientras estamos en tinieblas conozcamos la luz, que por las cosas finitas conozcamos las infinitas, que estando muertos conozcamos la vida. Tu verdad muestra que como el hombre que lleva su vestido al revés se lo quita, así el alma debe despojarse de la propia voluntad totalmente, si es que quiere revestirse de la suya.

¿Cómo se despoja? Con la luz que se adquiere usando, con la mano del libre albedrío, la luz que hemos recibido en el bautismo, porque en la luz ha visto la luz. ¿De dónde recibe el alma esta luz? Sólo de ti, Luz. Nos la has manifestado bajo el velo de nuestra humanidad. ¿Qué recibe el alma vestida de esta luz? La privación de la tinieblas, del hambre, de la sed y de la muerte, puesto que por el hambre de la virtud se quita el hambre de la voluntad propia, con la sed se arroja la sed de su honor y con la vida de tu gracia ha echado fuera la muerte del pecado y de su perversa voluntad.

¡Oh vestido maloliente de nuestra voluntad! Tú no

cubres, sino que dejas desnuda al alma. ¡Oh voluntad despojada, oh primicia de la vida eterna! Eres fiel hasta la muerte a tu dulcísimo Creador y no al mundo. Tú unes al alma con El, porque se ha despojado en todo de sí misma.

¿En qué conoce el alma que se halla completamente liberada de sí misma? En que no elige tiempo, ni lugar, ni modo, sino que acepta el tuyo. Este es un vestido refulgente. Puede verdaderamente decirse que es un sol, pues como el sol ilumina, calienta y hace que germine la tierra, así esta verdadera luz calienta a quien la posee con el fuego de la caridad; la ilumina, porque la luz le hace conocer la verdad y la luz de tu sabiduría; la hace germinar el fruto de las verdaderas y reales virtudes mientras está en esta tierra mortal.

¿Qué es lo que hace que no se despoje de sí misma? La privación de la luz, porque no ha conocido ni utilizado la luz principal que has dado a toda criatura racional. ¿Por qué no la ha conocido? Porque ha entenebrecido el entendimiento con el pecado, por lo que la voluntad quedó prisionera. Ella es la que comete el pecado.

¡Oh ignorante alma mía! ¿Cómo no percibes la pestilencia del pecado? ¿Cómo no sientes el perfume de la virtud y de la gracia? Por estar privada de la luz. Pequé contra el Señor; ten misericorida de mí.

¡Oh Dios eterno! En tu luz he visto cuán semejante te has hecho a tu criatura. Por eso veo que la has encerrado en un círculo en el que, a cualquier parte que vaya, la he de encontrar. Si me vuelvo a conocer el ser que nos has dado, veo que nos has hecho a tu imagen y semejanza, participando de tu Trinidad en las tres potencias del alma; si miro al Verbo, por el que hemos recibido tu gracia, te veo semejante a nosotros, y nosotros semejantes a ti por la unión que tú, Dios eterno, has hecho con el hombre; y si me vuelvo al alma iluminada por ti, verdadera Luz, veo que ella vive en ti siguiendo la doctrina de tu verdad en general y en particular, o sea, en las virtudes particulares, que son probadas por el amor que el alma ha adquirido en tu luz. Tú eres el mismísimo amor. Ella, despojada de su voluntad, se ha vestido de la tuya, de modo que no busca ni desea sino lo que tú pides y quieres que esté en el alma.

Te has enamorado de esta alma, y el alma de ti; pero tú la amas graciosamente, porque la amaste antes de que existiese, y ella lo hace por deber. Ella ha conocido que no te puede amar graciosamente, porque está obligada a amarte, y no tú a ella. Ha visto que el amor que no te puede dar es preciso que lo dé a su prójimo, amándolo graciosamente y por deber a la vez; graciosamente, porque no busca ser retribuido por ella, ni propiamente por utilidad recibida de él, sino sólo por amor; por deber, en cuanto que tú lo mandas, y ella está obligada a obedecerte.

Si considero cuán grande es la semejanza contigo cuando se levanta el alma con la luz recibida de ti, veo que tú, Dios inmortal, le das a conocer los bienes inmortales y le haces experimentar tu caridad con el afecto. Tú, que eres luz, haces que participe contigo de la luz; eres fuego, y le das parte del fuego, y por él unes tu voluntad con la suya, y la suya con la tuya; tú, Sabiduría, le das sabiduría para discernir y conocer la verdad; tú, Fortaleza, le das fortaleza, y se hace tan robusta, que ni él ni criatura alguna se la puede quitar nunca si no quiere, mientras lleve el vestido de tu voluntad, porque sólo la voluntad suya la hace débil; tú, Infinito, la haces infinita por la conformidad que has hecho graciosamente con ella en esta vida mientras es peregrina, y en la vida perdurable, en tu eterna visión. Se encuentra tan perfectamente conformada contigo, que el libre albedrío se ve impedido para separarse de esa semejanza.

Confieso, pues, que tu Verdad dice la verdad: que la criatura se encuentra semejante a ti por gracia, y tú semejante a ella. No le das una parte de la gracia, sino la gracia entera. ¿Por qué digo «toda»? Porque nada le falta para su salvación. Es más o menos perfecta según ella quiera usar, en tu luz, la luz natural que le has dado.

¿Qué más diré? Nada, sino que te has hecho hombre, y éste se ha hecho Dios. ¿Cuál fue la razón de tanta semejanza? La luz, por la que conoció tu voluntad. Conociéndola, se despojó de la suya, que le causaba las tinieblas, desnudez y muerte, y vistió tu voluntad. Vestida de ella, se vistió de ti graciosamente por medio de la luz a causa del fuego, por medio de la unión que tú, Dios, hiciste con nuestra humanidad. Por eso eres la causa de

todo bien, y su perversa voluntad podía, vestida del amor propio, ser la causa de todo mal. Esta voluntad causa tanto mal, que con las tinieblas la hace salirse del círculo de luz de la santísima fe, del círculo en que te encontraba de cualquier lado que quisiera. ¿Qué semejanza hay y en qué se encuentra unida después de abandonar la luz de la fe? Verdaderamente se ve semejante a las bestias, que no poseen la razón. Sigue la inclinación perversa y la doctrina de los demonios visibles e invisibles.

Confieso, Dios eterno, alta y eterna Deidad, y no niego que yo soy la miserable causa de todo mal por no haber usado la luz en tu luz para conocer lo que te desagrada y a mí me hace daño, el maligno y fétido vestido de la perversa voluntad propia, y que no he reconocido tu dulce voluntad, de la que por deber debo revestirme.

Tú, eterno Dios, alta y eterna Deidad, haces ver la luz en tu luz. Por lo cual humildemente te suplico que infundas esa luz en toda criatura racional, pero singularmente en nuestro dulce padre, tu vicario: tanta como le sea necesaria, a la vez que haces de él «otro tú». Da la luz a los entenebrecidos para que con tu luz conozcan y amen la verdad. Te pido también por los que me has concedido amar con singular amor y singular solicitud; que sean iluminados con tu luz y se les quite toda imperfección a fin de que trabajen de veras en el jardín en que les has colocado para ello. Castiga y venga sus culpas e imperfecciones en mí, pues yo soy la causa. Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Gracias, gracias te sean dadas, alta y eterna Trinidad, porque con tu luz diste consuelo a mi alma por medio de nuestra semejanza, de tus criaturas contigo. Yo soy la que no soy, y tú el que eres; por tanto, emprende la acción de gracias a ti mismo concediéndome que pueda alabarte. Que tu voluntad te obligue a hacer misericordia al mundo. Socorre a tu vicario y a tu dulce esposa con tu ayuda.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Alta eterna Deidad: danos tu dulce bendición. Amén.

EL FUEGO DIVINO EN EL ALMA HUMANA

22 Historia.—*Compuesta en Roma el miércoles 16 de febrero de 1379.*

Ideas.—*El fuego de la caridad divina se manifiesta en la redención.—Contemplarse a sí mismo en Dios.—Pureza necesaria para recibir la doctrina de Dios en el sacramento.—Si contemplamos a Dios, reconoceremos su amor y sus obras.—Petición por el mundo, el papa y los consejeros de éste.—El alma no se encuentra sola, sino acompañada del amor a Dios y al prójimo.*

¡Deidad eterna, oh alta y eterna Deidad, oh sumo y eterno Padre, oh Fuego que ardes sin cesar! Tú, Padre eterno, alta Trinidad, eres fuego inextinguible de caridad. ¡Oh Deidad, Deidad! ¿Cómo se manifiestan tu grandeza y bondad? Por el don que has otorgado al hombre. ¿Y qué don le has otorgado? A ti mismo, Trinidad eterna. ¿En qué lugar se lo has dado? En el establo de nuestra humanidad, que ciertamente fue hecha establo para cobijar animales, es decir, los pecados mortales, para mostrar que había venido a los hombres por causa de la culpa. De modo que te has dado a ti mismo, todo Dios, haciéndote semejante a nuestra humanidad.

¡Oh Dios eterno, oh Dios eterno! Me mandas que contemple dentro de ti, alta y eterna Deidad, y por esa contemplación quieres que me conozca a mí misma para que conozca mejor mi bajeza. Pero veo que, si antes no me despojo de mí misma, de mi perversa voluntad propia, no te puedo ver, y por eso primeramente me has dado la enseñanza de que me despoje de mi voluntad conociéndome. En ese conocimiento te encuentro y te conozco, y por eso el alma se despoja más fácilmente de sí y se viste de tu voluntad. Quieres que así se levante luminosa para que se conozca a sí misma dentro de ti.

¡Oh fuego que siempre ardes! El alma que se conoce en ti, adondequiera que se vuelva, en la más mínima cosa, encuentra tu grandeza, o sea, en las criaturas y en todas las cosas creadas, porque en todas ve tu poder, tu sabiduría y tu clemencia. Porque, si no hubieras podido, sabido y querido, no las habrías creado; pero pudiste, supiste y quisiste, y por eso las creaste. ¡Miserable y ciega alma mía! Nunca te conociste en El por no haberte

despojado de tu perversa voluntad ni haberte vestido de la suya.

¿Y cómo quieres, Amor dulcísimo, que me mire en ti? Quieres que contemple mi creación, hecha por ti a tu imagen y semejanza. Con ella, tú, suma y eterna Pureza, te has unido al lodo de nuestra humanidad obligado por el fuego de tu caridad, fuego con el que también quisiste quedarte para nosotros como comida. ¿Qué comida es ésta? Manjar de ángeles, suma y eterna pureza. Por eso exiges y quieres tal pureza en el alma que te recibe en el dulcísimo sacramento, que, si fuese posible a la naturaleza angélica purificarse, sería preciso que lo hiciera para tan gran misterio. ¿Cómo se purifica el alma? En el fuego de tu caridad y lavando su rostro con la sangre de tu Hijo unigénito. ¡Oh miserable alma mía! Avergüénzate. Eres digna de habitar con las bestias y con los demonios, porque siempre has hecho obras de bestias y seguido la voluntad del demonio.

Bondad eterna: quieres que te contemple y vea que me amas y que lo haces graciosamente, para que con amor igual ame yo a toda criatura racional. Por eso quieres que ame y sirva a mi prójimo sin interés, es decir, socorriéndole espiritual y corporalmente cuanto me sea posible, sin esperanza alguna de propio provecho o de placer. No quieres que me retraiga de ello por su ingratitud, persecución o por infamias que reciba de él. ¿Qué haré, pues, para comprender esto? Me despojaré de mi maloliente vestido y con la luz de la santísima fe me veré a mí en ti y me vestiré de tu eterna voluntad, y con ello conoceré que tú, Trinidad eterna, eres para nosotros mesa, comida y servidor. Tú, Padre eterno, eres la mesa que nos das el manjar del Cordero de tu Hijo unigénito. El es para nosotros manjar suavísimo, tanto por la doctrina que nos sostiene en tu voluntad como por el sacramento que recibimos en la santa comunión; comida que alimenta y fortalece mientras somos peregrinos y viandantes en esta vida. Ciertamente, el Espíritu Santo es en nosotros nuestro servidor, porque nos reparte esta doctrina, iluminando nuestro entendimiento e induciéndonos a que le sigamos. Igualmente, nos administra la caridad del prójimo y el hambre del manjar de las almas y de la salvación de todo el mundo por ho-

nor a ti, Padre. Por lo cual vemos que las almas iluminadas en ti, Luz verdadera, no dejan pasar un momento sin comer este manjar en honor tuyo.

¡Oh Amor inestimable! Tú muestras en ti mismo las necesidades del mundo, y principalmente de la santa Iglesia, y el amor que le tienes, por estar fundada en la sangre de tu Hijo, la cual has depositado en ella. Manifiestas también el amor que tienes a tu vicario haciéndolo administrador de esta sangre. Pero yo me miraré en ti para purificarme, y ya purificada, clamaré a tu misericordia para que tu piedad vuelva sus ojos a la necesidad de tu esposa e ilumine y fortalezca a tu vicario. Ilumina también de modo perfecto a tus servidores, para que le aconsejen recta y sencillamente, y prepárale a seguir la luz que por ellos le infundirás.

Tú, alta y eterna Sabiduría, no has puesto al alma sola, sino que le has dado por compañeras a las tres potencias, esto es, memoria, entendimiento y voluntad. Estas se encuentran tan unidas, que lo que quiere una lo siguen las otras. Por eso, si la memoria se da a contemplar tus beneficios y desmedida bondad, inmediatamente el entendimiento quiere comprender, y la voluntad amar y seguir la tuya. Como no la has puesto sola, no quieres que se encuentre sola, sin el amor a ti y la dilección a su prójimo. Está acompañada cuando se encuentra perfectamente unida del modo siguiente: hecha una cosa contigo y con el prójimo por unión de amor y afecto de caridad. Así se puede repetir la frase de San Pablo: «Muchos corren a la bandera, pero uno solo la consigue» [1], es decir, la caridad. Cuando, por el contrario, el alma tiene al pecado por compañero, entonces permanece sola, porque se ha apartado de ti, que eres todo bien. Habiéndose apartado de ti, queda separada de la caridad con el prójimo y acompañada del pecado, que es la nada, y por eso dices tú, Verdad eterna, que permanece sola. Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí, porque nunca supe encontrarme a mí misma en ti; pero tu luz es la que permite ver lo que se conoce del bien.

En tu naturaleza, Deidad eterna, conoceré la mía. ¿Y cuál es mi naturaleza, Amor inestimable? Es fuego, por-

[1] 1 Cor 9,24.

que tú no eres otra cosa que fuego de amor. A todas las cosas y todas las criaturas las hiciste, asimismo, por amor. ¡Oh hombre ingrato! ¿Qué naturaleza te ha dado tu Dios? La suya. ¿Y no te avergüenza arrojar de ti cosa tan noble por causa del pecado mortal?

¡Oh Trinidad eterna, dulce Amor mío! Tú, Luz, nos das la luz; tú, Sabiduría, nos das sabiduría; tú, Fortaleza, robustécenos. Dios eterno: que se disipe hoy nuestra nube para que te conozcamos perfectamente y realmente sigamos a tu Verdad con corazón sencillo y libre.

Dios: ven en socorro nuestro. Señor, apresúrate a ayudarnos. Amén.

EN LA CONVERSION DE SAN PABLO

23 Historia.—*Compuesta en Belcaro el día de la Conversión de San Pablo, 25 de enero de 1377. Se hallaba allí Catalina fundando un monasterio, o en Siena, distante unos kilómetros de Belcaro. Fue recogida esta oración por su confesor, el Beato Raimundo de Capua. Es oración doctrinal, sin plegaria.*

Ideas.—*Símil de la Trinidad con tres sarmientos que proceden de la misma vid.—Las tres personas tienen semejanza con las tres potencias del alma, que se atribuyen a las tres personas.—Pablo, después de ver la esencia divina, fija su pensamiento en Cristo crucificado.*

¡Oh Trinidad eterna, una Divinidad! Tú, Deidad, una en esencia, trina en personas, eres una vid que tiene tres sarmientos; valga esta comparación. Has hecho al hombre a imagen y semejanza tuya para que, por medio de las tres potencias que tiene el alma, se parezca a tu Trinidad y a tu Unidad. Como también se asemeja si se añadiese que por la memoria se parece al Padre, a quien se atribuye el poder; por el entendimiento se asemeja al Hijo, a quien se atribuye la sabiduría, y por la voluntad se asemeja al Espíritu Santo, a quien se atribuye la clemencia, y que es amor del Padre y del Hijo.

Tú, ¡oh magnífico Pablo!; has meditado bien en esto y has conocido bien de dónde venías y a dónde ibas; y no sólo a dónde ibas, sino qué camino llevabas, porque has conocido tu principio y tu fin y por qué camino lo conseguirías. Así, has unido las tres potencias de tu

alma a las tres divinas personas, porque has unido la memoria al Padre, recordando perfectamente que El es el principio del que todo procede; no sólo de las cosas creadas, sino de las tres personas divinas en su modo, y por eso de ninguna manera has dudado que El es tu principio. Has unido el poder del entendimiento al Hijo, al Verbo, sabiendo reducir perfectamente todo el orden de las cosas creadas a una finalidad, la cual es el mismo principio ordenado por la sabiduría del Verbo. Para que esto apareciese más claro, el mismo Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, a fin de que, siendo la Verdad, por sus obras se hiciese camino para que llegaran a la vida, para la que habíamos sido creados y de la que nos hallábamos privados. Has unido la voluntad del Espíritu Santo, amando perfectamente aquel amor, aquella clemencia que reconoció ser la causa de tu creación y de cada gracia dada por ti sin mérito precedente, y supiste que esto lo ha ejecutado la divina clemencia únicamente para hacerte feliz y darte la bienaventuranza.

Por lo cual, tú, en este día, en que fuiste convertido por el Verbo del error a la verdad, y después de haber recibido el don de ser arrebatado a donde viste la Esencia, desaparecida aquella visión, volviendo al cuerpo y a los sentidos, permaneciste vestido sólo de la visión del Verbo encarnado. En ella consideraste con atención que el mismo Verbo encarnado, sufriendo continuas penas, ha actuado el honor del Padre y nuestra salvación. Por eso tú te has convertido en tan sediento y deseoso de sufrir trabajos, para que, olvidado todo lo demás, declarases no conocer más que a Cristo, y a éste crucificado. Como en el Padre y en el Espiritu Santo no cabe sufrimiento, casi parece que te has olvidado de aquellas personas, y dices que sólo conoces al Hijo, que sufre acerbísimamente, cuando añadiste: «y a éste crucificado» [1].

[1] 1 Cor 2,1-3.

INVOCACION A LA TRINIDAD

24 Historia.—*Compuesta en la Rocca de Tentennano el 28 de octubre de 1378.*

Ideas.—*Invocación del poder de Dios Padre, de la sabiduría del Hijo y de la clemencia del Espíritu Santo.—Pide a las tres personas misericordia para el mundo y para la Iglesia.*

Poder del Padre eterno, ayúdame. Sabiduría del Hijo, ilumina mi entendimiento. Clemencia del Espíritu Santo, inflama y une mi corazón a ti. Confieso, Dios eterno, que tu poder es grande y fuerte para librar a la Iglesia y para sacar al pueblo de las manos del demonio y hacer que termine la persecución de la santa Iglesia y darme a mí victoria y fortaleza contra mis enemigos. Confieso que la sabiduría de tu Hijo, que es una cosa contigo, puede iluminar mi entendimiento y el de tu pueblo y sacar de las tinieblas a tu dulce esposa. También confieso, dulce y eterna Bondad de Dios, que la clemencia del Espíritu Santo y tu ardiente caridad quiere inflamar y unir mi corazón y los de las criaturas racionales.

Porque sabes, quieres y puedes, apelo a tu poder, Padre eterno; a la sabiduría de tu Hijo unigénito, por su preciosa sangre, y a la clemencia del Espíritu Santo, fuego y abismo de caridad, que tuvo a tu Hijo cosido y clavado en la cruz, para que hagas misericordia al mundo y le des el calor de la caridad con paz y unión en la santa Iglesia. No quiero que tardes más. Te ruego que tu infinita bondad te obligue a no cerrar los ojos de tu misericordia.

Jesús dulce, Jesús amor.

Santo Domingo promete a Catalina el hábito de Terciaria.

AL ESPIRITU SANTO

25 Historia. —*Compuesta en Val d'Orcia; probablemente, en otoño de 1377. Hay quienes dudan de la atribución auténtica a Catalina, pues con ser tan breve, contiene algunas imprecisiones en los atributos de cada una de las divinas personas, siendo ella siempre tan cuidadosa en este punto, siguiendo la teología. De la oración hay dos fórmulas, pareciendo que la más breve es la primitiva, y la más larga, una explanación de la anterior hecha por el discípulo de la Santa, Fr. Tomás Antonio de Siena, llamado Caffarini. Este la introdujo en el* Proceso castellano *y en el* Libellus de Suplemento. *En este* Suplemento *a la vida de Catalina, la escrita por el Beato Raimundo, cuenta que, habiendo la Santa visto un tintero con cinabrio, o tinta bermellón, de las utilizadas para iluminar, tomó ella la pluma y escribió esta oración, aunque nunca hubiera sabido escribir antes. Esto ocurrió, según la carta 272* (Tommaseo), *en Val d'Orcia. En realidad es una oración no al Espíritu Santo, sino a la Santísima Trinidad.*

A—¡Oh Espíritu Santo!, ven a mi corazón y con tu poder llévalo a ti, y dame caridad con temor. Cristo, líbrame de todo mal pensamiento y caliéntame con tu santísimo amor. Padre y dulce Señor mío, ayúdame en todos mis deberes.

(Segunda Versión)

B—¡Oh Espíritu Santo!, ven a mi corazón. Con tu poder llévalo a Dios y concédeme la caridad con temor. ¡Cristo!, guárdame de todo mal pensamiento; caliéntame e inflámame con tu dulcísimo amor, de modo que todo sufrimiento me parezca ligero. ¡Santo Padre y dulce Señor mío!, ayúdame ahora en mi ministerio. Cristo, amor; Cristo, amor. Amén.

EL ALFARERO Y LA ARCILLA

26 Historia.—*Compuesta en Roma el 30 de enero de 1380, lunes después del domingo de Sexagésima, cuando volvió en sí después de un ataque en el que se la tuvo por muerta. En él estuvo fuera de sí, como si fuera otra persona. Recuperada el habla y dicha la oración, los secretarios la pusieron por escrito. La mención de sus discípulos es verdaderamente conmovedora.*

Ideas.—*El alfarero modela, deshace y recompone su vaso.—Eso hace el Señor con ella.—Se ofrece por la Iglesia y por sus discípulos.—Pide perdón por sus negligencias, confiando en la bondad de Dios, en la vida y en la muerte.*

¡Oh Dios eterno, oh Maestro bueno que has creado y formado el vaso del cuerpo de la criatura del limo de la tierra! ¡Oh Amor dulcísimo! Tú lo has formado de una cosa vil y has colocado en él tan gran tesoro como es el alma, que lleva tu imagen, Dios eterno. Tú, Maestro bueno, dulce Amor mío, eres el maestro que deshace y vuelve a hacer, rompes y consolidas este vaso, según place a tu bondad.

A ti, Padre eterno, yo, miserable, ofrezco de nuevo mi vida por tu dulce esposa. Cuantas veces plazca a tu bondad, sácame del cuerpo y vuélveme a él con mayor sufrimiento que anteriormente para que vea la reforma de esta dulce esposa. Te encomiendo también a mis queridísimos hijos. Te ruego, sumo y eterno Padre, que, si a tu bondad place sacarme de este cuerpo y no me haces volver más a él, no los dejes huérfanos, sino que los visites con tu gracia. Hazles vivir muertos con verdadera y perfectísima luz. Unelos con el vínculo de la caridad para que mueran arrebatados del amor a tu dulce esposa. Te ruego, Padre eterno, que ninguno me sea quitado de las manos y que nos perdones nuestras maldades. A mí perdóname la gran ignorancia y la negligencia que he tenido en tu Iglesia por no haber realizado lo que habría podido y debido.

Pequé contra el Señor; ten misericordia de mí.

Te ofrezco y encomiendo a mis queridísimos hijos, pues son mi alma. Y si agrada a tu bondad que yo permanezca en este vaso, tú, Médico excelso, cúralo y dispón de él, pues se halla totalmente quebrantado.

Padre eterno, danos a todos tu dulce bendición. Amén.

AL HACER EL VOTO DE VIRGINIDAD

27 Historia.—*Aparece esta oración en la* Vida *de la Santa escrita por su confesor, el Beato Raimundo de Capua. Pronunciada por ella en su casa a la edad de cinco años. No hay que pensar sea de ella textualmente, puesto que entonces Raimundo de Capua no la conocía* (Vida *parte 1.ª 3*).

¡Oh beatísima y santísima Virgen María, que fuiste la primera entre las mujeres en consagrar con voto perpetuo tu virginidad a Dios, y por eso te concedió El ser madre de su unigénito Hijo! Pido a tu inefable piedad que, no teniendo en cuenta mis pecados y defectos, te dignes concederme gracia tan grande y me des por esposo al que deseo con toda mi alma: al santísimo Hijo único de Dios y tuyo, mi Señor Jesucristo.

PARA VENCER UNA TENTACION

28 Historia.—*Esta oración, según la* Vida *escrita por el Beato Raimundo de Capua, fue pronunciada antes de hacerse «mantellata», o terciaria secular dominica. Se le presentó el demonio con un vestido de seda, incitándola a que se adornara y no pensara en el hábito de terciaria* (Vida *p.3.ª c.6*).

¡Mi dulcísimo esposo! Sabes que jamás quise otro esposo sino a ti. Te ruego que me socorras, que venza estas tentaciones en tu santo nombre. No te pido que me las quites, sino que pueda vencerlas.

DESPUES DE UNA TENTACION

29 Historia.—*Oración pronunciada cuando ya era terciaria seglar y era acosada por las tentaciones. Después de vencer una, se dirige a Jesús, que se le aparece* (Vida *p.1.ª c.11*).

Dulcísimo Señor mío: ¿dónde estabas cuando mi corazón se veía lleno de tanta deshonestidad?

Jesús le respondió: «Estaba en tu corazón».

SUFRIR Y MORIR POR JESUS

30 Historia.—*Es recogida esta oración por Caffarini, que se la oyó junto con Fr. Nicolás di Bindo da Cascina cuando la visitaron en su casa. Aparece en el* Suplemento *a la* Vida *del Beato Raimundo, escrito por el mismo Caffarini (*Suplemento *V).*

¡Oh caridad inestimable, oh primera Verdad! Sólo me sentiré plenamente satisfecha cuando reciba la gracia de sufrir grandes tormentos por ti y por tu gloria.

Señor: si en mi deseo de sufrir encuentras algo que pueda decirse mío, por andar mezclado con cualquier sombra de vanidad y de amor propio, te suplico vivamente que lo aniquiles; yo estoy dispuesta a destruirlo y desarraigarlo con toda prontitud de mi corazón.

DESEOS DE MUERTE

31 Historia.—*Pronunciada, según Caffarini, en una casa que no era la suya, donde encontró a Catalina su confesor. Allí «cayó desfallecida delante de todos» y ellos la oyeron* (Suplemento *V*).

Señor, amor mío, esposo mío y esposo de mi alma: ¿por qué no me liberas de la servidumbre de este cuerpo miserable? ¿Por qué la muerte no me arranca del mundo ahora que tú enciendes en mi corazón el deseo de verte pronto y contemplarte cara a cara por toda la eternidad? ¡Cuán inmensa es la grandeza de tu dulzura y de tu misericordia! ¿Por qué en este momento no me invitas con las suaves palabras con que invitaste a tu reino a tu santísima Madre?

LA PUREZA

32 Historia.—*Caffarini nos dice en su* Suplemento *que al atardecer sentía de modo especial sus ansias de Dios. «Durante estos éxtasis, que duraban largo tiempo, se le oía hablar* en el tono de esta oración *con Dios nuestro Señor» (*Suplemento *V).*

Señor: no me maravillo de los pecados de los hombres... Tú has herido mi corazón con perfectísima caridad y lo has guardado con la custodia de la pureza. ¡Oh,

si los ciegos sensuales y lascivos pudiesen saborear la dulzura y suavidad de tu santo amor! Estoy segura de que detestarían inmediatamente y experimentarían náuseas horrendas y hastío de los abominables placeres carnales y correrían ansiosos y sedientos a la fuente de tu suavidad.

Mas ¿por qué no corren detrás de tus perfumes?

(Esperada en silencio la respuesta del Señor, continuaba:)

Te entiendo, Verdad eterna. Si consideraran atentamente y tuvieran presentes en su memoria los inmensos beneficios que todos los días les haces, se dejarían arrastrar fácilmente por la dulzura inefable de tu amor y se les vería correr con ansiedad de deseo a deleitarse en la fragancia de tantas dulzuras tuyas.

(Más tarde:)

¡Oh miserable alma mía! ¿Te atreverás a levantar con soberbia tu frente contra Dios? Deseo y mil veces desearía entrar ahora mismo en el infierno, y no creo suficiente un infierno solo para castigar mi infinita miseria.

Señor: no llego a comprender lo que digo. Permaneceré pendiente con el pensamiento de la delicada promesa que me hiciste al asegurarme que me querías toda conforme y conformada contigo, y que para esto ibas a imprimir en mi cuerpo tus dulcísimas llagas.

POR LOS PECADORES Y POR SUS DISCIPULOS

33 Historia.—*Según Caffarini, su confesor y otras muchas personas oyeron estas oraciones en uno de sus éxtasis* (Suplemento *V*).

¡Oh Padre eterno! No puedes ignorar que estos miserables pecadores son criaturas tuyas y que te pertenecen por el supremo título de la creación.

¡Oh Hijo, oh Rey bendito! No puedes negar que sean tuyos estos desgraciados, puesto que por ti mismo los conquistaste por el título irrefutable de la redención. Escúchame, ¡oh Hijo benditísimo!; escúchame y muéstrate propicio a mis plegarias. Presentándome al eterno Padre con la prenda de tu sangre y de tu pasión en mis manos, no podrá alejarme de sí sin antes atender mis ruegos.

Ayúdame, ¡oh eterno Espíritu Santo! Por abominables que sean, por mucha que sea la enormidad de sus pecados, también te pertenecen, porque los hiciste tuyos al admitirlos a la participación de tu bondad.

(A estas instancias de Catalina respondía el Señor: «¿Por qué levantas hasta el trono de mi adorable Trinidad estos clamores?». Replicaba Catalina:)

Señor: Tú sabes que clamo a ti con audaz confianza. Tú eres el que, inspirándome compasión y amor, me obligas a levantar mi clamor hasta tu trono. En lo mismo que tú me dices, veo indicio cierto de que estás resuelto y dispuesto ya a escucharme. Cuando vuelves a mí tus benignos ojos, descubro, revestidos de esta luz, a mis hijos e hijas espirituales, a mis hermanos y hermanas y a todos aquellos que de día en día te conquisto con el deseo desplegado ante ti en la oración, de verlos fieles a ti en todo tiempo.

Vuelvo la mirada a otra parte, y veo perdidas las almas de innumerables pecadores, y al verlo se me parte o, más bien, se me dilata el corazón con la fuerza de este amargo pesar. Vencida de este modo por la compasión, no puedo menos de llorar su miseria como si yo misma me encontrase hundida en el fango de sus culpas.

Señor: me brindas una bebida de leche que en el momento de probarla era desagradable y amarga, inspirándome compasión por la desgracia de los pecadores, pero confortándome al mismo tiempo con la dulce y sabrosa leche de tus consolaciones. En el curso de tu vida mortal llevaste el peso de dos cruces, cargando sobre tus espaldas la pesada cruz de nuestros pecados. Del mismo modo, para que yo me conformase completamente contigo, me cargaste con el peso de dos cruces: una me abate el cuerpo con la enfermedad y otras angustias, la otra me traspasa el alma, dolorida por la perdición y ceguera de tantos miserables pecadores obstinados.

«ME HACES ENLOQUECER»

34 Historia.—*Nos da Caffarini esta oración en su* Suplemento, *diciendo que fue oída de sus labios por el confesor de Catalina y por otras personas que presenciaron uno de sus arrobamientos* (Suplemento *V*).

¡Oh ojo eterno! Tú eres el que ilumina a todas las almas que vienen a este mundo, el que ilumina a todos tus santos, y éstos se asemejan a los que no tienen en la frente más que un solo ojo. Tú, Señor, me haces enloquecer. Ayer me mostraste, como si yo lo tuviera próximo y ya preparado y casi puesto encima de mí, el vestido de la gloria, de modo que creía estar ya admitida en el número de los que gustan de ti; pero en contra de lo que esperaba, lo retiraste de mí. ¡Oh infeliz de mí! ¿Quién me librará de la servidumbre de la ley del pecado?

Te ruego, Señor, con toda insistencia que te dignes finalmente separarme y desprenderme de cualquier criatura. ¡Cuántas veces y con cuánta confianza he repetido esta súplica! Sin embargo, no te plugo hasta ahora hacer lo que tan ardientemente deseabas al decirme que jamás me negarás las gracias que te pida y que espero obtener. Porque tú sabes bien que nada te pediré sino aquello que por interna inspiración tuya me des a conocer ser tu voluntad que te pida, ya que es firme y constante mi propósito de no pedirte nada en la oración si antes, cerciorada por los medios que te son propios, no he conocido que mi voluntad es grata y acepta a tu beneplácito.

Ahora comprendo bien, Señor mío, que lo que quieres es refrenar mi deseo, demasiado ardiente e inquieto, de ver mi alma separada cuanto antes de la cárcel de esta muerte continua. Hágase tu voluntad.

Haz que viva siempre acongojada y cargada con males continuos y tribulaciones, de modo que experimente y sienta en mi cuerpo la acerbidad de toda suerte posible de penas.

Siento un vivo dolor en mis costados, pero no me quejo de este sufrimiento. Mi anhelo más ardiente es sufrir penas y dolores mucho mayores y quisiera que de día en día aumentaran en mi cuerpo.

35 Historia.—*Caffarini nos presenta esta oración como oída por el confesor de Catalina, que con otro religioso la visitó «hacia la tarde, y la halló, como de ordinario, en éxtasis, y, poniéndose a escuchar, oyeron pronunciar estas palabras»* (Suplemento *V*).

¡Oh Padre, oh eterna Verdad! Tú haces oír y levantas tu voz sobre mi cabeza con el trueno dilatado de la amabilísima seguridad con que confirmabas la confianza de tu querido Pablo, sobrecogido de temor, diciéndole: «Suficientísima y sobreabundante a tu necesidad te es mi gracia». ¡Oh Padre! ¿Por qué no cambias de lenguaje y dices más bien: «Tú, vaso de miseria y de iniquidad, seas arrojada ahora en el abismo profundo del infierno»? ¡Oh Padre eterno, oh Amor eterno! ¿Por qué no levantas sobre mi cabeza la voz y la palabra de tal condenación, habiendo transgredido con enormes desobediencias tus santos mandamientos? Me mandaste que no me alimentase más que en la mesa que tú me preparaste en la cruz, y, sin embargo, ningún cuidado he tenido de cumplir tu mandamiento, por mí torpemente quebrantado. No me maravilla que consolases a Pablo, llamado por ti vaso de elección, con aquella promesa de tu gracia suficientísima para darle fuerza para superar las molestias que le afligían. Lo que me maravilla es que repitas en alta voz estas mismas palabras y promesas sobre mí, que me reconozco despreciadora de tus mandamientos y rebelde descarada contra toda tu ley. Mas ya que con misericordia liberalísima nos das tu gracia a los transgresores y rebeldes, enséñame, ¡oh Padre eterno!, qué deseas que hagamos para conservar inviolable tu gracia y tu benevolencia y jamás dejemos de corresponder a ellas.

(Después de una pausa continúa:)

Me das a entender tu voluntad de que jamás olvidemos que tu penetrante mirada ve y percibe todos nuestros actos. Que jamás nos tomemos la libertad de juzgar mal de cualquier criatura por maligna y perversa que pueda parecernos. Nuestro juicio debe pararse a considerar que todo nos sucede por disposición y permisión de tu voluntad, cuya equidad no es fácil de compren-

der. Obrando de tal manera, no nos indignaremos con criatura alguna que fuere ingrata con nosotros.

Pero si el mal, las persecuciones y las calumnias, por los designios de tu voluntad, ¡oh Padre eterno!, nos abruman, y nos prohíbes, por otra parte, enjuiciar torcidamente a cualquiera que injustamente nos ofenda, muchos podrán creer que tú eres el autor del pecado y que a ti debe imputarse el pecado mismo. Pero yo sé muy bien que tú no eres el autor de la intención maligna del pecador, aunque seas causa última de su obrar, porque aquella operación no es perversa y perniciosa en sí misma, en cuanto viene de ti, sino que la infección de aquel acto externo deriva de la mente depravada de quien no piensa en ti ni obra según tus rectísimos fines. Con esto me enseñas, dándome estos sapientísimos consejos, que, si quiero conformarme con tu voluntad, no debo escandalizarme por cosa alguna desagradable o penosa que me suceda, porque, si permites la malicia humana, es para exaltar tu omnipotencia, que sabe y puede sacar grandísimos bienes de nuestro mal. La intención de éstos es solamente a ti conocida. Tú mandas que no juzguemos, sino que compadezcamos su fragilidad y, si es posible, se interprete en buen sentido la intención del que peca. No eres tú, ciertamente, la causa ni el autor de la perversidad y malicia encerrada en la intención, pero tú solo puedes ser su Juez competente.

A LA BELLEZA ETERNA

36 Historia.—*Caffarini es también quien recoge esta hermosa oración (*Suplemento *V).*

¡Oh amadísimo Joven, oh Verbo encarnado! ¿Qué has hecho? Señor: así lo quiero yo. Señor: cuando vuelves a mí tu mirada de benignidad, descubro tu imagen impresa y copiada en mí. Me mandas que en esto haga como los hombres del mundo, que, al llegar la noche o al ir a descansar, se quitan los vestidos pomposos, llevados con fastuosidad durante todo el día. Pero no quieres que en lo restante me adapte a sus costumbres, porque ellos por la mañana los toman de nuevo y con ellos

se adornan con el mismo aire de vanidad. Todo lo contrario me mandas hacer a mí, es decir, que ya no busque más los vestidos que por la noche me quito para volvérmelos a poner a la mañana siguiente. Señor: no me pides cosas pequeñas; comprendo ser tu voluntad que sufra yo todos los trabajos que deberían sufrir mis hijos espirituales, de la misma manera que tú sufriste las penas y fatigas que nosotros merecimos.

Señor: enséñame un motivo tan eficaz y poderoso que mueva y obligue casi a mi alma a estar siempre unida a ti, sin que jamás pueda separarse. Señor: te he prometido muchas veces amarte sin cesar, pero no es posible que te ame si no proviene de tu amor, que tan generoso se manifiesta para conmigo. Sin embargo, me esforzaré y pondré todos los medios que mi espíritu y mi ingenio me proporcionen para hacer lo poco de que sea capaz. Señor: te doy gracias infinitas porque he recibido de tu bondad todo lo que he deseado y pedido. ¿Quién te ha inducido y persuadido a mostrarte tan benigno conmigo, dándome tantas gracias, como si no advirtieses y conocieses lo que estabas haciendo y a quién dispensabas estos bienes? Porque ¿quién soy yo? El que me favorezcas y me prevengas con la abundancia de tus gracias no se debe a mí, sino sólo a tu misericordia infinita. Lo reconozco plenamente, porque todo lo que de ti recibo es puro y gratuito don tuyo; nada bueno encuentro en mí, ni posibilidad de hacer algo bueno o digno de alabanza si tú antes no me infundes la luz y no me enciendes con el ardor de la santa caridad.

(Después de una pausa:)

Señor: no permitas que vuelvan a sus casas vacíos y en ayunas; antes de que se vayan derrama tus gracias en sus almas. Señor: yo no sosegaré nunca; noche y día, sin descansar, levantaré la voz, diciendo: Señor, danos las virtudes verdaderas. Y, aunque me sean particularmente queridos, no me preocupa si no entra en tus designios difundir en sus corazones, mientras vivan en este mundo, las dulzuras que me has comunicado en su trato familiar contigo. Me basta que tú te des y te comuniques con ellos. No he olvidado, sin embargo, lo que en otra

ocasión me dijiste: que nadie podía conseguirte y poseerte si antes no se perdía y se negaba a sí mismo.

(Luego con grande alegría:)

¡Oh Amor!, tú eres lo más dulce que existe; tú nos haces gustar una parte de los bienes y de los goces que esperamos disfrutar, con saciedad jamás harta, en la vida eterna.

(Después de una breve pausa, conmovida de nuevo por la plenitud de su gozo:)

¡Oh eterna Belleza! ¡Por cuántos siglos permaneciste desconocida y escondida para el mundo! ¡Oh eterna Caridad, oh Amor! Yo te quiero amar con todas las fuerzas de mi corazón, con afecto veraz y constante; pero dame todavía el consuelo de que vea despedazados los corazones de todos los aquí presentes con la fuerza de tu santo amor. Señor: confieso que soy mala, y, por esto, indigna de impetrar de ti gracias de tanto valor; pero lloro confundida de mi miseria y me encuentro dispuesta a hacer lo que hizo la humanidad de Cristo, tomada también ella de la masa de Adán y amasada con ella. Quiero que ilumines a estos mis queridos hijos. Señor: abate el muro que se interpone entre ti y ellos, para que te amen sin estorbo de ningún género.

«NO SOLO DE PAN...»

37 Historia.—*Oración recogida por el confesor de la Santa, el Beato Raimundo de Capua, en la* Vida *que escribió de Catalina de Siena. El Señor, estando ella en oración, le avisó que era hora de comer y que fuera con todos* (Vida *p.2.ª c.1).*

¡Oh superdulcísimo esposo mío! ¿Por qué me alejas de ti? Si he ofendido a tu Majestad, aquí está este miserable cuerpo mío para que a tus pies sea castigado, en lo que yo te ayudaré gustosamente; pero no permitas que me vea afligida con pena tan dura de verme separada de ti, amantísimo esposo mío, por cualquier motivo, aunque sea por poco tiempo.

¿Qué tengo yo que ver con aquella comida? Yo tengo que comer lo que no saben estos cuya compañía me im-

pones ahora. ¿Es que de sólo pan vive el hombre? O ¿no vive todo viador de la palabra que sale de tu boca? Como tú sabes mejor que yo, he huido de toda conversación humana para poder encontrarte a ti, Dios mío y Señor mío. Ahora, pues, que por misericordia te he encontrado y por tu dignación y gracia especialísima te poseo, ¿deberé dejar este tesoro incomparable y mezclarme de nuevo con las angustias y vacilaciones humanas, y que de nuevo crezca mi ignorancia y que, deslizándome poco a poco, termine réproba en tu presencia? Lejos, Señor, de la inmensa perfección de tu bondad infinita el ordenarme a mí o cualquier otro que el alma se separe de ti.

POR SU PADRE MORIBUNDO

38 Historia.—*En agosto de 1368 comprendió Catalina que su padre estaba al fin de la vida. En esta oración, recogida por el Beato Raimundo en la* Vida, *pide la hija que su padre se vea libre de las penas del purgatorio* (Vida *p.2.ª c.7).*

¡Oh amantísimo Señor! ¿Cómo podré sufrir que el alma del que por tu designio me engendró y me nutrió con tanta diligencia, que tantos consuelos me ha dado en toda su vida, sea atormentada en fuego tan vivo y tan cruel? Te suplico y te ruego por todas tus bondades que no dejes salir de su cuerpo a aquella alma hasta que de una u otra manera haya quedado limpia, y quede con ello totalmente libre del fuego del purgatorio.

POR «SUOR PALMERINA», ENEMIGA SUYA

39 Historia.—*Esta «mantellata», o terciaria, tenía profunda antipatía a Catalina. Cuando la terciaria se hallaba en peligro de muerte, se dirigió Catalina al Señor con la siguiente oración, recogida por el Beato Raimundo* (Vida *p.2.ª c.6).*

Señor mío: ¿acaso he nacido yo, miserable, para ser ocasión de que las almas creadas a tu imagen vayan al fuego eterno? O ¿quieres, en verdad, que sea ocasión de

condenación eterna para esta hermana mía, para la que debería ser yo instrumento de salvación? Lejos, Señor mío, de la grandeza de tus misericordias cosa tan horrible; lejos de tus eternas bondades permitir algo tan doloroso. Mejor habría sido, quizá, el que yo no hubiera nacido que no el que por culpa mía, en cualquier forma, se condenen las almas conquistadas con tu sangre.

¡Miserable de mí! ¿Son éstas las promesas que por tu generosidad me hiciste cuando me dijiste que sería fecunda, según mi deseo, para la salvación de las almas de mi prójimo? ¿Son éstos, acaso, los frutos de salvación que deben producirse por mí, como instrumento tuyo: el que por mí mi hermana perezca eternamente? Porque son, indudablemente, mis pecados la causa de todo, y no merezco por mis obras otro fruto más que éste. Pero no por esto dejaré de implorar tus misericordias y no cesaré de rogar a tu infinita bondad hasta que los males que yo he merecido se conviertan en bien y mi hermana se libre de la muerte eterna.

Señor mío: no me levantaré ni me iré de aquí, como no sea muerta, hasta que no tengas misericordia de mi hermana, como te he pedido. Castiga en mí su pecado, sea el que sea. Ya que yo soy la razón del mal, yo debo ser castigada y no ella.

(Y añadía:)

Misericordiosísimo Señor: por toda tu bondad y por toda tu misericordia, te ruego que no permitas que el alma de mi hermana salga del cuerpo hasta que reciba tu gracia y tu misericordia. ¿Qué más debo decir?

CON OCASION DE UNA GRAVE CALUMNIA

40 Historia.—*Una «mantellata» o terciaria, de «lengua suelta y pestilencial», leprosa a la que atendía y curaba Catalina, le levantó una calumnia contra su honestidad. Con todo, no cesó su caridad y la siguió atendiendo. La oración siguiente muestra el sufrimiento interior de Catalina. La recogió el Beato Raimundo (*Vida *p.2.ª c.4)*

¡Omnipotentísimo Señor y amadísimo esposo mío! Tú sabes cuán delicada es la fama de toda virgen y qué fácil es manchar la honestidad de tu esposa. (Por esto quisis-

te que tu gloriosísima Madre tuviese esposo legal.) Sabes también que todo esto lo ha inventado el padre de la mentira para retraerme del servicio comenzado por tu amor. Ayúdame, pues, Señor Dios mío, que conoces mi inocencia, y no permitas que la serpiente antigua, abatida y vencida por tu pasión, pueda nada contra mí.

(El Señor se le apareció teniendo una corona de oro adornada de piedras preciosas en la mano derecha, y en la izquierda, una corona de espinas, y le habló así:)

Sepas, carísima hija, que es necesario que en ocasiones o tiempos distintos seas coronada con estas dos coronas. Elige, pues, la que prefieras; es decir, ser coronada con esta de espinas en el curso de la vida, y te reservaré la otra preciosa para la vida perdurable, o, si prefieres, toma esta preciosa ahora y te guardaré esta de espinas para después de la muerte.

(Entonces respondió:)

Señor mío: hace ya mucho tiempo que renuncié a mi voluntad y decidí seguir la tuya, por lo cual no me corresponde elegir cosa alguna. Pero ya que deseas que responda, te digo que elijo conformarme siempre en esta vida a tu beatísima pasión y, para mi alivio, abrazarme siempre al sufrimiento por amor tuyo.

(Después que Jesucristo le hizo besar su costado:)

¡Oh Señor de inefable misericordia! ¡Cuán dulce eres para los que te aman, cuán suave para los que te gustan, pero mucho más suave para los que viven de él!

«NO HE VENIDO A DISCUTIR...»

41 Historia.—*Andrés di Naddino había vivido en todos los vicios, como blasfemo; llegó hasta pisotear un crucifijo. Ni los sacerdotes ni sus familiares lograban su arrepentimiento. Por mediación del confesor de Catalina acudieron a ésta para encomendarle la conversión, que la logró. A este caso se refiere la siguiente oración, recogida por el Beato Raimundo (*Vida *p.2.ª c.7).*

¡Señor mío amantísimo! No sé quién podrá evitar la condenación eterna si tienes en cuenta nuestras iniquidades. ¡Oh Señor mío! Creo firmemente que bajaste al

vientre de la purísima Virgen María y que sufriste por nosotros muerte cruel no para castigar nuestras iniquidades, sino para perdonarlas. Me manifiestas, Señor, los pecados de un hombre y sobre ti, Dueño mío, has llevado todos los pecados. No he venido para disputar contigo sobre la justicia de esto, sino a pedir tu misericordia, ¡oh Señor mío!, y tu misericordia es infinita. Si te acuerdas, ¡oh mi Señor!, me dijiste que querías fuese motivo de salvación para muchas almas. No me queda en este mundo más consuelo que el de saber que mis prójimos se convierten a ti. Sólo por este motivo puedo soportar y sufro con paciencia no estar del todo unida a ti. Si no me concedes, pues, esta alegría, ¿para qué es necesaria mi vida en este mundo? No me apartes de ti, dulce Señor; devuélveme a mi hermano caído en la obstinación y en la ceguera de su espíritu.

POR DOS CONDENADOS A MUERTE

42 Historia.—*Dos condenados a muerte, llevados de la desesperación, se rebelaban contra Dios, que permitía aquella sentencia. Blasfemaban horrorosamente. Pide por ellos Catalina, y se reconcilian con Dios antes de morir. Recogida por el Beato Raimundo (*Vida *p.2.ª c.7).*

¡Oh Señor santísimo! ¿Por qué dejas y permites que tus criaturas, hechas a tu imagen y semejanza y redimidas con tu preciosa sangre, sean vejadas tan cruelmente por los demonios con tantos desprecios y tormentos corporales?

Tú iluminaste, Señor, al ladrón crucificado junto a ti, y él, aun sufriendo justo castigo por sus pecados, se confesó cuando tus apóstoles dudaban, y pudo oír aquella dulcísima voz: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» [1]. Esto hiciste para que todos los demás tuvieran esperanza en el perdón.

Tú no despreciaste ni abandonaste a San Pedro, que te había negado, sino que lo miraste con clemencia después de su negación. Tú no rechazaste a María la pecadora, sino que, perdonándola, la trajiste a ti.

[1] Lc 23,43.

No rechazaste a Mateo, publicano; ni a la cananea, ni al príncipe de los publicanos llamado Zaqueo, sino que los llamaste a ti con mucha clemencia. Por esto confiadamente recurro a ti para que con diligente solicitud socorras a estas almas.

POR SU MADRE, EN PELIGRO DE PERDICION

43 Historia.—*La madre de Catalina, Lapa, no se resignaba a morir. Rehusaba recibir los sacramentos. Recogida esta oración por el Beato Raimundo* (Vida *p.2.ª c.8*).

¡Oh Señor mío! ¿Dónde están las promesas que me hiciste al decirme que ninguno de mi casa se condenaría?

Tú sabes también que me prometiste no llevar a mi madre de este mundo al otro hasta que no estuviera conforme con tu voluntad. Y ahora sé que ha fallecido sin los sacramentos de la Iglesia.

Te ruego por tu misericordia que no permitas quede defraudada en mis deseos. No me alejaré jamás de aquí si no me devuelves viva a mi madre.

PARA HACER CESAR EL MILAGRO DEL VINO

44 Historia.—*Se realizaba el milagro de multiplicarse el vino durante unos días, y tan famoso se hizo, que, cuando pasaba por la calle, la señalaban como la autora del milagro, lo que ofendía su humildad. Recogido el caso y la oración por el Beato Raimundo* (Vida *p.2.ª c.11*).

¡Oh Señor mío! ¿Por qué castigas así a tu sierva? He sido hecha oprobio ante todo el mundo. Todos tus siervos pueden vivir entre la gente menos yo.

Yo no te pedí jamás este vino nuevo, sino que, como tú sabes, hace mucho tiempo que me he privado de beberlo, y ahora, por causa de este vino, me he convertido en motivo de escándalo para el pueblo.

Te ruego, Señor mío, que lo hagas cesar, a fin de que también termine y no siga propagándose esta fama divulgada por el pueblo en torno mío.

«*QUIERO VILIPENDIOS Y OPROBIOS*»

45 Historia.—*En una visión, asombrada de ver que un pecador tuviera tan gran gloria en el cielo, hizo a Dios esta plegaria* (Suplemento *V).*

¿Cómo, Señor, me presentáis este querido pecador coronado de corona de resplandores, la cual me pone él en mi cabeza?

(Y añadía:)

No, Dios mío; si he de volver a mi cuerpo, no quiero para mí esa corona: quiero sólo vilipendios y oprobios tales como los que sufrió vuestro dulcísimo Hijo. Me respondéis, Señor, que no podéis por ahora acceder a mis súplicas y satisfacer mis deseos y suspiros, acaso inoportunos; pero sabed que Vos mismo sois quien tan ardientes deseos me inspiráis con interiores estímulos de vuestra gracia y me forzáis a levantar mi voz, prometiéndome conceder a mi alma lo que tanto anhela. Cada día, pues, clamaré a Vos, me escuchéis o no. Jamás os dejaré ni me apartaré de Vos, ni cesaré de cumplir vuestra santa voluntad.

«*¡OH AMOR! ¡TE HE VENCIDO...!*»

46 Historia.—*Un día, el confesor de Catalina le encomendó el alma de una persona religiosa que había incurrido en un enorme pecado. Sin preocuparse de que junto a ella se hallara una compañera, que después lo contó, hizo la plegaria siguiente* (Suplemento *V).*

Afligid, Señor, mi cuerpo. Sometedlo a todos los tormentos que en esta vida se pueden sufrir. Estoy pronta a sacrificar mi cuerpo a vuestra justicia para satisfacer por las culpas de esa miserable alma. Pero yo quiero que la perdonéis y con los estímulos de vuestra gracia la atraigáis y volváis al buen camino de donde se ha separado.

(Cuando volvió en sí de aquella abstracción, se tornó blanca su cara como la nieve, y en señal de su alegría prorrumpió en risa dulcísima, y así, gozosa, exclamó:)

¡Oh Amor, oh Amor! ¡Te he vencido con tu mismo amor! Es tu voluntad que te pida con ardientes ruegos lo que tú solo por ti mismo puedes hacer por tu libre benignidad.

«ME TRATAS COMO VACILANTE E INCREDULA»

47 Historia.—*Humillada por las gracias y visiones de Dios, dice al Señor que no es merecedora de ellas ni las desea* (Suplemento *VI*).

¿Acaso, Señor, dudáis de la firmeza de mi fe? Sin la menor perplejidad, creo cuanto de incomprensible y maravilloso os habéis dignado revelar a vuestra Iglesia, y, por medio de ella, a vuestros fieles. ¿Por qué, pues, tratáis como vacilante e incrédula, como queriendo afirmarme en vuestro juicio? ¿Por qué darme, casi a diario, tantas pruebas y argumentos de vuestra verdad manifiesta?

(Jesús le respondió para consolarla:)

No por ti, hija mía y esposa mía, manifiesto con estas visiones la verdad de este misterio, sino por aquellos que han de crecer y confirmarse en la fe por tu medio; pues te aseguro que, en atención a ti, muchos que yo amo y tú amas, verán muchos prodigios semejantes a los que tú ves.

(Replicó Catalina:)

¡Si con esas visiones misteriosas no aumentáis en mí la fe, inflamáis cada vez más en mi corazón vuestro amor y me siento desfallecer y morir con tal violencia!

Catalina cura a una Terciaria.

ULTIMA ORACION DE CATALINA

48 Historia. *En carta de Bartolomé Barduccio a sor María Petrimoni, del convento de San Pedro de Monticelli, junto a Florencia, le refiere los últimos momentos de Catalina. Esta oración la pone él en labios de la Santa poco antes de morir, mientras miraba al crucifijo que le habían colocado delante. Según este testimonio, fue ésta la última oración de alguna extensión que pronunció, pues las demás son sólo frases breves y jaculatorias.*

Mi culpa confieso, Trinidad eterna, de haberte miserablemente ofendido con tanta negligencia mía, ignorancia, ingratitud, desobediencia y otros muchos defectos. Miserable de mí, que no he guardado tus mandamientos, ni los comunes a las almas, ni aquellos que particularmente me habías dado por tu bondad. ¡Oh malvada!

(Y, diciendo esto, se golpeaba el pecho y añadía:)
No he observado el precepto que me diste de buscar siempre tu gloria y no perdonar fatiga por el bien del prójimo, sino, más bien, he huido de los trabajos, y ahora más, cuando eran más necesarios. ¿No me ordenaste tú, Dios mío, que no pensara nada en mí, sino en tu honra, en alabanza de tu nombre y en la salvación de las almas, y que no tomara otro alimento que este que se recoge en la mesa de la santísima cruz? Así es; y, no obstante, yo he procurado la propia conveniencia. Me has invitado a unirme a ti sólo con dulces, amorosos y fervientes deseos, con lágrimas y humildes y continuas oraciones por la salvación del mundo entero y por la reforma de la santa madre Iglesia, prometiéndome que por este medio usarías de misericordia con el mundo y darías nueva hermosura a tu esposa ; y yo, miserable, no he correspondido a tu deseo, sino que me he adormecido en el lecho de la negligencia.

¡Oh infeliz de mí! Tú me habías encomendado el gobierno de las almas dándome muchos hijos queridos a los que amase con amor singular y los dirigiese a ti por el camino de la vida. Pero yo no he sido para ellos sino un espejo de humana flaqueza, ni he tenido de ellos solícito cuidado, ni los he socorrido con humilde y continua oración en tu acatamiento, ni les he dado los debi-

dos ejemplos de una buena vida, ni los avisos de una saludable doctrina.

¡Oh ruin de mí! ¡Con cuán poca reverencia he recibido los innumerables dones y las gracias de tantos dulces tormentos y trabajos cuantos a ti plugo acumular en este frágil cuerpo; ni los he sufrido con tan encendido deseo como era el que tú tenías al mandármelos! ¡Oh Amor mío! Por tu excesiva bondad me elegiste para esposa desde mi tierna infancia, y yo no he sido fiel, sino muy infiel, pues no he puesto toda mi memoria en ti solo y en tus altísimos beneficios, ni he empleado el pensamiento únicamente en reconocerlos, ni he ocupado la voluntad en amarte con todas las fuerzas.

(De esta manera y con otras palabras semejantes, se acusaba aquella purísima paloma, más bien creo por nuestro ejemplo que por la propia necesidad, y, vuelta luego al sacerdote, le dijo:)

Por amor de Cristo crucificado, absolvedme de todos estos pecados que en la divina presencia he confesado y de todos los demás que no recuerdo.

Catalina, Maestra de la vida consagrada a Dios.

INDICE LITERARIO

Adulterio espiritual 114.
Agua: en el horno 220; podrida 128 130.
Aldabonazos 252.
Alimento del amor 145.
Alma: ebria 108; empobrecida por las riquezas 380.
Amargura y dulzura 227.
Amor loco 389.
Anillo de esposa 486.
Anzuelo 130 178 455.
Arbol 73 110 111 130 131 220-222 472 473; sus frutos 111 112 222 484.
Arras 108 139.

Belleza 518.
Beso 186.
Boca y su oficio 153 185 186.
Bodega con sangre de Cristo 268.
Bondad de la creación 381.
Bordados sobre paño 126.
Brasa en el horno 193.
Breviario, esposa adúltera 317.

Caballero en batalla 189 190 239.
Cal de la sangre de Cristo 102.
Camarero divino 192.
Camino de agua 104.
Campo de batalla 190.
Cara de la esposa 207.
Cardos de las tribulaciones 349.
Celda del conocimiento de sí 162.
Cicatriz del pecado 85 86.
Ciego palpando 136.
Cien 413.
Círculo: de la fe 503; divino que nos rodea 73 390 501.
Ciudad y el alma 360 362.
Clarores sensibles 146.
Comida: y servidor 191; de odio 145; de tierra 140.
Convertido en tierra 140.
Corazón 115; vasija de lágrimas 217 220.
Cosido y clavado, *passim*.
Cristo: escalera 142; yunque 142.
Cuchillo 74 96 128 137 140 189.
Cuño sobre cera 264.

Chisporroteo 260 261.

«Demonias» hechas carne 296.
Descripción apasionada 287 296 298.
Dios: cerca al alma 390; enamorado 83; labrador 96 97; trabajador 98.

Embriaguez 89 182 189 194 198 253 472.
Empapados en la sangre 194.
Enamoramiento 239 502.
Engendrar y parir 78.
Engordar como los animales 297.
Escalera y Cristo 182.
Escalones 100 142 144.
Escorpión de oro 137 142.
Esclavo cruel, tirano cruel 118.
Espejo 80 81.
Espinas 98 131 132.
Establo era la humanidad 504.
Estómago envenenado y purgado 226.
Eucaristía-Sol 267.

Faldas propias 189.
Figura de ojo 133.
Flechas lanzadaas 192.
Flores: de gloria 79; perfumadas 74 79 80; de muerte 221.

Gusano: en el alma 111 117 350.
Gustar lo espiritual 91-93 100 110 229.

Harina de la Virgen para la encarnación 479.
Hartura que produce hambre 122.
Hijo del demonio 104.

Hortelano del jardín 349.
Humanidad es jardín 485 486.
Humo de vanagloria 113.

Iglesia esposa de Cristo y de su Vicario, *passim.*
Ingratitud humana 111 112.
Injerto 96 97 472.

Jardín es el alma y la Iglesia 103 172 289 349 404.

Ladrón 146 221.
Lágrimas y el corazón 210.
Lavar la cara a la esposa 207.
Lazo 88.
Leche para el cutis 177.
Lecho y mesa 191.
Lengua y su oficio 222.
Lepra del pecado 82 84 229.
Loco 109 248 457 472 497.
Lonas-vela de una nave 418.
Luz 59 117 465-468.

Llave 102 392 395.
Lluvia de justicia 102 103.

Madera verde 82 120 219.
Mano de Dios 90 91.
Mártires del demonio 141 225.
Médico es Cristo 85.
Mesa, comida y servidor 191 192 503.
Ministros de la Igl.: y hortelano 277; como el sol 274 275.
Moscas y olla hirviendo 216.
Muerte y sufragios por difuntos 111.
Música y armonía 372 373.

Nada, la 111 115 136.
Navecilla 107 227; y órdenes religiosas 297 400 414.
Niño reposando en la madre 228 229.
Nodriza 72 85 86.

Ojo: enfermo 121; del entendimiento, *passim;* da gusto al corazón 211 223; de la fe 157.
Olla hirviendo 216.

Pabilo de candela 259 260.
Palidez por desangrado 454.
Parturienta 77 135.
Perro de la conciencia 61.
Pez en el agua y fuera de ella 57 263 296 485.
Piedras de un muro 103.
Pies descalzos 133.
Poda 97.
Portero y hortelano del jardín 486.
Pregonero, San Pablo 116.
Primicias del infierno 132.
Puente y Cristo 92 94 100.
Puerco que se revuelca 112.
Puerta de la mentira y la verdad 127.
Punta de una aguja 134.
Pupila del ojo 133.

Raíz y ramas 113 222.
Río 91-94 111.
Rocío: de luz 474; los servidores de Dios lo son 474.
Rosa de entre espinas 358.

Sangre de Cristo es vino 98.
Sarmiento y vid 94.
Secretos del corazón y del costado 182.
Sed espiritual 147-150.
Servidores de Dios son rocío 474.
Sol: esperando a que se abra la ventana 163; eucarístico 258 264; ilumina y calienta 501.
Soledad del que confía en sí 281.
Solidaridad entre los hombres 374 375.
Sudor por amor 91.

Tienda o comercio 103 167.
Tierra que trague al pecador 113.
Tizón hecho brasa 193.
Topo y la codicia 112.
Trato con ángeles o con demonios 119.
Trigal sin grano 131.
Trinidad, jardín y vid 485 507.

Vacío 131 151 358: y espina y rosa 358.
Vasija 77 78 149 150 164.
Vendedor de hombres 66.
Veneno de la envidia 101 115.
Venganza 140.
Verdugo de Dios 128.
Vestido 500 518 519.
Viandante y peregrino 103.
Vicios 119 130 189 273 409.
Vientos (los cuatro) 117 223.
Vino que embriaga 97.
Viña 81 95-97 165.

Yunque: fue Cristo 101 114 478 488; quiere ser Catalina 488.

*INDICE DE MATERIAS**

Abandono del mundo 234.
Aborrecimiento de culpas 72.
Absolución general 487.
Absolución y sangre de Cristo 115 349.
Abuso: en la consagración 307 310· de la misericordia 143; del prójimo 66.
Acción: de Dios 153; de gracias 432.
Adán y desobediencia 93.
Adulterio espiritual 114.
Adversidad 142 223 224 350 448 457 496.
Afectos sensibles 112.
Aflicción de los malos 140.
Agradecimiento 87.
Agua: muerta del demonio 128 130; viva de Dios 147.
Agustín, San 202 276.
Alegría procedente de Dios o del demonio 251.
Alimento del alma 148 186 191.
Alma: su amargura 81; y amor 73 145 260; y el bien 130 131 145; ciudad cercada 362 390; y cuerpo 124; y sus cuidados 95 96 98 350; ebria 91; empobrecida 380; esclava 289; sus estados 100; y gozo 104 141; y gracia 371; de los justos 357; liberada por Dios 146; ante la muerte 128; su perdición 102 314; y prójimo 56; y Trinidad 54 145 201 337; su valor 55 302 353.
Amargura del alma 81 227.
Amigo de Dios 161.
Amor: a las almas 109 153; de amigo 158 161 172 174 180; y cielo 123; sus condiciones 157; y conocimiento 59 171; y correspondencia 101; y creación 145; deleite 152; desinteresado 131 153 164 239 251; desordenado 104 111 137 210·217; a Dios 135 137 150-153 157 159 164 175 213 214 445-447 450 502 505; divino 54 60 82 90 91 97 156 164 392 445 446 456 457 472 475 482 486 506; y dolor 60 220; y sus efectos 59 60 68 77 78 103 144; y existencia 73; de hijos 158 161; imperfecto 153 157 165 167 173 179 180 196 206 360 361; imprescindible 220; infinito 58; y su juego 193; y justicia divina 358; y lágrimas 218: loco 389; y misericordia 99; y obediencia 420; ordenado 217; y paciencia 64; y perfección 77 179-182 190; y perseverancia 148; al prójimo 56 64 67 68 76-78 90 135 137 149 152 164 213 214 363 394 502 505 506; propio 60 65-67 81 89 97 111 114 115 117 119 130 135 141 143 145 150 152 154 157 165 176 211 220-222 229 236 251 289 295 299 307 309 311 312 314 352 391 393 398 408 454 488 493 503 513; propio y consecuencias 91 144 178 344; santo 139 165; y satisfacción 63; y seguir a Cristo 55 153; sensitivo 210 307; a sí mismo 179 210 447 450 480; y sufrimiento 63 64; y temor 154; y unión con Dios 55; y virtud 67 137-139 150 154 157 162 392.
Anzuelo de Dios 130 178 455.
Apetitos y sentidos 135.
Apostolado 342 369 370 372 373 403 515.
Armonía: de las potencias 372; de los sentidos 372 373.
Arras del infierno 108 139.
Arrepentimiento 117 120.
Ausencias de Dios 162-164 176 193.
Autobiográficas (noticias) 55-57 77 100 119 131 181 255 262 264 268 271 292 310 315 345 352 354 356 357 377 378 382 388 402 447 448 450 464 487 496 511-516 519-528.
Avaricia 100 112 113 140 285 286.
Ayuda: de Dios 338; al sacerdote 266 (véase *Providencia*).

* Recomendamos que para cualquier estudio se consideren los sinónimos y los antónimos de los conceptos aquí expresados.

Bautismo 85 86 95-97 107 111 117 135 153 182-185 235 259 260 470 493 500.
Belleza de Cristo 518.
Benignidad en la corrección 244.
Benito, San 402.
Beso de paz 186.
Bien como pretexto 130.
Bienaventurados 105 116 122-124 129 132 198 199 386.
Bienes de ministros de la Iglesia 266 286 290.
Boca y su oficio 153 185 186.
Bodega con la sangre 268.
Bondad: de Dios 67; de lo creado 381.
Breviario 317.
Brujerías y eucaristía 299.

Caballero y guerrero 189 239.
Camarero: el E. Santo 192.
Camino: de agua 104; del cielo 61 128 153 494-496; de la mentira 127 128.
Campo de batalla 190.
Capellanes de monjas 296.
Capítulo conventual 417.
Cara: de Dios 125; de la Iglesia 88 207.
Cardenales 458 459 461 498.
Caridad 59 60 67 71 73 93 99 122 123 144 162 187 257 260 365 375 393 413 506; común 62 129 135 139 144 148 151 234 244; divina 61 196 389; y perfección 148 153 364; y prójimo 66 67 76 78 151 175 365 374.
Carne y espíritu 93 112 471.
Castigo 87 88 113 123 127 311 315.
Ceguera humana 110 144.
Celda: del conocimiento 162; del religioso 296 410 417.
Celo por las almas 370.
Ceremonias y sus centinelas 418.
Cicatriz del pecado 86.
Cielo para su padre 521.
Círculo de Dios 73 503.
Clarores sensibles 146.
Clérigos 171 268 304.
Codicia 66 111 112 139 142 266 304 379.
Comida espiritual 520.
Compasión por el pecador 242.
Comunidad cristiana 207.
Comunión 57 123 167 257-265 375 488; espiritual 167 170.
Conciencia 61 111 117 119 140 131 153 223 224 311-313 316 320 324.
Concubina del sacerdote 317.
Condenados 110 119 121 122 125 126 129.
Confesión 139 163 184 260 324 395 462 487.
Confianza en Dios 338 339 344 346 352 354 524.
Conocimiento: y amor 55 59 170 171 205; de Dios 55 60 72 81 92 98 128 129 163 180 191 206 211 345 429 504 505; de sí mismo 60 62 67 72 75 77 81 92 98 119 128 129 162 163 179 180 191 205 206 211 345 429 504 505; del pecado 59 327; de la verdad 60 202-205; y visión 205.
Consagración eucarística y abusos 307 310.
Consejos: 304 399; y mandamientos 137 138 148 154 372 391 399.
Constantino, emperador 280.
Consuelos 78 172 250; engañosos 153 177; espirituales 156 163 173 176 179 190 211.
Continencia 112 297 404 407.
Contradicciones 58 59 62 142 155 184 260 349 395.
Conversión 143 522; en tierra 140.
Corazón: duro 62; y lágrimas 217; podrido 115.
Coro 298 417.
Corrección 244 245 248 267 274 278 289 295 298.
Cosas y el hombre 102 104 139 152 223 381.
Costado de Cristo 100.
Creación 257 335 342 546; nueva 87 109 257.
Criatura y creador 55 81 83 152.
Cristiano malo 88 493.
Cristo: y cuerpo mistico 95 98 114 124 129 214 307 364; y su doctrina 105 142; y gracia y perseverancia 144; hombre 85 86 462; hoy 105 106 115; para la humanidad 86 87 93-95 99 103 120 121 142 308 486 508; modelo 59 83-86 101 103 105 148 181 238 301 308 365 371 373 381 383 393 446 453 487; doliente 79 81 83-86 96 239 336 390 446 449 452; y voluntad del Padre 160 238 390 393.
Cruz del demonio 139 140.
Cuchillo: del amor 75 95 96 128 137; del odio 140 189.
Cuerpo: atadura 200 201; en el infierno 126; glorificado 124 125; místico de la Iglesia 67 79 95 167 187 225 254 256 257 265 268 289 374 429 455 459; universal de la Iglesia 95 268 455; y obras del hombre 126; y visión de Dios 132.

Culpa y expiación 58 59.

Deleites 146 152.
«Demonias» hechas carne 296.
Demonios 63 65 104 112 118 119 128-130 177 197 215 272 292.
Dependencia entre los hombres 374.
Desaliento espiritual 142 143 149 157.
Descanso en Dios 153.
Desconfianza de Dios 287 345-347 349.
Deseos de los condenados 121.
Desesperación 61 118 130 323-325 327.
Desilusión del pecador 358.
Desobediencia 87 93 115 295 336 338 391 393 397-399 407 414 452.
Desprecio: al prójimo 66 242, a los sentidos 145; a las riquezas 382.
Deuda: de amor 87 88; de honor a Cristo 114; con el prójimo 72.
«Diablas»: concubinas de malos ministros de la Iglesia 290 291.
Dificultades 104 216.
Dignidad: de los ángeles 257; del hombre 81 110 145 257; de los m. de la Iglesia 257 264 274 311.
Dios: y alma 153; y amor 58 83 457; ayuda 338; y el bien 157 331; y bondad 331; caridad suprema 330; cerca al alma 390 501; y creación 55 81 90 335; y el fuego 330 331; glorificado 196 197; su gozo 138 234; y humanidad 83 87 94; inmutable 121; juez único 244 246; labrador 96 97; es luz 300; y el alma 342 343; misericordioso 82; en el mundo 234; no necesita de nosotros 57 99 101; y el prójimo 375; y providencia 137; y las riquezas 380; y servicio a El 153; trabajador 98; y su unión con los perfectos 143 144; y la virtud 236; visita al alma 170.
Dirección espiritual 232 247 249.
Discípulos: de Catalina 254 256 444 451 454 464 469 478 503 506 511 519 520 528; de Cristo 116.
Discreción 71-73 76 237 424 425.
Doctrina: de Cristo 105-107 127 471; del demonio 127.
Dolor: aflictivo 193; y amor 65 220; aumentativo 193; infinito 58; cómo llevarlo 62; por ofensas 63.
Domingo de Guzmán, Santo 377 403 405 406.
Dominicos y San Pablo 405.
Dominio de Dios 81 90 466.
Dones divinos 68 69 90 108.

Embriaguez: de amor 89 182 253 457 472 02; de sangre 189 194 199.
Encarnación del Verbo 53 100 239 339 466 479.
Engaños del alma 128 153 172 173.
Entendimiento 62 63 83 135.
Envidia 113-115 140.
Escalones para ir a Dios 100 142 144.
Escándalo 291.
Esclavitud a riquezas 118 380.
Escorpión 137 142.
Escritura Sagrada 202 203 205.
Esperanza 70 235 338-340.
Espinas 98 131 132.
Espíritu combatido 143 146.
Espíritu Santo 106 162 174 181 192 297 348 349 352 353 356 375 400-402 406 505 510.
Estados: del alma 100 153 209 213; unitivos 202 214; de la vida 128.
Eucaristía 83 103 109 110 166 191 257-262 264 267 269 275 299 335 337 353 354 369 497 505.
Excusas del pecador 110 117 130 152 269.
Exigencias del amor 144.
Existencia y amor 73.
Expiación 57-59 68 78 79.
Extasis 194 195.

Fe 33 35 70 107 117 133 135 136 166 243 262 377 392 493 503 (véase *Luz*).
Fealdad del demonio 119.
Felicidad 123 124 129 130 133 192 193 243.
Fidelidad y obediencia 394.
Flores: de muerte 221; perfumadas 74 79 80.
Fortaleza 95 96 187 188 190 227 264 471 498.
Fragilidad humana 139 470.
Francisco de Asís, San 403 403 406.
Frutos de muerte 110-112 222.
Fuego del infierno 120.

Generosidad de Dios 87.
Gloria 122 123 240.
Glorificación de Dios 196 197.
Gozo de Dios 94 234.
Gracia 60 61 68 77 84 87 88 140 151 161-163 202 229 230 275 290 485 500 502 (véase *Luz divina*).
Grados de perfección 153.
Gratos a Dios 138.
Gratuidad de los dones de Dios 90.
Gregorio, San 180 276.
Gusto espiritual 91-93 100 110 229.

Hartura insaciada 122.
Herejías y orden dominicana 403.
Hijo: de Dios 92-94 (véase *Cristo*); del demonio 104; de los sacerdotes 287 291 302 318; no nacido 77.
Hombre: y Dios 87 90 91 139; embrutecido 87; y su finalidad 373; imagen de Dios 491 492 498 501 502; y su responsabilidad 81; y solidaridad 374 375.
Humanidad de Cristo 126 161 257 336 373 471 481.
Humildad 60 67 70-73 98 146 162 191 204 220 236 237 247 307 366 367 393 397 402 406 475 476.
Humillación de Dios 85 87.

Iglesia 56 67 78 81 82 84 98 110 268 272 289 304 311 447 450 462 468 469 478 495 497 503 406 509.
Ignorancia de sacerdotes 312.
Iluminación del entendimiento 153 230 235.
Impaciencia 111 142 224.
Imperfección 157 152 155 172 363.
Impureza 285 291.
Inclinación al pecado 200 235 236.
Indiscreción 111.
Inés de Montepulciano, Santa 377 378.
Infidelidad de las criaturas 346.
Infierno 119 121 122 127.
Ingratitud 87 90 111 112.
Injerto en Cristo 97 472-474.
Injurias 60 69.
Injusticias 110 114-118 285 288.
Interpretación: benigna 241 242; falsa 115 221 238 240 244 342 351; del prójimo 222 342; de Sagrada Escritura 204 305; de sucesos 221 222 343 346.

Jerónimo, San 202 276.
Juan Evangelista, San 230.
Juego de amor 193.
Juez de los hombres 116 125 240 246 351.
Juicio: falso 114-117 244 494 517 518; final 120 125 126.
Justicia 71 83 85 274 311 460 477 499.
Justos: y sana felicidad 311 359; y pecadores 141.

Ladrones 112 146 221.
Lágrimas 84 90 207-211 218-224 228.
Lecho y mesa 191.
Lengua y su oficio 222.
Lepra de la Iglesia 82 84.
Ley: civil y clérigos 268; divina 487.
Liberalidad 257.
Libertad 62 86 95 128 144 146 147 224 225 360 395 465 467 477 478 502.
Loco de amor 109 472 497.
Lorenzo, San 386.
Lujuria 110 299 300 302.
Luz: divina 163 202-204 234-238 244 465-468 471 484 492 493 500-502 (véase *Fe* y *Gracia*); de la razón 234 235.

Llagas de San Francisco 402.
Llave del cielo 102 392.
Lluvia de la justicia 102 103.

Madre suya resucitada 529.
Mal y amor propio 145.
Mandamientos 149 399; y consejos 137 138 148 153 154 372 391.
Mando e injusticias 114.
Manifestación de Dios al alma 159.
Mano de Dios 90 91.
María, la Virgen 57 350 383 403 475 476 480 491.
Mártires 228 494 495; del demonio 141 225.
Mateo, San 383 524.
Mauro, San 426.
Mediación de Cristo 92 (véase *Cristo*).
Mentira y verdad 104.
Mérito 76 122 125 135 379 420 423 424.
Miedo del alma 162.
Miembros separados 225.
Ministros de la Iglesia: 79 80 83 97 207 255 257 274 275 277 284 288 448 451 483 498; su corrección 268 279-283 289 290 328; sus defectos 266 267 274 284 287-290 307 314; indignos 269 284-318 323; y su misión 256-258 265 266 268 268 271 274 277 286 290 306; ofensas a ellos 268-274; orar por ellos 293 294 311; santos 275 319; y virtud 305 307; reverencia a ellos 27 257 264 276 283 299.
Misericordia divina 78 81-83 85 88 89 98 99 108-113 118 126 130 143 145 168 196 207 293 311 335 465 468 469 477 494-496 498 509 524 525.
Monjas y capellanes 296.
Mortificación 74 235-237 240 247.
Muerte: 63 66 101 111 117 118 122 125 128 129 222 311 316 319 329;

de Cristo 85; y su deseo 194 195 200 201 513.
Mundanidad 139 285 303.
Mundo: y misericordia divina 81; y sus persecuciones 79.
Murmuración sobre Dios 72.

Naturaleza: divina 85 94 106 184 490; humana 85-87 94 106 126 184 490.
Negligencia 96 142.
Nodriza 72 86.

Obediencia 115 189 336 338 372 389-400 406 408-427.
Obras: 59 74-76 99 101 104 106 128 135 136 171 221; de Dios 115.
Observancia 297 298 401 418.
Odio al pecado 137 142.
Ofensa a Dios 58 269.
Oficio divino 170 290 417.
Oración: 54 55 63 68 87 89 149 153 162 166-168 170 171 191 252 253 256 407 408; por la Iglesia 207 311 330 333 334 432; mental 166 168 169 171; por el prójimo 61 63-65 90 176 206 207 252 284 293 294 311 329 330 333 334 417 429 432 462 468 526; y unión con Cristo 55; vocal 166 169.
Orden: benedictina 402; dominicana 403-406; franciscana 402; en general 297 400-404 408.
Oscuridad del alma 363.
Otro yo 55 56.

Pablo, San 59 75 165 171 188 190 195 199-201 218 221 231 255 367 386 390 466 506 507 517.
Paciencia 60 69 74 92 146 187 188 227 366 391-393 406.
Padre: espiritual 56 91 92; moribundo 521.
Palabras: groseras y ministros de la Iglesia 222 300; y obras 74-76.
Pasión de Cristo 479 480 (véase *Sangre*).
Pecado: 55 58-65 69-71 79 83 87-94 98 101 105 110-112 115 118 129 132 134 136 139 149 155 168 188 200 219-224 235 245 246 260 268 271 274 289 295 313 335 336 347 348 361 362 379 380 424 446 467 470 472 477 485 487 491 493 495 496 501 506 518: de ministros de la I. 268 270 271 285 286 291 292 317 323-329.
Pecadores 112 116 117 141 311 342 358 359 373 524 525.
Pedro, San 157 162 167 267 275 369-371 386 412 461 524.
Pedro de Verona, San 405.
Penas por el pecado 58 125 153 311 414 414.
Penitencias 71 74-76 138 232 233 247 248.
Perfección: 58 76 130 131 146 153 155 170 189 194 196 198 202 219 215 237 243 342 371 372; su crecimiento 137 138 153 155 170 367 368 391 392; y tentaciones 129 363 364.
Permisiones de Dios 137 518.
Persecución: y desaliento 77 149; a la Iglesia 257 268 270 272 273; del mundo 141; a los observantes 141 298.
Perseverancia 142 143 144 147 148 152 168 187 189.
Peticiones a Dios 252 253.
Placer engañoso 128.
Pobreza 297 298 305 376 379-388 402-404 408.
Potencias del alma 62 63 101 102 111 144 145 147 149-151 153 155 206 209 230 372 445 449 467 473 485 492 501 506 507.
Predicación defectuosa 295 296.
Prelado 296 312 313 326 327 421 423.
Premio 136 221 281 311 413 424 427 428.
Presencia de Dios 190 193 496.
Presunción 244.
Primicias: del cielo 132 133 242 243; del infierno 132 140 (véase *Arras*).
Prójimo 58 64-70 77 79 97 126 153 176 242 374 375 498 522.
Prosperidad 223 224.
Providencia 89 103 335 341 342 347 357 360 363 364 372 374 376 381 387 453
Pruebas 97 128 141 165 166 216 365.
Pueblo cristiano 84 95.
Puente, Cristo lo es 81 94 100.
Puerta: de la mentira 127; de la verdad 127.
Pureza 234 238 257 264 265 407 513 514; de intención 242.
Purgatorio 63 376.

Razón 144 146.
Rebelión: en el hombre 93; en la Iglesia 98; y malos ministros 306.
Refectorio 417.
Redención 60 84 88 115 184 185 302

335-337 347 349 384 468 472 474 478 482 490.
Reforma de la Iglesia 79 80 88 89 207 255 278 311 454 459 460 478 498.
Relajación en la Iglesia 297 401-405 414-417.
Religioso 130 285 295-298 407 408 411-419.
Remordimiento de conciencia 140 261 357.
Reproche al mundo 116.
Reputación propia 113.
Responsabilidad del hombre 81.
Resurrección 100 484 525.
Retroceso en la virtud 143.
Reverencia a ministros de la Iglesia 268 269 274 283.
Riqueza y sus peligros 138 139 342 379-382 386-388.
Rocío sobrenatural 474.

Sacerdote 264-268 283-286 308 311-329 (véase *Ministros de la I.*).
Sacramentos 269 276 314 335 353 354.
Sacrificios 78.
Salvación 144 198 240 465.
Sangre 60 62 84 85 87 96-98 102 167 168 189 266 293 427 455 456 460 461 470 472 473 480 493-497 506 (véase *Pasión de Cristo*).
Santificación 97 98.
Santos 79 373 (véase *Bienaventurados*).
Satisfacción 58-63 85.
Sed espiritual 147-150.
Seglares y clérigos 130 267 288 290 329.
Seguimiento de Cristo 130.
Sensualidad 8 465.
Sentidos 69 63 67 75 131 132 135 136 139-147 186 223 235 239 261 344 360 361 372 465-468 479; y pecado 289 360-362.
Señor hecho esclavo 115.
Sequedad espiritual 163 218 246 363.
Servicio de Dios 60-63 97 133 141 153 351 369 376 474 483 495 506.
Silvestre, San 267 276 280.
Simonía 266 285 286 302.
Soberbia 66 70 72 90 111-115 117 119 204 221-223 237 265 270 285 286 299 307 308 309 311 312 314 316 391 398 399 406 407 495.
Súbditos 274 278 279 295 312 313.
Sudor por amor 91.
Sufragio por almas del purgatorio 376.
Sufrimiento 58 60 61 63 64 78 79 91 93 128 130-133 140 142 153 197 198 201 229 366 367 513 515 519 523 526.
Superior 278-280 298.

Temor 130 132 150 153 154 223-226; servil 128 141 142 154-156 158 206 223 225.
Tentaciones 128-130 134 150 211 215 217 362-364 512.
Tibieza 142 156 172 216 418-420.
Tiempo para el alma 104 112 136 155 499.
Tomás de Aquino, Santo 202 230 276 405.
Tormentos 110 119 126.
Trabajadores 81.
Tribulación 92 131 134 141 142 172 187 192 202 211 224 238-240 340-342 349 350 358 365 377 409 410.
Trinidad 83 106 107 146 148 159 160 192 199 237 337 433 434 445 449 455 476 477 485 497 499 501 504-509 514 515.
Turbación de espíritu 245 246.

Unión con Dios 55 73 91 153 193 194 201 206 214 215 228 230 231.
Usura 112 295 302 303.

Vacío 131 151 358.
Vanagloria 113 119.
Vanidad 113 513.
Vendedor de hombres 66.
Verdad 55 81 93 104 489.
Vestido 500 518 519.
Vicio 119 130 189 273 409.
Vicario de Cristo 167 249 267 268 392 394 447 450 452 453 454 459 461 468 478 487 488 498 499 503 506.
Vida: y sus estados 128 132; espiritual y riquezas 381; eterna 104 154; religiosa 410.
Viña 81 95 96 165.
Virginidad 512.
Virtud 64-76 102 103 128 131 135 136 141-143 146 162 164 189 226-229 247 319-323 391 392 409-412 467 501.
Visión: del demonio 119 120; de Dios 119 132 197 202 250 251 263 479 480 508.
Visita: del demonio 178; de Dios 170 178 233.

Vocación religiosa 401 406 407.
Voluntad: 62 63 83 137 139 202 227 237; divina 56 75 78 82 123 132 133 137 140 141 188 201 202 218 237 238 247 341 421 448 451 453 454 477 494 501 502 504 505 516 518 523; humana 477 494 496 503; propia 71 74 75 78 117 131 132 133 139 141 165 185-187 192 205 214 218 227 236-240 247 248 360 372 400 407 422 447 448 451 479 500 501 504; santa 138 217.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA TERCERA EDICION DEL
VOLUMEN DE «OBRAS DE SANTA CATALINA DE
SIENA», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES
CRISTIANOS, EL DIA 28 DE AGOSTO DE
1996, FESTIVIDAD DE SAN AGUSTIN,
OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA,
EN IMPRENTA ALDECOA,
C/. CONDADO DE
TREVIÑO, S/N.
BURGOS

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI